

A close-up, slightly angled view of the Union Jack flag, showing the characteristic red, white, and blue stripes and cantons. The flag is the background for the entire cover.


Duncan Townson

Breve historia
de Inglaterra



Historia
Alianza Editorial

Breve historia de Inglaterra



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

Breve historia de Inglaterra

Breve historia de Inglaterra



El libro de bolsillo
Historia
Alianza Editorial

Humanidades

Duncan Townson

Breve historia de Inglaterra



El libro de bolsillo
Historia
Alianza Editorial

TRADUCTORA: Paloma Tejada Caller

Primera edición: 2004

Primera reimpresión: 2010

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Ilustración: Ángel Uriarte

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Duncan Townson, 2004

© de la traducción: Paloma Tejada Caller, 2004

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2010

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid;

teléfono 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-5814-8

Depósito legal: M. 35.659-2010

Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S. L.

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Nigel, Susana, Sonia y Óscar.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi hijo, el profesor Nigel Escamot, el haber corregido el texto en la medida de lo posible y el haber hecho valiosas sugerencias que han mejorado la calidad y claridad del mismo. Doy las gracias también al profesor José Alcantarín por su ayuda en la revisión del texto y por haberlo hecho inteligible a los españoles (y a otros que no hablan bien inglés).

Agradecimientos

Quiero agradecer a mi hijo, el profesor Nigel Townson, el haber corregido el texto en la medida de lo posible y el haber hecho valiosas sugerencias que han mejorado la calidad y claridad del mismo. Doy las gracias también al profesor José Álvarez Junco por su ayuda en la revisión del texto y por hacerlo más inteligible a los españoles (o a «los que no conocen bien Inglaterra»).

Prólogo

La historia de Inglaterra va ineludiblemente unida a la de Gales y Escocia, puesto que Inglaterra no es en realidad sino parte de una isla más grande: Gran Bretaña. Sin embargo, las propias denominaciones pueden inducir en algunos casos a error. Inglaterra se unió políticamente con Gales a principios del siglo XVI y con Escocia en 1707. A partir de ese momento, podemos hablar, en términos políticos, de «Gran Bretaña». A partir de 1801, cuando Gran Bretaña e Irlanda se fusionaron, debe hablarse ya de «Reino Unido», nombre que sigue utilizándose a pesar de que la mayor parte de Irlanda se independizó en 1921, de manera que Reino Unido hace referencia en la actualidad a Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Este libro se refiere a «Inglaterra» porque no incluye secciones dedicadas específicamente a Escocia, Gales o Irlanda. En todo caso, la historia de Inglaterra se solapa también en determinados periodos con la historia de Gales, de Escocia o de Irlanda. E igual que no podemos separar Inglaterra del conjunto de las islas Británicas, tampoco podemos aislarla del resto de Europa, ni de buena parte del mundo. De los romanos a los normandos, Inglaterra ha sido invadida por diversos pueblos del continente y ni siquiera cuando se produjo la última de esas invasiones en 1066, pudo este territorio cortar sus vínculos con Europa. La conexión con Francia, ini-

ciada con los normandos, continuó durante toda la Edad Media hasta la caída de Calais, en 1558. A partir del siglo xvii, en que Inglaterra comenzó a construir su imperio ultramarino, lo que acontece en Norteamérica, el Caribe, África, India o el Pacífico empieza a afectar a la historia inglesa. En 1973 el Reino Unido se adhiere a la Unión Europea, lo cual provoca una nueva vuelta de tuerca histórica, que hace avanzar los tiempos por direcciones apenas vislumbradas hace cincuenta años.

1. La Inglaterra romana

El continente europeo ha experimentado enormes cambios de clima en los últimos 700.000 años. En este periodo se han producido seis glaciaciones, seguidas de etapas más templadas. Durante la mayor parte de la Edad de Hielo buena porción de las aguas estaba concentrada en placas de hielo, de modo que el nivel del mar quedaba a unos 100 metros por debajo del actual, con una Gran Bretaña unida al continente. Esto explica que los primeros habitantes llegaran a Gran Bretaña a pie hace unos 500.000 años, aunque hubo largos periodos en que las condiciones árticas hicieron imposible la habitabilidad del territorio. Los que podríamos considerar humanos modernos llegaron a Gran Bretaña hace unos 30.000 años, pero su presencia sólo empezó a ser numerosa a finales de la última glaciación, hace unos 13.000 años. Con el deshielo, el nivel del mar ascendió y con ello Inglaterra e Irlanda quedaron desgajadas de la Europa continental hacia el 5000 a.C., con un perfil costero muy similar al que conocemos en la actualidad. Gran Bretaña estaba ocupada entonces por cazadores-recolectores, que dependían de los animales salvajes para comer. Entre el 4000 y el 3000 a.C. llegaron del continente a las islas nuevas

oleadas de emigrantes y con ellos la ganadería, el cultivo del trigo y la cebada y la fabricación de cerámica. En el 3000 a.C. la agricultura y la ganadería ya se habían extendido por la mayor parte del territorio y empezaron a tomar forma los paisajes abiertos que hoy conocemos. Entre el 3000 y el 2000 a.C. asistimos a un intenso periodo en que se construyen enormes tumbas y monumentos ceremoniales, de entre los que destaca el famoso Stonehenge. El diseño de estos cerramientos circulares exigía una planificación y una actividad conjunta, aunque hasta ahora nadie ha sabido decirnos por qué se levantaron estos impresionantes monumentos.

A partir del año 2000 a.C. comienzan a descubrirse nuevos recursos naturales, como el cobre, el oro y el latón y más tarde el hierro al sur de Irlanda, el suroeste de Inglaterra y Gales. El latón, escaso, resultaba particularmente valioso a la hora de hacer el bronce. En el siglo IV a.C. el científico griego Piteas viajó desde Marsella hasta Cornualles, dando una vuelta a la isla, para conocer el mercado inglés del latón. Y a la vuelta de su viaje escribió *Periplo del océano*, libro que sirvió para dar a conocer la existencia de esta remota isla atlántica a los pueblos mediterráneos. Antes del año 100 a.C. los romanos habían conquistado la Galia (Francia), introduciendo allí el vino, producto que iniciaría una red comercial con Gran Bretaña. En la costa sur se abrió un puerto desde el que se exportaba cereal, cuero, metales y probablemente esclavos y al que llegaban vino y vidrio. Los ingleses del estuario del Támesis comerciaban con los habitantes del norte de la Galia y de ellos tomaron la acuñación de moneda. De todo esto se deduce que el contacto comercial con el mundo romano existía desde mucho antes de que los romanos pusieran pie en Inglaterra.

Los celtas

«No sabemos si los primeros habitantes de Britania», escribió Tácito, el historiador romano, «fueron nativos o inmigrantes». Cuando Julio César invadió Inglaterra por primera vez en el año 55 a.C. los habitantes que encontró en la isla eran celtas, quienes formaban un grupo lingüístico más que un grupo étnico y cuyas lenguas sobreviven hoy en Irlanda (erse), Escocia (gaélico), Gales (galés) y la Bretaña francesa (bretón). En Cornualles se hablaba hasta hace poco el córnico, lengua hoy desaparecida. Hay muchos nombres de ríos ingleses que tienen origen céltico, como el Aire, el Avon, el Mersey, el Severn, el Támesis, y algunos nombres de ciudades, como Leeds, pero curiosamente en inglés apenas quedan términos celtas. Lo más significativo quizá sea la medida del tiempo a que hace referencia la palabra *fortnight* (catorce días). Los celtas llegaron a Gran Bretaña a principios del primer milenio a.C. y mantuvieron el poder sobre las islas Británicas durante mil años. Estaban organizados en tribus, dirigidas por guerreros, por debajo de los cuales estaban los hombres libres, campesinos y artesanos, y los esclavos. Los guardianes de las costumbres tribales eran los druidas (sacerdotes), que accedían al conocimiento a través de un aprendizaje largo y riguroso. Hasta la llegada del Cristianismo, rechazaron la escritura, por considerarla una amenaza para sus tradiciones orales. Y de ahí que los investigadores actuales tengan que recurrir a la arqueología para reconstruir, con notable inseguridad, el mundo celta; sabemos muy poco sobre su estructura familiar o social. Antes de que llegaran los romanos la agricultura ya estaba generalizada, y se usaba un arado muy simple para preparar el suelo de la siembra del cereal. De los bosques se sacaba la madera y la leña que utilizaban para las fraguas o para las cabañas circulares en las que vivía la mayor parte de la población. El paisaje era similar al que cono-

ceмос en la actualidad y en los talleres se realizaban objetos para las elites: broches, espejos tallados, espadas y cascos con cuernos decorados con patrones curvilíneos.

La conquista romana

César invade Inglaterra por primera vez en el año 55 a.C. y vuelve a hacerlo en el 54, pensando que con una victoria militar aumentaría su prestigio y que con ello evitaría que los britones ayudaran a sus enemigos a la hora de conquistar la Galia. Para los romanos, nada habituados a los oleajes que batían el mar fuera del Mediterráneo, Gran Bretaña era una isla remota, cuya conquista representaba un notable riesgo. La primera invasión de César no duró mucho: los romanos abandonaron la isla poco después de desembarcar en Deal ante la fuerte resistencia que encontraron. Al año siguiente César regresó, esta vez con un gran ejército de cinco legiones (unos 27.000 hombres). La resistencia la dirigía ahora Caswellawn (en latín Cassivellaunus), rey de la tribu de los casivelaunos, primer inglés conocido por su nombre, que aparece singularizado en la *Guerra de las Galias* de César. Caswellawn, uno de los primeros dirigentes que acuñaron monedas de oro, tenía su base al norte del estuario del Támesis. Aunque sus conductores de carruajes hicieron estragos entre los legionarios de César cuando cruzaron el río, no pudieron hacer frente a las fuertes armaduras romanas en el combate cuerpo a cuerpo. Tras una dura lucha, Caswellawn se rindió, dio a César los rehenes y accedió a pagar el tributo anual exigido por Roma. César no permaneció mucho tiempo en el lugar y regresó a las Galias, donde sentía que peligraba su posición militar.

Los romanos no volvieron a invadir Inglaterra hasta unos cien años después, aunque el comercio entre Inglaterra y la Galia romana seguía existiendo. En esta época se produjo un

enorme cambio social y económico en Inglaterra, motivado esencialmente por el establecimiento de nuevos centros comerciales en Calleva (Silchester), Verulamium (cerca de St. Albans) y Camilodonum (Colchester). Estas localidades se convirtieron en capitales de pequeños reinos y posteriormente adquirieron el estatus de ciudad, bajo administración romana. Así, mientras que la zona suroriental de Inglaterra se desarrollaba a gran velocidad, el resto de Gran Bretaña e Irlanda se mantenía inalterado. Es decir, ya estaba establecida la franja divisoria norte-sur. En el año 43 d.C. desembarcaron en Inglaterra cuatro legiones (el 15 por ciento de las fuerzas imperiales) y un número similar de tropas auxiliares: en total, 40.000 hombres. A diferencia de los romanos, los ingleses no llevaban armadura y confiaban en la eficacia de sus largas y afiladas espadas. Muchos cayeron muertos o heridos, alcanzados por las jabalinas romanas sin haber siquiera alcanzado la línea de frente y en la lucha cuerpo a cuerpo esas espadas tan largas resultaban mucho menos eficaces que los puñales del enemigo. Hubo tribus inglesas, como los icenos de East Anglia, que se unieron a los romanos. Otras resistieron con fiereza, pero no consiguieron impedir que el emperador Claudio hiciera su entrada triunfal en la capital inglesa de Camilodonum, acompañado de elefantes. Los romanos consiguieron derrotar a las tribus inglesas una a una, ante la ausencia de oposición conjunta. La arrogancia y la avaricia del gobernador romano, el procurador Deciano Catón, consiguieron transformar a los antiguos aliados en enemigos. A su muerte, el rey de los icenos dejó la mitad de su territorio al emperador Nerón, pensando que con ello conseguiría proteger a su reino y a su familia, pero Catón le confiscó todo el territorio y lo gravó con el sistema de impuestos y de conscripción. Según Tácito «lo que llevó a esta provincia a la guerra fue la codicia del gobernador». Cuando Boudica, la esposa del rey, protestó, fue flagelada en público y sus dos hijas fueron violadas. Como re-

sultado de todo ello los icenos se sublevaron en el año 60 o 61 d.C. Aprovechando que las tropas romanas intentaban aplacar un levantamiento en Gales, Boudica se lanzó hacia el sur, incendió Colchester, Londres y Verulamium, torturó a todo romano o simpatizante que encontraba a su paso y destruyó las escasas unidades que los romanos habían dejado por la zona. El gobernador sólo consiguió evitar que cayera toda la provincia, pero el éxito de Boudica no podía durar. Tácito nos cuenta que hubo 70.000 muertes antes de que Boudica se quitara la vida por no rendirse a los romanos. A su muerte, las legiones romanas se tomaron la revancha y mataron a 80.000 ingleses. Agrícola, gobernador de Inglaterra del año 77 al 83, prosiguió con la conquista de Inglaterra e intentó tomar toda la isla. Llevó a cabo cinco campañas contra los caledonios escoceses y devastó el territorio. Tácito, yerno de Agrícola, cita a un general caledonio: «... al pillaje, la muerte y la violación... [los romanos] los llaman “imperio”; y a la desolación que siembran por donde pasan, la denominan “paz”». Los romanos consiguieron dominar eficazmente las Tierras Bajas británicas (el sur y el este), pero nunca lograron pacificar las Tierras Altas del norte y el oeste. Este hecho fue admitido por el emperador Adriano, quien en torno al año 122 mandó construir la muralla que lleva su nombre, marcando la línea hasta la que se habían expandido las tropas romanas. El Muro de Adriano se extendía a lo largo de 118 km y con sus 2-3 metros de ancho y 5 o 6 de alto era la más fuerte de las defensas fronterizas construidas por los romanos. A lo largo de la muralla había fuertes, templos, casas de baños y asentamientos. Fue un proyecto hercúleo para el que parece que se utilizaron 3,7 millones de toneladas de piedra. El control técnico llevado a cabo sobre el paisaje no tuvo paralelo hasta que se construyeron los canales ingleses en el siglo XVIII. El sucesor de Adriano, Antonino Pío, consiguió hacer avanzar la frontera hacia el norte unos 160 km y mandó erigir un muro de turba desde el

Clyde hasta el Firth of Forth. Sin embargo, estas posiciones fueron abandonadas poco después de su muerte en el 161; desde entonces el Muro de Adriano siguió representando el límite septentrional al que llegaba el control romano.

La romanización de Inglaterra

La conquista romana supuso la desaparición prácticamente total de las sociedades celtas asentadas en el sur; los reinos celtas fueron absorbidos por la administración imperial y perdieron su independencia, mientras que la lengua, la religión y el sistema legal de estos pueblos perdieron su posición de privilegio. Antes del año 100 las monarquías tribales habían sido sustituidas por una administración que funcionaba con documentos escritos y desde centros urbanos. La Inglaterra romana era una sociedad multicultural. Allí se asentaron soldados procedentes de Francia, España, Alemania, del Norte de África y del Próximo Oriente, muchos de los cuales se casaron con mujeres britanas. También había administradores italianos, médicos griegos y comerciantes extranjeros. Entre el 70 y el 160 d.C. Inglaterra se convirtió en territorio romano y quedó integrada en el Imperio, considerada tierra abundante debido a los recursos minerales de que disponía. Por el geógrafo e historiador griego Estrabón sabemos que Inglaterra producía grano, ganado, plata, hierro, latón y esclavos. Las ciudades, que con frecuencia se correspondían con antiguas bases militares o administrativas, se desarrollaron siguiendo un patrón similar: una red de calles pavimentadas, formando una cuadrícula de ángulos y líneas rectas, rodeada de una muralla exterior. El foro central tenía un pórtico cubierto por tres de sus lados, mientras que en el cuarto se erigía la basílica, o sala de reuniones municipal. En las ciudades había amplios servicios públicos, que incluían refinados sistemas de traída de aguas y de elimina-

ción de residuos. Los baños públicos brindaban oportunidades al descanso y la vida social, como ocurría con los anfiteatros, construidos extramuros. Las grandes mansiones, de piedra, disponían de baño particular y de calefacción central, algo que en Inglaterra no se ha vuelto a dar hasta el siglo XIX. Había una populosa comunidad de oficiales del ejército, comerciantes y artesanos cualificados. Muchas ciudades se desarrollaron en torno al ejército: Exeter, York y Caerleon servían de bases militares; Colchester, Lincoln y Gloucester eran colonias, es decir, ciudades en las que se asentaban los veteranos tras veinticinco años de servicio en el ejército. Con una población de unas 30.000 personas probablemente, y estratégicamente situada en el punto menos profundo para atravesar el Támesis, Londres era la ciudad más grande, capital de la provincia y corazón del comercio. Las demás ciudades por lo general eran pequeñas (sólo tres tenían unos 15.000 habitantes) pero representaron una innovación fundamental, algo desconocido hasta entonces: los romanos lograron transformar así los pequeños asentamientos sin planificación en que vivían los pobladores de la isla.

De Londres salía una red radial de carreteras que podemos ver aún hoy en la actual Watling Street, que iba de Londres a Chester en el noroeste y en tramos de la A5, la Fosse Way, que unía Exeter con Leicester y Lincoln y que hoy seguimos en gran parte de su recorrido por carreteras rectilíneas. También podemos seguir el trazado de Ermine Street en mapas actuales, vía que va de Londres a York. En época romana se construyeron 4.800 km de carreteras, habitualmente rectas, con base de piedra y superficie de grava, a través de las cuales se unían cien centros urbanos. Hasta el siglo XVIII no hemos vuelto a ver en Inglaterra un programa de construcción viaria tan ambicioso. Pero los romanos además despejaron los obstáculos del país a través de otros medios. Fueron ellos quienes planearon y llevaron a cabo el drenaje de las tierras pantanosas de East Anglia, constru-

yendo canales que unían el río Cam, que fluye cerca de Cambridge, con Lincoln, punto que a su vez se conectaba con los ríos Trent, Humber y Ouse.

Con los romanos, la agricultura experimentó un amplio desarrollo. A finales del siglo III introdujeron grandes arados a los que se les añadió la cuchilla. Ello permitió hacer surcos más profundos y arar tierras más duras. Y las cuchillas de doble filo cortaban el cereal más rápido que la hoz.

La prosperidad de la agricultura podemos observarla en una serie de villas construidas al sur y al este de una línea que discurre entre los ríos Severn y Trent. Estas elegantes mansiones de lujo, equipadas con los más modernos sistemas de calefacción y baño, las encontramos dispersas por diversos sitios. Decoradas según la moda romana, con suelos de mosaico, paredes pintadas y de estuco, servían como casas de labranza o de recreo. Disponían de habitaciones y pasillos separados, con los que se alcanzaba una privacidad desconocida en las anteriores casas de los celtas, con un único espacio común. Las tareas domésticas también se realizaban en áreas distintas: la comida se preparaba en un sitio; se comía en otro. Sin embargo, en las Tierras Altas del norte y del oeste no había villas.

Los romanos, igual que hicieron los británicos en la India del siglo XIX, gobernaban con pocos oficiales. Se servían, en cambio, de la antigua aristocracia guerrera, que aprendió latín hablado y escrito. Una vez educados, estos nobles contribuían al gobierno de las ciudades con el cargo de curiales (consejeros). Las tribus leales obtenían un alto grado de autonomía, mantenían su capital y elegían a sus propios magistrados. Y los aliados más fieles como Togidubno, rey de los regenses, eran recompensados con riquezas y reconocimiento social. Éste, en concreto, se convirtió en Tiberio Claudio Togidubno y se construyó un magnífico palacio en Fishbourne, con suelos decorados con mosaicos de espléndidos colores. Si los britones se unían al ejército, tras veinti-

cinco años de servicio adquirirían la ciudadanía romana y un terreno y quedaban integrados en la sociedad. Sin embargo, sólo una minoría de la población adoptó el estilo de vida romano. Se calcula que de los aproximadamente dos o tres millones de habitantes, sólo unos 200.000 vivían en pequeñas ciudades (menos del 10 por ciento). Las guarniciones militares con sus familias suponían un contingente de 50.000 o 60.000 personas y había un número similar de ingleses romanizados que vivían en alrededor de 3.000 villas. Los romano-ingleses representaban, por tanto, una parte muy pequeña de la población, que siguió siendo abrumadoramente celta.

Fin de la Inglaterra romana

Durante los siglos III y IV la Inglaterra romana fue una provincia muy próspera y una de las más fuertes del Imperio, en la que circulaba ampliamente el dinero, como señal de economía saneada. Sin embargo, cuando ante las invasiones bárbaras empezaron a surgir problemas en el continente, algunas tropas salieron de Inglaterra destinadas a combatir al nuevo enemigo. Por primera vez en 300 años Inglaterra quedaba desprotegida y al albur de invasores procedentes del norte (los pictos y los escotos), del oeste (los gaélico-irlandeses) y del este (los anglos y los sajones que cruzaron desde el mar del Norte). Todos se lanzan sobre territorio inglés en el 367, cometiendo pillaje a su paso. En el 410, año en que Alarico saqueó Roma, los líderes romano-ingleses acudieron al emperador Honorio para solicitar ayuda, pero éste les contestó que se defendieran solos. A partir de ese momento podemos decir que había llegado a su fin el dominio romano de Inglaterra. El desastre se impuso fundamentalmente sobre la clase media y los artesanos, que trabajaban para la administración o el ejército romanos. A comienzos del siglo

v se vino abajo la potente industria alfarera y para el año 420 o 430 dejó de circular regularmente la moneda. Antes de que comenzara el siglo VII la Inglaterra romana había dejado de existir y las islas Británicas se las repartían entre cuatro grupos. Los ingleses pre-romanos, o britanos, permanecieron en el suroeste y en Gales, manteniendo sus lenguas célticas. En Irlanda, las Hébridas y el oeste de Escocia vivían los gaélicos. Los pictos del norte de Escocia seguían siendo paganos y hablaban una lengua desconocida. En Inglaterra, del sur hasta Northumbria, se asentaron los jutos, los anglos y los sajones, también paganos.

Los invasores bárbaros terminaron prácticamente con todos los logros de la Inglaterra romana. La ocupación había quedado reducida a las Tierras Bajas que después conformarían Inglaterra. Los romanos nunca llegaron a Irlanda y tuvieron una presencia marginal en Escocia y Gales. Atrás dejaron carreteras y la religión cristiana, aunque al no ser ésta originalmente romana tenía muy frágil asidero. En la Inglaterra romana había pocas iglesias cristianas, y de ellas la más grande sólo daba cobijo a unos sesenta fieles. Por eso puede que el mayor legado que nos dejaran los romanos fueran los documentos escritos.

2. Anglosajones y vikingos

Al retirarse las legiones romanas se fortaleció el antiguo sistema político. En Inglaterra e Irlanda surgieron pequeños reinos, basados en bandas guerreras que vivían del botín y el tributo. Las principales fuentes de información de que disponemos para conocer el periodo que va desde la retirada de los romanos hasta la llegada de los normandos en 1066 son la *Crónica anglosajona* y la *Historia eclesiástica del pueblo inglés*, escrita por Beda el Venerable en el 731. La *Crónica* registra entradas anuales en las que se recogen acontecimientos históricos ocurridos en los reinos del sur de Inglaterra desde el siglo V al siglo XI. Inicialmente fueron recopiladas durante el reinado de Alfredo el Grande y posteriormente se continuaron en distintos monasterios que nos han legado diversas versiones. Beda, monje del monasterio de Jarrow, en Northumbria, es nuestra principal fuente de documentación sobre la conversión de Inglaterra al Cristianismo y sobre los hechos ocurridos en el siglo VII y principios del VIII. Agudo observador del mundo anglosajón, nos retrata sus sangrientos lances, las luchas dinásticas y la fascinación que sentían estos pueblos por la magia. Los germánicos invasores fueron analfabetos durante los dos primeros siglos que permanecie-

ron en Inglaterra (las inscripciones rúnicas no se correspondieron con el sistema alfabético hasta el siglo VII), por lo que la reconstrucción de las etapas más tempranas depende en gran medida de la arqueología y de la especulación erudita. Gracias a los descubrimientos arqueológicos sabemos que ya había guerreros germánicos en Inglaterra antes de que se retiraran los romanos, de modo que los asentamientos anglosajones empezaron a producirse bajo dominio romano.

Asentamiento

A partir del año 430 comienzan a llegar los germanos, que van asentándose en número considerable. Según Beda, «procedían de tres poderosas tribus germánicas: los sajones, los anglos y los jutos». Los sajones procedían del Elba, los jutos y los anglos de Jutlandia. También llegaron francos que se trasladaron a Inglaterra desde el Rin y frisios que venían del este del delta del mismo río. Todos estos pueblos huían a su vez presionados por pueblos nómadas, los hunos y los ávaros, y hablaban dialectos del germánico occidental que llegarían a conformar el inglés antiguo. Algunos de estos bárbaros entraron invitados por los romano-britanos para combatir a otros bárbaros y después decidieron quedarse. Los jutos se asentaron en Kent, los anglos al norte del Támesis, en la costa este, y los sajones en la costa meridional, aunque para la población vernácula de britanos celtas eran todos ellos sajones. La lucha era constante, con los celtas combatiendo a los invasores y los invasores peleando entre sí. Cuando se establecieron en el sur los asentamientos costeros las distintas tribus empezaron a trasladarse hacia el interior aprovechando los ríos. Los mercios (pueblo de las Marcas*) llegaron a los Mid-

* *Marches*: Territorio fronterizo situado entre Inglaterra y Gales o entre Inglaterra y Escocia.

lands siguiendo el cauce de los afluentes del Humber y el Trent. Los anglos del norte cruzaron el país de este a oeste, avanzando y tomando decenas de reinos, entre los que se encontraban Kent, Sussex (sajones meridionales), Wessex (sajones occidentales), East Anglia, Essex (sajones orientales) Mercia y Northumbria. La invasión anglosajona se dejó sentir sobre todo al sur y al este de Inglaterra, donde más firmemente se había atrincherado la cultura romana, y donde no quedó ni una de las antiguas villas. Puede que Londres fuera el único lugar que conservó la vida urbana; en los demás sitios las ciudades fueron abandonadas, algunas de ellas para siempre.

La sociedad anglosajona

Los invasores germanos, paganos y carentes de cultura escrita, estaban unidos por lazos militares o de clan. La tierra era ocupada por grupos tribales, en los que prevalecía la lealtad familiar. Rasgo esencial de esta sociedad eran las venganzas familiares, ya que los parientes podían vengar el asesinato de cualquier miembro de la familia. Sobre los que evitaban esta venganza recaía vergüenza eterna, aunque el honor se podía recuperar a través del *wergild*, un pago que hacía el asesino a la familia de la víctima. Por encima de todo estaban la lealtad y la adhesión a los juramentos. En la cúspide de la jerarquía social anglosajona se situaba el rey, con unos barones (*thegns*) de quienes se esperaba que lucharan por él. La aristocracia militar vivía en comunidad en el palacio del señor y asistía como oyente a las heroicas historias que contaban bardos profesionales. No había sistema de sucesión definido, por lo que los más fieros enemigos del rey podían estar entre sus más allegados. Se producían guerras constantes en las que moría la mayoría de los reyes, como le ocurrió a Oswy de Northumbria en el 670, a quien encontraron atado de manos

y cuello a un mástil en el campo de batalla. De los seis reyes que gobernaron East Anglia en el siglo VII, cinco murieron de manera violenta en menos de cuarenta años. Era una sociedad brutal e inestable, aunque también hubo reyes que se hicieron enormemente ricos, como prueba el enterramiento real encontrado en 1939 en Sutton Hoo, en la costa de East Anglia. En Sutton Hoo fue enterrado un rey (posiblemente Raedwald de East Anglia, que murió en el 635) en un enorme barco, que había sido previamente arrastrado a un embarcadero y hundido en una zanja preparada al efecto, sobre el que se acumuló un túmulo de tierra. El rey fue enterrado con armadura (casco, cota de malla, espada, escudo, lanza) y soberbios adornos de oro y joyas, los mejores de los que conservamos de todo el norte europeo. La procedencia de los tesoros allí encontrados nos da idea de hasta dónde llegaban el comercio y el expolio anglosajón: plata de Bizancio, monedas de oro de la Galia, esmaltes romano-britanos, seda amarilla de Siria y un cuenco norteafricano. El más valioso de los tesoros es una hebilla de oro, con inscripciones y criaturas ornamentales con forma de serpiente.

Beowulf, el poema épico más importante de la literatura secular y el único que conservamos en inglés antiguo, debió de escribirse en el siglo VIII: en él hallamos un espléndido retrato de la sociedad anglosajona. Hrothgar, rey de los daneses, consigue rodearse en su corte de nobles guerreros procedentes de otros países, y lo hace ofreciendo a sus seguidores tesoros y preciadas armas. Éste es el caso de Beowulf, príncipe de los gautas, un pueblo sueco. La malla, el casco y el estandarte dorado que recibe Beowulf son iguales que los de la armadura hallada en Sutton Hoo. Hrothgar era «el mejor de todos los reyes del mundo [...] el mejor de todos los que ofrecían oro». El mal rey «comienza por acumular los tesoros y nunca reparte anillos de oro». La sociedad a la que nos enfrentamos en el poema es una sociedad insegura, ansiosa de sangre. No hay rey que confíe en mantener su

triunfo durante mucho tiempo (todos los reyes y los reinos están abocados al desastre en la épica). Cuando el monarca envejece o enferma siempre hay enemigos esperando sustituirle en el trono. La lealtad y la venganza familiar son focos constantes. «Es mejor para todos vengar al amigo que llorarle intensamente [...] que el que pueda alcance la gloria antes de morir.» Beowulf combate con monstruos y dragones (signos de que estamos en un mundo pagano), y cuando él mismo muere abatido por un monstruo, que está guardando un tesoro, sus seguidores le entierran en un túmulo, mirando al mar, igual que los anglos orientales habían hecho con su rey en Sutton Hoo.

La conversión al Cristianismo

Cuando se escribió *Beowulf*, el mundo pagano iba desapareciendo precipitadamente, aunque al nombrar los días de la semana siempre sigamos recordando a los dioses Tiw, Woden y Thor *. La denominación inglesa de *Easter* para Semana Santa procede del nombre de una diosa pagana, Eastre. La conversión al Cristianismo comenzó en Inglaterra en el año 597, cuando el papa Gregorio, conocedor de que el rey Adalberto se había casado con una reina franca cristiana, envió a San Agustín, y a otros cuarenta monjes romanos, a Kent. Adalberto se convirtió pronto y San Agustín fundó un monasterio en Canterbury, donde fue coronado en el año 601 como primer arzobispo de Canterbury. En 604 se fundó otra sede en Rochester, también en Kent. Los sajones orientales aceptaron igualmente el Cristianismo y construyeron una catedral dedicada a San Pablo en Londres, pero Essex y Kent representaban tan sólo una pequeña parte de Inglate-

* *Tuesday*, *Wednesday* y *Thursday* ('martes', 'miércoles' y 'jueves') proceden etimológicamente del día consagrado a cada uno de estos dioses.

rra. El principal impulso del Cristianismo vino dado, para sorpresa de algunos, de la Iglesia celta de la apartada Irlanda. San Patricio había comenzado a enviar misioneros al exterior. Columba llegó a Escocia, convirtió a los pictos del norte en el año 563 y fundó un monasterio en la isla de Iona. Cuando el rey cristiano Oswoldo consiguió dominar Northumbria en el 633, invitó a San Aidan y a los monjes de Dowe al nuevo territorio para que convirtieran al Cristianismo a los habitantes del mismo. Aidan erigió un monasterio en la isla de Lindisfarne. En los Evangelios de Lindisfarne encontramos el mismo tipo de decoración que aparece en el Tesoro de Sutton Hoo *: criaturas con pico y formas serpenteantes, mezcla de motivos cristianos y paganos. La cristiandad se extendió a partir de Northumbria, por ser éste el reino más poderoso de la Inglaterra del momento. El rey Oswy (que gobernó del 641 al 670) derrotó a los mercios en el año 655 y les impuso la nueva religión. En el año 709 los principales reinos se habían cristianizado. Como las iglesias célticas de rito romano disentían en cuanto al día de celebración de la Pascua, Oswy convocó el Sínodo de Whitby, en el que terminó adoptándose la opinión de Roma. Así se logró que la Iglesia de Inglaterra quedara unificada bajo el mismo primado, situación a la que se llegó con el greco-parlante Teodoro de Tarso, arzobispo de Canterbury durante los años 668-670. Teodoro de Tarso prometió afianzar definitivamente los cimientos de la Iglesia en el país, para lo cual fundó monasterios y creó una estructura diocesana que permaneció hasta la Edad Media. La unidad eclesiástica se consiguió, por tanto, mucho antes que la unidad política, pero debemos reconocer que sirvió de acicate para aproximar entre sí a los distintos pueblos ingleses, ya que al introducir la cultura escrita entre las tribus germánicas, contribuyó a difundir entre ellas

* Los Evangelios de Lindisfarne y el Tesoro de Sutton Hoo pueden contemplarse en el Museo Británico de Londres.

una lengua común. En el siglo VIII los misioneros ingleses empezaron a divulgar ellos mismos el Cristianismo. A partir del 718 Bonifacio encabezó una misión sajona-occidental, encargada de predicar el Evangelio a los paganos y de convertirlos a la nueva fe. Murió asesinado en el 754, aunque influyó enormemente sobre la Iglesia franca, introduciendo en ella las necesarias regulaciones para encauzarla por la vía papal.

Las primeras ciudades inglesas aparecen en el siglo VI también en buena medida por influencia de la Iglesia. Muchas de ellas mantienen el emplazamiento de las ciudades romanas: las catedrales de Canterbury, York, Winchester y Worcester fueron todas erigidas en recintos romanos. Por entonces, las catedrales y los monasterios eran las comunidades que presentaban mayor grado de organización, lo cual atraía a artesanos y comerciantes. Todo ello explica que la vida urbana girara en torno a las principales iglesias.

Offa

En el siglo VIII el reino más poderoso de Inglaterra era la Mercia de Offa (757-796), aunque este monarca nunca llegara a controlar el territorio que queda al norte del Humber. Offa llegó a dominar todos los reinos, salvo los de Northumbria y Wessex, y suprimió sin compasión las monarquías correspondientes. En la *Crónica anglosajona* leemos, por ejemplo, que en East Anglia: «En ese año [794] Offa, rey de Mercia, mandó cortar la cabeza del rey Adalberto». Offa fue el primer gobernante que utilizó el título de «rey de los ingleses» y recibía consideración real por parte de Carlomagno, rey de los francos, que se dirigía a él como «mi querido hermano». Mercia prosperó mucho bajo el mando de Offa, gracias a la expansión del comercio interior y exterior. Hasta el año 600 sólo circulaban en Inglaterra monedas de oro extranjeras. Sin embargo, Offa acuñó su propia moneda y ésta

alcanzó mayor difusión que ninguna otra desde tiempos de los romanos. El llamado Dique de Offa nos da también buena muestra de los recursos de que disponía. Los celtas que no habían sido asimilados por los anglosajones se habían retirado hacia el oeste y hacia el sur, ocupando Gales y Cornualles. Este dique, enorme terraplén que separaba Inglaterra de Gales, se extendía a lo largo de 240 km de costa a costa. Tenía una principal función defensiva –impedir que se produjeran incursiones desde Gales–, pero consiguió aislar a los galeses de por vida, cultivando una lengua y una cultura que se desarrolló por derroteros distintos a los del resto de los pueblos celtas. Con todo, antes de la muerte de Offa ya se cierne la amenaza sobre Mercia. En el 789 la *Crónica* anuncia que «llegan a Inglaterra los primeros barcos daneses».

Los vikingos

Para hacer referencia a los invasores escandinavos los eslavos empleaban la palabra *rus* (a partir de un vocablo finés que significa ‘remeros’), y de ahí viene en último término la palabra «Rusia». En Inglaterra, sin embargo, los denominaban singularmente vikingos (‘piratas’), apelativo usado por las víctimas de daneses y noruegos indistintamente. Los vikingos llevaban más de cien años comerciando con pueblos del oeste y del sur de Escandinavia: en Inglaterra Hamwic (Southampton), Londres, Ipswich y York destacaron pronto como centros comerciales. Esto nos lleva a pensar que fue el ansia de riqueza más que el deseo de conquistar nuevas tierras lo que llevó a los vikingos a realizar incursiones en países con los que nunca habían tenido relaciones comerciales. Y pudieron hacerlo gracias al desarrollo que habían alcanzado en las técnicas de navegación y de diseño de barcos. Sus naves con forma de dragón, de más de cuarenta metros de largo, eran mayores que ninguna otra y disponían de una quilla muy es-

trecha y de un pesado timón con los que hacer frente al oleaje y las fuertes tormentas. Los treinta remos y la enorme vela contribuían a la velocidad de la nave, capaz de maniobrar también en ríos estrechos gracias a aquéllos y a su singular construcción en que no se diferenciaba la proa de la popa. Cuando comenzaron sus expediciones al exterior, los hombres del norte procedentes de Suecia se especializaron en la ruta que unía el mar Báltico con el mar Negro, siguiendo por Rusia el curso del Dniéper. Los noruegos marcharon hacia el oeste, saltando de isla en isla. Las Shetland quedaban a 300 km de Noruega (dos días de navegación), y desde allí podían llegar a Islandia, a Groenlandia, aún más al oeste, o dar la vuelta a Gran Bretaña. Tomaron las islas Shetland, las Orcadas y las Hébridas, frente a Escocia (retuvieron las Hébridas hasta 1226 y las demás hasta 1472), y de allí se trasladaron a Man, a medio camino entre Inglaterra e Irlanda, donde dejaron el *Tynwald* como legado, la asamblea que sigue reuniéndose aún hoy. Los vikingos atacaron Irlanda por primera vez en el año 795 y a partir del 830 establecieron asentamientos costeros en Dublín (que pronto se convirtió en importante mercado de esclavos), Waterford y Cork, bases todas ellas que aprovecharon para irrumpir en Inglaterra en los siglos X y XI. Estas ciudades costeras fueron los únicos asentamientos que los vikingos establecieron en Irlanda y duraron hasta que Inglaterra los conquistó en 1170.

En grupos mucho más numerosos que los noruegos, los daneses se embarcaron rumbo a Alemania, Francia y la costa oriental de Inglaterra. Al principio se trataba de incursiones de pillaje en las que aterrorizaban a la población local cometiendo asesinatos indiscriminadamente y provocando la desolación a su paso. En el año 793 la *Crónica* recoge lo siguiente: «Los paganos han arrasado el templo de Dios en Lindisfarne, provocando muerte y desolación». También Jarrow y Iona fueron saqueados. Los vikingos se marcharon tan precipitadamente como llegaron, llevándose, eso sí, te-

soros, ganado, mujeres y prisioneros que después venderían como esclavos. En el siglo siguiente, a partir de los años treinta, los daneses atacaron Alemania, Francia e Inglaterra con enormes flotas de cientos de barcos. En la última lo hicieron primero por la costa meridional, remontando después el estuario del Támesis, desde donde se dedicaron a realizar incursiones año sí, año no, hasta la década de los sesenta. En el 865 desembarcó en East Anglia una gran armada danesa que, siguiendo hacia el norte, tomó York en el 867. Como los dos monarcas rivales habían muerto en una lucha dinástica, los daneses encontraron el camino despejado para hacer de Northumbria un Estado asociado. Tras el fracaso obtenido a la hora de conquistar Mercia, volvieron a East Anglia, donde en el año 869 decapitaron al rey Edmundo y lo empalaron. En tres años desaparecieron los otrora gloriosos reinos de Northumbria y de East Anglia.

Alfredo

En el año 870 los daneses decidieron invadir Wessex, donde sin embargo iban a encontrar una oposición mejor organizada al mando del rey Ethelred y de su hermano Alfredo. En Berkshire Downs los daneses sufrieron su primera derrota seria, pero la situación dio pronto un vuelco con la victoria danesa de Basingstoke. A la muerte de Athelstan en el 871 Alfredo (871-899) accede al trono y, a la vista del nuevo ejército danés, decide negociar con ellos la retirada. Durante cinco años los daneses respetan el territorio de Wessex y se lanzan a la conquista de Mercia, tercer reino que sucumbe. A partir de entonces el ejército se divide en dos: una mitad toma rumbo al norte para fijar en Yorkshire un asentamiento permanente. La otra mitad volvió a Wessex y tras un ataque sorpresa en el año 878, Alfredo se vio obligado a refugiarse en las marismas de Somerset. Aunque pareciera estar en una situación

desesperada, lo cierto es que los vikingos consiguieron lo que ningún rey había conseguido hasta entonces: que se formara un frente unido contra un enemigo común bajo la dirección de un mando único. Alfredo logró organizar su propio ejército y obtuvo una singular victoria sobre los daneses en Edington. Cuando Guthrum, el rey danés, se rindió, Alfredo lo trató como invitado y le persuadió para que se convirtiera al Cristianismo, actuando él mismo de padrino. Por el Tratado de Wedmore (878) Alfredo aceptó que los daneses ocuparan gran parte de Inglaterra, fijando una frontera que se extendía desde el norte hacia el oeste, de Londres a Chester. Guthrum aceptó retirarse hasta dichos límites, y allí fue coronado monarca de un reino independiente, conocido como Danelaw. En 880 los daneses abandonaron Wessex y fueron asentándose regularmente en East Anglia.

Con el Tratado de Wedmore Alfredo ganó el tiempo suficiente para asegurarse el control del territorio que quedaba al oeste y al sur del Danelaw y asentar así las bases de una nueva nación unificada. En el año 886 tomó Londres e intentó garantizar la seguridad de su reino dotándose de un mejor ejército y de una mejor armada. Organizó un ejército a tiempo parcial (*fyrd*), de manera rotatoria, a partir de los barones (*thegns*) que debían servicio a sus señores. La *Crónica anglosajona* menciona que en el año 893 dividió el ejército en dos, «para tener siempre la mitad de sus hombres en casa y la otra mitad de servicio», y al mismo tiempo mandó construir barcos de sesenta remos, mayores que los de los vikingos. Uno de los logros más extraordinarios del gobierno anglosajón fueron, sin duda, las treinta plazas fuertes o ciudades fortificadas que erigió Alfredo. Las plazas fuertes distaban unas de otras menos de 30 km, es decir, lo equivalente a un día de marcha. Seguían un diseño similar, muy próximo al que encontrábamos en las ciudades romanas, con calles paralelas o perpendiculares a la vía principal. Estaban rodeadas de murallas y en época de invasiones servían de re-

fugio a los sajones occidentales que habitaban en la zona, aunque no sólo estaban pensadas con fines defensivos, sino comerciales. El Burghal Hideage, en el que se recoge el número de parcelas que debían encargarse de la defensa de cada una de las plazas fuertes, es el primer documento administrativo de la historia inglesa. En él se calcula que para defender las plazas fuertes se necesitaban tropas de 27.000 hombres, buena prueba de los recursos humanos de que disponía Alfredo. Las plazas fuertes resultaron enormemente eficaces. En fechas anteriores los daneses habían logrado penetrar en Wessex con mucha frecuencia y traspasando las fronteras muy hasta el interior: a partir de la década de los años 890 apenas incurrieron en el territorio. Alfredo quiso unir su reino creando instituciones unificadas, y por ello empezó a combinar instituciones de su reino de Wessex con otras de Mercia, territorio que había conquistado parcialmente cuando los daneses se retiraron de allí; los códigos legales quedaron integrados en uno y se instauraron los condados territoriales. Como trataba a sus vecinos con mucho tacto, consiguió lo que se propuso. En Mercia dejó los asuntos locales en manos del antiguo Consejo Real, entregó Londres al control de Mercia, y casó a su hija Aethelflaed con un noble mercio.

Alfredo había vuelto hondamente afectado de las dos visitas que hizo a Roma en los años 850, de modo que cuando tuvo su reino razonablemente seguro, dedicó los últimos diez años de su vida a la cultura y el saber. Fundó escuelas para los hijos de los nobles y, como Carlomagno, reunió en torno a la corte a buen número de monjes eruditos. Él mismo contribuyó a la causa de manera relevante. Aprendió latín y tradujo al inglés la *Cura Pastoralis* de Gregorio Magno, *La consolación de la filosofía* de Boecio y los *Soliloquios* de San Agustín. Para las altas tareas eclesiásticas resultaba primordial tener una buena formación en latín, y de hecho la presencia de sacerdotes mejor formados y de seglares más cul-

tos sirvió de base para la reforma monástica que sobrevendría dos generaciones más tarde. Alfredo, el único de sus predecesores al que los Tudor dieron el nombre de «el Grande», se había convertido en señor soberano de «todos los ingleses que no estuvieran bajo dominio danés», tal y como recoge el monje galés Asser en su *Vida de Alfredo*. También en algunas monedas podía leerse *rex Anglorum*, ‘rey de los ingleses’, en referencia a Alfredo.

El Danelaw

Los vikingos fueron asentándose en el territorio conocido como Danelaw y dejando en él una honda huella, reflejada en los numerosos topónimos que han quedado con terminación danesa: *-by* (que significa ‘granja’ o ‘pueblo’); *-thorpe* (‘aldea’); o *-dale* (‘valle’). Redujeron a los anglosajones a ciudadanos de segunda clase, como éstos habían hecho antes con los celtas y la cultura anglosajona desapareció de la costa oriental. La lengua oficial era una variante del antiguo nórdico, que fue transformando poco a poco el antiguo inglés en inglés medieval. El Danelaw era la zona más poblada y más próspera del país, puesto que los daneses explotaban su red comercial a la perfección incrementando el número de importaciones y exportaciones. York se convirtió en un centro de comercio internacional: ya en el año 1000 contaba con más de 10.000 habitantes, superada en esto sólo por Londres. Pronto aparecieron otros centros comerciales en la zona oriental, en Lincoln y Norwich, mientras Londres albergaba una próspera comunidad de comerciantes escandinavos. Las relaciones comerciales se extendían hasta Rusia a través del Báltico. Según el *Domesday Book** (1086) la parte oriental de Inglaterra era la más rica del país.

* Registro catastral encargado por Guillermo el Conquistador.

La Inglaterra unida

Los sucesores de Alfredo continuaron con el renacimiento de Wessex. Su hijo, Eduardo el Mayor (899-924), conquistó todo el territorio del Danelaw que caía al sur del Humber. Athelstan (924-939), nieto de Alfredo, siguió hacia el norte, capturó York en 926 y comenzó la reconquista de Northumbria. Sin embargo, en el año 927 su reinado se vio seriamente amenazado cuando los escandinavos asentados en Dublín se aliaron con los reyes de Strathclyde y de Escocia para invadir Inglaterra. Los enemigos fueron aplastados en Brunanburh y a partir de entonces Athelstan no volvió a tener problemas en el norte. Los reinos de Mercia, East Anglia, Essex, Sussex y Kent quedaron absorbidos en lo que sería una Inglaterra unida por vez primera, aunque los anglosajones no consiguieron nunca conquistar ni Gales ni Escocia. El punto álgido se alcanzó en el año 973 cuando en señal de sumisión ocho reyes britanos hicieron de remeros del rey Edgar (959-975) en una travesía por el río Dee hasta Chester. Edgar se comprometió a fondo en la reforma monástica. La regla benedictina llega al siglo x sumamente deteriorada. Muchos de los monasterios habían sido destruidos por los daneses, y los que aún seguían en pie se guiaban por normas de comportamiento seculares. Los monjes vivían en sus casas, casados y con hijos. Frente a esto, el rey fundó nuevos monasterios en los que todos debían seguir estrictamente la regla de San Benito. Aunque la medida tuvo un éxito muy reducido y afectaba a menos del 10 por ciento de la población, lo que sí se notó fue el incremento de la educación de la jerarquía eclesiástica. Hacia el año 1000 la mayoría de los obispos, antiguos monjes, eran miembros del *Witan* (Consejo Real) y se contaban entre los más preciados consejeros de los últimos reyes anglosajones.

El regreso de los escandinavos

La nueva monarquía no sobrevivió a Edgar durante mucho tiempo. En el año 991 un poderoso ejército danés invadió Inglaterra, derrotando a la milicia de Essex en Maldon. Para impedir que Normandía les apoyara, Ethelred (978-1016) se casó con la hija del duque de Normandía en el 1001 y a partir de ahí se inicia la relación entre Inglaterra y este territorio vecino. En ocasiones Ethelred intentó utilizar a los escandinavos para que lucharan como mercenarios contra sus propios compatriotas, pero muy a menudo se volvían contra su señor. En la entrada correspondiente al año 1002, la *Crónica anglosajona* recoge que «el rey ordenó asesinar a todos los daneses que hubiera en Inglaterra... porque le había informado de que le iban a quitar la vida a traición, a él y a sus consejeros para apoderarse después de su reino». Esto provocó una segunda invasión danesa, que obligó a negociar. En el año 1012 Ethelred contrató 45 naves danesas para defenderse y para pagarlas estableció un impuesto anual sobre la tierra, el *heregeld* (impuesto del ejército, conocido posteriormente como *danegeld*), que se mantuvo hasta el año 1162. Pero los ataques continuaron. Wulfstan, arzobispo de York, expresaba así su dolor en 1014: «No hacemos más que pagarles y no dejan de humillarnos; cometen pillaje continuamente, incendian nuestras posesiones, las destruyen, nos roban y siguen adelante». Estaba claro que la defensa inglesa era muy débil; por eso el rey danés Sveyn Forkbeard pudo invadir Inglaterra en el 1013 con intención de conquistar el territorio de manera permanente. Capturó Oxford y Londres, y Ethelred se vio obligado a huir a Normandía.

A la muerte de Sveyn, en el año 1014, sube al trono del imperio escandinavo su hijo Harold y el ejército que permanecía en Inglaterra acepta como rey a su hermano menor, Canuto. En 1016 Canuto venció a Edmund Ironside (que había sucedido en el trono a su padre Ethelred, al morir éste) y al

casarse con la viuda de Ethelred se erigió en rey de toda Inglaterra y se convirtió al Cristianismo (1016-1035). Con todo, al morir su hermano en 1018 y heredar el imperio escandinavo, del que Inglaterra era sólo una pequeña parte, fue desentendiéndose cada vez más de la política inglesa. Para facilitar la labor del gobierno durante sus largas ausencias, dividió el reino en cuatro condados: Northumbria, Anglia, Mercia y Wessex, lo cual provocó un giro de 180 grados en la pauta centralizadora de los últimos reyes anglosajones. Hacia 1030 el conde Eduino de Wessex se había convertido con mucho en la figura más rica y más poderosa de Inglaterra, sin contar al rey. A la muerte de Canuto en 1035 siguió la de sus dos hijos, lo cual terminó con la línea de sucesión danesa en 1042. A partir de ese momento la gente de cierta importancia quería restaurar la dinastía de Wessex, por lo que Eduardo, hijo de Ethelred, fue nombrado rey por el Consejo.

Eduardo el Confesor

Cuando Eduardo el Confesor (1042-1066) subió al trono ya funcionaban las instituciones que, enraizadas en el siglo VII, iban a desempeñar un papel fundamental durante la Edad Media. El señorío militar mantenía unida la sociedad anglosajona. Los grandes hacendados eran vasallos de su señor, el rey, y tenían sus propios vasallos en los barones, caballeros a su servicio. Los lazos que les unían quedaban simbolizados en ceremonias de homenaje y lealtad. Para el homenaje el vasallo se arrodillaba ante su señor poniendo sus manos sobre las de éste en señal de sumisión. Para la lealtad se pronunciaba un juramento. En esto yace el origen de lo que posteriormente vendría a denominarse sistema feudal, que consistía en la propiedad de la tierra a cambio de servicio militar. Ya en época muy temprana, en el 690, las leyes de

Ine, rey de Wessex, exigían que los hombres libres prestaran servicio militar, aunque la demanda de la prestación se amplió notablemente cuando, con las invasiones escandinavas, se necesitaron guerreros por doquier. La división medieval de las propiedades en dominios, directamente explotados por el señor, y tierras campesinas ya la encontramos a finales del siglo VII: la mayor parte del trabajo realizado en los dominios corría a cargo de esclavos, aunque no sabemos qué proporción de la población pertenecía a este grupo social.

Las leyes y las disposiciones emanaban de reuniones celebradas en el *Witan*, que no era un órgano democrático. Constituido sólo por nobles, obispos y hombres de influencia local, tenía, sin embargo, notable relevancia, ya que estaba encargado de elegir al rey y de ofrecerle consejo. Los condados eran las unidades administrativas de mayor rango y sobre ellas se apoyaría el gobierno durante un milenio. Había algunos que reproducían lo que habían sido antiguos reinos, como Kent, cuyas fronteras permanecieron inalteradas hasta 1974. Los tribunales del condado, presididos por el conde y el obispo, resolvían las disputas que surgían sobre la tierra aplicando leyes seculares y eclesiásticas. Durante el reinado de Ethelred en cada condado se designaba a uno de los regidores locales del rey (*bailiff*), para que ocupara el puesto destacado de *shire-reeve*, o lo que es lo mismo, el *sheriff*. Éste solía ser un barón local que se convertía en principal representante del rey en ese condado, era responsable de recaudar el *geld* o impuesto sobre la tierra, de administrar justicia y de cobrar las multas, de mantener las carreteras en buen estado y de realizar las levadas para la mesnada (ejército provisional de los barones y sus arrendatarios, a quienes se les obligaba a prestar servicio militar). Una de las leyes de Ethelred ya hace referencia al jurado de doce barones encargados de encausar a los delincuentes y de llevarlos a juicio, aunque tendemos a pensar que esta institución surge en el siglo XII. El tribunal del condado y el *sheriff* son dos de los le-

gados fundamentales que la sociedad anglosajona deja al gobierno medieval.

Por razones legales y administrativas los condados estaban divididos en áreas llamadas *hundreds* o subcondados, y en el centro de cada área se alzaba una casa solariega real o *tun*, dirigida por un empleado local. Por la toponimia, en el primer elemento de nombres como Tonbridge, reconocemos que los condados modernos contienen diversos *tuns*. Cada subcondado tenía su propio tribunal en el que se resolvían los negocios locales. Por su parte, la parcela, el terreno que se estimaba necesario para mantener a una familia de hombres libres, representaba la unidad en la que el gobierno basaba sus cálculos a la hora de establecer los impuestos que debían pagar los condados, los subcondados y las plazas fuertes y el servicio militar que podría esperarse de cada uno. Bajo el mando de Ethelred se había desarrollado un sistema de recaudación muy eficaz para pagar el *danegeld*. Entre los años 1012 y 1051 el dinero se recogía anualmente para sostener el ejército real. El *Domesday Book* se basará posteriormente en este complejo sistema de valoración. Eduardo el Confesor siguió desarrollando la administración en líneas similares. Se valía de una plantilla de funcionarios religiosos, cuyo responsable se convertiría posteriormente en el canciller medieval. Estos hombres estaban encargados de llevar un escrupuloso registro de cuentas, para lo cual se efectuaron pormenorizados estudios sobre propiedades y obligaciones impositivas. Sin esto el *Domesday Book* no podría haberse compilado con tanto detalle y con tanta rapidez.

Los últimos años del reinado de Eduardo estuvieron marcados por problemas sucesorios. Se casó con una hija del conde Godwin, pero ya en la década de los 1050 estaba claro que no iba a tener heredero. Godwin, hijo de un barón de los sajones meridionales, se había casado a su vez con una aristócrata danesa y tenía tres hijos, a los que había puesto de

nombre Sveyn, Harold y Tostig. Pretendientes al trono eran también el rey Magnus de Noruega y su hijo, Harold Hardrada, en cuanto herederos del imperio de Canuto, que incluía Inglaterra. Eduardo, sin embargo, prefirió como sucesor a alguien de Normandía, donde había vivido exiliado durante veinticinco años. En 1035 Guillermo, hijo bastardo del duque Roberto de Normandía, sucede a éste en el trono a los siete años. Posteriormente Guillermo reclamó el trono inglés, argumentando que Eduardo se lo había prometido.

Eduardo no perdonó nunca a Godwin por haber asesinado cruelmente a su hermano Alfredo, hasta arrancarle los ojos, y en 1051 le obligó a exiliarse. Sin embargo, Godwin regresó al año siguiente con una enorme flota y gozó prácticamente de poder supremo hasta su muerte, en 1053. Como conde de Wessex le sucedía su hijo Harold. Dos años más tarde muere el conde de Northumberland y hereda el territorio Tostig, hermano de éste. Cuando Gruffydd de Gwynedd, primer y último rey de Gales, decide invadir Inglaterra, los dos hermanos actúan conjuntamente. Derrotan al rey galés en 1063 y son sus propios hombres quienes lo asesinan. En 1064 o 1065 Harold visita Normandía. Según fuentes normandas, lo hace en calidad de embajador de Eduardo para confirmar bajo juramento la promesa anterior de dejar la corona inglesa en manos del duque Guillermo de Normandía.

La conquista normanda

El gobierno de Tostig en Northumbria resultó muy impopular y en 1065 terminó en rebelión. Como Harold no le apoyó, se vio forzado al exilio y a partir de ese momento se convirtió en su más fiero enemigo. Cuando en 1066 muere Eduardo y el *Witan* nombra rey a Harold, otro Harold, Hardrada de Noruega, apoyado por Tostig, invade Northumbria

y ocupa York. El rey inglés, el cual estaba esperando en el sur la invasión encabezada por el otro pretendiente al trono, Guillermo de Normandía, se vio obligado a trasladarse rápidamente al norte desde el sur, cubriendo 300 km en cinco días. El 25 de septiembre obtiene la victoria en Stamford Bridge, vence a sus enemigos, Harold Hardrada y Tostig, que mueren en la batalla, y recupera Northumbria. De los cientos de barcos que habían sido necesarios para traer el ejército desde Noruega, sólo se utilizaron veinticuatro para devolver a los supervivientes a su país. Mientras tanto, la flota de Guillermo el Conquistador, retrasada por el mal tiempo, había atracado en Pevensey, en la costa meridional, el 28 de septiembre. El ejército de Harold se vio obligado a marchar de nuevo aceleradamente hacia el sur, adonde llegó agotado. El 14 de octubre el ejército inglés y el normando se enfrentan cerca de Hastings. Harold reunió a su ejército sobre la cima de una colina, parapetado con una columna de escudos. La batalla duró todo el día y se perdió por la falta de disciplina. Parte del ejército de Harold se lanzó colina abajo cargando contra los hombres de Guillermo el Conquistador, que parecían huir en retirada. Pero allí les cortaron el paso y fueron derrotados. A Harold le mataron allí mismo, en el punto que posteriormente ocuparía el altar mayor de la abadía de Battle, erigida por Guillermo el Conquistador para conmemorar su victoria. Los ingleses no se rindieron, por lo que Guillermo el Conquistador hostigó toda la franja suroccidental, y capturó las principales ciudades anglosajonas, entre ellas Canterbury. Edith, la viuda de Eduardo el Confesor, le entregó las llaves de la ciudad de Winchester y las de la abadía, donde yacían los cuerpos de los reyes sajones. Con el cerco de Londres la resistencia decayó, al menos por el momento, y Guillermo el Conquistador fue coronado rey en la abadía de Westminster el día de Navidad de 1066.

3. Los normandos

Los normandos eran descendientes de los escandinavos que habían invadido Francia. Al no poder pagar la tasa danesa, Carlos III, rey de Francia, firmó un acuerdo en torno al año 911, según el cual concedía un ducado al escandinavo Hrolf, asignándole gran parte del territorio que ocupaba el valle del Sena. A cambio Hrolf se comprometía a convertirse al Cristianismo y a reconocerse vasallo del rey. En las crónicas latinas los escritores se referían al nuevo duque con el nombre de Rollo, y a su ducado lo denominaron Normandía, 'la tierra de los hombres del norte'. Muchos de los guerreros de Rollo, unos cinco mil, recibieron el bautismo, se casaron con mujeres francas y se convirtieron en clase dirigente, totalmente asimilados a la sociedad francesa. Las leyes y las instituciones escandinavas, como el *Althing*, órgano de representantes electos, quedaron relegadas y sustituidas por el sistema feudal. Lo mismo ocurrió con los ritos paganos y con la lengua nórdica. La dinastía de Rollo gobernó Normandía durante 250 años.

La transformación de Inglaterra

Tras la batalla de Hastings Guillermo el Conquistador (1066-1087) se encontraba en situación precaria, ya que los normandos eran poco numerosos, quizá unos 10.000, en el seno de una población hostil de 2,2 millones de personas, que protagonizaban alzamientos contra el invasor año tras año, desde 1067 hasta 1070. Guillermo el Conquistador tuvo que hacer frente además a una invasión danesa por el este y a los ataques que por el norte llevaban a cabo los escoceses, contra los que decidió adoptar una política de terror. Lo que se ha venido llamando «el acoso del norte» de 1069 no fue sino el asesinato deliberado de varones adultos y niños, la destrucción de las cosechas y el sacrificio del ganado, para conseguir que el hambre y la enfermedad se extendieran por todas las áreas devastadas. A la altura de Yorkshire el *Danelaw* quedó abolido y fue reconstruido siguiendo el modelo de casas solariegas que regía en el sur. Y para controlar a la población se construyeron castillos (hacia el 1100 había cerca de 500) en emplazamientos estratégicos, como York, Londres y Dover.

La conquista normanda fue un desastre para los ingleses. Los caballeros normandos, bretones y flamencos que habían tomado parte en ella reclamaban su recompensa y durante los veinte años que siguieron al acontecimiento se repartieron entre sí prácticamente toda la tierra. En 1086 sólo quedaban dos de los principales arrendatarios ingleses. Más de 4.000 nobles perdieron sus posesiones, que pasaron a manos de unos 200 barones normandos. Un monje llamado Orderic Vitalis, de padre normando y madre inglesa, vio la conquista como una colonización. «Los extranjeros», escribió, «se enriquecieron con los despojos de Inglaterra, mientras que los hijos de ésta caían asesinados o se veían forzados a exiliarse, a vagar de un sitio a otro sin esperanza, por reinos ajenos». Y la Iglesia sufrió transformaciones similares.

En 1070 Guillermo el Conquistador mandó destituir a algunos obispos y a partir de entonces dejó de nombrar ingleses para ocupar cargos eclesiásticos en las vicarías o en las abadías vacantes. En 1087 sólo había un obispo y dos abades ingleses. Aunque la *Crónica anglosajona* siguió escribiéndose casi cincuenta años después de la conquista y aunque el inglés siguiera siendo la lengua de la mayor parte de la población, en la corte y en otras esferas del poder se hablaba francés. Sin embargo, no desapareció todo vestigio anglosajón. La aristocracia anglosajona fue sustituida, es cierto, pero se conservó en gran medida su sistema de gobierno. Seguían existiendo los condados y los subcondados con sus tribunales y, a pesar de que el Consejo desapareció, se mantuvo un Consejo Real. Guillermo el Conquistador impuso el *geld*, como gravamen sobre la tierra y siguió utilizando el sistema de servicio militar anglosajón, la mesnada, como refuerzo de mercenarios y caballeros feudales. También sobrevivió el sistema de acuñación de moneda. Y debemos tener en cuenta que nada de esto habría ocurrido si no hubiera habido anglosajones hasta cierto punto involucrados en el poder y en la riqueza del país. La misma mesnada era señal de que muchos de los terratenientes seguían siendo anglosajones. Y la riqueza urbana permaneció en buena medida en manos inglesas.

Uno de los principales cambios introducidos por los normandos afectó a la estructura de la propiedad. Con los anglosajones las propiedades pertenecían a la familia y a la muerte del padre se dividían entre los miembros de la misma. Sin embargo, la nobleza normanda mantenía sus propiedades intactas al legarlas a un heredero único. Había además una segunda diferencia: en la Inglaterra normanda toda la tierra pertenecía a la Corona, por derecho de conquista. Los grandes terratenientes obtenían la tierra de manos del rey y se convertían con ello en sus aparceros jefes. En la Inglaterra anglosajona esto no ocurría: los barones no recibían la tierra de manos del rey, ni había, por tanto, aparceros

jefes. Como recompensa por servicios prestados, Guillermo repartió entre los obispos y los abades el 26 por ciento de la tierra y concedió a los barones un 49 por ciento de la misma. Éste era el modelo que seguían a su vez los aparceros jefes a la hora de ceder parte de sus posesiones a otros aparceros, de quienes exigían que actuaran como caballeros a su servicio. Durante el reinado de Guillermo el Conquistador había al menos 4.000 de estos caballeros. Cuando moría algún barón, sus posesiones volvían a la Corona y si el heredero quería recuperarlas tenía que pagar un rescate (cierta suma de dinero) al rey. Lo mismo se aplicaba si el que moría era un obispo o un abad. Esta estructura de la propiedad vino a llamarse feudalismo (término que utilizaron por primera vez juristas del siglo XVII), pero nada indica que fuera estático ni uniforme.

En 1085 Guillermo el Conquistador decidió gravar la tierra con un impuesto, similar al que introdujeron los anglosajones, que le permitiera afrontar el gasto de defensa de su reino. Y para ello hizo reconocer sistemáticamente el país, desde el río Tyne hasta el sur. En el *Domesday Book* quedaron registrados los detalles de 45.000 propiedades, de la valoración que habían recibido en tiempos anteriores a la conquista en relación con la tasa danesa, y de la tasación que obtuvieron en 1066 y en 1086. La información estadística que este registro contenía sobre cuestiones sociales y económicas no tuvo paralelo europeo. Los señores sólo cultivaban aproximadamente un tercio de la tierra disponible. El resto la explotaban diversos tipos de campesinos: los *villani* ('villanos'), 41 por ciento de la población que tenía el 45 por ciento del terreno; los *bordari* ('pequeños propietarios'), representados por el 32 por ciento de la población cultivaban sólo el 5 por ciento de la tierra; los *liberi homines* ('hombres libres') agrupaban al 14 por ciento de la población con un 20 por ciento de la tierra. Los siervos, el 10 por ciento de la población, no tenían tierra alguna. Y para sorpresa de muchos

quizá la mayor parte del terreno cultivado en 1914 ya sentía la fuerza del arado en 1086.

Hacia 1071 Guillermo el Conquistador ya se había asegurado el control de Inglaterra. A partir de entonces y hasta que concluyó su reinado, la vida estuvo marcada por la actividad en el continente, entre la guerra y la diplomacia, algo que habría de ocupar sin descanso a los sucesivos reyes de Inglaterra durante 400 años. Sus vecinos, sobre todo el rey Felipe de Francia y el conde Foulques de Anjou, observaban alarmados cómo se había incrementado el poder de Guillermo tras acceder al trono inglés. Tenían como aliado al hijo mayor de aquél, Roberto, nacido en 1054, a quien Guillermo reconocía como heredero de Normandía, pero al que privaba de dinero y de poder. Por eso comenzó a intrigar contra su padre a partir de 1078: las disputas familiares fueron otro de los grandes problemas de los reyes ingleses de las dinastías normanda y Plantagenet. Guillermo el Conquistador declaró la guerra al rey de Francia, con el que se disputaba el territorio del Vexin (en la orilla norte del Sena, entre Ruán y París), algo que sólo se solucionó en 1203. Mientras estaba en Francia, Guillermo el Conquistador cayó del caballo y murió en 1087 a causa de las heridas.

La disputa por la sucesión

Como el hijo mayor heredaba la tierra que en su día había pasado al padre, Roberto accedió al trono de Normandía, a pesar de su rebelión anterior. Inglaterra quedó en manos del hijo menor de Guillermo, Guillermo el Rojo (1087-1100). Pero de 1087 a 1096 se sucedieron las revueltas de los barones tanto en Normandía como en Inglaterra porque, según Orderic Vitalis, los nobles, que tenían tierras en uno y otro territorio, deseaban unir los dos países. En 1089 Guillermo el Rojo reclamó Normandía y fue ingenuamente asistido

en 1096 por el papa Urbano II, quien había hecho un llamamiento a la cruzada para recuperar Jerusalén de los musulmanes. Roberto quería acudir al llamamiento, pero carecía del dinero necesario para hacerlo. Y así cedió en prenda Normandía a su hermano. Si leemos las crónicas, veremos cómo la mayoría ofrece un retrato muy poco afortunado de Guillermo el Rojo, extravagante, inmoral y de dudoso comportamiento con la Iglesia. No se casó, sino que «se servía de concubinas; por eso murió sin heredero», según lo que recoge la *Welsh Chronicle of Princes*. Para Guillermo la Iglesia era una institución rica, de la que podía obtenerse un preciado botín; de ahí que dejara vacantes obispados y abadías para quedarse personalmente con los correspondientes ingresos. En 1100 disfrutó por ejemplo de los que correspondían a tres obispados y doce abadías. Pero ese mismo año fue alcanzado de muerte por una flecha mientras cazaba en New Forest, incidente que pudo no ser accidental.

Enrique, hermano menor de Guillermo, consiguió que lo coronaran rey con el nombre de Enrique I (1100-1135) justo tres días después de la muerte de el Rojo. Roberto regresó pronto de las Cruzadas, llegó a Normandía y en 1101 invadió Inglaterra, reclamando su derecho al trono. La disputa se soluciona sin luchas y mediante acuerdo: Enrique I permanecería en Inglaterra y Roberto en Normandía. Sin embargo, la separación de uno y otro territorio será causa de continua inestabilidad política. Decidido a recuperar Normandía, Enrique emprende una campaña de la que sale victorioso en la batalla de Tinchebray (1106); en ella captura a Roberto, y éste pasará los últimos veintiocho años de su vida como prisionero de su hermano.

Enrique tuvo que enfrentarse además con la Iglesia, puesto que el movimiento de reforma gregoriano amenazaba los derechos que tradicionalmente había mantenido la realeza sobre aquella institución. Los reformadores querían purificar la vida moral y espiritual del clero y liberarlo del

control seglar. Deseaban suprimir la investidura laica, ceremonia en la que el nuevo obispo o el nuevo abad recibía un anillo y un bastón de mando del príncipe seglar que lo había nombrado. Anselmo, arzobispo de Canterbury desde 1093, abandonó Inglaterra en 1097 por disensiones mantenidas con Guillermo. Regresó en 1100, pero se negó a rendir homenaje a Enrique y a consagrar a los obispos que aquél había investido. El rey se encontraba en una posición muy complicada, puesto que los obispos y los abades eran grandes terratenientes y ocupaban puestos clave del gobierno central y local. Como Enrique no quería enemistarse con ellos, suprimió en 1107 la investidura laica, pero no anuló la obligación que tenían los prelados de rendirle tributo por sus feudos y en la práctica seguía decidiendo quién sería nombrado obispo.

Lo que Enrique quería principalmente era mantener el control de la tierra. «Trataba a los magnates con honores y generosidad», escribió Orderic, «haciendo aumentar su riqueza para calmarlos y conseguir su fidelidad». A partir del año 1106 Enrique pasó más de la mitad de su reinado en Normandía, donde organizó un sistema de alianzas que protegieran este territorio de las ambiciones de Luis VI de Francia (1108-1137) y Foulques de Anjou. Como las guerras y los castillos defensivos eran empresas muy costosas, los impuestos se incrementaron enormemente en Inglaterra. Las largas ausencias del rey y esta necesidad de dinero obligaron a organizar una compleja maquinaria de gobierno. Para controlar la administración inglesa se formó un comité que se reunía dos veces al año «en el Ministerio de Hacienda (Exchequer)» y auditaba las cuentas que presentaban los *sheriffs* sobre una manta de cuadros.

En 1120 Guillermo, único hijo legítimo de Enrique, murió ahogado en el mar, y este percance abriría el problema de sucesión que dominaría el reinado del monarca a partir de entonces. Aunque tenía más de veinte hijos bastardos re-

conocidos, la única hija legítima que le quedaba a su muerte era Matilde. Ante la inseguridad que le embargaba, Enrique optó por acercarse a Foulques de Anjou para proponerle el matrimonio de Matilde con Godofredo de Plantagenet, hijo y heredero de aquél. En 1128 Matilde se casó con el muchacho, que por entonces tenía 14 años, primer paso de la conquista angevina del territorio anglo-normando. Enrique fue un monarca muy capaz que obtuvo importantes logros en su mandato, pero a su muerte seguía abierto el problema de la sucesión.

En los veinte años que siguieron a la muerte de Enrique, el Estado anglo-normando se vino prácticamente abajo, por la devastación que provocaron en Inglaterra las guerras civiles. El sobrino de Enrique, Esteban (1135-1154), se trasladó a Inglaterra desde Bolonia y fue coronado rey. Pero los barones empezaron pronto con sus luchas intestinas y arruinaron Inglaterra. Además, desde el momento en que murió Enrique I, Godofredo de Anjou empezó a acariar la idea de tomar Normandía. Esteban fue derrotado en sucesivas batallas libradas en Gales y en el norte de la isla, contra los escoceses. Y Godofredo, el marido de Matilde, completó la conquista de Normandía antes de morir, legando a su hijo mayor, también llamado Enrique, el control de Normandía y de Anjou. Enrique consiguió expandir ampliamente sus territorios al casarse en 1152 con Leonor de Aquitania, recién divorciada de Luis VII de Francia. Ella tenía 30 años; él 18. Un año después murió el heredero de Esteban, por lo que éste firmó un acuerdo con Enrique, según el cual él se quedaría como rey de Inglaterra mientras viviera, y al morir pasaría el reino a Enrique. Al morir Esteban Enrique subió al trono sin ningún problema, la primera vez que la sucesión no era cuestionada en más de cien años.

El imperio de los Anjou

La dinastía angevina o Plantagenet* reinó en Inglaterra de 1154 a 1485. Hablamos de imperio angevino o de los Anjou para hacer referencia a las tierras que quedaron unidas bajo el mando de Enrique II, fruto de una triple herencia. En primer lugar hay que mencionar el legado anglo-normando, que constaba del ducado de Normandía y el reino de Inglaterra, surgido de la conquista normanda de 1066. El derecho sobre Inglaterra le venía de su madre, Matilde, hija de Enrique I, y Normandía le llegó por vía paterna, si recordamos que Godofredo de Anjou había conquistado el ducado en 1144 abdicando a favor de su hijo en 1150. La segunda herencia procede también de su padre y comprendía los condados de Anjou (de ahí el nombre de angevino), Maine y Touraine. Y en tercer lugar, estaba Aquitania, herencia de Leonor de Aquitania, que pasó a Enrique por matrimonio en 1152: Aquitania y la Gascuña constituían la parte fundamental del ducado. Con todo esto, es fácil ver que Enrique dominaba sobre un vasto imperio que se extendía desde Escocia a los Pirineos, lo cual le convertía en el rey más poderoso de la Europa Occidental del momento.

Enrique consiguió mantener unidas las tres herencias entre 1150 y 1156, pero lo hizo sobre cimientos muy frágiles. Cada una de las partes de su imperio conservaba sus propias instituciones, sus leyes y sus costumbres; no existía moneda común entre estos territorios, ni dependían de un centro político único. Ni siquiera Inglaterra y Normandía, las provincias más estrechamente vinculadas desde la conquista, que seguían caminos independientes desde antes del

* Plantagenet hace referencia al tallo de la retama (la planta genesta) que Godofredo el Bello, conde de Anjou y padre de Enrique II, llevaba al parecer en el casco. Es una denominación que comienza a utilizarse en torno al año 1450.

año 1200. Los barones anglo-normandos ya no poseían tierras en ambos territorios, sino sólo en uno o en otro. No había intento alguno de crear un Estado, ni de que las distintas áreas pasaran a manos de una sola persona. Tan pronto como en 1169 Enrique II anunció que quería dividir la herencia entre sus hijos, y que a su vez, cada parte quedara para los herederos del hijo correspondiente. Lo que era cierto, sin duda, es que la vastedad del imperio angevino hacía complicado el gobierno eficaz, problema que se intensificó por las rivalidades que surgieron en el seno de la familia gobernante. El imperio se mantuvo intacto únicamente hasta comienzos del siglo XIII, época en que el rey Juan perdió la mayoría de sus posesiones. A finales de 1204 sólo conservaba las islas del Canal y una parte reducida de la Gascuña. En 1259 Enrique III renunció a los derechos que tenía sobre la mayor parte de la herencia de Enrique II y, como compensación, Luis IX, rey de Francia, le reconoció como legítimo duque de Gascuña. Pero incluso esta pequeña parte que quedaba del imperio angevino se perdió en la guerra de los Cien Años (cf. capítulo 4).

Enrique II (1154-1189)

La relación con Francia, que había comenzado con la conquista normanda, se consolidó con la dinastía angevina. Enrique II nació, murió y fue enterrado en Francia, hablaba francés y debía respeto al rey de aquel país por los territorios que poseía dentro de sus fronteras. Sabía poco inglés y cuando estaba en Inglaterra siempre iba acompañado de un intérprete, aunque, como casi todos los reyes normandos o angevinos, pasaba más tiempo fuera (21 años de los 34 que duró su reinado) que dentro. Lo primero que tuvo que hacer Enrique II fue recuperar el control sobre el reino, algo que había perdido su antecesor Esteban. Sofocó la revuelta de los

barones en 1158 y obligó a Malcolm IV, rey de Escocia, a restituirle Cumberland, Westmorland y Northumbria, lo cual fijaba ya la frontera entre Inglaterra y Escocia por el Solway y Tweed. Cuando Guillermo el León, rey de Escocia, apoyó a los hijos de Enrique en las disputas familiares que mantenían los Plantagenet y firmó el primer acuerdo formal entre Escocia y Francia («the Auld Alliance»), Enrique se trasladó al norte, hizo prisionero a Guillermo y le obligó en 1174 a dejar Escocia bajo soberanía inglesa; el rey y todos sus nobles tuvieron que someterse a Enrique y rendirle homenaje.

La conquista de Irlanda empezó en 1169, a partir de la alianza entre un jefe irlandés exiliado, Dermot MacMurrough de Leinster, y un barón normando, desposeído de sus tierras, procedente de Gales: Ricardo Fitzherbert, conde de Pembroke, conocido posteriormente como «Strongbow». MacMurrough hizo la siguiente oferta: si Pembroke le ayudaba a recuperar Leinster, le admitía como marido de su hija y le hacía su heredero. En 1170 tomaron Dublín, pero al año murió Dermot y Strongbow se convirtió en rey de Leinster. Enrique, alarmado por los logros de Strongbow, desembarcó en Irlanda con un enorme ejército. Sin embargo, llegaron a un acuerdo sin necesidad de luchar, al que accedieron todos los reyes y obispos irlandeses. Strongbow recibió Leinster como feudo, es decir, rindiendo homenaje a Enrique; Dublín y el hinterland fueron confiscados como dominio real. En 1177 Enrique lega «el señorío de Irlanda» a su hijo menor, pensando que se convertiría en reino independiente. Contra todo pronóstico Juan sube al trono inglés en 1199, con lo que el señorío de Irlanda queda amalgamado con el reino de Inglaterra. Y así permanece hasta que en 1541 Enrique VIII declara a Irlanda como reino independiente. Para los irlandeses 1169 es «el año de su destino», el momento en que Irlanda, que no había sido conquistada por los romanos, empezó a perder su libertad. La colonización comienza cuando una aristocracia de descendencia inglesa, francesa,

galesa y flamenca arrebató las tierras a los gobernadores irlandeses y empieza a construir castillos y a crear nuevos señoríos sujetos al régimen feudal. La nueva comunidad de colonos introdujo entonces los condados, los *sheriffs* y las leyes inglesas. Enrique había seguido su campaña de conquistas en el continente, apoderándose de Bretaña en 1166.

De entre las reformas más duraderas que introdujo Enrique debemos mencionar las que afectaban al sistema legal. Cuando subió al trono, la justicia real sólo servía a sus aparceros jefes. En los viejos tribunales de condado y en los de los subcondados se aplicaba el derecho consuetudinario y en los de los castillos regía la ley feudal, según la cual el señor resolvía casos que afectaban a sus vasallos. Enrique amplió la aplicación de la justicia real en una sesión del tribunal de Clarendon en 1166. Se instituyeron jurados que procesaban a los sospechosos; posteriormente éstos eran arrestados por el *sheriff* y llevados a juicio ante un tribunal de jueces reales que actuaban en los del condado. Esta reforma supuso un gran avance a la hora de integrar los tribunales del condado en un sistema nacional de justicia. Enrique estableció que los jueces reales realizaran circuitos regionales para juzgar casos en una serie de vistas, sistema que se ha conservado hasta que se crearon los tribunales de la Corona en 1971. En los tribunales del rey también podían resolverse casos civiles de cierta envergadura, y hubo muchos que buscaron la justicia en este sistema, que gozaba de amplia acogida. Por lo que se refiere al derecho civil, se introdujeron nuevos procedimientos que iban a durar cientos de años. Los nuevos tribunales de justicia, de ámbito nacional, con competencia sobre todos los hombres libres y con leyes uniformes para todos, fueron imponiéndose poco a poco sobre los anteriores tribunales locales y los de los castillos.

La memoria de Enrique va ineludiblemente asociada a la muerte de Tomás Becket. Hijo de un rico comerciante londinense, Becket llegó a ser amigo del rey; fue nombrado canci-

ller en 1155 y posteriormente arzobispo de Canterbury en 1162. A partir de entonces Becket antepone los intereses de la Iglesia a los de la monarquía y Enrique se siente traicionado. El rey no veía con buenos ojos que los miembros del clero que habían cometido graves delitos burlaran la ejecución al ser juzgados por tribunales eclesiásticos. Por ello en 1163 impuso que los clérigos que cometieran un delito fueran llevados ante tribunales seculares y que fueran éstos también quienes decidieran la pena. Becket y los obispos se opusieron a la medida. Como el papa le recomendó ser más conciliador, Enrique convocó un consejo en Clarendon en 1164. Pero las declaraciones de Clarendon establecían que el rey tenía derecho legítimo sobre la Iglesia; que la excomunión de empleados de la Corona necesitaba del consentimiento del rey; que la Corona controlaría toda comunicación entre el clero inglés y Roma; que los miembros del clero que fueran juzgados por tribunales eclesiásticos podían ser arrestados de nuevo y juzgados en tribunales reales. Becket se rindió junto con otros obispos, pero pronto se arrepintió de su debilidad. Para Becket estaba en juego la independencia del clero y el reconocimiento de que sus miembros sólo debían dar cuentas ante el papa. Enrique decidió acabar con Becket y lo llevó ante un tribunal real, acusándolo de malversación de fondos como canciller y de haber antepuesto la autoridad del papa a la del monarca. Fue declarado culpable y por la sentencia se le confiscaron las propiedades. Hay que tener en cuenta que no todo el clero apoyaba a Becket. De hecho sus más feroces enemigos eran los obispos de Londres y York. El arzobispo huyó a Flandes y regresó manteniendo la misma actitud, lo cual provocó la conocida frase de Enrique II: «¿Es que nadie va a quitarme de encima a este cura conflictivo?». Estas palabras fueron tomadas literalmente por cuatro de sus caballeros, que ansiosos de obtener el favor real asesinaron a Becket en su propia catedral el 29 de diciembre de 1170. La cristiandad entera se sintió conmocionada. Becket fue

canonizado y se convirtió en símbolo de la resistencia frente a la opresión autoritaria del Estado. En el año 1172 el papa obligó a Enrique II a tomar la cruz, es decir a marchar a las Cruzadas durante tres años. No llegó a ir, pero en 1174 hizo parte del camino hasta Canterbury descalzo y con una pelli-za, y allí, sobre la tumba de Becket confesó sus pecados y recibió cinco latigazos de cada uno de los obispos oficiantes. Con todo, la idea que tenía Becket sobre la relación que debía arbitrar entre la Iglesia y el Estado permaneció vigente. Hasta que se produjo la Reforma trescientos años después se mantuvieron los tribunales eclesiásticos y el clero estaba autorizado a recurrir los veredictos reales, apelando a Roma. Los grandes prelados de la Iglesia, ricos, poderosos y cultos, siguieron siendo indispensables para desarrollar la política de gobierno. La Inglaterra de los Plantagenet estuvo dirigida por prelados como Herbert Walter, que actuaba en calidad de principal representante de la justicia, legado papal, arzobispo impuesto al rey Juan y virtual arquitecto de la Carta Magna.

El asesinato de Becket no debilitó el control que Enrique mantenía sobre su imperio, algo que, sin embargo, consiguieron sus rebeldes hijos, con su actitud subversiva. Leonor y Enrique tuvieron cinco hijos y tres hijas, además de los doce hijos bastardos que concibió el monarca, cuatro con Alicia de Francia, hija de Luis VII, rey de Francia. La amante más famosa de Enrique era Rosamunda Clifford, abadesa del priorato de Godstow, cerca de Oxford. En 1168 Leonor regresó sola a Aquitania y en 1173, viendo el descontento de sus hijos ante el hecho de que Enrique no les hubiera delegado poder alguno, les instó a que se rebelaran contra él. Descubierta y retenida por Enrique, pasó diez años en Inglaterra sometida a estricta vigilancia, pero en cuanto se vio liberada volvió a provocar el conflicto en 1189, animando a Ricardo a reclamar su derecho al trono de Inglaterra, Normandía y Anjou. Enrique, que parecía preferir a Juan, come-

tió un acto de prevaricación, y Juan, sintiéndose humillado por el hijo que su novia había concebido de su padre, juró eterna alianza con el rey Felipe Augusto de Francia y protagonizó una revuelta contra el progenitor. La guerra resultó desastrosa para Enrique, más aún cuando descubrió que su hijo menor, Juan, también había conspirado contra él. Dos días después de su derrota, aturdido y desesperado, murió. El único que le veló en el lecho de muerte fue su hijo ilegítimo, Godofredo. «Los demás», dijo antes de morir, «son los auténticos bastardos».

Ricardo Corazón de León

Ricardo I (1189-1199) se convirtió en leyenda incluso antes de morir y todos le recordamos hoy como héroe nacional inglés, valeroso guerrero y cruzado, vencedor del famoso sultán musulmán Saladino. Pero Ricardo, a pesar de haber nacido en Inglaterra, era absolutamente francés. Sus padres (Enrique II y Leonor de Aquitania) eran franceses, él mismo componía poemas en esta lengua, y en su testamento dejó expresado el deseo de que lo inhumaran en Poitou y de que su corazón fuera enterrado en la catedral de Ruán, en Normandía.

Ricardo sucedió en el trono a su padre y heredó sus territorios sin rival alguno, aunque a Juan le había correspondido Irlanda. No tenía intención alguna de establecerse en Inglaterra ni hay indicio alguno de que supiera inglés. En 1172 se convirtió en duque de Aquitania y desde entonces pasó la mayor parte del tiempo en el continente. En cuanto se enteró de la victoria que había obtenido Saladino en Hattin, el año 1187, tomó la cruz y, una vez recaudado el dinero necesario, dejando también organizada la administración de sus dominios, partió hacia Tierra Santa en la tercera cruzada con Felipe Augusto; corría el año 1190. Llegados a su desti-

no, Ricardo actuó con particular fiereza y asesinó a los 2.700 rehenes de Acre porque Saladino se estaba retrasando demasiado en pagar el rescate. Aunque no consiguió reconquistar Jerusalén, luchó con gran valentía (lo cual le valió el nombre de Corazón de León) y consiguió notables éxitos frente a Saladino. Con los acuerdos del Tratado de Jaffa, firmados por él en 1192, los Estados cruzados consiguieron sobrevivir otros cien años. A la vuelta de las Cruzadas cayó prisionero del duque de Austria (desde diciembre de 1192 a febrero de 1194). Mientras estaba en prisión, Juan regresó a Inglaterra desde Irlanda con un ejército personal y organizó un Estado dentro del Estado, con su corte propia, aunque los barones de Ricardo contuvieron la rebelión. Ricardo fue liberado tras pagar un elevado rescate de 34 toneladas de oro, el triple de lo recaudado anualmente por la Corona, lo cual iba a ser una carga para toda una generación de ingleses. De marzo a mayo de 1194 realizó una breve visita a Inglaterra y regresó al continente, donde permaneció los cinco años siguientes empeñado en reconquistar el territorio que había perdido durante su estancia en prisión. Murió de un disparo de ballesta en el sitio de Chalus. El que fuera rey de Inglaterra durante diez años sólo había estado en su reino menos de seis meses.

Fin del imperio angevino

Ricardo no dejó hijos legítimos y, al morir, las distintas secciones del imperio angevino eligieron gobernantes distintos. Los barones de Inglaterra y Normandía optaron por Juan (1199-1216); Anjou, Maine y Touraine prefirieron a Arturo de Bretaña, de 12 años; y Leonor (que murió en 1204) quedó en Aquitania, representando a su hijo Juan. En el año 1200 éste obliga a renunciar a Arturo y se erige en señor único de los dominios angevinos. Ese mismo año recibe la anu-

lación de su matrimonio y se casa con Isabel de Angulema, a pesar de que ella ya estaba comprometida con Hugo de Lusignan; éste apela al rey Felipe Augusto de Francia. En 1202 Felipe hace una declaración por la que todas las posesiones que Juan tiene en el continente, cedidas como feudos del rey de Francia, son confiscadas. Juan muestra sus grandes dotes de general combatiendo por el este a Felipe y por el oeste a los partidarios de su sobrino Arturo. Después de conducir a su ejército en la oscuridad de la noche, lleva a cabo un ataque sorpresa al castillo de Mirabeau, donde su madre se encontraba retenida. Lo cual fue una gran hazaña: Juan capturó a doscientos caballeros y a la mayoría de sus oponentes políticos, incluido Arturo; pero también es verdad que perdió todo lo que había conseguido al matar a este último. Tras el incidente, sintió cómo sus partidarios le retiraron su apoyo: los castillos se rindieron ante Felipe y Juan regresó a Inglaterra. Felipe se adueña entonces de Normandía, Anjou y Maine.

Aunque hasta finales de 1203 Juan había pasado la mayor parte del tiempo en el continente, a partir de entonces era esencialmente un rey inglés. Sin embargo, en Inglaterra no gozaba de especial simpatía, puesto que, privado de los ingresos de Normandía, se vio forzado a expoliar las arcas de los barones. Éstos tenían que pagar «dinero de defensa» para evitar la prestación militar, mientras que sus herederos y las viudas tenían que pagar la «libertad», si querían disponer de la herencia del padre o volverse a casar. A Juan le odiaban también por haber mandado ejecutar a los veintiocho hijos de príncipes y nobles galeses que había tomado como rehenes. Carroñero y vengativo, también entró en conflicto con la Iglesia. En 1205 el papa Inocencio III se vio obligado a resolver la disputa que se había abierto sobre la sede arzobispal de Canterbury nombrando arzobispo al cardenal Stephen Langton. En 1208 el papa dictó un interdicto sobre Inglaterra y Gales: los servicios religiosos quedaban suspen-

didados, algo que se prolongó durante seis años. Al año siguiente Juan fue excomulgado y en respuesta a esta actuación decidió apropiarse de las tierras de la Iglesia para dar solución a la imperiosa necesidad económica que le acosaba. Sin embargo, al conocer la existencia de una trama urdida por los barones y el plan concebido por Felipe de invadir Inglaterra, Juan se convenció de que debía firmar la paz con la Iglesia y en 1213 acordó reconocer Inglaterra como feudo del papado. Langton regresó y se convirtió en principal organizador de la revuelta de los barones.

Juan pretendía recuperar los territorios franceses formando una coalición con todos los vecinos de Felipe Augusto que se sentían descontentos. En 1214 la coalición estaba formada por el emperador Otón IV y los condes de Flandes, Bolonia y Toulouse. Enfrentados a Felipe en Bouvines, cerca de Lille, en julio de 1214 sufrieron una sonada derrota. El resultado fue catastrófico para Juan: había perdido un territorio tres cuartas partes mayor que Inglaterra y allí le esperaba la revolución de los barones. En junio de 1215 los rebeldes tomaron Londres, y Juan tuvo que aceptar sus términos en un documento que posteriormente conoceríamos como Carta Magna.

Aunque en el siglo xvii la Carta Magna se nos presentó como pilar fundamental de las libertades inglesas, en realidad lo que pretendía inicialmente era proteger los intereses de los barones. El documento defendía, por ejemplo, que «Ningún hombre libre podrá ser retenido o encarcelado [...] o desposeído sea cual sea la vía [...] salvo por el juicio legal de sus pares o por la ley del país», pero lo cierto es que la gran masa de la población de entonces no pertenecía al grupo de los llamados «hombres libres» y, en general, los abusos de la Corona que condenaba eran primordialmente los que afectaban a los barones. Sin embargo, también es verdad que la Carta Magna sentó unos principios generales que tenían validez por encima de los meros intereses de los barones. El rey

se comprometía a no gravar impuestos sin «el común acuerdo del reino»; la ley era independiente de la voluntad real y los reyes debían rendir cuentas cuando no la respetaban. Como Juan no tenía intención alguna de acatar la Carta Magna, convenció al papa de que la anulara, pero a la muerte del rey el documento fue aceptado como cédula real por el gobierno regente de Enrique III. Posteriormente se volvió a redactar en la versión definitiva de 1225, fue revisada por el Parlamento y entró en vigor a través de los tribunales de justicia. Algunos capítulos siguen vigentes en la actualidad, algo que demuestra su imperecedera validez.

La revuelta de los barones continuó, dado que Juan se negaba a aceptar la Carta Magna. Los rebeldes incitaron a Luis VIII, hijo de Felipe Augusto, a provocar su destronamiento. Luis VIII invadió Inglaterra y tomó Londres en mayo de 1216, pero en octubre Juan murió de disentería, mientras llevaba a cabo una despiadada campaña contra sus enemigos por toda Inglaterra. Era el primer rey después de Harold Godwinson que nacía y moría en este país.

El Consejo que gobernó en nombre de Enrique III, hijo de Juan que por entonces sólo contaba nueve años (1216-1272, aunque no ocupó el trono realmente hasta 1232), derrotó a Luis VIII, que se vio obligado a retirarse de Inglaterra, aunque la guerra entre Francia e Inglaterra continuó. El Consejo deseaba recuperar la parte correspondiente del imperio angevino que Juan había perdido, pero las expediciones que se realizaron a Francia resultaron un fracaso; Inglaterra perdió aún más territorio, puesto que Luis VIII conquistó Poitou, al norte de Aquitania. Después de este acontecimiento los nombres de Gasuña y Aquitania comenzaron a utilizarse indistintamente. Por fin se firma la paz en 1259 mediante el Tratado de París: Enrique abandona toda pretensión sobre Normandía, Anjou, Maine, Tournain y Poitou y rinde homenaje al rey de Francia por Aquitania.

Simón de Monforte

En el siglo XIII el poder de los barones en Inglaterra alcanza su punto álgido. Bajo el reinado de Juan los barones del norte, como los lores Marcher de Gales, mantenían su independencia frente a la Corona. Al perder la parte septentrional de Francia, Enrique ordenó a sus aparceros jefes que abandonaran las tierras que poseían en el continente para evitar así conflictos de lealtades, y ello provocó que los barones ingleses comenzaran a asumir una identidad individualizada. El movimiento de reforma iniciado por los barones podemos retrotraerlo al menos hasta la Carta Magna. El rey necesitaba dinero para pagar mercenarios que defendieran Aquitania. Los barones ingleses empezaron a no ceder caballeros para estos servicios del rey «en el extranjero»; se oponían a la arbitrariedad con que explotaba el monarca los deberes feudales y pretendían regular su continua demanda de dinero a través de mecanismos legales e institucionales, como la convocatoria de Parlamentos. Cuando Enrique (felizmente casado con Leonor de Provenza desde 1236) se dedicó a conceder castillos y puestos en la administración, vicarías y tierras a los parientes de su mujer, el Parlamento de los barones exigió su derecho a sancionar o a revocar el nombramiento de los consejeros del rey.

Puede resultar irónico que el hombre que iba a pasar a la historia como adalid frente a los favoritos extranjeros del monarca fuera de hecho extranjero: Simón de Monforte (1208-1265) procedía de Montfort l'Amaury, en Touraine. Viajó a Inglaterra por primera vez para consolidar el derecho que reclamaba su abuela sobre el extinto condado de Leicester. Lo consiguió en 1231, y en 1238 contrajo matrimonio con la hermana viuda de Enrique. En 1247 Enrique le nombró gobernador de Gasuña, pero no tuvo especial acogida entre los nobles gascones, que se rebelaron contra él. Con el fin de apaciguarlos Enrique accedió a llevar a Simón

a los tribunales por exceso de autoridad. Fue absuelto por sus compañeros. Ante la ingratitud manifestada por el rey, Simón se convirtió en dirigente de los reformistas.

Los ánimos se encresparon aún más cuando Enrique intentó asegurar el porvenir de su hijo menor, Edmundo. En 1252 el papa ofreció a Enrique el reino de Sicilia y en 1254 el rey lo aceptó sin consultar a su Consejo, en representación de Edmundo. Desgraciadamente para Enrique Sicilia estaba en posesión de Manfredo, hijo ilegítimo del emperador Federico el Grande. Enrique acordó financiar la conquista y pagar otras deudas que tenía contraídas con el papa, de modo que para hacer frente a todo ello, exigió dinero y caballeros de sus aparceros jefes. Pero éstos se negaron, al ver que la influencia y los embrollos extranjeros se les estaban escapando de las manos. Los barones exigieron a Enrique que prescindiera de sus cortesanos extranjeros, a lo que tuvo que acceder. También aceptó formar un comité de veinticuatro personas (la mitad nombradas por el rey y la otra mitad por el Parlamento) encargado de elaborar un borrador con las reformas que estimaran necesarias para el gobierno del reino y que se reuniría en Oxford en junio de 1258.

Las Provisiones de Oxford limitaron el poder real: instituían las reuniones regulares del Parlamento y la existencia de un Consejo de quince miembros (de los que sólo tres serían de designación real) para tratar «los asuntos cotidianos relacionados con el reino y con el monarca». La soberanía quedaba transferida así a un comité permanente elegido por barones y prelados. Ese comité y no el rey sería el que tuviera la última palabra a la hora de elegir a los ministros. Asimismo las Provisiones de Oxford devolvieron el poder a los condados, previendo que cuatro caballeros por condado se encargaran de recoger las quejas, que habrían de ser solventadas por el delegado de justicia. A los *sheriffs* los nombraría únicamente el comité del condado; desempeñarían el cargo durante un año y recibirían un determinado sueldo. Por pri-

mera vez estas Provisiones aparecen en inglés, además de en latín y francés.

Enrique, como ocurrió con Juan después de la Carta Magna, no tenía intención alguna de respetar las Provisiones de Oxford. Gracias a la ayuda económica que le proporcionó el rey de Francia, fue recobrando el control de muchas áreas; para el año 1261 prescindió de las Provisiones que había jurado aceptar, obteniendo incluso la absolución papal. En la guerra de los Barones que se desencadenó posteriormente, Simón tomó la mayor parte del sureste inglés, en el verano de 1263, y al año siguiente se hizo con el territorio alto de Lewes, en victoriosa batalla y tras una valiente marcha realizada por la noche, a pesar de que los enemigos le superaban ampliamente en número. El rey y su hijo, Lord Eduardo, fueron capturados. Al tenerlos retenidos como rehenes, Simón se puso al frente del gobierno en Inglaterra y, en un intento de legitimar su régimen, adoptó una serie de medidas políticas que complacieran a la burguesía. Reunió, por ejemplo, un Parlamento integrado no sólo por los preladados y los veintitrés barones, sino también por dos caballeros de cada condado y dos burgueses de cada burgo. Eduardo prometió acatar las Provisiones de Oxford, cedió gran parte de sus posesiones a la familia de Monforte y fue puesto en libertad. Por su parte, Simón iba perdiendo apoyos, debido a la ambición de que hicieron gala sus más allegados. De nuevo en escena, Eduardo lanzó una campaña muy brillante y consiguió tomar Gloucester y hacerse con gran parte del ejército de Monforte, con lo que consiguió dividir las fuerzas de Simón y las de sus hijos. En Evesham, Enrique y Eduardo lograron vengar sus desgracias. Con escasas tropas Simón fue derrotado; murió luchando de pie después de haber caído de su caballo. Le cortaron las manos y los pies y le colgaron los testículos de las orejas. Pero al poco de su muerte, Simón fue considerado objeto de veneración. La Abadía de Evesham, en la que reposaban sus mutilados restos, se con-

virtió en centro de peregrinación y a él mismo llegó a compararse con Becket y con Cristo por haber entregado su vida al servicio de los demás. Sin embargo, la polémica ha rodeado siempre al personaje y a lo que representa. Para unos es un dirigente imaginativo y respetado, defensor de los oprimidos, y figura esencial para la creación de la Cámara de los Comunes, en tanto que convocó a caballeros y burgueses para formar el Parlamento de 1265. Para otros es un fanático arrogante y testarudo que contribuyó enormemente al fracaso del movimiento reformista iniciado por los barones.

En los últimos años de su reinado Enrique III restauró la autoridad real, pero reconociendo en los Estatutos de Marlborough (1267) que «las costumbres del reino» debían ser respetadas. Enrique III reconstruyó la Abadía de Westminster, inmensa catedral gótica diseñada por un arquitecto francés de Reims, en la que iban a ser coronados y enterrados a partir de entonces todos los monarcas ingleses.

Eduardo I (1272-1307) fue el primer rey inglés desde 1066 que tenía nombre inglés y que hablaba inglés (le llamaron así por Eduardo el Confesor). Como Ricardo Corazón de León, era un hombre de gran fuerza física, por lo que sus caballeros le apodaban «el de las largas calzas». En 1270 se enroló en las Cruzadas y se hizo famoso por asesinar a toda la población de Nazaret. Aunque se enteró de la muerte de su padre estando en Sicilia, no hizo ademán alguno para volver a casa. Lo que más le importaba en ese momento era ir a París y rendir homenaje al rey de Francia por las tierras que poseía en este país. Después marchó a Gascuña para sofocar una rebelión y no llegó a Inglaterra hasta 1274.

La conquista de Gales

Como rey guerrero que era, Eduardo I pretendía expandir sus dominios, pero esta vez no en Francia, sino en las islas

Británicas. De 1276 a 1284 su primera preocupación fue Gales. Tras la conquista normanda Guillermo concedió parte de las mejores tierras y condados a sus parientes más allegados, y lo hizo en las Marcas situadas a lo largo de la frontera galesa, para protegerles. En Cardiff y Camarthen se construyeron castillos, alrededor de los cuales fueron surgiendo después ciudades; hubo ingleses que se asentaron en Glamorgan y colonos flamencos que llegaron a Pembroke. De manera que en el siglo XII las Marcas ya se habían instituido como lo que fueron durante 400 años: un área sin ley dominada por los señores feudales. Estos señores de las Marcas eran servidores feudales del rey de Inglaterra, le rendían homenaje y a cambio obtenían una gran libertad para actuar según les conviniera. Las Marcas estaban situadas en las Tierras Bajas del sur y del este. En las montañas del norte los príncipes de Gales se alternaban en el poder. En el siglo XIII los más extraordinarios fueron Llewellyn el Grande (que murió en 1240) y su nieto Llewellyn ap Gruffydd, el cual fundó un gran principado en Gwynedd. En 1269, reconociéndose súbdito feudal del rey de Inglaterra, se convirtió en el primer príncipe de Gales nativo reconocido como tal por la Corona inglesa (y también en el último). En cuanto dejó de rendir homenaje al nuevo rey, Eduardo I, éste le acusó de rebeldía. En 1277 el rey movilizó a un ejército de dimensiones nunca vistas en Gales hasta entonces: 800 caballeros y 15.000 soldados de infantería (9.000 de los cuales procedían de Gales). Con el ejército feudal inglés, con mercenarios pagados con créditos de banqueros italianos, una flota de barcos y una enorme fuerza logística de albañiles y mineros, el rey invadió Snowdonia y tomó Anglesey, con lo que cortaba el suministro de grano en Gwynedd. Llewellyn se rindió y tuvo que ceder todas las tierras que había conquistado, salvo Gwynedd. La guerra volvió a estallar en 1282, pero esta vez Llewellyn murió y su hermano Daffydd fue entregado a los ingleses por sus propios hombres, para ser después eje-

cutado por traidor (el primero, acusado de rebeldía, desde 1076). A raíz de estos dos hechos la resistencia galesa cesó. El Estatuto de Gales (1284) declaraba que «todo el país de Gales será anexionado y quedará unido a la Corona de nuestro reino». Se crearon cuatro nuevos condados en el norte, se introdujo el derecho consuetudinario inglés (*common law*) para juzgar hechos delictivos (aunque se mantuvo el derecho consuetudinario galés para casos civiles) y las ciudades-fortaleza fueron declaradas burgos libres, en los que no podían vivir los galeses y que fueron ocupados por nuevos colonos ingleses. Los señoríos de las Marcas no se vieron afectados por el Estatuto, que permaneció en vigor hasta que Enrique VIII introdujo la nueva legislación de 1536-1543. Para mantener sometidos a los galeses se construyó entre Snowdonia y el mar una fila de inexpugnables fortalezas, como las de Harlech, Conwy y Caernarfon. Estos castillos pertenecían al nuevo tipo concéntrico: una serie de murallas y torres estaban dispuestas de manera simétrica en torno a un patio exterior abierto, dominado por una garita reforzada. Resultaban sumamente caros, puesto que para levantarlos se necesitaban cientos de albañiles y hasta diez años de trabajo. Eduardo quedó prácticamente arruinado después de construir ocho castillos en Gales. Los castillos funcionaban como centros administrativos, pero también servían para colonizar las regiones recién conquistadas: en Conwy se construyó una nueva ciudad dentro de las murallas del castillo. La conquista de Gales fue uno de los acontecimientos más decisivos de la historia de Gran Bretaña, en tanto que ha permanecido como hecho inalterado. Como Eduardo, undécimo hijo de Leonor de Provenza y Eduardo I, nació en Caernarfon, fue nombrado Príncipe de Gales, título que pasaría desde entonces a los herederos al trono de Inglaterra.

Poco tiempo después de conquistar Gales Eduardo expulsó a los judíos de Inglaterra, convirtiéndose en el primer monarca europeo que lo hizo. La noche de la coronación de

Ricardo I en 1190 ya se había producido una persecución antisemita en Londres, y en ella habían sido asesinados 150 judíos. Además, desde 1218 los judíos tenían que llevar chapas identificativas de color amarillo. Ahora los judíos quedaron excluidos de Inglaterra durante los siguientes 365 años.

La independencia escocesa

A lo largo de casi todo el siglo XIII las relaciones entre Inglaterra y Escocia habían sido buenas, pero también en este caso Eduardo quería decididamente imponer su autoridad. En 1286 el rey Alejandro III de Escocia moría al caer del caballo y se reconocía como heredera a su única nieta, Margarita, la doncella de Noruega. Eduardo propuso entonces formalmente que ésta se casara con su hijo y heredero, también llamado Eduardo, a lo que los barones escoceses accedieron. Pero Margarita murió a los 6 años en 1295, en las Orcadas. Y Eduardo aprovechó tales circunstancias para reclamar la soberanía de Escocia y el derecho a decidir entre los diferentes pretendientes al trono. Así eligió a Juan Balliol, que fue coronado en 1292, pero la actitud de Eduardo para con Escocia resultaba tan arrogante (exigía que los escoceses le proporcionaran caballeros para combatir en sus campañas francesas) que en 1295 los escoceses firmaron una alianza con Felipe IV de Francia. De acuerdo con los términos de la misma, cada uno de los aliados ayudaría al otro en caso de agresión inglesa. En 1296 Inglaterra atacó Francia desde Gascuña, de modo que los escoceses invadieron Cumberland. Eduardo respondió con un ejército aún mayor que el que había reclutado para atacar Gales: 1.000 caballeros y 25.000 soldados de infantería. Berwick, situada ligeramente al norte de la frontera con Inglaterra, era la ciudad escocesa más rica y con mayor número de habitantes. En tres días Eduardo masacró

a sus 11.000 habitantes, para dejar claro lo que ocurriría en el resto del país, caso de que se opusiera resistencia. Berwick pasó a ser una ciudad inglesa, ocupada por northumbrios: la frontera con Escocia pasaría siempre por este punto. Eduardo siguió su campaña y tomó Edimburgo, donde Balliol se rindió; fue encarcelado en la Torre de Londres. La guerra había terminado en tres semanas. A Eduardo no le interesaba ejercer el gobierno directo de Escocia, y por eso (a diferencia de lo que ocurrió en Gales) sobrevivió como reino independiente. Pero se consideraba a sí mismo «señor» del territorio. Aquí empezaron las guerras de Independencia escocesas que iban a durar hasta 1357.

En 1297 se produjo una nueva insurrección en Escocia, dirigida por William Wallace y Andrew Murray. Ayudados por líderes eclesiásticos, Wallace y sus aliados derrotaron al ejército inglés delante del Castillo de Stirling, aunque Murray cayó herido y murió meses más tarde. Wallace invadió Inglaterra, y cometió las atrocidades al uso, pero no consiguió conquistar ningún castillo inglés. En 1298 se enfrentó cara a cara con Eduardo en Falkirk. Como éste tenía un ejército muy superior, Wallace dispuso a sus hombres en cuatro círculos, como si fueran erizos, con las largas lanzas preparadas para detener el ataque de la caballería. La batalla se prolongó durante horas, pero al final la lluvia de flechas lanzadas por arqueros galeses y gascones obligó a abrirse a los erizos y los hombres de Wallace murieron por miles. No hubo rendición tras la victoria inglesa, aunque Eduardo tomó el control del sur y del este de Escocia. Los escoceses se retrajeron a las Tierras Altas y desde allí siguieron desgastando al enemigo. Todos los años Eduardo invadía Escocia (llevó a cabo nueve campañas entre 1296 y 1307), provocando la devastación y la ruina del territorio, lo cual le hizo merecedor de la inscripción que reza en su tumba de la Abadía de Westminster: *Hic est malleus Scottorum* ('Aquí yace el martillo de los escoceses'). A Wallace, fugitivo y traicionado

por alguno de sus propios compatriotas, le sacaron las entrañas vivo en 1305 y se convirtió en uno de los héroes de la historia escocesa.

Roberto Bruce fue quien asumió después el liderazgo de la resistencia escocesa. Era uno de los dos protectores que dirigieron Escocia después de la batalla de Falkirk; el otro era John Comyn, su más amargo rival en el dominio del suroeste del país. Bruce descendía de barones franceses llegados a Inglaterra con Guillermo el Conquistador; hablaba francés y tenía propiedades en Inglaterra. Durante mucho tiempo mantuvo posturas ambiguas en lo referente a las guerras anglo-escocesas. En 1297 ayudó coyunturalmente a Wallace, pero después firmó un pacto de alianza con Eduardo en 1302 y ofreció apoyo abierto a los invasores ingleses en 1303-1304. Sus lealtades volvieron a cambiar en 1305: mostró su actitud despiadada asesinando en 1306 a John Comyn en el altar de la iglesia de Greyfriars en Dumfries. Con esto lo único que consiguió fue intensificar la guerra civil escocesa, y aunque Bruce fue coronado seis semanas después, terminó derrotado por las tropas de Eduardo en Methven y se vio forzado al exilio, probablemente a las Hébridas; su familia fue perseguida y sus hermanos varones ejecutados. Aprovechando que Eduardo I había muerto en otra de sus muchas campañas escocesas, Bruce derrotó a los partidarios de Comyn y Balliol en 1308. Hizo todo lo posible para consultar a los nobles y obispos escoceses y en 1309 consiguió convocar un Parlamento escocés que recaudara fondos para crear un ejército de defensa nacional. Sistemáticamente asedió y tomó los castillos ingleses que se alzaban en Escocia y los arrasó para que ninguna otra fuerza ocupante pudiera volver a utilizarlos. En 1313 el único castillo que seguían manteniendo los ingleses era el de Stirling, al sureste de Escocia. Al año siguiente un gran ejército inglés de 100.000 hombres avanzó hacia el norte desde Berwick para liberar Stirling del asedio. Aunque estaba en clara inferioridad de

condiciones, la proporción sería de tres hombres frente a uno, Bruce eligió un emplazamiento en las afueras de Stirling desde donde consiguió encerrar al ejército inglés entre un río y el arroyo de Bannockburn. Allí ganó Bruce una de las batallas más decisivas, el 24 de junio de 1314. La independencia de Escocia estaba asegurada. En 1318 Bruce tomó Berwick y aunque la guerra se dilataba en el tiempo, nadie amenazaba ya realmente sus posiciones. Por el Tratado de Northampton de 1328 la reina Isabel y su amante el *marcher* Lord Roger Mortimer, que había depuesto a Eduardo II, firmaron la «paz de la deshonra», reconociendo a Bruce como rey de una Escocia independiente y renunciando a todo derecho sobre tal país. Bruce murió en 1329, poco después de su triunfo.

Las guerras que Eduardo I había librado en Gales y los castillos que había mandado edificar allí habían resultado actividades muy costosas para las que tuvo que reclamar amplios créditos, subsidios de las ciudades inglesas y «donativos extraordinarios» del clero. Y además mantenía un sistema de impuestos muy duro. El aumento que sufrieron los aranceles de exportación (conocidos como el *maltolt* o 'impuesto pernicioso') sobre un bien tan importante como la lana estuvo a punto de provocar la rebelión en 1297. El rey tuvo que ceder, abolir el *maltolt* y admitir que en el futuro no podría gravarse ningún impuesto sin «el consentimiento general de todo el territorio»; con ello estaba aceptando que los impuestos fueran aprobados por el Parlamento. En Irlanda no hubo consentimiento alguno; Eduardo la despojó de hombres, dinero y víveres para pagar las guerras que llevaba a cabo en Gales y Escocia. Al morir, Eduardo dejó una deuda formidable, una Escocia hostil y una nobleza que durante diez años había dejado de confiar y de cooperar con el monarca. Su hijo Eduardo II (1307-1327) no consiguió resolver tales problemas.

4. La guerra de los Cien Años

«Guerra de los Cien Años» es el nombre que recibieron en el siglo XIX las guerras que se desencadenaron entre Francia e Inglaterra de 1337 a 1453. Los combates eran intermitentes y rara vez tomaron forma de campañas militares regulares. A partir de Eduardo III sólo hubo un rey inglés que llevara a cabo una guerra a gran escala, Enrique V (1413-1422). Sin embargo, Francia sufrió terriblemente durante la guerra; buena parte de sus territorios se convertían en vulnerables tierras sin ley ante el avance de tropas aniquiladoras, que actuaban con una violencia desconocida desde época vikinga.

Eduardo III (1327-1377) tenía sólo 15 años cuando subió al trono, pero pronto demostró mayor inteligencia y sensibilidad que su padre a la hora de considerar los deseos de los nobles. En 1329, dado que mantenía Aquitania en calidad de vasallo del rey de Francia, Eduardo rindió homenaje al recién coronado monarca, Felipe VI de Valois. Ésta es la última vez que un soberano inglés rinde homenaje a otro francés. Su madre y el amante de ésta, Roger Mortimer, habían concretado que se casara con Felipa de Hainaut, habían aceptado la independencia escocesa y eran responsables de la muerte de su padre Eduardo II. En 1330 Eduardo apresó a Mortimer y lo

llevó a Londres, donde fue ahorcado. Isabel se vio obligada a retirarse, con lo que Eduardo se hacía con el control absoluto del poder. Alto y enérgico, de largo pelo rubio y con barba, era un mujeriego, incluso podríamos decir un violador; su calidad de vencedor en justas y torneos y su carácter de ardiente guerrero le convirtieron en líder natural de los barones, a diferencia de lo que ocurrió con el bisexual de su padre.

A partir de 1331 las relaciones con Francia comenzaron a deteriorarse por causa de la guerra civil que se desencadenó en Escocia y por las disputas que afectaron a la sucesión del trono de Francia. En Escocia había estallado la guerra civil entre el hijo de Bruce, David II, y Eduardo Balliol. Venció este último, fue coronado en 1334 y rindió homenaje a Eduardo III, quien, por otra parte, consiguió unir a todos los escoceses contra él, al exigir la cesión a Inglaterra de las cinco provincias meridionales de Escocia y el reconocimiento de su persona en todo el territorio como «Señor Magnífico». David buscó refugio en Francia, donde rindió homenaje al rey Felipe, invocando la «vieja alianza» entre Francia y Escocia.

La muerte en 1328 del último Capeto rey de Francia abrió la incógnita de la sucesión. Eduardo tenía cierto derecho sobre el trono francés, puesto que su madre era hermana del fallecido rey. Felipe de Valois era sobrino de Carlos IV. Como los nobles franceses no habrían admitido un dirigente extranjero, subió al trono Felipe. Lo que no queda claro es si Eduardo entró en guerra para reivindicar su derecho sobre el trono francés. La causa más inmediata de la guerra fue Aquitania. Como el duque de este territorio (el rey inglés) era vasallo del rey de Francia, los casos legales del ducado podían llevarse a París. En 1337 Felipe VI confiscó el ducado, porque Eduardo se dedicaba a proteger a un vasallo del rey francés poco disciplinado y rebelde. Eduardo confirmó sus derechos sobre el trono francés en 1337 y negó su vasallaje ante Felipe.

Inglaterra victoriosa

Felipe de Valois gobernaba un reino más próspero y rico que Inglaterra. Francia tenía una población de unos 20 millones de habitantes, mientras que en Inglaterra sólo vivían cuatro millones y medio de personas. Sin embargo, Inglaterra partía con ventaja, al estar más unida y haber vivido una inestimable experiencia bélica en Gales y Escocia. En las guerras escocesas se modificó el modo en que los caballeros y los infantes ingleses intervenían en los combates: en lugar de hacerlo a caballo, luchaban a pie. Durante el reinado de Eduardo I estos caballeros lucharon a caballo, con lanza y espada, y obtuvieron victorias decisivas en Dunbar (1296) y Methven (1306), pero sólo operaban con particular efectividad desde tierra firme. En Bannockburn (1314) el terreno empapado les resultó desastroso, y fue a partir de esta batalla cuando los ingleses decidieron cambiar de táctica. La infantería también se modificó durante las guerras escocesas: los lanceros de las primeras etapas del reinado de Eduardo I pasaron a ser principalmente arqueros. Y además servían a fines distintos. En Falkirk (1298) los arqueros entraban en acción para atacar los anillos defensivos escoceses, caso de que hubiera fallado el ataque de la caballería. Cuando los caballeros empezaron a luchar desde tierra, se podían combinar mejor con los arqueros. Éstos abrían la ofensiva y después intervenían los infantes en combates cuerpo a cuerpo. En 1330 la formación de batalla habitual para los ingleses ya estaba fijada: cada batallón de infantes a pie iba flanqueado por arqueros en uno de los lados, de manera que pudieran disparar sobre el enemigo desde los costados. Los arqueros utilizaban unos grandes arcos, con los que disparaban una avalancha de flechas incendiadas que aterrorizaban a los caballos por el estruendo que hacían. Tenían un alcance de 400 metros y eran certeros a unos 200. En Halidon Hill (1333) los arqueros diezmaron las tropas escocesas antes de

que éstas alcanzaran las posiciones inglesas, lo cual sentó el modelo estratégico de lo que se haría posteriormente en Crécy y Poitiers.

Los ingleses también habían conseguido diseñar un método para reclutar un ejército más eficaz que el proporcionado por el antiguo sistema feudal, en el que los aparceros jefes del rey eran convocados para servir al monarca con una cuota de hombres fija, durante cuarenta días, sin recibir nada a cambio. Con esto se conseguía una caballería de unos 500 caballeros, como mucho, lo cual resultaba totalmente inadecuado incluso en época de Eduardo I. En sus últimas campañas este monarca tuvo que ponerse en manos de mercenarios que ayudaran a la leva feudal. A partir de este reinado, los ingleses comenzaron a utilizar ejércitos contratados: los hacendados accederían a servir en la guerra con determinado número de hombres, y cobrarían por ello. El primero de estos acuerdos de que se tiene noticia lo firmó Eduardo I en 1270 antes de subir al trono, pero habría que esperar hasta 1337 para que el sistema de contrato se empezara a utilizar para reclutar a todo un ejército. La leva feudal cayó en desuso: se utilizó en 1327 y más adelante en 1385 por última vez. Los propietarios feudales preferían pagar un impuesto antes que servir en el ejército personalmente. Los ejércitos estaban formados por voluntarios, no por gente reclutada. El sistema reunía ciertas ventajas para la Corona: no se imponía límite al periodo de servicio y la Corona se desentendía de las cargas de la administración. Estos nuevos ejércitos pagados eran más reducidos, estaban mejor disciplinados, resultaban más eficaces y más flexibles que las pesadas fuerzas francesas, carentes de toda organización.

La principal batalla de la guerra tuvo lugar en Flandes en 1340, pero fue una batalla naval, no terrestre. Felipe había reunido una flota en Sluys, lo cual fue interpretado por los ingleses como un intento de invadir Inglaterra. La mayoría de los barcos franceses estaban unidos unos a otros con ca-

denas por motivos de seguridad, pero esto también implicaba que no se podía maniobrar con ellos. Los arqueros ingleses se lo hicieron pagar caro desde las plataformas superiores a la cubierta y abordaron los barcos franceses. La lucha se prolongó durante nueve horas. Se capturaron 190 barcos franceses en la primera gran victoria naval de la historia inglesa. La victoria no impidió que los barcos franceses atacaran la costa meridional inglesa o saquearan sus puertos, pero sí consiguió descartar cualquier intento por parte de Francia de invadir el país vecino. Y también decidió que la guerra de los Cien Años se librara en Francia, más que en Inglaterra.

A finales de 1340 Eduardo estaba sumido en la bancarrota. Tenía deudas de 300.000 libras, diez veces sus ingresos anuales, y no pudo regresar del continente hasta que consiguió pagar a sus soldados vendiendo parte de las joyas de la Corona. Eduardo no había recibido la ayuda que esperaba de sus aliados y por ello tuvo que pactar una tregua con Francia, que acabó con la coalición que habían formado Inglaterra, los Países Bajos y el Rin contra Francia. La alianza anglo-flamenca no tuvo resurgir efectivo alguno después de 1340.

En tierra Eduardo jugaba con la desventaja de tener que avituallarse desde muy lejos, línea que el enemigo cortaba con facilidad. Necesitaba una victoria rápida, como la de Sluys, pues no podía permitirse ni una guerra de desgaste ni los asedios prolongados. En 1346 preparó un ejército de 4.000 infantes, 10.000 arqueros y 700 barcos de transporte, la expedición más importante de las organizadas hasta entonces por Inglaterra. Si desembarcaban en Normandía las tropas francesas que estaban atacando a los ingleses en Gascuña se verían forzadas a cambiar de ruta, pero había que contar también con la posibilidad de que el ejército de Eduardo fuera interceptado por Felipe antes de que aquél pudiera unirse a sus aliados flamencos. Durante un mes Eduardo se movió por el norte de Francia, de acuerdo con lo que le exigía un ejército francés mucho mayor que el suyo.

El 26 de agosto de 1346 hizo avanzar su ejército hasta Crécy, a unos 20 km al norte de Abbeville, donde fue atacado por un ejército francés de 8.000 caballeros, 4.000 ballesteros genoveses y mercenarios traídos de Polonia y Dinamarca. Los arqueros ingleses utilizaban el arco grande, arma mucho más eficaz que la ballesta, ya que permitía disparar seis flechas en el tiempo de una de ballesta y penetrar la cota de maila a una distancia de unos cien metros. Tras el primer ataque los genoveses se dieron la vuelta y huyeron justo en la dirección en que venían atacando los caballeros franceses, quienes los arrollaron antes de ser ellos mismos diezmados por los arqueros ingleses. De nada sirvieron las 15 o 16 cargas de caballería, y todo ello provocó la muerte de un tercio del ejército francés, que incluía entre los caídos al hermano de Felipe, al duque de Alenzón, a nueve condes y a más de 1.500 caballeros. Los ingleses capturaron a 35 nobles franceses y se hicieron con un vasto botín, que Froissart describía aludiendo a los «cinturones de oro y plata y a las piedras preciosas que se desbordaban de los arcones». Los nobles ingleses terminaron siendo fieles partidarios de la guerra (casi todas las familias importantes servían a Eduardo en el extranjero), al ver que podían enriquecerse gracias a los botines de guerra y a los rescates pagados por los rehenes. A pesar de todo, la victoria no consiguió mover a Francia de Gascuña, ni siquiera indujo a pactar una tregua. Su efecto inmediato fue permitir que los ingleses tomaran Calais, puerto adentrado en el Canal que dista apenas 35 km de Inglaterra. Ciudad doblemente amurallada, rodeada de torres y arroyos, resistió el asedio y el bloqueo durante once meses, hasta que el hambre obligó a sus ciudadanos a rendirse el 1 de agosto de 1347. Éstos fueron expulsados de la ciudad, a la que llegaron colonos ingleses. Con Calais, y Dover, los ingleses controlaban el Canal y disponían de una base inexpugnable para realizar posteriores incursiones a Francia. Calais permaneció en manos británicas hasta 1558.

Los franceses hicieron un llamamiento para que sus aliados escoceses invadieran Inglaterra. David II, que había regresado a Escocia en 1341, acudió a la llamada, pero fue derrotado en Neville's Cross, cerca de Durham, en octubre de 1346, donde cayó prisionero. Por él se pidió un elevadísimo rescate, lo cual le mantuvo en cautiverio durante once años. Las guerras de Independencia escocesas terminaron ese mismo año con el Tratado de Berwick y ya no se produjeron posteriores intentos de conquistar Escocia por parte de los ingleses hasta mediados del siglo XVI. Inglaterra y Escocia, que habían conseguido aproximar posiciones durante el siglo XIII, eran ahora enemigas; éste era el desastroso resultado de los errores políticos cometidos por Eduardo tras 1292. La guerra con Francia cayó prácticamente en el olvido, en cuanto la Peste Negra (cf. capítulo 7) hizo su aparición en Francia en enero de 1348 y en Inglaterra en julio del mismo año. Hubo sucesivos papas que intentaron asentar una paz duradera, pero ningún bando la quería. Eduardo no firmaría la paz sin conseguir antes el trono de Francia.

El ducado de Aquitania había quedado reducido en extensión a un territorio similar al de Gascuña, y fue justo aquí donde la llama de la guerra volvió a incendiarse. En la década de 1350 el conde de Armañac se rebela, declarando su lealtad al nuevo rey de Francia, Juan II (1350-1364). El hijo de Eduardo, el Príncipe Negro* que pasó la mayor parte de su vida adulta como primer lugarteniente de Gascuña en Burdeos, arrasó el condado de Armañac en 1355, incendiando primero Carcasona, una ciudad mayor que Londres, y posteriormente Narbona. A lo largo de los 600 kilómetros que marcaban su *chevauchée* o senda de devastación, de Gascuña hasta el Mediterráneo y vuelta, el Príncipe Negro se complacía en la guerra total característi-

* El Príncipe Negro, así denominado probablemente por su armadura negra, recibió este sobrenombre en el siglo XVI.

ca de la Edad Media; destruía ciudades, pueblos y cosechas y apresaba y masacraba a la población civil. Con esta orgía de destrucción deliberada pretendía debilitar al enemigo y desacreditarlo ante los ojos de sus súbditos. Un año más tarde el Príncipe Negro avanzó hacia el norte hasta el Loira, destruyendo a su paso todos los lugares que habían sido leales a los Valois. En Poitiers, sin embargo, el ejército se encontraba agotado, hambriento y en clara desventaja numérica frente a los franceses, por lo que intentó evitar la confrontación. La debilidad de las posiciones inglesas estaba clara. El Príncipe Negro propuso una tregua de siete años y devolver todos los prisioneros que había capturado, pero la oferta fue rechazada. El rey Juan le exigió que se rindiera personalmente. Así las cosas, el Príncipe Negro entró en combate y alcanzó una famosa victoria, de nuevo gracias esencialmente a sus arqueros. Parecía que los franceses no habían aprendido nada de Crécy; la caballería, por otra parte, resultó seriamente dañada por lo pantanoso del terreno, lleno de setos y hondonadas. La flor y nata del ejército francés, incluido el condestable, murió en los primeros ataques y a partir de entonces la batalla estaba prácticamente ganada. El rey Juan fue hecho prisionero, junto con trece condes, un arzobispo y sesenta barones. Sin embargo, a largo plazo Eduardo no podía mantener sus posiciones. Para pagar las guerras había establecido onerosos impuestos en Gascuña, lo cual le había granjeado una gran hostilidad en dicho territorio; la misma que le procuraba su arrogante actitud frente a los magnates locales. Todo ello allanó el camino de la reconquista a los franceses, que se produjo mayoritariamente en vida de Eduardo.

En 1358 Francia quedó aún más debilitada a causa de un levantamiento campesino y por una revuelta parisina. Eduardo III salió de Calais en 1359 con una caravana de equipaje de 12.000 carretas, tirada cada una de ellas por tres caballos. Como el ejército inglés tenía que vivir de las

rentas de la tierra, el campo francés quedó absolutamente devastado. Cuando Eduardo llegó a París, la revuelta había terminado, así que firmó la Paz de Brétigny en 1360. Según el acuerdo, Eduardo reducía el rescate que pedía por Juan a tres millones de coronas y los franceses accedían a reconocerle como soberano absoluto de Gascuña, territorio que ampliaba sus fronteras desde los Pirineos hasta el Loira prácticamente, y de Calais. Eduardo se comprometía además a olvidar sus derechos sobre el trono de Francia.

La Paz de Brétigny duró nueve años. En este periodo el príncipe Eduardo se vio envuelto en la lucha que mantenían Pedro el Cruel, rey de Castilla, cuyos súbditos se habían sublevado, y su hermanastro bastardo, don Enrique de Trastámara. Pedro suscitaba el odio del rey Juan de Francia y de su sucesor, Carlos V, con cuya cuñada se había casado para después abandonarla y probablemente matarla. En 1366 los franceses invadieron Castilla. Pedro huyó y Enrique fue coronado rey. Pedro acudió al Príncipe Negro en busca de ayuda. El príncipe Eduardo cruzó los Pirineos con un ejército que habría de encontrarse con otro mandado por su hermano Juan de Gante. En abril de 1367 tuvo su tercera gran victoria en Nájera, donde venció a don Enrique y restauró a Pedro en el trono. Sin embargo, las exigencias económicas y territoriales planteadas por el Príncipe Negro hacían imposibles sus posiciones. En 1369 fue asesinado por Enrique, que recuperó el trono. La heredera de Pedro era la mayor de las hijas que le quedaban, Constanza, que se casó con Juan de Gante (el tercer hijo de los que le quedaban a Eduardo III) en 1371, que adquiriría así derechos sobre el trono de Castilla. El soberano de la dinastía Trastámara volvió los ojos a Francia para mantenerse en el trono, pero a cambio del apoyo los franceses le pidieron que utilizara la flota castellana contra Inglaterra. Durante las décadas de 1360 y 1370 ésta era la marina más profesional y mejor organizada de toda la Europa Occidental, y la que podía atacar a los barcos ingleses que

se dirigían a Burdeos. La flota castellana derrotó a la inglesa en las costas de La Rochelle, en 1372, destruyendo la fuerza inglesa antes de que pudiera atracar; cinco años después hizo incursiones por la costa meridional inglesa.

Cuando en 1379 terminó en Francia el periodo de paz, las fortunas francesas se habían recuperado notablemente gracias a la inteligencia política del condestable de Francia, Bertrand du Guesclin. Éste evitaba la confrontación abierta, pero asediaba sistemáticamente y tomaba las posiciones que Inglaterra mantenía en Aquitania. Después de Nájera, el príncipe Eduardo quedó muy deteriorado de salud: engordó mucho, estaba hinchado y hacia 1369 «pesaba tanto que apenas si podía mantenerse erguido en su caballo». Ordenó el asedio de Limoges desde una camilla, pero sin perder ni un ápice de la brutalidad de su carácter: mandó masacrar a sus 3.000 ciudadanos, sin tener en cuenta la edad que tenían ni si eran hombres o mujeres. En 1371, a los 40 años volvió a Inglaterra, para vivir retirado en su casa de recreo. Murió en 1376. Por aquella época se firmó una tregua de dos años en Brujas (1375). Las posesiones que Inglaterra mantenía en Francia quedaron reducidas a Calais y a una estrecha franja de tierra que se extendía entre Burdeos y Bayona.

Eduardo murió un año después que su hijo. Llevaba quince años afectado de una senilidad prematura, que le impedía controlar las ambiciones de sus cortesanos y las intrigas de su amante, Alice Perrers. Es cierto que había conseguido restaurar la reputación de la monarquía y por ello a su muerte fue debidamente honrado por sus súbditos, como lo fue también por su enemigo, Carlos V de Francia, quien ordenó decir una misa de réquiem en la Sainte-Chapelle parisina, «con la misma pompa y la misma ceremonia», escribió Froissart, «que si el rey Eduardo hubiera sido primo suyo.»

Luchas civiles

El único hijo que le quedaba al Príncipe Negro tenía 10 años cuando subió al trono para convertirse en el rey Ricardo II (1377-1399), primer rey menor de edad desde 1216. Por entonces se vivía un periodo de inestabilidad, similar al que se produciría en 1377, que habría de culminar en la revuelta de los campesinos de 1381 (cf. capítulo 7). Ricardo, que sólo tenía 14 años, mostró una encomiable valentía enfrentándose a los rebeldes en Londres, después de lo cual decidió elegir a sus propios consejeros. Intelectual apasionado de la literatura, invitaba a poetas cortesanos como Geoffrey Chaucer a las fiestas de palacio para que recitaran poemas en francés y en inglés. Desde la conquista normanda Ricardo era el primer rey que hablaba inglés con fluidez. Le interesaba más la arquitectura que la guerra y a él se le debe la construcción del magnífico artesonado de travesaños del Westminster Hall, centro administrativo, sede de los tribunales de justicia hasta 1882 y con frecuencia de las sesiones parlamentarias. Sin embargo, los principales defectos de su carácter habrían de conducir su reinado a un callejón sin salida. Tenía una idea exagerada de la reverencia que se le debía como monarca y estallaba en cólera cada vez que alguien disentía con él. Llamaba la atención lo veleidoso de su carácter, que le hacía pasar de la más absoluta euforia a fases depresivas. Fiel incondicional de sus amigos, que tan sólo buscaban el placer y el beneficio personal, se granjeó múltiples enemigos sobre todo entre los magnates más poderosos. Éstos se sentían ignorados por el monarca y alejados de él en cuestiones de guerra: el rey buscaba la paz y ellos defendían la guerra que tanto les había enriquecido. En el Parlamento de 1387 los condes de Arundel, Warwick, Derby (futuro Enrique IV) y Nottingham acusaron de traición a algunos de los favoritos del rey. Éstos organizaron un ejército para terminar con sus acusadores, pero fueron derrotados en una emboscada, por

lo que el rey se vio forzado a aceptar las demandas de los nobles en lo que se conoce como *Merciless Parliament* de 1388. Algunos amigos de Ricardo II fueron sentenciados por traición y ejecutados; otros marcharon al exilio. En 1396 el rey firmó una tregua con Francia.

En 1397-1398 Ricardo consiguió vengarse. Apelando a una supuesta trama aristocrática contra él, ordenó ejecutar a Arundel, y exilió a Warwick, a Derby y a Nottingham. Gloucester, encarcelado en Calais, apareció muerto, probablemente asfixiado por orden de Ricardo II. Pero su victoria sería efímera, puesto que los nobles que se habían salvado de este derramamiento de sangre también esperaban encontrar el momento de la revancha. Juan de Gante y su hijo Enrique Bolingbroke sabían que, si Ricardo moría sin descendencia, estarían en una posición ventajosa a la hora de reclamar derechos sobre el disputado trono. Por eso Ricardo envió a Bolingbroke a un exilio de diez años. Cuando en febrero de 1399 muere Juan de Gante, su inmensa fortuna pasa a manos de Bolingbroke, el rival del monarca. Éste decide entonces exiliar a Bolingbroke de por vida y dividir las propiedades que deja entre sus partidarios. Desdeñoso de la animadversión que despertaba entre los grandes hacendados, Ricardo decide partir en una expedición a Irlanda para sofocar una rebelión, sin hacer caso a las advertencias de sus consejeros, que temían que los enemigos del rey aprovecharan la ocasión para levantarse en armas. Ricardo desplazó las tropas a Irlanda, lo cual le dejó desarmado en casa, pero resultaron insuficientes para vencer a los irlandeses. A su vuelta Bolingbroke, ahora duque de Lancaster, que había llegado a Yorkshire con un pequeño ejército de unos cuatrocientos seguidores, consiguió que pronto se le unieran los magnates descontentos, entre ellos los Percy. Y así, una vez que parte de sus más fieles aliados desertaron para asociarse con Bolingbroke, Ricardo se vio obligado a abdicar, después de haber sido apresado y encerrado en la Torre.

En 1399 la sucesión se debatía entre Bolingbroke y el conde de March, descendiente de Lionel, segundo hijo de Eduardo III, a través de su hija Felipa, pero sólo tenía 8 años. A Bolingbroke el derecho le venía a través del tercer hijo de Eduardo, Juan de Gante, es decir, un linaje de ascendencia exclusivamente masculina. El Parlamento aprobó la coronación de Bolingbroke con el nombre de rey Enrique IV (1399-1413).

A Enrique se le veía como un usurpador, lo cual le ponía frente a una peligrosa combinación de enemigos. Los partidarios de Ricardo conspiraron para asesinar al rey, con lo cual Enrique ordenó matar a Ricardo en 1400. Peores oponentes eran los condes de Northumberland y Worcester, de la familia Percy, a quienes la Corona les debía grandes sumas de dinero. Éstos planeaban unirse al rebelde galés Owain Glyn Dwr (Owen Glendower), deponer a Enrique IV y entronizar al conde de March. Enrique actuó con rapidez derrotando al hijo del conde de Northumberland Harry Hotspur, cerca de Shrewsbury, antes de que Northumberland o Glyn Dwr tuvieran ocasión de actuar. Thomas Percy, conde de Worcester, fue ejecutado. Northumberland se sometió, pero volvió a rebelarse en 1455, aliado con el arzobispo de York, Scrope, y soliviantó el norte del país. Enrique actuó con la misma rapidez que en ocasiones anteriores y mandó ejecutar al arzobispo. La última revuelta de Enrique Percy (conde de Northumberland), realizada con apoyo escocés, terminó en Bramham Moor, donde murió asesinado en 1408.

Glyn Dwr, descendiente de los príncipes de Powys, dirigió la última revuelta de envergadura que enfrentó a Gales con Inglaterra. En el 1400 los rebeldes le proclamaron Príncipe de Gales. Ayudado cada vez más por miembros de todos los grupos sociales y con apoyo francés en 1403 y 1405, arrasó las ciudades anglófilas, tomó los castillos de Harlech y Aberystwyth y convocó dos Parlamentos galeses. Entre 1400

y 1405 Enrique llevó a cabo distintas campañas galesas, todas ellas caras y poco eficaces. Cuando se sentía rodeado, Glyn Dwr se retiraba a las montañas, pero estaba claro que la superioridad de las fuerzas inglesas siempre iba a prevalecer, sobre todo desde el momento en que Enrique IV sofocó la rebelión de los Percy. El fracaso que supuso la marcha realizada sobre Worcester en el año 1405 marcó para Owain el comienzo de su declive. El debilitamiento fue agravándose posteriormente, sobre todo cuando perdió su alianza con los escoceses por la tregua que ingleses y franceses firmaron en 1407. Los ingleses procedieron a recuperar los castillos perdidos. Owain se dio a la fuga y nunca fue capturado, con lo cual desapareció de la historia un gran héroe galés que había adoptado el dragón rojo como bandera. A la muerte de Enrique la autoridad inglesa había quedado restablecida en Gales.

Enrique V

La tregua de 1396 reflejaba una situación de estancamiento militar y se prolongó hasta que Enrique V (1413-1422) subió al trono de Inglaterra. Enrique IV, que gozaba de mala salud, había preferido no entrar en guerras y dedicarse más a ampliar el territorio de Aquitania. Su hijo era mucho más ambicioso y quería confirmar su derecho al trono francés. Hombre valeroso, gozaba del cariño y la confianza de sus súbditos y supo hacerse con el apoyo de los barones, reconociéndoles su importancia. Sin embargo, frente a sus enemigos mostró la misma brutalidad despiadada que había caracterizado al Príncipe Negro. En agosto de 1415 desembarcó en Harfleur, Normandía, con un enorme ejército, el mayor que se había reclutado en los últimos cincuenta años, y se alió con el duque de Borgoña. Tras dos semanas de marcha, unas tropas exhaustas tuvieron que enfrentarse al ejército enemi-

go, muy superior en fuerzas. Para suerte de Enrique, antes de la colisión entre ambos bandos, que tuvo lugar en Azincourt, en el Pas-de-Calais, había estado lloviendo durante una semana, lo cual hizo imposible que los franceses lanzaran su caballería contra los ingleses, pues los caballos quedaban inmovilizados en el barro. De nuevo triunfó el arco grande inglés, provocando múltiples bajas entre los franceses. Se estima que allí murió un tercio de los 20.000 soldados enemigos. Enrique ordenó ejecutar a todos los prisioneros, salvo los más nobles, de los que esperaba cobrar cuantiosos rescates. Dos años más tarde, Enrique decide llevar a cabo otra expedición a Francia, esta vez mucho mayor. Caen, ciudad que, comparada con las ciudades inglesas, sólo era superada por Londres, tuvo que rendirse a la artillería inglesa en un plazo de dos semanas. Enrique vuelve a ordenar la masacre de todos los varones civiles. Una vez conquistada Normandía, el monarca decidió poblar los territorios con colonos ingleses, política innovadora, dado que hasta entonces no se habían producido asentamientos ingleses en Francia, si descontamos Calais. Como Francia se encontraba en una situación de clara indefensión, con Borgoña presionando por el este, los franceses ofrecieron a Enrique la mano de Catalina de Valois, hija del rey, y reconocieron a Enrique heredero del trono, siempre que los dos reinos no fueran anexionados. Francia mantendría sus propias instituciones y sería gobernada por los franceses. El delfín (heredero al trono de Francia) fue desheredado. Estos términos quedaron incluidos en el Tratado de Troyes (1420), posteriormente ratificado por el Estates-General y el *Parlement* de París. En 1421 Catalina dio a luz a un hijo, Enrique, heredero de los dos tronos, el inglés y el francés. Todo hacía suponer que la victoria inglesa era absoluta, pero Enrique murió de disentería en 1422 a la edad de 35 años, mucho más joven que el rey Carlos VI de Francia. La nobleza francesa, tras décadas de inestabilidad y de la regencia a que obligó la locura del monarca, no

estaba dispuesta a tolerar el gobierno de un nuevo regente que supliera esta vez a un extranjero menor de edad, con lo cual volvió a desencadenarse la lucha por la sucesión al trono francés.

Juana de Arco

Inglaterra ocupó París y la mayor parte del norte francés, llegando hasta el Loira, aunque el delfín controlaba toda la Francia al sur del Loira, salvo Gascuña. Bajo la regencia de Juan, duque de Bedford, el hermano mayor de los que le quedaban a Enrique V, se fortaleció el control inglés sobre el norte de Francia. En 1424 Bedford consiguió disolver prácticamente el ejército del delfín en Verneuil y en 1429 había avanzado hacia el sur hasta llegar a Orleans. De ahí ya no pasarían los ingleses, puesto que una joven de 17 años estaba dispuesta a salvar a Francia. Juana de Arco era una muchacha campesina de Lorena que oía «voces» que la llamaban a vestir una armadura de caballero, ganarse la confianza del delfín y liderar la resistencia francesa. Abandonó su casa para dirigirse a la corte del delfín; allí le informó de la misión divina que había recibido: levantar el sitio de Orleans y escoltar a Carlos hasta Reims, donde sería coronado, en el lugar en que tradicionalmente lo habían sido los demás reyes de Francia. El 4 de mayo de 1429 se abrió paso por el puente de Orleans a la cabeza de los caballeros franceses y consiguió levantar el asedio. Tras obtener una nueva victoria en Patay acompañó al delfín hasta Reims, donde efectivamente fue coronado con el nombre de Carlos VII (1429-1461). Una vez cumplida su misión y acalladas las voces que la impulsaban, Juana de Arco quiso volver a su pueblo, pero la gente no le dejaba. En mayo de 1430 fue capturada por los borgoñeses, que la vendieron a los ingleses. Fue juzgada en 1431, pero se le negó la defensa y cualquier tipo de ayuda espiritual. Declara-

da hereje, fue quemada en la hoguera en la plaza pública de Ruán. La Doncella de Orleans se convirtió en un símbolo de la recuperación francesa mucho antes de que la canonizaran y de que se convirtiera en patrona popular de Francia.

La Francia triunfante

En 1430 los ingleses organizaron una gran expedición a Francia con ocasión de la subida al trono de aquel país de Enrique VI (1422-1461, 1470-1471). La coronación no pudo tener lugar en Reims, que estaba en poder de Carlos VII, por lo que se organizó en Notre Dame de París, para diciembre de 1431. La guerra dio un giro diplomático. En 1435 Borgoña se había reconciliado con Francia, con lo que Inglaterra perdió su principal aliado. París fue reconquistado y en 1444 Enrique VI firmó una tregua con Francia de cinco años. Enrique, incompetente y débil, había obtenido la mayoría de edad en 1437 y se implicó personalmente en los asuntos de gobierno. Contrajo matrimonio con Margarita de Anjou en 1445 y un año después decidió ceder el Maine, aunque con ello dejara la frontera meridional de Normandía expuesta a un claro peligro. En la última fase de la batalla que se desarrolló de 1449 a 1453 Carlos VII lanzó un ataque en pinza sobre Normandía y Gascuña y en el año 1450 aniquiló al ejército francés en Formigny, cerca de Bayeux. Normandía volvía a pasar a manos francesas tras treinta años de ocupación inglesa y los colonos ingleses tuvieron que regresar a casa. En 1451 comenzó la reconquista de Gascuña. Con guarniciones dispersas, los ingleses no pudieron resistir la masacre francesa, de modo que en 1453 el ejército francés venció a los ingleses en Castillon, y victorioso, reconquistó Burdeos tras 300 años de gobierno inglés. La guerra de los Cien Años había terminado. Salvo para la ciudad de Calais, el dominio inglés en Francia había desaparecido para siempre.

5. Las guerras de las Dos Rosas

Las guerras de las Dos Rosas (1455-1487) deben esta denominación a Sir Walter Scott, ya que la rosa roja era uno de los símbolos de la Casa de Lancaster y la rosa blanca emblema de la Casa de York. Sin embargo, la propia denominación puede inducir a error, ya que da la impresión de que estamos hablando de una serie ininterrumpida de guerras provocadas por las luchas dinásticas que mantuvieron las Casas de Lancaster y York. En realidad se trata de guerras independientes, la primera de las cuales estalla por la incompetencia del rey Enrique VI. Los ejércitos implicados eran reducidos, porque los soldados no querían cumplir su servicio lejos de casa o durante periodos prolongados de tiempo, la mayoría no eran profesionales y no recibían compensación económica. Esencialmente podemos interpretar las guerras como conflictos locales (excepto en el caso de las batallas de Towton y Bosworth); tampoco había ejércitos nacionales, como hubo por ejemplo en la guerra civil del siglo XVII. La campaña más prolongada de estas guerras duró de marzo a mayo de 1471. En treinta y dos años de conflicto, los combates se redujeron a poco más de trece semanas.

Desde la época Tudor hasta el siglo XIX los escritores nos han creado estereotipos imprecisos de este confuso conflicto. Los Tudor estaban deseando mostrar que habían proporcionado un orden y una seguridad intensamente ansiados en el país después del caos y de la devastación que había provocado la guerra civil. Shakespeare escribió ocho de sus treinta y siete obras sobre las guerras de las Dos Rosas y en ellas dejó bien clara su posición. En las tres partes de *Enrique VI* y en *Ricardo III* proyectó una imagen demoledora de batallas, ejecuciones, traiciones y asesinatos. Todo esto desde luego existió, pero también hubo periodos de buen gobierno y de estabilidad en la segunda parte del reinado de Eduardo IV. Los eruditos del siglo XIX, por su parte, vieron en las guerras un obstáculo a las ideas de libertad y de democracia parlamentaria, y destacaron así la ruina del comercio y de las ciudades, aunque de hecho pocas fueron las que sufrieron el impacto del conflicto y el comercio se vio realmente muy poco afectado.

La debilidad de un monarca

Enrique VI subió al trono a la edad de nueve meses, lo cual hizo vivir a Inglaterra el periodo más prolongado de reinado en minoría de edad. Los nobles que ejercían el poder en su nombre eran los mismos que habían servido a la Casa de Lancaster desde la época de Juan de Gante. Vivieron la coronación de Enrique como rey de Inglaterra en 1429 y como rey de Francia en París en 1431 y gobernaron bien, manteniendo la solvencia real y conservando gran parte de las conquistas que había realizado Enrique V en territorio francés. Sin embargo, el cambio comenzó a producirse en 1437, cuando Enrique asumió personalmente la labor de gobierno. La personalidad del monarca resultaba decisiva en la Inglaterra medieval, y en esto Enrique partía con una desventaja fatal, ya que era muy

impresionable, manejable, no le interesaban las cuestiones de gobierno y se mostraba hostil al mundo de la caballería tan adorado por sus predecesores. Educado y piadoso (iba a misa dos o tres veces al día), solía intervenir de manera desastrosa en política exterior y con su generosidad incontrolada debilitaba el estado financiero de la Corona, concediendo tierras, cargos y pensiones con absoluta liberalidad. Los gastos de la Corona ascendieron de manera espectacular y en 1450 alcanzaron la cifra de 372.000 libras, cuando los ingresos anuales de la misma no superaban las 33.000.

En 1450 se produjo en el sureste la rebelión de Jack Cade, ampliamente respaldada. De Cade no se sabe nada, pero en su manifiesto se hacía eco del desánimo que embargaba al país entero, con la Gasconía perdida como resultado de la guerra de los Cien Años, y con un rey que se dedicaba a conceder tierras y, por consiguiente, a subir permanentemente los impuestos. Cade reclutó a un gran ejército, entre cuyos miembros no faltaban miembros de la *gentry* *, entró en Londres y ejecutó a varios cortesanos indeseables. Los londinenses, con todo, se volvieron contra él, en cuanto vieron que no podía controlar a sus seguidores. Con la promesa de ser perdonado sin cargos, licenció sus tropas, pero tras apresarlos, le dieron muerte.

En agosto de 1453 Enrique sufrió su primer ataque de locura: tuvo un desvanecimiento mental y físico que le duró diecisiete meses. No reconocía a nadie, ni entendía nada. El mismo año que Enrique cayó enfermo, Margarita de Anjou, con la que el monarca se había casado en 1445, dio a luz a su único hijo, Eduardo, príncipe de Gales. Ella quería actuar como regente mientras durara la afección de su marido, pero los magnates preferían a Ricardo, duque de York, el más poderoso de los barones, que podía reclamar su derecho como

* Propietarios de tierras situados justo por debajo de la nobleza en la escala social.

descendiente de Eduardo III. Le apoyaba una de las familias dominantes de la Inglaterra del siglo xv, los Neville. Richard Neville, conde de Warwick, apoyaba a York, porque sus grandes rivales del norte eran los Percy, aliados a la facción de la corte; lo cual quiere decir que la política local vino a ejercer gran influencia en el ámbito nacional. Los Neville y los Percy disputaron su guerra privada entre 1453 y 1454, una guerra que sembró el caos en gran parte de la región septentrional. Cuando Enrique se recuperó en las Navidades de 1454, el Protectorado llamaba a su fin y la Casa de Lancaster asumió la influencia sobre la corte que en este caso perdía la de York. Esto supuso el primer detonante de la guerra civil.

La derrota de la Casa de Lancaster (1455-1464)

La primera batalla de St. Albans (1455), que abrió las guerras de las Dos Rosas, fue poco más que una emboscada en las calles de la ciudad, pero ganaron los partidarios de la Casa de York, en gran parte gracias al conde de Warwick. Enrique VI fue capturado mientras contemplaba la batalla. Y se estableció un segundo Protectorado bajo los auspicios de la Casa de York. Cuando el rey volvió a asumir el mando en 1456, se vivía una paz inestable. En 1459 el gobierno real había perdido prácticamente el poder, la administración de justicia se había venido abajo y la Corona se encontraba en bancarrota.

Aquel mismo año la soberana puso término a la guerra civil, al acabar con sus oponentes por la fuerza. Enfrentados al ejército real y con la promesa del perdón, la mayoría de los soldados de la Casa de York desertaron, con lo que sus líderes se vieron obligados a emigrar, York a Irlanda y los demás a Calais. Todo el Parlamento los declaró en rebeldía y todas sus tierras fueron confiscadas en beneficio de la Corona. Sólo podían regresar por la fuerza de las armas. A partir de 1460

el principal objetivo de las facciones enemigas no era reemplazar a los ministros más afectos al rey, sino derrocar al propio monarca y sustituirlo por alguien de su confianza. Resultado extraordinario de todo ello fue que en veinticinco años la corona cambió seis veces de testa. Tres reyes (Enrique VI, Eduardo V y Ricardo III) murieron fruto de la violencia y las familias de Lancaster y York perdieron a todos sus descendientes varones directos.

En junio de 1460 un ejército de la Casa de York arribó a Sandwich. En Kent reinaba un espíritu de oposición por las represiones que había desencadenado la rebelión de Cade y porque Enrique VI había hecho muy poco por ganarse la lealtad de Londres, que por el momento sufría una fase de recesión económica. Por tanto no existía nada serio capaz de detener el avance de los partidarios de la Casa de York sobre Londres. El rey, espectador pasivo de la guerra civil mientras duró, reunió un ejército en Northampton, donde se produjo la confrontación. La batalla, librada en julio, se terminó en media hora. El futuro Eduardo IV venció al ejército de Lancaster. Los líderes de esta facción murieron en la batalla o fueron ejecutados poco después y el rey fue hecho prisionero. Los partidarios de la Casa de York gobernaron durante los tres meses siguientes y quedaba claro que el duque de York, que volvía de Irlanda en septiembre de 1460, llegaba para reclamar su derecho al trono. Como los nobles no mostraron simpatía alguna ante sus demandas de deponer al rey Enrique VI, llegaron a una solución de compromiso. Enrique continuaría reinando, pero su hijo Eduardo, príncipe de Gales, quedaría desheredado; a la muerte de Enrique el derecho de sucesión recaería entonces sobre la Casa de York y sobre sus descendientes. El monarca aceptó estos términos, pero no así la reina, que huyó a Escocia, donde obtuvo el apoyo del rey Jacobo III. Los seguidores de Enrique reunieron un ejército con el que vencieron a York y lo mataron en Wakefield, en diciembre de 1460. Esto supuso un retroceso

para los partidarios de la Casa de York, pero el rey seguía bajo el control del conde de Warwick. Los derechos del trono pasaban ahora al hijo de York, Eduardo, conde de March.

La reina Margarita se trasladó rápidamente al sur para explotar su victoria, derrotó a los yorkistas en una segunda batalla de St. Albans, en febrero de 1461, y liberó al monarca. Parecía entonces que la causa de la Casa de York estaba a punto de desvanecerse, pero Londres negó la entrada a la reina y acogió al conde de March que venía avanzando desde Gales. En marzo de 1461 fue proclamado rey a la edad de 18 años, con el nombre de Eduardo IV (1461-1470, 1471-1483). La reina se retiró hacia el norte, perseguida por Eduardo. En Towton, Yorkshire, tuvo lugar la mayor batalla de la guerra de las Dos Rosas, en medio de una cegadora tormenta de nieve: en ella intervinieron 50.000 soldados y la mayoría de los nobles ingleses. La batalla se resolvió con una abrumadora victoria de la Casa de York; en ella cayeron los miembros más selectos de la nobleza y de la aristocracia del norte, muertos en combate o ejecutados poco después. La batalla hizo tambalear el poder de las grandes familias del norte que habían seguido fieles a Lancaster. La reina, Enrique VI y el príncipe de Gales huyeron a Escocia. La resistencia de la Casa de Lancaster sólo se mantenía en la zona nororiental. Éste era el feudo de los Percy (incluso en el siglo XVI se seguía diciendo que en Northumbria no habían conocido más rey que Percy), pero las fortunas familiares estaban en ruinas. El primer conde había sido asesinado en St. Albans en 1455 y el tercero en Towton: las propiedades familiares fueron confiscadas y repartidas entre el conde de Warwick y su hermano. Cuando Luis, rey de Francia, accedió a respetar la tregua en 1463, la causa rebelde, privada de la ayuda francesa, estaba llamada a su fin. La derrota que sufrieron los rebeldes en Hexham en 1464 marcó el final de la resistencia mantenida por la Casa de Lancaster en el norte. Enrique VI fue apresado al año siguiente y encerrado en la Torre.

Las divisiones de la Casa de York (1469-1471)

De no ser por Richard Neville, conde de Warwick, se habrían terminado las guerras civiles en Inglaterra. La Casa de Lancaster no podría haber resurgido, si no fuera porque los partidarios de la Casa de York se enfrentaron unos con otros y una de las facciones prestó apoyo a sus rivales. Warwick, a quien desde el siglo XVI conocemos como «el hacedor de reyes» (entronizó a Eduardo IV en 1461, lo depuso posteriormente en 1470 y lo sustituyó por Enrique VI), ejercía su dominio sobre cuatro condados y poseía tierras por toda Inglaterra. Además, al casarse con Ana Beaufort, heredera de Warwick, se había convertido en el más rico de los condes ingleses. Y a todo ello hemos de añadir que fue ampliamente recompensado con cargos y tierras por todo lo que había contribuido a que la Casa de York se hiciera con el poder en los años 1460-1461. A uno de sus hermanos le nombraron arzobispo de York, a otro le hicieron conde de Northumberland y heredero del poder que mantenía la familia de los Percy en el área nororiental. Pero para Warwick, hombre falto de escrúpulos, ambicioso y mezquino, todo esto resultaba insuficiente. Deseaba controlar al rey; no admitía que Eduardo mantuviera su independencia; y menos aún que rechazara sus consejos y advertencias.

Eduardo, mujeriego compulsivo, era un tipo imponente: hombre alto, guapo, de inteligencia, chispa, encanto y fuerza destacados. Sin embargo, se dejaba llevar fácilmente por decisiones impetuosas y cometió numerosos errores de juicio político; ciertamente, ninguno peor que contraer matrimonio secreto con Isabel Woodville en 1464, mujer arruinada de Lancaster. Esto le retiró el apoyo de sus más fieles seguidores. Warwick había hecho negociaciones para casar a Eduardo con una princesa extranjera y nunca le perdonó. Y lo que le enojó aún más es que Eduardo concediera cargos y tierras a la necesitada familia de esta mujer, consistente en dos hijas de su

anterior matrimonio, cinco hermanos y seis hermanas. Warwick tenía dos hijas, y quería darles por maridos a los dos hermanos menores de Eduardo, pero el rey se opuso para evitar que los Neville ganaran aún más influencia. Entre ellos también había diferencias en lo que se refiere a política exterior. Warwick deseaba aliarse con Francia, el eterno enemigo de Inglaterra. Eduardo, sin embargo, prefería hacerlo con Borgoña, eterno enemigo de Francia, y en 1467 Margarita de York, hermana de Eduardo, se casó con el duque Carlos el Temerario de Borgoña.

La guerra civil volvió a estallar en 1469, porque Warwick no quiso aceptar un papel secundario. Se alió con Jorge, duque de Clarence y hermano de Eduardo, derrotó a una pequeña fuerza realista e hizo prisionero al monarca. La división que observaban entre los partidarios de la Casa de York animó a los de Lancaster a levantarse en el norte en nombre de Enrique VI. Warwick, poco querido entre los demás nobles, tuvo que liberar a Eduardo para que el levantamiento se suspendiera. Como el rey no era suficientemente fuerte para desafiar a Warwick y a Clarence abiertamente, tuvo que recabar apoyo de diversas procedencias para contrarrestar el levantamiento que se produjo en Lincolnshire en los primeros meses de 1470, en el que Warwick estaba profundamente implicado, porque quería hacer rey a Clarence. Declarados traidores, Warwick y Clarence huyeron a Francia, donde Luis XI convenció a Margarita de Anjou (que se había refugiado allí) para que aceptara por aliados a quienes habían sido sus anteriores enemigos. Con ayuda francesa, Warwick consiguió entrar triunfalmente en Inglaterra y Eduardo IV tuvo que huir a los Países Bajos.

Enrique VI fue restaurado en el trono, pero Luis XI exigía ahora que, a cambio de la ayuda prestada, Inglaterra declarara la guerra a Borgoña (cosa que Francia ya había hecho). Ante esta declaración de guerra, que se produjo en febrero de 1471, Carlos de Borgoña vio la oportunidad de ayudar a

Eduardo a recuperar el trono inglés. Y de nuevo el conflicto entre Francia y Borgoña influyó sobre los acontecimientos que ocurrían en Inglaterra. En marzo de 1471 Eduardo desembarca en Yorkshire con 1.200 hombres. A medida que avanza hacia el sur el número de sus combatientes va aumentando y en una campaña meteórica gana batallas decisivas frente a Warwick, que muere en Barnet, a las afueras de Londres, en abril, y en mayo frente al ejército de la reina Margarita de Lancaster, liderado por Eduardo, príncipe de Gales, en Tewkesbury. Cuando Eduardo hizo su entrada triunfal en Londres, había desaparecido toda resistencia real. De la traición urdida por Warwick se derivó un cambio de dirección en la política de patrocinio que la monarquía llevaba a cabo en el norte. Los Percy volvieron a ganar el favor de Eduardo IV, mientras que los Neville quedaban proscritos.

Los York y los Tudor (1471-1487)

Las guerras de las Dos Rosas terminaron en 1471 como conflicto dinástico entre las Casas de Lancaster y de York. El príncipe de Gales, de la Casa de Lancaster, heredero de Enrique VI, había muerto en la batalla de Tewkesbury; Enrique VI moría la misma noche en que Eduardo IV regresaba a Londres, probablemente asesinado por orden de Eduardo. Margarita de Anjou, prisionera en Tewkesbury, fue liberada por el rescate que pagó Luis XI y murió pobre en Francia en 1482. La principal línea sucesoria de la Casa de Lancaster con derecho al trono se había extinguido.

La monarquía de Eduardo IV gozó de plena seguridad durante los doce últimos años de reinado, a pesar de que el soberano seguía favoreciendo a la familia Woodville, poco querida en el país. En 1478 provocaron la caída de George, duque de Clarence, que fue asesinado en la Torre de Lon-

dres, de acuerdo con la tradición ahogado en un tonel de vino de malvasía. A Eduardo IV le admiraban por gobernar con firmeza después de 1471, por reducir el nivel de violencia, por evitar el dispendio que suponían las guerras extranjeras, por incentivar el comercio y mantener bajos los impuestos. A los 40 años estaba inmensamente gordo y envejecido de manera prematura por la bebida y el libertinaje. Contrariamente a lo que era habitual entre los reyes ingleses, murió siendo solvente, en 1483, pero sus dos hijos, Eduardo, príncipe de Gales, y Ricardo, duque de York, sólo tenían 12 y 9 años, respectivamente. Ricardo, duque de Gloucester, hermano del monarca muerto, se había casado con Anne Neville, la hija menor de Warwick, lo cual le había hecho heredero de la mitad de los territorios que Warwick poseía en el norte, área en la que disfrutaba de la consiguiente posición de poder. Odiaba a los Woodville, no quería que el joven Eduardo V estuviera dominado por ellos y, como hermano de Eduardo IV, se convertía en el más claro protector electo.

Ricardo subió al trono en junio de 1483 bajo el nombre de Ricardo III (1483-1485) y mandó encarcelar a Eduardo V y a su hermano en la Torre, en la que se perdieron para siempre. En seguida empezaron a circular rumores, que muchos daban por ciertos, de que habían muerto asesinados por su tío. La brutalidad de que hacía gala le hizo perder muchos apoyos y permitió que un remoto pretendiente al trono ganara puntos. Enrique Tudor, hombre oscuro y sin recursos, refugiado en Bretaña, podía reclamar cierto derecho al trono por ser descendiente ilegítimo del hijo de Eduardo III, Juan de Gante. Con lo que los disidentes de la Casa de York apoyaron a Enrique Tudor. La suerte le acompañó y con dinero, barcos y 3.000 soldados franceses proporcionados por el rey de Francia, desembarcó en Gales y atravesó Inglaterra hasta llegar a Bosworth, cerca de Leicester, donde se enfrentó con el ejército de Ricardo. La victoria le habría correspondido a Ricardo por tener un ejército dos veces mayor que el de En-

rique, pero no fue así. Ricardo perdió por la traición de dos de sus grandes hombres: Lord Stanley desertó y el conde de Northumberland, que estaba al mando de la retaguardia del monarca, no hizo nada por evitar la derrota. A Ricardo le cortaron la retirada y cayó en combate, el único rey inglés que moría en el campo de batalla desde la conquista normanda. Bosworth fue la última vez en que un rey inglés se veía obligado a ganar el terreno personalmente paso a paso; concluía así una larga fase de la historia en que los rivales al trono se enfrentaban cara a cara en el campo de batalla. Enrique Tudor subió al trono con el nombre de Enrique VII (1485-1509) y al año siguiente contrajo matrimonio con Isabel, hija mayor de Eduardo IV, logrando así la unión de las Casas de Lancaster y York.

Enrique VII consiguió mantenerse en el poder gracias a que Ricardo III había eliminado las alternativas más previsibles, aunque no faltaron los intentos de introducir en la escena pretendientes al trono. En 1487 Lambert Simnel (*ca.* 1477-1534), hijo de un carpintero de Oxford, fue presentado como conde de Warwick, sobrino de Eduardo IV, y reconocido como tal por la hermana del fallecido monarca, Margarita de Borgoña. Enviado a Dublín, fue coronado por los partidarios de la Casa de York, y partió de allí en dirección a Lancashire con mercenarios irlandeses y alemanes. Tras su derrota (1487) en una batalla que bien podía haber perdido el propio rey, pasó el resto de su vida en la cocina de palacio y como halconero real. Más extraño aún fue el intento de conquistar el trono que tuvo lugar en 1499. Perkin Warbeck (*ca.* 1474-1499), flamenco de Amberes, al servicio del conde de Kildare, partidario de la Casa de York, pretendía pasar por uno de los príncipes de la Torre de Londres, aunque no sabía inglés. Recibido por Jacobo IV de Escocia, fue derrotado, hecho prisionero y encarcelado en la Torre, donde terminó ahorcado tras un intento de fuga.

Efectos de las guerras de las Dos Rosas

Aunque las guerras de las Dos Rosas vinieran provocadas en parte por la debilidad y la incompetencia que demostró Enrique VI para las tareas de gobierno, paradójicamente contribuyeron a fortalecer la Corona de manera notable. Y en buena medida ello se debió al hecho de que Enrique VII pudo hacerse con las propiedades de los ducados pertenecientes a las Casas de Lancaster y de York, puesto que todos los herederos directos de una y otra habían muerto. Enrique VII se convirtió así en el mayor terrateniente que existía en Inglaterra desde la conquista normanda, con un territorio cinco veces más extenso que el de Enrique VI, del que nunca se desprendió, vistos los errores de aquel rey.

Sus contemporáneos sabían que los litigios personales que surgían entre personajes poderosos, como los que enfrentaban a los Percy con los Neville, suponían una amenaza a la estabilidad del reino y que sólo un rey fuerte podía evitarlos. Enrique VII estaba decidido desde el primer momento a reducir el poder de la aristocracia y creó pocos títulos nobiliarios que sustituyeran a los de las familias que se habían extinguido por no haber dado a luz descendientes varones. De las veinte familias que constituían la alta nobleza en 1485 (duques, condes y marqueses), sólo la mitad conservaba su título en 1509. El rey consiguió intimidar a la nobleza utilizando sistemáticamente sentencias de Privación de Derechos. El Parlamento aprobó decretos de Privación de Derechos, para castigar a quienes apoyaran al bando perdedor en la guerra civil. Si alguien era declarado culpable, la Corona podía confiscarle todas sus tierras y sus posesiones, lo cual se traducían en la más absoluta ruina familiar. A muchos de los nobles que fueron inculcados por los mencionados decretos (más del 60 por ciento entre 1457 y 1609), se les revisó la sentencia por buen comportamiento; la Privación de Derechos se convirtió así en un arma muy poderosa a la

hora de evitar que los hacendados dieran cualquier problema al monarca. Debemos notar que a finales del siglo xv había en Inglaterra una docena de poderosos nobles con riqueza, tierras e influencia suficientes para retar al rey en el campo de batalla. En 1509 sólo sobrevivían dos de estas grandes familias: la del duque de Buckingham y la del conde de Northumberland. Las propiedades de casi todos los demás habían pasado a manos del rey. Enrique VII triunfó donde habían fallado Enrique VI, Eduardo IV y Ricardo III y consiguió gobernar sin depender de ningún pequeño grupo de personajes todopoderosos con los que la Corona estuviera en deuda. Los miembros principales de la nobleza de la época Tudor eran personajes de la corte más que príncipes regionales semi-independientes. Estos nobles perdieron la capacidad y la afición de levantarse en armas contra el rey, y por ello sólo se produjo una rebelión que se asemejara a las acaecidas a finales del siglo xv, la llevada a cabo por los condes del norte en 1569. El hecho de que la alta nobleza dejara de suponer una amenaza contra la autoridad real representó un enorme cambio para la política inglesa y fue consecuencia en gran medida de las guerras de las Dos Rosas.

Con las guerras no sólo se redujo el poder aristocrático, sino también la independencia del Parlamento. Esta institución resultaba esencial para legitimar los principales cambios políticos, como cuando se introdujeron los decretos de Attainder, y por eso estaba compuesta mayoritariamente por siervos de la Corona o terratenientes que habían conservado sus posesiones. Muchos escaños procedentes de los burgos, que representaban dos tercios de la Cámara de los Comunes, eran lo que se podría denominar escaños «podridos» o escaños «sacados de la manga», es decir, estaban controlados por los nobles locales, situación que no cambió hasta la Ley de Reforma de 1832. Los Parlamentos aprobaban cualquier cambio de régimen y toda condena de los derrotados, y rechazaban las leyes aprobadas en Parlamentos

anteriores para beneficiar al nuevo partido que estuviera en el poder. La Cámara de los Comunes perdió su independencia como resultado de la guerra civil: el rey y su consejo redactaban en borrador los principales proyectos de ley (*bill*) y el *speaker* (presidente de la Cámara, que dirigía sus actuaciones) era casi siempre un miembro del Consejo Real.

Para la mayoría de la gente, la vida seguía su curso como habitualmente. En el siglo xv, en la década de los años setenta (en que la corona cambió tres veces de titular), Philippe de Commynes, observador francés, comentaba que de todos los países que había conocido, Inglaterra era donde «mejor se llevaban los asuntos públicos y donde se regulaban con menor violencia sobre la gente». Y esto se debía a que las batallas sólo afectaban a una pequeña parte del país, apenas hubo incursiones militares por tierras que resultaran devastadas (a diferencia de lo que ocurrió en Francia durante la guerra de los Cien Años) y las ciudades inglesas no sufrieron especial pillaje ni asedios sistemáticos. En la arquitectura civil podemos ver signos de esta sociedad más confiada y próspera. Las casas de labranza ya no servían como fortalezas defensivas, sino que estaban diseñadas para la comodidad y la ostentación, con amplios ventanales. Se construyeron iglesias locales con elegantes torres a gran escala, y también escuelas. Fue precisamente durante las guerras de las Dos Rosas cuando floreció el estilo gótico tardío o perpendicular, que culminó con la construcción del King's College de Cambridge.

6. Iglesia y Estado durante la Edad Media

El gobierno del rey

Durante la Edad Media el rey era la principal figura de gobierno. El poder de que hacía gala se debía al vasto patrimonio que poseía y a su capacidad de influencia. Cuando en 1399 Enrique IV subió al trono, la Corona obtuvo una extensión mucho mayor aún de tierras, ya que el monarca aportó las enormes propiedades del ducado de Lancaster, el más extenso de la época medieval, que había heredado de su padre Juan de Gante. Y, como resultado de las guerras de las Dos Rosas (cf. cap. 5), Enrique VII introdujo una nueva remesa de territorios. En cuanto a la segunda cuestión, el mecenazgo del rey cubría todos los puestos de la alta jerarquía eclesiástica y civil, que, por tanto, controlaba, y todas las concesiones de títulos nobiliarios. El monarca también disponía de un amplio número de custodias (y de los ingresos que le proporcionaban), es decir, el derecho de protección de propiedades de barones y nobles que recaía sobre él cuando el heredero era menor de edad. El rey decidía sobre el matrimonio de estos herederos, fueran varones o mujeres; disponía con ello de un buen producto por el que competían los

terratenientes, deseosos de ampliar sus propiedades. Además, si no había heredero directo, el rey podía donar las tierras a quien le pareciera más oportuno.

Aún en 1350 la monarquía se valía de una burocracia simple y aficionada, con sólo tres departamentos de gobierno: la Cancillería, Hacienda y la Oficina del Sello de la Corona. La Cancillería, Secretaría Real que inició la organización de archivos centrales de gobierno, empleaba unos cien funcionarios. Hacienda, que surgió de la intervención anual del dinero recolectado por los recaudadores ante el rey, tenía un número aún menor de funcionarios. Y el departamento más pequeño era el Sello de la Corona, que se ocupaba de los requerimientos para comparecer ante el Consejo Real: tenía catorce funcionarios. En aquella época el número total de empleados que trabajaba en la administración era, por tanto, inferior a 200, la mitad de los que integraban el servicio del monarca.

Con este funcionariado tan reducido el gobierno del país era posible porque la mayoría de las transacciones se llevaban a cabo a nivel local. Inglaterra destacaba singularmente en la Europa Occidental por tener un sistema uniforme de unidades territoriales, los condados y subcondados. En la época del *Domesday Book* (1086) había 33 condados, que se mantuvieron en su totalidad, con mínimos cambios fronterizos, hasta 1974. Los restantes hasta llegar a los 39 del total proceden de los cinco condados septentrionales (Durham, Lancashire, Cumberland, Westmorland y Northumberland) que surgieron en el siglo XII. El tribunal del condado, presidido por el *sheriff* (que desde 1250 aproximadamente salía elegido entre los caballeros que residían en el condado), era donde se proclamaban los estatutos reales y se investigaban los asesinatos. Los jueces de paz, que no recibían remuneración, fueron poco a poco convirtiéndose en las figuras más importantes del gobierno local. En un estatuto de 1368 quedaba definida su jurisdicción en los siguientes términos: hacer cumplir las leyes laborales, regular los

precios, pesos y medidas y mantener la paz. Posteriormente también aprobaban las regulaciones de los gremios. En definitiva, iban asumiendo localmente las responsabilidades del gobierno nacional. Y esta realidad, es decir, el hecho de que fueran desempeñando una función cada vez más importante en la administración de la justicia y de la influencia que la aristocracia tenía en el Parlamento, resultó determinante para cobrar el protagonismo que alcanzaron en el desarrollo de la vida nacional bajo el mando de la dinastía Tudor y la de los Estuardo.

Como no existía ejército ni fuerza policial regulares la estabilidad política dependía de la capacidad que tuviera el rey para mantener el apoyo de los barones. Esto lo conseguía desplegando sus poderes de mecenazgo, aunque cuando los reyes eran débiles o poco eficaces (Eduardo II, Ricardo II, Enrique IV) los hacendados del momento podían convertirse en sujetos todopoderosos y deponer reyes, que terminaban perdiendo la vida, además del trono.

Los orígenes del Parlamento

El Parlamento fue una creación real, surgida de las necesidades del monarca, que deseaba obtener información y consejo de sus súbditos y recabar apoyo para cuestiones importantes, tales como declarar la guerra. A la hora de obtener este apoyo necesitaba responder a las quejas que pudieran plantearsele y, dado que las guerras eran costosas, recaudar impuestos, todo lo cual se conseguía más fácilmente consultando a los representantes de su gente. La palabra «parlamento» está registrada por vez primera en 1236, pero sus orígenes se remontan al consejo anglo-sajón o al Consejo Real de época normanda. En uno y en otro se integraban los principales hacendados, laicos y eclesiásticos. El Parlamento como institución más amplia, de carácter nacional, con ele-

mentos representativos, llegó cuando el rey necesitó dinero para hacer la guerra. La permanente actividad bélica, que se desarrolló sobre todo durante la guerra de los Cien Años, implicaba que el rey no podía vivir «por su cuenta» (es decir, de sus propios ingresos). Los grandes asuntos de Estado los decidían el rey y los hacendados, pero los condes y barones no podían tomar decisiones de esta índole sobre la población en su conjunto. Se necesitaba del consenso general para imponer un impuesto sobre el valor de un bien mueble, de ahí que el rey convocara a los representantes de los condados y los burgos. Los caballeros de los condados fueron convocados al Parlamento por primera vez en 1245 y en el Parlamento de Montford de 1265 se sumaron a ellos los representantes de algunos burgos. Al principio no se les convocaba a todas las sesiones, pero a partir de 1327 si no asistían a las asambleas, éstas no podían denominarse «sesión parlamentaria». A partir de 1429 y hasta 1832 el electorado de los condados venía dado por propietarios cuyas rentas superaran los 40 chelines anuales. La representación popular se obtenía con la presencia de dos caballeros de cada condado y dos burgueses de cada burgo. Con la creación de nuevos burgos creció el número de escaños de la Cámara de los Comunes y de los 296 iniciales se llegó en 1603 a 462.

El Parlamento fue poco a poco haciéndose con el control de los impuestos. En ocasiones el rey concertaba derechos de aduana con los mercaderes sin consultar al Parlamento, pero los Estatutos de 1360 y de 1362 del reinado de Eduardo III otorgaron al Parlamento el derecho de aprobar todos los impuestos, directos e indirectos. Este derecho confirmó a los Comunes, que empezaron a reunirse como Cámara independiente a comienzos del siglo XIV, cierta influencia política, ya que la legislación se basaba en las peticiones que realizaban. Y podían rechazar los impuestos (como ocurrió en el Buen Parlamento de 1376) si sus peticiones no eran atendidas por el monarca. El Parlamento iba convirtiéndose

poco a poco en un importante cuerpo legislativo. Las ordenanzas del Consejo Real que impusieron regulaciones laborales en 1349 pasaron a tener carácter de ley aprobada por el Parlamento en 1351. Los Comunes salieron fortalecidos del Buen Parlamento (como se denominaron a sí mismos los allí reunidos) y provocaron una crisis política. Por primera vez eligieron al portavoz, que presidió un auténtico debate, y en esta sesión, la más larga y dramática de las que había habido hasta entonces, algunos de los ministros de Eduardo III (junto con su amante, la influyente Alice Perrers) fueron acusados por los Comunes y juzgados por los Lores, de acuerdo con un proceso que permitía responsabilizar públicamente de sus acciones a los altos cargos.

La Cámara de los Lores no se vio ensombrecida por la de los Comunes. La influencia política y el estatus social seguían estrechamente unidos. Los Lores aconsejaban al rey y tenían el mayor peso a la hora de decidir las políticas a seguir, sobre todo los sesenta representantes de grandes familias que formaban la nobleza parlamentaria. Éstos eran los únicos que poseían suficiente riqueza para oponerse eficazmente a un monarca débil o impopular, incluso para derrocarlo. La nobleza secular y hereditaria, que surgió cuando en 1387 se crearon ciertas baronías a través de las *Letters Patent* reales, ha proporcionado continuidad a la política inglesa hasta finales del siglo xx.

No debemos exagerar la importancia que revestía el Parlamento en la Edad Media. Las sesiones eran breves, a veces duraban únicamente una semana, y poco frecuentes. Entre 1327 y 1437 el Parlamento se solía reunir una vez al año, pero entre 1453 (en que terminó la guerra de los Cien Años) y 1509 se reunía sólo una vez cada cinco años. Durante los últimos cinco años de su reinado, Eduardo IV convocó al Parlamento en una sola ocasión, igual que Enrique VII en los doce últimos años de su mandato. El Parlamento era fácilmente manipulable, como se vio en la guerra de las Dos

Rosas; la institución apoyó todos los cambios de régimen que se produjeron y anuló la legislación que cada monarca anterior había aprobado. A finales de la Edad Media, como al principio, el rey seguía siendo la figura sobresaliente y la monarquía la institución dominante del país.

La Iglesia

Desde el siglo VII, en que se estableció en Inglaterra, hasta la Reforma que introdujo Enrique VIII en el siglo XVI, la Iglesia católica fue una de las fuerzas más destacadas y más visibles de la sociedad inglesa. Las ciudades estaban dominadas por edificios eclesiásticos y la rutina de la vida diaria se regía por el tañer de las campanas. La Iglesia era rica, en 1086 poseía la quinta parte de la riqueza nacional y reclamaba el derecho al diezmo de los ingresos de todos los cristianos. A través de sus tribunales eclesiásticos la Iglesia controlaba en buena medida los matrimonios y los testamentos, aunque debemos reconocer que la Iglesia medieval fue también en gran parte responsable del bienestar social, al proporcionar hospitales de enfermos y leprosos y casas de acogida para los ancianos.

La división de Gran Bretaña e Irlanda en obispados, cada uno de los cuales se encargaba de nombrar párrocos y fundar parroquias, surgió en la Alta Edad Media y se acomodó a la división administrativa que representaban los condados. Cada obispado tenía su catedral en el centro que, incluso antes de que sobreviniera la conquista normanda, podía funcionar como centro gubernativo regional. El gobierno tenía en buena estima a los obispos como agentes locales, no sólo porque sabían leer y escribir, sino porque no fundaban dinastías que atentaran contra la autoridad real. La vida religiosa se articulaba en torno a la unidad básica de la parroquia. En el año 1200 había unas 9.000 en Inglaterra y Gales, número que permaneció prácticamente inalterado hasta el

siglo XIX. Cada parroquia tenía un párroco residente que administraba los sacramentos del bautismo, la confesión, el matrimonio y la extremaunción. De ellos se esperaba que celebraran servicio regularmente y que instruyeran a los parroquianos en la doctrina cristiana, función esencial, si tenemos en cuenta que la misa se daba en latín, lengua que la gente no entendía. Lamentablemente a comienzos de la Edad Media había muchos curas poco instruidos que no podían predicar ni llevar a cabo adecuadamente sus obligaciones. Puede que incluso «repitieran como loros o como cotorras las palabras de otros sin enterarse lo más mínimo de lo que querían decir», según el testimonio del monje franciscano Roger Bacon. Los curas cultivaban la tierra que les correspondía y llevaban una vida como la de cualquier campesino: con frecuencia tenían hijos, se emborrachaban o practicaban la caza furtiva. En época de Bacon el arzobispo de Canterbury consideró necesario ratificar que los hijos de los curas no tenían derecho de sucesión sobre los beneficios del padre; en el periodo normando muchos estaban casados, lo cual provocó una enconada lucha a la hora de ilegalizar los matrimonios religiosos. Aunque en 1102 el Concilio de Westminster, presidido por el arzobispo Anselmo, estableció que los curas no podían casarse, la declaración tuvo poco éxito. Hacia 1150 casarse no era lo habitual entre los cargos de la alta jerarquía eclesiástica, aunque muchos de sus miembros seguían manteniendo amantes, y poco a poco el número de curas casados fue disminuyendo.

Para la religión popular, los santos eran elementos clave, pues se creía que actuaban como mediadores entre el hombre y Dios. Las paredes y las vidrieras de las iglesias reproducían imágenes con escenas de la vida de unos y otros y se les honraba en los días festivos. Las reliquias, huesos generalmente, eran tesoros muy apreciados por su carácter sagrado; de ahí que las peregrinaciones a las grutas que las cobijaban empezaron a convertirse en los signos más evidentes de la devoción

religiosa popular. Los centros de peregrinación estimulaban la economía local de manera muy parecida a como lo hacen en la actualidad los centros turísticos. Sin embargo, resulta imposible saber hasta dónde llegaban las creencias religiosas. En torno al 1200 Aldgate, prior de la Santísima Trinidad, decía: «Hay mucha gente que no cree en la existencia de Dios. Consideran que el universo siempre ha existido como es y que está regido por el azar, más que por la Divina Providencia[...]; tampoco creen que el alma humana sobreviva a la muerte del cuerpo». Pero no hay muchas pruebas que confirmen esta falta de fe, porque todas las fuentes reflejan la opinión de clérigos o monjes. En Inglaterra no se organizó ningún movimiento de agnósticos, a pesar de la intensidad con que ya a finales del siglo XII se extendió la herejía por la Europa Occidental. En 1208 el papa Inocencio III dirigió su cruzada contra los herejes de la Francia meridional, los albigenses, y en menos de una generación se fundó la inquisición papal para perseguir y derrotar la herejía. En Inglaterra no se produjo ningún movimiento hereje hasta finales del siglo XIV.

Como cabeza de la Iglesia católica, el papa alcanzó el punto álgido de su poder en el siglo XIII. Cuando Inglaterra estaba bajo interdicto papal (1208-1214) se cerraron las iglesias y nadie podía casarse ni ser enterrado en terreno consagrado. A partir de 1199 el papa impuso su gravamen sobre la Iglesia y nombró nuncios (casi todos italianos) que recaudaran el dinero. La figura papal se vio muy fortalecida por los monjes –órdenes mendicantes que escapaban al control de los obispos– y por la expansión de las universidades, en las que se graduaban religiosos que pronto empezaron a formar una comunidad internacional de eruditos. La Universidad de Oxford se fundó a finales del siglo XII y Cambridge en 1229; éstas eran las únicas instituciones relevantes que se ocupaban de la educación superior en la Inglaterra medieval (si dejamos a un lado las *Inns of Court* en las que se formaban los abogados). El clero ejercía notable influencia

sobre la burocracia real y sobre una sociedad ampliamente analfabeta, en la que la ley canónica representaba el marco internacional en el que se medían los sistemas legales. Los señores espirituales gozaban del mismo prestigio que los más nobles barones, y prelados como Robert Grosseteste (ca. 1170-1253), obispo de Lincoln, erudito, filósofo, rector en su momento de los franciscanos de Oxford y autor de un tratado en el que se contraponen el gobierno justo a la tiranía, se contaban entre las figuras más destacadas del país.

A finales del siglo XI se desencadenó un conflicto entre la Iglesia y el Estado en torno a la investidura laica (cf. cap. 3) y en el siglo XII se produjo el enfrentamiento entre Becket y Enrique II (cf. cap. 3). Pero fue realmente en el siglo XIV cuando se cuestionó con mayor acritud el papel que desempeñaba el papa en la administración de la Iglesia de Inglaterra. La mayoría de los papas de ese siglo habían nacido en Francia, vivían en Aviñón (de 1308 a 1378) y en Inglaterra eran vistos como partidarios de los franceses. Sólo había habido un papa inglés, pero ninguno había visitado nunca Inglaterra, ni lo haría hasta 1982. En la práctica, la autoridad que el papa ejercía en Inglaterra estaba limitada por la del monarca. En 1279 por el Estatuto de Mortmain se prohibía que los laicos concedieran tierras a la Iglesia sin permiso del rey. A partir del reinado de Eduardo I el papa vio restringida la potestad de gravar con impuestos al clero inglés y la mayor parte de los impuestos papales terminaban en las arcas reales. Durante la guerra de los Cien Años los clérigos cedían al rey ciertas sumas de dinero y se mantuvo el principio de que el papa sólo podía gravar al clero con permiso del monarca. En teoría el papa tenía derecho a fijar estos impuestos benéficos y a recibir el primer año los ingresos correspondientes a tales anualidades, derecho muy discutido. Con todo, el papa aceptaba gustoso las recomendaciones que le hacía el rey a la hora de nombrar obispos, si con eso recibía sus anualidades.

El renacimiento monástico

En 1066 había en Inglaterra 50 casas de religiosos con unos 1.000 integrantes, entre monjes y monjas; en 1216 había 700 con 13.000 internos y un siglo después, cerca de 900. En el siglo XI todos los conventos eran de benedictinos, pero para 1250 ya había muchas más órdenes. Estas comunidades se regían por la regla de San Benito, redactada en Italia en el siglo VI y adoptada posteriormente por el Occidente europeo. Los monjes y las monjas se comprometían a vivir aislados del mundo, en un monasterio, donde profesaban votos de pobreza, castidad y obediencia a sus superiores y admitían su disposición a someterse a la disciplina, incluido el castigo corporal. Según esta regla, había que quebrar la voluntad humana. «En el monasterio nadie debe seguir los dictados de su corazón [...] el cuerpo y los deseos no los tenemos para hacer con ellos lo que nos ordenen.» Los monjes renunciaban no sólo a las propiedades, sino a la familia, el sexo, la gula y la violencia. «La concupiscencia (el deseo carnal que nos es innato y resulta inherente a nuestro ser) puede ser debilitada y subyugada con disciplina, tenacidad y continuo ejercicio espiritual, para que no prevalezca; sin embargo, no podemos exterminarla de raíz.» Los monjes pasaban la mayor parte del tiempo rezando y asistiendo a regulares servicios religiosos, en los que participaban con cantos comunitarios. Otras veces guardaban absoluto silencio, en el refectorio, el dormitorio o las áreas de estudio, donde los monjes sólo se podían comunicar por señas. Todo esto era lo ideal, pero en la práctica muchas de estas normas se transgredían.

Los monjes ingresaban en el convento de niños (eran los padres los que los entregaban) o de adultos. A Orderic Vitalis, nacido en Shropshire en 1075, lo metió su padre a los 10 años en un monasterio normando. 42 años después Orderic aún conservaba su amargura: «No vi a mi padre desde

el momento en que me condujo al exilio, como si yo fuera un odiado hijastro». Los chicos eran sometidos a una disciplina férrea y «temblaban bajo la vara del maestro», según Anselmo. Tenían que estar callados, sentarse erguidos y se les sometía a observación constante. Algunas de las órdenes más recientes, como la de los cistercienses, renunciaron a admitir niños. Poco a poco su influencia se extendió a otros conventos, y ya a partir de 1150 no era tan corriente que los niños ingresaran en los monasterios.

La orden de los monjes blancos del Císter se creó en la última década del siglo XI, en la aldea del mismo nombre, en Borgoña, y llegó a Inglaterra en 1128. Para ellos, sus contemporáneos de los monasterios benedictinos se habían relajado en sus costumbres, y pretendían observar de manera literal la regla de San Benito. En Inglaterra fundaron su primera casa en Rievaulx, en el condado de Yorkshire, y tuvieron notable éxito. Durante el siglo XII se abrieron en lugares aislados más de 250 conventos para hombres y unos 200 para mujeres. Los cistercienses se hicieron con amplias propiedades en los valles de Yorkshire y se convirtieron en uno de los principales productores de lana de toda Inglaterra. Ellos mismos trabajaban la tierra y no dependían de las rentas de los campesinos, como hacían los benedictinos. Encontraron su fuerza de producción en sus hermanos legos, monjes de segunda clase que sufrían las mismas restricciones que los demás en su vida monástica, pero no intervenían en todas las actividades. Llevaban las granjas modelo y supervisaban a los trabajadores asalariados. Los cistercienses tenían fama de «avaros y egoístas», porque primero adquirían la propiedad que rodeaba sus monasterios y después echaban a los propietarios locales con el fin de crear «lugares desiertos» que consideraban ideales para emplazar sus casas. La pretensión de seguir estrictamente la regla de San Benito no siempre se lograba: a comienzos del siglo XVI los cistercienses de la abadía de Whalley en Lancashire gastaban dos tercios de sus ingresos en comer y beber.

Las casas religiosas de mujeres eran menos numerosas que las de hombres. En 1250 había 150 conventos de monjas, muchas de las cuales ingresaban porque las mandaban sus familias (era una manera de desembarazarse de las hijas poco casaderas), más que por vocación. Las abadesas solían venir de familias aristocráticas. Cuando se produjo la disolución de los monasterios (cf. cap. 8) había 125 conventos y 2.000 monjas.

En la segunda década del siglo XIII aparece en Inglaterra un nuevo movimiento religioso, el de las órdenes mendicantes inspiradas en San Francisco y Santo Domingo. Los dominicos llegan a Inglaterra en 1221 y establecen su primer priorato en Oxford. Los siguen los franciscanos en 1224 y los carmelitas en 1240. Se diferenciaban de los demás monjes en que no vivían enclaustrados en un monasterio toda su vida, sino que iban de un lado para otro. Rechazaban la propiedad y las dotaciones y vivían de la caridad. Eran misioneros activos que extendían sus enseñanzas y sus sermones en ciudades y aldeas y muchos de ellos eran personas bien instruidas. Casi todos los intelectuales más destacados de finales de la Edad Media pertenecían a estas órdenes mendicantes, como Tomás de Aquino y Duns Escoto. En 1300 había ya 150 conventos ingleses fundados por estos monjes. A Chaucer se debe la mala fama de los mendicantes, porque en los *Cuentos de Canterbury* el padre Juan actúa como manipulador interesado y sin escrúpulos de las mentes piadosas, pero lo cierto es que eran muy queridos como predicadores, porque resultaban amenos a la hora de instruir a sus fieles.

Los lolardos

Los lolardos (del holandés *lollaerd*, 'balbuciente') integraron el único movimiento herético aparecido en la Inglaterra medieval. Éste surge a partir de las enseñanzas de John Wyclif

(ca. 1330-1384), profesor de Oxford y *master* del Balliol College. Muchas de sus opiniones (sus críticas al papado, al sistema de indulgencias, a la riqueza de la Iglesia) las compartían muchos católicos ortodoxos: podemos reconocerlas en las obras de poetas como Chaucer y Langland. Pero Wyclif fue mucho más allá que los anticlericales convencionales y atacó algunas de las doctrinas fundamentales de la Iglesia. Al negar la transubstanciación (la transformación del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo durante la misa) y la necesidad de confesar oralmente los pecados, estaba mirando el poder del sacerdote. Y más amenazadora aún era la doctrina de la predestinación: la verdadera Iglesia no era la que formaban el papa y los sacerdotes, sino la elegida por Dios, y no había manera de saber quién pertenecía a ella. Su teología estaba basada en la suprema autoridad de la Escritura (cuestionaba la autoridad papal porque la palabra «papa» no se encontraba en la Biblia) y en el derecho que tenía todo cristiano de leerla y entenderla en su lengua vernácula.

Wyclif tenía formación académica, escribía en latín y vivió la mayor parte del tiempo en Oxford. Sin la ayuda de sus amigos y de sus discípulos no habríamos conocido sus enseñanzas. Ciertos círculos cortesanos, que giraban en torno a Juan de Gante y a Joan de Kent, viuda del Príncipe Negro, evitaron que cayera en mayor desgracia y que fuera excomulgado, pero realmente fueron los discípulos que tenía en Oxford quienes divulgaron sus ideas traduciéndolas al inglés y saliendo a predicar. Su éxito más importante fue traducir la Biblia completa al inglés en la última década del siglo XIV.

Los lolardos no consiguieron pasar mucho tiempo sin sufrir persecución. En 1401 se aprobó el edicto *De Heretico Comburendo* ('Sobre la quema de herejes') y ese mismo año fue acusado de lolardía en Londres un cura de Norfolk, William Sawby, que murió quemado en la hoguera. El arzobispo Arundel prohibió en 1409 a los seculares la posesión de

Sagradas Escrituras traducidas al inglés o la lectura de las mismas. En 1414 los lolardos, dirigidos por Sir John Oldcastle, intentaron dar un golpe de Estado contra Enrique V, con lo que perdieron buena parte del crédito que les rodeaba. Para los lolardos se había desvanecido la oportunidad de mantenerse como la fuerza relevante que habían sido en años anteriores. Pasaron a la clandestinidad, pero sobrevivieron entre pequeños grupos de trabajadores, artesanos y curas humildes de las ciudades industriales de los Midlands. La filosofía de los lolardos, con todo, calaba poco entre la población, excepto en lo que se refería a la lectura de la Biblia. En 1500 había pocos ingleses que cuestionaran las enseñanzas básicas de la Iglesia o que desearan una reforma. Las creencias y prácticas que Wyclif atacaba –los milagros, el culto a los santos, las peregrinaciones, las capillas, las indulgencias y las reliquias– eran cosas enormemente populares con las que la gente buscaba el favor divino y una cierta tranquilidad espiritual frente a los peligros que emanaban del mundo de enfermedad, hambre y violencia que les rodeaba.

Lengua y cultura

El inglés surge como lengua de las tribus germánicas que se asentaron en Inglaterra durante los siglos v y vi. En la Galia los invasores francos adoptaron la lengua de los habitantes romanizados del lugar, pero en Inglaterra los jutos, los anglos y los sajones no se acomodaron a la lengua del pueblo que conquistaron, los celtas, sino que mantuvieron la suya. Con el término «inglés antiguo» hacemos referencia en la actualidad al periodo lingüístico que abarca desde las invasiones germánicas hasta 1066; para el periodo siguiente, de 1100 a 1500 utilizamos la expresión «inglés medio». El sajón occidental impuso su dominio durante el mandato del rey Alfredo y fue la variante escrita utilizada por todo el país

hasta la conquista normanda. El inglés antiguo apenas incorporó estructuras del celta, y del latín tampoco tomó más que unos cuantos términos. No ocurrió lo mismo con el escandinavo, de donde proceden palabras con «sk» (*sky, skirt*) y elementos gramaticales tan básicos como *they, then, their* o *are*. Tras la conquista, el latín sustituyó al inglés antiguo para cuestiones legales y políticas y, como corresponde a una raza sometida, se incorporaron a la lengua miles de palabras del francés: *baron, noble, servant, royal* y *reign*. La población en general adoptó nombres normandos, hasta el punto de que en el siglo XIII había campesinos con nombres propios de la aristocracia normanda: William, Robert, Roger, Hugh. Durante todo el periodo medieval, William siguió siendo el nombre más corriente. En los siglos XIV y XV también aumentaron enormemente los préstamos del latín. Todos estos cambios se fundieron para dar como resultado final lo que parecía ser esencialmente una lengua distinta, tal y como vemos reflejado en la *Visión de Piers Plowman* de 1362, obra de un cura poco conocido, llamado William Langland. El inglés medio utilizado por Chaucer, Langland y Wyclif derivaba del inglés antiguo, pero se diferenciaba ampliamente de su antecedente anglo-sajón. Realmente distaba tanto de la lengua de Alfredo como el inglés actual del holandés o del alemán.

Los normandos hablaban francés, pero las clases elevadas pronto fueron bilingües. El inglés, que aprendían del personal de servicio y de los criados, lo utilizaban para hablar con personas de rango social inferior. El francés siguió siendo la lengua literaria y la de la aristocracia hasta 1350, cuando empezó a producirse el cambio. Con la guerra de los Cien Años creció el sentimiento de que la cultura francesa ya no resultaba apropiada para la clase dirigente. Parece que en 1363 el *Lord Chancellor* abrió por primera vez la sesión parlamentaria en inglés y ese mismo año el Estatuto de Recursos recogía lo siguiente: «El rey ha ordenado que todos los recursos que

se interpongan en cualquier tribunal [...] sean interpuestos en lengua inglesa». Después de tres siglos utilizando el francés para todos los asuntos, los tribunales ingleses empezaron a utilizar el inglés. En 1380 las escuelas también adoptaron el inglés para la enseñanza, aunque los dialectos ingleses no eran comprensibles entre sí. Juan de Trevisa escribía lo siguiente en 1385: «en todos los colegios de Inglaterra, los niños ingleses dejan el francés para aprender inglés»; pero añade algo muy significativo: «las clases altas han dejado de enseñar francés a sus hijos». El documento legal más antiguo de los que se conservan en inglés data del año 1376; el documento parlamentario más antiguo, de 1386 y el testamento más antiguo redactado en inglés de 1387.

El predominio que tuvo el francés durante los 300 años que siguieron a la conquista normanda explica que hasta el siglo XIV no se produjera el renacimiento literario del inglés. Del periodo que se extiende entre el 1100 y el 1300 quedan pocas obras en esta lengua y las que tenemos no son de gran calidad. Podemos decir que la gran literatura inglesa surge entre 1300 y 1400. Los *Cuentos de Canterbury* o *Troilo y Criseida* de Chaucer, *Piers Plowman* de Langland y la poesía aliterativa de *Sir Gawain y el Caballero del verde gabán*, todas ellas obras de finales del siglo XIV, son los mejores productos de la literatura medieval inglesa. Chaucer logró para Inglaterra lo mismo que Dante había logrado para Italia cien años antes: inventar una nueva lengua poética. Con la traducción de la Biblia, los discípulos de Wyclif consiguieron algo similar para la prosa.

Gracias a la educación el nivel de alfabetización iba creciendo en Inglaterra. En este ámbito supuso un gran avance el hecho de que William de Wykeham (1324-1404) fundara el New College de Oxford, en 1379, y en 1382 el Winchester College, colegio del que se nutría la primera institución. El objetivo era formar chicos para que ingresaran en la carrera religiosa, pero, junto a los eruditos que no pagaban, también

admitía a ciudadanos de pago, hijos de caballeros y pequeños nobles. Enrique VI siguió el ejemplo de Wykeham y fundó el King's College de Cambridge (1441) y el correspondiente colegio de Eton (1440-1441). Con todo, el principal agente de difusión de la variante estándar del inglés y de la cultura básica fue la recién inventada imprenta. William Caxton (*ca.* 1420-1492) aprendió las técnicas de impresión en Alemania y en los Países Bajos y sacó el primer libro impreso en inglés en Brujas en 1473. Tres años más tarde estableció su propia imprenta en Westminster, donde publicó más de cien libros. La imprenta se convirtió en el medio más importante de diseminar información y siguió siéndolo durante más de cuatrocientos años. Parece que a finales del siglo xv aproximadamente un tercio de la población sabía leer. Como resultado de esta difusión de la cultura, la administración, que había recaído esencialmente sobre el clero (por su condición de únicas personas letradas), fue pasando poco a poco a manos de seculares. En 1400 todos los puestos principales del funcionariado del Exchequer estaban cubiertos por clérigos; para 1430 los clérigos resultaban la excepción. Los seculares se hicieron también con el control y la administración de las propiedades laicas y eclesiásticas.

7. La economía medieval

La economía cambió de manera significativa en los 400 años que siguieron a la conquista normanda. La esclavitud (el 9 por ciento del censo de 1086 eran esclavos) había desaparecido completamente antes de 1300 y para 1485 los siervos habían dejado de existir como tales. A pesar de que no se había producido ninguna revolución tecnológica en la agricultura, los campesinos vivían mejor después de la Peste Negra, creció marcadamente el número de ciudades y el comercio de exportación experimentó un giro pronunciado. A finales del siglo xv Inglaterra había dejado de ser predominantemente un país exportador de materias primas, como la lana, y se había convertido en el mayor exportador de bienes manufacturados, tejidos en concreto.

La vida en el campo

Tras la conquista normanda, entre el rey, 200 nobles y 100 obispos y abades poseían tres cuartas partes de la tierra (en valor). Eran los aparceros jefes del rey, que a cambio de una renta cedían gran parte de sus mesnadas a los caballeros,

que constituían una clase media de terratenientes o aristócratas. Estos caballeros cedían gran parte de sus tierras a los campesinos, a cambio de deberes feudales.

Los campesinos vivían en pequeños pueblos (en el *Domesday Book* aparece una lista de 13.000) de entre 12 y 50 haciendas, organizadas en torno a la iglesia. Los pueblos estaban rodeados por dos o tres grandes extensiones de tierra sin vallar («campos abiertos») en las que, para mantener la fertilidad del suelo, se cultivaban rotativamente cereales, guisantes y judías, y cada cierto número de años también se dejaba en barbecho parte del terreno. En otoño se plantaba trigo y centeno para elaborar pan; en primavera cebada, guisantes y judías; como éstas maduraban al tiempo que lo hacían las cosechas de otoño, la recolección se hacía conjuntamente. Los campos se utilizaban después de pasto para el ganado. Los aparceros tenían franjas de tierra diseminadas por estos campos abiertos, para que a cada uno le tocaran tierras buenas y malas. Cada campesino se responsabilizaba de cultivar las franjas que tenía atribuidas, pero en ellas no podía plantar lo que deseara. La rotación de las cosechas, las épocas de siembra y recogida se decidían de manera colectiva; los animales pastaban también en zonas comunales de tierras baldías que caían fuera de los campos abiertos. La cooperación entre campesinos también se hacía necesaria en épocas de trabajo más intenso, como cuando tocaba labrar las tierras (se requerían ocho bueyes para cada arado de los grandes, más de lo que podía permitirse la hacienda de un campesino), o recoger la cosecha. Este sistema de campos abiertos lo encontramos en todos los condados y era la técnica que predominaba en las tierras bajas de los Midlands, es decir, en el este y en el sur. En las áreas en las que se mantenía el sistema de siervos –en muchas zonas de Inglaterra, como Kent o el Danelaw, nunca existió– el señor hacía prevalecer sus derechos en las haciendas: tenía derecho a exigir que sus aparceros le trabajaran sus propios campos (nor-

malmente dos o tres días a la semana); y en 1200 aproximadamente la mitad de los campesinos eran siervos.

Durante la Edad Media no se produjeron muchas innovaciones tecnológicas. Los arneses y las bridas de los caballos hicieron posible que fueran estos animales, en vez de los bueyes, los que tiraran del arado, lo cual permitió que se araran extensiones más grandes de terreno; pero arar no era el problema. Plantar y recoger a mano resultaba muy lento y sólo se utilizaban como abono los excrementos de los animales. Y aun así, era un recurso limitado, porque en invierno salía muy caro alimentar a los rebaños. Todo ello hacía difícil aumentar los rendimientos. En 1086 la población ascendía posiblemente a millón y medio de habitantes (estimación basada en el *Domesday Book*); para 1300 se había doblado esta cifra hasta alcanzar con toda probabilidad los cuatro millones, puesto que no se habían producido invasiones de relieve. Con este aumento demográfico desaparecieron muchos bosques, las zonas pantanosas fueron drenadas y las tierras altas se convirtieron en tierras de labor, lo cual se tradujo en que las zonas cultivadas a principios del siglo XIV alcanzaban la mayor extensión de la historia hasta el siglo XX. La producción también aumentó, si bien esto no equivale a que aumentara la productividad. Dado que en el siglo XIII la inflación se cuadruplicó mientras que los salarios quedaban congelados, los campesinos soportaban niveles de vida muy bajos con enfermedades y altos índices de mortalidad. Los desastres naturales provocados por la climatología excepcionalmente mala que se padeció a comienzos del siglo XIV no hicieron más que empeorar la situación. Las malas cosechas resultaban acontecimientos desastrosos para una sociedad que carecía de instalaciones adecuadas para el almacenamiento. Los aldeanos tenían cada vez menos que comer y no disponían de dinero para comprar lo que costaba cada vez más caro. Las cosechas de 1315, 1316, 1320 y 1321 fueron singularmente malas y en 1319 y 1321 se

produjo además una gran mortandad de ganado ovino y vacuno. A consecuencia de todo ello se generalizaron la hambruna y la enfermedad y los precios del grano se duplicaron. Ésta fue la peor crisis que tuvo que soportar la agricultura desde la conquista, pero lo peor no había llegado aún.

La Peste Negra (1348)

La peste bubónica la transmitieron las pulgas de las ratas. En palabras de Boccaccio «en hombres y mujeres por igual se mostró por primera vez porque empezaron a aparecerles tumores en la ingle o en la axila, que crecían en ocasiones hasta alcanzar el tamaño de una manzana». Y después se extendían por todo el cuerpo. Otra infección era la peste neumónica, peor y más peligrosa, porque se contagiaba fácilmente a través simplemente de la tos o del estornudo. Las víctimas de esta enfermedad expelían esputos sanguinolentos al toser durante dos días y luego morían. Parece que la peste surgió en China en 1331 y que se propagó hasta Crimea a través de las expediciones de viajeros y comerciantes; y allí estalló en 1346 cuando los ejércitos mongoles estaban sitiando el puerto de Caffa. A partir de este punto la enfermedad se esparció alojada en las ratas negras de los barcos hasta llegar a Europa y a Oriente Medio; y de los puertos, pasó a las tierras de interior. En la primavera de 1348 había traspasado las fronteras de los Alpes en el norte europeo y se difundía por Francia y los Países Bajos.

En el verano de 1348 llegó a Inglaterra, donde tuvo efectos devastadores, matando a la mitad de la población. En las ciudades no duraba más de dos o tres meses, pero hubo lugares en los que la enfermedad acabó con el 60 o el 70 por ciento de la población en pocas semanas. William Dene, de Rochester, Kent, decía que «esta enfermedad devoraba a tal

multitud de gente de uno y otro sexo que era casi imposible encontrar a alguien que trasladara los cadáveres al cementerio; hombres y mujeres llevaban los cuerpos inertes de sus pequeños a la iglesia... y los arrojaban allí, en tumbas comunitarias, de las que surgía un hedor que impedía pasar por el camposanto». De Seaford, Sussex, relataba que incluso en fechas tardías, como 1356, la zona estaba «tan devastada por la peste que[...] sólo viven allí unos cuantos y los que quedan son tan pobres que no pueden ni pagar impuestos ni defender la ciudad». En Inglaterra la peste alcanzó niveles pandémicos que traspasaron los límites de la llamada Edad Media. En 1361-1362, 1369, 1375, 1390, 1397 y también en el siglo xv se produjeron nuevos brotes de la enfermedad; el último de la serie fue la peste de Londres de 1665. Todos estos brotes diezmaron aún más la población, que siguió reduciéndose durante más de un siglo, hasta que entre 1440 y 1480 alcanzó el índice más bajo. Los cerca de cuatro millones de personas que había posiblemente en 1300 se quedaron en 2,25 millones antes del año 1377, fecha en que se volvió a sufrir esta condena. Y sólo a finales del siglo xv parece que las cifras empezaron a subir de nuevo, aunque hasta el siglo xvii no alcanzaran las cotas del año 1300.

No todas las consecuencias de la peste fueron tan catastróficas. Para los que sobrevivieron, la vida fue mejorando poco a poco. Con un declive demográfico tal, había menos gente que buscara tierra, con lo que las rentas bajaron, los salarios aumentaron y si sumamos todo esto a la caída de los precios, el nivel de vida del campesino subió. En el siglo xv los trabajadores asalariados vivían mejor de lo que nunca habían vivido en la Edad Media. Había campesinos que alquilaban sus tierras y se construían casas de piedra por primera vez en la historia del campesinado. El campo cambió de manera irremisible. Se produjo una intensa movilidad rural, puesto que cientos de miles de personas se trasladaban de un lugar a otro, buscando mejores tierras y

mejores condiciones de vida; y ello provocó que unos 3.000 pueblos quedaran completamente desiertos.

Los terratenientes tuvieron que afrontar serias dificultades, teniendo en cuenta que la producción de trigo y de lana resultaba menos rentable con la caída de los precios. Las áreas cultivadas se redujeron y la inversión agrícola disminuyó. El gobierno intentó controlar el mercado laboral en beneficio de los patronos aprobando el Estatuto de los Trabajadores de 1351, primer intento de legislar sobre precios y salarios con carácter general de los realizados por el gobierno inglés. El Estatuto fijó los salarios y los precios de los bienes manufacturados tomando como referencia los niveles que existían cuando sobrevino la Peste Negra. Fue de cumplimiento obligado hasta 1381, pero en épocas en que la mano de obra escaseaba, resultaba difícil ponerlo en práctica a largo plazo. Para conseguir que se aplicara los jueces de paz incorporaron nuevas tensiones que terminaron desembocando en la revuelta de los campesinos. La servidumbre no se abolió: se marchitó simplemente, porque los aparceros se marchaban si el señor intentaba imponer las obligaciones feudales. Los terratenientes se dieron cuenta de que muchas veces salía más rentable arrendar sus tierras que contratar mano de obra. Las rentas fijas eran habituales en 1500: se establecieron unas escrituras de titularidad permanente de las que los arrendatarios obtenían una copia en la que se registraban los términos del contrato (normalmente una renta en dinero). Todavía existían ciertos derechos feudales, pero ya estaban muy reducidos y el aparcerero podía vender la escritura de titularidad. Había señores que se cambiaban al cultivo de pastos, que exigía mucho menor intensidad de trabajo; estos cercados (vallados de terreno, en vez de campos abiertos) proliferaron por todas partes a finales del siglo xv. Sin embargo, el sistema de campos abiertos seguía siendo dominante en el sur y el centro de Inglaterra.

La revuelta campesina (1381)

Esta revuelta, la más violenta de las protagonizadas por las clases populares en la Inglaterra medieval, comenzó sorprendentemente en la zona más desarrollada y rica de Inglaterra, las áreas fértiles de Kent, Essex y de East Anglia. Sus líderes no eran campesinos, sino hombres libres, pertenecientes a las elites de los pueblos, muchos de los cuales desempeñaban cargos en el gobierno local, en calidad de supervisores, policías o jurados. Se habían beneficiado de la Peste Negra, ya que habían tenido la oportunidad de ocupar las tierras vacantes a precios bajos. Y no les sería difícil recabar el apoyo de los trabajadores ya que el Estatuto había intentado evitar que les subieran los salarios. La causa inmediata de la revuelta campesina fue el impuesto que se instituyó en 1381 para defender el reino de una posible invasión francesa. Este impuesto era tres veces más alto que el que se cobró en 1377 y en 1379 y por primera vez se aplicaba a todos por igual, sin tener en cuenta los ingresos de cada uno. Fue recibido con enérgico rechazo y con fugas masivas. El *poll tax* que introdujo Margaret Thatcher en 1990 encontraría una respuesta similar.

En la primavera de 1381 los comisionados que intentaban imponer el gravamen en Essex fueron recibidos con gran hostilidad y con el más absoluto rechazo de sus pretensiones. Los rebeldes argumentaban que ellos eran fieles a la Corona. «Con el rey Ricardo y los comunes nobles de corazón», gritaban. Más que como opresor al rey lo veían como salvador, pero en manos de malos consejeros como Juan de Gante, Simon Sudbury, el arzobispo de Canterbury y el tesorero, Sir Robert Hales. Había la sensación de que la Peste Negra era época de ajuste de cuentas. Si la gente servía a Dios y al rey comenzaría una etapa de justicia y de igualdad cristiana.

Para principios de junio la revuelta había llegado a Kent. Entre los que habían sido liberados de la cárcel de Maidstone

por los rebeldes estaba John Ball, un cura excomulgado y encarcelado por el arzobispo de Canterbury. Ball quería deshacerse de todos los obispos y nobles y, según cuenta la crónica de Froissart, decía a sus seguidores que «las cosas no pueden ir bien en Inglaterra [...] hasta que se imponga la comunidad de bienes y desaparezcan los villanos y los nobles, y todos seamos iguales». John Ball procedía de Colchester, Essex, como Wat Tyler, otro de los líderes rebeldes de Maidstone, al que Froissart describía como «albañil de arreglar tejados, personaje malvado y desagradable».

El 12 de junio el ejército rebelde, compuesto por unos 5.000 o 10.000 soldados, acampó en Blackheath, frente al Támesis. Durante el camino habían ido planeando cuidadosamente sus metas: saquearon haciendas propiedad de Juan de Gante, de recaudadores de impuestos o miembros del Consejo Real y quemaron los documentos que demostraban su condición de siervos, aunque mantenían su fidelidad impidiendo que quienes vivían a 20 km de la costa se adhirieran a la revuelta, caso de que los franceses efectivamente desembarcaran. Juan de Gante partió hacia los castillos que poseía en Northumbria, pero le fue negada la entrada, por lo que tuvo que buscar refugio en Escocia. Su hijo Enrique Bolingbroke (el futuro rey Enrique IV), Sudbury, Hales, Joan de Kent, la madre del rey, y Ricardo II, todos buscaron seguridad en la Torre de Londres. Ricardo mostraba una seguridad sorprendente para los 14 años que tenía y cuando el Consejo le pidió que se enfrentara a los líderes rebeldes no dudó un instante. Los rebeldes llevaron a cabo mutilaciones en la capital, forzando las puertas de las prisiones, destruyendo todo tipo de documentos legales y financieros y prendiendo fuego al ostentoso palacio que Juan de Gante tenía en Savoy. Para expulsarlos de Londres se propuso que el rey mantuviera una reunión con los líderes rebeldes en el pueblo de Mile End. El 14 de junio Ricardo acudió a caballo, con su madre y la mayoría de los miembros de la corte, a Mile

End, donde accedió a abolir la esclavitud de los siervos. Pero esto no detuvo la rebelión, ya que las guarniciones de la Torre abrieron las puertas a los rebeldes, que decapitaron a Sudbury y a Hales. Se fijó que el rey volvería a reunirse con los líderes rebeldes en Smithfield, donde Tyler solicitó que se redactara una Carta Magna para las clases populares, que se evaluaran las propiedades que tenía la Iglesia y se firmara una declaración en la que se reconociera que del rey abajo todos los hombres eran iguales. Ricardo estaba de acuerdo, pero sus seguidores, indignados por la humillación a que lo vieron sometido, atacaron a Tyler y lo mataron. Para evitar que los rebeldes atacaran al partido real Ricardo mostró una enorme serenidad al acercarse a ellos, montado en su caballo, y decirles: «Yo voy a ser vuestro único capitán», prometiéndoles además el perdón para los rebeldes; pero cuando llegó a Londres la ira del monarca no tenía límites. Ordenó que los *sheriffs* hicieran todo lo necesario para poner fin a la revuelta: de los rebeldes, ahorcaron a algunos y a otros los encarcelaron. Al rey no se le calmó la irritación ni cuando volvió a reunirse con los rebeldes en Walthamstow el 22 de junio. «Malditos», les dijo, «detestables en todos los terrenos, en mar y tierra: vosotros, que pretendéis la igualdad con los nobles, no sois dignos de seguir viviendo. Pero si os mantenéis fieles, os perdonaremos la vida». Muchos de los rebeldes se marcharon, pero otros continuaron luchando, hasta que el 28 de junio fueron derrotados por los realistas en Billericay, Essex: ahorcaron a 19 líderes y descuartizaron a 12. En julio Ricardo revocó la amnistía «que había decretado apresuradamente en los últimos tiempos» y actuó como presidente de un tribunal en St. Albans en el que 15 de los líderes, incluido John Ball, fueron condenados a muerte. La revuelta campesina, que estuvo mal planeada y vino a ser un estallido de frustración espontáneo, había concluido, sin haber conseguido aparentemente nada, ya que la promesa de abolir la categoría social de siervo no se cumplió. Con

todo, tras la revuelta apenas se ejecutaba lo previsto por el Estatuto de los Trabajadores y no hubo Parlamento que se atreviera a imponer la nueva tasa, que no representaba más que la pretensión de transferir a las clases trabajadoras la carga económica de la guerra que correspondía inicialmente a los poderosos.

El crecimiento de las ciudades

Las ciudades medievales crecieron en número y extensión, a medida que aumentaba la población. En el *Domesday Book* aparecen 112 burgos; Londres (que no figuraba en el *Domesday Book*) puede que tuviera unos 12.000 habitantes, por la misma época en que Constantinopla alcanzaba los 400.000. Entre los años 1100 y 1300 se establecieron 140 nuevas ciudades, entre ellas Portsmouth, Leeds y Liverpool. En el siglo XIV la manufactura de paños incentivó la producción a gran escala, debido a los distintos procesos que requería: había que cardar la lana, hilarla en ovillos, tejerla y batanearla. La manufactura requería mucho capital, de modo que los comerciantes que vendían los paños llegaron a controlar toda la industria y a constituirse en elite urbana de ciudades como Bristol y Norwich, que tenían salida al mar y estaban próximas a las zonas industriales. Al estar también próxima a las áreas de producción de lana y servirse del puerto de Hull para los intercambios comerciales, York floreció de manera similar. Esta ciudad, a la que benefició ser un importante centro religioso, llegó a concentrar la mayor parte del comercio que se desarrollaba entre Inglaterra y las ciudades alemanas de la Liga Hanseática. En el siglo XV la manufactura textil se trasladó al campo, porque allí había fuertes corrientes de agua que proporcionaban la energía para los batanes, la producción de lana estaba muy a mano y las rentas eran menores. Por otra parte, allí se eludían las restricciones

que imponían los gremios urbanos en relación con los salarios, los precios y las horas de trabajo. Lugares como Stamford y Lincoln fueron sobrepasados por pueblos y ciudades nuevos, como Leeds, Halifax y Bradford, al oeste de Yorkshire. Más al sur también se desarrolló una floreciente industria textil en lugares como East Anglia y los Cotswold.

En la Edad Media las ciudades eran pequeñas, todas menos Londres, de la que se dan distintos índices de población que oscilan entre 40.000 y 100.000 habitantes en 1500. Londres era la única ciudad inglesa que podía compararse con las grandes ciudades europeas de Brujas y Gante en Flandes, o con otras ciudades italianas. Londres era el centro comercial de todo el reino y la terminal del comercio que se llevaba a cabo con el mar del Norte, el Báltico y el Mediterráneo. Por eso albergaba a muchos de los ciudadanos más ricos del país, que comenzaron a asumir los préstamos a la Corona, sustituyendo en esta actividad a los comerciantes y banqueros italianos. Para asegurarse de que los comerciantes dispusieran de liquidez en el momento oportuno, la Corona les concedía el monopolio sobre ciertos productos. Westminster, colindante con Londres, sirvió de cuartel general al gobierno de la Corona desde el siglo XII y en 1350 ya se había hecho con la sede del Parlamento. El Palacio de Westminster era la principal residencia que el rey poseía en la capital.

En 1500 Norwich era posiblemente la única ciudad inglesa cuya población superaba los 10.000 habitantes. Bristol, York y Canterbury estaban entre las nueve ciudades que tenían más de 6.000 habitantes. Había once ciudades, entre ellas Oxford y Cambridge, con 4.000 o 5.000 y unas 40 ciudades de más de 2.000. En las ciudades vivía aproximadamente un 15 por ciento de la población y las más grandes gozaban de privilegios legales que concedían a los burgueses (ciudadanos importantes) cierto grado de autogobierno: tenían derecho a elegir alcalde, y un consejo regidor, y a formar su propio tribunal de justicia.

Los burgueses que dirigían las ciudades pertenecían a los gremios, una de las instituciones más características de fines de la Edad Media. Había distintos tipos de gremios, de los cuales el más antiguo y rico era el de los comerciantes. Los gremios de artesanos fueron cobrando importancia a lo largo del siglo XIV en algunas profesiones. Lo que pretendían los gremios esencialmente era regular el mercado local y mantener el negocio en la medida de lo posible también en manos locales. Fijaban los precios mínimos, el número de aprendices que debía haber y la duración de la condición de aprendiz (normalmente siete años). Los gremios también regulaban los salarios y las horas de trabajo y dificultaron el nacimiento de la industria a gran escala (la principal unidad de producción gremial coincidía con la unidad familiar). Eran responsables de las restricciones, pero no se puede negar que mantuvieron un alto nivel en la producción de bienes.

Comercio exterior

En los doscientos años que siguieron a la conquista normanda se produjeron pocos cambios en la economía inglesa. Inglaterra seguía un modelo económico colonial, como exportador de materias primas (lana esencialmente, junto con latón, plomo y carbón) e importador de bienes manufacturados y de lujo. En Inglaterra no se vivió ninguna revolución comercial, ni se desarrolló el sistema de bancos y créditos que había triunfado en Italia en el siglo XIII. Como consecuencia de este retraso, el comercio exterior inglés estaba en manos italianas. Con la liquidez de que disponían eran capaces de comprar lana en cantidades ingentes con años de adelanto. Prestaron grandes sumas de dinero a Enrique III y Eduardo I y a cambio recibían la protección y el apoyo real. Las principales industrias seguían siendo las mismas: la producción textil, la construcción, la minería y el trabajo meta-

lúrgico. En la industria inglesa no se dieron avances tecnológicos comparables a los que vemos en la manufactura textil de tierras flamencas, una industria altamente capitalizada; con todo, los batanes (que hacían el tejido más compacto a base de golpearlo) se introdujeron en el siglo XII; accionados por agua, utilizaban esta energía para hacer subir y bajar unos martillos que golpeaban la tela. Y en el siglo XIV el nuevo telar sustituyó a la rueca.

Uno de los rasgos más importantes de los últimos tiempos de la historia medieval fue el cambio que experimentó el comercio de exportación. En el año 1300 el principal producto de exportación con mucho era la lana (en aquella época había entre 15 y 18 millones de ovejas en Inglaterra), esencialmente en manos de comerciantes italianos que fletaban la lana a Flandes (Ohent, Brujas e Ypres), donde la transformaban en paño y volvían a exportarla a Inglaterra. A principios del siglo XIV la industria flamenca quedó desbaratada como consecuencia de los violentos enfrentamientos que se produjeron entre tejedores y grandes comerciantes y por las guerras que sostenía Flandes con Francia. Todo ello ofreció a Inglaterra la oportunidad de irrumpir en el mercado europeo, con el que terminó por hacerse. La industria textil se vio favorecida por la emigración de tejedores flamencos a Inglaterra, porque allí la lana era más barata y la energía hidráulica más abundante. A partir de 1347 (cuando se introdujo por primera vez un impuesto sobre el paño de exportación, lo cual nos permite también empezar a manejar cifras fiables) el comercio de productos transportados en barcos ingleses va ascendiendo regularmente. Cuando se perdieron las provincias que Inglaterra poseía en Francia, igual que con la guerra de las Dos Rosas, se produjo una recesión, observable a partir de 1450, pero después de 1470 la exportación volvió a experimentar una fuerte subida, que no cesó hasta bien entrado el siglo XVI. La exportación de paño se cuadruplicó en el siglo XV; para 1450 Inglaterra exportaba esencialmente paños y no lana.

8. La Reforma inglesa

En el año 1500 era inconcebible que Inglaterra fuera a convertirse en un país eminentemente protestante, ya que casi todo el mundo era católico y lo había sido durante mil años. En Inglaterra no había existido más religión que el Catolicismo desde que Eduardo I expulsó a los judíos en 1290. La verdad es que existía un notable anticlericalismo, desprecio ante las enormes riquezas que poseía la Iglesia, ante el pluralismo, ante los tribunales eclesiásticos y ante la relajación que se vivía en muchos monasterios, pero la mayoría de los anticlericales eran católicos que deseaban reformar la Iglesia, no terminar con ella. Apenas existía la herejía y los lollardos (cf. cap. 6) habían desaparecido casi completamente. Sin embargo, fue Enrique VIII (1509-1547) quien rompió con Roma y quien dio los primeros pasos para establecer una Iglesia protestante en Inglaterra, alguien que odiaba a Lutero y que seguía admitiendo la doctrina católica en cuestiones como la transubstanciación. El Protestantismo se estableció de manera coyuntural en el breve reinado de Eduardo VI (1547-1553), pero después volvió a restaurarse el Catolicismo durante el reinado, más breve aún, de María I (1553-1558). Fue realmente durante el reinado de Isabel I (1558-1603)

cuando Inglaterra se convirtió en el país predominantemente protestante que sigue siendo ahora.

Enrique VIII tenía una presencia imponente, mucho encanto y sentido del humor, pero se caracterizaba sobre todo por su deseo de mando. Todo el poder residía en la monarquía, y el monarca esperaba que se le obedeciera. A diferencia de lo que ocurría con su padre, Enrique VII, la escritura le resultaba «aburrida y dolorosa» y le aburría la rutina administrativa mucho más que cazar, bailar o tocar el laúd. Demostró su brutalidad cuando, a pesar de tener sólo 18 años, el primer día de su reinado, envió a la Torre a los odiados consejeros de su padre, Edmund Dudley y Richard Empson, donde fueron ejecutados un año después. En junio de 1509 se casó con la viuda de su hermano mayor, Catalina de Aragón (su hermano Arturo había muerto en 1502), hija de Fernando e Isabel. Enrique buscaba a alguien que asumiera la tarea de llevar el país y encontró a la persona adecuada en Thomas Wolsey, que fue pronto ascendido al cargo de arzobispo de York y más tarde en 1515 se convirtió en Lord Canciller y en cardenal. Wolsey, de origen humilde, hijo de un carnicero, ascendió rápidamente en el escalafón eclesiástico hasta conseguir varios obispados y la Abadía de St. Albans, una de las más ricas de Inglaterra. Hombre mundano y poco amigo del celibato, adoraba la ostentación y por ello mandó construirse un palacio en Hampton Court, que rivalizara con los de Enrique VIII. Wolsey fue la figura más destacada de la vida política y eclesiástica inglesa en el periodo comprendido entre 1515 y 1529.

Lo que Enrique VIII ambicionaba realmente, de principio a fin de su mandato, era hacer valer su derecho sobre el trono de Francia y repetir las victorias que Enrique V había logrado un siglo antes. Wolsey planificó la invasión de Francia que llevó a cabo Enrique VIII en 1513; atacó Normandía, devastó campos y ciudades y capturó a muchos nobles, por los que recibió importantes rescates, en la batalla de las Es-

puelas (llamada así porque la caballería francesa, ante la emboscada que le tendieron, se dio media vuelta y huyó). Su cuñado Jacobo IV de Escocia (casado con Margarita, su hermana mayor) invadió Inglaterra, fiel a la «vieja alianza» con Francia. En Flodden (1513) una fuerza inglesa más pequeña aniquiló a los escoceses, que perdieron a su elite más preciada: cayeron el rey, tres obispos, once condes, quince nobles y 10.000 soldados. Ésta fue para los escoceses la peor derrota de su historia. En 1520 cerca de Calais, en la entrevista del Campo del Paño de Oro, el joven rey de la dinastía de los Valois, Francisco I, y Enrique VIII intentaron anularse mutuamente con espléndidas puestas en escena. Wolsey trasladó a Francia a toda la clase dirigente inglesa, unas 5.000 personas, entre condes, obispos y caballeros, para que interviniera, pero en menos de dos años Gran Bretaña y Francia volvían a estar en guerra. En 1525 el rey francés, Francisco I, fue derrotado y hecho prisionero por las fuerzas imperiales en Pavía. Enrique instó a Carlos V a repartirse Francia con Inglaterra, pero éste se negó, con lo que Inglaterra tuvo que firmar la paz con el país enemigo.

La Reforma de Enrique VIII

En 1517 Lutero colgó en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus 95 tesis en las que retaba al papado y a la Iglesia. Creía principalmente en la redención por la fe: el pecador se salvaría siempre que tuviera fe, y no necesitaba que la Iglesia actuara de intermediaria entre él y Dios. Creía en el sacerdocio de todos los creyentes, y no veía en absoluto necesario que existiera el clero. Como la Biblia era la autoridad última para un cristiano, resultaba necesario que éste la entendiera, para lo cual tenía que poder leerla en su propia lengua. Desde la época de los lolardos, a finales del siglo XIV, ya circulaban biblias en inglés pero eran muy caras porque había

que copiarlas a mano. Personas relevantes para el Catolicismo, como John Fisher, obispo de Rochester, y Sir Tomás Moro, destacado humanista amigo de Erasmo, intentaron eliminar este «pernicioso veneno», al ver que la teología católica podía verse amenazada si cada uno interpretaba la doctrina por su cuenta. Enrique VIII, para el que las tesis de Lutero resultaban «abominables y odiosas», accedió y en 1521 dio su consentimiento a que se publicara un tratado en su nombre atacando a Lutero, lo cual le valió el título de *Fidei defensor* ('defensor de la fe'), otorgado por el papa y que aún hoy leemos en las monedas inglesas abreviado en las letras F. D.

A Enrique le obsesionaba tener un heredero varón. De los hijos tenidos con Catalina, sólo sobrevivió una hija, María, nacida en 1516, y esto fue enfriando poco a poco el afecto que sentía por su mujer, sobre todo cuando Ana Bolena regresó de las cortes europeas para convertirse en dama de honor de Catalina. Los Bolena eran una familia muy importante de Kent. La madre de Ana y esposa de Tomás Bolena pertenecía a la familia más aristocrática de la comarca, y su padre era el conde de Surrey, el vencedor de la batalla de Flodden. Ana tenía mucho encanto e inteligencia, y el deseo claro de estar a la altura del rey. En 1527 Enrique ya imploraba los favores de Ana para que fuera su amante (como lo había sido su hermana María), pero ella rehusaba, haciendo valer sus pretensiones de convertirse en reina. Enrique creía que al haberse casado con la mujer de su hermano, su matrimonio estaba aciago, por maldición divina. El Levítico, 20:21, dice claramente que «si un hombre toma la mujer de su hermano cae en algo sucio [...] no tendrán hijos». Los esponsales de Enrique se habían celebrado porque el papa le había dispensado de la prohibición que impedía a un hombre casarse con la viuda de su hermano. Lo que un papa había hecho, bien podía deshacerlo otro. No era tan difícil conseguir la anulación del matrimonio, si las circunstancias eran favorables, pero Enrique perdió la oportunidad de

obtenerla en 1527, fecha en que Roma fue saqueada por las tropas imperiales, y el papa Clemente VII era de hecho, prisionero de Carlos V, sobrino de Catalina. Carlos no iba a permitir nunca que cayera tamaño deshonor sobre la familia como era que se anulara el matrimonio de Catalina.

Wolsey sabía que si no conseguía el divorcio de Enrique caería en desgracia y por ello se sirvió de una visita que hacía el legado del papa en 1528 para organizar en Londres un tribunal que escuchara el caso. Frente a los cargos que hablaban de incesto la reina Catalina se defendía diciendo que el matrimonio que había contraído con Arturo nunca se había consumado, por lo que no había matrimonio. Cuando el tribunal fue suspendido Enrique se puso furioso, sobre todo cuando el papa lo llamó a Roma para que expusiera su caso, humillación que no quiso aceptar. En 1529 Wolsey fue retirado de todos sus cargos por fraude y corrupción evidentes. Marchó a York, donde nunca había estado a pesar de haber sido arzobispo de la ciudad. En 1530, llamado a Londres para enfrentarse a un juicio por alta traición, murió antes de llegar. Ese mismo año Ana Bolena decidió tomar el asunto en sus manos. Le dio a Enrique una copia de la obra de William Tyndale *Obediencia de un cristiano*, publicada en 1528. Como Lutero, Tyndale se oponía al divorcio de Enrique, pero no admitía que la autoridad estuviera dividida entre la Iglesia y el Estado. El rey era el gobernador de una y otra y no tenía necesidad de recurrir al «obispo de Roma». En 1530 Thomas Cromwell se incorporó al Consejo Real y en 1532 se convirtió en el ministro más importante para el monarca. Hijo de un pañero, llevaba con Wolsey desde 1516. Trabajador infatigable y de excelente memoria, llegó a defenderse bien en el campo de la abogacía, incluso sin haber recibido formación específica. Era un hombre autodidacto, sin formación universitaria, que hablaba italiano con fluidez y algo de francés, y que podía escribir en latín. Habitualmente relajado, ingenioso y amigable, era cruel y de ideas

fijas. Cromwell desempeñó un papel fundamental en la política de los años treinta. Trabajaba conjuntamente con Thomas Cranmer, que llegó a ser arzobispo de Canterbury en 1532. Cranmer era un reformador que había caído bajo influencia luterana en la Universidad de Cambridge y dudaba de la doctrina de la transubstanciación, pero no era un protestante absoluto durante el reinado de Enrique. En Alemania había contraído matrimonio con una luterana. Enrique no conocía este hecho cuando lo nombró arzobispo, pero en 1543, cuando Cranmer le contó todo, hizo la vista gorda al matrimonio. Discreto por naturaleza, nada político, en los años 1530 Cranmer era el segundo violín de la orquesta que dirigía Cromwell. Juntos conseguían llevar a Enrique por caminos más radicales. En 1532 el rey exigió que la Iglesia cediera absolutamente el poder a la hora de legislar sin permiso del monarca: así se hizo en la «Sumisión del clero». A consecuencia de ello Sir Tomás Moro dimitió del puesto de canciller en el que había sucedido a Wolsey en 1529.

Enrique dejó a Catalina en 1531 y no volvió a verla. En 1533 Cranmer actuó de presidente en un juicio por el que se anulaba el matrimonio que había contraído con ella y ese mismo año se casó con Ana Bolena. Así mismo entre 1532 y 1533 se aprobaron varias leyes que limitaban el poder del papa en Inglaterra: se detuvieron los pagos que el clero hacía a Roma como compromiso sobre sus beneficios, y también cesaron los llamamientos al papa. Los estatutos anti-papales culminaron en la Ley de Sucesión de 1534, que convirtió a Enrique en cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra, con poderes para decidir sobre aspectos doctrinales. Esto era algo sin precedentes que escandalizó hasta a Lutero. La Ley de Traición (1534) consideraba traición negar la supremacía real o llamar al rey hereje o tirano. Entre las víctimas de esta ley estaban Sir Tomás Moro y el obispo Fisher.

Inglaterra había roto con Roma, aunque ésta no era una Reforma protestante, ya que la mayoría de la doctrina se

mantenía. Cristo seguía teniendo presencia real en la misa, los curas tenían que seguir siendo célibes y las oraciones y la Biblia seguían leyéndose en latín. Enrique negaba la principal doctrina luterana de la justificación por la fe, pero la gente estaba confundida con todos estos cambios. ¿Cómo era posible rechazar la autoridad del papa y seguir siendo católico?

El descontento crecía, especialmente en el norte, con la disolución de los monasterios orquestada por Cromwell, que se dedicaba a «visitarlos» para comprobar si había pruebas de actividad sexual, de fraude o de superstición, que pudieran justificar la medida. La razón verdadera por la que se disolvían los monasterios no era evitar posibles abusos, sino proporcionar dinero al rey. El monarca necesitaba la enorme riqueza de los monasterios para financiar la guerra contra la Europa católica que parecía inminente. Enrique también necesitaba del apoyo de la nobleza local para llevar a cabo sus cambios religiosos y pensaba que podía conseguirlo haciéndola beneficiaria de la disolución de los monasterios. En 1536 todos los monasterios pequeños quedaron disueltos por ley parlamentaria, y lo mismo ocurrió poco después con los más grandes. El monarca no conservaba para sí las tierras monásticas como fuente permanente de ingresos, sino que las vendía. Para 1547 se habían vendido dos tercios de las tierras monásticas, cifra que alcanzó los tres cuartos bajo los reinados de Eduardo VI y María: las restantes fueron vendidas por Isabel y los primeros Estuardo. A los cortesanos les dieron como recompensa una pequeña parte: de las 1.593 concesiones que se hicieron bajo el reinado de Enrique VIII, sólo 69 fueron donaciones. La disolución de los monasterios trajo como consecuencia efectos imprevistos y terribles: se destruyeron bellísimos edificios góticos, desaparecieron en los incendios piezas de joyería y orfebrería medieval y se produjeron saqueos de bibliotecas en actos vandálicos consentidos. El clero se desmoralizó de modo inmediato y bajó drás-

ticamente el número de vocaciones. Aproximadamente unos 7.000 miembros del clero entre monjes, monjas y frailes mendicantes quedaron desposeídos de sus riquezas, aunque a muchos de ellos les concedieron pensiones. Al desaparecer los abades de la Cámara de los Lores, quedaron en mayoría los laicos. Éstos también se hicieron con el mecenazgo eclesiástico a nivel local, ya que los monasterios disponían de dos quintas partes de los derechos de las parroquias, derechos que pasaron a manos de seglares que compraban tierras monásticas. La redistribución de la riqueza nacional, la más drástica desde que se produjo la conquista normanda, benefició principalmente a la alta y la baja nobleza más que a la Corona.

Ana Bolena dio a luz a su hija Isabel en 1533, pero en enero de 1536 (el mismo mes en que murió Catalina de Aragón) tuvo un aborto. El feto estaba deformado y Enrique se convenció de que era muy poco probable que Ana pudiera darle un heredero varón. Cromwell se encargó de proporcionar falsos testimonios de adulterio, incluso de incesto con el hermano de ella, y en mayo, cuatro meses después de abortar, fue decapitada, la primera de las reinas inglesas en sufrir una muerte así. Once días después de que Ana fuera ejecutada, Enrique VIII se casó con Juana Seymour, quien a los dieciocho meses dio a luz un hijo, de nombre Eduardo. A los 46 años Enrique conseguía por fin un heredero varón, pero Juana murió dos semanas después del parto, algo que Enrique VIII recibió con verdadera aflicción.

En 1536 se produjo en el norte y en el este una revuelta popular, la Peregrinación de la Gracia, que se oponía a la disolución de los monasterios. Como los sublevados no podían actuar por su cuenta, se dirigieron a los socialmente superiores, la alta y baja nobleza, solicitando que les proporcionaran líderes: Robert Aske, caballero de Yorkshire, se convirtió en organizador principal. Todos creían que el rey estaba de su parte, desorientado por aviesos consejeros, como eran

Cromwell y Cranmer. Los rebeldes querían que Enrique restaurara los monasterios, que legitimara a María (considerada bastarda), persiguiera a los herejes y preservara las ceremonias antiguas. En diciembre ya eran unos 40.000. El rey ordenó a los nobles que se levantaran en armas contra los rebeldes, pero a pesar de que los cinco condes del norte permanecieron leales a la Corona, el gobierno no consiguió movilizar a una fuerza suficiente capaz de derrotar a los rebeldes. El duque de Norfolk fue enviado al norte para que firmara con los rebeldes un acuerdo en nombre del rey que atendiera a la mayoría de sus demandas. Como a los rebeldes les prometieron una amnistía, marcharon encantados, pero Enrique no tenía intención alguna de mantener su palabra. Con tácticas similares a las utilizadas en 1381, cuando el rey dio aparentemente por terminada la Revuelta de los Campesinos, Enrique buscaba venganza una vez que el peligro hubiera desaparecido. «Lo que deseo», escribió al duque de Norfolk, «es que consigas realizar tan terrible ejecución [...] para que sirva de escarmiento a las demás personas, de ahora en adelante». Aske aceptó el salvoconducto real, pero fue ejecutado en 1537.

Cromwell actuó como motor de la Reforma en los años treinta y a partir de 1535 en calidad de vicerregente ejerció sobre la Iglesia los poderes que el rey le encomendaba. Como desde que se produjo la Peregrinación de la Gracia el Catolicismo fue asociado a la traición, Cromwell estaba convencido de que podría hacer avanzar la Reforma con mucha mayor intensidad que antes. Fueron muchas sus «arremetidas» contra el clero, pensadas para terminar con la superstición, prohibió las peregrinaciones, las festividades religiosas dedicadas a los santos y el despliegue de reliquias. Cromwell creía que Enrique VIII aprobaría todo, pero no fue así. Enrique era un católico ortodoxo en cuestiones doctrinales que los protestantes rechazaban: la importancia de las buenas obras para la salvación, la auténtica presencia de Cristo en la misa y

el celibato de los sacerdotes. Como durante algún tiempo el Consejo Real estuvo integrado mayoritariamente por quienes se oponían a Cromwell, se firmaron los llamados Seis Artículos (1539), donde se ilegalizaba el matrimonio de los sacerdotes y se mantenía que la presencia de Cristo en la misa era una presencia real. El castigo que correspondía a quienes negaban la transubstanciación era la quema en la hoguera. Cromwell fue demasiado lejos al pretender que se firmara una alianza entre Inglaterra y una liga alemana de príncipes luteranos y al concertar en 1540 el matrimonio de Enrique VIII con una princesa luterana, Ana de Cleves. A Enrique le molestó darse cuenta de que la miniatura de Holbein la retrataba más bella de lo que en realidad era. «Su compañía no conseguiría nunca provocarme ni activar en mí el deseo de conocerla carnalmente», dijo. «No me gusta.» Cromwell se había excedido y se convirtió en víctima de un golpe liderado por los duques de Norfolk y Suffolk, firmes opositores de los reformistas. Cromwell fue arrestado y conducido a la Torre, donde murió ejecutado en julio de 1540.

Una semana después de que el matrimonio entre Enrique y Ana de Cleves quedara disuelto (esta vez no hubo ningún problema, porque el matrimonio nunca se consumó) y el mismo día en que Cromwell fue ejecutado, Enrique VIII se casó por quinta vez en secreto, con Catalina Howard, sobrina del duque de Norfolk. Tanto la caída de Cromwell como esta boda secreta fueron urdidas por Howard. Antes de casarse con Enrique VIII Catalina había tenido sus enredos amorosos y cuando vio a su marido abotargado y artrítico (hasta el punto de necesitar una pequeña carreta con ruedas para trasladarse de una habitación a otra del palacio de Hampton Court), le fue infiel. Durante meses, todos –menos el propio Enrique– parecían saberlo, pero ¿quién se lo decía? En 1541 Cranmer le proporcionó pruebas escritas de las infidelidades de su mujer. Como Ana Bolena, fue decapitada en febrero de 1542. Catalina Parr, viuda ya por segunda

vez, se convirtió en la sexta esposa de Enrique VIII en 1543. Como simpatizaba con los protestantes, se aseguró de que Isabel y el príncipe Eduardo fueran educados por humanistas.

Al morir Cromwell, Enrique se había quedado sin primer ministro, y se encargaba él mismo de dirigir la política. Mostraba especial interés por controlar con mayor firmeza las distintas regiones de las islas Británicas, cosa que le permitiría volver a invadir Francia. La unión de Inglaterra y Gales se cimentaba en los estatutos promulgados en 1536 y 1543. Por primera vez se interrumpió el poder de los lores de las Marcas galesas, que habían gobernado sobre estos territorios durante 500 años sin apenas interferencia de los reyes ingleses y también por primera vez la frontera entre Inglaterra y Gales resultaba claramente definida. El principado de Gales y los señoríos de las Marcas quedaron consolidados en doce condados y se extendió a Gales el sistema de administración inglés basado en los condados, con sus *sheriffs* y sus jueces de paz nombrados por la Corona. Los nuevos condados y burgos elegían veinticuatro miembros del Parlamento inglés. Se disolvieron las diferencias de estatus que existían entre los súbditos reales de Inglaterra y Gales. El derecho común inglés sustituyó al derecho consuetudinario galés y el inglés pasó a ser la lengua única de la administración. El sistema inglés de derecho sobre la tierra (primogenitura) sustituyó a la práctica galesa de herencia divisible. Gales e Inglaterra quedaban así totalmente integradas.

En 1541 el Parlamento irlandés aprobó una ley que nombraba a Enrique VIII rey. Se daba la unión personal de las coronas, pero Irlanda no pasó a ser parte de Inglaterra, como había ocurrido con Gales. En todo caso, éste era un reino un tanto singular, ya que no existía la Corona irlandesa, no había ceremonia de coronación y nunca hubo ningún rey inglés de Irlanda que visitara el reino en sus 260 años de existencia (1541-1801). La influencia inglesa no pasó mucho

más allá del Pale, en los alrededores de Dublín. Las «colonias», política que consistía en desarraigar de sus tierras a la población nativa en favor de los ingleses, tuvieron lugar bajo los reinados de Enrique VIII y de Isabel I, pero se dieron a pequeña escala y no fueron demasiado satisfactorias.

La amenaza francesa procedente de Escocia volvió a surgir en 1536, fecha en que Jacobo V de Escocia se casó con la hija de Francisco I de Francia, a su muerte María de Guisa. En 1542 Enrique VIII invadió Escocia y allí el ejército inglés derrotó a las fuerzas escocesas, tres veces más numerosas, en Solway Moss. Esta desgracia provocó la muerte de Jacobo en un mes. María Estuardo, que había nacido seis días antes de que Jacobo muriera, era la heredera. Enrique obligó a los escoceses a firmar un acuerdo por el que María quedaba comprometida en matrimonio con el príncipe Eduardo, matrimonio que habría unido las coronas de Inglaterra y Escocia. Al rechazar el tratado, recibieron un pago brutal. El burdo camelo que los ingleses impusieron sobre Escocia en 1544 y 1545 dejó las Tierras Bajas escocesas convertidas en campos abrasados. Libre por fin del peligro escocés Enrique firmó una alianza con el emperador Carlos V e invadió Francia en 1544; sin embargo, el día que conquistó Bolonia Carlos firmó por separado la paz con Francia y Enrique siguió luchando hasta 1546. Terminó su reinado tal como lo había empezado, en guerra con Francia, pero el coste había sido enorme. Para cubrirlo devaluó la moneda y vendió tierras que estaban en posesión de la Corona, pero aun así dejó una inmensa deuda a su hijo Eduardo VI.

Imposición del Protestantismo

Cuando Enrique VIII se estaba muriendo el Consejo Real decidió dar la vuelta a su testamento, que estipulaba la formación de un Consejo Regente de dieciséis miembros pares

y nombraba Lord Protector a Edward Seymour, conde de Hertford, hermano de la reina y tercera esposa de Enrique VIII y tío del nuevo rey. Como nuevo duque de Somerset asumió eficazmente la prerrogativa real: las políticas del Protectorado (1547-1549) serían las del propio Somerset. Con Cranmer dio comienzo a una reforma que no consiguió serlo de verdad, porque como querían evitar la enemistad de la católica Europa, obviaron los cambios doctrinales más significativos. Revocaron los Seis Artículos y las leyes de herejes, retiraron las imágenes de los lugares de culto, se utilizó cal para cubrir los frescos de las iglesias, se introdujo el divorcio y se permitió a los párrocos vivir abiertamente con sus esposas. Las capillas, fundaciones en las que se cantaban misas en beneficio de las almas de sus benefactores, quedaron disueltas. Pero con el nuevo libro de oraciones se consiguió fundamentalmente introducir el inglés como lengua dominante de los servicios religiosos, sin que se rechazara en ningún momento la transubstanciación. La única novedad fue que se impuso por una Ley de Uniformidad.

Somerset gobernaba en solitario. Como soldado, lo único que le obsesionaba era conquistar Escocia, aunque esto supusiera la guerra con Francia, a causa de la «vieja alianza». La guerra era realmente muy costosa, por lo que la política de devaluación de la moneda que había empezado Enrique VIII siguió aplicándose descontroladamente, y ello trajo como resultado la inevitable inflación. Somerset obtuvo una victoria en Pinkie, pero el conflicto no terminó y a partir de 1549 se produjo la guerra con Francia, a pesar de la enorme superioridad militar de este país. Bajo el mando de Somerset, como las rentas aumentaron, prosperó la baja nobleza que vivía de ellas, mientras que los pobres lo pasaban peor. Las consecuencias de estas privaciones económicas y del descontento religioso se cifraron en una serie de levantamientos que protagonizaron los comunes en 1549, la rebelión más extendida que tuvo lugar desde 1381. En estos le-

vantamientos se vislumbraba un componente de lucha de clases, y según Somerset, los rebeldes «han engendrado un intenso odio contra los nobles y los consideran a todos enemigos». El eslogan de los hombres de Cornualles era: «Hay que matar a los nobles y volveremos a disfrutar de los Seis Artículos y de ceremonias eclesiásticas como las que teníamos en época del rey Enrique VIII». La rebelión masiva que se produjo en el suroeste terminó con la muerte de 4.000 rebeldes procedentes de Cornualles y de Devon. En East Anglia tuvo lugar otra rebelión aún más grave, en la que las afrentas eran principalmente económicas (precios elevados, cercamientos de tierras). Los artesanos y hombres libres de las ciudades, liderados por Robert Kett, «acamparon» por todo Norfolk. Las tropas del conde de Warwick los dispersaron con brutalidad, pero antes de que esto se produjera, la autoridad de Somerset había caído de manera estrepitosa. En octubre de 1549 Warwick protagonizó un golpe de Estado para poner fin al Protectorado y consiguió con ello estabilizar la situación dando por finalizadas las guerras contra Francia y Escocia.

John Dudley, conde de Warwick, era otro reformista de creencias protestantes. Como presidente del Consejo llegó a ser una figura eminente, controlaba la corte y siguió apoyando a Cranmer y su Reforma. Eduardo VI, de similar temperamento al de su padre, enorme fuerza de voluntad y tozudez manifiesta, aprobó estas decisiones de cabo a rabo. A los diez años ya había manifestado que el papa era «el verdadero hijo del diablo, un anticristo y un tirano abominable». Profundamente piadoso, se preparó con gran disciplina para lo que consideraba que era su divina obligación como monarca. Conocía bien las Escrituras y a los 12 años se leía doce capítulos al día. En 1550 ya se había convertido a la fe evangélica (protestante). Somerset fue ejecutado en enero de 1552 por haber intrigado contra Warwick, intentando socavar su gobierno. Warwick vio entonces la oportunidad de

aumentar su poder. Creó el ducado de Northumberland a partir del condado y de las propiedades que les habían sido confiscadas a los Percy y que Warwick se adjudicó. Y entonces, aprovechando que Carlos V estaba preocupado con las guerras contra Francia, los príncipes alemanes y los turcos otomanos, introdujo la doctrina más radical de la Reforma inglesa. En la edición revisada del libro de oraciones se rechazaba la transubstanciación: el pan y el vino de la Eucaristía eran simplemente pan y vino y no el cuerpo y la sangre de Cristo. La presencia de Cristo era exclusivamente una cuestión espiritual. Con una nueva Ley de Uniformidad, se impuso este otro libro de oraciones. El Devocionario fue aprobado en el Parlamento, que aprobó la Ley de Uniformidad, de modo que las doctrinas de la Iglesia inglesa quedaban sometidas ahora a la autoridad parlamentaria y no a la de la cabeza suprema.

En 1552 estaba claro que Eduardo no gozaba de buena salud y que si moría María volvería a restaurar el Catolicismo. El monarca de 15 años inició una conspiración ayudado por Northumberland para evitarlo. De acuerdo con el testamento de Enrique VIII la Corona pasaría, después de María e Isabel, a Lady Grey, descendiente de María, hermana menor de Enrique. Eduardo desheredó a sus hermanas y cedió el trono a Juana Grey. Northumberland concertó de inmediato el matrimonio de su hijo con Juana antes de que Eduardo muriera de una infección pulmonar el 6 de julio de 1553. El 10 de julio nombró a Juana reina ante los tristes y silentes ciudadanos londinenses, pero no consiguió encarcelar antes a María.

Restauración del Catolicismo

Juana perdió el trono por un levantamiento popular. Cuando Eduardo estaba moribundo, María marchó a East Anglia, donde los comunes, la alta y la baja nobleza se unieron a ella.

No hubo resistencia alguna y el 19 de julio era proclamada reina en la ciudad de Londres. El éxito que obtuvo se debía en parte al odio que había concitado Northumberland y a que en Inglaterra había pocos protestantes, exceptuando Londres, el sureste y las universidades. Los católicos fueron los primeros en apoyarla, pero a ellos se unieron posteriormente algunos evangélicos que veían en ella a la heredera legítima del trono.

La nueva reina tenía 37 años y ninguna experiencia de gobierno; y los años de privaciones y desesperanzas le habían enseñado a desconfiar de todos los que la rodeaban dentro de la corte. Su padre la había mantenido apartada de su madre, de la que heredó la firmeza, el valor y la piedad católica. Buscó consejo en su primo, el emperador Carlos V. Como necesitaba tener un heredero católico, debía casarse. María «nunca había sentido eso que llamaban amor», declaraba, pero sí tenía muy claras sus obligaciones. Por consejo de Carlos, se casó con Felipe, su hijo, lo cual vino a significar la conquista de Inglaterra por parte de los Habsburgo: desde Guillermo el Conquistador no había habido ningún extranjero en el trono inglés. El Parlamento se sintió muy disgustado, aunque accedió a que Felipe fuera rey honorífico, pero si María moría antes que él, Felipe no entraría en la sucesión. Felipe nunca fue coronado rey y nunca pretendió gobernar en Inglaterra, ni intervenir demasiado en los asuntos internos del país, aun así este matrimonio con un español perjudicó enormemente la popularidad de María.

Indignado con el matrimonio de María, Sir Thomas Wyatt encabezó una rebelión que pretendía expandir por todo el país, aunque realmente quedó confinada en los límites de Kent. Esto aceleró la ejecución de Lady Juana Grey y su marido, que tuvo lugar en febrero de 1554, seguida en abril de la del propio Wyatt. María sospechaba que Isabel estaba implicada en ciertas tramas que se urdían contra ella, pero no podía probar nada. Isabel fue encarcelada en la Torre

y posteriormente custodiada en arresto domiciliario en Woodstock, cerca de Oxford.

El primer Parlamento de María, convocado en octubre de 1553, derogó las leyes de Eduardo VI, pero la reina deseaba ir más allá y restaurar la obediencia a Roma. Cuando dejó claro que las tierras monásticas que se habían vendido no serían devueltas, encontró poca oposición a sus planes. Cranmer fue encarcelado en la Torre junto con otros obispos evangélicos. Se dieron órdenes para que se volviera a utilizar el latín en la misa y para que se repusieran los frescos en las iglesias, y en noviembre de 1554 María proclamó en medio del bullicio general que Inglaterra retornaba a Roma.

Con gran oposición las leyes de herejías que existían en la Edad Media volvieron a entrar en vigor, de acuerdo con lo aprobado por el Parlamento en 1554-1555, y en febrero de 1555 se comenzó a quemar herejes. En tres años fueron quemados en la hoguera 220 hombres y 60 mujeres. La gente estaba aterrorizada, tanto los católicos moderados como los protestantes. En 1555, antes de morir, el obispo Gardiner, acérrimo enemigo de Cranmer, rechazó abiertamente la quema de herejes. Felipe se sentía abrumado ante el fanatismo de la reina y predijo que esto iba a alejarla absolutamente de la población. Durante el reinado de Eduardo no se había quemado a ningún católico. Entre sus primeras víctimas se contaban John Hooper, obispo de Gloucester, seguido de Nicholas Ridley, obispo de Londres, y de Hugh Latimer, obispo de Worcester, quienes fueron quemados en Oxford. «Confórtese el señor Ridley», decía Latimer mientras eran conducidos a la hoguera, «y represente su papel de hombre. La llama que encendamos hoy en Inglaterra por la gracia de Dios nadie la podrá apagar nunca, estoy seguro». Cranmer también fue quemado en Oxford, pero la mayoría de los mártires eran simples asalariados, muchos de ellos jóvenes. Su fe quedó recogida en *Acts and Monuments* de John Foxe, obra más conocida por el título *Book of Martyrs*. Publicada

en 1563, convirtió las muertes ordenadas por María en una epopeya nacional de sacrificio y redención. De la misma manera que Cristo se sacrificó para redimir a la humanidad, los mártires de María morían para que Inglaterra se desgajara de la tiranía extranjera y del gobierno del anticristo.

María reabrió la guerra con Francia en junio de 1557, aunque el convenio regulador del matrimonio prohibía abiertamente que Inglaterra entrara en guerra alguna para ayudar a España. Para María la guerra supuso un estrepitoso fracaso. Calais, que había sido inglés durante más de 200 años, y última porción de Francia que quedaba en manos inglesas, fue sitiado y se rindió en una semana. Se produjo además una inflación por la crisis económica, sobrevinieron el desempleo, el hambre y una pandemia de gripe que provocó múltiples bajas. María, que nunca había gozado de buena salud –sufría ansiedad, depresión y tuvo una serie de embarazos psicológicos–, moría, sumida en el dolor, de un cáncer de ovarios, el 17 de noviembre de 1558. La mortificaba intensamente que fuera a sucederla la protestante Isabel.

El acuerdo isabelino

Cuando Isabel subió al trono casi toda la población era católica. El Protestantismo, con el énfasis que ponía en predicar y en estudiar la Biblia, no resultaba atractivo a los iletrados habitantes de pueblos y aldeas, que apoyaban sus creencias en la tradición oral y en los rituales de la Iglesia medieval. Si Inglaterra volviera a ser protestante, quedaría sola frente al resto de las grandes potencias católicas europeas, pero incluso siendo consciente de esto, Isabel apostó fuerte entregándose por encima de todo a dejar zanjada la cuestión religiosa. Por la Ley de Supremacía Isabel se convirtió en Suprema Gobernadora, y no Suprema Cabeza, de la Iglesia inglesa; por su parte la Ley de Uniformidad imponía el uso

general de la versión revisada del Devocionario de Eduardo VI: todos tenían obligación de acudir los domingos a la iglesia. Los católicos estaban horrorizados, y sin embargo para muchos evangélicos seguían quedando demasiadas reliquias papales en los servicios religiosos. La Ley de Uniformidad fue aprobada en la Cámara de los Comunes por sólo tres votos de diferencia. De los obispos de la época de María, todos menos uno se negaron a firmar el juramento de supremacía y fueron sustituidos por protestantes, que resultaron más radicales que la propia reina, figura al fin y al cabo conservadora. Muchos de los que habían vuelto del exilio eran calvinistas. Isabel no quería, según testimonio de Francis Bacon, «abrir ventanas para ver los corazones y los más íntimos secretos de la gente». Lo único que deseaba era una conformidad externa, incluso después de que Pío V promulgara la bula *Regnans in excelsis* (1570), por la que quedaba excomulgada.

Como ocurrió en la Contrarreforma italiana, gran parte de la población miraba la religión organizada con indiferencia o con hostilidad. Incluso entre los miembros del clero la ignorancia religiosa era notable. En 1551 el nuevo obispo protestante de Gloucester descubrió que de los 311 clérigos diocesanos que tenía, 171 no se sabían los diez mandamientos. Y entre los seglares, la cosa era todavía peor. «Muchos son tan ignorantes», decía el obispo Jewel, «que no saben lo que son las Escrituras, ni que existen Escrituras». Como para los parroquianos los servicios religiosos resultaban tediosos, se comportaban de forma muy ineducada, escupiendo, tirándose pedos, contando chistes verdes, durmiéndose. Salvo a los más educados, los sermones molestaban a todo el mundo. En 1547 el obispo Gardiner hablaba de una parroquia de Cambridge en la que «cuando el vicario sube al púlpito [...] los parroquianos se salen rápidamente de la iglesia, y se marchan a casa a beber». La taberna resultaba mucho más atractiva. «Entra en la iglesia un sábado», decía el obis-

po Pilkington, «y verás poca gente [...] pero la taberna está siempre llena». Las iglesias estaban vacías, mientras que en los lugares de entretenimiento la gente se hacinaba: a los jóvenes les atraían las peleas de osos, los juegos de azar, los bailes, el tiro con arco y el fútbol y la caza y los bolos divertían a los varones de cualquier edad. La Ley de Uniformidad preveía multar a quienes no acudían a la iglesia los domingos, pero casi nunca se cumplía esta imposición.

Isabel sabía, como los miembros del Consejo Real, que la mayoría de los católicos eran leales, como ellos mismos reconocían, que buscaban esencialmente una vida tranquila y obedecer a la reina en todo menos en lo referente a los servicios religiosos. Seguían el lema de la «conformidad ocasional», y acudían a la iglesia alguna vez para mostrar que eran súbditos leales. En la década de los sesenta no fueron perseguidos, pero la situación cambió con el levantamiento del norte (1569), la excomunión de Isabel y la llegada después del año 1574 de sacerdotes misioneros católicos procedentes de la comunidad inglesa que vivía en el exilio. El levantamiento que protagonizaron los condes del norte en 1569 fue un levantamiento católico dirigido por dos de las más poderosas familias del reino: los Neville y los Percy. Charles Neville, conde de Westmorland, y Thomas Percy, conde de Northumberland, eran católicos que habían estado implicados en la huida de María, reina de Escocia, a Inglaterra. Tras el levantamiento, celebraron misa en la catedral de Durham y restauraron el catolicismo en las áreas que controlaban. Isabel organizó un ejército que terminó con los apoyos de los insurrectos; la mayoría de la baja nobleza del norte enviaba tropas de refuerzo a la Corona. Westmorland huyó al extranjero donde pasó el resto de su vida como pensionista español. Northumberland escapó y se fue a Escocia, pero más tarde fue vendido a los ingleses y murió ejecutado. La reina quería que los rebeldes recibieran un castigo inmisericorde y por ello fueron ejecutados 450, más del triple de los

que fueron condenados a pena de muerte tras la Peregrinación de la Gracia. La severidad de los castigos fue muy eficaz: después de éste ya no hubo más levantamientos dignos de consideración en la Inglaterra Tudor. Isabel vio la oportunidad ahora de someter la zona septentrional de manera permanente. Las tierras de los Neville y los Percy fueron confiscadas y repartidas entre ciudadanos del sur.

A mediados de la década de 1570 llegaron a Inglaterra jóvenes exiliados del Colegio Inglés William Allen, en Douai (Flandes). Lo que pretendían no era convertir a los fieles, sino proporcionar servicios clandestinos a los católicos, pero como el papa había pedido que Isabel fuera depuesta, se les vio como agentes enemigos y como traidores. En 1580 llegó la primera misión jesuita a Inglaterra, bajo el liderazgo de Edmund Campion y Robert Persons. Un año más tarde Campion fue arrestado y después ejecutado. «Vinimos sólo en beneficio de las almas; no entramos ni en el Estado ni en la política», dijo insistentemente cuando le iban a ejecutar. Todo esto no era tan cierto en el caso de Persons, quien, en 1582 inició una conspiración con el duque de Guisa, nuncio papal, y William Allen; planeaban una «empresa»: invadir Inglaterra desde Escocia y asesinar a Isabel. Las actividades de los seminaristas y de los jesuitas fracasaron, por la legislación tan severa que se aprobó contra ellos en 1584-1585; el sacerdote que se ordenara después de 1559 sería acusado de traición. Durante el reinado de Isabel había unos 470 seminaristas activos, de los que fueron ejecutados aproximadamente la cuarta parte.

El acuerdo isabelino estaba amenazado por otros frentes: los puritanos y los presbiterianos consideraban que la Iglesia anglicana no era lo suficientemente protestante. La mayoría de los puritanos no querían separarse de la Iglesia de Inglaterra, pero la criticaban por mantener «rituales papistas» –la cruz del bautismo, el arrodillarse en la comunión, la música de órgano–. Los presbiterianos eran un grupo inte-

grado entre los puritanos ingleses, que deseaban un gobierno democrático de pastores y mayores. Ni los obispos ni el Gobernador Supremo tendrían poder ninguno en la nueva Iglesia que ellos proponían. En los Parlamentos de 1584-1585 y 1586-1587 los presbiterianos propusieron que se adoptara un libro ginebrino para los servicios religiosos, pero apenas hubo quien les apoyara y fueron derrotados. Los pocos que querían desgajarse de la Iglesia fueron perseguidos por el arzobispo Whitgift y algunos fueron ejecutados. En la última década del siglo XVI la religión dejó de ser esencialmente una cuestión de división interna.

En 1603 el Catolicismo era ya una religión minoritaria. Y no como consecuencia de la persecución, ya que ésta sólo se llevó a cabo con verdadera intensidad en los peores años de crisis, los anteriores y posteriores a la Armada de 1588, cuando las conjuras políticas para coronar a María, «Reina de los Escoceses», estaban mezcladas con la religión. El Catolicismo cayó realmente porque los sacerdotes partidarios de María fueron muriendo. En 1570 la cuarta parte de este clero seguía viva, pero en 1603 quedaba sólo una docena de ellos. El Catolicismo agonizó porque no había sacerdotes católicos que administraran los sacramentos. A la muerte de Isabel, el Catolicismo quedó confinado a las haciendas de la nobleza local, donde permaneció como religión minoritaria hasta que se produjo la emancipación católica en 1829. Otra de las razones que contribuyeron al éxito de la Iglesia anglicana fue que se identificó Protestantismo con nacionalismo. Inglaterra se veía amenazada por las potencias católicas extranjeras, sobre todo por España. Así se apelaba al patriotismo para defender simultáneamente Iglesia y Estado.

9. La era isabelina

Isabel, al ser hija de alguien que simpatizaba con los protestantes como Ana Bolena, estuvo bajo sospecha durante el reinado de María I, sospechas que se incrementaron sobre todo cuando se produjo en 1554 la rebelión de Wyatt para impedir el matrimonio entre el príncipe Felipe y María. Los conspiradores fueron torturados para que delataran a Isabel y ésta fue encerrada en la Torre. «Tendrá que ser ejecutada», dijo Mendoza, enviado del emperador, «pues mientras viva le será muy difícil al príncipe (Felipe) sentirse seguro». Sin embargo, como no se encontraron pruebas contra ella, fue liberada dos meses después. Pasados doce años, la reina dijo en el Parlamento: «Corrí peligro de muerte por lo enfurecida que estaba mi hermana contra mí».

Isabel era una mujer muy atractiva. «Tenía una figura y un rostro muy bellos», según el embajador veneciano, y Enrique III de Francia la describió como «*la plus fine femme du monde*». Era muy inteligente, como su madre; Roger Ascham, su tutor, anotaba en 1548 lo siguiente: «Habla francés e italiano a la perfección y a menudo se ha dirigido a mí espontáneamente en correcto latín y en un griego razonable». Tocaba el virginal, bailaba y cazaba con destreza, aun-

que también destacaba por su vanidad, por su descaro verbal y por su carácter celoso, defectos que arruinaron muchas de sus relaciones personales. Cuando subió al trono, el embajador español, conde de Feria, apuntó que «está absolutamente decidida a que no la maneje nadie». Siempre en su puesto, Isabel no perdía ocasión de dejar clara su prerrogativa real, lo cual creaba una rígida barrera a su alrededor y frente a sus consejeros. Tenía como punto débil la falta de seguridad a la hora de tomar decisiones importantes: podía retrasar años sus decisiones, llevando a sus consejeros a la desesperación. Era cautelosa de nacimiento, cosa muy justificable, puesto que la cautela era algo esencial en cuestión religiosa, especialmente si recordamos que en 1558 el Protestantismo seguía siendo una religión minoritaria. Isabel sabía que Inglaterra carecía de recursos para costear guerras importantes, y por eso prefería utilizar la diplomacia. A menudo esto la llevaba también a mantener una actitud pasiva: respondía a los acontecimientos, en lugar de tomar ella la iniciativa.

La sucesión

Cuando subió al trono, Isabel (1558-1603) tuvo que afrontar los mismos problemas que afrontó María al principio: la religión y la sucesión al trono. Y en ambos casos actuó de manera distinta a su hermana. Se impuso el Protestantismo (cf. cap. 8), sin que ello significara que los católicos sufrieran especial persecución. El problema de la sucesión era que, salvo que la reina se casara y tuviera hijos, la legítima heredera de la corona era María, Reina de los Escoceses, católica, descendiente de la nieta de Margarita Tudor y Jacobo IV de Escocia. A los pocos días de abierto el Parlamento, éste solicitó a la reina, que tenía 25 años, que se casara. El primer candidato que le propusieron en enero de 1559 era Felipe,

que había enviudado de su hermana María, pero Isabel tenía serias objeciones para casarse. Cualquier marido interferiría en el gobierno del país, incluso llegaría a dominarlo, pero un extranjero seguramente implicaría a Inglaterra en una guerra tras otra. Casarse con un inglés, por otra parte, crearía facciones distintas. Todo el mundo creía que Isabel estaba enamorada de Robert Dudley, hijo del conde de Northumberland, que había sido ejecutado por hacer subir al trono a Lady Juana Grey. Galante, apuesto e impetuoso, había sido amigo de la reina desde la infancia y su compañero cuando ella estuvo encerrada en la Torre (la vida de él también corría peligro). Ninguno de los dos ocultaba la atracción que sentían el uno por el otro, y la reina dependió afectivamente de él, hasta que murió en 1588. Dudley entró a formar parte del Consejo Real en 1562 y fue nombrado conde de Leicester dos años después, cuando ya estaba casado con Amy Robsart. Amy apareció un día al pie de unas escaleras con el cuello roto y para muchos el responsable del accidente podía ser Dudley, buscando con ello despejar el camino para casarse con Isabel. La reina, sin embargo, sabía que con la muerte de su esposa en semejantes circunstancias, el matrimonio nunca podría llevarse a cabo.

La reina cogía unas reales rabetas cuando el Parlamento o sus consejeros le presionaban para que se casara o al menos nombrara sucesor, cuestión que adquirió particular urgencia en 1562 con la varicela que afectó a la soberana. Desde el primer momento había dos cosas que no admitían retraso alguno: elegir consejeros y poner término a la guerra contra Francia que había iniciado María. El primer día de su reinado, Isabel nombró Secretario Real a Sir William Cecil (Lord Burghley desde 1571), que a sus 38 años sería el ministro más joven de la época Tudor. Descrito por el embajador español como «el que lo hace todo», sirvió con eficacia a la reina durante su larga vida, hasta que su hijo, Robert Cecil, tomó el relevo. La guerra con Francia llegó a su fin en 1559:

Isabel renunció a toda esperanza de recuperar Calais y los franceses dejaron de apoyar los derechos que reclamaba María, Reina de los Escoceses (entonces casada con el delfín, heredero al trono francés), de subir al trono inglés.

María, Reina de los Escoceses

María heredó el trono de Escocia en 1542 tras la muerte de su padre, Jacobo V, cuando tenía sólo seis días. La lucha entre Inglaterra y Francia por controlar Escocia se sirvió de la minoría de edad de la reina y se cifró en las distintas propuestas y manipulaciones de matrimonio que se hacían. Fue prometida en matrimonio a Eduardo, hijo de Enrique VIII (posteriormente Eduardo VI), pero la idea no satisfizo a los escoceses, que provocaron la guerra con Inglaterra, el traslado de María a Francia en 1548 y el compromiso de ésta con el delfín, Francisco. La madre de María, María de Guisa, asumió la regencia de Escocia en 1554 e intentó mantener en el país los intereses de los católicos franceses, pero cuando utilizó tropas francesas para proteger con guarniciones las fortalezas escocesas, desencadenó una revolución protestante (1559-1560). John Knox volvió de su exilio ginebrino y se levantaron en rebelión los Lores Protestantes de la Congregación. Como no consiguieron demasiado frente a las tropas francesas, hicieron un llamamiento a Inglaterra, la vieja enemiga de Escocia, para que les ayudara en nombre de la religión. Si no acudían a este llamamiento, pudiera ser que el ejército francés, enviado para aplastar la revuelta, avanzara hacia el sur hasta conseguir que María Estuardo subiera al trono inglés. A pesar del peligro que todo esto representaba para Inglaterra, puede que también abriera la posibilidad de asentar una alianza permanente con Escocia que rompiera la «vieja alianza» de ésta con Francia. Isabel se hallaba ante un dilema. No quería implicarse por el coste que suponía y por-

que apoyar a los rebeldes en contra de su reina legítima sería sentar un mal precedente. Por otra parte, despreciaba a John Knox, que había dicho que «no hay nada más claro» que la negativa divina a que «una mujer consiga llegar a reinar sobre los varones». Las palabras se referían a María I y a María de Guisa, pero también podían aplicarse a Isabel. Al final Cecil convenció a la reina para que ayudara a la Congregación enviando un ejército que sitiara Leith y que bloqueara con la armada el Firth of Forth, de manera que los franceses no pudieran recibir refuerzos. El sitio de Leith fracasó, pero la flota francesa quedó destruida en una tormenta. La muerte de María de Guisa permitió que Cecil negociara el Tratado de Edimburgo que puso fin en 1560 a la guerra. Las tropas francesas tuvieron que ser evacuadas de Escocia y los Lores de la Congregación formaron un gobierno provisional que terminó con la religión católica. En 1561 María Estuardo volvió a Inglaterra, dado que su marido, coronado rey como Francisco II, había muerto en plena juventud. Como quería que se le reconociera oficialmente como heredera al trono inglés renunció a liderar la Contrarreforma católica en Escocia. Aunque practicaba abiertamente la fe católica, no actuó contra la Iglesia de Escocia, recién reformada.

En 1565 María contrajo matrimonio con Lord Henry Darnley, el apuesto nieto de Margarita, hermana de Enrique VIII. Poco tiempo después de celebrarse la boda, María y Darnley fueron distanciándose uno de otro, porque él no tenía especial interés por los asuntos de Estado y se ausentaba con mucha frecuencia, dedicándose sobre todo a cazar y a beber. María se negó a nombrarle rey y dependía cada vez más del círculo de la corte, sobre todo de uno de sus secretarios privados, el italiano David Rizzio, poco popular porque era él quien controlaba el acceso a la soberana. Algunos nobles protestantes se acercaron a Darnley para insinuarle que se desembarazara de Rizzio, al que acusaron de ser el amante de María, a pesar de que tenía joroba y era poco más alto

que un enano. En 1566 murió de una puñalada que le asestaron estando María delante. A partir de ahora la reina empezó a odiar a Darnley, y quería deshacerse de él. El conde de Bothwell, rico y sofisticado, decidió complacerla, pero no antes de que María tuviera un hijo, Jacobo, que pasaría a ser Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra. En 1567 Darnley murió asesinado. No quedó claro si María estaba implicada, pero lo que sí es cierto es que cometió un craso error. En lugar de arrestar y de someter a juicio a los responsables, contrajo matrimonio con su dirigente, Bothwell. A consecuencia de ello, se inició una rebelión, en junio de 1567, en la que Bothwell fue derrotado. Desapareció y años después murió en una prisión danesa. María abdicó y cedió el trono a su hijo Jacobo, actuando como regente el conde de Moray, hermano protestante de la reina. María tenía 25 años y estaba prisionera en el Castillo de Lochleven. Sin embargo en mayo de 1568 consiguió escapar y organizar un ejército. Derrotada, huyó a Inglaterra con la confianza de que pronto volvería con el apoyo de Isabel, pero en Inglaterra la recibieron más como prisionera que como invitada. Se abrió una comisión de investigación en York, en la que Moray sacó a relucir unas cartas que María envió a Bothwell instándole a matar a su marido. María se negó a responder a los cargos que se le imputaban y a aceptar la jurisdicción de un tribunal inglés, pero a partir de ahora se había convertido en una prisionera, sometida a rigurosa observación, por el peligro que representaba para la seguridad del Estado, como posible heredera del trono de Isabel.

El gobierno estaba siempre preocupado por las conspiraciones que se organizaban para que María subiera al trono. En 1571 Cecil descubrió una de ellas, dirigida por Roberto Ridolfi, banquero florentino y agente del papa en Inglaterra. Pretendía liberar a María organizando un levantamiento en Inglaterra y una invasión que llevarían a cabo los españoles, procedentes de los Países Bajos. Asesinarían a Isabel y nom-

brarían reina a María. El duque de Norfolk, primo de la reina, estaba implicado. Juzgado por sus pares y declarado culpable, fue decapitado en la Torre, como su padre. Ese mismo año, Francis Walsingham, protestante acérrimo, frío, cruel y poco fiable, se convirtió en secretario principal y conservó ese puesto hasta que murió en 1590. Convencido de que la propia existencia de María Estuardo suponía un peligro real para Isabel, buscó por todos los medios acorralarla utilizando agentes dobles. Anthony Babington, rico comerciante londinense, se proponía asesinar a Isabel y coronar a María como soberana de Inglaterra. Para ello envió mensajes cifrados a su candidata, que introducía en bolsas de cuero impermeable, metidas a su vez en las piqueras de los cascos de cerveza que le hacían llegar semanalmente a prisión. Interceptaron todas las cartas, y Babington y sus conspiradores fueron brutalmente ejecutados: los ahorcaron, los abrieron en canal mientras estaban aún vivos y les sacaron las entrañas ante sus propios ojos. María negó estar al tanto de la conspiración hasta que le enseñaron las cartas que llevaban su propia firma. Sometida a juicio por sus consejeros y sus pares, fue declarada culpable. El Parlamento presionó para que la ejecutaran inmediatamente, pero Isabel atemperó la premura. En diciembre de 1586 fue emitida y firmada la sentencia de ejecución, pero no se llevó a efecto. Viendo que la reina no actuaba, sus consejeros lo hicieron por ella. La sentencia fue llevada a Fotheringhay sin que Isabel lo supiera: María fue decapitada en febrero de 1587.

«La empresa inglesa»

Durante la primera década de su reinado, Isabel mantuvo buenas relaciones con España. Felipe temía que los franceses conquistaran Inglaterra valiéndose de Escocia, algo más peligroso para España que la propia presencia del Protestan-

tismo. Si los franceses controlaban el mar del Norte y el Canal podrían fácilmente envolver a los Países Bajos y hacerse con ellos. Esta pesadilla mantuvo a la Inglaterra protestante y a la católica España unidas por algún tiempo y consiguió retrasar la excomunión de Isabel. Sin embargo, la revuelta de los Países Bajos contra el gobierno español creaba divisiones en el seno del Consejo Privado de la soberana inglesa. Cuando en 1568 el duque de Alba aplastó cruelmente a los rebeldes de los Países Bajos y ejecutó a sus dirigentes (los condes de Egmont y Horn), Walsingham, apoyado por Leicester, propuso ayudar a los insurgentes. Isabel, cautelosa como siempre y remisa a colaborar con quienes se rebelaban contra los monarcas, prefería la diplomacia a la guerra. En 1577 la opinión del Consejo, incluyendo la del prudente Burghley, era unánime e insistente: la reina debía apoyar a Guillermo de Orange. Isabel se comprometió a enviar una fuerza expedicionaria al mando de Leicester, pero en 1578 rompió su compromiso y abandonó a los holandeses a su suerte. La situación se volvió aún más amenazadora para Inglaterra, cuando en 1580-1581 Felipe se anexionó Portugal, con lo que las Azores, ciertas zonas de África e India, las Molucas y Brasil pasaban a formar parte de su imperio. El peso total de sus barcos (300.000 toneladas) excedía al de los holandeses (232.000) y los ingleses (42.000) juntos. El marqués de Santa Cruz, almirante en jefe de la flota española, propuso lanzarse a «la empresa inglesa», invadir el país y derrocar a Isabel. Cuando el gran héroe de la resistencia holandesa Guillermo el Silencioso fue asesinado en Delft en 1584, los ejércitos del duque de Parma avanzaron rápidamente por los Países Bajos hasta llegar al mar. Hacia 1585 controlaba Amberes y hacía frente a Inglaterra. La revolución parecía condenada al fracaso, cuando, por fin, aunque con mucha reticencia, Isabel accedió a enviar 8.000 soldados al mando de Leicester en apoyo de los holandeses. Sin embargo, Leicester recibió órdenes de librar una guerra defensiva y de no

convertirse en gobernador (la reina había declinado una oferta según la cual a la muerte de Guillermo el Silencioso pasaría a ser soberana de las Provincias Unidas). Lo que ella pretendía era distinto de lo que querían conseguir los holandeses: temiendo que los franceses ocuparan el lugar de los españoles en los Países Bajos, si los segundos eran expulsados, la soberana quería devolver a los holandeses sus antiguas libertades, pero bajo soberanía española, a pesar de que los holandeses se habían declarado independientes en 1581. Cuando al conde de Leicester, inepto y arrogante, le ofrecieron el puesto de gobernador general de las Provincias Unidas, aceptó contra la orden expresa de la reina. En 1586 fue acogido como «gobernador absoluto». Isabel estaba furiosa, lanzando «improperios» y «juramentos», pero Leicester no había actuado solo; tenía el apoyo del Consejo Privado. Las maniobras militares de Leicester fueron desastrosas: murió poco después de regresar a Inglaterra en diciembre de 1587.

Durante años, piratas como Francis Drake y John Hawkins se habían dedicado a atacar barcos españoles. Su tesoro más codiciado era la gran flota que en primavera y otoño llevaba a Sevilla enormes cantidades de plata extraída de las minas de Perú. Drake y Hawkins no consiguieron nunca capturar este preciado trofeo, pero durante dos décadas (1570-1590) sí lograron hacerse con grandes cantidades de botín. En 1587 Drake llevó a cabo su campaña más atrevida, y destruyó en el puerto de Cádiz entre 24 y 36 barcos españoles antes de partir para las Azores. La actividad de Drake retrasó un año el ataque de la Armada Invencible. Lo que ésta pretendía era partir hacia los Países Bajos con 130 barcos, 7.000 marineros y 17.000 soldados; allí se encontrarían con otros 17.000 (de los mejores de Europa) que actuarían bajo el mando del duque de Parma, antes de cruzar a Inglaterra. Si las tropas españolas hubieran desembarcado en Inglaterra, apenas habrían encontrado resistencia, ya que la milicia estaba compuesta exclusivamente de artesanos y campesinos

sin formación militar. En julio de 1588 partió de La Coruña la flota más grande vista hasta entonces y avanzó majestuosa por el mar en formación creciente; sus galeones, de altas torretas, parecían castillos flotantes. Drake, Hawkins y Frobisher atacaron a los españoles por la retaguardia, pero apenas produjeron efecto alguno. Hasta que la Armada atracó en las costas de Calais, sólo habían sido capturados dos barcos españoles. Parma, que no tenía confianza alguna en esta empresa y quería detenerla por todos los medios, no pudo unirse a la flota, porque los barcos ligeros holandeses controlaban la costa de Flandes. La noche del día 28 aparecieron en el horizonte barcos incendiados, que avanzaban hacia la flota española. Por miedo a que estuvieran cargados de pólvora, la Armada zarpó apresuradamente y se dispersó sumida en la confusión. Al día siguiente recompuso la formación y libró una de las más importantes batallas navales, en las costas de Gravelina. El duque de Medina Sidonia, al frente de la flota española, perdió once barcos antes de retirarse hacia el norte y emprender la larga travesía de vuelta que habría que hacer rodeando las islas Británicas. Howard y Drake los persiguieron sólo hasta el Firth of Forth y regresaron cuando empezaron a escasearles la munición y las provisiones. Al rodear Escocia, la Armada sufrió los embates de las tormentas del Atlántico con efectos desastrosos: treinta barcos se hundieron frente a las Hébridas y en la costa irlandesa. Probablemente en octubre llegaron a España dos tercios de la flota: entre 10.000 y 15.000 hombres habían muerto.

La Armada fracasó, pero esto constituyó el principio y no el fin de la guerra que Inglaterra mantenía con España. Isabel decidió atacar. En 1589 una armada inglesa partió con 9.000 soldados y 4.000 marineros. El objetivo era destruir los barcos españoles y tomar las Azores para convertirlas en base desde la que los ingleses pudieran hacerse con el comercio español. Esta «empresa portuguesa» resultó un fiasco, ya que los dirigentes de la misma (sobre todo Drake)

buscaban el botín más que destruir la flota española para impedir una nueva invasión, que era el deseo de la reina. El ataque sobre Lisboa resultó un desastre, la mitad de las fuerzas inglesas desertaron o murieron.

La guerra por mar era sólo parte de la lucha. Inglaterra combatió en Francia y en los Países Bajos de 1589 a 1595: a Francia se enviaron 20.000 soldados y 8.000 a los Países Bajos para apoyar al protestante Enrique de Navarra y a los rebeldes holandeses. En 1589 el príncipe de Parma recibió con reticencias la orden de ayudar a la Liga Católica de Francia para impedir que Enrique de Navarra subiera al trono de aquel país. Esto permitió a los holandeses sobrevivir al mando del inteligente Mauricio de Nassau, en un momento en que ya estaban esperando la derrota. En 1596 Isabel volvió a arremeter contra España, enviando una flota dirigida por Lord Howard y un ejército bajo las órdenes de su favorito, el conde de Essex. Cádiz fue capturada y saqueada, pero esta espectacular victoria proporcionó más prestigio que beneficio. Felipe intentó vengar Cádiz, pero la armada que partió en octubre de 1596 naufragó por el temporal desencadenado frente al cabo de Finisterre. Ese mismo año Felipe declaró la bancarrota del país por tercera vez. La guerra se prolongó hasta 1604, años en que los corsarios ingleses capturaron cerca de mil barcos españoles y portugueses, pero la flota española que transportaba el tesoro, protegida por barcos de guerra, consiguió llegar a puerto sin problemas.

Viajes de exploración, piratería y comercio

En el siglo xv la aparición de nuevas técnicas e instrumentos de navegación dio a los marinos mayor confianza para lanzarse a mar abierto con la posibilidad de encontrar el camino de vuelta, independientemente de cómo fueran las con-

diciones meteorológicas. Los pioneros en surcar los océanos fueron los portugueses y los españoles. El portugués Enrique el Navegante descubrió Madeira, rodeó el cabo Bojador y exploró la larga costa occidental de África. Vasco de Gama llegó mucho más al sur, dio la vuelta al cabo de Buena Esperanza y alcanzó la India (1497-1498). España concentró todos sus esfuerzos en navegar hacia el oeste, y financió las expediciones de Cristóbal Colón, que a finales de la década de los noventa, en el siglo xv, llegó a las Indias Occidentales y al continente americano. Los ingleses no planteaban por entonces ninguna competencia, aunque Bristol y Plymouth estaban situadas en emplazamientos ideales para emprender travesías por el Atlántico. Bajo el mando del veneciano Giovanni Caboto en 1497 zarpó de Bristol un barco que recorrió la costa este norteamericana, desde Terranova hasta Florida, y regresó un año más tarde para cabotear la costa de Nueva Escocia. Por aquella época el principal objetivo de los ingleses radicaba en la pesca del bacalao, que abundaba en la costa este de Canadá y proporcionaba un buen nivel de vida a los pescadores ingleses.

Muchos ingleses combinaban el comercio con la piratería. John Hawkins intentó inmiscuirse en el mercado de esclavos español y en la década de 1560 realizó tres viajes a la costa occidental africana, llevó esclavos africanos a las colonias que España mantenía en América Central y regresó con una buena fortuna. Francis Drake hizo sus primeras incursiones contra los españoles de la mano de su tío John Hawkins. Protestante acérrimo, los ataques que dirigió contra los barcos españoles respondían tanto al prejuicio religioso como al patriotismo o a la ambición económica. Navegante sagaz y valiente como no había habido otro en Inglaterra, Drake conquistó su mayor éxito con el viaje que realizó de 1577 a 1581: dobló el cabo de Hornos, atracó en California, al norte de San Francisco, atravesó el Pacífico y dio la vuelta al mundo, apoderándose de botín español siempre que po-

día. Murió, con Hawkins, en una expedición abortada al Caribe en 1596.

Para la década de 1570 ya se había extendido la idea de que sin colonias Inglaterra nunca llegaría a ser una potencia importante en el comercio mundial, como lo eran España, Portugal, Francia y los Países Bajos. Por eso, llegado el momento la reina Isabel se propuso fundar colonias en tierras que no estuvieran habitadas por europeos. Humphrey Gilbert (de Devon, como Hawkins y Drake) partió en 1583 con dirección a Terranova, territorio que reclamaba para su reina, pero se ahogó con muchos de los suyos en el viaje de regreso. Walter Raleigh, también nacido en Devon, intentó establecer a 600 ingleses en Roanoke Island, delante de las costas de Carolina del Norte, pero tuvieron que ser rescatados por Drake y devueltos a casa en 1585. En 1587 llegó a Virginia (llamada así en honor de la reina virgen) un segundo grupo de colonos, pero a los tres años la tripulación de un barco que les llevaba provisiones lo único que encontró fue un «hasta luego». No se sabe qué pudo ocurrirles. Durante el reinado de Isabel no se fundó ninguna colonia que prosperara.

Los últimos años

Hasta 1585 las finanzas isabelinas habían sido muy bien gestionadas y con mucha eficacia por Lord Burghley, pero cuando llegó el momento de la guerra, la política resultó inadecuada. Las concesiones parlamentarias no consiguieron hacer frente a la inflación porque los impuestos permanecían congelados, mientras que los gastos gubernamentales subían. La evasión fiscal era corriente, cometida incluso por el propio Burghley quien declaraba unos ingresos anuales de 133 libras cuando realmente obtenía 4.000. El sistema de recaudación necesitaba una reforma a fondo, pero Isabel,

siempre cautelosa, no hizo nada por remediar la situación. Recurrió a las viejas fórmulas de vender tierras de la Corona (lo cual vino a reducir los ingresos regulares de la misma), obligar a la concesión de préstamos, vender cargos y otorgar monopolios comerciales.

A finales del reinado de Isabel, Irlanda era uno de los problemas más importantes. Cuando en 1579 se produjo un levantamiento, fue aplastado sin remisión. Las cosechas fueron quemadas, se mató al ganado y la población de Munster quedó diezmada. «En pocas palabras», escribía el poeta Edmund Spenser, «no quedó casi nadie y el país populoso y rico se sumió de pronto en un vacío desierto de personas o animales». Las tierras pertenecientes a los rebeldes irlandeses fueron confiscadas y transferidas a manos inglesas, a medida que fue materializándose la colonización inglesa de Irlanda. La amenaza para la seguridad inglesa se acrecentó cuando Hugh O'Neill, conde de Tyrone, inició una revuelta en el Ulster que se extendió al resto de Irlanda. La colonia de Munster fue destruida en pocos días y en 1598 derrotó al ejército inglés en la batalla de Yellow Ford, una de las victorias más importantes que obtuvieron los irlandeses frente a los ingleses. Isabel envió al conde de Essex para que controlara la situación, pero no lo consiguió. En 1601 el rey español Felipe III envió una fuerza de choque de 3.400 soldados y armas de asedio a Kinsale, en Irlanda. Y esto desencadenó una difícil situación para la soberana inglesa. Si los españoles conseguían expulsar a los ingleses de Irlanda, podrían utilizar este territorio como base para invadir Inglaterra. Sin embargo, fueron derrotados y se retiraron de Irlanda en 1602. Tyrone se replegó hasta el Ulster, donde mantuvo una guerra de guerrillas hasta 1603, fecha en que se rindió a cambio del indulto. Irlanda volvía a estar bajo control inglés, pero a un coste muy elevado. Entre 1595 y 1601 se habían enviado a Irlanda 35.000 soldados ingleses y galeses. La guerra había supuesto un coste de dos millones de libras y había desenca-

denado, como Isabel bien reconoció, «la enajenación de nuestro propio pueblo». Irlanda sufría aún más, dado que el Ulster quedó devastado, Munster, situado al oeste de Cork, prácticamente inhabitable, el comercio desbaratado, las ciudades arruinadas y la población arrasada por la hambruna. El poder de los lores gaélicos se había disuelto, sus grandes haciendas les fueron confiscadas, sus ejércitos habían huido en desbandada y su gente había quedado sin líderes. Irlanda estaba preparada para las grandes colonias que iban a transformar el país en el siglo XVII.

La reina siempre había tenido a sus favoritos, de quienes demandaba su continua presencia en la corte. La muerte de Leicester en 1588 le supuso un profundo golpe, pero pronto le sustituyó por Robert Devereux, conde de Essex, que buscaba convertirse en favorito único. Cuando en 1598 se produjo la rebelión en Irlanda Isabel le puso al frente de la operación concediéndole el título de Lord Lugarteniente. En abril de 1599 Essex desembarcó con un gran ejército, que resultó diezmado por la enfermedad y las deserciones, por lo que tuvo que firmar una tregua con el líder rebelde, conde de Tyrone, acuerdo que la reina consideró «peligroso y despreciable». Aunque a Essex le prohibió regresar, éste volvió a desobedecerla (como ya había hecho en los Países Bajos) y se presentó en la corte. Privado de todos sus cargos y caído en desgracia, se dedicó a conspirar. Intentó dar un golpe de Estado y avanzó por la ciudad de Londres, pero nadie se le unió. Fue capturado, no volvió a ver a Isabel y nunca solicitó clemencia. Murió decapitado en febrero de 1601, el último de los súbditos todopoderosos que intentaron rebelarse.

Los últimos días del reinado de Isabel estuvieron marcados por una sensación de crisis. Junto a la rebelión protagonizada por Essex y a la guerra con Irlanda, en la última década del siglo XVI se vivió una gran hambruna. La población había ido creciendo progresivamente desde 1520 y durante el reinado de Isabel se multiplicó hasta alcanzar la cifra

de 4,1 millones de habitantes en 1603. A medida que crecía la población las rentas se incrementaban, al haber mayor competencia en la demanda de tierras, y los salarios descendieron. Por esto se pagó un alto coste social, ya que muchos campesinos no podían afrontar el pago de rentas o las multas de entrada que se imponían cuando la tierra cambiaba de manos y se veían forzados a vender. Las familias se quedaban sin tierra y sin hogar. La mayoría de la población vivía en precario, y dependía de la salud que tuviera el principal proveedor de pan de la familia y de lo que pudiera recolectar. Los años buenos los pobres subsistían y durante los primeros treinta años del reinado de Isabel, las cosechas fueron razonables. Sin embargo, de 1594 a 1597, una lluvia incesante y unos fríos intempestivos acabaron con las cosechas. Los precios alcanzaron cotas sin precedentes en 1596 y 1597, y sobrevino la hambruna, la última de las que hubo en Inglaterra. Muchos murieron, especialmente en zonas rurales del norte y el oeste, algunos de hambre, la mayoría de enfermedades como disentería, tuberculosis y tifus, que los pobres no podían superar. Los vagabundos se echaron a la calle a mendigar, y como preferían robar a morir de hambre, fueron ahorcados en cifras alarmantes. La peste bubónica, recurrente en la Inglaterra Tudor, vino a aumentar la miseria. El gobierno, alarmado por las revueltas que protagonizó en 1596 una población que solía ser pasiva y educada, aprobó en 1597-1598 y en 1601 leyes para pobres que intentaban paliar el problema. Estas leyes convirtieron a las parroquias en unidades de administración legal para los pobres y permitieron que los jueces de paz establecieran un impuesto especial para alivio de los pobres, sistema que se mantuvo hasta 1834.

A todas luces, el reinado de Isabel había resultado beneficioso. Había consolidado la Iglesia de Inglaterra, había aplastado la rebelión, había vencido a la Armada española, había sometido a los irlandeses y había restaurado la estabi-

lidad. Sin embargo, problemas que al comienzo de su mandato parecían menores se agravaron mucho al final. Las instituciones de gobierno no se habían reformado, los recursos financieros de la Corona seguían siendo dramáticamente inadecuados y la defensa nacional, débil. La reina había permitido que sus fuerzas terrestres fueran languideciendo por falta de dinero, y su poder marítimo descansaba sobre la piratería y las acciones emprendidas en privado. Cuando murió, el día 24 de marzo de 1603, Isabel había perdido sus ganas de vivir. Hacía semanas que permanecía postrada en el lecho de muerte, sin admitir comida, ni asistencia médica.

10. Las guerras civiles

A comienzos del siglo XVII el rey de Inglaterra era un ser inmensamente poderoso. Decidía la política estatal, nombraba ministros, jueces y funcionarios, convocaba y disolvía el Parlamento según le conviniera y podía decretar la ley marcial, con lo que se disolvían todas las restricciones legales que pesaban sobre sus acciones. Sin embargo, era más débil que otros monarcas continentales en dos aspectos fundamentales: no tenía ejército regular y los ingresos de la Corona no resultaban adecuados. El Parlamento siempre se opuso a la idea del ejército regular para evitar el posible riesgo de que condujera a la tiranía y fuera utilizado para imponer la voluntad real sobre toda la nación. Como en la Edad Media, en aquella época se suponía todavía que el rey «vivía de su dinero», es decir, con sus fuentes tradicionales de ingresos y sin recurrir a las dotaciones parlamentarias, que se necesitaban para ocasiones extraordinarias como cuando se declaraba una guerra. A los reyes no les solía agradar pedir dinero al Parlamento, ya que invariablemente los Miembros del Parlamento (MP) solicitaban la resolución de sus quejas antes de conceder al rey la correspondiente dotación económica. Por eso, los primeros Estuardo trataron de encontrar

medios extraparlamentarios para conseguir fondos que les permitieran vivir en tiempos de paz sin tener que depender del Parlamento. Estos métodos siempre resultaban impopulares y sólo funcionaban mientras no hubiera guerra. Otra de las cuestiones espinosas venía dada por la religión. Cuando Jacobo I (1603-1625) subió al trono, Inglaterra era un país claramente protestante. Todo movimiento que pudiera interpretarse como paso para restaurar el Catolicismo, o para permitir la práctica abierta de la religión católica, encontraba una oposición inmediata y violenta. El hecho de que Carlos I (1625-1649) fuera incapaz de tratar estos problemas de manera adecuada trajo como consecuencia la guerra civil.

La conspiración de la pólvora

Jacobo era hijo de María, Reina de los Escoceses, y subió al trono de Escocia en 1567, cuando sólo tenía un año, porque su madre se vio forzada a abdicar. Nunca conoció a sus padres y le educaron en la idea de que su madre había asesinado a su padre. Jacobo hablaba bien francés, y según el embajador inglés, a los 8 años podía traducir apenas sin pensar del latín al francés y del francés al inglés. En 1586 firmó un tratado con la reina Isabel por el que se le concedía una pensión considerable y se le reconocía el derecho a sucesión en el trono inglés. Esto debiera haber frenado sus protestas cuando ejecutaron a su madre en 1587. A diferencia de ésta, recibió educación protestante de los nobles calvinistas que habían depuesto a María. Cuando subió al trono inglés Jacobo había sido ya rey de Escocia durante 36 años y había aprendido a sobrevivir en la caldeada atmósfera de la corte, rodeado de facciones enfrentadas. Forastero, procedente de una nación odiada por los ingleses, demostró tener flexibilidad y voluntad para llegar a acuerdos, lo cual compensaba su comportamiento rudo e indecoroso. En 1589 había contraí-

do matrimonio con Ana de Dinamarca, pero era bisexual y en 1618 se entregó a un apasionado romance con un joven cortesano de la baja nobleza, que pronto pasó a figurar como duque de Buckingham, y entre 1618 y 1628 se convirtió en la figura más importante del país después del rey.

Jacobo quería lograr la coexistencia de todas las religiones. El Catolicismo era la religión de sus padres y de su mujer. A pesar de las penas que existían por recusación, Jacobo permitió que los católicos practicaran su religión con tranquilidad, hasta que se vio obligado a cambiar esta política, alertado por un incidente que tuvo lugar en el Parlamento. Un grupo de jóvenes católicos habían decidido destruir el gobierno. En la llamada conspiración de la pólvora, consiguieron infiltrar barriles de pólvora en los sótanos del Parlamento, donde Guy Fawkes esperaba para prenderles fuego el 5 de noviembre de 1605, en el momento en que el rey, los Lores y los Comunes estuvieran reunidos para abrir una nueva legislatura. Alguien traicionó a los conspiradores, que fueron capturados, juzgados y ejecutados. A partir de entonces se creó en Inglaterra una tradición festiva que se ha mantenido hasta nuestros días, según la cual se quema al «mamarracho» en una hoguera nocturna, en medio de fuegos artificiales. La conspiración supuso un estrepitoso fracaso para los católicos, y sorprendió hondamente a casi todos. Durante los dos siglos siguientes sufrieron la discriminación de sus compatriotas y eran considerados posibles traidores, a pesar de que Jacobo y los ministros no quisieron usar la conspiración como excusa para iniciar la persecución de los católicos.

El rey heredó de Isabel una deuda que seguía creciendo, debido a la ligereza con que gastaba dinero en favoritos de la corte como Buckingham. Para compensar dicha deuda, el monarca recurría a impuestos que escapaban al control parlamentario, como las imposiciones arancelarias (aranceles de importación adicionales), pero sobre todo impidió que el

gasto se disparara simplemente manteniendo la paz. Poco después de subir al trono Jacobo puso fin a la guerra con España y mantuvo Inglaterra al margen de la guerra de los Treinta Años (1618-1648), la peor y más devastadora de las vividas en el continente. Intentó negociar que su hijo Carlos se casara con una española, pero al no conseguirlo volvió sus ojos a Francia, único país capaz de contrarrestar el poder que tenía España en Europa. En 1625 Carlos se casó con Enriqueta María, hija menor del rey Enrique IV de Francia.

La colonización de Irlanda

Durante el reinado de Jacobo se produjo un giro notable en la política mantenida por Inglaterra en Irlanda. Tras la guerra de los Nueve Años (1594-1603), cuando la Corona se vio abrumada ante la alianza de los irlandeses con viejos católicos ingleses, ayudados a su vez por españoles, el gobierno decidió que esto no debería volver a pasar. En 1607, cuando se vio claro que las tierras de los antiguos rebeldes iban a ser intervenidas, Hugh O'Neill huyó al continente con otros noventa líderes gaélicos, con lo cual dejaron a su patria indefensa y descabezada. Hasta entonces ningún gobierno había proporcionado un respaldo definitivo a las colonias, que quedaban en manos de empresarios privados. Ahora la Corona empezó a conceder apoyo económico procedente de la City londinense y a supervisar un programa de colonias en el Ulster. Expulsarían de sus tierras a los irlandeses de seis condados para que se instalaran en ellas colonos ingleses y escoceses. No había contacto alguno con los irlandeses oriundos, salvo cuando se les necesitaba como obreros de la tierra protestante. Todos los cargos exigían que se jurara la Ley de Supremacía, lo cual significaba en realidad que los católicos no podían ocuparlos. En 1613 Jacobo creó 84 distritos parlamentarios nuevos, todos en áreas de asentamien-

to protestante; así los nuevos ingleses se hicieron con el control del Parlamento irlandés. La Corona impulsó el asentamiento de colonias más pequeñas en otros lugares, como Connacht, donde aproximadamente la cuarta parte de la tierra que poseían los católicos quedó confiscada. Munster, colonia que fracasó en un principio, volvió a ponerse en marcha y entre 1600 y 1640 se trasladaron a Irlanda unos 100.000 colonos. Mayoría en Ulster, los colonos representaban sólo una minoría combativa sitiada en el resto del país. Y aquí es donde tenemos que buscar el origen de los problemas que encontramos hoy en Irlanda del Norte.

Las finanzas de la Corona

Carlos I (1625-1649) era muy distinto de su padre. Remilgado y retraído, mostraba una honda devoción hacia su esposa y su familia, pero carecía de la flexibilidad y de la voluntad negociadora que caracterizaban a su padre y no compartía con él los deseos de paz. Carlos se enroló en la guerra de los Treinta Años, enfrentándose a España (con intención de recuperar territorios que le habían sido arrebatados a su cuñado, el elector palatino, y a Francia). Sin embargo, fracasó estrepitosamente tanto cuando atacó Cádiz como cuando intentó liberar a los hugonotes (protestantes franceses) que se encontraban sitiados en La Rochelle. Carlos tuvo que firmar la paz con Francia en 1629 y con España un año después. Para conseguir dinero con que financiar sus guerras el monarca recurrió a los créditos forzosos y encarceló a algunos caballeros que se negaron a pagar. Estos incidentes levantaron la polémica sobre cuestiones fundamentales: ¿podía el rey recaudar dinero sin consentimiento parlamentario y encarcelar de manera arbitraria a sus súbditos? Cuanto más se prolongaba la guerra, más dinero necesitaba Carlos, y por ello se vio obligado a convocar el Parlamento para con-

seguirlo. El Parlamento aceptó la concesión de subsidios, pero sólo cuando se atendieran sus quejas. Y es más, redactó la llamada Petición de Derecho (1628), que establecía cuatro libertades básicas: la libertad frente al arresto arbitrario; frente al impuesto extraparlamentario; frente al reclutamiento de tropas gratuito entre la población y frente al derecho de ley marcial. Una vez que el monarca aceptó esta Petición, el Parlamento aprobó la concesión de subsidios. Carlos comprendió que si volvía a convocar otra sesión parlamentaria, los Comunes intentarían reducirle las prerrogativas y pondrían en cuestión su autoridad real.

El principal problema de Carlos era el económico. La guerra le había dejado con un déficit enorme. Había reunido una importante colección de arte, amaba los buenos edificios y tenía cinco hijos (la familia real más numerosa en siglos de historia), y todo ello era caro, por lo que tuvo que vender las tierras de la Corona y conceder licencias especiales, que funcionaban como monopolios, para proyectos como la venta de tabaco americano. Hacia 1635 estas medidas, junto con el aumento experimentado en los ingresos procedentes de aranceles aduaneros, gracias al crecimiento del comercio, consiguieron reducir a la mitad la deuda contraída por la Corona. Los ingresos anuales superaban el gasto. Todo parecía ir bien, pero para lograr que la Armada Real fuera lo suficientemente poderosa como para proteger la marina mercante de los saqueadores individuales, Carlos reintrodujo la tradicional leva de la armada, el efectivo marítimo. En 1634 las ciudades costeras se vieron obligadas a pagar dinero para mantener la Armada y un año después este pago se extendió a las áreas de interior. El monarca justificaba la medida argumentando que disponía de poderes de emergencia, que podía utilizar si estaba en juego la seguridad del reino, y en esos casos no se aplicaba la norma de que los impuestos los aprobaba el Parlamento. John Hampden, que se había negado a pagar los créditos forzosos, rechazó la

argumentación e interpuso un recurso contra la Corona. El condado al que representaba, Buckinghamshire, no daba al mar y estaba tradicionalmente exento del efectivo marítimo. Los jueces, sin embargo, dispusieron que dicho efectivo era legal, pero el dictamen se aprobó con un estrecho margen de 7 a 5; Hampden fue encarcelado. El efectivo marítimo consiguió proporcionar enormes sumas de dinero a la Corona –se recaudó el 90 por ciento del mismo–, pero alejó a la nobleza rural de la monarquía. En la década de 1630 Carlos gobernó sin ayuda del Parlamento y obtuvo de ello un rédito sustancioso. Sólo en un caso, el del efectivo marítimo, se encontró con una oposición frontal. Así que en 1637 se encontraba en la cumbre de su poder, tenía el presupuesto equilibrado, un consejo eficaz y el trono seguro.

Conflictos religiosos

Y sin embargo, con su política religiosa estaba distanciándose de la mayoría de sus súbditos. Carlos apoyaba a los pastores de la Iglesia anglicana que se oponían al calvinismo y que se denominaban arminianos, por el teólogo holandés Arminio. Éstos denunciaban la doctrina de Calvino sobre la predestinación, que castigaba a la gran masa de condenados a una vida de absoluta desesperanza, de la que sólo se salvaba una pequeña minoría. Los arminianos creían que el camino de la salvación estaba en las buenas acciones y en los sacramentos. El rey hizo al arminiano William Laud arzobispo de Canterbury en 1633. Laud quería recuperar el ritual y el sentido de continuidad en la Iglesia, pero muchos veían en esto la vuelta a prácticas próximas a la ceremonia católico-romana y un mecanismo para restaurar el papado. No se trataba de esto, puesto que Laud no pretendía cambiar la liturgia y decía querer mantenerse estrictamente fiel al Devocionario; lo que deseaba era poner cortapisas a las prácticas puritanas,

o abolirlas completamente. Laud buscaba además restaurar los tribunales eclesiásticos, las tierras de la Iglesia y la autoridad de los obispos. Habría que restringir además el control que los laicos ejercían sobre la concesión de títulos y puestos oficiales. Para ello, Laud adoptó medidas drásticas con las que aplicar sus decretos, y utilizó el tribunal de la Cámara de la Estrella (Star Chamber) para castigar a sus oponentes. William Prynne, crítico con la decadencia que envolvía a las prácticas religiosas que se llevaban a cabo en la corte del rey, fue condenado a que le amputaran las orejas. Esto recordaba la brutalidad de algunos castigos islámicos e hizo perder su reputación a la Iglesia.

La política religiosa de Carlos aún provocó más problemas, esta vez en Escocia, donde intentó imponer el Devocionario inglés a la Iglesia presbiteriana. En Edimburgo los representantes de la alta nobleza, los terratenientes o nobleza baja, los burgos y la Iglesia convocaron una Alianza Nacional en 1638 para resistir unidos frente a toda innovación religiosa. Carlos, tan poco diplomático como siempre, consideró que esta oposición a sus reformas religiosas era en realidad una rebelión y envió un ejército para que se aplicara su política en Escocia. Sin embargo, la primera de las guerras de los Obispos (1639-1649) terminó inmediatamente, porque las tropas de Carlos estaban integradas por unidades de milicia muy desmotivadas y procedentes de los condados septentrionales. Y antes que arriesgarse a combatir con estas fuerzas tan indisciplinadas, firmó la paz en 1639. Al año siguiente volvió a intentarlo, pero sufrió otro desastre militar. Los escoceses invadieron Inglaterra en esta segunda guerra de los Obispos, derrotaron al ejército en las afueras de Newcastle y ocuparon la zona nororiental del país, donde permanecieron hasta que se llegó a un acuerdo pacífico tras consultar al Parlamento inglés a finales de 1641. El rey había perdido el control de la situación. Se había quedado sin dinero y tuvo que convocar al Parlamento. Se reunió en no-

viembre de 1640 y no se disolvió en lo que restaba de vida al monarca, por lo que se le conoce como «Parlamento Largo».

El Parlamento Largo

En la primera sesión de este Parlamento Largo que duró hasta agosto de 1641 todos los MP convinieron en abolir las medidas financieras que había adoptado la Corona en la década anterior (el efectivo marítimo, los monopolios, la imposición de aranceles aduaneros sin consentimiento parlamentario) y los tribunales de prerrogativa real (la Cámara de la Estrella, el Consejo del Norte, el Tribunal del Alto Mando) a través de los cuales el monarca había conseguido aplicar sus políticas. Carlos dijo aceptar cada una de estas leyes, pero no se le creyó; los diputados temían que prescindiera de ellas una vez superada la crisis. Todos los grupos parlamentarios, incluidos futuros realistas como Sir Edward Hyde (posteriormente conde de Clarendon), apoyaron la legislación de 1641, puesto que no había intención alguna de cambiar la Constitución. El programa legislativo de 1641 iba acompañado de un ataque contra los principales ministros del monarca. El conde de Strafford, que había gobernado Irlanda en nombre del rey con aires dictatoriales, concitando el odio de toda la isla, volvió a ponerse a las órdenes del monarca cuando se produjo el conflicto con Escocia. Como se proponía intimidar al Parlamento acusando a sus líderes de traición, los jefes parlamentarios, con John Pym a la cabeza, atacaron primero. Strafford y Laud fueron encarcelados en la Torre y el Parlamento inició acciones para encausarlos. Strafford se defendió con tal habilidad que se temía la absolución, con lo cual los Comunes aprobaron simplemente una moción que lo declaraba culpable de pena de muerte. Carlos prometió salvarle la vida al ministro e intentó negociar una salida con los líderes parlamentarios, pero no lo

consiguió. A finales de abril estalló la histeria en Londres y había sospechas de un posible levantamiento de las masas. Strafford instó al rey a que aceptara la moción «para evitar los males que pueden venir si la rechazas». Carlos, temiendo por su propia seguridad, la de su mujer y la de su familia, firmó la moción inculpatoria y Strafford fue decapitado. Laud permaneció encerrado en la Torre hasta el juicio que se celebró en 1644. Fue ejecutado en enero de 1645.

Ante la sospecha de que el rey disolviera el Parlamento, éste aprobó la Ley Trienal, por la que el Parlamento debía reunirse cada tres años y las sesiones debían durar al menos cincuenta días. Carlos firmó la propuesta. Seguidamente la institución aprobó una nueva propuesta, según la cual dicho Parlamento sólo podría disolverse con el consentimiento de sus miembros. Y de nuevo Carlos cedió.

En octubre de 1641 se produjo otra rebelión en Irlanda, que dio una nueva dimensión a la crisis. Los irlandeses se rebelaron creyendo que Inglaterra y Escocia se mantendrían divididas y que sería fácil obtener concesiones de un monarca debilitado. Los católicos, desposeídos de sus propiedades, se levantaron en el Ulster y atacaron a los colonos protestantes que habían ocupado lo que en otro tiempo fueron sus tierras. A los líderes, el levantamiento pronto se les fue de las manos. Hubo muchos protestantes asesinados, quizá unos 3.000, aunque los primeros recuentos (que los ingleses creyeron) exageraron las cifras y hablaban de cientos de miles de muertos. El intento rebelde de tomar el Castillo de Dublín y de hacerse con el centro del poder real fracasó, pero para alarma de muchos un gran número de antiguos católicos ingleses se adhirieron a los irlandeses. La rebelión hizo cambiar la situación política de Westminster. Pym y sus aliados habían ido perdiendo control de los acontecimientos y la balanza se inclinaba ahora hacia el rey, sobre todo desde el final de las guerras con Escocia, pero el levantamiento irlandés exigía de nuevo el envío de un ejército. ¿Habría que

confiar en que el rey lo utilizara sólo contra los irlandeses y no contra sus propios súbditos? La Gran Protesta de 1641 mostraba hasta qué punto Pym y otros líderes parlamentarios desconfiaban del monarca. Exigía el nombramiento de ministros que tuvieran la confianza del Parlamento, que se permitieran prácticas calvinistas puras en la Iglesia anglicana y que el Parlamento supervisara la expedición militar enviada a Irlanda. La Protesta dividió al Parlamento entre realistas y parlamentaristas y obtuvo la aprobación de la Cámara de los Comunes por un margen de votos muy estrecho: 159 frente a 148. Con esto desaparecía la unidad del llamado Parlamento Largo. Carlos contestó con la siguiente proclama: «La elección de nuestros consejeros es derecho incuestionable de la Corona inglesa», y rechazó la solicitud.

Carlos decidió recuperar el control de la política, calculando bien el riesgo al que se enfrentaba; sabía que la nación estaba harta de la crisis política, que él contaba con un amplio apoyo en la Cámara de los Lores y que la Cámara de los Comunes estaba dividida. El 3 de enero de 1642 envió al Fiscal General del Estado a la Cámara de los Lores para que incoara un proceso en el que se acusaba a cinco miembros de los Comunes y a un noble, y se pedía una pena de cárcel por delito de alta traición. Envió a un sargento a la Cámara de los Comunes para que arrestara a estos cinco miembros (incluido Pym), pero los Comunes lo impidieron. Al día siguiente se presentó el propio Carlos, escoltado por un pequeño cuerpo de guardia; cuando exigió que Lenthall, presidente de la Cámara, señalara a los cinco miembros que él había venido a arrestar, éste replicó: «No tengo ojos para ver ni lengua para articular más cosas que las que esta Cámara tenga a bien pedirme». El rey recorrió los escaños con la mirada y dijo: «Veo que los pájaros han volado», y se retiró. Este intento de arresto precipitó el desencadenamiento de la guerra civil. Hizo que los líderes parlamentarios decidieran llevar a cabo un programa de medidas radicales: asegurar el control

parlamentario de los jefes de la milicia e impedir que los obispos pertenecieran a la Cámara de los Lores. En Londres se produjeron masivas manifestaciones y altercados públicos, en los que hordas vociferantes manifestaban su apoyo a Pym al tiempo que los líderes municipales dejaban ver que estaban del lado del Parlamento. En mayo de 1642, cuando Carlos se negó a ceder el poder de sus nombramientos militares, el Parlamento sencillamente los asumió. El rey y el Parlamento habían iniciado una carrera de confrontación; el rey agrupaba fuerzas en el norte; los parlamentarios en el sur, y la situación irlandesa seguía deteriorándose. En 1641 los rebeldes irlandeses instauraron una Confederación Católica, con su propio Parlamento, liderada ejecutiva y militarmente por Owen Roe O'Neill, soldado del ejército español durante treinta años y heredero de las grandes haciendas Tyrone en el Ulster. En pocos meses la mayor parte de Irlanda había caído en manos de los rebeldes. Como llegó el nuncio papal a restaurar la Iglesia católica, en abril de 1642 los miembros de la Alianza escocesa enviaron un ejército de 11.000 hombres al Ulster, en apoyo de los protestantes. Dublín y el Pale quedaron bajo control de los realistas ingleses. En julio el Parlamento votó a favor de que se constituyera un ejército y en agosto el rey formó su facción en Nottingham. La guerra civil había comenzado.

La primera guerra civil (1642-1646)

Los historiadores irlandeses hacen referencia a la guerra civil inglesa con la denominación de «guerras de los tres Reinos», dado que no hubo región de las islas Británicas que no se viera afectada, aunque la población escocesa e irlandesa sufrió mucho más que la inglesa.

La mayoría de la gente estaba aterrorizada cuando estalló la guerra, porque apenas nadie la había deseado. En la mayo-

ría de los condados la nobleza local evitó tomar partido. Lo que buscaban era mantener a cualquier forastero fuera de sus condados y conservar sus propias milicias. Con frecuencia el alinearse en uno u otro bando dependía del control que ejercieran unas tropas u otras (realistas o parlamentaristas) sobre la región. La religión decidió qué bando elegiría la mayoría. Había clérigos, nobles, agricultores y artesanos que deseaban derrocar el sistema de gobierno eclesiástico iniciado por el arzobispo Laud, terminar con los obispos y restaurar el Devocionario. Éstos apoyaban al Parlamento. Aquellos otros que creían en los obispos y en el derecho divino de la realeza apoyaban a Carlos. El Parlamento creía que sin el consentimiento del pueblo la monarquía se convertía en tiranía y era precisamente este miedo a que el rey quisiera gobernar de manera absolutista lo que motivaba a muchos parlamentaristas. Con todo ninguno de los que habían formado parte del Parlamento Largo cuestionaba la naturaleza jerárquica de la sociedad inglesa, ni que la monarquía se debiera a mandato divino. En algunas áreas el apoyo a un bando o a otro tampoco quedaba claramente definido; no era tan simple decir que el norte y el oeste estaban a favor del rey y que el este y el sur apoyaban al Parlamento. En todas partes había partidarios de uno y otro bando y no faltaban las divisiones internas entre familias, padres contra hijos o unos hermanos contra otros. En los estratos más bajos de la sociedad reinaban la indiferencia y la apatía; los que luchaban lo hacían de mala gana, porque se habían visto obligados a ello.

Ninguno de los ejércitos implicados en la guerra civil superaba los 20.000 hombres. Uno y otro estaban organizados regionalmente en «asociaciones» de condados, cuyo principal cometido era diluir la asociación de los enemigos y protegerse frente a la invasión. No fue por ello una guerra de grandes batallas, sino de asedios y escaramuzas. En algunas regiones (East Anglia, la costa meridional, el centro de Gales) apenas se vivieron enfrentamientos, mientras que en

otras (los valles del Severn y el Támesis o los Midlands) las avanzadillas y las ocupaciones del ejército enemigo fueron constantes. El Parlamento contaba con la mayor ventaja a largo plazo: en 1644 disponía de la mano de obra y la riqueza de Londres, esenciales para obtener dinero, el control de la armada y de las rutas comerciales y la ayuda de 20.000 escoceses. En una guerra larga lo más probable era que el Parlamento procurara agotar a los realistas y esto es lo que hicieron. Uno y otro bando utilizaban las mismas tácticas y contaban con militares formados en la guerra de los Treinta Años. Entre los realistas el militar más aguerrido era el duro príncipe Ruperto, sobrino del rey; el Parlamento nombró como capitán general de sus tropas al conde de Essex.

El resultado de la primera campaña quedó en el aire. Cuando en octubre de 1642 los dos ejércitos se enfrentaron en Edgehill, Warwickshire, la caballería de Ruperto barrió a sus oponentes, expulsándolos del campo de batalla, y emprendió su persecución, lo cual dejó a la infantería realista desprotegida. Fueron derrotados por los parlamentaristas y sólo la oscuridad evitó la masacre. Carlos se retiró hacia el sur y estableció su cuartel general en Oxford. Pretendía tomar Londres antes de que cayera el invierno, pero la lentitud con que avanzaba permitió que los parlamentaristas se reagruparan; cuando el rey llegó a Turnham Green se tuvo que enfrentar a unas tropas de 24.000 hombres, muchos de los cuales estaban armados con simples bieldos y estacas, y retrocedió. Esta cautela caracterizaba todas sus aproximaciones; cuando estaba rozando la victoria con las manos, se retiraba. Carlos no habría tenido nunca mejor oportunidad de tomar Londres y, por tanto, de ganar la guerra. En la primavera de 1643 los realistas obtuvieron varias victorias. En julio Ruperto capturó Bristol (segunda ciudad inglesa y puerto esencial) y la mayor parte de Yorkshire, mientras que el conde de Essex apenas conseguía nada. Su ejército rodeó Oxford, pero afectado por la enfermedad y la deserción, no

pudo tomarlo. Cuando le ordenaron levantar el asedio a Gloucester, Essex lo hizo, pero al regresar un ejército realista le cortó el camino a Londres en Newbury. Y aquí tuvo lugar otra batalla poco decisiva. Al ver que se le estaba agotando la munición, Carlos retrocedió hasta Oxford y dejó el camino libre para que Essex llegara a Londres. Cuando llegó el invierno se produjo un estancamiento.

Pym murió de cáncer a finales de 1643, no sin antes haber firmado una alianza militar con los escoceses, la Solemne Liga y Alianza, que resultó vital para que triunfara la causa parlamentarista. Los escoceses accedieron a trasladar a Inglaterra un ejército de 20.000 hombres para colaborar con los parlamentaristas a cambio de que en este territorio se llevara a cabo una reforma religiosa que siguiera principios presbiterianos. En el verano de 1644 la milicia local de Yorkshire al mando de Sir Thomas Fairfax se unió a los escoceses y a las fuerzas de la Asociación Oriental que estaban lideradas por el conde de Manchester, con lo cual formaron un ejército de 28.000 hombres. Para enfrentarse a él, Carlos ordenó a sus mejores generales, el príncipe Ruperto y Lord Goring, que se unieran al conde de Newcastle y formaran un ejército de 21.000 soldados. En julio tuvo lugar la mayor batalla de la guerra en Marston Moor, cerca de York. La victoriosa caballería realista, como ocurrió en Edgehill, no consiguió reagruparse ni volver a la batalla hasta que ya era demasiado tarde. Por primera vez devolvió el ataque la caballería parlamentarista, a las órdenes de Oliver Cromwell, convertido después en realista. El ataque resultó decisivo, ya que Cromwell no persiguió a sus enemigos, sino que se reagrupó para atacar después a la infantería realista, que había conseguido rechazar la primera carga de los escoceses. Tras esta victoria de los parlamentaristas, York fue ocupada a la semana siguiente y el control del norte quedó garantizado. Los realistas perdieron 4.000 hombres, que murieron en Marston Moor, y la confianza de ser la fuerza superior desti-

nada a ganar. El Parlamento no utilizó su victoria para acelerar el final de la guerra. Sus generales, Essex y Waller, se disputaban la cúspide de la jerarquía. Essex se trasladó a Cornualles, mientras que Waller permanecía en Londres. En septiembre de 1644, acorralados en el interior de Cornualles por fuerzas realistas, se rindieron 6.000 infantes parlamentarios en Lostwithiel y Essex escapó por barco. Esta victoria salvó al rey. Cuando los realistas se dirigían hacia Londres, el Parlamento ordenó que entraran en acción sus tres ejércitos principales, al mando de Essex, Waller y Manchester, pero ninguno aceptaba estar por debajo de los otros dos. Como consecuencia, aprovecharon poco la superioridad numérica con la que contaban, suficiente para rodear a sus enemigos. Los ataques que llevaron a cabo en octubre para la segunda batalla de Newbury estuvieron mal coordinados y fueron rechazados. Tras tres años de guerra, seguían en el mismo estancamiento: uno y otro ejército estaban exhaustos, como la nación.

En 1644 la guerra irlandesa llegó a Escocia cuando 2.000 católicos irlandeses desembarcaron en las Highlands occidentales y se fusionaron con el pequeño ejército liderado por James Graham, marqués de Montrose. Como la mayor parte del ejército de la Alianza estaba en Inglaterra, Montrose se propuso unir las Highlands católicas a Carlos, cruzar las debilitadas Lowlands calvinistas y llegar a Edimburgo, donde pensaba establecer un régimen realista. Desde allí podría invadir Inglaterra. Al comienzo, durante los años 1644 y 1645, Montrose obtuvo éxitos espectaculares, debido a los antiguos feudos escoceses. En las Highlands el clan Donald odiaba a los Campbells de Argyll. Por eso se produjo un enorme conflicto entre ambas partes. Cuando Montrose capturó Aberdeen, los ciudadanos más pudientes fueron obligados a desnudarse antes de que los asesinaran con la más absoluta crueldad, para que la sangre no manchara sus preciados ropajes. Montrose avanzó hasta internarse en las

Lowlands, donde en septiembre de 1645 fue aplastado por los miembros de la Alianza en Philiphaugh.

El bando parlamentarista quedó muy insatisfecho por la débil actuación que habían tenido sus mandos militares en la segunda batalla de Newbury. Cromwell culpaba a su jefe de filas de la Asociación Oriental, el conde de Manchester, y lo acusaba de incompetente y de cobarde. «Aunque derrote-mos al rey noventa y nueve veces», decía Manchester, «sigue siendo rey. Pero si el rey nos derrota una sola vez, nos colgarán a todos». Otros culpaban a Essex y Essex culpaba a Waller. Estaba claro que se necesitaba un único ejército al mando de un solo general. Para desembarazarse de los generales existentes, Cromwell propuso la Ordenanza Autoexcluyente: los miembros del Parlamento no podrían ejercer ninguna autoridad militar. Como la medida fue aprobada en abril de 1645, Essex, Manchester y Waller dimitieron, como también hizo Cromwell, pero al ser demasiado valioso, en junio quedó exento de la ordenanza. Los tres ejércitos fueron reunidos en el Nuevo Ejército Modelo, liderado por Sir Thomas Fairfax, religiosa y políticamente moderado, que se ganó el respeto de sus hombres por compartir con ellos los peligros de la batalla. Este Nuevo Ejército Modelo y los escoceses consiguieron reunir 50.000 hombres para el combate y mantener un número similar en las guarniciones; en conjunto constituían la mayor fuerza militar que se había logrado organizar hasta entonces en Inglaterra. Como Carlos contaba sólo con la mitad, prefirió marcharse de Oxford y retroceder hacia el norte para unirse a Montrose.

En junio de 1645 se tuvo que enfrentar al Nuevo Ejército Modelo en Naseby. Como ocurrió en Edgehill y en Marston Moor, Ruperto dispersó a la caballería enemiga, dirigida por Henry Ireton, yerno de Cromwell, y quiso saquear la caravana de los parlamentarios. En el entretanto Cromwell derrotó a la caballería realista por el flanco que le correspondía y contribuyó más tarde a derrotar a la infantería. Para evitar la

masacre, los realistas se rindieron dejando como prisioneros a unos 4.000 hombres y 500 oficiales. Carlos perdió toda su artillería y no consiguió acceder a las reservas que mantenía en los Midlands y en el norte. La victoria de los parlamentaristas se daba ahora por segura, tanto más cuando Carlos intentó reclutar católicos irlandeses y mercenarios franceses, a la desesperada, pero sin éxito. El Parlamento se volvió a la parte occidental del país, donde resistían los principales asentamientos realistas. En julio éstos fueron derrotados en Langport tras una sangrienta y brutal campaña, y Bath se rindió. Sólo quedaba Bristol. Con sus gruesas murallas y situada en lo alto de una colina, parecía inexpugnable. Estaba defendida por Ruperto, pero cuando dio comienzo el asalto, éste inesperadamente se rindió en menos de un día. La guerra civil se prolongó durante ocho meses más, lo que tardaron las fuerzas parlamentaristas en hacer desaparecer los últimos focos de resistencia. Carlos se rindió a los escoceses en mayo de 1646; éstos negociaron con el Parlamento la retirada de su ejército de Inglaterra y entregaron al rey. La guerra había terminado.

A medida que la guerra se prolongaba, iba creciendo la oposición al conflicto, hasta el punto de que el último año se produjo una revuelta popular contra la violencia y la destrucción reinantes. Ambos bandos alojaban sus tropas entre la población civil, le requisaban víveres y animales y obligaban a los hombres a luchar en el ejército. En ambos bandos el salario era bajo (en ocasiones nulo), por lo que no resultaba infrecuente que se diera el pillaje a gran escala. En 1645 había fuertes resistencias civiles en uno y otro bando. En el sur y el suroeste los granjeros y los artesanos rurales se organizaron para expulsar de su territorio a los bandos combatientes. El Parlamento tampoco era bien acogido, porque imponía elevados gravámenes. Los ricos y mejor situados socialmente tenían que pagar el 20-25 por ciento de sus ingresos, y el resto se veía obligado a pagar exacciones sobre

productos básicos como la cerveza (principal bebida de hombres, mujeres y niños en un momento en que el té o el café no estaban al alcance de todos) y la sal (conservante fundamental). Hubo varios miles de personas procedentes de la nobleza local que vieron confiscadas las haciendas que poseían en áreas controladas por sus enemigos. El comercio se vino abajo y provocó una depresión económica desde el momento en que el elevado precio de la comida redujo el mercado de manufacturas. El clamor de los pobres era desesperado. Por todo ello, cuando terminaron las hostilidades sobrevino el alivio general, aunque aún quedaban por fijar los términos del acuerdo entre el rey y el Parlamento. Y esto llevaría mucho más tiempo de lo que se pensaba, porque Carlos se negaba continuamente a negociar en serio y porque los oponentes se mantenían profundamente divididos.

Una paz poco feliz (1646-1648)

Cuando los combates terminaron, el Parlamento y el ejército no gozaban de la confianza del pueblo. La administración local había sido tomada por comités parlamentarios de condado, en los que los oficiales del ejército impusieron la ley marcial. Eran necesarios para recaudar los impuestos y para mantener el orden, pero estaban mal vistos por la arbitrariedad con que gobernaban (encarcelando a la gente sin juicio, por ejemplo) y la alegría con que establecían los impuestos, lo cual recordaba a los métodos empleados por Carlos I en las décadas de 1620 y 1630. El odio al ejército venía de los saqueos que cometían los regimientos de soldados sin sueldo: en el verano de 1646 había motines militares en veintidós condados. En 1647 los atrasos en los pagos de las fuerzas parlamentarias ascendían a 2,8 millones de libras.

También la religión era motivo de división en el país. Había tres grupos religiosos principales dentro del Parlamen-

to: los episcopalianos, que abogaban por mantener los obispos, tenían la mayoría; pero los otros dos (presbiterianos e independientes, que propugnaban terminar con ellos) contaban con militantes muy fervientes y activos que copaban los principales puestos de los comités de religión. Los anti-episcopalianos estaban divididos entre sí. Los presbiterianos, mayoría dentro de este grupo, defendían una Iglesia nacional que siguiera estrictamente la doctrina, organizada de abajo arriba a partir de congregaciones, y no de arriba abajo a partir de un gobernador supremo. Junto a los ministros religiosos, se otorgaba un papel importante a los laicos adultos. Los independientes se oponían a la organización jerárquica y a las líneas doctrinales propuestas por los presbiterianos. «El nuevo presbítero no es más que el antiguo cura escrito con mayúscula», decían. Lo que ellos buscaban era que cada congregación fuera independiente y se gobernara de manera autónoma. El Parlamento había prometido a los escoceses reformar la Iglesia anglicana de acuerdo con principios presbiterianos, cosa que se produjo en 1646: se abolieron los obispados, los tribunales eclesiásticos y el Devocionario, que fue sustituido por un libro litúrgico presbiteriano. En teoría todos estaban bajo la autoridad de esta nueva Iglesia nacional, pero el experimento nacía abortado. La mayoría de la gente siguió manteniendo los mismos ritos de la Iglesia anglicana en los que había crecido. Cualquier intento de reformar la liturgia hacía del Parlamento una institución todavía más detestable.

En 1646 todo el país reclamaba un rápido acuerdo con el monarca, que permitiera reducir los impuestos y desmovilizar a gran parte de un ejército que resultaba tan oneroso. El clamor provocó la intervención militar. Entre 1646 y 1647 se habían producido acantonamientos militares porque los soldados no habían recibido sus salarios, pero en 1647 las extremadas exigencias políticas y religiosas vinieron ligadas a las penurias de los militares. Y el ejército se puso en con-

tacto con un movimiento radical que defendía la igualdad de hombres y mujeres y por tanto su derecho a no ser sometidos a autoridad alguna sin su consentimiento expreso. En 1647 estas ideas de naturaleza radical comenzaron a prosperar dentro del Nuevo Ejército Modelo –condenaban la arbitrariedad con que el Parlamento ejercía su poder y que los presbiterianos hubieran terminado con los independientes–; sin embargo, en honor a la verdad el Nuevo Ejército Modelo se aferraba a este radicalismo para responder a la injusticia con que el Parlamento le había tratado. Para los presbiterianos el Parlamento representaba un obstáculo esencial para llegar a un acuerdo con el monarca y la cuna del extremismo religioso, puesto que en su seno dominaban los independientes. En diciembre de 1646 la City londinense hizo una solicitud al Parlamento para que disolviera el Nuevo Ejército Modelo y durante los meses de febrero y marzo de 1647 se aprobaron medidas para reducir sus competencias, sin pagar las deudas atrasadas. A partir de entonces algunos regimientos nombraron «agitadores» que dieran a conocer sus puntos de vista. La brecha más importante se abrió en mayo, cuando la Cámara de los Comunes aceptó las licencias del monarca, que permitían a los presbiterianos establecerse durante tres años y al Parlamento controlar la milicia durante diez. La Cámara votó a favor de que se dismantelara la infantería del Nuevo Modelo asignándole sólo la paga de los atrasos correspondientes a ocho semanas. A partir de entonces el ejército se dedicó a la acción política por su propia iniciativa. En junio apresó al monarca y anunció que el Nuevo Modelo no se disolvería hasta que sus agravios fueran satisfechos. Cromwell se hizo eco del resentimiento que albergaba a sus hombres y se erigió en líder político de los militares. Escribió un borrador, con Ireton y con el general Lambert, de la Representación del Ejército, en la que exigían la purga del Parlamento vigente, el derecho del pueblo a formular solicitudes al Parlamento y a la libertad de conciencia.

En agosto de 1647 el ejército presentó al rey su Catálogo de Propuestas, que serviría como marco de acuerdo. Estas propuestas venían sobre todo de la mano de Ireton, pero representaban las opiniones de Oliver Cromwell y de los independientes. El documento exigía la convocatoria bianual del Parlamento, diez años de control parlamentario de la propiedad y la presencia de los obispos en una Iglesia nacional; no sería obligatorio asistir a servicios religiosos y los protestantes quedarían libres de organizar su propia liturgia; la monarquía continuaría y el rey mantendría derecho de veto sobre la legislación. Era el acuerdo más generoso de los que el rey había recibido hasta entonces, pero lo rechazó.

El rey nunca quiso llegar a un acuerdo salvo en sus propios términos, pero la principal oposición a los líderes militares procedía ahora de los «niveladores» (*levellers*), que temían que los «grandes» (altos oficiales) permitieran al rey volver a gobernar sin las necesarias garantías. Como el ejército había ocupado Londres, los niveladores consiguieron influir sobre amplios sectores del mismo. A través de los «agitadores» lograron presentar el Acuerdo del Pueblo ante el Consejo General del Ejército, cuerpo que representaba a todos los rangos y unidades militares, con la intención de que se debatiera en Putney. Los debates pusieron de manifiesto la gran brecha que separaba a los «grandes» de los agitadores y de los niveladores. El Acuerdo exigía que se aboliera la monarquía y la Cámara de los Lores. Como institución suprema proponía un Parlamento elegido por el pueblo: todos, hasta el más pobre, debían tener voz en la tarea de gobierno. Para Ireton y Cromwell, socialmente conservadores, el derecho al voto quedaba restringido a los propietarios. En noviembre de 1647 Carlos huyó de su cautiverio de Hampton Court y el ejército cerró filas. El motín que se había organizado en dos regimientos en defensa de las ideas propuestas por los niveladores fue rápida y brutalmente reprimido.

La segunda guerra civil y la ejecución del monarca (1648-1649)

Carlos prefirió aliarse con los escoceses en vez de negociar con el Parlamento o con el ejército inglés. En diciembre de 1647 firmó un compromiso con los escoceses en el que aceptaba establecer en Inglaterra el presbiterianismo durante tres años a cambio de ayuda militar. De abril a junio de 1648 Inglaterra vivió una serie de rebeliones contra el Parlamento, pero el rey despertaba pocas adhesiones. Faltos de coordinación, estos levantamientos no consiguieron desembocar en una guerra y pronto terminaron controlados por el ejército. Tampoco supuso una seria amenaza la invasión escocesa que se produjo en julio. Cromwell logró derrotar a las tropas con facilidad; inicialmente la lucha se produjo en los alrededores de Preston. Más adelante Cromwell invadió Escocia.

La derrota sufrida por el monarca hizo más profunda aún la brecha que separaba al ejército de la mayoría de los miembros del Parlamento. Gran parte de la gente ansiaba llegar a un acuerdo con el rey y volver a un gobierno estable, pero había un pequeño grupo (esencialmente dentro del Nuevo Modelo) que se oponía a estos deseos. No eran republicanos y en los debates que se celebraron en Putney el año anterior abogaron por alcanzar el acuerdo con el monarca. Sin embargo, tras la alianza que éste firmó con los escoceses se convencieron de que no tenía ninguna intención de buscar una salida de compromiso. Veían en Carlos al «sanguinario», al «principal autor y responsable de sus problemas», que había planeado los levantamientos realistas mientras negociaba con el ejército y el Parlamento. El Parlamento adoptó un punto de vista distinto y en diciembre votó a favor de que se prosiguieran las negociaciones con el rey. El ejército, a la vista de las circunstancias, decidió iniciar purgas dentro del Parlamento: disolverlo y convocar nuevas elecciones sólo

llevaría al establecimiento de otro Parlamento hostil al ejército. El golpe militar fue organizado por el general Ireton y fue llevado a cabo por el coronel Thomas Pride. El 6 de diciembre se presentó en la puerta de la Cámara de los Comunes y excluyó por la fuerza a 120 miembros. Otros 260 se retiraron voluntariamente, de modo que sólo quedó un Parlamento residual (el Rump), de entre quienes habían integrado el Parlamento Largo. Cromwell fue el inspirador en la sombra de los acontecimientos que siguieron. El Rump nombró un Tribunal de Justicia que acusó a Carlos de traidor. Había poca base legal para los cargos alegados, pero tampoco cabía duda de que, una vez tomada la decisión de juzgar al monarca, éste sería considerado culpable y condenado a muerte. El 30 de enero de 1649, día especialmente frío, Carlos llevaba puestas dos camisas para no tiritar y no dar la sensación de tener miedo. En presencia de una multitud tan silenciosa como condescendiente dispuso la cabeza en el patíbulo y abrió los brazos para indicar al verdugo que procediera. Le cortaron la cabeza de un solo golpe y desde ese preciso instante Carlos se convirtió en mártir.

11. Oliver Cromwell

Oliver Cromwell fue la figura más poderosa de Inglaterra a partir de 1647 hasta su muerte, en 1658, aunque no empezó a gobernar hasta finales de 1653. Hasta ese momento no había habido ningún individuo privado que hubiera llegado al poder para gobernar con tanta autoridad en ninguno de los grandes reinos europeos, nadie había enjuiciado a su soberano legítimo ni lo había ejecutado como a un criminal. Cromwell sigue siendo el único de los estadistas ingleses cuya carrera ha dependido únicamente del poder militar. A través de la conquista, reunió los reinos independientes de Escocia e Irlanda en una única Commonwealth junto a Inglaterra, aunque sus logros fueron efímeros y no dejaron legado alguno.

Cromwell tenía 50 años cuando firmó la sentencia de muerte del monarca. Había vivido durante cuarenta años apartado del mundo en una pequeña hacienda de Huntingdon, ciudad provinciana a la que representaba en el Parlamento de 1628. Tenía sus tierras de cultivo y vivía como hombre libre, hasta que se hizo relevante en el Parlamento Largo de 1641-1642. Cuando los oficiales realistas desencadenaron un complot frustrado y estalló la rebelión católica

en Irlanda, Cromwell solicitó al Parlamento que se hiciera cargo de la milicia local y del ejército que iba a destacarse en Irlanda. Pronto se le identificó con el bando belicista y cuando comenzó la guerra civil rechazó la estrategia defensiva propugnada por el «partido pacifista». Cromwell pensaba que las negociaciones con el monarca debían producirse después de la derrota militar y no al revés. Así logró convertir la Asociación Oriental en el mejor ejército de los parlamentaristas, aunque la política que seguía de encargar los cometidos a quienes se sintieran capaces de hacerlo, sin tener en cuenta el estatus social o las opiniones religiosas de cada cual, levantó ampollas entre algunos de sus superiores más aristocráticos. Desde el primer momento Cromwell dejó ver un genio militar y una valentía indomable que lograba transmitir a otros. Se erigió en el jefe triunfal del Parlamento y salía victorioso de todos los compromisos que asumía.

Las creencias religiosas de Cromwell se filtraban en todo lo que hacía y estaba convencido de estar llevando a cabo la voluntad de Dios. «El Señor se ha dirigido a mí con mano firme y me ha dado instrucciones», escribió en 1648. Hombre justiciero, se enfadaba con facilidad, pero carecía de vanidad y se veía como instrumento débil e imperfecto del Todopoderoso. Defendía la libertad de conciencia y la tolerancia religiosa, lo cual le llevó a entrar en conflicto con los obispos, los escoceses y los presbiterianos ingleses. En una carta que envió al gobernador del Castillo de Edimburgo, criticaba el hecho de que los miembros de la Alianza se opusieran a la tolerancia religiosa: «El supuesto miedo que tenéis a que el error consiga infiltrarse es como si alguien deja todo el vino fuera del país para que los hombres no se emborrachen. Siempre será torpe e injusto privar a un hombre de su libertad natural por suponer que va a abusar de ella». «La libertad de conciencia», manifestó en otra ocasión, «es un derecho natural y el que desee tenerlo debe otorgarlo a los

demás». Pese a lo radical de sus ideas religiosas, Cromwell era socialmente muy conservador. Se declaraba republicano moderado y deseaba mantener «el rango y la jerarquía social por los que se ha conocido a Inglaterra durante años y años: nobles, señores, y hombres libres». Defensor a ultranza del derecho de propiedad, era contrario a los niveladores, que buscaban abolir los diezmos, y sostenía que sólo los propietarios debían tener derecho al voto. Confiaba en la sociedad jerárquica, cuyos males atribuía al pecado, más que a su propia naturaleza. No era la sociedad lo que había que reformar, sino la conducta humana.

El Parlamento residual (el Rump) (1649-1653)

El Rump siguió reuniéndose tras la ejecución del monarca. Los Comunes abolieron la monarquía y la Cámara de los Lores y declararon a Inglaterra como «Commonwealth». La mayoría del país aceptó el cambio a regañadientes: la mitad de los jueces dimitió y gran parte del gobierno local se estancó cuando la baja nobleza se retiró de sus puestos. En 1650 Fairfax, que no había asistido al juicio del monarca ni a su posterior ejecución, dimitió, con lo que Cromwell tuvo el camino libre para convertirse en Capitán General del ejército.

Los realistas y los líderes tradicionales del país no eran los únicos que se oponían a la Commonwealth. Los niveladores, que deseaban «poner el mundo boca abajo», la criticaban porque mantenía inalterada la sociedad. Los niveladores pretendían que todos los varones mayores de 21 años tuvieran derecho al voto, que se convocaran Parlamentos anuales, que se aboliera el diezmo y que la ley se simplificara y se hiciera accesible a todos. El coronel Thomas Rainborough, miembro del Parlamento, declaraba que «el individuo más humilde de Inglaterra tiene derecho a vivir como el más importante» y que nadie debería vivir bajo una legislación a la

que no hubiera dado su consentimiento. Por su parte, John Lilburne, el líder del movimiento que había servido como teniente coronel en la caballería de la Asociación Oriental de Cromwell, no dejaba de atacar al gobierno exigiéndole un programa de reformas radicales destinado a conseguir la redistribución de la riqueza y del poder entre la gente. Se enfrentó al poder ejecutivo y legislativo del poco representativo Rump, declaró a los oficiales «señores del ejército» e instó a los soldados a que los derrocaran y a que tomaran el poder en nombre del pueblo. Lilburne fue arrestado y acusado de traición, pero resultó absuelto por el jurado. Los *diggers*, organización creada por Gerrard Winstanley, también se oponían a la Commonwealth. En 1648 Gerrard había tenido «visiones» que le instaban a proclamar la común propiedad de los bienes. Era un relevante teórico de la política y el que había desarrollado la idea del «yugo normando». Para él el periodo previo a la conquista normanda representaba una edad dorada, en la que los hombres vivían libres e iguales ante la ley, y la tierra era «tesoro común de la humanidad». La conquista impuso la estructura política y social existente, la misma que él pretendía cambiar para establecer un estado de comunismo puro, en el que la tierra fuera propiedad de todos y no hubiera necesidad de leyes ni de Estado. Fue incluso más allá que ningún otro pensador a la hora de dinamitar la sociedad tradicional, criticando con denuedo la compraventa de víveres, el trabajo asalariado y la propiedad privada, aunque nunca reclamó que se desafiara al Estado o que se utilizara la fuerza para deponer a los terratenientes. Seguido de unos cuantos partidarios, empezó a cultivar terrenos baldíos de propiedad pública y a plantar en ellos, pero sus conciudadanos de Surrey, que no aprobaban la medida, le destruyeron los campos. A pesar de que nunca supuso una amenaza real para el gobierno, Winstanley logró hacerse eco de la opinión de los pobres y de quienes quedaban tradicionalmente excluidos de la política.

Con la caída de la monarquía y de los obispos desapareció también toda censura efectiva de la prensa, y esto provocó que las ideas radicales se infiltraran en la religión y en la política. Estas ideas las defendían hombres y mujeres pertenecientes a estratos sociales bajos, cuyas opiniones rara vez se dejaron oír en Inglaterra antes de 1640 o después de 1660. Por entonces los acontecimientos se interpretaban a la luz de las profecías bíblicas y las imágenes milenaristas reinaban por doquier: Cristo iba a llegar a la tierra de manera inminente para gobernar el reino de todos los santos. Las sectas religiosas creían que Dios actuaba a través del individuo y por eso rechazaban la uniformidad eclesiástica impuesta por el Estado sobre aquél. Las congregaciones debían ser autónomas y los ministros, elegidos de entre sus propios miembros. Los grupos más radicales exigían la abolición de los diezmos (por eso atacaban los derechos de propiedad de los terratenientes que los recibían) y proponían que las mujeres pudieran predicar y participar en el gobierno de la Iglesia. En 1647 George Fox, hijo de un tejedor, se lanzó a predicar de manera itinerante y pronto constituyó su Sociedad de Amigos, cuyos miembros eran más conocidos por el nombre de cuáqueros. Su doctrina no se basaba en las Escrituras—los cuáqueros carecían de liturgia y de sacerdotes regulares—, sino en la conciencia individual («la luz interior»), cuya importancia destacaba aquí más que en otras sectas. Todo lo que te dictara la conciencia (actuación de Dios en tu interior) era «correcto». Parece ser que en 1660 ya había entre 400.000 y 600.000 cuáqueros, procedentes sobre todo de los artesanos rurales y urbanos. No convencían a los más pudientes, porque abogaban por suprimir los diezmos, se negaban a quitarse el sombrero en presencia de algún superior y estaban implicados en el radicalismo político. Los *ranters* integraban otra secta religiosa. Éstos creían que quienes recibían la divina gracia (los «salvados», entre los que se incluían) no podían cometer errores ni tenían por

qué observar las leyes humanas. Se les acusaba de promover la promiscuidad sexual, de ser malhablados y borrachos entre otras actividades igualmente pecaminosas. Los *ranter*s aparecieron en 1648, pero no era fácil identificarlos porque no estaban organizados como secta. Gozaron de escasa gloria, perseguidos como fueron por magistrados y ministros presbiterianos, pero tanto George Fox como el baptista John Bunyan les reconocieron muchos seguidores.

La rebelión irlandesa de 1641 no terminó de ser aplastada, porque los ejércitos ingleses estaban preocupados por la guerra civil. Cuando Carlos fue ejecutado, el Rump decidió recobrar el control sobre Irlanda y vengar la masacre de protestantes que se había producido en el levantamiento. En 1649 encargaron a Cromwell que derrotara a los rebeldes, un grupo de coalición entre antiguos realistas ingleses y nativos irlandeses, que asegurara la ascendencia protestante en el Ulster y en Munster y que conquistara todo el territorio irlandés posible. El ejército de Cromwell contaba con unos 12.000 hombres que en conjunto constituían una espléndida fuerza de experimentados combatientes. Atacaron una primera guarnición en Drogheda, 48 km al norte de Dublín. Se trataba de un ejército realista, mayoritariamente protestante, guiado por el duque de Ormonde, que había luchado contra los católicos rebeldes hasta que ejecutaron a Carlos I. El ataque de Cromwell formaba parte de la segunda guerra civil, que había quedado inconclusa. Los defensores del rey no suponían demasiado para las armas de asedio de que disponía. Posteriormente Cromwell dirigió un segundo ataque, esta vez a pie, sobre las ya quebrantadas murallas. En su momento escribió: «Les prohibí [a sus soldados] que dejaran escapar a uno solo de los que fueran armados y creo que esa noche pasaron a cuchillo a unos 2.000 hombres». Al menos 3.000 cayeron en la masacre de Drogheda, muchos de ellos no en la batalla, sino después de haberse rendido. «Esto cívitará que se derrame más sangre en el futuro», dijo con frialdad.

dad. De allí Cromwell pasó a Wexford, donde tuvo lugar una carnicería parecida. En Wexford los soldados que custodiaban la ciudad para la Confederación Irlandesa eran católicos. Fueron ejecutados y con ellos murieron también algunos civiles que cayeron al intentar huir desesperadamente en barcos sobrecargados: muchos se ahogaron y otros fueron capturados en los propios barcos. En Wexford murieron más de 2.000 personas, 300 de ellas ahogadas. Tales niveles de brutalidad no provocaron el efecto deseado de someter a la población irlandesa a base de terror. Por el contrario, lo que consiguió fue que cada metro cuadrado de territorio irlandés fuera defendido con uñas y dientes. Cromwell abandonó Irlanda ensangrentado y abatido a finales de 1649, y aún faltaban tres años para que lograra someter al país. En el acuerdo de 1652 a que se llegó tras la guerra se convino eliminar a los terratenientes irlandeses de todo el país, salvo en la provincia de Connacht, y sustituirlos por ingleses protestantes que se asentarían de manera similar a como lo hicieron los normandos en Inglaterra tras la conquista de 1066. El resto de la población nativa podría quedarse para servir de mano de obra a los nuevos propietarios. El 80 por ciento de la tierra irlandesa pasó a manos protestantes, frente al 40 por ciento que tenían en la década anterior. Cientos de personas fueron ejecutadas por tomar parte en la rebelión, 34.000 soldados irlandeses se contrataron como mercenarios fuera del país y 12.000 fueron trasladados a asentamientos penales de las Indias Occidentales. Irlanda quedó declarada parte de la Commonwealth, aunque nunca hubo ley de unión.

También había problemas en Escocia. Los escoceses no estaban de acuerdo con la purga de Pride ni con la ejecución del monarca; por ello, en 1650 invitaron a ir a Edimburgo a Carlos II, donde lo coronaron rey. Éste aceptó mantener el presbiterianismo en Escocia a cambio del apoyo que había recibido de los escoceses a la causa de la Corona inglesa. Cuando Fairfax se negó a dirigir una fuerza inglesa contra

los escoceses (su mujer era escocesa y presbiteriana y él mismo había luchado junto con los miembros de la Alianza contra Carlos I), Cromwell asumió el mandato como Lord General del Rump y cruzó el Tweed en julio del mismo año. El ejército, debilitado por la enfermedad, fue rodeado en Dunbar. Cromwell decidió atacar antes del amanecer para sorprender al enemigo y alcanzó su más preciada victoria frente a un ejército cuatro veces mayor que el suyo (3.000 ingleses frente a 11.000 escoceses) y con pocas bajas. Unos 4.000 escoceses fueron asesinados y muchos hechos prisioneros. «Dios los hizo carnaza para nuestras espadas», explicó en el Parlamento. Cromwell pronto ocupó Edimburgo y Glasgow sin especial derramamiento de sangre. El general John Lambert ganó una importante batalla en el oeste y en 1651 él y Cromwell derrotaron en Stirling a un enorme ejército escocés. Carlos II se trasladó a Inglaterra sumido en la desesperación y con la confianza de que se produjera un levantamiento general, pero los ánimos no estaban para otra guerra civil y menos para apoyar una invasión escocesa. En septiembre de 1651 Cromwell aniquiló lo que quedaba de las fuerzas realistas en Worcester. Carlos consiguió huir con gran dificultad, llegando a tener que esconderse en la oquedad de un roble. Los escoceses pagaron muy caro haber participado en la guerra y se vieron castigados con altos impuestos: todo lo que uno podía llevarse de Escocia (incluidos los documentos públicos) fue trasladado a Inglaterra. El Rump propuso la unión «voluntaria» de Inglaterra y Escocia, que se hizo efectiva en 1654. Los logros militares que Cromwell había obtenido en Escocia e Irlanda eran espectaculares: en tres años había conseguido en Irlanda lo que los reyes ingleses no habían podido hacer en un siglo.

Al tiempo que la Commonwealth iba alcanzando victorias por tierra, intentó incrementar el poder naval inglés con la construcción o reparación de 77 grandes barcos. El almirante Blake llevó a cabo una auténtica revolución en el

combate naval al sustituir los barcos alquilados a los comerciantes por una flota permanente al servicio del Estado. El control de los mares resultaba vital para mantener la seguridad interior y la influencia internacional. Desde comienzos de siglo se habían producido encontronazos con los holandeses, que competían con Inglaterra por el dominio del transporte comercial europeo y trasatlántico. En 1651, para cortar el comercio holandés con Norteamérica, el Rump aprobó la Ley de Navegación. En ella se declaraba que todas las importaciones deberían hacerse en barcos ingleses o en barcos pertenecientes al país de donde procedían las mercancías. Las exportaciones quedaron restringidas siguiendo principios similares. Esto provocó que estallara la primera guerra anglo-holandesa (1652-1654). En 1652 Blake fue derrotado por el almirante holandés Tromp en Dungeness, pero contra todo pronóstico en 1653 obtuvo victorias en Portland y Beachy Head contra quienes eran considerados invencibles. En la guerra Inglaterra capturó suficientes buques mercantes holandeses como para duplicar su comercio.

A pesar de las victorias obtenidas en casa y en el extranjero el Rump iba concitando serios niveles de impopularidad dentro del país y en el ejército. En 1650 dejó de ser obligatoria la asistencia a la Iglesia nacional, pero no se puede decir que hubiera mayores reformas. El sistema presbiteriano seguía rigiendo la Iglesia desde 1646-1648 y parecía que el único cometido del Rump era mantenerse en el poder. Cromwell quería llevar a cabo una «reforma divina» y esto no se había logrado. Por eso decidió disolver el Rump y el 20 de abril de 1653 entró en el Parlamento anunciando lo siguiente: «Voy a liberaros de estar aquí sentados». Convocó a unos mosqueteros para que retiraran al presidente de la Cámara. «Saca de aquí este trasto», ordenó a un soldado, señalando la maza que simbolizaba la autoridad parlamentaria.

El Protectorado (1653-1658)

Cromwell no estaba nada convencido de que en Inglaterra se pudiera justificar o mantener un gobierno militar. Por ello, junto a sus generales decidió otorgar la autoridad suprema a una asamblea nominada, una «asamblea de santos», compuesta por 140 hombres elegidos uno a uno entre quienes garantizaran fidelidad a la causa divina. La mayoría procedía de la baja nobleza (115 eran jueces de paz), personas moderadas frente a una minoría de religiosos o políticos radicales. Estos últimos deseaban promover la reforma radical de la Iglesia y tras cinco meses de altercados, consiguieron alarmar a la mayoría de los moderados, que devolvieron su poder al Lord General. Ahora estaba claro que era el ejército el que había impulsado a la República y que era éste el que tenía que asumir la responsabilidad de gobierno. Por segunda vez en un año el ejército asumió el mando, pero Cromwell se negó a presidir un gobierno militar y se decantó por encarar una constitución al general Lambert, caballero de Yorkshire y compañero de Fairfax, a través del cual había entrado a formar parte de Nuevo Ejército Modelo. El Instrumento de Gobierno (1653) instituyó un gobierno compuesto por el Lord Protector, el Parlamento y el Consejo. Lambert habría deseado que Cromwell aceptara el título de rey, pero éste lo rechazó, porque los veteranos del ejército no lo veían adecuado, pero también para no dar la impresión de estar buscando sólo el ascenso personal. El Instrumento garantizaba la libertad de culto a todos los cristianos «de paz», salvo a los católicos y a los episcopalianos. Todo el poder ejecutivo recaía en manos del Lord Protector. El Protectorado no era una dictadura militar, ya que el poder del propio protector estaba sometido a numerosas restricciones, que Cromwell agradecía. En el Consejo siempre hubo mayoría de civiles frente a oficiales en activo; éstos representaban una exigua minoría de los jueces de paz, que habían recuperado el go-

bierno local. El tamaño del ejército se fue reduciendo progresivamente.

La falta de popularidad del régimen se hizo patente en las elecciones parlamentarias, en las que muchos presbiterianos consiguieron escaño. Cromwell se encontró en una situación prácticamente inviable. Para llevar a cabo la reforma moral necesitaba el apoyo del ejército, pero los dirigentes tradicionales, la baja nobleza, veían en él un peligro muy serio que amenazaba la autoridad del Parlamento, su propia supremacía en el gobierno local, la posibilidad de mantener impuestos reducidos y el control que ellos ejercían sobre la Iglesia. Es decir, Cromwell sólo obtendría la colaboración del Parlamento si cortaba los vínculos que le unían al ejército, lo cual podría desencadenar una revuelta en el seno de éste que diera al traste con toda esperanza de reforma. La nación no quería que el ejército se entrometiera en la política; ni siquiera fue bien recibido por la nobleza y los presbiterianos lo que podemos considerar su mayor éxito interno: la organización de la vida religiosa. Cromwell ejerció un mínimo control estatal y toleró gran diversidad de prácticas religiosas. Por primera vez en Inglaterra se permitía que la iniciativa de culto surgiera de abajo, aunque en realidad esto no hizo variar demasiado lo que se hacía en la mayoría de las parroquias. Hasta los católicos dejaron de ser perseguidos oficialmente, siempre que no amenazaran el orden público. Los judíos fueron readmitidos en Inglaterra, aunque no recibieron el derecho de ciudadanía.

Poco después de que terminara la guerra con Holanda en 1654, Cromwell decidió abrir un nuevo frente bélico contra España, atacando las colonias que este país tenía en el Caribe. El ataque sobre la Española (Santo Domingo) resultó un fiasco y Cromwell tuvo que conformarse con tomar Jamaica, aunque sus tropas sufrieron terribles bajas a causa de la disentería y de otras enfermedades tropicales. Pasado el tiempo su conquista sería importante como base del comercio ilícito con el Imperio Español, pero en su momento no com-

pensaba la pérdida de intercambios comerciales que supuso, entre Inglaterra y la península Ibérica y el resto del Mediterráneo. Es cierto que se capturaron algunos barcos españoles llenos de tesoros, pero en general debe decirse que la guerra fue un fracaso muy caro. Como siempre Cromwell vio la mano de Dios en su infortunio. «Tenemos razones para sentirnos humildes», dijo, «porque Dios ha reprobado nuestra acción en Santo Domingo». Y esto le convencía aún más de que la «libertad y la prosperidad de la nación depende de la reforma [moral]». Para alcanzar su objetivo nombró generales encargados de supervisar las distintas localidades y de ejecutar «las leyes que prohibían beber, blasfemar [...] jurar en vano y maldecir». No duraron más de un año y resultaron detestados por todos. Su nombramiento se inscribía, como el del Parlamento nominado, entre los intentos de establecer la ley divina sobre una nación que no estaba regenerada; la idea era que el gobierno debía buscar «el bien de la gente y no aquello que les agrada». Los generales y el gobierno del Protectorado intentaron obligar a que se observara el rito del *Sabbath* y que se respetaran las leyes que desde época Tudor prohibían el juego; cerraron teatros durante años, impedían las carreras, las peleas de gallos, impusieron la censura y suprimieron las prácticas «primitivas» o supersticiosas, como podía ser bailar el Mayo o celebrar la Navidad. Aunque muchas de estas prohibiciones no eran nuevas, a ojos de todos Cromwell se convirtió en el «aguafiestas». Cosa que tampoco era totalmente cierta, ya que en su casa él y los suyos consumían cantidades muy considerables de vino, escuchaban música secular y promovían a los artistas. Era imposible suprimir los entretenimientos tradicionales y pretender que Inglaterra se convirtiera en «tierra de santos y modelo de impecabilidad para el mundo», como ansiaba el puritano Richard Baxter. «De cada veinte, no hay ni uno [...] que acuda a un lugar de culto el día del Señor», comentaba un quejumbroso ministro a su general. Poco a poco dejó de

insistirse en que había que acudir obligatoriamente a los servicios religiosos que, además de no seguir una liturgia ortodoxa y uniforme, quedaron restringidos a pequeños grupos de creyentes. Cromwell no alteró en lo sustancial el sistema de gobierno existente: el sistema legal y el gobierno local permanecieron prácticamente inalterados. Se mantuvieron los derechos de propiedad, el mecenazgo y los diezmos, y se defendió el orden social vigente. Pero también es cierto que Cromwell no basaba su autoridad en el acuerdo ni en el consentimiento; estaba seguro de que un Parlamento sometido a elecciones libres restauraría la monarquía. Cromwell gobernaba convencido de estar realizando la voluntad de Dios y gobernaba de manera arbitraria, a veces encarcelando a la gente sin juicio previo. Si el Parlamento no le proporcionaba dinero suficiente, aumentaba los impuestos por decreto. Convocó su segunda sesión parlamentaria en 1656 para pagar la guerra española, pero excluyó de la convocatoria a quienes se oponían al régimen. En esta ocasión no tuvo más éxito que en la anterior convocatoria, con lo cual disolvió al Parlamento. A partir de ahora estaba claro que sólo Cromwell conseguía aunar el gobierno. Sin embargo, en agosto de 1658 murió su hija predilecta, y este acontecimiento le restó muchas ganas de vivir. Cuando George Fox, el líder de los cuáqueros, le visitó, «vio y sintió un halo de muerte que avanzaba hacia él y cuando se le acercó le dio la impresión de estar ante un cadáver». La salud de Cromwell se deterioró con rapidez; nombró sucesor a su hijo Richard, su primogénito, y murió el 3 de septiembre de 1658.

Fin de la República (1658-1660)

Tras la muerte de Cromwell la monarquía aún tardó dos años en volver a Inglaterra, ya que la gente no sentía especial entusiasmo por los Estuardo. De septiembre de 1658 a di-

ciembre de 1659 los principales grupos políticos no lograron asentar un acuerdo constitucional: el país se enfrentaba a la anarquía política y económica. Por ello durante el invierno de 1659-1660 la mayoría de la gente se fue convenciendo de que para lograr la estabilidad debía restaurarse la monarquía. Richard Cromwell carecía de arrojo y de ambición suficiente y no lograba sostener el gobierno. En abril de 1659 el Parlamento decidió despojar al ejército de poder político, con lo que el ejército obligó a Richard a disolverlo. El Rump fue convocado de nuevo en mayo, pero fue desautorizado en octubre por haber propuesto purgas en el ejército. Richard también fue marginado por el ejército, pero los militares estaban divididos. El general Monck, encargado del ala escocesa, se decantó a favor del Rump y entró en Inglaterra. Pronto se dio cuenta de que las divisiones entre los militares eran demasiado profundas y de que el Rump gozaba de muy pocas simpatías como para gobernar, por lo que no había más alternativa que la de restaurar la monarquía de los Estuardo. Monck entró en negociaciones con el príncipe Carlos y logró que volviera. En 1660 la República se desmoronó al no poder garantizar durante más tiempo ni la estabilidad ni la seguridad pública.

12. Restauración y revolución

Durante mucho tiempo se ha creído que los acontecimientos de los años cuarenta y cincuenta del siglo xvii inglés habían debilitado tanto la monarquía que la institución tuvo que desenvolverse por caminos un tanto singulares y distintos a los observados en otros países europeos: aquí los monarcas derivaron hacia el absolutismo, mientras que en Inglaterra los reyes y las reinas vieron más limitado su poder. Esto no es absolutamente cierto, ya que el Parlamento de Caballeros (1661-1679) mantuvo intactos los poderes de Carlos II (1660-1685) y abandonó la pretensión de nombrar ministros y cargos militares, que habían tenido Parlamentos anteriores (1641-1642). Con todo, el conflicto político y la inestabilidad fueron apoderándose poco a poco de la Inglaterra de la Restauración precisamente porque aún seguía viva buena parte de las causas que habían provocado la tensión religiosa y política de los primeros Estuardo. Es decir, se seguía temiendo al absolutismo y al papado. Los Estuardo más tardíos, como sus predecesores medievales, además de reinar gobernaban y eran responsables de la creciente desconfianza imperante y de las dos crisis políticas que se vivieron en el país en 1678-1681 y en 1688-1689, tan graves como las que tuvo que afrontar Carlos I.

El acuerdo de Restauración

Mientras estuvo exiliado en Holanda Carlos firmó la Declaración de Breda, un documento elaborado con gran perspicacia y en el que incluía aspectos que podían satisfacer a las distintas facciones, siquiera parcialmente. El miedo a que se estableciera un reinado de terror para los enemigos de los realistas quedó disipado con la concesión de una amnistía general; el problema de la confiscación de tierras quedaría en manos del Parlamento, con lo que los realistas confiaban en recuperar sus posesiones; y con la promesa de «conceder libertad para enternecer los corazones» los independientes vieron abierta la puerta de la tolerancia religiosa. Por todo ello, el día que el rey regresó a Londres recibió una bienvenida multitudinaria. El vino corría por las calles, los palacios ubicados a orillas del Támesis ofrecían barra libre y por la noche el cielo se cubrió de fuegos artificiales en los que se quemaban efigies de Cromwell.

Carlos influyó mucho para que el Parlamento aprobara una Ley de Amnistía y Olvido, que amnistiaba a todos excepto a quienes habían firmado la sentencia de muerte de Carlos I. Esto no evitó que algunos realistas vengativos desenterraran y desmembraran los cadáveres de Cromwell y de Ireton. La cabeza de Cromwell quedó expuesta públicamente en un mástil delante del Palacio de Westminster durante veinticinco años. Se produjeron once ejecuciones públicas. El Parlamento llevó a cabo con rapidez los términos del acuerdo y todas las leyes firmadas por Carlos fueron confirmadas. Esto significaba que se habían terminado los tribunales especiales y los consejos regionales y que Carlos II tendría que respetar la Ley Trienal. Ni siquiera los más fervientes realistas se movieron para proporcionar al rey un ejército regular, con lo cual al ejército se le pagó todo lo que se le debía y quedó desmantelado, tras el periodo más largo de ocupación militar que se había vivido en Inglaterra desde la conquista normanda. El rey, la Cámara de los Lores y los obispos volvieron cada

uno a sus puestos. Y el episcopado se restauró también en Escocia. Las tierras de la Iglesia y la Corona que la República había vendido también fueron devueltas.

Carlos era encantador, inteligente, indolente y famoso por anteponer el placer a cualquier otra consideración. Reconoció catorce hijos ilegítimos, coqueteaba abiertamente con sus amantes y prefería asistir a una carrera de caballos en Newmarket o visitar los burdeles de Covent Garden que atender las tediosas tareas de gobierno. Pero a pesar de todo, mostró un enorme valor a la hora de construir un régimen de amplia base. No concedía puestos de favor a sus amigos ni a los de su padre y en todos los niveles de gobierno el poder estaba repartido, en el Consejo, en la corte, en la administración o en el gobierno local. Los realistas, los parlamentaristas, los cromwellianos, todos encontraron su sitio. Carlos eliminó los intentos parlamentarios de castigar severamente a los enemigos de la monarquía. El rey deseaba contar con una Iglesia anglicana global, que incluyera a los presbiterianos, pero no pudo conseguirlo porque el Parlamento de Caballeros había decidido restaurar la supremacía anglicana en un marco de intolerancia. La Ley de Corporación (1661) establecía que los funcionarios municipales que no recibieran los sacramentos anglicanos fueran desposeídos de sus puestos. Esta ley continuó vigente hasta 1828. Por su parte, la Ley de Uniformidad (1662) exigía que los clérigos fueran ordenados por obispos y que en los servicios religiosos se utilizara únicamente el Devocionario. Los mil ministros que se negaron a aceptar estas condiciones fueron expulsados. La Ley de los Conventículos (1664) prohibió los servicios religiosos que no fueran los de la Iglesia anglicana, aunque a partir de 1670 esto dejó de cumplirse. La Ley de las Cinco Millas (1665) prohibía que los clérigos disidentes vivieran en un radio de cinco millas de la ciudad; es decir, se les excluía así de las bases urbanas, sobre todo de Londres, aunque esta medida tampoco era fácilmente aplicable.

Las guerras anglo-holandesas (1665-1667, 1672-1674)

Tanto los ingleses como los holandeses pretendían obtener mayor proporción del comercio mundial a costa del otro. Los holandeses no querían compartir el lucrativo comercio que mantenían en África Occidental, mientras que los ingleses intentaban mantener a los holandeses al margen del comercio con Norteamérica y para ello aprobaron una ley en 1663, según la cual los colonos ingleses debían importar bienes europeos exclusivamente desde Inglaterra y tenían que hacerlo en barcos ingleses. Un año más tarde los ingleses tomaron Nueva Amsterdam, posteriormente rebautizada como Nueva York, por Jacobo, duque de York, almirante y hermano de Carlos II. El Parlamento proporcionó una enorme suma de dinero para barcos, de manera que cuando empezó la guerra Jacobo había conseguido reunir la armada más grande de la historia inglesa, con la que en 1655 obtuvo la importante victoria de Lowestoft. Pero esto no trajo consigo el fin de las hostilidades. La alianza de holandeses y franceses provocó la división de la armada inglesa. En junio de 1666 se libró la batalla de los Cuatro Días. Ingleses y holandeses sufrieron enormes pérdidas. El hastío de la guerra fue en aumento sobre todo cuando se produjo la Gran Peste de Londres, la última de las que hubo en Inglaterra de ese cariz, en la que murieron unas 56.000 personas, según se cree, y a la que siguió el gran incendio de la ciudad, en 1666. El incendio comenzó cerca del Puente de Londres y, alentado por el viento del Este, devoró todo edificio de madera que encontraba a su paso. La Torre sobrevivió a las llamas, pero la vieja catedral de St. Paul y el Guildhall cayeron, como otros 13.000 edificios. La mayoría de los hitos urbanos de Londres desaparecieron y unas 100.000 familias quedaron sin hogar. El coste estimado de la reconstrucción fue de diez millones de libras, ocho veces los ingresos anuales de la Corona. A estas catástrofes había que añadir los impuestos tan elevados

que exigía la guerra, el declive de la actividad comercial y la situación de práctica bancarota en la que se veía sumida la Corona. El rey comenzó las negociaciones de paz en mayo de 1667 y reunió la flota en Chatham. Esto precisamente dio su oportunidad al almirante holandés De Ruyter. Rompió la barrera que impedía a los barcos entrar en el Medway, avanzó hacia los barcos anclados en Chatham y bombardeó a la flota que permanecía allí estacionada e inactiva; incendió tres enormes buques de guerra y retiró el *Royal Charles*, el buque insignia del rey. Tras semejante humillación, la guerra se dio por terminada en el Tratado de Breda. Nueva York y Nueva Jersey pasaron a manos británicas, aunque en aquel tiempo eran territorios sin importancia.

Inglaterra dejó pronto de ser enemiga de los holandeses para convertirse en su aliada, cuando Luis XIV invadió los territorios españoles de los Países Bajos. El monarca reclamaba su derecho sobre ellos en nombre de su mujer, hija de Felipe III. En 1667 los franceses les derrotaron. Ahora las Provincias Unidas se veían amenazadas por Francia, con lo que De Witt tuvo que abandonar su alianza con este país para asociarse en su lugar con Inglaterra y Suecia. Este paso indujo a que Luis retirara a Carlos II de la alianza. Durante la guerra holandesa Carlos había perdido un tercio de sus ingresos regulares, fundamentalmente por la reducción de tasas aduaneras que supuso la interrupción del comercio. Como en 1670 su deuda ascendía a dos millones de libras, agradeció la entrada de dinero francés. En el Tratado de Dover, Luis se comprometió a pagarle a Carlos un subsidio anual durante la guerra con Holanda y a concederle parte del imperio holandés. Pero aún más importantes eran las cláusulas secretas: Carlos se comprometió a permitir la práctica del Catolicismo y a anunciar que se convertiría a esta religión «en cuanto lo permitan los asuntos de Estado». Cuando en 1674 Carlos afirmó en el Parlamento que no había cláusulas secretas los diputados se dieron cuenta de que

le temblaba la mano. La alianza francesa despertaba muchas hostilidades, ya que a ojos de muchos ingleses Carlos se estaba asociando con el papado y el absolutismo, con lo cual le resultó mucho más difícil ganarse la confianza parlamentaria en la década de los setenta que en la anterior. Las dificultades se hicieron aún mayores, cuando dos días antes de declarar la guerra a los holandeses, firmó una Declaración de Indulgencia, que suspendía las leyes penales, permitía a los católicos observar sus ritos en privado y ofreció licencias a los disidentes para que pudieran mostrar sus creencias públicamente.

Cuando Luis invadió las Provincias Unidas, los holandeses abandonaron sus principios republicanos y nombraron príncipe gobernador a Guillermo de Orange; sus consejos resultaron muy útiles: los holandeses mantendrían a los franceses en la bahía, arrasando sus propios diques e inundando sus tierras. Las batallas marítimas eran tremendas, pero no concluían a favor de nadie. Uno y otro bando sufrieron notables pérdidas, pero los holandeses impidieron que los ingleses atracaran en sus costas. Los diputados estaban enfurecidos. La propaganda holandesa hacía ver que tras la guerra se escondía una conspiración católica organizada por Luis XIV y los ministros ingleses pagados por Francia. Carlos le había cedido a Francia el control de su política exterior a cambio de una pensión. Los anglicanos y los disidentes olvidaron las diferencias que los separaban por miedo al Catolicismo y atacaron el poder de la Corona. En marzo de 1672 el Parlamento hizo que Carlos cancelara su Declaración de Indulgencia y ese mismo año aprobó la Ley de Prueba, que obligaba a todos los que ocupaban algún puesto oficial, incluidos los diputados, a comulgar de acuerdo con la Iglesia de Inglaterra y a negar la transubstanciación (como la Ley de Corporación, esta ley siguió vigente hasta 1828). Ante este hecho Jacobo, duque de York, que se había convertido al Catolicismo, dimitió de su cargo de almirante en jefe.

La sucesión al trono se convirtió en asunto de extrema importancia. En 1662 Carlos II se había casado con la portuguesa Catalina de Braganza pero no tuvieron hijos, por lo que Jacobo se convertía en heredero al trono. La primera esposa de éste, Ana Hyde, hija del conde de Clarendon, había muerto en 1671, y dejado dos hijas, María y Ana, que se educaron en el Protestantismo. En 1673 Jacobo volvió a contraer matrimonio, esta vez con una princesa católica, María de Módena. Como el Parlamento se negó a conceder más dinero para la guerra, Carlos firmó la paz con los holandeses en 1674.

La crisis de la exclusión

La histeria anticatólica alcanzó nuevas cotas en Londres cuando se produjo el mítico complot papista de 1678. Titus Oates, ministro anglicano y pequeño delincuente, aseguraba que los jesuitas franceses de Londres iban a asesinar a Carlos II para poner en el trono a Jacobo, el católico duque de York. Ello implicaría el ascenso de los católicos y una posible invasión francesa. De hecho no había riesgo alguno de que se produjera un levantamiento católico, ya que éstos conformaban un 1-2 por ciento de la población y eran muy fieles, pero las dudas se propagaron sobre todo cuando apareció asesinado el juez de paz que había recogido las primeras declaraciones de Oates; la gente pensó que había sido asesinado por los católicos para impedir más revelaciones que atentaran contra ellos. Como consecuencia treinta y cinco inocentes fueron juzgados y ejecutados por haber tomado parte supuestamente en el complot. La histeria duró poco, pero afectó a la corte, en la que la reina y el duque de York eran católicos practicantes y no lo ocultaban, manteniendo incluso a su alrededor a un grupo de sacerdotes. La credibilidad de Oates se desvaneció pronto. En 1685 fue juz-

gado por perjurio y condenado a cadena perpetua, pero obtuvo la libertad en 1688.

El complot papista se mezcló con la crisis de la exclusión cuando el Parlamento aprobó un proyecto de ley por el que se excluía de la sucesión al duque de York, y Carlos lo disolvió. La Cámara de los Comunes del siguiente Parlamento, firme en su criterio de defender la exclusión y partidaria de limitar la prerrogativa real, aprobó otro proyecto de ley en términos similares. El Consejo recomendó a Carlos que lo admitiera, pero el rey creía que la exclusión iba a cambiar la naturaleza de la monarquía, que dejaría de ser una institución hereditaria, de designación divina, y pasaría a ser un cargo elegido y limitado que fácilmente derivaría en una nueva Commonwealth. En la Cámara de los Lores, en la que la presencia del rey ejercía cierta intimidación, el proyecto de ley fue rechazado y el Parlamento quedó nuevamente disuelto. La clase gobernante se encontraba en este momento dividida por razones religiosas. Los exclusionistas, que más tarde se llamarían *whigs*, estaban próximos a los disidentes y criticaban la intolerancia de la Iglesia anglicana. Los que se oponían a la exclusión se llamaban *tories* y querían proteger la Iglesia anglicana. Muchos tenían más miedo a la rebelión que al papado y creían que la exclusión conduciría a la guerra civil. La tesis de la exclusión perdió fuerza desde el momento en que Carlos no volvió a convocar un Parlamento de 1681 a 1685 y apostó por seguir cobrando de los franceses. Carlos y Jacobo se vengaron de sus oponentes, algunos de los cuales fueron ejecutados por haber tomado parte supuestamente en el frustrado complot de la Casa de Rye, que pretendió asesinar al rey y al duque cuando regresaban de Newmarket. Carlos había sobrevivido a la única amenaza seria que se había alzado contra su autoridad en la crisis de la exclusión y cumplió el compromiso que había contraído con Luis XIV convirtiéndose al Catolicismo cuando se encontraba en el lecho de muerte.

La Gloriosa Revolución

Como Jacobo II (1685-1688) había prometido gobernar respetando la legislación y mantener la independencia de la Iglesia anglicana, no tuvo especiales problemas en acceder al trono. Si cumplía estas garantías, tendría amplio apoyo, ya que nadie deseaba otra guerra civil. La heredera era su hija María, de educación protestante, que en 1677 se había casado con Guillermo de Orange (calvinista holandés). Por su parte, Jacobo era un católico celoso que luchaba por que los católicos pudieran celebrar su propia liturgia abiertamente y participar de pleno derecho en la vida política del país. Para ello confiaba en ganarse apoyos ofreciendo mayor tolerancia también frente a los disidentes.

Lo primero que tuvo que atajar fue una rebelión llevada a cabo por el duque de Monmouth, uno de los hijos bastardos de Carlos I. Monmouth estaba exiliado en Holanda, desde donde le convencieron para que invadiera Inglaterra. En junio de 1685 atracó en Dorset, y arrastró con él al sector de artesanos (muchos disidentes) de la deprimida industria textil del oeste del país, porque la baja nobleza no tenía especial intención de colaborar. Consiguió reunir un ejército de unos 3.000 soldados de infantería, todos inexpertos; como semejante fuerza no podía competir con el ejército nacional, intentó llevar a cabo un ataque sorpresa en Sedgemoor (Somerset) aprovechando la noche. Sus tropas fueron derrotadas, Monmouth fue apresado y ejecutado. Ésta fue la última rebelión popular que tuvo lugar en Inglaterra y no supuso realmente ninguna amenaza para la Corona, pero se hizo famosa por los juicios sangrientos a que dio lugar. El juez Jeffreys, brutal y vengativo, coaccionaba a los defendidos e intimidaba a los jurados. Fueron condenados a muerte trescientos rebeldes (los ahorcamientos y los descuartizamientos se prolongaron meses y meses) y muchos más a la deportación, lo cual equivalía prácticamente a morir en las Indias Occidentales.

Jacobo pretendía suprimir la Ley de Prueba, por la que los católicos quedaban excluidos de puestos administrativos, pero el Parlamento además de realista era anglicano y no quiso saber nada del tema. El monarca recurrió entonces a su prerrogativa para eximir a determinados individuos de la aplicación de leyes penales. Sustituyó a la mitad de los jueces y a 250 jueces de paz por católicos, integró en su Consejo Privado a cuatro católicos y también nombró oficiales católicos en el ejército. Jacobo aplicó esta misma política en Irlanda, donde nombró Lord Lieutenant al conde de Tyrconnell, principal valedor de la causa católica. El ejército irlandés empezó a admitir oficiales y soldados católicos y los *sheriffs* protestantes fueron sustituidos por católicos. Todo esto tenía lugar en la época en que Luis XIV revocaba el Edicto de Nantes, que durante casi un siglo había controlado la persecución de los protestantes en Francia. La revocación provocó que llegara a Inglaterra un flujo de emigrantes franceses, todos con terribles historias que contar.

En 1688 se produjeron dos hechos que aunaron a todos los dirigentes protestantes contra Jacobo. En abril el monarca promulgó la Declaración de Indulgencia, por la que quedaban suspendidas las leyes penales que atentaban contra los católicos y los disidentes, y un mes después el Consejo Privado del rey obligó a los sacerdotes a que leyeran la Declaración en sus iglesias. El arzobispo Sancroft y otros seis obispos se negaron a hacerlo, por lo que fueron acusados de sedición, pero quedaron absueltos por el jurado. Londres estalló en júbilo. El segundo acontecimiento tuvo consecuencias aún más tristes tanto para la Corona como para el país. El 10 de junio la reina María dio a luz un hijo, Jacobo Eduardo Estuardo, lo cual abría la posibilidad de que el gobierno católico se prolongara indefinidamente. Ante tales perspectivas siete líderes protestantes, *whigs* y *tories*, escribieron a Guillermo de Orange ofreciéndole su apoyo, si éste organizaba un ejército que invadiera Inglaterra. Nadie mencionó el

derrocamiento del rey, pero muchos vieron en las cartas un oculto delito de alta traición y todos temían que estallara la guerra civil. Para Guillermo de Orange la oferta representaba un dilema, ya que Luis XIV había movilizado sus fuerzas contra las Provincias Unidas. A Jacobo le pagaba Luis; por tanto, la alianza anglo-francesa obligaría a Guillermo a tener que luchar en dos frentes. Al final, Guillermo decidió aceptar la invitación de invadir Inglaterra. Tenía que actuar con celeridad, para impedir que sus mejores regimientos estuvieran en Inglaterra cuando Luis invadiera los Países Bajos. Desembarcó en Devon con una fuerza de 20.000 hombres y 500 barcos, asumiendo un gran riesgo, pero con la idea de obtener después ayuda inglesa, naval, militar y financiera en su lucha contra Luis XIV. Jacobo contaba con un ejército profesional de unos 20.000 soldados y una milicia aproximadamente igual. Frente a las recomendaciones del Consejo Real, el monarca abandonó Londres y se trasladó a Salisbury, donde perdió el juicio y se sumió en una absoluta crisis mental. Dos de sus principales comandantes, John Churchill y el duque de Grafton, se pasaron al bando enemigo, y Jacobo tuvo que huir a Francia. Luis prometía restaurarle en el trono con ayuda del ejército y Guillermo amenazaba con no proteger a Inglaterra a menos que compartiera el trono con su esposa: ante esto, el país no tenía opción. Prácticamente todos los *whigs* y la mayoría de los *tories* apostaron por que Jacobo abdicara y cediera el trono a Guillermo y a María. La Gloriosa Revolución de 1688 fue más inesperada y menos buscada que la Gran Rebelión de 1642, pero sus resultados iban a tener mayor alcance.

En 1689 el Parlamento aprobó la Ley de Derechos por la que se declaraba ilegal el poder de la Corona de suspender el Parlamento y se prohibía la existencia de ejército regular en tiempos de paz. Pero lo verdaderamente revolucionario era que establecía una nueva línea de sucesión en caso de que María no tuviera hijos: Jacobo y su hijo quedaban excluidos

en favor de Ana y de los herederos de ésta. Además instauraba como novedad que los católicos no podían gobernar y que ningún dirigente podía estar casado con alguien católico. En definitiva, sustituyó el derecho hereditario por la voluntad popular, expresada a través del Parlamento. Ese mismo año el Parlamento aprobó la Ley de Tolerancia, que permitía a los protestantes no anglicanos celebrar servicios religiosos en sus capillas, aunque no suprimía la inhabilitación de los noconformistas (denominación que recibían ahora los disidentes) para puestos administrativos. El monopolio político de que disfrutaban los anglicanos seguía siendo evidente, pero los noconformistas podían evitarlo si aceptaban recibir una vez al año los sacramentos en la Iglesia anglicana, y seguir con sus liturgias el resto del tiempo. Sin pretenderlo y como principal consecuencia, la ley benefició a quienes no seguían ninguna religión. Guillermo deseaba contar con una Iglesia abierta a todos y suprimir las Leyes de Prueba y de Corporación, pero el Parlamento, que era mayoritariamente anglicano, no lo aceptaba. Hasta el siglo xx el rito anglicano siguió apoyándose en el Devocionario de 1662, pero el reconocimiento legal de la libertad de culto (excepto para los católicos) superó lo que por entonces era normal en Europa. Para Voltaire éste fue el elemento crucial que permitió después desarrollar una sociedad libre. Y todo ello vino como consecuencia de la Revolución.

Guillermo no se encontró seguro hasta que no sofocó ciertos levantamientos jacobitas en Irlanda y Escocia. Luis XIV se negó a reconocer a Guillermo III (1689-1702) como rey de Inglaterra y financió la invasión de Irlanda de 1689, liderada por un Jacobo muy poco convencido. Al mando del conde de Tyrconnell, los católicos tomaron el gobierno irlandés. El ejército, que durante generaciones había defendido a los colonos protestantes, se puso a favor de la mayoría desposeída. Jacobo desembarcó en Kinsale con un ejército inglés y pronto llegó a Dublín. En tres meses consi-

guió controlar todo, menos unas cuantas guarniciones que permanecían bien protegidas en el Ulster. Aquí se abría la posibilidad de romper el dominio que los protestantes ingleses ejercían en el país. El Parlamento irlandés que Jacobo convocó declaró la independencia de Irlanda. Guillermo comprendió que era necesario asegurar Irlanda antes de enviar el ejército al continente. La primera campaña inglesa fue desastrosa. La expedición que enviaron para liberar Londonderry no consiguió entrar; la guarnición resistió prácticamente sin comer durante dos meses hasta que fue liberada, momento en el que de los 7.000 soldados quedaban 3.000. Guillermo decidió mandar personalmente un ejército, para lo que contrató a 7.000 hombres en Dinamarca que debían unirse a los regimientos holandeses y alemanes que antes había traído a Inglaterra y a voluntarios ingleses. En junio de 1690 desembarcó en Irlanda el rey inglés, el primero que ponía pie en esta tierra después de 300 años; se dirigió a Drogheda, al norte de Dublín, en la orilla meridional del río Boyne. Y allí tuvo lugar la mayor batalla campal irlandesa. El final lo decidió un ataque frontal que llevó a cabo durante todo un día el ejército de Guillermo, más numeroso. Los jacobitas se retiraron de manera ordenada y Guillermo quedó demasiado cansado como para perseguirlos. Jacobo se refugió en Dublín y dos días después cogió un barco en dirección a Francia. La única amenaza seria que se cernía sobre el gobierno de Guillermo había desaparecido, pero como la guerra aún no había terminado, el rey regresó a Inglaterra. La campaña final vino a demostrar que Irlanda formaba parte de un conflicto europeo más amplio. En julio de 1691 las fuerzas irlandesas que estaban bajo mando francés fueron derrotadas en Aughrim por un ejército inglés liderado por un holandés. Éste fue el último foco de resistencia jacobita: entre los 7.000 caídos en combate había muchos que pertenecían a las familias católicas más importantes. La guerra terminó con el Tratado de Limerick. A los soldados ir-

landeses que habían luchado contra Guillermo se les permitió ir a Francia; salieron 12.000 dispuestos a luchar a favor de Luis XIV. La aplicación de la Ley de Prueba al Parlamento irlandés aseguraba que la institución tuviera mayoría protestante y allanaba el camino para la legislación anticatólica que se impondría más adelante para asegurar la influencia protestante.

El acuerdo a que se llegó tras la revolución en Escocia fue igualmente decisivo a la hora de conformar el futuro del país. En 1685 se reunió en Edimburgo un Parlamento escocés que promulgó el Claim of Right (Proclama de Derechos), equivalente escocés de la Ley de Derechos inglesa. Según este documento Jacobo declaró por escrito que los católicos-romanos no podrían ocupar el trono de Escocia. Guillermo y María fueron invitados a ceñir la corona del país y aceptaron. Guillermo recibió presiones para reinstaurar la Iglesia presbiteriana y el Parlamento suprimió los obispos. En las Highlands se produjeron diversos alzamientos jacobitas, porque el sistema de clanes, en el que los terratenientes debían servicio militar a los jefes de clan, consiguió convertir este territorio en el único de todas las islas Británicas capaz de organizar grandes cuerpos de hombres armados contra el gobierno. Las tropas gubernamentales fueron puestas en fuga en el puerto de Killiecrankie, lo cual fue sólo el comienzo de dos años de atrocidades y revanchas que terminaron con el agotamiento de uno y otro bando. Guillermo ofreció una amnistía a los clanes de las Highlands si se comprometían a firmar un pacto de alianza antes del primero de año de 1692. La mayoría lo hizo, pero los Macdonald de Glencoe firmaron el juramento seis días más tarde. Sir John Dalrymple, secretario escocés, decidió dar un escarmiento a esta rama de los Macdonald y «extirparlos» de allí. Y para conseguirlo envió una fuerza de Campbell, seculares enemigos de los Macdonald. Una vez recibida la tradicional bienvenida de las Highlands por parte de los Macdonald se volvieron

contra sus anfitriones y asesinaron a cuarenta de ellos. La masacre de Glencoe tuvo el efecto contrario al deseado. La reputación de Guillermo cayó por los suelos: no es que hubiera autorizado la acción, pero no quiso castigar a los responsables. Las Highlands quedaron como territorio ingobernable, terreno abonado para los rebeldes jacobitas que habrían de nacer en los cincuenta años siguientes.

La guerra del rey Guillermo (1689-1697)

La Gloriosa Revolución produjo un giro notable en la política exterior inglesa. Durante años uno tras otro los gobernantes –Cromwell, Carlos II, Jacobo II– habían estado en contra de los holandeses y a favor de los franceses. Después de 1688 Francia se convirtió en principal enemigo y constante rival en la lucha por la supremacía marítima. Inglaterra se vio inducida a una continua lucha continental y colonial que se desarrollaba a una escala desconocida desde la época de Isabel I, y que agobiaba mucho a Guillermo. Tenía que compatibilizar sus responsabilidades como rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda, como Capitán General de las Provincias Unidas holandesas, y como líder de la Gran Alianza de Estados contra Luis XIV. Asmático incurable, su salud fue resintiéndose de tanto combate (estuvo en guerra diez de los trece años de reinado), especialmente después de que su esposa muriera de varicela a los cinco años de llegar al trono.

El principal objetivo de Guillermo era contrarrestar las políticas expansionistas de Luis XIV en los Países Bajos e impedir que surgiera un nuevo imperio borbónico a partir de la unión de las monarquías francesa y española. Por todo ello, en Inglaterra se le miraba con cierto recelo, puesto que daba la impresión de estar más preocupado por el bienestar holandés que por el de su nuevo reino. Los intereses comerciales de Inglaterra requerían que se diera una respuesta vi-

gorosa a la competencia francesa y que se abriera la posibilidad de comerciar con el Imperio Español. Pero ninguna de estas cosas habría desembocado en guerra (teniendo en cuenta lo cara que salía) si no se hubieran mezclado con la cuestión dinástica. La guerra de los Nueve Años se conoce en Inglaterra como «guerra de Sucesión inglesa» o «guerra del rey Guillermo», porque el apoyo que Luis prestó al hijo de Jacobo II, el «Antiguo Pretendiente», convenció a muchos ingleses indecisos de la necesidad de ir a la guerra. En febrero de 1689 los holandeses declararon la guerra a Francia y en mayo firmaron con el emperador Leopoldo el Grande la Gran Alianza contra Francia: en los meses siguientes se unieron Inglaterra, España, Saboya y muchos Estados alemanes. Francia quedó aislada. Para Inglaterra la guerra por mar era crucial; debía ganarla para protegerse de la invasión y mantener abiertas las rutas comerciales. En 1690 los ingleses, enfrentados a una flota francesa más poderosa en Beachy Head, se retiraron al Támesis, con lo que dejaron a los franceses el control del canal de la Mancha. Inglaterra se encontraba indefensa al haber dejado el ejército en Irlanda, pero los franceses no supieron sacar partido de ello. El miedo a la invasión francesa se disipó en 1692 cuando una flota anglo-holandesa al mando del almirante Russell derrotó de manera definitiva a los franceses en La Hogue y recuperó el control del Canal. Al año siguiente Guillermo envió la flota del almirante Russell al Mediterráneo, donde permaneció fondeada, en Cádiz, hasta 1696. Ésta fue la expedición naval más importante de la guerra. Russell recortó los esfuerzos bélicos de los franceses en Italia y España, bloqueó a la mitad de la flota francesa en Tolón y le impidió reunirse con la flota de Brest.

Luis XIV comenzó la ofensiva por tierra con un ataque devastador sobre el Palatinado para volver después sobre los territorios españoles de los Países Bajos. Francia derrotó a los aliados en Fleurus en 1690, pero Guillermo logró mante-

ner la coalición aglutinada a base de subsidios procedentes de las tesorerías inglesa y holandesa. Namur, sitio aparentemente inexpugnable de sólidas fortificaciones, se rindió a los franceses en junio de 1692. En la defensa de Bruselas Guillermo libró una sangrienta batalla en Steenkirk, nada decisoria, en la que el contingente inglés perdió la tercera parte de sus hombres. En 1693 la batalla de Neerwinden destacó por su intensidad: en ella un ejército francés de 80.000 hombres consiguió expulsar del campo de batalla a una fuerza aliada de 50.000. Aunque los aliados sufrieron grandes pérdidas en hombres y armas, se retiraron ordenadamente y salvaron Bruselas. Gracias a una extraña victoria aliada se logró recuperar Namur en 1695 y a partir de ese momento asistimos durante dos años a campañas lanzadas sólo a medio gas, debido al agotamiento de uno y otro bando. La nobleza inglesa no podía soportar más cargas impositivas ni los holandeses la falta de actividad comercial; la economía francesa estaba en ruinas. Ello condujo a la paz que se firmó en Ryswick en 1697. Luis XIV renunció a todas sus conquistas territoriales, excepto Estrasburgo, y reconoció a Guillermo como rey de Inglaterra.

Las guerras que llevaron a cabo primero Guillermo y luego la reina Ana afectaron a largo plazo el sistema de impuestos inglés y generaron una revolución financiera mediante la creación de la deuda pública y el Banco de Inglaterra. Carlos I no había podido pagar las moderadas guerras de la década de 1620. Ana y Guillermo pudieron afrontar la financiación de dos grandes guerras precisamente porque transformaron las tres fuentes principales de las que el gobierno obtenía sus ingresos: los ingresos hereditarios de la Corona, los impuestos y los préstamos. Los únicos ingresos tradicionalmente hereditarios que le quedaron a la Corona después de 1660 eran los aranceles aduaneros, que crecieron enormemente ante la expansión del comercio. De 1688 a 1702 el 22,7 por ciento de los ingresos de la Corona procedía de las adua-

nas. Hasta 1640 los ingresos que se extraían de las tierras de la Corona eran reducidos: los pagos de custodia y mantenimiento feudal quedaron abolidos en 1646. A partir de entonces los impuestos se convirtieron en la mayor fuente de ingresos. Antes de 1640 la carga impositiva en Inglaterra era menor que en el resto de Europa. Los regímenes parlamentarios de los años 1640 reformaron el sistema de impuestos. En 1643 introdujeron el *excise*, primer impuesto general sobre valor añadido que se implantó en Inglaterra, aunque durante el reinado de Guillermo quedaron eximidos de él los artículos de consumo más cotidiano, como el carbón, la sal, las especias, el té, el café, la cerveza, el alcohol y el tabaco. A partir de 1690 y durante todo el siglo XVIII la principal fuente de impuestos directos era el impuesto sobre la tierra. Entre 1688 y 1702 el 23,2 por ciento de los ingresos de la Corona procedían del *excise*, y el 32,5 por ciento de los impuestos sobre la tierra. La idea de que el rey tenía que vivir «de su dinero» dejó de tener sentido; los impuestos formaban parte ahora de los ingresos del monarca. La carga impositiva ascendió de manera drástica; en la última década del siglo XVII la corona ingresaba 3,6 millones de libras al año, dos veces lo que en época de Carlos II. La administración económica mejoró mucho desde el momento en que el Tesoro fue ganando control de los ingresos reales a través de auditorías y ejercicios contables. Ya no se cobraban impuestos de aduanas ni *excise*. Estos impuestos los recaudaban directamente funcionarios oficiales, lo cual aumentaba los beneficios, aunque el poder de los oficiales de aduanas y de los alcabaleros de las pequeñas localidades se resintió mucho del procedimiento.

Los cambios que afectaron al sistema de impuestos fueron acompañados de una revolución financiera en lo que se refiere al préstamo público. Jacobo I y Carlos I solicitaban préstamos como individuos particulares, proponiendo como aval sus propios bienes, pero los inversores eran reacios a concederlos. Por eso tenían que recurrir a otras fuen-

tes de ingresos, extraparlamentarias e impopulares, como los anticipos forzosos. A partir de 1689 la Corona necesitaba más dinero que nunca para financiar la guerra. En 1693 el Parlamento autorizó el préstamo de un millón de libras que Guillermo quería solicitar: los acreedores recibirían parte del pago en anualidades financiadas por los impuestos de *excise*; además se implantó como política gubernamental el vincular el interés de préstamos específicos, avalados por el Parlamento, a la futura recaudación de impuestos específicos. Poco después estos fondos quedaron consolidados en una única deuda pública. El Banco de Inglaterra fue fundado en 1694 como corporación creada mediante cédula de privilegio y organizada por financieros londinenses, que habían acordado donar 1,5 millones de libras al gobierno y supervisar su devolución. En principio no hacían nada nuevo, ya que durante siglos los reyes habían dependido de los préstamos que les concedían los comerciantes para librar sus guerras. Lo que resultaba novedoso era la infraestructura política que requerían los préstamos particularmente onerosos. El Banco obtuvo el derecho de prestar dinero con el aval de los impuestos parlamentarios. Asumió el gasto militar y se convirtió en cámara de compensación del crédito público. Las deudas reales pasaban a ser deuda pública, avalada por el Parlamento, y ello motivó la actividad de los inversores: entre 1697 y 1720 la deuda pública ascendió de 16,7 millones a 50 millones de libras.

Estos cambios hicieron crecer la importancia del Parlamento y le permitieron controlar las actividades de gobierno más que nunca. El Parlamento, al ser quien aprobaba la financiación del ejército, se convirtió en responsable real de las fuerzas armadas. Y todo ello garantizó su futuro como institución. A partir de 1689 las sesiones estaban abiertas durante gran parte del año. El problema que se le presentaba ahora a la Corona no era tanto cómo prescindir del Parlamento, sino cómo controlarlo. Y la confianza que poco a

poco iba ganando el Parlamento se hizo evidente cuando en 1698 concedió al rey un ingreso regular anual de 700.000 libras de por vida (la lista civil). Guillermo III y Ana no tenían tanta libertad como los Estuardo a la hora de elegir a sus propios ministros o de decidir la política exterior que más les conviniera, porque dependían económicamente del Parlamento. Esta dependencia, sin embargo, también les permitió llevar a cabo una política exterior mucho más activa. En este sentido, los Tudor tuvieron que limitarse a seguir una técnica defensiva, puesto que siempre estaban faltos de dinero. A partir de 1689 Guillermo y Ana pudieron asumir el liderazgo europeo y hacer de Gran Bretaña una importante potencia imperial.

El único hijo que tuvo la princesa Ana, el duque de Gloucester, murió el año 1700. Los siguientes herederos protestantes al trono eran los hijos de Sofía de Hannover, descendiente por línea materna de Jacobo I, con lo que Inglaterra se veía abocada a tener de nuevo un monarca extranjero. La Ley de Asentamiento (1701) estipuló la sucesión, intentando limitar los derechos de los futuros gobernantes de la Casa de Hannover. En ella se establecía que el monarca no podía entrar en guerra para defender sus posesiones en el extranjero y que los extranjeros no podían ocupar puestos de la administración inglesa, ni recibir donaciones de tierras (estos términos implicaban una crítica a lo que había hecho Guillermo). Los jueces dejaron de estar controlados por la Corona: empezaron a cobrar su sueldo de la lista civil y sólo podía destituirlos de su cargo el Parlamento. Al año siguiente Guillermo murió por un accidente que tuvo montando a caballo.

La guerra de Sucesión española (1702-1713)

Cuando Ana (1702-1714) subió al trono sólo tenía 37 años, aunque su aspecto era el de una anciana, y tuvieron que lle-

varla a la ceremonia de coronación en una silla sedán. Estaba físicamente exhausta, después de diecisiete embarazos, de los que no sobrevivió ni un niño. Era aburrida, taciturna, testaruda y poco atractiva, pero durante su breve reinado se consiguió aplastar el militarismo francés, se creó la Gran Bretaña a partir de la unión de Inglaterra y Escocia, el Imperio Británico amplió notablemente sus fronteras y desde entonces Inglaterra fue reconocida como el centro comercial y financiero más importante del mundo. A ello hay que añadir un dato particularmente sorprendente: Inglaterra, que durante los reinados de Carlos II y Jacobo II había dependido económicamente de Francia, se ganó en estos años la reputación de potencia militar.

El monarca español Carlos II murió en el año 1700 dejando en el testamento todo su imperio a Felipe de Borbón, nieto de Luis XIV, aunque ello no implicaba que los reinos de España y Francia fueran a unirse. Un año antes Luis XIV había acordado que a la muerte de Carlos el Imperio Español se dividiera y que la parte más significativa del mismo quedara en manos del heredero austriaco, el archiduque Carlos, hijo menor del Sacro Emperador Germánico Leopoldo de Austria. Luis XIV había cambiado de idea, aceptó el testamento e instaló a Felipe V en Madrid. El emperador deseaba la herencia de Felipe y envió sus tropas a la Italia española. Inglaterra y las Provincias Unidas no tenían inconveniente en reconocer el derecho que Felipe reclamaba sobre España y su Imperio, pero Luis XIV hizo la guerra inevitable al ocupar las fortalezas que separaban los territorios españoles de los Países Bajos y reconocer como rey a Jacobo III, el pretendiente jacobita al trono inglés. Guillermo III respondió en 1701 formando una Gran Alianza con Inglaterra, las Provincias Unidas y Austria, a la que más tarde se unirían Prusia, Hannover y otros Estados germanos.

Los últimos meses de su vida Guillermo confió al conde de Marlborough la tarea de formar una coalición antifrance-

sa. Hijo de un realista, miembro de la baja nobleza y empobrecido, Marlborough había conseguido experiencia militar frente a los franceses en Turenne y había contribuido enormemente a que triunfara la Gloriosa Revolución, al organizar una red de oficiales que se pasaron a Guillermo. Como Cromwell, Marlborough tenía genio militar de nacimiento, valiente y agresivo, capaz de apostar con cartas de perdedor y ganar. Era, además, un gran diplomático con habilidad suficiente para mantener unida a una coalición poco entusiasta y coordinar fuerzas holandesas, inglesas e imperiales. Despertaba tal confianza y mostraba tanta competencia que todos le obedecían, incluso el príncipe Eugenio de Saboya, brillante soldado y más experto que él. Pero no todo eran virtudes; en Marlborough también había defectos. Según Lord Somers «tenía una ambición desmedida y una avaricia insaciable». Obtuvo los títulos de duque inglés y de príncipe imperial; recibió de la Corona tierras que la monarquía tenía en Woodstock, cerca de Oxford, junto con un cheque en blanco para que se construyera la más lujosa mansión de la época, el Palacio de Blenheim, que debe su nombre a la batalla que le hizo realmente famoso. De 1704 a 1710 Marlborough actuó como principal general y estadista europeo, eclipsando incluso a Luis XIV.

La estrategia bélica fue preparada por el propio Marlborough. Los holandeses suponían que iba a mantener el conjunto de sus fuerzas en Flandes para proteger la zona, pero Marlborough comprendió pronto que la clave de la guerra estaba en la Baviera alemana; teniendo como aliado al poderoso elector de Baviera, Luis resultaba una grave amenaza para Viena. En junio de 1704 Marlborough avanzó hacia Baviera con rapidez, ante los ojos sorprendidos de quienes dudaban de que se pudiera trasladar con celeridad un ejército de tales dimensiones a un lugar tan distante. En Donauworth se enfrentó a los franceses. En julio Marlborough condujo a las fuerzas anglo-holandesas a un ataque casi suicida,

en el que murieron casi un tercio de los soldados ingleses. En el momento oportuno ordenó a sus aliados austriacos que atacaran por el flanco para dispersar a la retaguardia. Un mes más tarde se enfrentó a franceses y bávaros en Blenheim. El oficial Tallard, con sus 60.000 soldados en posición dominante sobre una colina, nunca creyó que fuera a estallar la batalla. Marlborough atacó con sus 52.000 hombres y permaneció en el centro del campo de batalla, allí donde tenía lugar la lucha más encarnizada y donde el resultado era aún incierto. La resistencia francesa fue cediendo poco a poco hasta quedar desperdigada ante una espectacular carga de la caballería. En la ciudad de Blenheim quedaron atrapados 10.000 soldados de infantería francesa; y, sometidos a un despiadado bombardeo, se rindieron. Tallard fue capturado junto con otros dos generales. Los franceses y los bávaros perdieron 38.000 hombres, los aliados 12.000. La amenaza que se cernía sobre Viena desapareció en cuanto los aliados conquistaron Baviera. Ésta fue la mayor derrota que tuvo que soportar Francia en 150 años.

Mientras Marlborough atesoraba tropas en el Danubio, la armada inglesa tomaba Gibraltar y escoltaba al archiduque Carlos hasta Portugal, donde sus partidarios lo proclamaron rey de España con el nombre de Carlos III. A partir de entonces la guerra por la sucesión española se libró en dos frentes: los Países Bajos y la península Ibérica. La guerra de los Países Bajos hizo ver que lo sucedido en Blenheim no había sido una casualidad. Guillermo III se había enfrentado allí a Francia y no había obtenido victoria alguna. En 1706 Marlborough consiguió su primer éxito en una gran batalla librada en Ramillies, en las llanuras neerlandesas, similar a Blenheim. El ejército que dirigía, de 40.000 hombres, derrotó a los franceses, de los cuales muchos fueron tomados como prisioneros y el resto no fue capaz de seguir luchando. Francia se vio obligada a seguir una estrategia puramente defensiva: Bruselas, Amberes y la mayoría de los territorios

españoles pasaron a manos de los aliados, mientras que los franceses se limitaban a resistir en algunas ciudades fortificadas, de las que Lille sobresalía por su fiereza. Lille cayó dos años más tarde, cuando Marlborough obtuvo otra victoria en Oudenarde, al repeler el potente contraataque francés; esto terminó con la amenaza que suponía la invasión francesa de las Provincias Unidas. La batalla de Malplaquet (1709) fue la más sangrienta de las que se libraron en todo el siglo XVIII. Las pérdidas aliadas (20.000 muertos) fueron superiores a las francesas (15.000), pero los franceses se vieron obligados a retirarse.

La guerra en España no granjeó tantos éxitos a los aliados. Una fuerza anglo-holandesa tomó Lisboa, y desde allí pudieron montar ofensivas por el flanco occidental. A partir de 1705, en que tomaron Barcelona, pudieron atacar también desde el flanco oriental, pero no estaban bien dirigidos. Desde el principio Carlos III se mostró débil e intentó frenar a sus agresivos aliados. Las peleas que sostuvo con el comandante inglés, conde de Peterborough, obstinado y arrogante como el propio Carlos, impidieron que los aliados consolidaran sus conquistas tomando el control de Madrid, el corazón de Castilla. Al mando del duque de Berwick, hermanastro de Marlborough, las fuerzas francesas infligieron una terrible derrota a los aliados en Almansa, en 1707. Para las tropas aliadas a este desastre siguió el de Brihuega (1710), que terminó con los intentos del archiduque Carlos de conquistar el trono español.

Para estas fechas todo el mundo estaba harto de la guerra. Cuando los *tories* ingleses alcanzaron el poder estaban decididos a poner fin al conflicto, aunque esto supusiera abandonar a los aliados del país, los austriacos, los holandeses y los alemanes. En 1711 comenzaron a negociar en secreto para firmar la paz con Luis XIV, aunque en 1709, cuando Luis intentó romper la Gran Alianza ofreciendo grandes ventajas a los holandeses y a los alemanes, Inglaterra había

propuesto que no se firmara la paz por separado. La muerte del emperador José y el ascenso al trono imperial de su hermano, el archiduque Carlos, contribuyeron a que se entablaran negociaciones de paz. El Imperio Español estaba en entredicho, porque el dominio europeo de los Habsburgo era tan temido como el de los Borbones. Al enterarse de las negociaciones de paz, Marlborough se sintió profundamente enojado, puesto que había sido él quien había dado su palabra de no firmar la paz por separado. Fue expulsado y en el Tratado de Utrecht (1713) se firmó la paz entre Gran Bretaña, las Provincias Unidas, Francia y España. Austria y Francia llegaron a un acuerdo de paz al año siguiente. Gran Bretaña retuvo Gibraltar y Menorca en el Mediterráneo, Nueva Escocia, Terranova y la bahía de Hudson en Canadá y San Cristóbal en las Indias Occidentales. Los comerciantes ingleses obtuvieron treinta años del llamado *asiento*, el monopolio del comercio de esclavos español. Francia y España reconocieron los derechos de la dinastía de Hannover al trono inglés y el Antiguo Pretendiente fue expulsado de Francia. La Corona española pasó a Felipe V, que abandonó sus pretensiones al trono francés y conservó sólo parte del Imperio Español: las posesiones que España tenía en los Países Bajos y en Italia pasaron a manos del emperador Carlos VI. Francia conservaba Alsacia; Saboya ganó una pequeña parte de territorio francés y Sicilia; los holandeses consiguieron mantener sus guarniciones en algunas fortalezas fronterizas de los antiguos territorios españoles de los Países Bajos. La paz fue muy bien acogida en Inglaterra, porque convertía a este país en la mayor potencia marítima del mundo. Las bases navales que ahora tenía en el Mediterráneo permitía a los comerciantes ingleses competir de manera eficaz en el comercio del Levante europeo, mientras que la adquisición de los puertos canadienses incrementaba el comercio inglés con Norteamérica y debilitaba la presencia francesa en el Nuevo Mundo. Otra ventaja era que se excluía a los holande-

ses del comercio que España mantenía en Sudamérica. Los tratados no descuidaban tampoco los intereses de los aliados de Inglaterra. Las Provincias Unidas, Austria y los Estados alemanes ya no estaban al albur de la expansión francesa.

La unión con Escocia (1707)

Inglaterra y Escocia habían sido enemigas durante siglos y durante gran parte de ese tiempo Escocia había estado aliada con Francia. Aunque Inglaterra y Escocia compartían monarca desde 1603, mantenían gobiernos separados y cada una tenía su propio Parlamento. Tanto Jacobo I como Guillermo III deseaban la anexión, pero encontraron demasiada oposición en uno y otro país como para conseguirlo. Las relaciones se enfriaron aún más cuando fracasó el plan de Darién. En 1698 una expedición escocesa pretendió establecer una factoría comercial en el istmo de Panamá, en Darién, que permitiera a Escocia intervenir tanto en el comercio del Atlántico como en el del Pacífico. La empresa absorbió casi una cuarta parte del capital líquido escocés, pero lo que los escoceses esperaban que fuera un paraíso resultó ser un pantano lleno de mosquitos portadores de fiebres del Imperio Español en América. La segunda expedición, enviada en 1699, se encontró con un desolador panorama de cabañas desiertas y cientos de tumbas. A los cuatro meses se rindieron a los españoles y éstos les dejaron ir. Entonces se habló de sabotaje de los ingleses, a quienes se culpaba del fiasco porque Guillermo III había recomendado a sus súbditos que no intervinieran en el plan. Las relaciones anglo-escocesas se deterioraron, aunque el episodio convenció a muchos escoceses de que no prosperarían nunca, si no conseguían acceder al mercado colonial inglés.

La Ley de Asentamiento no fue aprobada por el Parlamento escocés, que en 1703 reafirmó su derecho a decidir

quién iba a ser el siguiente monarca, poniendo en duda el derecho de la Casa de Hannover sobre Escocia. El Parlamento inglés respondió al gesto con la Ley de Extranjería (1705), según la cual a menos que se aceptara la sucesión de los Hannover en Escocia, este territorio sería considerado como nación extranjera. Los escoceses perderían el derecho de ciudadanía inglesa y sus derechos comerciales. Ambas cosas suponían una auténtica amenaza a la prosperidad escocesa, ya que económicamente este país dependía de Inglaterra, principal receptora de sus productos. Así llegaron ambos países a considerar la unión: los escoceses necesitaban participar del comercio inglés en condiciones de igualdad y los ingleses buscaban la seguridad de su frontera septentrional.

La Ley de Unión convirtió Inglaterra y Escocia en Gran Bretaña. Tendrían una sola bandera, moneda única e igualdad de impuestos. Los escoceses tendrían libre comercio con Inglaterra y con las colonias inglesas. El Parlamento británico (el escocés fue abolido) se reuniría en Westminster e incluiría 45 miembros escoceses en la Cámara de los Comunes y 16 en la de los Lores. Las armadas y milicias de ambos países se fundirían. Los escoceses retuvieron su propio sistema legal y las Iglesias quedarían como hasta entonces: presbiteriana en Escocia y anglicana en Inglaterra. Unos y otros recibieron la anexión con poco entusiasmo, pero al final fue aprobada en el Parlamento escocés gracias al soborno de alguno de sus miembros y a que Inglaterra aceptó asumir los gastos que había producido la aventura de Darién. La unión dura todavía en nuestros días.

13. La política del siglo XVIII

Inglaterra formaba parte de Gran Bretaña desde 1707, fecha en que Inglaterra y Escocia se fusionaron, y de hecho era un reino dominado por los ingleses. Había un solo Parlamento en Westminster y la lengua inglesa se expandió por todas partes, salvo en algunos territorios de Gales y de las Highlands escocesas. En el eje formado por Edimburgo y Glasgow los terratenientes capitalistas, los comerciantes y los abogados quedaron asimilados a la sociedad y a la economía inglesas. Gales, en cambio, era una comarca atrasada con menos de 400.000 habitantes a comienzos del siglo XVIII. De economía primordialmente agrícola, la nascente industria de cobre, hierro y carbón dependía de capital inglés.

En la cúspide de la sociedad inglesa se asentaba un pequeño grupo de 200 familias aristocráticas, algunas de las cuales (como la de los Rockingham, por ejemplo) disponían de unos ingresos anuales de más de 50.000 libras y eran más ricas que la mayoría de los príncipes alemanes. La base de su riqueza y de su prestigio era la tierra, si bien es cierto que el mecenazgo de que gozaban y los puestos de gobierno que solían ocupar aumentaban su influencia. Como *Lores Lieutenant* de los condados, mandaban sobre la milicia y contro-

laban el gobierno local nombrando ellos mismos a los funcionarios. También dominaban el gobierno central, ya que casi todos los ministros del monarca eran nobles: Walpole y Pitt el Joven eran los únicos plebeyos de los gobiernos de que formaron parte.

Por debajo de estos magnates se situaban unas 15.000 familias de la baja nobleza, terratenientes que vivían con más holgura económica que en otras naciones. Poseían la mitad de la tierra inglesa. Algunos eran miembros del Parlamento y la mayoría jueces de paz, única autoridad con la que la gente normal y corriente tenía contacto a lo largo de su vida. Los jueces de paz eran magistrados y dirigentes de la sociedad rural, los que concedían licencias para abrir bares, los que administraban las leyes de pobres y supervisaban todo el gobierno local. Los comerciantes, fabricantes y abogados intentaban conseguir algo del prestigio de que gozaba esta nobleza terrateniente y para ello procuraban adquirir grandes haciendas o casarse con miembros de estas grandes familias. La estructura social del siglo XVIII no introdujo grandes cambios: en 1800 los grandes terratenientes seguían siendo los más ricos, como en 1700. Al no haber concentraciones masivas de trabajadores, tampoco se observaban especiales amenazas a la estabilidad social.

En el siglo XVIII los gobiernos ejercían funciones muy limitadas. No había políticas agrícolas o industriales a largo plazo, ni programas sociales o educativos. «La Providencia ha organizado el mundo de manera que apenas se necesita gobierno», decía Lord Shelburne. En 1792 el Ministerio del Interior, como el de Asuntos Exteriores, contaba con una plantilla de diecinueve funcionarios. El Parlamento pasaba gran parte del tiempo dedicado a actividades privadas, como los cerramientos y pasos de fincas (cf. cap. 15). Protegía los derechos establecidos y defendía al país, pero poco más. Los ingleses se enorgullecían de su libertad de actuación y se habrían opuesto a cualquier gobierno que intentara

coartársela. Y esto era algo que llamaba la atención de los extranjeros. En 1729 Montesquieu, por ejemplo, decía: «Estoy en un país que apenas si se parece a ningún otro de Europa». «Inglaterra ha progresado más que ningún otro pueblo del mundo [...] en lo que se refiere al comercio y a la libertad.» El alemán Pastor Moritz comparaba las ciudades inglesas con las de Prusia y comentaba que allí no se veían «vallas, ni puertas, ni centinelas, ni guarniciones». La Ley de Habeas Corpus aseguraba que no se produjeran encarcelamientos arbitrarios. La censura de libros y prensa desapareció cuando se aprobó la Ley de Autorización en 1695, lo cual facilitó la crítica al gobierno. Ésta se dejó ver con particular acritud cuando el gobierno intentó centralizar la recaudación de impuestos o aumentar el tamaño del ejército regular. Pero a pesar de todo el gobierno empezaba a resultar más caro debido a las guerras. Los ingresos recogidos en 1700 ascendían a 4,3 millones de libras; en 1800 esta cantidad se incrementó hasta alcanzar los 31,6 millones, es decir, se multiplicó por siete. En 1700 el gobierno gastaba el 7 por ciento del Producto Nacional Bruto; en 1800 la cifra ascendía al 27 por ciento.

Los impuestos, por tanto, subieron considerablemente, algo que el Parlamento aprobó sin reticencia alguna porque así controlaba el gasto gubernamental y porque con ello beneficiaba a sus miembros. Los impuestos financiaban guerras muy sustanciosas y garantizaban la deuda pública, que en 1700 ascendía a 14,2 millones de libras y en 1800 alcanzaba los 456 millones (los ingresos globales de Carlos I en 1660 eran de 1 millón de libras). No había gobierno que pudiera sobrevivir sin el apoyo de la City londinense. «La estabilidad del Banco de Inglaterra», decía Adam Smith, «equivale a la del gobierno británico [...] Éste no interviene sólo como banco, sino como gran motor del país». Los miembros del Parlamento aprobaron la subida de impuestos porque así se reducía lo que ellos mismos tenían que pagar. Entre 1715 y 1803 los impuestos que se pagaban por persona se duplica-

ron, pero los empresarios y los fabricantes industriales estaban exentos de impuestos en las rentas obtenidas de sus inversiones (hasta 1797 no hubo impuesto sobre la renta). La mayoría de los nuevos impuestos eran gravámenes indirectos sobre el consumo, pagados a partes iguales por ricos y pobres, mientras que los impuestos sobre haciendas y propiedades (el más importante de los impuestos directos) se redujeron. La gente pagaba más impuestos ahora que quienes habían vivido el *Ancien Régime*.

El Parlamento fue ganando mayor importancia, y a pesar de la preponderancia que ejercía la aristocracia sobre el gobierno y la sociedad, la Cámara de los Comunes era más importante que la de los Lores, por el poder económico que tenía. Los Comunes controlaban las finanzas y los impuestos desde que en el siglo XVII se había producido la lucha constitucional con los Estuardo. El control de los ingresos estatales confirió a los Comunes el control de los ministros y de la Corona. El rey era quien nombraba a los ministros, pero en la práctica sólo podía designar a quienes eran capaces de obtener la mayoría en la Cámara Baja. La estabilidad de un gobierno dependía de que se mantuviera una relación amigable entre el rey y los Comunes.

Los Comunes no eran elegidos democráticamente. El voto estaba en manos de unos 250.000 hombres, el 15 por ciento de los varones adultos. Para llegar a ser miembro de la Cámara Baja era necesaria la recomendación de los grandes terratenientes; buena parte de los diputados nunca tuvo que someterse a elecciones a lo largo de su carrera. Tampoco había un derecho de voto general, excepto para los que dispusieran de una tierra que valiera 40 chelines (dos libras) al año en los condados ingleses y galeses, que en 1780 proporcionaron sólo 92 de los 558 miembros que componían la Cámara. En los burgos los requisitos exigidos para votar variaban enormemente, desde sitios como Westminster donde la mayoría de los varones adultos podía hacerlo, hasta otros muchos, los

más, donde había menos de 100 votantes. La distribución geográfica de escaños no tenía en cuenta las diferencias demográficas, de modo que las nuevas zonas industriales del norte quedaban infrarrepresentadas. Cornualles aportaba 44 diputados (uno menos que Escocia), mientras que zonas industriales como Lancashire tenían sólo 14 representantes. Birmingham, Leeds y Manchester carecían de representación. De los diputados 111 eran designados por los nobles y otros 94 por personas pudientes. En 1780 aproximadamente la mitad de los miembros del Parlamento lo eran por influencia de algún señor. Éstos representaban el núcleo de la Cámara y los políticos profesionales salían de sus filas. La mayoría de los miembros del Parlamento eran ricos (en 1780 una quinta parte eran hijos de nobles). También había unos doscientos grandes terratenientes, que no pertenecían a la aristocracia ni eran sus clientes y ocupaban escaños de condado como independientes. Los gobiernos necesitaban contar con su apoyo ya que no podían controlar al Parlamento sirviéndose sólo de las influencias.

Durante los reinados de Guillermo y Ana surgieron dos partidos políticos, los *whigs* y los *tories*. Los *whigs* se oponían a Jacobo, duque de York, en la llamada crisis de la exclusión y sostenían que la autoridad política emanaba del pueblo; éste podría oponer resistencia al rey si el monarca extorsionaba sus intereses. Destacaban la autoridad parlamentaria frente a la monárquica y su fe en la libertad les indujo a apoyar la tolerancia religiosa frente a los protestantes no conformistas. Contribuyeron a forjar el Acuerdo de la Revolución de 1689, apoyaron las guerras contra Luis XIV y la asociación con financieros y comerciantes londinenses y fueron firmes partidarios de los derechos de sucesión de la Casa de Hannover. Por su parte, los *tories* apoyaron a Jacobo en la crisis de la exclusión porque creían en la prerrogativa divina de la monarquía y estaban sólidamente vinculados a la Iglesia anglicana. Cuando Jacobo se convirtió al Catolicismo tuvieron que ele-

gir entre el rey y la Iglesia; la mayoría se decantó por la Iglesia, pero lo hicieron sin convencimiento y sin aceptar las ideas de autoridad parlamentaria expresadas por los *whigs* en la Carta de Derechos. Durante el reinado de Ana la mayoría de los miembros del Parlamento votaron ordenadamente a favor de políticas de uno u otro signo, *whig* o *tory*, y la mayoría de las elecciones respondieron a criterios partidistas, a pesar de que Ana odiaba estas divisiones: «Líbreme Dios de caer en manos de unos o de otros», declaraba.

Los jacobitas

Los partidarios del exiliado Jacobo II y de sus herederos eran conocidos como jacobitas. A la muerte de Jacobo II, su hijo Jacobo Estuardo (el Antiguo Pretendiente) era el jacobita que reclamaba el trono de Inglaterra. En realidad tras las guerras de Irlanda y de las Highlands escocesas (1689-1691) sólo se produjeron dos levantamientos jacobitas (en 1715-1716 y en 1745-1746); es decir, los jacobitas no pasaron de ser una amenaza puntual a la nueva dinastía de Hannover, pero los ministros nunca llegaron a saber cuánta gente les apoyaba (la mayoría de los *tories* podían ser jacobitas), hasta el punto de que incluso en 1738 Walpole se dirigió a los Comunes diciendo: «No me avergüenza reconocer que tengo miedo al Pretendiente».

En 1715 se produjo el más serio de los levantamientos jacobitas, que pudo haber provocado una larga guerra civil si los rebeldes no hubieran sido tan incompetentes. Se estaba preparando una gran rebelión, apoyada por tropas francesas, y otra menor en Escocia. Antes de que los preparativos estuvieran listos, los ministros se enteraron de lo que se cernía sobre el país y arrestaron a los principales responsables ingleses del plan, entre los que estaban dos miembros del último gobierno de Ana. Algunos, como el conde de Mar (que

había sido secretario para Escocia en 1713-1714 en uno de los gobiernos *tory*), escaparon y en su desesperación iniciaron la rebelión en Escocia. En este territorio el llamamiento jacobita apelaba a quienes rechazaban la unión, llevada a cabo contra los deseos de la mayoría del pueblo escocés. A los rebeldes se unieron entre 12.000 y 20.000 hombres (de un 5 por ciento a un 10 por ciento de la población), que abrumaron a los partidarios del gobierno en el norte, el este y en las Highlands. El duque de Argyll, al mando de una tropa con menos de un tercio de la de Mar, consiguió aplacar la mayor parte del territorio y ponerlo bajo el mando gubernamental. Mar no era soldado y cuando sus oficiales le obligaron a avanzar sobre Edimburgo con 10.000 de sus hombres, Argyll lo esperaba en Sheriffmuir, con menos de 3.000, de los que sólo la mitad eran soldados regulares. La batalla no tuvo un desenlace claro, pero Mar retrocedió hasta Perth. El fracaso se hizo poco menos que inevitable desde el momento en que Luis XIV murió pocos días antes de que Mar se sublevara, dejando como heredero al infante Luis XV. El regente de Orleans pensaba que la estabilidad y la reducción de la enorme carga impositiva que vivía Francia sólo se conseguirían en tanto que se mantuviera la paz. Francia no iba a invadir Inglaterra. Argyll, ayudado con 6.000 soldados holandeses, inició una ofensiva en enero de 1716 y obligó a los jacobitas a retirarse hacia el norte. El Antiguo Pretendiente había llegado a Escocia en diciembre de 1715, pero a las seis semanas, dispersas las tropas, se embarcaba con Mar en Aberdeen con dirección a Francia. En Inglaterra los rebeldes resultaron aún más ineptos. Unos 300 hombres, liderados por el diputado Thomas Foster, proclamaron rey al Antiguo Pretendiente, con el nombre de Jacobo III; lo hicieron en Northumbria y con refuerzos llegados de Escocia invadieron Cumberland y Lancashire, donde capturaron a Preston en noviembre. Cuando una tropa numéricamente inferior atacó a su ejército, Foster inexplicablemente se rindió.

En Inglaterra los jacobitas dependían de los *tories*, aunque no todos los *tories* eran jacobitas. Los *tories* recurrían a los jacobitas únicamente cuando no conseguían subir al poder por medios constitucionales, como en 1743-1744, cuando a la caída de Walpole los *whigs* siguieron dominando. Algunos *tories* dirigieron sus ojos a Francia buscando una invasión que apoyarían con la rebelión que podría haber implicado a la mitad del Partido *Tory*. Los franceses aceptaron invadir el país con unos 10.000 hombres, pero los preparativos se vinieron abajo a causa de una tormenta y la idea de la invasión se diluyó. Por eso los *tories* fueron los primeros sorprendidos, igual que el gobierno, cuando Carlos Eduardo (el Joven Pretendiente o Bonnie Prince Charlie), hijo mayor de Jacobo Estuardo, desembarcó en Moidart, Escocia, en julio de 1745. Para ganar apoyos fingió que iba a producirse una invasión francesa (los franceses no sabían nada de sus planes) y reunió un pequeño ejército de 1.300 hombres. Los jacobitas, con gran arrojo y bajo el mando inteligente de Lord George Murray, tomaron Perth y Edimburgo y derrotaron al único ejército gubernamental que había en Escocia en Prestonpans, cerca de la capital. Inmediatamente después el príncipe Carlos Eduardo quiso invadir Inglaterra y prometió a sus seguidores que provocaría allí el levantamiento, pero Murray prefirió quedarse en Escocia. El príncipe consiguió que su Consejo accediera a la invasión por sólo un voto de diferencia, y así con unos 4.500 jacobitas emprendió la marcha hacia Inglaterra, llegando a Derby en diciembre. Había conseguido evitar al ejército del duque de Cumberland (hijo de Jorge II) dispuesto a detenerlo en el norte y a las tropas inglesas que le perseguían desde Newcastle. No había nada que pudiera frenar su entrada en Londres salvo una milicia muy poco entrenada, pero los oficiales querían pruebas del supuesto levantamiento inglés y de la invasión francesa; como el dirigente no las pudo aportar se retiraron a Escocia. A partir de este momento los jacobitas se mantu-

vieron a la defensiva. Cuando las tormentas invernales y la Armada Real impidieron la invasión, a la que ahora se había comprometido Francia, el final resultó inevitable, puesto que los ingleses disponían de mayores recursos. Concluida la última batalla en Falkirk, los jacobitas se retiraron hacia el norte. Carlos, alejado de Murray, solicitó a su ejército que se pusiera en armas y combatiera. Lo hicieron en abril de 1746 en Culloden, cerca de Inverness. Los jacobitas contaban con 5.000 soldados exhaustos y desfallecidos; Cumberland con 9.000 soldados de refresco, bien alimentados, de los que la mitad eran escoceses, y con artillería. Los que se habían cobijado en las Highlands cargaron colina arriba, justo hacia el punto del que procedía la metralla de la arrolladora artillería de Cumberland. En una hora habían caído de 1.000 a 1.500 jacobitas. Los mil heridos fueron rematados y los fugitivos fueron perseguidos sin piedad. Culloden fue la única victoria que el gobierno obtuvo sobre la rebelión; fue recibida en Inglaterra como gran éxito, y Händel compuso para celebrarlo su obra *Mirad al héroe vencedor*. Aunque en Culloden sólo estaba el 60 por ciento del ejército del príncipe, Carlos Eduardo dio la causa por perdida, dejó a sus seguidores abandonados a su suerte y huyó a Francia. Las tierras que dejó atrás quedaron sumidas en el terror: aldeas completas arrasadas por el fuego y miles de granjeros expulsados de sus campos. La jurisdicción hereditaria quedó suprimida, y con ella desapareció de un plumazo la autoridad patriarcal de los jefes de clan. Se prohibió hablar gaélico y se dismanteló la antigua cultura de las Highlands.

¿Hasta qué punto podemos hablar de amenaza seria? La restauración de los Estuardo era inviable a menos que se produjera una guerra civil, querida sólo por unos pocos. Los simpatizantes jacobitas no estaban dispuestos a arriesgar su vida y sus propiedades por la causa y los católicos ingleses se mantenían fieles a la Casa de Hannover, al contrario de lo que había ocurrido en 1715. La muerte del Antiguo Pretendiente

en 1766 y la progresiva degeneración de Carlos Eduardo hacia el alcoholismo aceleraron el fin del jacobitismo.

En las décadas que siguieron a Culloden Escocia se convirtió en la sociedad más dinámica de Europa. La población rural se vio obligada a abandonar las pequeñas propiedades familiares que había ocupado durante siglos para dar cabida a los rebaños de ovejas y al ganado necesario que abasteciera a Inglaterra y las Lowlands de carne y de lana. Muchos de los desplazados encontraron empleo con sus antiguos enemigos. Decenas de miles de los antiguos habitantes de las Highlands se enrolaron en el ejército británico y participaron en campañas diversas, de India a Canadá. Durante la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas 70.000 de ellos prestaron sus servicios en regimientos británicos. Glasgow se enriqueció gracias al comercio de tabaco y a una industria floreciente (comercio textil, minero y metalúrgico). Entre Inglaterra y Escocia se producía un movimiento de ida y vuelta de hombres, mercancías y tecnología. El escocés James Watt se asoció con el inglés Matthew Boulton y fundaron Boulton & Watt, una empresa de ingeniería próxima a Birmingham. La tecnología inglesa se trasladó al norte para fundar los altos hornos de Carron en Stirlingshire. En Edimburgo y Glasgow se construyeron hermosas plazas y anchas calles. De las universidades surgía un enorme talento que dio a Europa algunos de los intelectuales más influyentes. Adam Smith nos legó el primer informe sobre el funcionamiento del sistema económico y en su obra *La riqueza de las naciones* sentó las bases de la moderna teoría económica. David Hume escribió obras fundamentales sobre teoría del conocimiento, mientras que el análisis de alcalinos que realizó Joseph Black dio el pistoletazo de salida a la química moderna. Gracias a la unión con Inglaterra Escocia había dejado de ser una víctima del Estado vecino para convertirse en baluarte del Imperio Británico y uno de sus socios más activos y dinámicos.

La era Walpole

El reinado de Jorge I (1714-1727) marcó el comienzo de la supremacía *whig*, que duró hasta la época de Jorge III (1760-1820). Los *tories* eran vistos como simpatizantes jacobitas y por eso se les mantenía apartados del gobierno local y central. Se produjo una purga sistemática de *tories* en los juzgados de paz, en la administración y en las fuerzas armadas. Consiguieron sobrevivir, pero la pugna se libraba ahora realmente en el seno de los *whigs*, entre magnates rivales. El gobierno estaba en manos de una oligarquía *whig*, que se dividió en 1717 enfrentando a Robert Walpole con el vizconde de Townsend. Walpole tuvo la ocasión de volver al poder con la llamada Burbuja de los Mares del Sur que estalló en 1720. La Compañía de los Mares del Sur se había constituido en 1711 y a partir de 1713 consiguió el monopolio del comercio español de esclavos. En 1719 propuso al gobierno asumir el 60 por ciento de la deuda nacional a cambio de obtener ciertos privilegios comerciales y el gobierno aceptó. Así convencieron a quienes disfrutaban de «anualidades» del gobierno para que las cambiaran por acciones de la compañía. Los ministros y los diputados, cuyo apoyo resultaba imprescindible para sacar adelante la propuesta, recibieron acciones en condiciones muy favorables o simplemente regaladas, como soborno. A todo ello siguió una especulación masiva. El valor de las acciones subió de un 130 por ciento a más del 1.000 por ciento entre enero y junio de 1720, hasta que estalló la burbuja y miles de inversores se sumieron en la ruina. Walpole asumió el poder y consiguió personalmente apaciguar la crisis. Rescató la Compañía, restauró la confianza pública, salvó al gobierno del colapso y evitó que desapareciera el Partido *Whig*. Pero sus métodos fueron cuestionados y se granjeó la fama de querer esconder la corrupción y el fraude de las altas esferas. La mayoría de los ministros del monarca consiguieron verse libres de delito. Todo ello supuso el gran triunfo de Walpole, a lo que

contribuyó que sus enemigos murieran a los dos años. Walpole fue nombrado Primer Secretario del Tesoro y ministro de Hacienda, puestos en los que se mantuvo durante veintiún años y que le proporcionaron una gran capacidad clientelar.

¿Cómo pudo Walpole primero establecer y luego mantener durante tanto tiempo su supremacía en el Partido *Whig* y en el gobierno del monarca? Tenía inmejorables cualidades –insaciable capacidad de trabajo, meticulosidad en el detalle, enorme paciencia y conocimiento intuitivo de las personas– y ejercía un notable atractivo sobre sus seguidores, en los que su talante cálido y comprensivo despertaba sentimientos de incondicional lealtad. Sin embargo, la auténtica base del éxito radicaba en reconocer que el poder dependía tanto de la Cámara de los Comunes como de la Corona. En 1725, para sorpresa de muchos políticos, rechazó un título nobiliario para poder seguir asistiendo a los Comunes. Fue el parlamentario más consumado de la historia por su capacidad conciliadora, capaz de poner en práctica las ideas de la burguesía rural de la que formaba parte. Walpole evitó encender los antiguos odios religiosos: la calma habría de imperar sobre la intolerancia que había caracterizado la vida pública desde la muerte de Carlos II. Los no conformistas pudieron gozar de la libertad de culto y se les cedió parte del poder local a través de las Leyes de Indemnización, pero para no ofender a la Iglesia anglicana no se suprimió la Ley de Prueba ni la de Corporación. Como había crecido enormemente el número de funcionarios que recaudaban impuestos, ejerció su influencia para controlar con ellos la Cámara de los Comunes, pero los escaños correspondientes no superaron nunca el 30 por ciento, proporción insuficiente por sí sola para otorgarle la mayoría.

El apoyo de la Corona fue otro elemento esencial para mantenerse en el poder. Jorge I no resultaba de fácil manejo, puesto que en Hannover actuaba de manera autocrática, al llegar no sabía más que unas cuantas palabras de inglés y re-

gresaba con frecuencia a su tierra. Walpole consiguió controlarlo haciéndose indispensable en el Parlamento y ganándose el apoyo de la duquesa de Kendal, amante del monarca desde 1690 y madre de sus tres hijas. Cuando Jorge I murió en Alemania de un infarto repentino la gente creía que su sucesor, Jorge II (1727-1760) cambiaría al Primer Ministro. Pero esto no se produjo porque Walpole se dio cuenta de que quien realmente manejaba los hilos del poder era Carolina, esposa de Jorge, inteligente y despierta, y empezó a cultivar su relación mucho antes de que Jorge subiera al trono. Ella fue la mejor aliada de Walpole hasta que murió en 1737, su valedora más preciada, teniendo en cuenta sobre todo que Jorge era particularmente maleducado y temperamental.

La primera amenaza seria que tuvo que afrontar Walpole se produjo en 1733 a causa de su sistema de *excise*. Había conseguido reducir el impuesto sobre la tierra de cuatro chelines por libra a un chelín, pero este plan imaginativo y valiente despertó una oposición considerable. Walpole pretendía además que el tabaco y el vino pagaran sólo impuestos nominales de aduanas, pero que estuvieran sujetos a un gravamen de *excise* cuando se utilizaran para el consumo interno. Con ello lograría animar la re-exportación y reducir el contrabando, pero los gravámenes de *excise* implicaban ceder mucho poder a los recaudadores, lo cual no fue nada bien recibido. A Walpole lo salvó su tenaz flexibilidad para retirar el plan y el apoyo que logró por parte de Jorge II. E incluso sin este plan, de 1731 a 1740 los impuestos de *excise* proporcionaron al gobierno el 50 por ciento de los ingresos (el impuesto sobre la tierra era del 18 por ciento), lo cual significó un claro avance en el sistema de impuestos indirectos frente a los directos. También se incrementaron los ingresos aduaneros, a pesar de que las manufacturas británicas fueron eximidas casi completamente de los impuestos de exportación. Y también se redujeron los impuestos de importación que afectaban a las materias primas que requería la

industria británica. Con todas estas medidas Walpole logró incrementar el comercio de ultramar, estimular la industria y hacer más próspera la agricultura.

Fuera de sus fronteras Walpole intentó mantener la paz, cosa nada fácil porque lo que más les interesaba a Jorge I y a Jorge II era la defensa de Hannover. Walpole consiguió no meter a Inglaterra en la guerra de Sucesión de Polonia (1733-1738), a pesar de que en ella intervenía Jorge II como elector de Hannover. Inglaterra estaba más centrada en el comercio. La guerra hispano-inglesa de 1739 estalló por el comercio ilegal que Inglaterra mantenía con la América Española; España respondió a la agresión apresando barcos británicos. Tanto Walpole como el gobierno español y la Compañía de los Mares del Sur deseaban llegar a un acuerdo negociado, pero Walpole se vio forzado a entrar en guerra, presionado por poderosos intereses mercantiles y por la City londinense. A principios de los años cuarenta la gente apoyaba la guerra, como demuestran dos canciones patrióticas que han sobrevivido hasta hoy en día, *Rule Britannia* de Thomas Arne y *God Save the King* de Henry Carey. La guerra quedó sumida en poco tiempo en la guerra de Sucesión austriaca (1740-1748); Federico el Grande de Prusia tomó Silesia, la más rica de las regiones agrícolas de Austria. El fracaso de la política bélica seguida por Walpole le obligó a rendirse en 1742.

Mientras vivió, Walpole fue objeto de muchos abusos y le acusaron de gobernar y de enriquecerse entre prácticas fraudulentas. Fue más tarde, a finales del siglo XVIII, cuando le restauraron la fama: Adam Smith vio en él un reformador económico de grandes miras. En el siglo XIX Sir Robert Peel fue todavía más efusivo en el elogio: «¿De qué político podemos decir con una mínima certeza que, puesto en el papel de Walpole, haya cometido tan pocos errores en el curso de veinte años y haya dejado al final de su mandato una Casa de Hannover que goza de absoluta seguridad

y unas finanzas en orden?». A pesar de todo, era opinión general que había hecho de la corrupción un sistema político, puesto que él era el que manejaba las influencias y disfrutaba con la riqueza que el puesto le deparaba. En Houghton Hall, Norfolk, mandó erigir un monumento a su riqueza y a sus éxitos, que después llenó de obras maestras del Renacimiento y el Barroco: cuadros de Tiziano, Rubens, Poussin, Holbein y Murillo. Sus aficiones ilustraban a la perfección el buen vivir. En un solo año devolvió 6.000 botellas de vino vacías a uno solo de sus seis proveedores. Como el pueblo estaba demasiado cerca de la mansión en la que residía, se trasladó a mayor distancia y protegió a sus ciervos de la caza furtiva con una de las leyes más duras de las que se promulgaron desde época angevina. En 1723 el Parlamento aprobó cincuenta nuevos delitos castigados con pena capital, la mayoría de los cuales estaban relacionados con la caza furtiva.

Tras la muerte de Walpole, los *whigs* siguieron en el poder e incluso aumentaron su influencia con la derrota del levantamiento jacobita de 1745, porque a partir de ese momento Jorge II empezó a detestar a los *tories* con mayor acritud que nunca. Henry Pelham ocupó el puesto de Primer Secretario del Tesoro de 1743 a 1754. Considerado por sus contemporáneos un hábil y capaz administrador, incluyó en el gobierno al mayor número de facciones políticas posible para mantener con ello la estabilidad. «Ya se me ha terminado la tranquilidad», comentó compungido Jorge II en 1754, a la muerte de Pelham. Y el rey tenía razón, porque algún tiempo después comenzó la guerra de los Siete Años (1756-1763). Jorge no quería poner el gobierno en manos de William Pitt el Viejo, porque Pitt había dicho en su momento que Hannover era un «electorado despreciable». Sin embargo, la retórica patriótica de Pitt enardecía los ánimos de una población que le otorgaba su mayor afecto, hasta concederle una popularidad que aumentaba con el apoyo de la prensa. Jorge se vio obligado a ceder, postura que llevó al escritor Samuel John-

son a comparar a Walpole, «un ministro del rey para el pueblo», con Pitt, «un ministro del pueblo para el rey».

Los metodistas

Puede que el Cristianismo hubiera perdido la influencia que ejercía a finales del siglo XVIII en la mayoría de los hombres y la mujeres inglesas de no ser por el renacimiento evangélico que comenzó en la década de los años treinta y que tuvo en John Wesley a su principal promotor. Ministro anglicano de Lincolnshire y posteriormente profesor de Oxford, Wesley marchó de misionero a América, donde permaneció de 1728 a 1738, pero regresó con grandes dudas de fe. En 1738 se sintió destinado a salvar a los demás y predicaba que la fe era una cuestión de corazón y no de cerebro; la fe había que sentirla, no podía aprenderse a través de la enseñanza ni de la argumentación. En 1739 vio cómo George Whitefield, que cultivaba las técnicas de acercamiento popular que había conocido en Georgia, predicaba el Evangelio en Bristol ante montones de mineros y de gente humilde de la región occidental que se arremolinaban para escucharle en los campos abiertos de las afueras de la ciudad. Wesley siguió el ejemplo y comprobó que podía llegar a los más olvidados. Ganó numerosos adeptos predicando ante comunidades marginadas por la Iglesia anglicana que la salvación estaba al alcance de todos, en especial de los pobres. Su fama llegó a Londres, donde se congregaron 12.000 personas para escucharle en Blackheath; en Kennington Common fueron 15.000.

Para muchos Wesley venía a recoger el espíritu puritano del siglo XVII. Aunque él siempre se consideró ministro de la Iglesia de Inglaterra, tan pronto como en 1738-1740 estaba diseminando la semilla de lo que sería claramente una organización metodista. Fuera donde fuera fundaba sociedades, organizadas por laicos y financiadas por pequeñas

suscripciones. Funcionaban como centro de atracción para los conversos y como base de futuras expansiones. A partir de 1740 los metodistas (llamados así por el rigor con que acometían el estudio) fueron la punta de lanza del renacimiento evangélico que tuvo lugar en Inglaterra, al que el hermano de John, Charles, dedicó todo su apoyo y conocimiento musical componiendo los himnos que les distinguían. En 52 años Wesley recorrió más de 400.000 kilómetros a caballo y pronunció 40.000 sermones.

Sólo unos cuantos de los que escuchaban a Wesley se incorporaban a la organización metodista. Ésta encontró terreno bien abonado en el norte y el oeste del país, pero en 1751 sólo contaba con 3.000 miembros en Yorkshire, que era el condado más grande de Inglaterra. Wesley tuvo escasa incidencia en Escocia o en East Anglia y su prédica llegaba más a la gente de las ciudades que a los campesinos; y más concretamente impactaba sobre todo a ciertos grupos sociales como los tejedores, los mineros, los marineros y los pobres que no se dedicaban a la agricultura. Las cifras oficiales hablan de 73.000 miembros de la organización metodista en 1791, año en que murió Wesley, aunque la capacidad de influencia que tuvo fue claramente mayor. Sin embargo, muchas veces la doctrina resultaba poco atractiva por oponerse a prácticas muy comunes entre la población: los metodistas condenaban la bebida, el juego y todo tipo de frivolidades, y prohibían a sus miembros participar en ellas. A la muerte de Wesley los metodistas representaban realmente un grupo religioso independiente, que llevaba a cabo la ordenación de sus propios ministros. La Iglesia anglicana no veía con buenos ojos que los laicos divulgaran el Evangelio en los sermones, que los predicadores fueran itinerantes ni que apelaran tanto a los sentimientos, porque las reacciones histéricas que provocaban en las congregaciones amenazaban el orden público. Wesley sostenía ideas políticas conservadoras y autoritarias; actuaba como un déspota en la Iglesia que había

fundado, no atentaba contra el orden social establecido y sentía un profundo respeto por la autoridad del Estado. Había quien pensaba que prometiéndole a los pobres la gloria de un mundo mejor sin intentar aliviar sus miserias terrenales Wesley estaba impidiendo la agitación política y social. Sin embargo, ésta no es la idea que los ricos tenían de Wesley. El verdadero terror de los propietarios era precisamente que el metodismo disolviera los vínculos de control social.

Jorge III y los políticos (1760-1792)

«Para mí el ser inglés es motivo de orgullo», declaraba Jorge III, el primer rey de la Casa de Hannover que había nacido en Gran Bretaña. Jorge, como la reina Ana, era contrario a la existencia de partidos políticos, porque creía que sólo servían para dividir la nación, y le disgustaban particularmente los *whigs* por haber monopolizado el poder durante el reinado de su padre, Jorge II. Junto con su primer ministro Lord Bute, escocés que había sido tutor suyo, estaba decidido a librarse de ellos. Jorge suprimió a los *whigs* del gobierno y de los juzgados de paz, y destituyó a todos los que ocupaban el cargo de Lord Lieutenant y a quienes hubieran tenido alguna conexión con Pelham. Al cabo del año Bute, vilipendiado en la prensa xenófoba por ser escocés, quería dimitir, cosa que preocupaba enormemente al monarca. Durante la década de 1760-1770 se vivió en Gran Bretaña un periodo de inestabilidad política de pesadilla, mientras el rey buscaba un ministro capaz de controlar el Parlamento y que congeniara al tiempo con él. Probó con George Grenville, con Lord Rockingham, con Pitt (que había recibido el título de conde de Chatham en 1766), con el duque de Grafton, ninguno de los cuales duró mucho, pero en 1770 encontró a Lord North. Gordo, campechano y sonriente, «consumado maestro del debate» (según Horace Walpole, hijo de Robert), se convir-

tió en una figura muy popular que hizo toda su carrera en la Cámara de los Comunes, institución que iba a gobernar en nombre del rey durante la década siguiente. Con gran sentido de la sensatez, intentó integrar a los canadienses franceses en el Imperio Británico después de que fueran derrotados en la guerra de los Siete Años. La Ley de Quebec (1774) garantizaba la libertad religiosa a los canadienses franceses practicantes de la fe católica, permitía que los católicos ocuparan puestos de la administración y mantenía el Código Civil francés, concediendo a los canadienses franceses más derechos que los que disfrutaban los católicos en Inglaterra. La inestabilidad ministerial de la década de los sesenta volvió a vivirse en la de los ochenta, como resultado de la Revolución Americana (cf. cap. 14). Lord North se «turbaba con mucha facilidad», en palabras de Jorge III, y a partir de 1779 quedó incapacitado por depresión tras las derrotas sufridas en América y la entrada de España en el conflicto. «Si los demás no actúan, yo debo asumir el mando», dijo Jorge III, y mantuvo la unidad del Ministerio hasta que North presentó la dimisión en 1782.

La monarquía siempre ha desempeñado un papel fundamental en la política del siglo XVIII, pero rara vez lo ha hecho de forma tan determinante como durante el periodo de 1774-1783. Los *whigs* de Rockingham echaron por tierra el Ministerio de North, y aunque Jorge III y Rockingham se odiaban, el rey tuvo que aceptarlo como Primer Ministro, cargo que éste aprovechó para boicotearlo. A la muerte de Rockingham en 1782 Charles James Fox asumió la dirección de los *whigs* que antes seguían a aquél. Orador brillante, encantador y con gran capacidad seductora, era un radical que abogaba por la reforma parlamentaria y rechazaba las Leyes de Prueba y de Corporación. Fox era contrario a la política que seguía Gran Bretaña en las colonias americanas, quería reconocer su independencia y culpaba a la monarquía de la humillación que su país estaba sufriendo en estos territo-

rios. Jorge III le odiaba, lógicamente, y le mantuvo alejado de todo cargo público durante más de 35 de los 37 años que pasó en el Parlamento. El monarca eligió como Primer Ministro a Lord Shelburne, que nombró a William Pitt el Joven (hijo de Chatham) ministro de Hacienda y obligó a dimitir a Fox. Pero el monarca sufrió un duro revés cuando Fox y North, que habían sido enemigos feroces uno de otro, se unieron en coalición. Como entre los dos consiguieron mayoría en la Cámara de los Comunes, Shelburne tuvo que dimitir, en febrero de 1783. El Ministerio de Fox-North obtuvo el poder, pero esta situación no duró mucho, porque el rey se dedicaba a bombardearla sistemáticamente. Cuando Fox presentó un proyecto de ley para reestructurar de manera radical la Compañía de las Indias Orientales, el rey hizo público que para él todo el que votara a favor del proyecto en la Cámara de los Lores sería su enemigo, con lo cual, el proyecto no salió adelante. En plena crisis de desesperación, Jorge III se dirigió a Pitt el Joven, que obtuvo el cargo de Primer Lord del Tesoro y ministro principal del rey en diciembre de 1783, cuando sólo tenía 24 años. Nadie esperaba que este Ministerio durara demasiado tiempo, porque no contaba con la mayoría en la Cámara de los Comunes, pero Jorge se empeñó en mantenerlo y Pitt se negó a dimitir a pesar de que en varias ocasiones los diputados no le otorgaron la confianza. La puntilla para Jorge III llegó en 1784, cuando convocó elecciones tres años antes de lo necesario. «Los mártires de Fox» perdieron 100 escaños y Pitt obtuvo una mayoría de 100. Por fin, el rey tenía un ministro en quien confiar. Pitt iba a ocupar el cargo durante diecisiete años seguidos, y durante los diez primeros fue el único que no era noble que participaba en el gobierno.

Pitt, inteligente y precoz, detestaba el partido, defendía el derecho real a nombrar y a destituir ministros y confiaba en el equilibrio que se estableció en 1688 entre la Corona, los Lores y los Comunes. Dado que contaba con un Primer Mi-

nistro que compartía muchas de sus opiniones, a partir de 1784 Jorge III dejó de ocupar el centro de la escena política; apenas sugería las políticas que habían de seguirse y rara vez cuestionaba las decisiones que se tomaban. Tenía un acusado sentido del deber y aunque podía volverse muy obstinado (como demostró más adelante con el tema de la emancipación católica), supo ver la ventaja de no interferir. La estabilidad política sólo se vio amenazada en 1788 cuando cayó enfermo y parecía haberse vuelto loco. En febrero de 1789 ya estaba recuperado. Con toda probabilidad sufría de porfiria intermitente aguda, una disfunción metabólica hereditaria, que no se conocía en el siglo XVIII. La palabra clave de Pitt era la eficacia. Para incrementar la eficacia de la administración suprimió muchos cargos que resultaban redundantes, privando sin querer al rey de la influencia de la que habían dependido muchos gobiernos anteriores. Con la Ley de India (1784) confirió al gobierno mayor control sobre la Compañía de las Indias Orientales, mientras que la Ley de Canadá (1791) resultó de importancia capital a la hora de continuar el trabajo iniciado por Lord North. Tras la independencia americana los más leales emigraron a Canadá, por lo que Pitt intentó mantener a británicos y franceses en este territorio, satisfechos con la división: el Canadá superior (hoy Ontario), con mayoría británica, y el Canadá inferior (hoy Quebec), corazón del antiguo imperio francés en la región. Cada provincia fue dotada de un gobierno nombrado por la Corona, pero con legislatura electa. Esta organización se mantuvo durante cincuenta años. En 1792, último año anterior a la guerra, lo que en 1783 había sido un déficit del gobierno de 11 millones de libras se había convertido en excedente, esencialmente a causa de la revitalización del comercio, de manera que Gran Bretaña estaba preparada para afrontar con facilidad los rigores de los veinte años siguientes.

14. El Imperio

España y Portugal habían fundado sus imperios mucho antes que Gran Bretaña. A principios de siglo **xvi** España había conquistado el imperio azteca en México (1519-1521) y el inca en Perú (1531-1534), lo cual le permitía explotar las vastas minas de plata de América del Sur. En África y en Asia los europeos tuvieron que conformarse con asentamientos comerciales, sin llegar a la conquista. En África los productos más codiciados eran el oro, los esclavos y el marfil, mientras que de Asia se traían especias y productos exóticos. De la India y de las Molucas (Indonesia) procedían la pimienta, la canela, el clavo, la nuez moscada y el jengibre; de China la seda, la porcelana y el té. En 1602 se fundó la Compañía Holandesa de las Indias Orientales que consiguió expulsar pronto a los portugueses de las islas Molucas y se hizo con el control de los centros de producción de especias. En Inglaterra se abrió otra Compañía de las Indias Orientales en 1600 (la EIC), pero en 1623 los holandeses la habían expulsado de Indonesia, por lo que tuvo que concentrarse en la India, donde desarrolló un nuevo comercio de productos de algodón, de gran ligereza y colorido. La primera sede (puesto comercial) de la EIC se estableció en Surat, en la costa occidental de la

India, en 1613, y a ésta siguieron otras. También se levantaron asentamientos fortificados en Madrás (1640), Bombay (parte de la dote que aportó Catalina de Braganza al matrimonio con Carlos II en 1662) y Calcuta (1696). Cada uno de estos asentamientos se convirtió en centro de una presidencia y sirvió de base de la organización administrativa de la India británica hasta finales del siglo XIX. En esta época la EIC no pretendía gobernar la India, ni siquiera a partir de 1707, fecha en que empezaba a desintegrarse el imperio mogol tras la muerte de Aurangzeb, sumamente debilitado por las continuas guerras que su jefe había llevado a cabo. Lo que movió a los británicos (y a los franceses) a buscar mayor expansión territorial fue la guerra europea, que desencadenó el conflicto por la supremacía en el resto del mundo (América, Canadá y las Indias Occidentales).

Norteamérica

Tras los fallidos intentos que se produjeron en el reinado de Isabel, en el siglo XVII se asentaron colonias inglesas en la costa atlántica norteamericana. No hubo planificación sistemática del proceso, sino que el número fue aumentando poco a poco. La colonia de Virginia (1607) estableció el primer asentamiento permanente en Jamestown. Desde allí pronto salieron colonos hacia las islas de las Indias Occidentales de Bermudas y las Bahamas. Los peregrinos, que huían del anglicanismo de Jacobo I (por considerarlo un pseudo-catolicismo), llegaron a Cabo Cod el 21 de noviembre de 1620. Otros embarcaron para la bahía de Massachusetts en 1629; en la década de 1630 la emigración atrajo a quince o veinte mil colonos, el mayor éxodo de los que produjo este proceso del siglo XVII. Rhode Island fue fundada por los que huían del intolerante puritanismo de Massachusetts y Maryland (1632) como refugio de los católicos. En 1664 los ingles-

ses arrebataron Nueva Amsterdam (rebautizada más tarde como Nueva York) a los holandeses y la mantuvieron. La religión fue también la fuerza que impulsó la fundación de una colonia cuando en 1681 Carlos II cedió un territorio al cuáquero William Penn, que buscaba un lugar en el que implantar la tolerancia religiosa; los primeros en asentarse fueron 1.200 cuáqueros liberados de la cárcel. Las Carolinas se fundaron en 1663, cuando Carlos II donó cientos de kilómetros de franja costera, al sur de Virginia, a ocho terratenientes leales a la Corona. Las Trece Colonias de 1750 se extendían de norte a sur a lo largo de un extenso territorio de unos 2.000 km, que apenas se internaba hacia el oeste más de 320 km. Todas las colonias siguieron el ejemplo iniciado en 1619 en Virginia e introdujeron asambleas electas que debían aprobar la imposición de leyes y tributos.

Los franceses tomaron la iniciativa a la hora de explorar Canadá y de iniciar allí sus asentamientos. Los primeros asentamientos permanentes surgieron en 1605-1608. La Nueva Francia se extendía a lo largo del río St. Lawrence hasta Quebec (1608) y Montreal (1648). En 1730 la influencia francesa se había extendido hacia el sur a lo largo de los ríos Ohio y Mississippi, hasta llegar al golfo de México. Al principio los intereses británicos fueron puramente comerciales. En 1605 se estableció la Compañía de Terranova para explotar los ricos bancos de peces. Con todo, en 1668 dos barcos ingleses se internaron en la bahía de Hudson y reclamaron toda la zona para Carlos II. En 1670 la Compañía de la Bahía de Hudson obtuvo una cédula real y el monopolio para comerciar en la bahía, donde se establecieron permanentes puestos comerciales. En las Indias Occidentales los franceses mantenían una posición dominante. Poseían las dos islas más preciadas por su azúcar, Guadalupe y la Martinica, y en 1697 compraron a España La Española (Haití) y la llamaron Santo Domingo. En las islas la mano de obra procedía de los esclavos.

El comercio de esclavos

Los portugueses fueron los primeros en importar esclavos de África a Brasil en el siglo xv, pero el comercio no se desarrolló a gran escala hasta que se empezó a necesitar mano de obra para la agricultura comercial –tabaco, azúcar y después algodón– implantada en las Indias Occidentales y en las Américas. La mayoría de los esclavos procedía de África Occidental, del área comprendida entre la costa de Oro y el delta del Níger, zona que pasó a conocerse como la costa de los Esclavos; a medida que fue creciendo la demanda, el comercio se extendió hacia el este y el sur hasta adentrarse en África Oriental y en Angola. Los comerciantes europeos compraban esclavos a los dirigentes africanos –solían ser prisioneros de guerra de conflictos locales– y les pagaban con telas, metales, alcohol y armas de fuego. Todo esto formaba parte de un comercio triangular: a los esclavos que llevaban a América y al Caribe los cambiaban por tabaco, azúcar y algodón; mercancías transportadas a Europa, donde se vendían para obtener los productos que demandaban los dirigentes africanos. A los esclavos los marcaban y los llevaban encadenados durante las seis o siete semanas que se tardaba en llegar de África a América. Los compartimentos, de metro y medio o dos metros de alto, estaban divididos en estantes en los que se hacinaba a los esclavos, que apenas podían moverse. En tales condiciones enfermedades como la disentería se propagaban con facilidad, lo que provocaba altos índices de mortalidad (10-15 por ciento). El comercio de esclavos era un negocio brutal. En 1783 se produjo una epidemia en el barco británico *Zong*, que iba con destino a Jamaica. El capitán ordenó que se arrojara por la borda a 133 de los enfermos. Las condiciones mejoraban poco una vez que los esclavos llegaban a las Indias Occidentales, donde el clima era tan malo que los ingleses preferían no asentarse allí. La mayoría de los dueños de plantaciones volvían a In-

glaterra en cuanto podían, dejando el lugar en manos de encargados que, forzados a producir grandes beneficios para sus jefes, no querían saber nada del bienestar de los esclavos. Como en las Indias Occidentales los blancos estaban en minoría (a veces no pasaban del 10 por ciento), aplastaban los intentos de rebelión con extrema crueldad.

Durante el siglo XVI desembarcaron al otro lado del océano unos 275.000 esclavos; en el XVII 1.300.000 y 6 millones en el siglo XVIII, momento en que el comercio estaba dominado por Gran Bretaña. De 1650 a 1807 fueron transportados en barcos británicos entre 3 y 4 millones de esclavos africanos, de un total de 9-12 millones que vendieron el conjunto de naciones europeas. El mercado de esclavos incidió positivamente en la economía británica y provocó el crecimiento de puertos como los de Liverpool y Bristol y de bancos como Barclay's y Lloyd's, que proporcionaban capital para la Revolución Industrial a partir de los beneficios que sacaban del comercio atlántico. También se benefició la industria británica, puesto que los esclavos se compraban con productos manufacturados en el país.

La guerra de los Siete Años (1756-1763)

En la guerra de los Siete Años Gran Bretaña, aliada de Prusia, se enfrentó a la coalición formada por Francia, Austria y Rusia. No se trataba sólo de una lucha por la supremacía europea, sino una carrera por el dominio imperial al otro lado del Atlántico entre Francia y Gran Bretaña. Gran Bretaña partía con ventaja. La población del Imperio Británico, sus recursos y el potencial que se adivinaba eran muy superiores a los del Imperio Francés. Sólo Massachusetts triplicaba en número de habitantes a Nueva Francia (Canadá) y Luisiana. Gran Bretaña además se beneficiaba del control cada vez mayor que ejercía en el mercado de esclavos. África resulta-

ba de vital importancia en el conflicto franco-británico, puesto que las islas azucareras de las Indias Occidentales y la producción de arroz de Virginia, Maryland, las Carolinas y Luisiana dependían enteramente de la mano de obra esclava que se importaba de allí. En 1750 Gran Bretaña ya dominaba el África Occidental, con 14 fuertes en la costa de Oro y 150 barcos dedicados exclusivamente al comercio de esclavos. En las guerras coloniales las armadas eran decisivas y en este sentido Gran Bretaña disponía del mayor equipo de expertos, debido al tamaño de su marina mercante. Los niveles que mantenía de moral, disciplina y conocimiento del mar eran la envidia de sus rivales. Los oficiales destacaban por sus cualidades y buen hacer, puesto que ascendían por sus méritos y no por su apellido. Anson, Boscawen y Hawke se contaban entre los mejores almirantes del siglo XVIII. Por su parte, Francia tenía el problema de que, siendo como era la mayor potencia del continente, no podía dedicar todos sus esfuerzos a las colonias. El estadista francés Choiseul comentaba que «tal y como está Europa hoy en día, serán las colonias, el comercio y en definitiva el poder marítimo los factores que determinarán el equilibrio en el continente. La Casa de Austria, Rusia, el rey de Prusia no representan más que poderes de segundo orden, como cualquier otro que no pueda entrar en guerra a no ser que le financien las potencias comerciales».

De 1759 a 1761 la guerra fue dirigida desde el Ministerio por el duque de Newcastle, como Primer Lord del Tesoro, y William Pitt como secretario de Estado. Pitt era maníaco-depresivo, y tenía unas oscilaciones de humor que iban de la hiperactividad más acendrada hasta la depresión más profunda. Indispuesto con la mayoría de los políticos y con el propio rey por su descomunal egoísmo y su lengua viperina, tenía pocos amigos, carecía de sentido del humor y le resultaba difícil tratar a los demás como iguales. La gente reconocía su valía pero era temido y no despertaba confianza. Sin

embargo, también es cierto que hasta sus enemigos admitían que como ministro de la Guerra era indispensable, por la seguridad con que afrontaba lo que para él era su vocación y porque marcaba a los demás el camino que debían seguir. Pitt defendía continuamente la necesidad de llevar a cabo una expansión comercial y colonial agresiva y nunca dudó de que la seguridad de las colonias que Gran Bretaña poseía en Norteamérica dependía de que los franceses salieran de Canadá, lo cual a partir de 1759 implicaba la anexión del territorio francés. Anson, Primer Lord del Almirantazgo (1751-1762) aportó un alto mando naval de extrema eficacia, el mejor del siglo XVIII, y diseñó una estrategia global que Pitt apoyó sin matizaciones. La armada debía buscar y destruir las flotas enemigas, abortar el comercio francés, retener a las tropas francesas en Europa y bloquear los barcos enemigos en sus propios puertos. Europa también tenía un papel prominente en la estrategia de Pitt, quien vio claro que había que apoyar generosamente a Federico porque de la supervivencia de Prusia dependía el éxito de Gran Bretaña al otro lado del Atlántico. Había que defender Hannover a toda costa porque, si los franceses vencían, a la hora de firmar la paz se convertiría en producto de intercambio con el que Gran Bretaña podría perder sus conquistas exteriores. Y ello implicaba no sólo conceder amplios subsidios a Federico, sino enviar a Alemania una sólida fuerza de tropas británicas. Esta conciencia de la situación hizo cambiar de opinión a Pitt, que hasta entonces había condenado la influencia que la Casa de Hannover sostenía sobre la política británica. Para librar la guerra con éxito también era necesario manejar al Parlamento y que Pitt desplegara sus dotes de elocuencia y su propio magnetismo personal. A esto contribuyó Newcastle, mostrando una gran habilidad a la hora de convencer al Parlamento de que aprobara un presupuesto de 12,5 millones de libras en 1760-1761, con el que pagar un ejército británico de 90.000 hombres, 75.000 ma-

rineros y miles de mercenarios. Más del 37 por ciento de los gastos bélicos se acometieron a través de préstamos. Lord Chesterfield resumió con estas palabras el dominio que ejercía Pitt sobre la Cámara de los Comunes: «El Sr. Pitt dice que tienen que hacerlo y lo hacen».

En Europa la guerra comenzó de una manera desastrosa para Gran Bretaña. En 1757 Cumberland fue derrotado por los franceses en Hastenbeck y convino en desmantelar su ejército, decisión que Pitt rechazó. Se perdió Menorca, lo cual supuso un duro golpe al orgullo británico, el peor desde que los holandeses subieron por el Medway en 1667. Newcastle y sus ministros, alarmados ante el desastre, mandaron ejecutar al desgraciado almirante Byng (acusado en todo caso más de un exceso de cautela que de cobardía); se aplicó la ley marcial en marzo de 1757 y se cumplió la sentencia en la cubierta de su propio barco, «*pour encourager les autres*», según comentó después Voltaire irónicamente. Ferdinand de Brunswick, competente general prusiano, recibió el mando de las tropas británicas que luchaban en Alemania y derrotó a los franceses en Minden (1759). Con esta victoria se mantenía Hannover, cuestión que alivió la presión que atenazaba a Federico en un momento en que sus tropas habían sufrido diversas derrotas y se encontraban en franca desventaja numérica frente al enemigo. Pitt intentó ayudar a Federico lanzando ataques de distracción sobre la costa francesa, pero la estrategia resultó inútil y muy poco eficaz. En 1759 («el año de las victorias») Boscawen derrotó a la flota francesa de Tolón en las costas de cabo Lagos y Hawke hizo lo mismo con la flota de Brest en la bahía de Quiberon. Estos éxitos granjearon a los británicos el control absoluto del canal de la Mancha, el Atlántico y el Mediterráneo, hicieron imposible la invasión a Inglaterra y desmontaron cualquier intento de fortalecer Canadá por parte de los franceses.

En América los franceses empezaron a llevar la iniciativa y capturaron Fort Oswego, bajo la dirección de Montcalm.

En 1758 la racha cambió: Louisburg cayó y pasó a manos británicas, como también lo hizo Fort Frontenac en el lago Ontario, lo cual les abrió las puertas del St. Lawrence. En junio de 1759 las fuerzas británicas navales y terrestres que estaban al mando del Comandante General James Wolfe, elegido personalmente por Pitt, remontaron el St. Lawrence. En una arriesgada maniobra condujo a las tropas al Alto de Abraham, en las afueras de Quebec. En la batalla que se libró después murieron Wolfe y Montcalm, pero Quebec cayó, y Montreal lo hizo al año siguiente. En la costa occidental africana se tomó Goree, y luego en el Caribe Guadalupe, la segunda de las islas azucareras de las Indias Occidentales después de Cuba.

Cuando estalló la guerra en Europa la Compañía de las Indias Orientales fortificó Calcuta. Esto no fue del agrado del nuevo *nawab* ('gobernador') de Bengala, Siraj-ud-Daulah, que tomó Calcuta. Los británicos reaccionaron con rapidez y la reconquistaron con tropas mandadas por Robert Clive, enviadas desde Madrás. En 1757 Siraj tuvo que restablecer los privilegios de la Compañía, pero Clive decidió unirse a una conspiración que se tramaba contra él. Mir Jafar, un general del ejército de Siraj, no tomó parte en la batalla de Plassey, asegurándose de que sólo 10.000 de los 50.000 hombres del *nawab* estuvieran preparados para luchar contra la fuerza de Clive, que contaba con 1.000 europeos y 2.000 hindúes. Siraj no pudo utilizar su artillería porque la pólvora se le había mojado en una tormenta, pero Clive había protegido la suya de la lluvia y cuando la caballería del *nawab* se disponía a cargar contra su ejército, abrió fuego, con consecuencias devastadoras. Obtuvo así una importante victoria habiendo perdido sólo veintitrés hombres. Siraj huyó, y dejó a Clive a cargo de Bengala. Clive volvió a Inglaterra, pero su tarea la continuó el joven coronel Eyre Coote, quien, con ayuda de un escuadrón naval británico, derrotó a los franceses en Wandiwash (1760), al sur de la India y tomó la base más importante que la Compañía francesa tenía en Pondicherry.

Jorge III, el nuevo monarca que había subido al trono en 1760, deseaba la paz, al contrario que Pitt, partidario de prolongar la guerra. Sabía que a la muerte de Fernando VI en 1759 era muy probable que España entrara en la guerra del lado francés. Pitt pretendía dar un golpe por sorpresa a la flota española, a lo que Jorge III se oponía junto con algunos ministros, incluido Newcastle. Pitt se vio obligado a dimitir. La guerra contra España llegó, tal y como Pitt había previsto. Los ingleses tomaron de los españoles La Habana y Manila y de los franceses la Martinica, pero el país estaba harto de guerra y en 1763 se firmó la paz. En la Paz de París Gran Bretaña obtuvo todo el territorio de Nueva Francia que se extendía a lo largo del St. Lawrence y los Grandes Lagos y la región oriental del Mississippi hasta Nueva Orleans. Recuperó Menorca, tuvo que devolver Guadalupe y la Martinica, aunque en las Indias Occidentales conservó islas menores como Tobago, Granada o San Vicente. En la India el poder francés se vino abajo completamente (la Compañía Francesa de las Indias Orientales se deshizo al cabo de pocos años), y dejó vía libre a Gran Bretaña para seguir con sus conquistas territoriales en la zona. A España le devolvieron La Habana en Cuba y Manila en las Filipinas, a cambio de los humedales de Florida. Francia cedió la Luisiana a su aliado español. Canadá no se consideraba territorio especialmente valioso, por la dureza del invierno y por la presencia de población francesa y nativa. El gobierno británico intentó cambiarla por las islas azucareras que estaban en poder de Francia, pero no se llegó a un acuerdo. Las colonias que Gran Bretaña mantenía en América estaban más seguras, porque la cuarta gran guerra anglo-francesa desde la Gloriosa Revolución había terminado con una victoria decisiva para aquel país, que pasaba a convertirse en la potencia imperial más importante del globo. En aquel entonces nadie supo prever que en veinte años sobrevendría el desastre.

La Revolución Americana (1775-1783)

Después de la guerra de los Siete Años el gobierno británico se había empantanado en una gran deuda. ¿Cómo iba a pagar los gastos de defensa que exigía el Imperio y cómo iba a evitar que dichos costes defensivos aumentaran? George Grenville, Primer Ministro en 1763, decidió que los colonos pagaran al menos parte de los gastos de defensa, pero esto se producía en un momento en que ya no se sentían amenazados por los franceses, que habían sido expulsados de Canadá. Decidió imponer un tributo al azúcar francés que se importaba a las colonias americanas. Éstas se quejaron, pero tuvieron que aceptarlo, y en 1765 Grenville introdujo además el impuesto de sello, primer gravamen directo que el Parlamento impuso en las colonias y que afectaba a los periódicos y a todos los documentos oficiales. La violencia con que América reaccionó a la medida cogió a todos por sorpresa. Nueva York convocó un congreso en el que se reunieron representantes de las distintas colonias y declararon que «adoptar medidas fiscales y negar la representación política» era inconstitucional, con lo que comenzaron a boicotear los productos británicos.

El Ministerio de Rockingham, que sucedió al de Grenville, pretendió dar una salida negociada al asunto, algo que también querían los comerciantes y fabricantes británicos. En 1766 suprimió el impuesto de sello, pero (para apaciguar a la opinión pública del país que, como el rey, se oponía a la supresión) aprobó una Ley Declaratoria, que garantizaba el derecho parlamentario de legislar sobre las colonias americanas. La lucha por los impuestos siguió vigente cuando Charles Townshend, ministro de Hacienda, gravó diversos productos que entraban en América con aranceles de importación. De nuevo se levantó una amplia oposición a la medida, liderada por el puerto de Boston; en 1769 se retiraron todos los impuestos, excepto el del té. Los problemas fi-

nancieros a que se enfrentaba la Compañía de las Indias Orientales resucitaron el problema de los impuestos. Para ayudarla a liquidar sus deudas el gobierno permitía que la Compañía transportara el té directamente hasta América. Esto contribuiría a que el té se abaratara, aunque los colonos tuvieran que pagar un pequeño impuesto. Cuando en 1773 llegaron a Boston tres barcos, se presentaron allí ciudadanos vestidos con ropa de indios americanos y arrojaron a las aguas del puerto 342 sacos de té. El conflicto se hacía inevitable. El gobierno británico aprobó las Leyes de Coerción de 1774, por las que se cerró el puerto de Boston hasta que se pagara el té y se sustituyó el consejo electo de Massachusetts por otro nombrado al efecto. Los americanos también estaban irritados por la Ley de Quebec que permitía a 70.000 franceses canadienses practicar libremente su religión y extendía el territorio de Quebec al área situada al norte del río Ohio. En 1774 se reunió en Filadelfia un congreso continental para coordinar la resistencia. La guerra estalló cuando el comandante del ejército británico en Boston decidió tomar un depósito de armas de los patriotas e intercambió fuego con la milicia Lexington. En el camino de regreso las emboscadas y los francotiradores causaron 273 bajas en una fuerza de 800, presagio de lo que habría de venir. Los patriotas perdieron 95 hombres.

La población británica cerró filas para apoyar a su gobierno, aunque el conde de Chatham (título que ahora ostentaba Pitt) se dio cuenta de que la razón estaba de parte de los americanos. «El mismo espíritu que ahora combate vuestros impuestos en América», dijo ante los Lores, «es el que en su día se oponía [...] a la tasa que gravaba los barcos en Inglaterra». La verdad es que nadie esperaba que unas inexpertas milicias americanas ofrecieran especial resistencia a las entrenadas tropas regulares británicas; sin embargo, Gran Bretaña tenía considerables desventajas. Tenía que mandar tropas y víveres a más de 5.000 kilómetros, atrave-

sando el Atlántico, y la navegación durante el invierno era muy insegura. Una vez allí, la topografía americana impedía llevar a cabo una conquista rápida, porque se trataba de un terreno boscoso y con muchos ríos, más apto para la guerra de guerrillas y emboscadas. Otra desventaja era el tamaño del ejército británico, demasiado reducido para sofocar la rebelión en tan vasto territorio (unos 3.000 km de colonias). Las grandes distancias implicaban una gran dificultad a la hora de coordinar las actividades de los distintos comandantes ingleses. Las fuerzas británicas nunca excedieron los 50.000 hombres, ni siquiera contando con las milicias leales y los mercenarios alemanes. Y quizá la mayor limitación a la que se enfrentaba Gran Bretaña era que carecía de aliados. En la Revolución Americana Gran Bretaña luchaba en solitario por primera vez en más de un siglo. Antes sus aliados continentales habían resultado de vital importancia para contener las fuerzas francesas en Europa; en la guerra americana Francia pudo concentrar, por primera vez, todas sus energías en la guerra exterior. También los americanos tenían sus puntos débiles. Aproximadamente la cuarta parte de los colonos se mostraban contrarios a la rebelión y se levantaron en armas, por lo que en algunas zonas la «guerra de Independencia» se convirtió en una guerra civil salvaje, teñida de atrocidades. John Adams pensaba que si la actitud radical de sus vecinos no les hubiera obligado a mantenerse en guardia de norte a sur, Nueva York y Pensilvania se habrían unido a Gran Bretaña. El ejército continental de Washington con 20.000 hombres tenía menos competencia y menos disciplina que el británico, pero los americanos contaban con mucha milicia (intervinieron unos 200.000 hombres) y líneas de comunicación interna que les permitían cambiar a sus hombres de sitio con mucha rapidez. Las bajas se sustituían pronto, cosa que no podían hacer los británicos.

El siguiente compromiso importante después de Lexington vino en 1775 en Bunker Hill, donde el general Howe sa-

lió de Boston para atacar el último reducto de la milicia de Massachusetts. Tuvo considerable éxito pero también sufrió muchas bajas, aproximadamente la mitad de una tropa de 2.000 hombres. En 1776 la artillería americana, posicionada en los altos de Boston, obligó a Howe a retirarse de allí, pero tras su retirada se produjo la casi absoluta derrota de los rebeldes. Howe los expulsó de Long Island y tomó Nueva York; como la toma americana de Quebec fracasó, Canadá quedaba con total seguridad en manos británicas. Mientras tanto Thomas Jefferson ideó la Declaración de Independencia, adoptada por el Congreso el 4 de julio de 1776: la retórica del documento ha reverberado desde entonces en todo el mundo democrático. Cuando Howe volvió a avanzar, Washington, que había aprendido la lección, dio la siguiente orden: «Debemos evitar toda acción global y asumir todo riesgo, a no ser que nos veamos obligados por una necesidad a la que nunca debemos vernos abocados». Esto implicaba ceder Nueva Jersey, pero también era una estrategia de victoria.

En 1777 Burgoyne se trasladó hacia el sur desde Canadá, pero quedó rodeado y se rindió en Saratoga. Con todo, aunque no podamos hablar de desastrosa derrota militar, porque Burgoyne contaba con 5.000 hombres y la posición militar apenas quedó afectada, sin embargo sí fue un momento clave, que tornó la suerte de la guerra, desde el momento en que los franceses decidieron entrar en combate en febrero de 1778. Francia buscaba vengarse de la guerra de los Siete Años, pero al principio Luis XVI quería mantenerse al margen de la guerra americana, por no apoyar a grupos de rebeldes y porque no creía que los americanos fueran a ganar. Vergennes, ministro de Asuntos Exteriores, mantenía una postura bien distinta. En 1776 estaba enviando material bélico a los americanos y después de Saratoga consiguió convencer al remiso monarca de que declarara la guerra. Después incitó a España para que demandara la devolución de Gibraltar y Menorca; cuando se lo denegaron España de-

claró la guerra en 1779. Gran Bretaña tenía otros enemigos: su pretensión de conseguir la neutralidad en el transporte de mercancías llevó a la formación de la Liga de Neutralidad Armada, fundada por Rusia, aunque esto no se veía como gran amenaza. El ejército y la armada británica no podían sencillamente acometer las dificultades estratégicas que planteaba librar una guerra al otro lado del Atlántico, defender las costas y el comercio británicos y rechazar los ataques franceses y españoles que se producían en las Indias Orientales y Occidentales. Los franceses y los españoles también resultaban importantes, porque proveían de tropas y cobertura naval a los patriotas, lo cual rompía el equilibrio militar a su favor. Choiseul resistió la tentación de atacar Hannover, para que Francia pudiera concentrar todos sus recursos en una guerra naval y colonial. En la guerra de los Siete Años la armada francesa había recibido 20 millones de libras de plata al año (la cuarta parte de la remuneración de la armada y la quinta del dinero que se destinaba a la armada británica). En 1780 el presupuesto naval francés era de 150 millones de libras de plata y en 1782 ya había ascendido a 200 millones. Francia gastó más de 1778 a 1783 que en las tres guerras anteriores juntas (factor que influyó significativamente en la debilitación de la monarquía francesa que condujo a la Revolución).

Después de Saratoga Gran Bretaña se concentró en las colonias meridionales, pero Cornwallis, en el Sur, y Clinton, en Nueva York, no consiguieron coordinar sus actividades. En 1781 1.900 soldados británicos atacaron a 4.500 miembros de la milicia en Guildford Court House, y vencieron, pero fue una victoria pírrica. Cornwallis no pudo reponer las bajas que había sufrido y se retiró a la costa, donde se vio bloqueado por la flota francesa y quedó atrapado en el interior ante 15.000 franceses y americanos en Yorktown. Se rindió en octubre de 1781. Todavía no había razones suficientes para poner fin a la guerra, ya que 30.000 soldados

británicos y de tropas leales mantenían una amplia zona de la franja costera, y la flota de las Indias Occidentales al mando de Rodney había derrotado a los franceses en la batalla de los Santos (abril de 1782). Yorktown puso fin a la guerra porque la moral de quienes estaban en Europa se vino abajo. «Oh, Dios, todo ha terminado», exclamó Lord North antes de dimitir. Lord Rockingham, que le sucedió como Primer Ministro, estaba decidido a firmar la paz lo antes posible. En el Tratado de Versalles, que cerró el conflicto, las colonias americanas de Gran Bretaña consiguieron la independencia, pasaron a denominarse Estados Unidos de América y recibieron el territorio situado entre los ríos Ohio y Mississippi (incorporados a Quebec en 1774). España, parte de la coalición que había obtenido la victoria, obtuvo de Gran Bretaña Florida y Menorca. La Revolución Americana fue uno de los acontecimientos más importantes de la historia moderna. Destruyó la parte más rica del Imperio Británico, provocó la bancarrota en el Antiguo Régimen francés y vio la formación de un Estado nacional de potencial inmenso. En Gran Bretaña la gente pensaba que sin el mercado y sin los recursos coloniales Gran Bretaña pasaría a ser una potencia de segundo orden. Pocos veían entonces que una segunda era del Imperio Británico estaba a punto de comenzar, a medida que se expandía por la India y el Pacífico.

India

Después de la batalla de Plassey, Clive recibió 234.000 libras y tierras que le garantizaban unos ingresos de 30.000 libras anuales. De la noche a la mañana se convirtió en uno de los hombres más ricos de Inglaterra y en el barón Clive de Plassey. Acusado de haber obtenido beneficios excesivos, dijo ante la Cámara de los Comunes: «Estoy pasmado de mi propia moderación». Mir Jafar, que sucedió a Siraj como go-

bernador de Bengala, se enemistó pronto con la Compañía de las Indias Orientales, por lo que en 1765 Clive fue enviado de nuevo a Calcuta para conseguir un acuerdo. Firmó un tratado con el emperador mogol según el cual, a cambio de pago de una cantidad fija a Delhi, la Compañía de las Indias Orientales obtendría el *diwani*, el derecho a recaudar y retener los ingresos de Bengala, la provincia más rica de la India. Gran Bretaña era ahora una potencia territorial de Asia, y gobernaba una provincia de 20 millones de habitantes. La Compañía de las Indias Orientales no pretendía ganar territorios. Sin embargo, India estaba situada a 25.000 km y seis meses de navegación de Inglaterra, de modo que los soldados allí destacados podían tomar decisiones contrarias al espíritu de la Compañía, pero sobre las que ésta podía hacer muy poco. Gran parte del Imperio Británico se obtuvo gracias a operaciones de este estilo, fruto de la iniciativa local. Los gobernantes hindúes estaban vinculados a Gran Bretaña por medio de ciertos tratados: tenían la protección de las tropas de la Compañía de las Indias Orientales, estacionadas en sus territorios y pagadas por los gobernadores locales. Si no podían pagar a las tropas de defensa, estaban obligados a ceder grandes franjas territoriales. Como el territorio británico en India no dejaba de expandirse, los gobernadores independientes, sobre todo los *marathas* del oeste y el sultán de Mysore en el sur, se convirtieron en enemigos de Gran Bretaña. Durante la Revolución Americana, Warren Hastings se enfrentó a una coalición de Estados hindúes enemigos, que habrían derrotado a Inglaterra si el poder naval que los franceses mantenían en el este hubiera sido más fuerte. La expansión británica se terminó con la derrota de Tipu, sultán de Mysore, el más poderoso de los Estados de la India meridional. Este jefe murió en la batalla de Seringapatán en 1799. En la primera década del siglo XIX Arthur Wellesley (posteriormente duque de Wellington) amplió el poder británico hasta más allá de Delhi y venció a los *marathas*. Ha-

cia 1820 el ejército de las Indias Orientales, con 300.000 hombres (Clive nunca tuvo más de 5.000 soldados a su cargo), era la fuerza de combate más espectacular de Asia. Además de servir para la seguridad interna, la utilizaban para proteger y expandir el Imperio Británico. Luchó en Egipto (1801), Birmania (1824-1826, 1852), Afganistán (1836, 1842), Malaya y China en las décadas de 1840 y 1850. Pagada con impuestos locales, venía a ser un enorme subsidio oculto para el contribuyente británico. Todos los oficiales eran europeos, y estaban a cargo de la artillería, pero hasta 1857 nunca hubo más de 40.000 soldados europeos en India. Por tanto, el ejército de la Compañía de las Indias Orientales dependía de los cipayos hindúes.

Para 1818 la Compañía de las Indias Orientales había instituido su supremacía en India. Esto implicaba que los restantes Estados independientes de la India reconocían a Gran Bretaña como gobernadora suprema. La autoridad de la Compañía en teoría coexistía con la del emperador mogol hasta que se produjo el motín de 1857, pero el poder de éste era puramente nominal. En reinos como Hyderabad, Mysore y Awadh, que sobrevivieron a las últimas guerras de anexión, los gobernadores tenían que pagar por las tropas de la Compañía que se estacionaban en sus territorios. Los británicos residentes en las cortes de la India (ministros) controlaban su política exterior. Los Estados principescos dominaban el 30 por ciento de la India y la cuarta parte de la población, pero estos gobernantes estaban sometidos a la Compañía de las Indias Orientales.

La Compañía fue decayendo en la primera mitad del siglo XIX, a pesar de los ingresos que obtenía de Bengala, porque los costes de administración eran elevados y las exportaciones que llevaba a cabo dejaron de ser tan preciadas como antes. La Compañía había exportado algodón de alta calidad a Inglaterra, donde se vendía y mucho se reexportaba a Europa. En los años 90, sin embargo, la industria textil

británica suplantó a la de India (cf. cap. 15). El algodón en bruto sustituyó al tejido de algodón como producto de exportación, pero esto apenas daba beneficios, puesto que el algodón hindú no podía competir con el que exportaba Estados Unidos. La Compañía recibió otro golpe en 1813, al perder el monopolio del comercio entre Gran Bretaña e India. Sólo seguía siendo rentable el comercio con China; de India a China se exportaba opio y algodón a cambio de té, pero el monopolio fue abolido en 1833.

El Pacífico

El responsable de cartografiar gran parte del Pacífico fue James Cook y las tres expediciones que hizo (1768-1780) desvelaron a los europeos más secretos del Pacífico que ningún otro viaje de exploración. Desde el punto de vista del imperio el primer viaje (1768-1771) fue el más importante, porque cartografió las costas de las dos islas neozelandesas y mostró que no formaban parte de ningún continente. Después tomó un barco, el *Endeavour*, que le llevó a la parte oriental de Australia. Llegó hasta el norte de Van Diemen's Land (Tasmania) y se detuvo en la bahía de Botany. Fue el primer europeo en pisar la costa este australiana. Cruzó los estrechos de Torres y resolvió la disputa sobre si Australia estaba unida a Nueva Guinea. En su viaje Cook cartografió más de 8.000 km de costa y sorprendentemente ninguno de sus marineros murió de escorbuto. Como no estaba seguro de lo que provocaba el escorbuto, combinaba los distintos remedios que tenía a su alcance, y aplicaba sobre todo zumo de limón, cosa que a partir de 1795 se convirtió en práctica habitual dentro de la Armada Real.

En la década de los ochenta, y como Estados Unidos se había independizado, Inglaterra buscaba un lugar a donde llevar a sus presos. En 1786 Pitt el Joven eligió Nueva Gales

del Sur como emplazamiento del nuevo penal. La primera flota de once barcos cargados con 1.300 personas llegó a la bahía de Botany en 1788 y pocos días después navegó algo más rumbo al norte para buscar mejor situación hasta que llegó a lo que más tarde sería Sidney. En 1793 ya había 4.000 colonos que cultivaban la tierra y cuidaban del ganado. Esta operación dio a Gran Bretaña la oportunidad de encabezar la colonización de Australia, posición privilegiada que nunca iba a perder.

15. El taller del mundo

La Revolución Industrial es el acontecimiento más importante de la historia universal, y comenzó precisamente en Gran Bretaña. No podemos decir que este acontecimiento comenzara en un momento concreto, ni que haya terminado aún –hoy sigue vigente–, pero lo que sí está claro es que cambió el modo de vida de la gente en las ciudades industriales. La industria sustituyó a la agricultura como actividad económica dominante, introdujo nuevas fuentes de energía (el vapor, más tarde la electricidad y el petróleo), nuevas formas de organización (la fábrica, el banco de negocios), nuevos inventos y nuevos medios de transporte (canales, vías ferroviarias y posteriormente los automóviles y los camiones). Cuanto más crece la población, más gente vive en las ciudades, se incrementa el nivel de vida y el crecimiento es autosostenido. Muchos de los requisitos necesarios para que esto ocurriera surgieron en la década de 1780, provocando una curva ascendente que marcó el «despegue».

¿Por qué se generó en Inglaterra la primera Revolución Industrial? En 1740 Gran Bretaña era el país más rico del mundo en renta *per cápita*, debido a la revolución agrícola

que había tenido lugar. La riqueza aumentó todavía más en 1763, época en la que se consolida el primer Imperio Británico. Este desarrollo proporcionó mayores beneficios que nunca a las clases europeas más pudientes, que se dedicaban al comercio, lo cual inyectó capital nuevo en muchas industrias. Inglaterra había organizado de manera conveniente la extracción de sus recursos naturales, que resultaban indispensables en las primeras etapas de la industrialización. El carbón y el hierro se hallaban muy próximos al sur de la región de Yorkshire y en las Midlands. El cobre y la hojalata de Cornualles llegaban fácilmente en barcos a las fundiciones que se alimentaban con el carbón del sur de Gales. Los Penines y la región de Peak de Derbyshire tenían rápidas corrientes que proporcionaban energía hidráulica para la industria textil. Durante los años de la guerra (1793-1815) la marina británica controló férreamente las importaciones de materias primas (sobre todo algodón) que venían de fuera. Pero incluso en tiempos de guerra el crecimiento de los mercados de exportación resultaba esencial y de hecho estos mercados fueron en aumento. Cuando Napoleón decidió el Bloqueo Continental a Gran Bretaña, este país logró sobrevivir gracias a la capacidad que demostró a la hora de vender productos a las colonias y de abrir nuevos mercados en Latinoamérica. Y otra de las ventajas con que contaba Gran Bretaña era la ausencia de barreras aduaneras internas, a diferencia de lo que ocurría en Francia o en Alemania; tras la unión con Escocia en 1707 Gran Bretaña se convirtió en el mayor mercado común europeo.

La revolución agrícola

Uno de los requisitos vitales para la industrialización fue tener una agricultura boyante; de ella se surtían los trabajadores urbanos, proporcionaba capital para la inversión indus-

trial y aportaba excedentes de mano de obra que pasaban a la industria. Durante el siglo XVIII la producción agrícola aumentó entre el 40 y el 50 por ciento y convirtió a Gran Bretaña en un exportador neto de grano hasta los años noventa. Pero todo esto no fue resultado de la mecanización; el uso de la máquina sembradora de Jethro Tull, de los años 1730, no se extendió hasta el siglo XIX. En 1786 se inventó una trilladora, pero se utilizó muy poco hasta mediados del siglo siguiente, porque las máquinas despertaban poca confianza y la mano de obra resultaba barata. El heno y el trigo se cortaban con hoz y guadaña y no era raro ver arados de madera hasta 1860. El aumento de la producción se debió sobre todo a que se introdujeron nuevas cosechas, nuevos sistemas de rotación y mejoras en la cría de ganado. La utilización de bulbos, como los nabos, como pienso de invierno para el ganado era un método conocido desde el siglo XVII que permitió aumentar los rebaños, lo cual, a su vez, generaba más estiércol, y esto hacía aumentar las cosechas. A finales del siglo XVII llegaron de las Provincias Unidas pastos nuevos, como el trébol, que mantenían el nitrógeno del terreno y permitían segar los campos, en lugar de dejarlos crecer en barbecho. La rotación de cosechas de Norfolk, en la que se alternaban los nabos, la cebada, el trébol y el trigo, ya se conocía en 1670, pero se expandió a terrenos más ligeros, como los de East Anglia y los del oeste. Por primera vez Inglaterra se convertía en exportador de grano. También se utilizaban como fertilizantes la caliza y la marga a gran escala, de modo que para los años 1780 Inglaterra había conseguido tener el sistema de agricultura más eficaz de Europa y había adquirido mayor conciencia de mercado por el rápido crecimiento de la población.

Muchos de estos cambios no se habrían producido de no ser por los cercamientos, que implicaron cambiar el sistema medieval de campos abiertos (cf. cap. 7) a otro de propiedades cerradas pertenecientes a un solo dueño. El propósito de

los cercamientos era evitar la rigidez y el conservadurismo del sistema anterior, en el que por muy dinámico que fuera un agricultor no podía introducir nuevos métodos si los vecinos no cooperaban con él, porque los cultivos se regían por la costumbre y la tradición. Los cercamientos permitieron experimentar, cultivar cosechas para el mercado e incluso (si se cerraban tierras baldías y públicas) aumentar la proporción de tierra cultivable. En 1700 el sistema de campos abiertos regía en aproximadamente la mitad de la tierra de cultivo; para 1830 había desaparecido prácticamente. La mayoría de los cercamientos se aprobaban en actos privados del Parlamento, procedimiento que se simplificó y se agilizó gracias a la Ley de Cercamientos de 1801. Entre 1760 y 1820 se aprobaron 2.300 proyectos de cercamiento, lo cual remodeló la apariencia del paisaje a medida que se iban levantando setos, vallas o muros para separar una propiedad de otra. Los encargados de los cercamientos, que eran quienes dividían los terrenos, reconocían el derecho de quienes ostentaban un título legal sobre las tierras, pero ignoraban las reclamaciones basadas en la costumbre. Los granjeros, que ocupaban fincas que disponían de una pequeña parcela cultivable, y llevaban a pastar a sus pequeños rebaños en los terrenos públicos, salieron muy malparados. Perdieron sus derechos consuetudinarios y en muchos casos cuando tenían derecho legal sobre algún terreno no podían hacer frente a los elevados costes que suponían los cercamientos (para levantar los setos y cavar las zanjas). Por eso muchos vendieron lo que tenían a vecinos mejor situados económicamente y pasaron a engrosar las filas del campesinado pobre. Quienes más sufrieron fueron los ocupantes del terreno público, porque fueron expulsados de sus chozas. Arthur Young, especialista en agronomía y gran defensor de los nuevos métodos agrícolas, veía que «en 19 de 20 proyectos de cercamiento se lesiona a los pobres y en algunos casos se les lesiona enormemente». La población de Wigston Magna,

en Leicestershire, se triplicó entre 1524 y 1765, cuando sólo había un cercamiento. Sin embargo los pequeños ocupantes-propietarios (dos tercios de la población) desaparecieron en los siguientes sesenta años y se convirtieron en trabajadores agrícolas o en pobres de solemnidad. En 1754 el dinero que se dedicaba a los pobres locales ascendía a 95 libras; en 1802 dicha cantidad era de 1.776 libras. Los que se beneficiaron de los cercamientos fueron los agricultores ricos, porque la tierra pasó a ser propiedad privada. Los resultados y los beneficios aumentaron y gracias a ello Gran Bretaña pudo dar de comer a una población cada vez mayor. En el censo de 1851 la agricultura era la actividad con mayor número de empleados, con 1,8 millones de trabajadores (después venían el millón de empleados domésticos y los 811.000 trabajadores de la industria textil).

El transporte

De cara a la industrialización también resultaba esencial tener un sistema de transportes eficaz, ya que nunca podría darse el comercio a gran escala si los productos no llegaban a su destino con facilidad y sin grandes gastos. En 1700 resultaba poco menos que imposible trasladar productos pesados, salvo por aguas costeras o ríos navegables. Las carreteras no eran más que veredas que mantenían las parroquias, con un tráfico, por tanto, local. En la década de los años treinta comenzó a nivel nacional un sistema de peaje para las carreteras. Estos peajes obligaban a los transeúntes y no a las parroquias a pagar el mantenimiento de las vías. El Parlamento aprobó leyes que concedían licencias de peaje a diversas compañías, sobre todo entre 1750 y 1770, y éstas construían mejores carreteras y cuidaban de su mantenimiento de manera regular, aunque la construcción no estalló técnicamente hasta 1820, fecha en que Telford y Maca-

dam lograron mejorar el alisado de la superficie. Los peajes desempeñaron un papel fundamental a la hora de expandir los mercados a nivel regional y nacional, aunque hacían costoso el transporte de mercancías. Londres estuvo por primera vez directamente conectado con Manchester en 1754 y con Glasgow en 1773. En la década de los años ochenta había 24.000 km de carreteras de peaje; todas las regiones inglesas y algunas de las escocesas y galesas tenían su propia red viaria, que formaba parte del sistema nacional.

Los canales tuvieron todavía mayor importancia que las carreteras en el proceso de industrialización, si tenemos en cuenta que un caballo tirando de una gabarra podía acarrear 25 toneladas mientras que para arrastrar un carro de seis toneladas se necesitaban ocho caballos. Además fletar los productos por el canal salía cuatro veces más barato que hacerlo por carretera. La era de los canales irrumpió cuando los terratenientes empezaron a explotar la riqueza mineral de sus propiedades. El duque de Bridgewater construyó el primer canal, abierto en 1761, para reducir los costes que le suponía transportar el carbón desde sus minas de Worsley hasta Manchester. Como en grandes áreas, sobre todo en las Midlands, no había transporte fluvial que permitiera el acceso a los grandes centros de manufacturación, el ingeniero James Brindley diseñó un plan estratégico para construir el Grand Trunk Canal (Gran Canal de Mercancías), que uniría el río Trent de Staffordshire (cuna de la cerámica) con el Mersey de Lancashire. A este proyecto siguieron otros, hasta que se unieron los estuarios de los ríos Severn, Támesis, Trent y Mersey. De 1760 al 1790 se añadieron unos 1.600 km de vías navegables a los casi 1.800 existentes. Pero tampoco faltaron los problemas: el canal Leeds-Liverpool, proyectado en 1770, no se terminó hasta 1816 y después unió Hull, en la costa este, con Liverpool, en el oeste; con ello todos los distritos manufactureros de Yorkshire occidental y Lancashire meridional tenían acceso al mar.

El ferrocarril provocó aún mayor impacto, no sólo sobre la industria o la agricultura, sino sobre la sociedad en general. El primer tren con locomotora a vapor cubría la línea de Stockton a Darlington (1825); en 1830 vino el segundo de Liverpool a Manchester. El ferrocarril abrió un enorme mercado para las industrias de hierro, de carbón y de acero. En las primeras dos décadas (1830-1850) se pusieron 10.000 km de vías. La producción británica de hierro y de carbón se triplicó, debido sobre todo al ferrocarril, ya que para hacer un kilómetro de vía se necesitaban 150 toneladas de hierro. Las vías ferroviarias estimularon el desarrollo de la ingeniería civil (para construir puentes, túneles y viaductos) y, como agilizaron y abarataron el transporte de productos pesados, provocaron que las industrias se concentraran en ciertas áreas. El ferrocarril también comportaba ventajas para la agricultura, ya que permitía transportar productos perecederos (fruta, leche y verduras) a grandes distancias sin que éstos se deterioraran; esto abrió nuevos mercados y permitió la producción especializada. Por lo demás, al romper el aislamiento en que vivían algunas comunidades, el ferrocarril ayudó a crear una conciencia nacional y a incentivar la movilidad social. La urbanización aumentó y alrededor de las grandes metrópolis aparecieron las ciudades dormitorio; en 1840 surgió el *penny post* y empezaron a organizarse las vacaciones en la costa (la línea que unía Brighton con Londres se completó en 1841), lo cual afectó a la manera en que la gente pasaba el tiempo libre.

«La revolución comercial»

El vizconde de Bolingbroke acuñó esta expresión en la década de 1730 para referirse al comercio exterior británico, en un momento en que el comercio con Europa se vio empañado por el que se mantenía con el Caribe, con Nordea-

mérica, con África Occidental o con Extremo Oriente. En 1707 Europa era el mercado más importante de Gran Bretaña, absorbía el 80 por ciento de sus exportaciones y reexportaciones y suministraba la mayoría de las importaciones, pero el crecimiento no estaba allí. De 1700 a 1750 las importaciones de Norteamérica se cuadruplicaron, las procedentes de las Indias Occidentales se multiplicaron por dos y la cantidad de té que la Compañía de las Indias Orientales introdujo en el país era cuarenta veces mayor. A mediados del siglo XVIII la reexportación de productos coloniales suponía el 40 por ciento del total de la exportación británica. Bienes que habían estado restringidos a una elite –la seda, el café, el tabaco y sobre todo el té y el azúcar– se hicieron accesibles para todos. El cambio vino acompañado del enorme incremento que experimentó el flete de mercancías. En 1660 el tonelaje de la flota mercante inglesa ascendía probablemente a 160.000; en 1786, primer año en que el registro general de fletes aporta estadísticas fiables, era de 1.055.000. Durante este tiempo Inglaterra se convierte en principal potencia imperial y comercial, superando a Holanda y a Francia, hasta el momento únicos países que podían hacerle realmente la competencia en el comercio mundial.

La transformación del comercio se debió sobre todo a las colonias que Gran Bretaña mantenía en América, que en 1763 representaban el mayor mercado de exportación para los productos británicos manufacturados; para la expansión económica también resultó vital la creciente población de las colonias. En los años 1750 Norteamérica absorbía el 10 por ciento de la exportación británica de lana, y en 1772, el 30 por ciento, lo cual hizo que Gran Bretaña asumiera el liderazgo de la nueva era de la mecanización frente a sus rivales. La Revolución Americana no afectó al comercio con América durante demasiado tiempo. En 1785 las exportaciones que Gran Bretaña hacía a Estados Unidos habían re-

cochado los niveles alcanzados antes de la guerra, y de 1793 a 1799 dichos niveles se doblaron. En 1800 Estados Unidos absorbía la cuarta parte de las exportaciones británicas y América del Sur otro tanto. El desarrollo de fábricas de tejidos de algodón produjo más vínculos con los Estados Unidos, que encontraron así mercado seguro para el algodón en bruto. En la década de 1770 Gran Bretaña importó 5 millones de libras de algodón bruto; en 1840 42 millones de libras. Gran parte de este algodón volvía a Estados Unidos como productos terminados. Gran Bretaña tenía el monopolio comercial con su imperio, pero a resultas de la guerra vino a dominar también otros mercados. Durante las guerras napoleónicas Latinoamérica dependía de las importaciones británicas y después de romper con España y Portugal pasó a depender económicamente de Gran Bretaña. En 1820 absorbía un 25 por ciento más de tela de algodón que Europa y en 1840 un 50 por ciento más. En India se detuvo el proceso de industrialización porque allí la mejor rueca no producía hilo tan fino como el que salía de las nuevas máquinas inglesas, pero el territorio se convirtió en un estupendo mercado para el algodón que se hacía en Lancashire. En 1820 importó 11 millones de yardas, en 1840, 145 millones, lo cual forzó a muchos productores locales a dejar el negocio. Hasta este momento Europa siempre había importado de Oriente más de lo que había vendido allí. Por primera vez la situación ahora era la inversa. A mediados del siglo XIX se vendía más algodón a los nuevos mercados asiáticos, africanos y sudamericanos que a Europa, Norteamérica o las Indias Occidentales. En los años veinte el comercio exterior ganaba con el algodón el 55 por ciento de los beneficios, y hacia 1870, cuando el mercado hindú alcanzaba sus más altas cotas, los beneficios ascendían a más de las dos terceras partes.

Población

A finales de la época Estuardo y hasta 1745 el comercio y las colonias representaban las principales fuentes de riqueza, pero después el mayor estímulo de la industrialización fue el crecimiento de la población. En 1700 Inglaterra y Gales tenían una población de aproximadamente 5,5-6 millones de habitantes. A partir de 1740 esta cifra empezó a crecer y siguió haciéndolo durante todo el siglo XIX y durante el XX. En 1801, cuando se elaboró el primer censo y, por tanto, desde que por primera vez tenemos datos fiables, la población era de 9 millones de habitantes y en 1831 ya se llegaba a los 14 millones. Este incremento demográfico tan rápido se debía sobre todo a la disminución de la tasa de mortalidad; la canalización del agua potable y de desagües, así como el cerramiento de pozos negros, produjeron entornos más saludables, a lo que contribuyó también la vacunación masiva contra la viruela. El aumento de población incrementó la demanda y abarató la mano de obra, algo que contribuyó significativamente al crecimiento de la industria algodonera.

Con el aumento de población llegó la urbanización, fruto también de la industrialización. En 1700 sólo había siete ciudades que superaban los 10.000 habitantes; todas eran puerto de mar o habían funcionado como centros regionales desde la Edad Media. En 1800 ya había cerca de cincuenta ciudades así, casi todas centros industriales como Leeds, Birmingham o Manchester. En 1700 uno de cada cinco o seis ingleses vivía en la ciudad; en 1800 uno de cada tres y en 1851, por primera vez, algo más de la mitad de la población de Inglaterra y Gales vivía en áreas urbanas. Londres, con 900.000 residentes en 1800, era la única ciudad inglesa que superaba los 100.000 habitantes; en 1851 había nueve ciudades que cumplían este requisito.

En muchas ciudades industriales los trabajadores vivían en condiciones terribles, hacinados en suburbios y en casas

apretadas, respirando hollín o humos sulfurosos. A consecuencia de ello la esperanza de vida era muy corta y proliferaban las enfermedades crónicas. En 1795 John Aikin escribía lo siguiente refiriéndose a Manchester: «Los pobres están hacinados en habitáculos indignos, oscuros y húmedos, fuente demasiado fértil de enfermedades [...] Se producen eternas quejas de reumas, que inhabilitan al que sufre estas dolencias para cualquier tipo de trabajo...».

Su Majestad el algodón

La industria algodonera británica surge como resultado de la Revolución Industrial. En 1760 obtenía ventas de sólo 600.000 libras –el algodón hindú era mejor y más barato–. La lanzadera de Kay (1733) se implantó con mucha rapidez y en los años sesenta aceleró tanto la manufactura del tejido que se necesitaban muchas hilanderas para un solo tejedor (unas veinte según Arthur Young). Este desequilibrio entre hilanderas y tejedoras hacía necesarias las máquinas que hilaran los ovillos con mayor rapidez. La máquina de husos múltiples hilaba varios hilos a la vez (al principio ocho, luego 120), lo cual dejó obsoleta a la rueca. El bastidor de agua (1769) producía ovillos de algodón más fuerte que podían utilizarse para formar la trama y la urdimbre, y la nueva máquina de hilar intermitente (1779) se combinaba con la de múltiples husos. A comienzos del siglo XIX cada hilandera producía los ovillos que habrían producido 200 setenta años antes. Para accionar la nueva maquinaria se requerían nuevas fuentes de energía, por lo que James Watt adaptó el sistema de las máquinas de vapor. Watt no tenía formación académica, pero aprendió mucho como constructor de instrumentos de la Universidad de Glasgow. El éxito le vino al inventar (1765) un condensador independiente que conservaba el vapor. El motor de vapor cambió las fuentes de ener-

gía animadas por otras inanimadas que alimentaban máquinas rápidas, regulares, precisas y cómodas. En 1785 se utilizó por primera vez el telar mecánico en una planta de fabricación de algodón y poco a poco fue generalizándose: en 1820 había 14.000 en Gran Bretaña y 100.000 en 1833. Hacia los años cuarenta había sustituido casi por completo al telar manual en las industrias laneras y algodoneras. Estos inventos tuvieron enorme repercusión sobre la industria del algodón. Producían ovillos de hilo mucho más fino que la rueca manual de la India, más deprisa y, por tanto, más baratos. Las importaciones de algodón en bruto aumentaron de los 11 millones de libras de 1785 a 588 millones en 1850: la producción de tela de algodón subió de unos 40 millones de yardas a aproximadamente 2.025 millones. Los productos de algodón supusieron el 40-50 por ciento de toda la exportación británica de 1816-1848. Si florecía el algodón, también lo hacía la economía. Sólo la agricultura tenía un poder similar y estaba en decadencia.

El sistema fabril

Como consecuencia de los inventos mecánicos de la industria algodонера aumentaron las fábricas que empleaban a varios cientos de trabajadores, hombres, mujeres y niños, todos utilizando las mismas máquinas alimentadas por una única fuente de energía. La primera fábrica inglesa que se dedicó a la manufactura de la seda fue instalada en 1719 por Thomas Lombe en Derby. Tenía seis pisos, 300 trabajadores y estaba accionada por una noria de agua central, pero las fábricas se generalizaron también en las industrias de tejido del algodón. La lanzadera y la máquina de múltiples husos eran baratas y lo suficientemente pequeñas como para usarlas en entornos domésticos. Por el contrario las tejedoras hidráulicas resultaban demasiado costosas para los trabajado-

res y demasiado grandes para meterlas en una casa normal. Durante siglos el sistema que se había utilizado consistía en que los comerciantes que poseían el material en bruto lo pasaban a los trabajadores para que lo tejieran en sus casas (sistema de entrega). En este sistema los empresarios no necesitaban invertir demasiado y se podía despedir a los trabajadores en cualquier momento sin dificultad. Sin embargo, en la industria algodonera el mecanismo tocó fondo y los obreros entraron en masa a trabajar en las fábricas. Como al principio se utilizaba energía hidráulica, las primeras plantas algodoneras de las décadas de 1770 y 1780 estaban situadas en las áreas más remotas de Yorkshire y Derbyshire, donde había ríos más rápidos. Esto confirmaba una tendencia que había venido desarrollándose desde 1750: los históricos centros manufactureros de East Anglia y del suroeste iban siendo progresivamente abandonados, por las fuertes restricciones que imponían los gremios, y las industrias se instalaban en las Midlands y en el norte donde estas restricciones apenas existían. Cuando a partir de los años ochenta empezó a usarse el vapor para la maquinaria textil, las fábricas podían construirse cerca de las minas de carbón. En el sureste o en Irlanda había poco carbón, pero en la zona central de Escocia, en los Midlands, en el nordeste, en Lancashire, en Yorkshire o en el sur de Gales este material abundaba. Como resultado de todo ello, regiones que habían estado infradesarrolladas y poco pobladas empezaron a ver cómo crecían a su alrededor minas, factorías y sucias ciudades industriales. Birmingham, Cardiff y Glasgow se desarrollaron a una velocidad sin precedentes. En Glasgow convergían las minas de carbón de Midlothian, las industrias textiles Paisley y los muelles de Clydeside, por lo que se convirtió en la segunda ciudad más importante de Gran Bretaña. Lancashire se convirtió en la región industrial más grande del país, Liverpool en el puerto que creció con mayor rapidez y Manchester en la ciudad que más rápido se desarrolló. En 1773

tenía una población de 27.000 habitantes y ninguna factoría textil; en 1802 tenía una población de 95.000 habitantes y 52 fábricas de algodón. La mano de obra requerida por las fábricas se traía a gran escala de Escocia e Irlanda, de manera que en Lancashire se concentraba mayor número de católicos que en cualquier otra región que no fuera Londres.

Las fábricas trajeron consigo una transformación poco anhelada en lo referente a la disciplina de trabajo. Cuando la gente trabajaba en casa podía hacerlo cuando quería, y con frecuencia se tomaba también el lunes («San Lunes») como día festivo. En las fábricas se impuso la tiranía del reloj, todos trabajaban jornadas iguales, normalmente doce horas al día en semanas de seis días, y mientras estaban dentro la disciplina era feroz. Se multaba exageradamente a los que llegaban tarde, a los que hablaban o a los que se dormían. John Marshall, propietario de una fábrica de Leeds, dejó escrito que «si se encuentra a un vigilante [...] hablando con cualquier persona dentro de la fábrica en horas de trabajo se le despedirá de inmediato». En las plantas fabriles contrataban a muchas mujeres y niños porque eran menos conflictivos que los hombres y recibían salarios menores. Hasta 1816 (en que esta práctica se ilegalizó) muchos empresarios conseguían la mano de obra infantil de las parroquias que querían quitarse de encima a los pobres.

La fábrica, símbolo de la Revolución Industrial, no era tan habitual en el siglo XVIII y estaba confinada casi exclusivamente a la industria algodonera. La industria lanera de Yorkshire dependía de pequeños artesanos y mantenía el sistema de entrega. De 1695 a 1779 la producción de paño de lana aumentó en un 27 por ciento (la mayoría para consumo interno), pero no se obtenía en las fábricas. En el comercio de metales también sobrevivió la industria artesana de taller, que duró hasta el siglo XIX. En 1770, cuando Matthew Boulton tenía contratados a mil obreros, en Birmingham había cientos de pequeños talleres, dado que el comercio de

metales no se amplió gracias a los productos pesados (barcos, canalones, puentes o vías de ferrocarril), que se necesitarían más tarde, sino a través del utillaje doméstico (cazuelas, sartenes, cerrojos) y agrícola.

Los empresarios aprovecharon las oportunidades que les brindaban las mejoras del transporte y los nuevos inventos, y desempeñaron un papel muy importante en las primeras fases de la industrialización, más relevante que en otros países europeos, donde la clase media buscaba prosperar a través del funcionariado o del desarrollo de una carrera profesional. De todos ellos, ninguno fue tan importante como Josiah Wedgwood, que supo responder a los cambios que se introdujeron en las costumbres sociales, como la hora del té, contrató al artista James Flaxman y utilizando revolucionarias técnicas comerciales creó un mercado mundial para sus porcelanas: en 1774 fabricó un servicio de 952 piezas para Catalina la Grande de Rusia, decorado al detalle con representaciones de casas y paisajes dieciochescos. Hoy se encuentra en el Museo del Hermitage de San Petersburgo. En 1785 el 80 por ciento de la producción de las porcelanas de Staffordshire se vendía en el extranjero. Cuando murió, en 1795, Wedgwood dejó la inmensa fortuna de 500.000 libras.

El hierro y el acero

Uno de los pilares de la Revolución Industrial era la industria metalúrgica, que fue desarrollándose a medida que se sustituían los hornos de carbón vegetal por fundiciones. Esto es lo que hizo Abraham Darby en 1709 en Coalbrookdale, Shropshire, pero la técnica no se empezó a utilizar a gran escala hasta la década de 1750, cuando los precios cada vez más altos de la madera y los más reducidos del carbón hacían más barato utilizar el nuevo método. Enrique Cort utilizaba coque en el proceso de «pudelar», para extraer del

hierro impurezas como el sulfuro y conseguir que pudiera utilizarse el hierro trabajado. El hierro fue abriéndose camino y reemplazó a la madera en la construcción de máquinas y edificios. John Wilkinson, hijo de un agricultor, diseñó el taladro de precisión para cañones, y los cilindros de los motores de vapor; fue el primer metalúrgico que en 1775 instaló un motor de Watt. Construyó el primer puente de hierro que hubo en Inglaterra, sobre el Severn, en 1779; el primer barco de hierro en 1787, y al morir lo enterraron en un ataúd del mismo material. En 1700 los hornos de carbón vegetal eran pequeños y estaban situados en zonas boscosas (el Weald de Kent y de Sussex). En 1800 los mejores hornos eran grandes, caros y estaban situados en las minas.

Las industrias del hierro y el acero recibieron el principal impulso con el ferrocarril. Isambard Kingdom Brunel (1806-1859) era el ingeniero más importante de la época. Construyó el Gran Ferrocarril Occidental de Londres a Bristol entre 1835 y 1841, diseñó y construyó el primer buque trasatlántico, el *Great Western* (1838), y su *Great Britain* (1843) fue el primer barco de vapor de chapas atornilladas que cruzó el océano. Su rival, Robert Stephenson (1803-1859), construyó un puente en el estrecho de Menai, que unía el norte de Gales con la isla de Anglesey. A finales de la década de 1840 hubo en Europa y en Estados Unidos una enorme demanda de vías férreas y de material ferroviario y por eso estos años resultaron clave en el paso de la primera fase de la Revolución Industrial a la segunda. En la primera fase la industria textil dominó el cambio técnico y las exportaciones. En la segunda se amplió la base para incluir el carbón, el hierro y el acero. El carbón pasó a ser la principal fuente de energía industrial y doméstica del siglo XIX. La producción británica se triplicó de 1700 a 1800, en que se obtuvieron diez millones de toneladas, el 90 por ciento de la producción mundial. Francia, su rival más cercano, producía menos de un millón.

El taller del mundo

La supremacía industrial británica quedó plasmada de manera resumida en la Gran Exposición Universal de la Industria celebrada en Hyde Park, Londres, en 1851, la primera de las grandes exposiciones que se celebraban en el mundo. Estaba pensada como medio de exhibición de la supremacía británica; este país, contando el imperio, aportó más de la mitad de las 14.000 muestras. La pieza más importante era la enorme estructura prefabricada de hierro y vidrio del Palacio de Cristal (de aproximadamente 560 m de largo, 125 de ancho y 20 de alto), diseñada por Joseph Paxton, un jardinero que había aprendido ingeniería por su cuenta. Ruskin la encontró vulgar; otros, incluidos muchos de los seis millones de visitantes que acudieron a la exposición en cinco meses (los ferrocarriles organizaron excursiones baratas desde todos los puntos de Gran Bretaña), impresionante. Para el príncipe Alberto, que había decidido el emplazamiento y estaba muy implicado en la organización de la exposición, era un canto a la paz y al progreso. Con los beneficios obtenidos se adquirió un solar en South Kensington, donde se construirían el Museo Victoria and Albert, el Museo de Ciencias y el Museo de Historia Natural.

En 1830 Gran Bretaña era la nación más desarrollada del planeta. De 1760 a 1830 Gran Bretaña fue responsable de dos tercios del crecimiento industrial europeo. En esa época su participación en la manufactura mundial saltó del 1,9 al 9,5 por ciento y en 1860 era ya del 19,9 por ciento. Gran Bretaña producía entonces el 53 por ciento del hierro mundial, el 50 por ciento del carbón, y consumía algo menos de la mitad del algodón bruto del mundo. El consumo de energía de carbón era cinco veces mayor que la de Estados Unidos o Alemania, y seis veces el de Francia. Poseía un tercio de la flota mercante del mundo, proporción que seguía creciendo de manera sostenida. Por todo esto Disraeli en 1838 se refi-

rió a Gran Bretaña como «taller del mundo» en una alocución ante la Cámara de los Comunes, pero con ello estaba haciendo una advertencia: «El continente», dijo con gran sentido de la previsión, «no soportará que Inglaterra sea el taller del mundo». Y así fue. Inglaterra había tomado la delantera, pero a medida que los Estados Unidos y Alemania fueron mecanizando su industria y construyeron ferrocarriles que permitieron abrir sus países, esa posición de cabeza fue perdiendo fuerza hasta que se vio sobrepasada a finales del siglo XIX.

16. La Revolución Francesa y las guerras napoleónicas

Los cincuenta años que siguieron al estallido de la Revolución Americana representaron uno de los periodos más violentos y los más importantes para la configuración de la Gran Bretaña moderna: la Revolución Industrial, la urbanización, el crecimiento de la conciencia de clase y la reivindicación de reformas, ocurrió todo casi al unísono y mientras se libraban guerras en Europa y en otras partes del mundo. Casi todos los países europeos de la época iban a sufrir procesos de cambio político y de turbación social. Todos los imperios mundiales, menos uno, iban a experimentar reducciones territoriales de importancia. Gran Bretaña sería la excepción a la crisis general. A diferencia de lo que les ocurría a sus rivales europeos, no se vería afectada por la guerra civil ni por invasiones de consideración.

Lo más llamativo de todo es que en Gran Bretaña la clase dirigente de aristócratas terratenientes iba a crecer en tamaño, poder y riqueza durante este periodo. Como dijo Pitt el Joven, la guerra no era más que una lucha desesperada por defender el rango y la propiedad, frente al «ejemplo francés de pillaje productivo». La mayoría de los oficiales de Napoleón, como su nobleza imperial, no habían heredado tierra

ni nobleza de cuna; sino que habían ascendido por sus propios méritos. La Francia napoleónica era a ojos de los británicos una meritocracia. El éxito militar que los franceses habían obtenido en Europa no sólo amenazaba a Gran Bretaña en ese terreno, sino por lo que tenía de subversión política, al cuestionar que quienes poseían tierras y noble linaje estaban mejor capacitados para ejercer la autoridad que personas pertenecientes a cualquier otro grupo social. Los británicos se opusieron a la amenaza francesa con tal intensidad que en 1867 más del 75 por ciento de los miembros del Parlamento procedían de la elite hacendada; y hasta el siglo xx los nobles cuya riqueza provenía de la tierra fueron mayoría en todos los gobiernos. Hasta los últimos tiempos del largo mandato de la reina Victoria siguieron monopolizando los altos cargos de la administración, el ejército y la armada, las jefaturas diplomáticas y coloniales, el sistema legal y la Iglesia de Inglaterra.

Radicalismo y represión

La mayoría de los británicos saludaron con cautela el estallido de la Revolución Francesa; algunos lo hicieron con entusiasmo inicial.

Bueno fue estar vivo aquel amanecer,
pero ser joven era la gloria misma,

escribió el poeta William Wordsworth. El político liberal Charles James Fox la recibió diciendo que era «el mayor acontecimiento que había ocurrido nunca». Complacía ver humillada a la monarquía francesa, responsable esencial de la derrota que había sufrido Gran Bretaña en la guerra de Independencia americana, pero esta idea cambió a partir de las masacres de septiembre (1792) y de la deposición y ejecución de Luis XVI (1793). Edmund Burke, literato y políti-

co del Partido *Whig*, fue uno de los primeros que condenaron de plano la Revolución en sus *Reflections on the Revolution in France* (*Reflexiones sobre la Revolución en Francia*) de 1790, lo cual le valió el título de teórico del conservadurismo y la contrarrevolución. Atacó el igualitarismo, la falta de respeto a la propiedad privada y el ateísmo de la Revolución Francesa y temía que ésta viniera a dinamitar todas las instituciones tradicionales. Sus *Reflections* se tradujeron de inmediato al francés, al alemán, al italiano y al español y se convirtieron en un éxito de ventas. La condena que hizo Burke de la Revolución le llevó a perder en 1791 la amistad con Fox y dividió al Partido *Whig*, la mayoría de cuyos miembros siguieron a Burke para apoyar a Pitt. Los *whigs* de Fox, que en 1793 se opusieron a entrar en guerra con la Francia revolucionaria y proponían reformas moderadas, se quedaron en un grupo muy reducido de unos cincuenta diputados, en un terreno yermo de la vida política.

Las *Reflections* de Burke provocaron la indignación de Thomas Paine, un radical que escribió como contestación la obra *The Rights of Man* (*Los derechos del hombre*). En la primera parte (1791) atacaba el respeto reverencial que Burke mostraba por la tradición y el privilegio y le acusaba de preocuparse sólo del futuro del monarca, sin atender al sufrimiento que atenazaba al ciudadano normal. A juicio de Paine cada generación debía actuar por sí misma, sin sentirse maniatada por el pasado. El objetivo de los gobiernos debía ser conseguir la felicidad de todos y no de la minoría privilegiada y esto sólo se conseguiría a través de una verdadera democracia representativa, que buscaría el sufragio universal masculino, el equilibrio entre distintos distritos electorales, el voto secreto, el salario de los diputados y la abolición de sus privilegios políticos. Estas ideas las adoptaría más tarde el cartismo (cf. cap. 17). En la segunda parte (1792) Paine propuso políticas que podrían seguir los gobiernos, anticipándose de manera destacable a lo que iba a ser el Estado del

bienestar del siglo xx: se pedía educación libre, ayudas a la familia y a la maternidad y pensiones para los mayores. Las llamadas sociedades populares convirtieron el libro en un éxito, sobre todo cuando se editó la segunda parte en formato económico de seis peniques: en un año se vendieron 200.000 ejemplares.

Paine influyó mucho en las sociedades populares que surgieron en los años noventa como primer movimiento político, después de la guerra civil, que implicaba a los estratos inferiores. Estas sociedades estaban formadas por trabajadores cualificados que se inspiraron en mucho de lo que estaba sucediendo en la Revolución Francesa, particularmente la abolición de privilegios aristocráticos y la reducción de los poderes monárquicos, antes de que esta institución se suprimiera del todo: aplaudían las trayectorias profesionales que debían el éxito a la capacidad y el talento personal. La más importante de estas sociedades radicales era la London Corresponding Society (LCS), creada en 1792 por el zapatero Thomas Hardy. Pretendía conseguir el sufragio universal, distritos parlamentarios similares y elecciones anuales. Mantenía correspondencia con sociedades similares que se habían formado por toda Gran Bretaña y envió «delegados hermanos» a París, pero no mantenía vínculo alguno con los trabajadores no cualificados ni con los pobres. Cuando en 1793 comenzó la guerra con Francia, la mayoría de sus miembros afirmaron seguir siendo leales al rey y a la Constitución, pero seguían presionando de manera pacífica para obtener sus reformas. El gobierno los consideraba agitadores peligrosos y para dificultarles las actividades en 1794 suspendió el *habeas corpus*, con lo que la gente podía ser encarcelada sin juicio, y en 1795 aprobó unas leyes (las Leyes de «Gag») que impedían las reuniones de más de cincuenta personas, salvo que tuvieran permiso del magistrado, y consideraban delito de traición toda crítica a la Constitución. Estas leyes apenas fueron aplicadas, pero daban indicio de la

preocupación que sentía el gobierno y de la seriedad con que intentó reprimir a las sociedades. Con todo, éstas no suponían ninguna amenaza real para el gobierno, aunque una pequeña minoría de sus miembros estuvieran implicados en actos de conspiración, de violencia o de traición, todos ellos repudiados por los líderes. Cuando las prohibieron en 1799, estas sociedades ya se habían desvanecido. Las Leyes de Asociación, aprobadas por el Parlamento en 1799 y 1800, ilegalizaron los sindicatos en otro acto de represión gubernamental, que pretendía evitar que se extendieran estos grupos a las populosas áreas textiles de Lancashire y Yorkshire.

El ejemplo más alarmante de protesta popular que se vivió en Gran Bretaña antes de la Revolución Francesa fueron las revueltas de Gordon en 1780, cuando hubo un resurgimiento violento del sentimiento anticatólico. Como para el gobierno los católicos ya no representaban una amenaza contra la seguridad del Estado, el Parlamento había aprobado en 1778 medidas liberales que les proporcionaban un cierto respiro, apoyadas por el gobierno y la oposición. Los incidentes empezaron cuando Lord George Gordon, fundador de la Asociación Protestante, presentó al Parlamento una petición solicitando la abolición de tales concesiones. Pronto se produjo una explosión de elementos delictivos que originaron el mayor exponente de desorden civil observado en la historia moderna de Gran Bretaña. Los incidentes se prolongaron durante seis días (2-8 de junio) y provocaron enormes daños en Londres. Los agitadores asaltaron las prisiones y liberaron a sus compañeros presos, destruyeron las destilerías de cerveza, arrasaron los lugares de culto de los católicos e incendiaron las casas de católicos y magistrados. Por unos días Londres quedó en manos de las multitudes, hasta que se decidió enviar al ejército. Los soldados mataron a unos 300 agitadores y se mandó ejecutar a 26 de los que habían participado en las revueltas. Fue una terrible experiencia para los londinenses. Este tipo de algaradas res-

pondían a criterios conservadores, no radicales, y se oponían a las reformas, como otras que se produjeron en la década de 1790, en las que grupos enfervorizados de defensores del «rey y de la Iglesia» atacaron a los partidarios de la reforma y de la Revolución Francesa. La asamblea que un grupo importante de comerciantes y disidentes organizó en Birmingham para celebrar el segundo aniversario de la caída de la Bastilla provocó el estallido de incidentes por partidarios del «rey y de la Iglesia» que duraron cinco días.

La protesta más popular del siglo XVIII fue mucho más peligrosa que las revueltas de Gordon, aunque, como éstas, rechazaba los cambios, independientemente de que éstos afectaran a la organización agrícola, a la construcción de carreteras o a la introducción de maquinaria nueva. Lo que provocaba indignación era que se suprimieran los derechos o las «libertades» tradicionales. El sistema de cercamiento y los peajes de carreteras levantaron mucho rechazo y causaron notables problemas, porque suprimían los derechos tradicionales de los campesinos a utilizar la tierra comunitaria y porque imponían el pago en carreteras por las que antes habían transitado libremente. Este tipo de desórdenes surgían de cuando en cuando y desaparecían pronto, pero durante las guerras francesas la situación cambió: aparecieron nuevos y más violentos tipos de protesta asociados a los trabajadores, más organizados y más vinculados a una conciencia política y social, aunque las protestas seguían siendo de naturaleza conservadora, pues intentaban frenar el cambio. Entre 1811 y 1816 los trabajadores cualificados, conocidos como ludditas, arremetieron contra la maquinaria industrial de Nottinghamshire, Yorkshire occidental y Lancashire meridional. El nombre les venía de «Ned Ludd», seudónimo con el que firmaban cartas denunciando la introducción de maquinaria. Las protestas más violentas surgieron cuando las peticiones parlamentarias fueron denegadas. Los ataques a la maquinaria fueron anteriores; en la

década de 1770 se destruyeron máquinas de múltiples husos y bastidores en Lancashire. En 1811-1812 se produjo una crisis económica por el bloqueo que impuso Napoleón al continente, que cerró los mercados europeos a los productos de exportación británicos, y por la guerra anglo-americana (1812-1814), que afectó a las exportaciones que este país hacía a los Estados Unidos. Los trabajadores se dieron a «la rebaja colectiva por insurrección», para obligar a los propietarios de fábricas a mantener salarios justos, precios equilibrados y prácticas de trabajo habituales. La rebaja de salarios coincidió en 1812 con una aguda subida del precio del pan, lo cual provocó un claro remonte en la actividad luddita; bandas bien organizadas, que tenían el beneplácito de la mayoría local, la emprendieron con los empresarios y con sus fábricas. Como el gobierno temía que la revolución estuviera planeada, se apresuró a tipificar la destrucción de maquinaria como delito grave. Pero, si bien es cierto que en 1812 había ludditas armados en Lancashire y en Yorkshire, y se sabía que circulaban juramentos secretos y preparativos revolucionarios, sin embargo, no está claro que hubiera demasiados implicados. En *Shirley*, Charlotte Brontë describe uno de estos incidentes ludditas, concretamente el ataque a una fábrica de Rawfolds (Yorkshire) que tuvo lugar en abril de 1812. El gobierno, temiendo que el levantamiento fuera similar a los que tenían lugar en Francia, actuó con gran severidad. Por atacar la fábrica de Rawfolds fueron ejecutados catorce hombres y a siete se les condenó a deportación; y en 1813 fueron ejecutados en York diecisiete ludditas. Los ludditas no eran obreros típicos –la mayoría no cualificada no intervenía en los ataques–, de manera que a partir de 1813 sus actividades fueron perdiendo fuerza a medida que mejoraban las condiciones económicas. No consiguieron detener la mecanización, pero lograron atemorizar al gobierno, que llegó a utilizar 12.000 soldados para frenar los incidentes.

La unión con Irlanda

La inestabilidad que reinaba en Inglaterra en la década de 1790 se extendió a Irlanda. No debe extrañar que en Irlanda reinara el descontento, ya que el 80 por ciento de la tierra estaba en manos de un pequeño grupo de forasteros (protestantes ingleses), mientras que la mayoría católica estaba sometida a la discriminación política, social y educativa como único medio de mantener la influencia protestante. Con todo la crisis irlandesa de la década de 1790 vino provocada no por asuntos internos sino externos. Como Irlanda era la puerta trasera de Gran Bretaña, el país estaba siempre preocupado cuando entraba en guerra con Francia, ya que si los franceses decidían invadir Gran Bretaña podían organizarlo desde allí. La Revolución Francesa inspiró a un abogado protestante, Wolfe Tone, que en 1791 decidió organizar la Sociedad de Irlandeses Unidos para solicitar una legislatura en la que no existiera la discriminación religiosa. Cuando Gran Bretaña y Francia entraron en guerra en 1793 los republicanos como Tone deseaban que se produjera una invasión francesa que apoyara a la rebelión nativa. Para contrarrestar este apoyo a los franceses el gobierno introdujo un proyecto de ley de Libertades Católicas, que otorgaba a los católicos el derecho al voto en los mismos términos que a los protestantes; también podían ocupar la mayoría de los cargos civiles y militares, pero no podían ser miembros del Parlamento. Esto no fue suficiente para los reformadores, que pretendían terminar con el control que Inglaterra ejercía sobre Irlanda y crear una República irlandesa independiente. La Sociedad de Irlandeses Unidos intentó organizar una rebelión dentro del país, pero el gobierno estaba bien informado de sus actividades gracias a la labor de los espías y arrestó a la mayoría de sus líderes en Dublín en marzo de 1798. La sociedad había perdido prácticamente el control sobre la revuelta que estalló en mayo de 1798, y que fue esencialmente una rebelión católica

y popular contra los protestantes y los terratenientes. Realmente sólo tuvieron éxito en Wexford, donde los rebeldes se hicieron con el control de casi todo el condado. Se cometieron atrocidades terribles de un lado y de otro hasta que los rebeldes fueron por fin dispersados en Vinegar Hill por la milicia católica. Las tropas francesas sólo desembarcaron cuando la rebelión había sido sofocada y, como no consiguieron soliviantar a los campesinos irlandeses, se rindieron al ser interceptadas en el camino a Dublín. En la rebelión irlandesa, que fue uno de los acontecimientos más violentos de la historia de aquel país, murieron unas 30.000 personas.

La rebelión convenció al gobierno británico de que los protestantes nunca podían representar a la nación irlandesa y de que en tiempos de guerra Irlanda siempre sería una amenaza para Gran Bretaña. El único medio de pacificar Irlanda, decía Pitt, era abolir el Parlamento irlandés, unir los dos países y garantizar la emancipación de los católicos, para que éstos pudieran acceder a los escaños de diputados. El proyecto fue inicialmente rechazado en 1799 por el Parlamento protestante irlandés, pero con amplios sobornos y creando títulos de nobleza irlandeses consiguieron aprobarlo. La Ley de Unión derogó el Parlamento irlandés: se elegirían 100 miembros irlandeses para la Cámara de los Comunes británica y 32 nobles irlandeses (incluidos cuatro obispos) se integrarían en la Cámara de los Lores. Irlanda aportaría el 12 por ciento del presupuesto al Reino Unido y los fabricantes textiles de aquel país tendrían protección arancelaria antes de abrirse al comercio con Gran Bretaña. La esperanza que Pitt había depositado en la emancipación católica se disolvió, porque Jorge III se negó a admitirla y obligó a dimitir a Pitt en 1801. En definitiva, la ley no solucionó los problemas de la sociedad irlandesa, porque la mayoría católica seguía sufriendo un trato desigual frente a la minoría protestante. La ley, que estuvo vigente hasta 1921, dejó como legado una Irlanda dividida.

La guerra (1793-1802)

Gran Bretaña no tenía intención de entrar en guerra con Francia; de hecho Pitt esperaba tener «quince años de paz» en 1792. Las masacres de septiembre, la declaración de la República Francesa y la ejecución de Luis XVI no se tomaron como causas suficientes para entrar en guerra, aunque Pitt se sentía horrorizado por los acontecimientos. A Pitt le preocupaba más que Francia ganara a los austriacos en Jemappes (noviembre de 1792), ya que el territorio que éstos mantenían en los Países Bajos estaba abierto a la ocupación francesa. A Gran Bretaña, como siempre, le preocupaba el destino de los Países Bajos, ya que de ser controlados por Francia, Gran Bretaña y el comercio se verían amenazados, pero fue Francia quien declaró la guerra a Inglaterra en febrero de 1793.

Como la armada y el ejército habían quedado agotados desde que terminó la guerra americana (en 1793 sólo quedaban 13.000 soldados en el ejército británico), Pitt siguió la política que había iniciado su padre durante la guerra de los Siete Años: dar subsidios a otras potencias para que combatieran a Francia en Europa, hacer incursiones de distracción sobre la costa francesa y concentrar la mayoría de los esfuerzos en la armada, lo cual le permitiría proteger a Gran Bretaña de la invasión, mantener las vías marítimas abiertas y obtener colonias. Al principio la guerra no le fue bien a los franceses, que resultaron derrotados por los austriacos en Neerwinden en marzo de 1793 y perdieron Bélgica. El verano de 1793 los aliados tenían 160.000 hombres en la frontera de los Países Bajos con Francia, y se enfrentaban a una fuerza menor de franceses. Si York y Coburg, los generales aliados, hubieran unido esfuerzos y hubieran avanzado sobre París, los franceses se habrían visto abocados al desastre. Afortunadamente para ellos, los aliados no se coordinaron. Pitt ordenó al duque de York que tomara Dunkerque como

base naval, y que se dirigiera, por tanto, al oeste. Los austriacos marcharon hacia el este, y la fuerza aliada se partió en dos. Este terrible error fue la salvación para Francia. La desunión de los aliados en este momento fue el factor más importante para la supervivencia francesa. Pitt intentó apoyar a los realistas franceses en Tolón (1793), en Bretaña y en la Vendea (1795), pero fracasó rotundamente. En las Indias Occidentales murieron más de 40.000 soldados británicos, muchos por enfermedad, más de los que perdió Wellington en todas las campañas peninsulares que llevó a cabo entre 1808 y 1814. Cuando Holanda fue derrotada por los franceses y se vio obligada a declarar la guerra a Gran Bretaña, las colonias holandesas se convirtieron en presa legítima. El cabo de Buena Esperanza y Ceilán fueron conquistados en 1795 y durante todo el siglo XIX fueron piezas clave del Imperio Británico.

Los subsidios que Pitt concedía a sus aliados continentales eran de pequeña escala: de los 66 millones de libras que recibieron los aliados en las guerras francesas, sólo se pagaron 9,6 millones antes de la Paz de Amiens de 1802. La primera coalición contra Francia se tambaleó, porque Prusia estaba más interesada en conseguir territorio a partir de las particiones de Polonia que en combatir a Francia y se retiró de la guerra en 1795. Sólo quedaban Austria y Gran Bretaña, pero Austria, derrotada en Italia por Napoleón, firmó la paz en 1797. Esto dejó a Gran Bretaña aislada y enfrentada a la mayor crisis de seguridad nacional que vivió entre 1588 y 1940. La crisis se agudizó aún más por los motines que se produjeron en la flota británica en 1797. Los provocaron unos salarios muy bajos, que no habían variado en cien años, las condiciones insalubres y de hacinamiento que se sufrían a bordo y la disciplina férrea a que estaba sometida la tropa. El gobierno tenía miedo de que entre los amotinados hubiera agitadores radicales. Sin embargo, a la mayoría de los marineros lo único que les preocupaba eran el salario

y las condiciones de trabajo: en cuanto sus exigencias fueron atendidas, el motín se vino abajo. Durante los años noventa se invirtieron en la armada grandes sumas de dinero, el número de marineros aumentó de 15.000, que había en 1793, a 133.000 ocho años después. La victoria obtenida por Howe frente a los franceses en las costas de Bretaña en junio de 1794 impidió que Francia enviara refuerzos a las Indias Occidentales, dejando libre el camino del éxito para la flota de Jervis. Los franceses esperaban invadir Gran Bretaña en 1797, con ayuda de las flotas holandesa y española, pero su esperanza se desvaneció con la derrota sufrida por la flota española en las costas del cabo de San Vicente en febrero; la flota holandesa quedó completamente destruida en Camperdown en octubre, suceso provocado por marineros que se habían amotinado cuatro meses antes.

Como Napoleón no pudo invadir Inglaterra, decidió asaltar la ruta que mantenía con la India y atacar Egipto. En 1798 partió de Tolón y derrotó en Egipto a los mamelucos en una brillante campaña que terminó en la batalla de las Pirámides, y tomó El Cairo. En Egipto se enfrentó con el mejor almirante inglés, Horatio Nelson. Hijo de un ministro de Norfolk, se enroló en la marina cuando tenía 12 años y a los 20 ya era capitán. En 1794 se había quedado ciego de un ojo en un victorioso ataque a Córcega y en 1797 desempeñó un papel fundamental en la victoria que los británicos obtuvieron en el cabo de San Vicente. Ese mismo año lo nombraron contraalmirante y perdió el brazo derecho en un intento fallido y absurdo de tomar Santa Cruz de Tenerife, en las Canarias. En 1798 alcanzó una de sus victorias más definitivas en la batalla del Nilo. Nelson se encontró con quince barcos franceses anclados en la bahía de Abukir, formando una sólida barrera, a unos 21 km de Alejandría. No había manera de romper la línea francesa, pero entre el último barco francés y la orilla se abría un pequeño resquicio. Nelson dividió sus catorce barcos en dos grupos: uno permaneció fuera de la lí-

nea francesa, y el otro se infiltró a través del resquicio que habían dejado sus enemigos. La flota francesa fue atacada por ambos flancos a la vez. Gracias a esta peligrosa y arriesgada maniobra Nelson obtuvo la más absoluta victoria, en la que capturó diez barcos franceses. Como en Egipto la expedición francesa había hecho agua, los efectivos que quedaban se rindieron a los británicos en 1801. Después de esto Nelson tomó Nápoles a los franceses e inició una relación con Lady Hamilton, la esposa del embajador británico, que mantuvo hasta su muerte. En 1800 las potencias del Báltico (Rusia, Prusia, Dinamarca y Suecia) formaron una Liga de Neutralidad Armada para impedir que Gran Bretaña persiguiera a los barcos neutrales que comerciaban con Francia y arremetiera contra ellos. En 1801 los británicos, sin declarar la guerra, enviaron una flota al mando de Sir Hyde Parker con el objetivo de destruir la armada danesa fondeada en Copenhague. La flota británica se dividió en dos, Parker atacaba por el norte y Nelson lo hacía por el sur. Aunque las condiciones climatológicas eran adversas, Nelson desatendió las órdenes que le llegaron de cesar el ataque: perdió tres barcos, pero capturó o hundió todos los navíos daneses, menos tres. Esto puso fin a la Liga.

Por entonces se había formado una segunda coalición de Gran Bretaña, Austria y Rusia contra Napoleón, pero Austria, derrotada por el general en Marengo, Italia, y por Moreau en Hohenlinden, Baviera, firmó la paz en 1801. El zar, molesto porque Gran Bretaña hubiera tomado Malta y porque Austria no hubiera apoyado a las tropas rusas en Suiza, retiró sus efectivos de Europa Occidental. Como los dos bandos estaban exhaustos, se firmó la Paz de Amiens en 1802. Addington (en esta época Pitt no era Primer Ministro) cedió prácticamente todas las conquistas obtenidas por Gran Bretaña en el extranjero. Retuvo sólo la Trinidad española y el Ceilán holandés. La paz no podía durar mucho, particularmente porque Napoleón Bonaparte se negó a per-

mitir la entrada a los productos manufacturados británicos en las áreas de Europa que él controlaba. Los británicos lanzaron un ultimátum para que Francia se retirara de Holanda y Suiza y reconociera el control británico sobre Malta, pero no fue atendido y la guerra volvió a abrirse en 1803.

La guerra (1803-1815)

Para obtener una victoria definitiva Napoleón tenía que conquistar Gran Bretaña; de ahí que diseñara un plan de invasión sumamente elaborado para el que reunió 80.000 soldados en la costa de Boulogne. Ordenó a las flotas francesa y española (España era aliada de Francia en 1804) que burlaran el bloqueo británico y se dirigieran a la Martinica en las Indias Occidentales; allí se integrarían todos en una formidable flota, que regresaría para controlar el canal de la Mancha y escoltar a las tropas francesas hasta Inglaterra. La flota francesa de Tolón, mandada por Villeneuve, y la flota española procedente de Cádiz llegaron con éxito a las Indias Occidentales, pero la flota de Brest no pudo romper el bloqueo británico. Al volver, Villeneuve no se sentía lo suficientemente fuerte como para liberar a la flota de Brest y siguió rumbo a Cádiz. Poco después, el 27 de agosto, Napoleón abandonó su plan de invasión y empezó el desplazamiento de su Grande Armée de Boulogne al Danubio. El 28 de septiembre ordenó que Villeneuve entrara en el Mediterráneo e hiciera desembarcar a sus tropas en Nápoles. Cuando la flota francesa salía de Cádiz fue atacada por Nelson, que dividió su propia flota en dos columnas, una de las cuales, al mando del almirante Collingwood, atacó la flota francesa por el centro mismo de su línea de formación. Era una maniobra arriesgada, porque implicaba utilizar sus dos buques insignia como arietes para abrirse camino. Tendrían que atacar de costado a cinco o seis barcos enemigos y no podrían

dejar de bombardear hasta haber traspasado la barrera de barcos. El plan funcionó, a pesar del daño sufrido por los buques insignia; para la refriega, Nelson contaba con la ventaja de que los cañones británicos eran mejores. Con esto, Nelson obtuvo su más sonada victoria, capturó o destruyó diecinueve barcos enemigos, aunque muchos de los trofeos se perdieron en las tormentas que siguieron a la batalla. La peor pérdida que sufrió Gran Bretaña fue la del propio Nelson, que murió de un disparo de mosquetón. La batalla de Trafalgar, más que disuadir a Napoleón de su plan de invadir Inglaterra —ya lo había abandonado antes—, lo que consiguió fue dar a Gran Bretaña la supremacía marítima que mantendría durante lo que quedaba de las guerras napoleónicas.

Por la época de Trafalgar se había formado una tercera coalición entre Gran Bretaña, Austria y Rusia para combatir a Francia. Napoleón trasladó sus tropas rápidamente desde Boulogne al Danubio, rodeó al general Mack en Ulm y le obligó a rendirse, tomó Viena y avanzó sobre Moravia para derrotar allí a los austriacos y a los rusos en Austerlitz (1805), en una de las más grandes victorias obtenidas frente a un ejército más numeroso. Austria firmó la Paz de Presburgo (1806) y perdió las posesiones que le quedaban en Italia y Alemania. Prusia, alarmada por el poder que Napoleón había desplegado en Alemania, se puso en armas contra Francia ya tarde y fue derrotada en Jena-Auerstadt. Contra los rusos Napoleón sufrió un cierto revés en Eylau en febrero de 1807, pero en junio obtuvo la victoria definitiva que necesitaba en Friedland. Rusia y Prusia firmaron la paz en Tilsit, dejando así a Gran Bretaña sola frente a Francia. Napoleón dominaba Europa desde el Báltico al Mediterráneo, desde el Atlántico a la frontera con Rusia.

Napoleón intentaba ahora golpear a Gran Bretaña impidiéndole mantener relaciones comerciales con los países que caían bajo su control, con el llamado Bloqueo Continental. Los Decretos de Berlín (1806) prohibieron a Francia y a los

países satélites entablar relaciones comerciales con Gran Bretaña. Este país contestó con las Órdenes del Consejo, por las que los barcos neutrales que comerciaban con Francia estaban obligados a parar en puertos británicos y a pagar un impuesto. Por los Decretos de Milán (1807) Napoleón convirtió en trofeo legítimo los barcos que recalaban en puertos británicos. El Bloqueo perseguía un doble objetivo. Napoleón suponía que al impedir que Gran Bretaña realizara sus exportaciones y reexportaciones a Europa, provocaría el colapso de la economía británica, con lo que pondría fin a su participación en las guerras napoleónicas. Pretendía además sustituir la hegemonía industrial que Gran Bretaña ejercía en el continente por la de Francia. Para conseguir mayor eficacia en el Bloqueo, Napoleón obligó a unirse a él a países conquistados, como Prusia y Rusia, según rezaban los Tratados de Tilsit (1807).

El Bloqueo nunca fue del todo eficaz: como el contrabando a través de Holanda, Suecia, la península Ibérica y Malta era moneda corriente, Napoleón lo aplacó concediendo licencias comerciales con Gran Bretaña. En 1810 se malogró la cosecha en Gran Bretaña, lo cual produjo una gran intranquilidad. Napoleón, en un acto poco inteligente, vino en auxilio de su enemigo autorizando que pasaran desde Francia grandes cargamentos de grano. Equivocadamente pensaba que obligando a Gran Bretaña a pagar en oro, provocaría la bancarrota en el país. El Bloqueo contribuyó enormemente a la caída de Napoleón ya que para ponerlo en práctica invadió España en 1808 y comenzó la desastrosa guerra peninsular. En 1812, como Alejandro I se había retirado del bloqueo, Napoleón invadió Rusia llevando a cabo la campaña de Moscú, que desencadenó una serie de acontecimientos que terminaron con la derrota y la abdicación del emperador.

Las Órdenes del Consejo, que prohibían el comercio neutral con Francia, tuvieron como consecuencia imprevista el desencadenamiento de la guerra anglo-americana (1812-

1814). Al poner en práctica las Órdenes Gran Bretaña había adoptado una actitud muy altiva, deteniendo los barcos americanos, capturando la carga y enrolando a la fuerza a más de 5.000 marineros americanos en la marina británica. Los americanos hicieron cuanto pudieron para evitar la guerra, pero los británicos no cesaban de provocar; por eso John Quincy Adams llegó a la conclusión de que la única alternativa a la guerra era «abandonar nuestro derecho a ser una nación independiente». El Congreso declaró la guerra a Gran Bretaña en junio de 1812. A los cuatro días los británicos suspendían las Órdenes del Consejo, con lo que se retiró la principal razón que había avivado el conflicto. La guerra siguió adelante porque Gran Bretaña no quería renunciar al derecho de alistar a la fuerza. Ninguno de los bandos estaba preparado para la confrontación. Los Estados Unidos tenían sólo 6.700 soldados, carecían de buques y apenas tenían dinero. Gran Bretaña contaba con 4.500 soldados desplegados a lo largo de la frontera canadiense. Los Estados Unidos se encontraban totalmente divididos por la guerra: el Sur y el Oeste estaban a favor, Nueva Inglaterra en contra y algunos de los habitantes de este territorio hablaban incluso de secesión. La guerra duró dos años y medio y no fue bien para ninguno de los bandos. Las dos invasiones que Estados Unidos quiso hacer a Canadá fracasaron. En el mar, los marinos independientes americanos capturaron 1.300 barcos británicos, pero en 1814 la Real Armada había bloqueado ya las costas estadounidenses. En 1814 los británicos prendieron fuego al Capitolio y a otros edificios públicos de Washington (cuando la residencia presidencial fue reconstruida la pintaron de blanco, por lo que desde entonces el edificio se conoce como la Casa Blanca). La guerra americana terminó en desastre para los británicos, cuando el asalto que realizaron sobre Nueva Orleans en enero de 1815 encontró absoluta resistencia: los británicos perdieron 2.000 soldados frente a los 13 americanos, pero para estas fechas la guerra ya había ter-

minado. La paz se firmó en Gante en diciembre de 1814; ninguno de los dos bandos perdió parte alguna de su territorio. Para Inglaterra la guerra había representado esencialmente un motivo de irritación.

Como las guerras napoleónicas continuaban, la marina británica bloqueó las costas francesas y tomó las posesiones que Francia y sus satélites mantenían al otro lado del océano. St. Pierre y Miquelon, Sta. Lucía, Tobago y la Guayana Holandesa cayeron antes de Trafalgar; el cabo de Buena Esperanza cayó en 1806; Curazao en 1807, parte de las islas Molucas en 1808, la Guayana Francesa, Santo Domingo, Senegal y la Martinica en 1809; Guadalupe y las islas Mauricio en 1810 y Java en 1811.

La exportación británica siguió creciendo durante las guerras francesas, a pesar de la presencia del Bloqueo Continental y de la guerra americana (época en la que cayó la exportación al mayor mercado británico), ya que se produjo un gran aumento en las relaciones comerciales mantenidas con otras áreas: Asia, África, las Indias Occidentales, Latinoamérica y el Próximo Oriente. Cuando Rusia se retiró del Bloqueo Continental, los productos ingleses invadieron el Báltico y el norte de Europa. La exportación británica aumentó de 21,7 millones de libras (1794-1796) a 37,5 millones (1804-1806) y a 44,4 millones (1814-1816). La economía británica siguió creciendo, gracias a la Revolución Industrial y a la inversión que el gobierno hizo en armamento. La producción de lingotes de hierro creció de 68.000 toneladas en 1788 a 325.000 en 1811. El algodón, una industria nueva antes de la guerra, se expandió enormemente y en 1815 era el producto estrella de la exportación británica. La productividad y la riqueza británicas crecían a buen ritmo. Los aranceles aduaneros y de *excise* aumentaron de 13,5 millones de libras en 1793 a 44,8 millones en 1815; los impuestos sobre la renta y la propiedad de 1,67 millones de libras en 1799 a 14,6 millones en 1815. Entre impuestos directos e indirectos

el gobierno británico obtuvo la increíble suma de 1,217 billones de libras entre 1793 y 1815 y fácilmente consiguió otros 440 millones a partir de préstamos. Gran Bretaña, a pesar de contar con menor número de habitantes, podía afrontar la guerra mejor que Francia, incluso teniendo en cuenta que esta guerra resultó mucho más costosa que cualquiera de las anteriores (en 1815 había 260.000 soldados en el ejército británico, número cuatro veces mayor que el que encontrábamos a las órdenes de Marlborough en la guerra de Sucesión española).

La caída de Napoleón comenzó a producirse en la guerra de la Península (1807-1814). Napoleón invadió Portugal en 1807 para obligarle a aceptar el Bloqueo Continental y en 1808 extendió la guerra a España (aliada de Francia) de manera innecesaria, porque hizo abdicar al rey para entregar el trono a su hermano José Bonaparte. Cuando los españoles se rebelaron y derrotaron a los franceses en Bailén, los británicos vieron la oportunidad de conquistar un enclave en el continente. Para ello un ejército liderado por Sir Arthur Wellesley (nombrado vizconde de Wellington en 1809) desembarcó en Portugal y derrotó a los franceses en Vimeiro. Esto obligó a Napoleón a intervenir personalmente y por única vez en España. Como a Wellington le habían llamado desde Inglaterra, los británicos estaban al mando de Sir John Moore; las tropas encontraron una fuerte oposición que les obligó a embarcar en La Coruña, donde Moore moría asesinado en enero de 1809.

Wellington volvió en abril y permaneció en la Península hasta que se terminó la guerra, administrando sus recursos cuidadosamente (nunca contó con más de 60.000 soldados) para combatir a un ejército francés superior al suyo. En Talavera derrotó a un ejército dos veces mayor, pero se vio muy presionado cuando Napoleón, tras la derrota de Austria en Wagram en 1809, envió a Masséna con 100.000 excelentes soldados a España. Wellington se retiró a unas líneas defen-

sivas que había preparado cuidadosamente, en Torres Vedras, a las afueras de Lisboa, desde donde podía recibir suministros por mar. Cuando Napoleón retiró sus tropas de España para llevar a cabo la campaña de Moscú de 1812, Wellington pudo atacar. Tomó con éxito las fortalezas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, con lo que consiguió dos vías estratégicas de entrada a España, y ganó la batalla de Salamanca (julio de 1812), donde los franceses sufrieron unas pérdidas tres veces mayores que los británicos y los portugueses. En 1813 los franceses fueron expulsados de España después de que Wellington ganara la batalla de Vitoria; Francia fue invadida.

El éxito que obtuvieron los aliados en la guerra peninsular no se habría producido sin la ayuda de los españoles y de los portugueses. Las tropas regulares españolas contaban con 100.000 hombres a comienzos de la guerra, pero en 1812 ya habían reclutado a 160.000, con lo que lograron mantener ocupadas a muchas tropas francesas, que no conseguían concentrarse contra Wellington. En 1810, cuando Masséna invadió Portugal, había 325.000 soldados franceses en España, pero sólo la cuarta parte podía dedicarse a combatir a Wellington. Además, las guerrillas españolas desempeñaron un papel fundamental al atacar las líneas de comunicación francesas y actuar como eficaces espías para Wellington. Para Napoleón la guerra supuso un patinazo terrible; los franceses sufrieron 164.000 bajas (la mitad causadas por la guerrilla) y el combate requirió la presencia de un alto número de hombres (nunca hubo menos de 200.000 en España), que Napoleón necesitaba con urgencia en otros lugares. Tras retirarse de Moscú, donde le había costado sobrevivir, necesitaba las tropas que estaban en España para luchar en Europa Central; y quizá le hubieran brindado así una victoria. La guerra peninsular, pues, resultó esencial para provocar la caída de Napoleón: el propio emperador era consciente de esto cuando escribió: «La úlcera española me ha matado».

Cuando Alejandro I se retiró del Bloqueo Continental Napoleón cometió el segundo error más importante de su vida al decidir invadir Rusia, en 1812. La campaña moscovita fue un desastre. Como Napoleón no consiguió ganar la batalla definitiva en Borodino, asistió a la descomposición de un ejército en el que los hombres iban cayendo bien por la enfermedad, bien por la desertión, de manera que de los casi 700.000 soldados que invadieron Rusia, volvieron menos de 100.000. Esto no terminaba con el imperio napoleónico, ya que los rusos también estaban exhaustos y los austriacos, que temían más a Rusia que a Francia, no estaban demasiado animados a reiniciar el conflicto. Prusia se unió a Rusia en febrero de 1813 y aunque Napoleón venció en Lützen y Bautzen, no tenía caballería suficiente para organizar los objetivos con eficacia. Como Napoleón no hacía concesiones –«El dominio que ejerzo desaparecerá en cuanto deje de ser fuerte y, por tanto, temido»–, Austria se unió al combate, y en Leipzig Napoleón tuvo que enfrentarse por primera vez a un ejército en el que se combinaban fuerzas austriacas, rusas y prusianas. Tras la derrota sufrida, tuvo que retirarse a Alemania, al mismo tiempo que Wellington invadía el sur de Francia desde España. Por primera vez desde 1794 el combate volvía a librarse en territorio francés. La inteligencia militar de Napoleón brilló de nuevo, al derrotar tres veces en cinco días a austriacos y rusos desplegados por todas partes, en pequeñas escaramuzas, pero en Francia se había apagado el apetito bélico, y cuando sus mariscales desertaron, tuvo que abdicar.

Aunque el primer Tratado de París (1814) impuso a Francia términos muy suaves, la guerra no había terminado. Napoleón escapó de Elba y regresó a Francia. Luis XVIII huyó y le volvió a dejar el control del país. Quería derrotar al ejército aliado y al prusiano en Bélgica, antes de que se les unieran los rusos y los austriacos, y para ello se desplazó rápidamente hacia el norte. Napoleón pretendía abrir una brecha entre los aliados que estaban en Bruselas y los prusianos de

Namur, antes de derrotarlos. Venció rotundamente a Blücher en Ligny el 16 de junio y el mismo día Wellington libró una batalla no concluyente contra Ney en Quatre-Bras, 10 km al oeste. Wellington se retiró hacia Waterloo, en el norte, en dirección a Bruselas; Blücher, en vez de trasladarse hacia el este, a la base que tenía en Namur, como Napoleón esperaba, marchó hacia el norte en dirección a Wavre, a sólo 12 km de donde estaba Wellington. Si Blücher no hubiera hecho eso, Wellington habría tenido que enfrentarse al gran ejército de Napoleón en solitario y habría sido derrotado con toda probabilidad. Wellington tomó posiciones en unos cerros que permitían esconderse a sus hombres tras pequeños tesos y evitar así los impactos de la artillería francesa. Napoleón atacó repetidamente el centro del ejército aliado, que resistió hasta las seis y media de la tarde, momento en que los cañones franceses disparaban a quemarropa y las líneas defensivas de Wellington empezaron a tambalearse. Al ver la victoria en la punta de los dedos, Ney pidió refuerzos a Napoleón, pero su solicitud no fue atendida porque la mayoría de las reservas napoleónicas estaban destinadas a defender el flanco derecho, por donde atacaban los prusianos de Blücher. Esto permitió a Wellington ganar tiempo para reforzar sus tropas centrales. Cuando la Guardia Imperial recibió orden de ataque contra el centro de las fuerzas de Wellington, ya era demasiado tarde. Fue rechazada, para sorpresa y desesperación del ejército francés, que huyó en desbandada. La batalla, según Wellington, fue «lo más simple que se pueda imaginar». Tras la derrota de Waterloo, Napoleón volvió a abdicar y Luis XVIII recuperó la corona.

La paz

El segundo Tratado de París (1815) impuso sobre Francia unos términos bastante más duros que el primero. Tuvo que

ceder todas sus conquistas, pagar una indemnización de 700 millones de francos y soportar al ejército de ocupación hasta que saldara su deuda. Todo ello era bastante sensato: cuando se pagó la indemnización el ejército de ocupación se retiró, en 1818. Los vencedores (Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia) diseñaron un acuerdo de paz en el Congreso de Viena (octubre de 1814-junio de 1815). El vizconde Castlereagh, secretario de Exteriores británico, desempeñó un papel fundamental, porque convenció a las demás grandes potencias (término que se acuñó entonces) de que la estabilidad europea debía basarse en un equilibrio de poder, para que nadie dominara el continente como había hecho Francia. Gran Bretaña no pretendía conquistar territorios en el continente, sino bases navales con que controlar las vías marítimas. Por eso adquirió Malta, las islas Jónicas y Heligoland. Retuvo Ceilán y el cabo de Buena Esperanza, que había tomado de los holandeses durante las guerras napoleónicas, y que servían como inmejorables bases estratégicas en la ruta a la India. Gran Bretaña estaba esencialmente interesada en fortalecer los Estados que limitaban con Francia, para que pudieran resistir la agresión francesa. Y lo consiguió con un Reino Unido de los Países Bajos al norte, Prusia en la cuenca del Rin al nordeste, una confederación suiza al este, cuya integridad estaba garantizada por las grandes potencias, y el Piamonte fortalecido en el sureste.

Al final se consiguió mantener un equilibrio de poder por tierra, pero no por mar, donde Gran Bretaña tenía prácticamente el monopolio del dominio naval. Al controlar la mayoría de las colonias europeas, dominar las rutas navales y el comercio de reexportación y estar muy por delante del resto de los países en lo referente a industrialización, Gran Bretaña era la nación más rica de la tierra en renta *per cápita*. Y en los siguientes cincuenta años iba a serlo aún más. El general prusiano Gneisenau se dio cuenta de las consecuencias que traía consigo la derrota napoleónica: «Gran Bretaña no debe

a nadie nada, más que a este rufián [Napoleón]. Porque con los acontecimientos que ha provocado, la grandeza, la prosperidad y la riqueza inglesa han alcanzado altas cotas. Es la dueña del mar y ni en esto ni en lo referente al comercio mundial tiene Inglaterra rival alguno que temer».

17. Represión y reforma

Los cincuenta años que siguieron a las guerras napoleónicas estuvieron marcados por la agitación popular, en parte por la fractura que habían causado las guerras y la subsiguiente desmovilización de las fuerzas armadas. La depresión económica, que se prolongó a intervalos hasta mediados de siglo, contribuyó a crear mayor desasosiego. Al principio, el gobierno, siempre temeroso de que se produjera alguna revolución como la que había tenido lugar en Francia, reaccionó con dureza, pero más tarde comprendió que la mejor manera de evitar los levantamientos públicos era solucionando las angustias de la población. Por tanto, el periodo estuvo caracterizado también por las reformas. En el exterior, Gran Bretaña intentó evitar entrar en complicaciones con Europa, pero siguió expandiendo su Imperio.

Descontento popular

En los años 1815-1819, 1829-1832, 1839-1842 y 1848 se produjeron en Inglaterra desórdenes callejeros bastante preocupantes. Las clases trabajadoras estuvieron entonces más

cerca que nunca de iniciar una revolución. El problema empezó cuando en 1815 el Parlamento aprobó una Ley del Grano, por la que prohibía la importación de grano hasta que en el mercado interior el precio alcanzara cierto nivel. El Primer Ministro, Lord Liverpool, sostenía que esta medida protegería la producción local en un momento de caída de precios y con ello conseguirían evitar la hambruna; pero muchos vieron en ella un signo evidente de clasismo legislativo, cometido por un Parlamento de terratenientes en interés propio. El gobierno necesitó cinco regimientos de caballería y uno de infantería para ahogar las revueltas londinenses y proteger al Parlamento. Pero lo peor vendría luego, por la mala cosecha y la depresión comercial que marcaron el año 1816. El mercado laboral se vio invadido por 300.000 militares desmovilizados, lo cual obligó a forzar la bajada de salarios en un momento en que la población iba en aumento. El gobierno tuvo que afrontar el mayor descontento de la historia, cuando el luddismo volvió a saltar a la palestra en 1816-1817. En 1816 el Parlamento se negó a renovar el impuesto sobre la renta, con lo que volvía a favorecer a los más ricos; ante todo ello, la calle fue tomada por masas de manifestantes que exigían reformas.

En St. Peter's Fields, Manchester, se produjo en 1819 una concentración de protesta pacífica. Cuando el «orador» Hunt se disponía a dirigir una concentración al aire libre, y a la vista de cómo habían terminado otras asambleas anteriores, los magistrados locales decidieron impedirla. Cuando había cerca de 60.000 personas reunidas, los magistrados ordenaron a la *Yeomanry** local que arrestaran a Hunt sin dejarle pronunciar su discurso. Al ver que tenían dificultades, debido a la densidad de la multitud y a la propia indisciplina de los agentes, enviaron en su ayuda a los húsares, provistos de sables. Murieron once personas y hubo más de 400 heridos, muchos de ellos atrapados y presas del pánico. Por su

* Pequeños propietarios que cultivaban su propia tierra.

parte, la prensa encontró en esto la oportunidad de atacar al gobierno, y acuñó el nombre de la «Masacre de Peterloo» para referirse irónicamente a los acontecimientos que tuvieron lugar en St. Peter's Field, en clara alusión a la más famosa victoria de Wellington. Los *whigs* retomaron la bandera de la reforma parlamentaria y se llevaron a cabo concentraciones de protesta en las ciudades industriales. El gobierno respondió con la represión de las Seis Leyes, que restringían la libertad de prensa y el derecho a las concentraciones públicas. En Londres los radicales no se ponían de acuerdo ni en cuanto a los objetivos, ni en cuanto a las tácticas a seguir para lograrlos. ¿Bastaría con la protesta pacífica o sería necesario utilizar la fuerza? Alguien decidió asesinar a determinados ministros, pero un espía del gobierno filtró la conspiración; los responsables fueron arrestados en Londres, cuando se reunieron en Cato Street. Todos fueron acusados de alta traición; a cinco los ejecutaron y a otros cinco los enviaron a las colonias para cumplir cadena perpetua. La idea de que estaba próxima la revolución general parecía evidente, sobre todo viendo los estallidos que surgían en Escocia y Yorkshire justo después de que se viniera abajo la conspiración. Se produjo un intento de tomar Glasgow, que terminó con tres líderes ejecutados y otros encarcelados. El gobierno no estaba realmente amenazado, aunque hay que reconocer que entre 1819 y 1820 se produjeron disturbios de importancia considerable en Londres, Lancashire, Yorkshire y Escocia central.

Para 1822 lo peor ya había pasado, puesto que la economía había ido recuperándose, y ello permitía que se llevaran a cabo reformas modestas. En 1824 se derogaron las Leyes de Asociación, que habían ilegalizado los sindicatos en 1799. Su efectividad fue más que dudosa, puesto que en sus veinticinco años de vigencia las asociaciones de trabajadores cualificados se fortalecieron, y podríamos decir que florecieron en muchos casos como sociedades de amigos. Los empresarios tenían miedo a presionar demasiado y para

mediados de los años veinte apenas nadie se oponía a la derogación de las leyes; por primera vez se reconocían oficialmente los sindicatos. La derogación coincidió con la mejora económica y con una oleada de huelgas, alguna de ellas violenta, que obligó a promulgar una nueva ley en 1825; ésta permitía la creación de asociaciones que negociaran de manera pacífica los salarios y las horas de trabajo de la colectividad, pero nada más. Y éste fue el papel que desempeñaron los sindicatos durante más de cincuenta años; con ellos los trabajadores no estaban realmente protegidos, puesto que existían otras leyes con las que perseguirlos judicialmente.

El descontento volvió a surgir en las zonas rurales a raíz de las malas cosechas que se dieron en 1829 y 1830 y que provocaron una subida de precios. Los desórdenes que comenzaron en Kent en agosto de 1830 se extendieron rápidamente hasta llegar a Cornualles, por el oeste, y a Carlisle por el norte. Escocia y Gales no se vieron afectados. Las revueltas llevaban el sello del mítico capitán Swing, supuesto líder del movimiento, con cuyo nombre se firmaban las misivas amenazadoras. Los participantes en los disturbios destruyeron cosechadoras, y quemaron los almiarés de los hacendados que mantenían bajos salarios. Con todo, a pesar de que se dieron más de 1.400 incidentes, no hubo muertos y para diciembre todo había terminado, excepto los pequeños brotes que resurgieron en Kent y en Norfolk en 1831. El gobierno *whig* que presidía Grey, amedrentado por las revoluciones continentales que habían tenido lugar en 1830, actuó con enorme severidad. Arrestó a 2.000 personas, la mitad de las cuales no fueron juzgadas por tribunales ordinarios, sino por comités especiales; 19 fueron condenadas a la horca, 481 (incluidas dos mujeres) fueron arrestadas y trasladadas a Australia y 644 fueron encarceladas.

Las revueltas de Swing representaron la mayor protesta a gran escala de tipo tradicional, aunque el desasosiego rural no cesó del todo. La Sociedad de Amigos de los Trabajado-

res Agrícolas fundó una nueva rama en el pueblo de Tolpuddle, en Dorset, para reivindicar la subida salarial de sus asociados. Aunque era una organización pacífica, no revolucionaria, los magistrados locales arrestaron a su líder, George Loveless, trabajador y predicador metodista, junto con otros cinco. En 1834 fueron acusados de difundir falsos juramentos y condenados a siete años de arresto en Australia. Lord Melbourne, el Primer Ministro *whig*, apoyó claramente la represión. Cuando en 1836 Lord Russell pasó a ser ministro del Interior, los condenados fueron amnistiados. El juicio vino a demostrar lo poco protegidos que estaban los sindicatos, incluso después de que se hubieran derogado las Leyes de Asociación.

La protesta popular estaba íntimamente relacionada con el estado de la economía: desaparecía en tiempos de prosperidad y resucitaba de nuevo en los reveses, como ocurrió durante los años 1837-1842, el más largo y más severo periodo de depresión vivido en Gran Bretaña desde que comenzó la Revolución Industrial. Las malas cosechas, los precios altos y el desempleo se combinaron y redujeron a los trabajadores a un grado de indigencia y de hambre desconocidos. En catorce condados ingleses, uno galés y ocho escoceses empezó a crecer la agitación; la gente asaltaba fábricas, talleres y casas particulares. El *Westminster Review* hablaba de la «profunda amargura y descontento general que embargaba a una gran parte de la población británica». Para contener los desórdenes hubo que utilizar la mayoría de las fuerzas armadas disponibles. En algunos lugares los soldados dispararon contra los sublevados, y algunos murieron, pero no se produjo el levantamiento general; los soldados sólo recurrían a las armas cuando se veían atacados y el gobierno actuó con moderación, culpando en ocasiones a los propietarios industriales más que a los trabajadores de lo que Peel llamaba «justa y tranquilizadora exigencia de subida salarial». Alrededor de 700 sublevados fueron llevados a juicio;

no hubo condenados a muerte, y a unos 80 se les condenó a prisión en Australia (menos de la quinta parte de los que lo fueron después de las revueltas Swing de 1830-1831). A partir del año 1842 el desempleo bajó notablemente, llevándose con él el riesgo de revolución, que se aplacó también con la abolición de las Leyes del Grano.

Cuando a finales de los años treinta subieron los precios, los defensores del libre comercio culpaban a las Leyes del Grano de dañar la economía, puesto que obligaban a subir los salarios, que a su vez había que destinar a pagar una comida cara, en lugar de productos manufacturados. Se decía que los elevados costes de la mano de obra restaban competitividad en el mercado mundial a los empresarios británicos. Como por las Leyes del Grano los extranjeros exportaban menos a Gran Bretaña, compraban también menos productos manufacturados y esto desencadenaba la subida del desempleo. En 1838 surgieron en distintas ciudades asociaciones contrarias a las Leyes del Grano; en 1839 se unieron en una organización nacional que eligió como presidente a Richard Cobden. La Liga Antiproteccionista (Anti-Corn Law League) era una institución esencialmente urbana, de clase media, que se oponía al cartismo obrero. A diferencia del cartismo nunca tuvo problemas de financiación, que se conseguía sobre todo mediante donaciones. A partir de 1841 Cobden y John Bright dedicaron gran parte de su tiempo a organizar las actividades de esta Liga, y visitaron prácticamente todas las grandes ciudades de Inglaterra y Escocia. Aunque la Liga se oponía a la aristocracia –veía en las Leyes del Grano una muestra del dominio que ejercía la aristocracia en el Parlamento–, no tenía carácter revolucionario. La Liga consiguió mantener viva la cuestión de las Leyes del Grano, pero éstas no se derogaron por la presión que pudiera ejercer. A Peel le desagradaba sentirse coaccionado por grupos extraparlamentarios y estaba decidido a no ceder ante ellos. Como buen defensor del libre comercio, él siem-

pre había mantenido que la abolición de las mencionadas leyes iría en beneficio de los intereses nacionales. Lo que realmente precipitó el cambio legislativo fue la hambruna irlandesa (1845-1851), que no tenía nada que ver con la Liga.

La hambruna irlandesa (1845-1851)

En 1849 la población irlandesa superaba ya los ocho millones de habitantes. Aproximadamente la mitad de estos ocho millones de personas sobrevivía exclusivamente gracias a la patata y por ello se vio arruinada cuando en 1845 un hongo arrasó las cosechas, con consecuencias para la producción que se prolongaron hasta 1849. Inicialmente el gobierno británico, siguiendo principios de libre comercio, dejó la ayuda en manos de organizaciones de voluntarios, aunque diseñó también algunos planes de acción estatal. En 1847, viendo que el número de muertos por inanición aumentaba, cambió de opinión y proporcionó comida para tres millones de irlandeses. Con todo, como esta intervención directa llegó con tanto retraso, el gobierno fue acusado de no impedir la desolación y las muertes provocadas por la hambruna. De hecho, la población descendió de manera notable; entre 1845 y 1851 cayó en más de 2.250.000 habitantes. De ellos, probablemente un millón murió a consecuencia del hambre o de la enfermedad; el resto emigró, sobre todo a Estados Unidos, donde grandes grupos de americano-irlandeses crecieron en medio del odio a Gran Bretaña y decididos, por tanto, a apoyar económicamente la actividad revolucionaria irlandesa. El descenso demográfico había comenzado antes de la hambruna y seguiría produciéndose hasta mucho después de que ésta desapareciera (en 1871 había en Irlanda 5,5 millones de personas; en 1911 quedaban 4,4 millones), pero no cabe duda de que aquel episodio aceleró el proceso. El gaélico también fue desapareciendo, puesto que la mayoría de los

que emigraban procedían de zonas en las que se hablaba irlandés. Como había menos gente, aumentó el tamaño de las propiedades, lo cual garantizó mayor capacidad de supervivencia a los que se quedaron en el país. La región irlandesa que se vio menos afectada por la hambruna fue el Ulster, porque con la expansión de la industria textil no dependía tanto de la patata. Esto también contribuyó a ampliar la brecha que separaba el nordeste irlandés, mayoritariamente protestante, del resto del país.

El cartismo

Para la política británica el movimiento obrero más importante del siglo XIX fue el cartismo. La Ley de Reforma de 1832 no concedía el voto a los obreros y la Ley de Industria (1833) no reconocía sus demandas sobre jornadas laborales de diez horas. Daba la impresión de que mientras el Parlamento estuviera dominado por aristócratas y capitalistas hacendados nadie iba a atender las necesidades de los trabajadores. Por eso en 1838 William Lovett, un ebanista londinense, y Francis Place, un sastre de ideología radical, presentaron la Carta del Pueblo, programa político que contenía seis puntos: sufragio universal masculino; desaparición de los privilegios de propiedad de los diputados; convocatoria anual del Parlamento; distritos electorales homogéneos; salario para los diputados y voto secreto. Estas demandas ya habían sido propuestas en 1780, pero ahora venían respaldadas por grandes manifestaciones de las principales ciudades industriales, por una petición formal de 1,3 millones de firmas y por un Congreso Nacional. El Congreso se celebró en febrero de 1839, pero pronto reveló su escasa cohesión: la petición fue rechazada por el Parlamento en mayo, a lo que los cartistas reaccionaron de diversas formas, manifestando sus divisiones internas. Hubo quienes

defendían el uso de la «fuerza física» (utilizar la violencia o amenazar con ella), pero la mayoría no quería pasar de la «fuerza moral» (y de usar sólo métodos persuasivos), por lo que el Congreso se disolvió, dispersando a sus miembros. En Gales se produjo un levantamiento armado de 7.000 mineros y obreros metalúrgicos de Glamorgan, que avanzaron sobre Newport. Las autoridades, avisadas de antemano, utilizaron varias decenas de soldados que mataron a veinticuatro insurgentes (dos veces más de los que murieron en la masacre de Peterloo en 1819) en una corta y feroz escaramuza. John Frost, el líder radical, magistrado y pañero, llamó a la cautela, pero fue condenado a muerte junto con otros dirigentes, aunque las sentencias fueron después conmutadas por las de cadena perpetua en Australia. Este incidente menor, que nunca supuso amenaza real para el gobierno, fue el levantamiento armado más importante que se produjo en la Gran Bretaña del siglo XIX.

En 1840 Feargus O'Connor, personaje que en la década de 1840 dominaba el movimiento cartista desde el periódico de su propiedad, el *Northern Star*, creó la Asociación Nacional del Cartismo (NCA). Al ver que la depresión se iba acentuando progresivamente, consiguió reavivar el cartismo. La NCA congregaba ya a 50.000 miembros y el segundo Congreso, organizado por O'Connor, consiguió reunir 3,3 millones de firmas para presentar una nueva petición, pero el Parlamento se negó a considerarla. Tras su segundo fracaso y con una economía otra vez en alza, el cartismo fue decayendo, quedando reducido durante unos años a sus actividades culturales: escuelas, capillas, economatos, asociaciones funerarias y sociedades benéficas. En 1846 y 1847 las cosechas volvieron a malograrse, y a raíz de ello el cartismo presentó su último envite al gobierno. En abril de 1848 los dirigentes convocaron una concentración masiva en Kennington, Londres, desde donde partiría una manifestación hacia el Parlamento con una tercera petición. Como el gobierno temía

que estallara la revolución, reunió a 7.000 soldados, 4.000 policías y 85.000 guardias de cuerpos especiales (muchos de ellos de clase media), que superaban en número a los concentrados. Cuando el gobierno prohibió la manifestación, O'Connor pidió a sus correligionarios que se dispersaran pacíficamente, mientras él hacía entrega de su petición. Este duro golpe a la capacidad de liderazgo de O'Connor se unió al posterior arresto de muchos dirigentes cartistas, con lo que el movimiento se desmoronó. Nunca llegaron a poner al gobierno contra las cuerdas, como lo había hecho el movimiento radical de 1831-1832, puesto que la clase media estaba razonablemente satisfecha con la Ley de Reforma de 1832 y no deseaba extender el derecho al voto a las clases populares. El colapso del cartismo marcó el final de la protesta política masiva. Todas las exigencias recogidas en la Carta del Pueblo, salvo la referente a la convocatoria anual del Parlamento, adquirieron pronto rango de ley, pero ello no se debió, desde luego, al cartismo.

La emancipación católica

A partir de 1828 se sucedieron en Gran Bretaña seis años de profundas reformas que comenzaron por suprimir las limitaciones públicas que afectaban a los noconformistas y a los católicos. Desde que se promulgaron en el siglo xvii las Leyes de Prueba y de Corporación, los noconformistas se habían visto privados del derecho de ocupar cargos públicos en los gobiernos central y local. En 1828 estas leyes fueron suprimidas con escasa oposición, pero la emancipación católica provocó un tremendo escándalo. Desde que se produjo la Reforma se veía a los católicos como ciudadanos desleales, y durante la primera mitad del siglo xviii como jacobitas en potencia. Todo esto cambió cuando la victoria de Culloden terminó con la amenaza jacobita. Irlanda y las

Highlands escocesas, donde se concentraba la mayoría de los católicos británicos, se convirtieron en la principal fuente de reclutamiento para el ejército del país desde la guerra de los Siete Años, por lo que incluso desde el gobierno la opinión era muy favorable a relajar las leyes penales. La cuestión resurgió en 1828 cuando Daniel O'Connell fue elegido diputado por County Clare, pero no pudo ocupar su escaño por ser católico. Todo parecía hacer ver que en Irlanda estallaría una guerra civil, si no se reformaba la ley. Para evitar el conflicto, Wellington, apoyado por Peel, decidió conceder la emancipación, incluso en contra de lo que pensaba la mayoría de los ingleses. En Inglaterra vivían ya numerosos inmigrantes irlandeses (de 40.000 registrados en 1780 pasaron a 580.000 en 1851, según datos censales), concentrados en el norte, en ciudades como Liverpool, Manchester y Glasgow. Aunque hubo 3.000 peticiones protestando por la emancipación procedentes de los distintos condados, el gobierno no las tuvo en cuenta. La Ley de Emancipación Católica (1829) permitía votar a los católicos, integrarse en el Parlamento y ocupar la mayor parte de puestos públicos. Esta vez no se produjeron especiales revueltas, ni hubo muertos. El gobierno *tory* necesitó el apoyo de los *whigs* para aprobar el proyecto de ley, porque en la Cámara de los Comunes 173 miembros del partido votaron en contra, lo mismo que hicieron 109 nobles de la Cámara de los Lores. Esto dividió al Partido Conservador, fractura que aprovecharon los *whigs* para tomar el poder, bajo la dirección del conde Grey, y aprobar la Ley de Reforma de 1832.

La reforma parlamentaria

Hasta 1789 apenas había habido interés por introducir reformas parlamentarias. Sin embargo, este interés fue ampliándose y radicalizándose a partir de entonces, debido a

las ideas difundidas por la Revolución Francesa. Los artesanos asumieron este planteamiento a gran escala y tanto en la última década del siglo XVIII como en 1816 incluyeron en el programa radical la demanda del sufragio universal. Para reivindicar sus ideas se dedicaban a organizar mítines al aire libre (como el que tuvo lugar en St. Peter's Field, Manchester), elevaban continuas peticiones al Parlamento y utilizaban la prensa liberal. El Parlamento no era representativo en absoluto. Había muchos «distritos podridos», con escasos electores, que solían coincidir con los distritos «sacados de la manga», o sea que estaban a disposición (en la manga) de los notables. Old Sarum, por ejemplo, al norte de Salisbury, carecía de casas, pero enviaba al Parlamento de Westminster dos diputados. El derecho a voto se correspondía con el territorio que poseía el conde de Caledon. Otro famoso distrito «podrido» era Dunwich, en Suffolk; en su día había sido un puerto boyante, pero en 1831 apenas existía, tragado por el mar. Sus 32 electores enviaban a Westminster otros dos diputados. Como hasta 1872, en que se aprobó que fuera secreto, el voto era abierto, los poderosos del lugar presionaban a los electores para conseguir que salieran sus candidatos. En estos distritos «sacados de la manga» a veces no hacía falta ni votar. En Higham Ferrers, Northants, donde el diputado correspondiente era designado por el conde de Fitzwilliam, no hubo elecciones de 1702 a 1832. Y podemos decir que aproximadamente la mitad de los diputados británicos debía su escaño a algún potentado. Junto a lo que acabamos de describir, se daba el caso de que las grandes ciudades industriales como Birmingham o Manchester carecían de diputados que representaran sus intereses.

En 1830 los *whigs* alcanzaron el poder decididos a reformar la situación, aunque su líder, el conde Grey, no era ningún demócrata: insistía en que se mantuvieran los privilegios de propiedad y se oponía al voto secreto. Con todo, el proyecto que presentó en marzo de 1831 sorprendió a los

miembros del Parlamento, puesto que proponía que algunos distritos perdieran los dos diputados que tenían y otros uno; los escaños vacantes serían transferidos a las principales ciudades industriales y a los condados con mayor densidad demográfica. En los distritos habría un sufragio uniforme: tendría derecho al voto todo propietario de 10 libras (es decir, cualquiera que ocupara una casa valorada en términos fiscales en 10 libras al año); y en los condados el límite lo pondría el titular de la propiedad de 40 chelines (es decir, con una propiedad valorada en 40 chelines anuales), como había venido ocurriendo desde 1430. Por último, desaparecería la cuarta parte de los distritos electorales existentes. Esta propuesta, mucho más radical de lo que esperaba la mayoría de los diputados, fue aprobada en la Cámara de los Comunes por un voto de diferencia. Después Grey pidió al rey Guillermo IV que convocara un plebiscito, que arrojó un resultado de 130 a favor de la reforma. En septiembre de 1831 se introdujo un segundo proyecto, similar al anterior, pero fue rechazado por la Cámara de los Lores al mes siguiente. A raíz de esta decisión se produjeron revueltas en muchas ciudades de Inglaterra y Gales –en Merthyr Tydfil murieron veinte personas– y daba la impresión de que el orden público se iba a venir abajo. Como el rey se negó a nombrar suficientes nobles del Partido *Whig* para que se aprobara la ley en la Cámara de los Lores, Grey dimitió. El país estalló en un escándalo favorable a la reforma, con manifestaciones y marchas de protesta. Como Wellington fue incapaz de formar gobierno, Grey volvió a su cargo y el rey se vio forzado a nombrar nuevos nobles, pero no fueron necesarios. La mayoría de los conservadores no acudió a la sesión de la Cámara de los Lores y el proyecto fue aprobado.

Para muchos la Ley de Reforma de 1832 representó una de las medidas legislativas más importantes de la historia británica moderna, gracias a la cual desapareció la amenaza revolucionaria que había afectado a la mayoría de los países

Europeos durante los años treinta y cuarenta. Como la reforma había consistido fundamentalmente en la redistribución de escaños, más que en la ampliación del derecho al voto, después de que se aprobara la ley seguía gobernando la misma gente que lo había hecho hasta entonces: entre el 70 y el 80 por ciento de los que resultaron elegidos en diciembre de 1832 representaban los intereses de los hacendados. Aunque las clases medias tenían derecho al voto –en Inglaterra y Gales, el electorado ascendió de 366.000 a 652.000; es decir, podía votar el 18 por ciento de los varones adultos, frente al 11 por ciento anterior– no votaban a candidatos de su estrato social, por lo que hasta los años setenta el control parlamentario seguía en manos de los aristócratas. Los trabajadores todavía no tenían derecho al voto, pero la ley había puesto de manifiesto que era posible introducir cambios sin recurrir a la violencia, lo cual abrió nuevas vías de avanzar hacia la democracia. Los acontecimientos que terminaron con la aprobación de la ley de 1832 mostraron un claro descenso del poder que ejercían el rey y la Cámara de los Lores. A partir de entonces ninguna de las dos instituciones lograría detener las decisiones de la Cámara de los Comunes. Uno de los cambios más radicales que introdujo la ley hacía referencia al número de electores escoceses, que se multiplicó por quince (de 4.500 pasaron a 65.000); Escocia tenía por primera vez elecciones libres.

Como corolario a la Ley de Reforma de 1832, se aprobó la Ley de Corporaciones Municipales (1835). Las corporaciones locales estaban controladas por oligarquías tanto como el antiguo Parlamento y funcionaban como enclaves de conservadores y anglicanos. Esta ley obligó a establecer un sistema uniforme en 178 antiguos distritos: los consejeros serían elegidos por tres años, con el voto de todos los rentistas mayores de veintiún años (límite mucho más democrático que el que impuso la Ley de Reforma). Con todo, casi ningún trabajador tenía derecho al voto, porque sus casas no es-

taban tasadas. Las corporaciones municipales tenían que organizar su propio cuerpo de policía, y pagarlo con los impuestos que recaudaran. Además se les encargó la iluminación y la limpieza de las calles.

La abolición de la esclavitud

Al año de aprobarse la Ley de Reforma, se introdujo otra de las grandes transformaciones históricas: la esclavitud quedó abolida en Gran Bretaña y en las colonias. Los británicos se pasaron buena parte del siglo XVIII proclamando su libertad a los cuatro vientos, mientras que sus compatriotas dirigían el comercio de esclavos mundial. Con la pérdida de las colonias americanas, sin embargo, se produjo un cambio de actitud. Algunos ya habían visto que resultaba contradictorio luchar por la libertad manteniendo la esclavitud. El Estado cuáquero de Pensilvania y el puritano de Massachusetts fueron los primeros en abolir la esclavitud (1780), pero para finales de siglo ya se les había unido la mayoría de los Estados de la franja nororiental. El ejemplo fue seguido también en Gran Bretaña; en 1787 William Wilberforce y Thomas Clarkson formaron la Sociedad para la Abolición del Comercio de Esclavos, y al año siguiente Manchester inició una campaña masiva exigiendo que se aprobara la medida: hasta dos terceras partes de los habitantes adultos firmaron una petición para que se pusiera fin al comercio de esclavos. Otras cien ciudades recogieron el testigo, convirtiendo la causa en una campaña masiva, la mayor que se había vivido hasta entonces. Sin embargo, a pesar de ser apoyado por el Primer Ministro, William Pitt, y por el líder de la oposición, Charles James Fox, el proyecto de ley fue rechazado en 1791. Para la mayoría la esclavitud era un tipo de propiedad y, por tanto, intocable. Intocable al menos hasta que las últimas colonias azucareras, sobre todo la Guayana Holandesa, provo-

caron un excedente de azúcar que acarreó la consiguiente caída de precios; esto llevó a pensar a algunos plantadores que la mano de obra libre era más eficaz que la de los esclavos, ya que no requería despliegue alguno de capital y uno podía deshacerse de ella en cualquier momento. En 1807 se ilegalizó el comercio de esclavos para barcos británicos; los daneses ya lo habían hecho en 1804 y detrás vinieron Estados Unidos y otros países. El estatus de los esclavos existentes no cambió. Tuvo que producirse otra campaña exigiendo la abolición de la esclavitud en sí, cosa que se consiguió en 1833 en el Imperio Británico. El Parlamento se vio abrumado ante las 5.000 peticiones presentadas con firmas de más de millón y medio de personas. En las Indias Occidentales se liberó a 668.000 esclavos. Los plantadores recibieron 20 millones de libras en compensación, lo que representaba más o menos la mitad de lo que valían los esclavos. Gracias a las leyes que se aprobaron en 1807 y en 1833 se salvaron miles de vidas y hubo muchos más beneficiados porque la marina británica se ocupó de proteger las aguas del África Occidental para detener el comercio de esclavos, con patrullas permanentes y muy onerosas para el país. Entre 1825 y 1865 las patrullas liberaron a 130.000 esclavos de los barcos interceptados, pero según estimaciones objetivas parece que en ese mismo periodo se exportaron 1.800.000 esclavos del África Occidental sobre todo a Brasil y Cuba, donde la demanda del algodón y el azúcar hizo crecer el comercio de esclavos. Cuba no abolió la esclavitud hasta 1886 y Brasil no lo hizo hasta 1888.

Las Leyes de Industria

Las fábricas que surgieron a finales del siglo XVIII causaban cierta preocupación por las largas jornadas de trabajo que exigían y por la falta de salubridad de las condiciones que se

daban en ellas, pero como en general se pensaba que el gobierno no debía interferir en la mecánica del mercado, no se hacía nada para proteger a los trabajadores. No faltaban quienes se oponían a este *laissez-faire* incontrolado y exigían la acción del gobierno para doblegar las facetas más duras del capitalismo, sobre todo la explotación a que se veían sometidos los niños, con jornadas que solían prolongarse de diez a catorce horas al día, trabajando seis días a la semana. Quienes llevaban adelante la campaña reformista eran religiosos, médicos, algunos industriales conservadores, como Sir Robert Peel padre, y miembros de la Iglesia evangélica como Lord Ashley (posteriormente conde de Shaftesbury), todos ellos movidos por intereses humanitarios y religiosos.

Las primeras Leyes de Industria afectaron sólo a los niños, ya que a los adultos se les consideraba «agentes libres». La ley de 1802 promovida por Peel padre limitaba a doce horas la jornada laboral de los niños empleados en fábricas textiles, pero esta ley, como tantas otras, podía eludirse con facilidad, puesto que no había inspectores encargados de velar por su cumplimiento. Hasta que no se aprobó la ley de 1833 no se produjo un verdadero avance. Entonces se prohibió trabajar a los menores de 9 años en las plantas de producción textil; los que tenían de 9 a 13 años no podían trabajar más de nueve horas al día o cuarenta y ocho a la semana; los niños de 14 a 18 años podían hacerlo en jornadas de hasta doce horas, o sesenta y nueve horas semanales. Esta vez sí se nombraron inspectores, pero sólo cuatro; es decir, cada uno debía cubrir 2.700 fábricas con 250.000 obreros. A pesar de todo, se había dado el primer paso que facilitaba posteriores avances. En 1842 se prohibió que las mujeres y los niños menores de 10 años trabajaran en las minas; en 1844 la jornada laboral de las mujeres quedó limitada a doce horas y en 1847 las mujeres y los niños vieron limitadas las horas de trabajo diario a diez, gracias a la Ley de las Diez Horas. En 1874 se fijó la edad laboral por encima de los

10 años y poco a poco se llegó a los 14 años en 1920. Con todo hubo gran cantidad de niños a los que las leyes no les beneficiaron y que siguieron trabajando muchas horas en condiciones insalubres para fábricas que escapaban al control de los inspectores. En Gran Bretaña la primera regulación gubernamental del trabajo de los varones adultos aparece en 1908, cuando la Ley de la Minería de Carbón estableció en las minas jornadas de ocho horas.

La Ley de Pobres

A comienzos del siglo XIX todavía estaba vigente la Ley de Pobres de la época isabelina. Según esta legislación la parroquia era la entidad responsable de ancianos, locos y enfermos y quien debía proporcionar trabajo en talleres a los desempleados. Con los impuestos locales se sufragaban algunos gastos asistenciales, bajo la supervisión de inspectores que ejercían su actividad en jornadas de tiempo parcial y sin obtener remuneración alguna. Con la subida de los precios que provocaron las guerras napoleónicas aumentó aceleradamente el número de pobres, así como los impuestos destinados a los mismos: de menos de 2 millones de libras que había en 1775 se pasó a 7 millones en 1831. En esas fechas el 80 por ciento del dinero de los impuestos se invertía en asistir a los pobres, algo muy criticado por la Comisión de la Ley de Pobres porque, al promover los matrimonios tempranos y las familias numerosas, aumentaba la pobreza que se pretendía aliviar. De hecho, la asistencia a los pobres era una manera de responder al crecimiento demográfico, al desempleo y a la escasez salarial y de ningún modo la causa de dichos males, pero la Ley de Enmienda de la Ley de Pobres (1834) recogía las ideas de la Comisión. La nueva Ley agrupaba a las parroquias en uniones para crear asilos-taller, administrados por funcionarios supervisados por

una policía de pobres. Estos cuerpos locales serían supervisados a su vez por un cuerpo central, la Comisión de la Ley de Pobres, y sus inspectores. Para disuadir a los capacitados de buscar asistencia en tales instituciones, los asilos-taller ofrecían condiciones «menos atractivas» (es decir, más miserables) que las de las peores viviendas. Los internos llevaban una vida monótona y reglamentada, regida por una disciplina férrea. Las esposas vivían separadas de sus maridos y unos y otros de sus hijos; podían verse en las comidas, pero no se les permitía hablar (hasta 1842). El historiador Thomas Carlyle (1795-1881) vio en esta ley un claro sesgo clasista y una «advertencia de que quien no quiera trabajar no tiene derecho a vivir». La nueva ley se basaba en el principio de que las personas son pobres por ser irresponsables y por eso había que castigarlas, por no ayudarse a sí mismas. Los asilos-taller no eran mucho mejor que las cárceles y pronto se les empezó a conocer como «bastillas», lugares de miedo y oprobio. La nueva Ley de Pobres concitó muchas críticas, sobre todo en el norte, donde los asilos-taller no daban abasto a la hora de afrontar la crisis de la industria manufacturera, que puso a miles de desempleados en la calle al mismo tiempo; ello obligó a mantener el antiguo sistema de asistencia externa. Esta Ley de Pobres siguió vigente durante todo el siglo XIX, aunque cada vez resultaba menos adecuada, algo que se hizo patente sobre todo cuando Booth en Londres (1886-1903) y Rowntree en York (1897-1898) pusieron de manifiesto que un tercio de la población vivía en la pobreza.

Salud pública

La idea que la gente tenía de la enfermedad en 1800 no distaba mucho de la que tenían los griegos antiguos. Los sistemas de canalización de agua y de desinfección habían mejorado poco desde la Edad Media y no se sabía que enfermedades

como el cólera se expandían por el suministro de agua contaminada. El cólera era una enfermedad terrible, de causa desconocida y, por tanto, incurable. La muerte afectaba a todos, rápida e indiscriminadamente, porque los adultos tenían las mismas probabilidades de verse afectados que los niños o los ancianos. La relación entre suciedad y enfermedad empezó a salir a la luz en la década de los años treinta, cuando se empezaron a registrar los nacimientos y los fallecimientos, algo que aclaró muchas cuestiones de salud. Uno de los primeros que tuvieron impacto sobre la salud pública fue el informe de Edwin Chadwick, que durante mucho tiempo se había hecho cargo de la Ley de Enmienda de la Ley de Pobres. Como secretario de la Comisión Real para la Ley de Pobres estaba convencido de que la principal causa de la pobreza no era la indolencia, sino la enfermedad, que terminaba con frecuencia en muerte prematura del responsable familiar, y ponía a cargo de las asociaciones de la Ley de Pobres a todos los que dependían de él. Chadwick recogió información que le proporcionaron médicos y funcionarios encargados de la Ley de Pobres y redactó su obra seminal titulada *Estudio sobre las condiciones sanitarias de los trabajadores que viven en la pobreza* (1842). La obra exponía claramente que muchas enfermedades se debían a las condiciones en que vivía y trabajaba la gente y que, por tanto, podían ser prevenidas. Se necesitaban ingenieros civiles para suministrar agua limpia y sumideros. El informe de Chadwick tuvo un éxito inmediato y sentó las bases de la Ley de Salud Pública (1848), por la que se permitía que las autoridades locales suministraran agua y sumideros a la población (aunque no las obligaba a hacerlo). A pesar de que existía esta idea de Estado minimalista, en la primera mitad del siglo XIX los gobiernos habían empezado a interferir, siquiera de manera tentativa, en el mercado libre y siguieron haciéndolo cada vez a mayor escala en la segunda mitad del mismo.

Gran Bretaña y Europa

Durante el siglo XIX Gran Bretaña redujo al mínimo los gastos de defensa. Después de 1815 y durante cincuenta años el presupuesto de las fuerzas armadas representó sólo el 2-3 por ciento del PNB, y el del gobierno central no llegó al 10 por ciento, mucho menos de lo que uno y otro concepto supusieron en el siglo XVIII o en el XX. Para un país que tenía la marina más importante y el mayor imperio del mundo eran cifras realmente bajas. Durante el siglo anterior a 1815 la Marina Real fue la más poderosa de todas las conocidas, aunque tuvo que afrontar retos, sobre todo el de los Borbones. Sin embargo, hasta que pasaron ochenta años de la batalla de Trafalgar no hubo país, ni coalición de países, capaz de arrebatarse a Gran Bretaña el control de los mares. Y lo mismo podía decirse de la expansión de su imperio colonial. En los dos siglos anteriores Gran Bretaña tuvo que luchar repetidamente para conseguir y mantener el imperio; lo hizo contra Francia, España y otros Estados europeos. De 1815 a 1880 no tuvo rival. En muchos lugares del trópico los comerciantes y exploradores británicos no se topaban con más extranjeros que los pobladores indígenas.

Gran Bretaña consiguió mantener bajo su nivel de gastos porque evitó la intervención en Europa (salvo en la guerra de Crimea), por lo onerosa que resultaba. Castlereagh mantuvo políticas que apenas cambiaron hasta la década de los setenta. Intentó preservar la paz manteniendo en Europa el equilibrio de poder, de modo que ningún país lograra hacerse lo suficientemente fuerte como para amenazar a otros. Sólo se realizaban cambios territoriales con el acuerdo de las grandes potencias. Y a diferencia de lo que ocurría en la época napoleónica anterior o en la de Bismarck posterior, el periodo 1815-1865 internacionalizó la mayoría de los problemas (como los de Bélgica o Grecia) y logró dar una estabilidad precaria al sistema de Estados existente.

En el verano de 1822 Wellington recogía por escrito que Castlereagh se encontraba «en un estado próximo a la locura». El 12 de agosto se suicidó, cortándose el cuello. Le sucedió su rival, George Canning, que había librado un duelo con él en 1809. A Canning no le convencía el sistema del Congreso del que Castlereagh era principal mentor, porque involucraba demasiado a Gran Bretaña en asuntos europeos. Su lema era «cada nación a lo suyo y Dios con todos». Las colonias españolas habían roto con España durante las guerras napoleónicas. Canning reconoció su independencia y la de Brasil, abriendo la posibilidad de hacerlas económicamente dependientes de Gran Bretaña. «La América Española es libre», dijo en 1824, «y si no erramos en la táctica será británica». Apoyaba la doctrina Monroe, en el sentido de que Gran Bretaña buscaba comercio más que territorio, aunque en la práctica fue la armada británica y no la estadounidense la que evitó la intervención de otras potencias en Latinoamérica. Cuando se produjo la guerra de Independencia griega (1821-1830) las grandes potencias se opusieron a la revuelta; Gran Bretaña y Francia querían mantener intacto el Imperio Otomano para que les sirviera de barrera frente a la expansión rusa, pero cuando masacraron a los cristianos griegos accedieron a imponer un acuerdo, que en 1830 logró la independencia griega.

El año de 1830 se vivieron en Europa numerosas revoluciones. Hubo revueltas en Francia (que vio el fin de los Borbones), en Bélgica, en Polonia y en Italia. Y ese mismo año Lord Palmerston fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Este político había entrado a formar parte de la Cámara de los Comunes en 1807, y en ella permanecería durante 58 años; durante 48 años desempeñó cargos oficiales y durante 38 perteneció al gabinete de gobierno. Hombre bien parecido, ameno y trabajador, tenía una personalidad extravagante. Tuvo muchas aventuras amorosas y convivió con Lady Cowper, la hermana casada de Lord Merlbourne, quien

le dio varios hijos ilegítimos antes de casarse con él en 1839, tras la muerte de Lord Cowper. El objetivo de Lord Palmerston era hacer avanzar los intereses británicos y ello le llevó unas veces a apoyar los movimientos independentistas y otras a apoyar a dictadores. Gran Bretaña carecía de amigos o enemigos fijos, según dijo en la Cámara de los Comunes en 1848. En materia de política exterior era precavido. La revuelta belga de 1830 fue la primera brecha que se abrió tras el acuerdo logrado en el Congreso de Viena de 1815. Palmerston no quería que Bélgica pasara a depender de Francia, por lo que a través del Tratado de Londres (1831) convenció a todas las grandes potencias de que aceptaran la independencia belga para garantizar su neutralidad, y de que la protegieran, por tanto, de cualquier ataque francés. Cuando en 1839 Mehmet Ali amenazó al Imperio Otomano, Palmerston se unió a Austria y Rusia para obligarle a ceder Siria. Esto casi termina en guerra entre Gran Bretaña y Francia, que apoyaba a Mehmet Ali, pero Palmerston estaba convencido de que «Francia no entrará en guerra con las demás grandes potencias europeas para ayudar a Mehmet Ali», y tenía razón. Cuando se produjeron las revoluciones de 1848 (en Francia, Italia, el Imperio de los Habsburgo y gran parte de Alemania) Palmerston concedió apoyo moral a las revoluciones italianas, lo cual hizo que Austria y Rusia lo vieran como radical peligroso, aunque realmente Palmerston no estaba contra Austria. «Todo lo que tienda a debilitar o a maniatar a Austria», dijo en la Cámara en 1849, «provocará la calamidad en Europa». Lo único que pensaba era que Austria sería más fuerte si salía de Italia.

La guerra de Crimea (1853-1856) fue un enfrentamiento que no quería nadie. Surgió a partir de una serie de malentendidos. En mayo de 1853 el zar Nicolás I de Rusia exigió que el sultán le reconociera como protector de los derechos de los cristianos en el Imperio Otomano (el 40 por ciento de los súbditos del sultán eran cristianos ortodoxos). Para res-

paldar sus demandas Nicolás invadió Moldavia y Valaquia (la posterior Rumanía, entonces parte del Imperio Otomano). Y esto condujo a que Turquía declarara la guerra a Rusia en octubre. En noviembre los rusos destruyeron una flota turca en Sínope, en el mar Negro, batalla que fue definida como «masacre» por la prensa británica anti-rusa. Gran Bretaña y Francia temían que Rusia tomara Constantinopla y el Bósforo, por lo que en enero de 1854 enviaron sus buques de guerra al mar Negro y en marzo declararon la guerra a Rusia.

Palmerston no fue responsable de la guerra de Crimea, pero la prolongó innecesariamente durante dos años. Cuando en 1854 Rusia se retiró de Moldavia y de Valaquia Lord Aberdeen, el Primer Ministro británico, tenía intención de firmar la paz, pero Palmerston insistió en que Gran Bretaña «perdería prestigio en el mundo» si daba por terminada la guerra «con tan sólo pequeños resultados», y en que era necesario «golpear» a Rusia tomando Sebastopol. Los aliados tomaron Sebastopol en septiembre de 1855, en una inútil victoria, ya que los rusos mantenían posiciones bien fortificadas sobre el puerto. El acuerdo de paz se firmó en el Congreso de París de 1856. En la guerra de Crimea hubo más bajas que en otras guerras libradas por naciones europeas entre 1815 y 1914. Murieron 675.000 personas, el 80 por ciento de enfermedades o de infecciones producidas en las heridas, a pesar de los esfuerzos que realizaron personas como Florence Nightingale. Cuando Florence llegó a Scutari como enfermera militar, se encontró con unas condiciones terribles: los hospitales estaban infestados de ratas, la higiene sanitaria apenas existía y había una seria carencia de camas, sábanas y medicinas. Cuando *The Times* reveló datos sobre la incompetencia militar de sus tropas y sobre el sufrimiento que causaban a los soldados enfermedades como la disentería o el cólera, las noticias asquearon a los lectores británicos, que empezaron a ver la guerra como un error y se

apartaron aún más de cualquier tema que tuviera que ver con el continente.

En 1864 Palmerston dijo en los Comunes que si los ducados de Schleswig-Holstein caían en manos de los prusianos «no sería sólo a Dinamarca a quienes se tendrían que enfrentar». Cuando Bismarck, ignorando la advertencia de Palmerston, tomó los ducados con Austria, Gran Bretaña no hizo nada y sufrió una humillante derrota, que mostró lo poco poderosa que era en el continente.

Gran Bretaña y Asia

Como India era «la joya de la Corona» del Imperio Británico, Gran Bretaña empezó a involucrarse en asuntos asiáticos a gran escala. Tomó El Cabo, Ceilán y Malaca en las guerras napoleónicas y no cedió ninguno de estos territorios en 1815. En ese año se fundó un asentamiento británico en la isla de Singapur y en 1824 los británicos y los holandeses firmaron un tratado por el que se repartían entre ellos el archipiélago malayo. En 1826 las áreas británicas se convirtieron en los Asentamientos del Estrecho. La principal amenaza contra la frontera nororiental de la India venía de Birmania, que invadió algunos Estados limítrofes. Al fallar la diplomacia, sobrevino la guerra. La Compañía de las Indias Orientales (EIC) invadió Birmania en 1824. De los 40.000 soldados de la Compañía, 14.000 murieron en el frente y 18.000 de enfermedades; fue la más cara de las guerras que libró la Compañía. Tras la dura victoria de 1826, esta institución obtuvo territorios que habían conquistado recientemente los birmanos y diversos centros de floreciente comercio.

A partir de los años veinte Gran Bretaña temía que los rusos invadieran la India, y por ello empezó el «Gran Juego» (la guerra fría del siglo XIX), en el que ambas potencias procuraban contrarrestar la expansión de la otra a través de la

diplomacia y la subversión y controlar en el proceso a la mayoría de los pueblos de Asia Occidental y central. Una de las áreas clave era Afganistán, que Gran Bretaña estaba decidida a mantener libre de control ruso. Quería conseguir un Estado afgano amigo que estuviera regido por un hombre de paja, que impuso en 1838, una vez que las tropas de la Compañía de las Indias Orientales ocuparon Kabul, la capital afgana. En 1841 el ejército afgano se rebeló y obligó a los 16.000 soldados de la Compañía a iniciar una peligrosa retirada hasta Peshawar, en la que todos salvo uno murieron. Tras cuatro años de desastres militares y económicos, en los que el prestigio británico se resintió enormemente, la Compañía de las Indias Orientales se marchó de Afganistán, dejándolo como lo había encontrado. Para proteger esta frontera noroccidental el marqués de Dalhousie, Gobernador General de la India (1848-1856), decidió expandir hasta allí el control británico. En 1849 derrotaron a los sijs y se anexionaron el Punjab; tras una breve contienda conquistaron la Birmania Inferior en 1852, con lo que la Compañía de las Indias Orientales llegó a controlar toda la costa y el comercio marítimo de Birmania.

Parecía que Gran Bretaña dominaba casi completamente la India, pero el mismo día de 1857 en que *The Times* hablaba de «la absoluta tranquilidad que se respira por toda la India» los soldados de la Compañía de las Indias Orientales se amotinaron en Meerut, cerca de Delhi. La causa más inmediata de la rebelión estaba relacionada con el asunto de los cartuchos que había que utilizar con el nuevo rifle Lee Enfield. Se engrasaban con grasa de vaca y de cerdo, que contaminaba a hindúes y musulmanes, respectivamente. Cuando el 10 de mayo de 1857 castigaron en Meerut a 85 cipayos que se habían negado a usar los cartuchos, estalló el motín. Los príncipes y nobles que habían sufrido al Raj se unieron a la rebelión, que asumió un carácter popular en la llanura del Ganges y en India Central, donde los pequeños terratenientes y los campesinos se veían obligados a pagar elevados

impuestos. La rebelión involucró a civiles y a militares, pero no fue global. Sólo se amotinó uno de los tres ejércitos de la Compañía, el de Bengala; los de Madrás y Bombay permanecieron fieles a sus mandos, como lo hizo todo el sur de la India. Los amotinados de Meerut avanzaron hacia la antigua capital mogola donde obligaron al último emperador, Bahadur Shah, de 82 años, a erigirse en su líder, pero en septiembre Delhi cayó en manos de los británicos y a partir de ese momento la rebelión dejó de ser una auténtica amenaza para el Raj.

Los rebeldes fracasaron porque carecían de líder, de objetivo común y de fondos. Para someter la rebelión la Compañía utilizó el ejército de Madrás, sijs del Punjab y gurkas de Nepal, además de soldados británicos. Todos actuaron con un salvajismo feroz. El general Neill ordenó a sus tropas que atacaran Cawnpore: «Matadlos a todos; no hagáis prisioneros». A los amotinados que capturaron los mataron atándolos a las bocas de los cañones antes de disparar; pueblos enteros fueron asaltados y arrasados, simplemente por estar cerca de Cawnpore. Bahadur Shah, instruido y afable, se exilió a Rangún, donde murió en la pobreza un año después, mientras que sus hijos fueron asesinados por un tal capitán Hodson, que terminó así con la dinastía mogola. El motín indio tuvo consecuencias importantes. El gobierno de la India dejó de corresponder a la Compañía de las Indias Orientales y pasó a manos de la Corona británica. Para prevenir otra rebelión suspendieron la doctrina de la caducidad (según la cual los territorios de gobernantes locales que morían sin herederos pasaban a la Corona británica); con ello siguieron existiendo 560 principados autocráticos hasta la independencia. Para lograr que el ejército pudiera desplazarse a lugares de conflicto con rapidez, se construyeron muchos kilómetros de ferrocarril: de los 700 km de vía que había en 1859 se llegó a 8.000 en la década siguiente y a 40.000 a finales de siglo.

Si dejamos a un lado la India, la principal zona de influencia británica en Asia era China. Sólo se permitía el comercio exterior con China en un puerto, Guangzhou (Cantón), y a los extranjeros no se les permitía viajar por el interior. Estas restricciones resultaban insoportables para los británicos, que deseaban abrir China al comercio exterior. Los chinos estaban decididos a evitarlo, ahora más que nunca, debido al comercio del opio. El comercio del opio quedó prohibido en 1800, pero las autoridades chinas toleraban la importación del producto, que traían los comerciantes británicos de la India; hay cifras que consignan más de diez millones de chinos adictos al opio en 1830. Esta sustancia se importaba a gran escala, hasta el punto de que se produjo un desvío de plata hacia el exterior, que amenazaba con desestabilizar la moneda. El Alto Comisionado Lin Zexu fue enviado a Cantón para estudiar el problema. Intervino y destruyó más de 20.000 contenedores de opio, con lo que los británicos decidieron ir a la guerra. Los chinos estaban seguros de que podrían derrotar a una raza tan insignificante y detestable, pero sus aparejos bélicos no tenían parangón con los barcos cañoneros británicos, propulsados por vapor. En 1842 los británicos tomaron Shanghai y cortaron el Gran Canal, arteria principal entre la capital y las más ricas provincias meridionales. Ésta fue la derrota más importante que habían sufrido los manchúes hasta entonces. Los soldados británicos e hindúes eran superiores en arsenal de fuego, pero nunca superaron el número de 15.000, por lo que no podían adentrarse demasiado en el país. Los chinos, con todo, habían perdido la capacidad de resistencia y firmaron la Paz de Nanjing. Allí se acordó que se abrirían cuatro puertos, además del de Cantón, al comercio exterior; los chinos aceptaron pagar una indemnización y Hong Kong pasó a manos británicas a perpetuidad. Curiosamente, la importación de opio, que es lo que había desencadenado la guerra, ni siquiera se mencionó.

La realeza

En 1810 Jorge III se volvió completamente loco, por lo que de 1811 hasta su muerte actuó de regente su hijo, el príncipe de Gales (posteriormente Jorge IV), un hombre absolutamente disoluto. Jorge IV (1820-1830) había chocado con su padre debido a la vida ociosa y extravagante que llevaba. Como gran jugador que era, debía 500.000 libras cuando ocupó la regencia y manifestaba su atracción por ancianas damas tan voluminosas como él. En 1785 se había casado en secreto e ilegalmente con una viuda católica, María Fitzherbert, pero este matrimonio se ignoró cuando diez años después se casó con su tosca prima, Carolina de Brunswick. Pronto cada uno se buscó nueva pareja y se separaron después del nacimiento de una única hija, la princesa Carlota, que tuvo lugar en 1796. Cuando Jorge subió al trono en 1820 intentó conseguir rápidamente el divorcio, basándose en el adulterio de su mujer, para impedir que Carolina asumiera el papel de reina. La Cámara de los Lores aprobó un proyecto de ley al efecto, pero sólo con nueve votos, con lo que el gobierno lo desestimó, ya que no iba a ser aprobado en la Cámara de los Comunes. Este asunto granjeó a Carolina una popularidad inmerecida y permitió a los caricaturistas retratar al rey sin piedad como hipócrita y libertino. Cuando en 1821 Carolina murió de unas fiebres, Jorge describió su muerte como «enorme e incalculable bendición». El rey mantenía opiniones reaccionarias, aunque de escasa trascendencia, porque siempre cedía ante sus ministros, si éstos insistían lo suficiente. Como su padre, se opuso firmemente a la emancipación católica, pero a diferencia de él, no logró impedirla.

Como regente y como monarca, Jorge dio alas a su obsesión arquitectónica y puso nombre al estilo «Regencia». John Nash diseñó para él el Regent's Park, Regent Street y Carlton House Terrace; el Palacio de Buckingham fue virtualmente

reconstruido y el Castillo de Windsor restaurado. El edificio más singular fue el Royal Pavilion, de Brighton, de inspiración islámico-hindú y diseñado también por Nash. Jorge también era buen aficionado al arte y reunió una soberbia colección de grabados holandeses del XVII y de muebles franceses del XVIII. Ningún otro monarca de época moderna ha superado su gusto artístico ni la aportación que hizo Jorge IV al legado arquitectónico inglés. Al no tener herederos, le sucedió su hermano menor Guillermo IV (1830-1837). Subió al trono cumplidos los sesenta años y reinó sólo durante siete. Como murió sin heredero legítimo la Corona pasó a su sobrina Victoria.

Victoria era hija única de Eduardo, cuarto hijo de Jorge III, pero no podía reinar en Hannover, ya que la ley sálica impedía que las mujeres reinaran. Ingenua e inexperta cuando subió al trono, en 1840 se casó con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha. Fue un matrimonio muy feliz, en el que Victoria pasó grandes temporadas embarazada (tuvo nueve hijos), mientras que Alberto se convertía en rey sin corona. Nunca recibió un título nobiliario y sólo pasó a Príncipe Consorte en 1857. Aunque la reina le adoraba, nunca fue un personaje querido por la gente (para ellos seguía siendo, según él mismo reconocía, «un verdadero alemán») ni por los ministros de la reina, a quienes molestaba que interviniera en sus asuntos. Cuando en 1841 se jubiló Melbourne, Alberto se convirtió en el consejero confidencial de la soberana, escribía el borrador de las cartas que ella enviaba y recibía a los ministros con ella o solo. Alberto tenía planes muy ambiciosos y poco realistas para la monarquía. Deseaba tener el control del gobierno y desempeñar un papel importante en la administración del país; se llevaba particularmente mal con Palmerston, que se negaba a recibir instrucciones sobre cuál debía ser la política exterior. A pesar de todo, Alberto fue el miembro de la familia real más capaz, mejor educado y más humano del siglo XIX. Tenía una gran

capacidad de discernimiento artístico, promocionó a Winterhalter y Landseer, era coleccionista de pintura italiana y alemana y un músico consumado. El Príncipe Consorte también se interesaba por las ciencias y la industria y fue el presidente del comité que planificó la Gran Exposición de 1851. Al morir, tras cuatro años de enfermedad, probablemente cáncer de estómago, Victoria quedó destrozada y se retiró de la vida pública. Esto levantó cierta hostilidad en la opinión pública e incluso hubo peticiones a favor de instaurar una república. Obstinada e indulgente consigo misma, Victoria tiranizaba a los cortesanos que la rodeaban. Jamás leyó un periódico, nunca se preocupó por saber cómo vivían sus súbditos y sostuvo posiciones políticas reaccionarias. Se opuso a la legislación sobre industria, a todo tipo de reformas, a que se instituyeran exámenes para acceder al funcionariado y a «esa locura perversa que son “los derechos de la mujer”». Y tampoco estaba de acuerdo con extender la educación a las clases trabajadoras, ya que podía sugerirle ideas que estaban por encima de su condición. La influencia política de la monarquía decreció sensiblemente durante su mandato.

Robert Peel

Robert Peel era hijo de un empresario de Lancashire que había hecho mucho dinero con la industria algodonera. Entró en el Parlamento como miembro del Partido *Tory* en 1809 y durante los mandatos de Lord Liverpool accedió al cargo de secretario de Estado para Irlanda (1812-1818) y ministro del Interior (1822-1827), puesto que volvió a ocupar con Wellington (1828-1830). A pesar de no ser buen orador, pronto se ganó buena reputación por la eficacia y la minuciosidad con que acometía sus proyectos. Llevó a cabo reformas sin precedentes en relación con el sistema legal, suprimió leyes

que habían quedado obsoletas y abolió la pena de muerte en casi cien casos delictivos. En 1829 fundó la Fuerza de Policía Metropolitana, primer cuerpo uniformado, disciplinado y profesional del país, que sirvió de modelo para otras fuerzas policiales. Como «protestante» más sobresaliente del gobierno, dimitió en 1827 cuando Canning, que apoyaba la emancipación católica, ocupó el cargo de Primer Ministro. A la muerte de Canning regresó a su cargo, y viendo el éxito obtenido por O'Connell en las elecciones del County Clare, terminó por convencerse de que en Irlanda estallaría una guerra civil a menos que se garantizara la emancipación. Por ello dirigió la redacción de un proyecto de ley a favor de la emancipación católica que pasó a la Cámara de los Comunes, a pesar de que para muchos *tories* este movimiento supusiera una profunda traición. Se opuso a la Ley de Reforma de 1832 y a la presión que ejerció Grey en la Cámara de los Lores, pero se dio cuenta de que el Partido Conservador sería siempre un partido de oposición si seguía oponiéndose a cualquier tipo de cambio, por lo que intentó darle un sesgo de miras más amplias.

En las elecciones de 1841, las primeras en las que una oposición organizada logró vencer al partido gobernante, Peel obtuvo una mayoría de setenta y seis, y se convirtió en el político más importante de la década. Como en los tres años anteriores había habido déficit, comenzó por reformar el sistema fiscal. Volvió a introducir el impuesto sobre la renta, medida sumamente impopular, para reducir los gravámenes que pesaban sobre los bienes de consumo y beneficiar a la población en general. En el presupuesto que presentó en 1842 se redujeron así las tasas que afectaban al grano y a otros 600 productos. Ese mismo año, sin embargo, fue también el peor del siglo en lo que a revueltas sociales se refiere y el año en que Peel rechazó la segunda petición de los carlistas. La reforma económica continuó con la Ley de Bancos (1844), por la que la potestad de emitir billetes bancarios

quedaba vinculada a las reservas de oro existentes; esto sentó las bases de la política monetaria que se seguiría durante ochenta años. En el presupuesto de 1845 Peel introdujo nuevas reducciones arancelarias (se suprimieron casi la mitad de los impuestos), pero en esas fechas el partido conservador empezó a dividirse por la cuestión irlandesa.

La división de los conservadores

Cuando en 1828 Daniel O'Connell salió elegido como diputado por el County Clare, se precipitó una crisis latente que desembocó en la emancipación católica y convirtió a O'Connell en líder de la política irlandesa con reconocimiento internacional. Como se había propuesto terminar con la unión, en 1840 fundó la Asociación de la Revocación. Volvió a agitar a las masas y en 1843 convocó otra de sus «monstruosas» convenciones en Clontarf, a las afueras de Dublín, para intimidar al gobierno británico. Con todo, Peel se mantuvo firme y prohibió la convención; O'Connell la canceló (siempre se opuso a la violencia aunque recurría a la desobediencia civil para amenazar al gobierno y conseguir sus propósitos), para evitar altercados. Peel se dio cuenta de que «la fuerza por sí misma [...] no servirá de remedio definitivo a los problemas sociales de ese país». Como su objetivo era impulsar las relaciones entre el gobierno y la clase media católica de Irlanda, propuso triplicar la asignación que recibía el seminario católico de Maynooth (fundado por una ley parlamentaria en 1795). La fuerza de la oposición formada por la Iglesia anglicana, los noconformistas y los diputados del Partido Conservador fue tal que tuvo que aliarse con las fuerzas del Partido *Whig* para conseguir que se aprobara la ley. Peel siempre había creído que debía gobernar por el interés de la nación y que el partido del que era líder no debía ser quien dictara la política, pero el proyecto de ley de

Maynooth dividió al Partido Conservador (159 votaron a favor, 147 en contra). La brecha se hizo más profunda cuando Peel decidió derogar las Leyes del Grano, alegando que su postura respondía a «medidas conservadoras»: atenuar el descontento de la clase trabajadora garantizaría el mantenimiento del sistema político reinante, en el que la aristocracia desempeñaba un papel destacado. Peel necesitó el apoyo de los *whigs* para rechazar las Leyes del Grano; de los conservadores sólo votó a favor la mitad. Para los ultras (conservadores extremos) ésta era la tercera traición, por lo que se asociaron a los *whigs* a fin de derrocar al gobierno. La división de los conservadores contribuyó a mantener en el poder al Partido Liberal la mayor parte del tiempo, entre 1846 y 1886. Pero el prestigio de Peel creció hasta el punto de que el Partido *Whig* (y el príncipe Alberto) le propuso tareas de gobierno. Murió en 1850 en un accidente de equitación en Londres, y le lloraron todas las clases sociales. Junto con Pitt y Gladstone fue uno de los mejores jefes de gobierno del siglo XIX; proporcionó al Partido Conservador una base más amplia que la de los hacendados y la Iglesia anglicana, captando el apoyo de los grupos empresariales de los que procedía. Cuando los conservadores volvieron a ocupar el poder con Disraeli, siguió las políticas marcadas por Peel.

Entre 1847 y 1868 los *tories* (una minoría abandonó el partido defendiendo el proteccionismo tras la escisión de 1846) perdieron seis elecciones generales seguidas. Estaba claro que los *tories* habían perdido, pero no se sabía quién había ganado. El gobierno de mayoría dependía del apoyo de cuatro grupos fundamentales: los *whigs*, los radicales, los liberales y los seguidores de Peel. Esta coalición de grupos dispares estaba siempre a punto de desintegrarse. Cuando lo hacía perdían el gobierno y sin disolver el Parlamento los *tories* formaban un gobierno de minoría. Durante ese tiempo los demás grupos resolvían las discrepancias que les habían separado, forzaban la disolución del Parlamento, ganaban

las elecciones y volvían al poder. Hubo gobiernos de minoría *tory* en 1852, 1858-1859 y 1866-1868. La segunda de estas administraciones, dirigida por el conde de Derby, llevó a cabo reformas significativas: se eliminó el privilegio de propiedad de los diputados, se admitió que los judíos entraran en el Parlamento y la administración de India quedó transferida a la Corona, sustrayendo la de la Compañía de las Indias Orientales. En su último mandato, Derby introdujo la Ley de Reforma de 1867, por la que se doblaba la tasa del electorado, pero al año siguiente dimitió a causa de su mala salud, convenciendo a los conservadores de que aceptaran como sucesor a Disraeli. Durante este periodo la coalición mayoritaria formada por primera vez por Lord Aberdeen en 1852 fue transformándose en el Partido Liberal. A través de la Liga contra la Ley del Grano Manchester había puesto claramente de manifiesto que deseaba un comercio libre. Gladstone, como ministro de Hacienda (1853-1855 y 1859-1865), comprendió que lo habían conseguido. Estábamos a las puertas de una nueva era política.

18. La era liberal

El Partido Liberal, que estuvo en el poder la mayor parte del tiempo entre 1846 y 1886, llevó a cabo una serie de reformas asociadas a Gladstone. Extendió el sufragio a sectores importantes de la clase trabajadora, siguió una política de libre mercado (incluso en momentos en que otros países volvían al proteccionismo) y actuaba convencido de que la iniciativa privada no debía quedar restringida por interferencia gubernamental. Cuando el Partido Conservador llegó al poder con Disraeli (1874-1880) y más tarde, de 1886 a 1905, con Lord Salisbury, cuando los liberales quedaron divididos por la Ley de Autonomía Irlandesa, no hizo intento alguno por suprimir las reformas liberales. Los gobiernos liberales que se sucedieron de 1906 hasta comienzos de la Primera Guerra Mundial marcaron uno de los dos grandes periodos reformadores de primera mitad de siglo (el segundo fue el protagonizado por el Partido Laborista en 1945-1950) y provocaron un cambio significativo en el pensamiento del propio Partido Liberal. El Nuevo Liberalismo rechazaba las premisas que sostenía Gladstone acerca de un Estado minimalista y aceptaba que el Estado desempeñara un papel mucho más activo en los ámbitos del bienestar social y de la economía.

Gladstone y Disraeli

Benjamin Disraeli (Primer Ministro en 1868 y 1874-1880) era cristiano de bautismo, lo cual le permitía ocupar su escaño de diputado en 1837 (en esa época a los judíos no se les permitía ocupar cargos públicos ni ser miembros del Parlamento). Disraeli defendía el orden social existente en el que la aristocracia gobernaba por la riqueza, la educación y el tiempo libre de que disponía, aunque tenía obligaciones para con los socialmente inferiores. Pretendía reforzar las instituciones tradicionales de la monarquía, la Iglesia anglicana y la Cámara de los Lores. Sin entrar en principios abstractos, veía la sociedad como una entidad orgánica, que se fortalecía a través de los siglos adaptándose a unas circunstancias cambiantes. En 1851 se convirtió en líder del Partido Conservador de la Cámara de los Comunes, pero hasta 1867 no pudo arrebatar la iniciativa al Partido Liberal introduciendo una Ley de Reforma, por la que ampliaba el número de votantes entre las clases obreras de los condados, aunque por entonces sólo tenía derecho al voto una tercera parte de los varones adultos.

Cuando los conservadores perdieron las elecciones de 1868, William Ewart Gladstone (Primer Ministro en 1868-1874, 1880-1885, 1886 y 1892-1894) formó su primer equipo de gobierno, puesto que se había erigido en líder del Partido Liberal el año anterior. Gladstone era hijo de un comerciante de Liverpool con suficientes recursos económicos como para mandarlo a Eton, un colegio de elite, y a la Universidad de Oxford. Entró en el Parlamento en 1832 como diputado *tory* y en los años treinta se opuso prácticamente a todas las reformas que proponía el gobierno *whig*, incluida la abolición de la esclavitud y La Ley de Industria de 1833. Durante el mandato conservador de Peel (1841-1846), época en la que Gladstone ocupó cargos en el Tribunal de Comercio y en la Oficina Colonial, abandonó esta actitud reac-

cionaria, aunque siguió siendo socialmente conservador toda la vida, siempre alerta para que no se desmoronara el orden jerárquico. En 1878 le dijo a Ruskin que «creía firmemente en el principio aristocrático del gobierno de los mejores. Soy un absoluto convencido de la desigualdad». El voto no era un derecho de todos, sino un privilegio de quienes habían demostrado poder usarlo con responsabilidad. Cuando Gladstone ocupó el cargo de ministro de Hacienda se convirtió al libre mercado. En 1853 siguió las reformas arancelarias introducidas por Peel, reduciendo 150 impuestos y suprimiendo cerca de 140, y en 1860 y 1861 presentó unos presupuestos en los que habían desaparecido prácticamente todos los aranceles de importación. Para Gladstone un buen gobierno era un gobierno barato, dedicado a retirar impedimentos a la actividad económica, pero sin mayor compromiso a la hora de proporcionar servicios.

Cuando el Partido Conservador se dividió en 1846 a causa de la supresión de la Ley del Grano, Gladstone fue seguidor de Peel. Sin embargo, entre 1846 y 1859 no se comprometió con ninguno de los dos partidos mayoritarios. Al final se unió a los liberales. Se presentó a las elecciones de 1868 con el eslogan de «Justicia para Irlanda». La Iglesia anglicana de Irlanda, que tenía sólo 700.000 fieles (en un territorio de cuatro millones y medio de católicos), quedó separada del Estado en 1869. En 1870 con la Ley de Tierras se intentó dar seguridad a los hacendados irlandeses, pero en la práctica tuvo poco efecto. Las leyes irlandesas fueron acompañadas de otras medidas que hicieron de la primera legislatura de Gladstone una de las mejores del siglo XIX, aunque el propio Primer Ministro apenas tomó parte en el resto de las reformas y claramente rechazaba algunas. La mayoría de los colegios de enseñanza primaria a principios del siglo XIX pertenecían a las Iglesias. La Ley de Educación de Foster (1870) pretendía extender la educación elemental por todo el país. En áreas en las que no existían colegios voluntarios, se crea-

ron tribunales electos para abrir escuelas que serían financiadas con impuestos locales. La educación que se ofrecía en estos colegios debía ser aséptica, aconfesional, pero esto no era ni obligatorio, ni libre: los colegios religiosos siguieron recibiendo ayuda estatal. Con todo, la ley reconocía la necesidad de garantizar la educación a todos –en 1880 se hizo obligatoria la asistencia al colegio para niños de edades comprendidas entre 5 y 10 años y en 1891 desaparecieron prácticamente todas las tasas de los colegios de enseñanza primaria–. La Ley de Foster no afectó a la enseñanza secundaria, que recibían las clases medias en colegios de pago: los llamados «grammar» y «public schools» (estos últimos, en realidad, privados). También hubo reformas que impusieron las oposiciones para acceder a la mayoría de los puestos del funcionariado; que introdujeron el voto secreto (1872) para eliminar el soborno y la intimidación en las elecciones; y que organizaron la financiación de los sindicatos.

Gladstone perdió las elecciones de 1874 y por primera vez desde 1846 los *tories* obtuvieron la mayoría. La fama conseguida por Disraeli como reformador social se remontaba a las novelas que escribió en los años cuarenta, sobre todo *Sybil* (1845), en la que hablaba de las «Dos Naciones», la de los ricos y la de los pobres, proponiendo como ideal la existencia de «Una Nación» en la que se velara por los intereses de todos. La gran cantidad de medidas que se tomaron en los primeros dos años de legislatura parecían avalar esta creencia: se aprobaron once leyes, pero al no ser obligatorias y verse en ocasiones restringidas, tuvieron escaso efecto. Las medidas que Disraeli apoyó plenamente (frente a la clara oposición del gabinete) y las que tuvieron mayor éxito afectaban a la legislación laboral. Quedó prohibido acusar a los sindicatos de conspiración y se les permitía la protesta pacífica.

Disraeli se granjeó una fama inmerecida de imperialista, ansioso de expandir el Imperio Británico para acrecentar el

prestigio nacional, cuando en realidad apenas le interesaban la política y la administración colonial. Contra su voluntad se vio involucrado en las guerras zulúes por las actividades que había llevado a cabo el Alto Comisionado británico en Sudáfrica, y siempre se le asocia con la humillante derrota que sufrieron los británicos ante los zulúes en Isandhlwana en 1879: hubo que pagar un elevado coste para desalojar las tropas antes de ganar la guerra. De manera igualmente absurda, el virrey de la India, Lord Lytton, inició una guerra anglo-afgana (1878-1880) por propia iniciativa. El principal triunfo imperial de Disraeli llegó en 1875 cuando compró las acciones que tenía Ismail, pachá de Egipto, en el canal de Suez, evitando así que Francia se hiciera con el control de la ruta más directa hacia la India. Antes de que se construyera el canal los barcos que partían desde Europa y el Mediterráneo con destino a Asia tenían que seguir una larga ruta, rodeando la costa sudafricana. Por el canal la ruta era más breve, más rápida y más barata, y con los barcos de vapor, que no dependían de la propulsión del viento, pronto adquirió enorme importancia comercial: en 1870 cruzaron el canal 436.000 toneladas de carga, que llegaron a 20 millones para 1914, en su mayor parte británicas. El último gran éxito de Disraeli en política exterior se produjo en el Congreso de Berlín (1878), donde siguiendo la política de Palmerston impulsó al Imperio Otomano para impedir la influencia rusa en el Mediterráneo. Gracias al lema de «paz con honor» Gran Bretaña obtuvo Chipre, una base importante en el Mediterráneo Oriental. Disraeli perdió las elecciones de 1880 por la enorme depresión y la subida de impuestos que siguió a las guerras africana y afgana. Para entonces Disraeli estaba agotado y murió al año siguiente.

Las únicas leyes que merece la pena destacar de la segunda legislatura de Gladstone hacían referencia a la reforma parlamentaria. La tercera Ley de Reforma (1884) amplió el derecho al voto a los trabajadores agrícolas e instituyó el su-

fragio uniforme en condados y departamentos, con lo que ya podían votar el 60 por ciento de los varones adultos. Esta situación se mantuvo inalterada hasta 1918. La Ley de Redistribución de Escaños (1885) eliminó 142 escaños correspondientes a pequeños condados para otorgárselos a otros mayores y a las ciudades, donde la mayoría estaba dividida en distritos electorales unipersonales. Estas dos leyes aprobadas por Gladstone, junto con la Ley contra la Corrupción (1883), que limitaba el gasto electoral de los candidatos, introdujeron la reforma parlamentaria de mayor calado del siglo XIX.

En el exterior Gladstone tuvo que afrontar problemas que le harían perder popularidad. En los años setenta la República bóer del Transvaal, con sólo 40.000 habitantes blancos, azotada por la pobreza, no pudo hacer frente a las guerras con las tribus vecinas. En 1877 Gran Bretaña se anexionó el Transvaal y siguió en la misma línea, derrotando a los zulúes en 1879. Superada la amenaza zulú, los bóers, guiados por Paul Kruger, deseaban recuperar su independencia y se levantaron en armas en diciembre de 1880. Cuando los bóers vencieron a una fuerza británica en Majuba Hill, Gladstone decidió conceder la independencia al Transvaal, en vez de enviar más tropas que vengaran la derrota.

En Egipto el pachá Urabi, que pertenecía a un grupo nacionalista secreto, se oponía a la influencia que turcos y extranjeros ejercían sobre su país, perteneciente al Imperio Otomano. Cuando en 1881 se levantaron en este territorio revueltas contra los extranjeros, los británicos atribuyeron injustamente la responsabilidad a Urabi. Decidieron llevar a cabo una acción conjunta con los franceses para derrocarlo, pero como el gobierno francés no logró el apoyo de la Cámara de Diputados, los británicos tuvieron que actuar en solitario. Bombardearon Alejandría y esto levantó una enorme reacción antieuropea por todo Egipto que convirtió a Urabi en héroe nacional. El ejército británico desembarcó en Egipto a las órdenes del general Wolseley y en 1882 derrotó a

Urabi en Tel el-Kebir. Egipto cayó ante la ocupación británica, situación que se mantuvo durante cincuenta años.

Gladstone quería retirarse de Egipto, pero comprendió que no podía hacerlo porque el *Mahdi* había iniciado revueltas en Sudán. *Mahdi* es un título islámico que significa 'el guiado por Dios', y se aplicaba normalmente al líder religioso del que se esperaba que terminara con la corrupción y que restableciera la pureza del islam que se dio en tiempos del Profeta. En 1881 Muhammad Ahmad, que se reclamaba descendiente de Mahoma, se declaró *Mahdi*. Se rebelaba contra el gobierno musulmán de Egipto que se había visto hondamente influido por tendencias heréticas europeas. Como en 1882 el gobierno egipcio estaba preocupado por las revueltas de Urabi y por la presencia británica, el *Mahdi* consiguió hacerse con todo Sudán. En 1883 derrotó a una fuerza mandada por el general Hicks y en 1885, cuando Gladstone envió al general Gordon para que organizara la evacuación de Sudán, el *Mahdi* capturó Jartum y mató a Gordon. Gladstone tuvo que asumir la responsabilidad. Para entonces ya había decidido que a Irlanda había que concederle al menos la autonomía, en vez de la absoluta independencia.

La autonomía irlandesa

Muchos irlandeses habían rechazado siempre la Ley de Unión con Inglaterra (1800). Parte de ellos, a los que se conocía por *Fenians* (por el ejército Fianna que aparece en una saga medieval irlandesa), formaron sociedades secretas y revolucionarias en Irlanda y Estados Unidos. La Hermandad Republicana Irlandesa (IRB, siglas que responden al nombre inglés), creada en 1858, actuaba en Irlanda, mientras que la Hermandad Feniana servía de apoyo a los emigrantes irlandeses que estaban afincados sobre todo en América. Los miembros de una y otra hermandad recibían el nombre de

Fenians. Todos rechazaban los métodos constitucionales y ansiaban el momento en que Gran Bretaña se viera sumida en guerras exteriores, para organizar revueltas. La IRB nunca tuvo excesivo apoyo popular, por ser anticlerical (y, por tanto, contraria a la Iglesia católica). En sus mejores momentos llegaría a tener unos 50.000 miembros. En Inglaterra el movimiento ganó mucha publicidad cuando en Londres, en 1867, murieron veinte personas por intentar rescatar a ciertos prisioneros. Hubo varios *Fenians* ejecutados y cientos de ellos fueron encarcelados.

Al principio el movimiento a favor de la autonomía pretendía restablecer el Parlamento irlandés para ocuparse de asuntos internos, pero más tarde pasó a exigir la total independencia de Irlanda. En 1870 Isaac Butt, abogado protestante que se oponía frontalmente a la campaña lanzada por O'Connell para rechazar la Ley de Unión, fundó la Liga Autonómica a fin de fortalecer la unión. Defendía la existencia de un Parlamento irlandés en Dublín, aunque la autoridad final recayera sobre el Parlamento londinense del Reino Unido, en el que la representación irlandesa se mantuviera como hasta entonces. Butt confiaba en que la propuesta recibiera el apoyo de católicos y protestantes. En las elecciones de 1874 salieron 55 defensores de la autonomía y decidieron formar un partido independiente irlandés, que pronto lideró Parnell (Butt murió en 1879).

Charles Stewart Parnell (1846-1891) era un hacendado protestante, de familia angloirlandesa. Alto, apuesto, arrogante, buen cazador y refinado jinete, parecía el típico caballero de la nobleza rural, pero se olvidó de su ascendencia protestante, se unió a la Liga Autonómica y ganó un escaño en 1874. En virtud de su fuerte personalidad (aunque era mal orador) logró imponerse a los diputados irlandeses, y cuando empezó el conflicto agrario irlandés (1879-1882) aprovechó la oportunidad para presionar al gobierno. En los últimos años setenta Irlanda se vio afectada por la depresión

agraria porque la cosecha de la patata se malogró varios años a partir de 1877. Los arrendatarios de grandes haciendas y los pequeños terratenientes se unieron para conseguir la reducción de las rentas y resistir así las expulsiones. Los *Fenians* aprovecharon la oportunidad para intervenir en Gran Bretaña y en 1879 formaron la Liga Agraria a fin de defender los intereses de los arrendatarios. Parnell se erigió como líder de la misma. Las tácticas de la Liga eran muy diversas: en el oeste atacaban a los terratenientes y a sus agentes, aunque normalmente prevalecía el método menos violento del boicot: se retenían las rentas, se mantenían vacías las tierras de las que eran expulsados los arrendatarios y los propietarios quedaban reducidos al ostracismo. Gladstone respondió a todo esto mezclando la conciliación y la coerción. En 1881 con la Ley de Arrendamiento Rural atendió a la mayoría de las demandas presentadas por los arrendatarios, garantizándoles las tres «f»: rentas justas (*fair*, en inglés) fijadas por nuevos tribunales; la venta libre (*free*, en inglés), es decir, el derecho del arrendatario a vender su participación al dejar un terreno; y garantía de continuidad (*fixity*, en inglés), es decir, la seguridad de que no sería expulsado siempre que pagara su renta. Pero Gladstone también arrestó a Parnell y prohibió la existencia de la Liga. Como esto hizo aumentar los brotes violentos en 1881-1882, Parnell y el gobierno tuvieron que llegar a un acuerdo: Parnell sería excarcelado y ayudaría a terminar con los desórdenes a cambio de posteriores concesiones para los arrendatarios. El conflicto agrario terminó cuando el gobierno se comprometió a pagar los atrasos de los arrendatarios perjudicados. Como consecuencia de todo el proceso Parnell se convirtió en líder indiscutible de los nacionalistas irlandeses y extendió su influencia a gran parte de la Irlanda católica rural.

En las elecciones de 1885 los defensores de la autonomía ganaron 85 escaños, muchos de ellos ocupados por personas elegidas por Parnell y todos guiados con mano férrea. Como ejercían de bisagra entre los dos partidos mayoritarios, go-

zaban de una posición de privilegio, lo cual contribuyó a convencer a Gladstone de que la autonomía era necesaria. Posteriormente, sólo hubo una ocasión (en 1906) en que los liberales ganaron el poder sin ayuda de los diputados que defendían la autonomía. Gladstone introdujo una Ley de Autonomía en 1886, pero descuidó el problema del Ulster, donde la mayoría protestante y pro-británica era contraria a la medida, pues iba a suponer el dominio de la mayoría católica. La ley dividió al Partido Liberal: 93 diputados liberales, guiados por Joseph Chamberlain, votaron en contra de la ley y provocaron la caída del gobierno liberal. Los unionistas liberales, nombre que se atribuyeron Chamberlain y sus seguidores, se unieron a los conservadores, lo cual permitió veinte años de mandato conservador (o unionista, que es como se conocía a la coalición contraria a la autonomía).

Parnell se convirtió en auténtico «rey de Irlanda», a pesar de no tener corona, y parecía gozar de una posición de privilegio inexpugnable. Pero con el divorcio de O'Shea sobrevino el desastre. Parnell conoció a Catherine O'Shea en 1880, que pronto se convirtió en su amante y en madre de sus hijos; vivieron juntos de manera continuada desde 1886, aunque el capitán O'Shea esperó hasta 1889 para solicitar el divorcio, citando a Parnell como parte contraria en el litigio. Parnell no se opuso y perdió la popularidad que tenía en Inglaterra. Gladstone dejó claro que los diputados irlandeses tenían que elegir entre la autonomía y Parnell. El partido se dividió; una mayoría muy ajustada se pronunció en contra de Parnell, pero éste no admitía la derrota. En Irlanda la Iglesia católica y los más respetables miembros del partido se volvieron también contra él. Agotado en esta persistente lucha, Parnell moría el 6 de octubre de 1891. No había conseguido la autonomía, pero su éxito fue incuestionable. Desde sus orígenes protestantes se convirtió en líder de una nación católica; dirigió triunfalmente la campaña a favor de la reforma agraria; consiguió convencer al Partido Liberal para

que se comprometiera con la autonomía y lo hizo siguiendo un camino constitucional y de rechazo a la violencia. Impulsado por el poeta W. B. Yeats y por el novelista James Joyce, el mito del Parnell revolucionario al que traicionan sus seguidores por la coacción del enemigo inglés fue el más popular entre muchos irlandeses durante mucho tiempo.

En 1893 Gladstone volvió a intentarlo y presentó un segundo proyecto de Ley de Autonomía, pero fue rechazado en la Cámara de los Lores. Los conservadores defendían la unión ardientemente, e intentaban frenar el proyecto autonómico aprobando leyes de arrendamiento rural que permitían a los arrendatarios adquirir los terrenos. Cuando los liberales volvieron a ocupar el poder en 1905, se desentendieron de la cuestión autonómica hasta que en las elecciones de 1910 tuvieron que solicitar el apoyo de los diputados irlandeses para obtener la mayoría en la Cámara de los Comunes. En 1912 Asquith introdujo el tercer proyecto de Ley de Autonomía, después de asegurarse a través de la Ley Parlamentaria de 1911 de que los Lores no podían frenar el proceso de aprobación más de dos años. Esto provocó un gran escándalo en el Ulster, donde los unionistas organizaron una fuerza paramilitar, los Voluntarios del Ulster, y se prepararon para tomar el poder en cuanto se aprobara la Ley de Autonomía. Recibieron el apoyo irresponsable del líder conservador Bonar Law. En septiembre de 1914, cuando se aprobó la Ley de Autonomía, había serios temores de guerra civil, pero quedaron diluidos por la Primera Guerra Mundial, que dejó congelada la puesta en práctica de la ley.

Lord Salisbury y el Partido Conservador

El marqués de Salisbury dirigió el Partido Conservador durante más de veinte años (1881-1902), de los que pasó catorce como Primer Ministro (1885-1886, 1886-1892, 1895-

1902). Aristócrata y terrateniente, descendiente directo de Lord Burghley, ministro de Isabel I, Salisbury era un intelectual neurótico y reservado. Profundamente pesimista, no confiaba en el progreso ni en la democracia e interpretó su papel como defensor de los intereses de la minoría hacendada, culta y erudita. Para él las personas se movían por interés personal, por lo que el conflicto era parte de la naturaleza de la sociedad. «Hoy en día la lucha por el poder», escribió en 1862, «no se libra entre la Corona y el pueblo, ni entre la casta de nobles y la burguesía, sino entre las clases de quienes gozan de propiedades y aquellas de quienes no tienen nada». «El principal objetivo de gobierno», reconocía, «es la defensa de la propiedad». Como Gladstone, defendía el libre comercio y el gobierno minimalista.

Desde su cargo de Primer Ministro Salisbury convirtió el ataque a la autonomía irlandesa en una de las directrices del programa conservador. Aunque en su momento se opuso frontalmente a algunas de las reformas introducidas por los liberales en los años cincuenta y en los setenta, no hizo ningún esfuerzo por sustituirlas por otras de signo contrario. Lo que le interesaba era impedir más cambios, aunque tuvo que admitir ciertas reformas por razones estratégicas. En 1888 llegó la democracia a los condados mayores con el establecimiento de consejos de condado; la Ley de Compensación a los Trabajadores avalaba en la mayoría de las industrias la compensación económica en caso de accidente laboral. La etapa de hegemonía unionista (1886-1905) no destacó en materia legislativa, pero se introdujeron ciertos cambios en educación. El Estado no se había ocupado de la educación secundaria. «El sistema educativo actual», decía Balfour, «es caótico, poco efectivo y anticuado; somos el hazmerreír de las demás naciones avanzadas de Europa y América». Por eso con la Ley de Educación de 1902 suprimió los comités escolares; la autoridad educativa recaería en consejos de condado, que se responsabilizarían localmente

de la educación primaria y secundaria. La medida impulsó enormemente la expansión de la educación secundaria.

Arthur James Balfour (1848-1930) era sobrino del marqués de Salisbury y fue tutelado por su tío en el aprendizaje del cargo de Primer Ministro. Balfour procedía de la aristocracia hacendada; era un intelectual apasionado por la música, el arte, la literatura y la filosofía. Tras un enorme encanto personal y suavidad de formas escondía cierta brusquedad ocasional de carácter. Beatrice Webb, destacada reformadora en materia social, le describía como hombre «con fuerza de voluntad, resolutivo, profundamente cínico y honestamente despectivo frente al lastimoso mito que supone la “democracia”». Sucedió a Salisbury en 1902 pero su mandato se vino abajo a causa de la reforma tarifaria, ocasión que no desaprovechó Joseph Chamberlain, líder de los unionistas liberales que se había integrado en el gobierno conservador en 1895 como secretario de Colonias.

La reforma tarifaria

Chamberlain era la antítesis de Salisbury y había hecho su fortuna en Birmingham como empresario. En 1873 se retiró de los negocios para dedicarse de pleno a la política y ese mismo año fue nombrado alcalde de Birmingham. «Por temperamento es un entusiasta y un déspota», dijo Beatrice Webb, «siempre deseoso de aplastar a la oposición según se le antoje y de pisar el cuello a cualquiera». De carácter dinámico y brusco, su «socialismo municipal» transformó Birmingham en tres años: introdujo desde el ayuntamiento la conducción de gas y de agua, y ofreció servicios municipales de iluminación y recogida de basuras; demolió los suburbios y reconstruyó el centro de la ciudad.

«Joe el radical» llegó al Parlamento en 1876, desde donde intentó remodelar el Partido Liberal rompiendo el dominio

ejercido por los hacendados del Partido Whig y convenciendo a sus miembros de que adoptaran un programa radical en el que el Estado desempeñara un papel positivo. En la Cámara de los Comunes Chamberlain llamaba la atención, siempre con chaleco blanco, monóculo y una orquídea en el ojal. En 1885 se le suponía probable sucesor de Gladstone, como líder del Partido Liberal, pero echó a perder su oportunidad al oponerse a la Ley de Autonomía irlandesa y provocar con ello la división del partido. Él, junto con sus seguidores y algunos *whigs*, votó contra el proyecto de ley, que no se aprobó.

En las siguientes elecciones, Chamberlain siguió presentándose como unionista liberal y dirigiendo el grupo hasta que en 1895 se integró en el gobierno de Salisbury. Chamberlain era contrario a los privilegios, desafiaba el poder de los aristócratas hacendados como Salisbury y Balfour y, como Gladstone, apelaba directamente a la opinión pública. En 1903 dimitió de sus tareas de gobierno para poder lanzar su campaña nacional de reforma tarifaria (que puso fin al libre comercio e implantó aranceles sobre los productos de importación). Chamberlain se mostraba muy preocupado por el prolongado declive industrial que sufría Gran Bretaña (en 1860 sólo el 5,5 por ciento de las importaciones eran productos manufacturados, cifra que en 1900 había subido al 25 por ciento) y estaba convencido de que el proteccionismo impuesto en Estados Unidos y en Alemania –sus principales competidores– habían fortalecido la industria interna; tales razones le indujeron a promover una campaña a favor de la reforma tarifaria. Chamberlain creía que esta medida aunaría al Imperio Británico estableciendo acuerdos preferenciales (tasas arancelarias más bajas entre Estados miembros); que regeneraría la industria británica, al reducir la competencia externa; y que podría utilizarse para financiar reformas sociales como las pensiones de jubilación, sin tener que introducir subidas de impuestos. Por todo ello podemos

atribuir a Chamberlain la responsabilidad de que se dividieran la mayoría de los partidos, los liberales a causa de la Ley de Autonomía, los conservadores por la reforma tarifaria, y tampoco logró convencer al electorado, ya que la reforma arancelaria acarrearía necesariamente la subida del precio de la comida. En las elecciones de 1906, disputadas en relación con la reforma, los conservadores fueron derrotados con creces y ese mismo año Chamberlain se vio obligado a retirarse de la política, a causa de una embolia que le dejó paralítico.

La expansión del imperio

El Imperio Británico se expandió durante el siglo XIX, época en la que Gran Bretaña representaba la única potencia mundial, pero en muchos lugares el control británico era superficial. En los dominios, países que gobernaban sus propios asuntos internos, se produjo una amplia transferencia de poder, quedando para Gran Bretaña la responsabilidad de la política exterior. Canadá fue el primer país que recibió la consideración de dominio gracias a la Ley de la Norteamérica Británica (1867).

Según esta disposición las áreas anglófonas y francófonas de Canadá quedaban unidas en «un dominio bajo el nombre de Canadá» y con una Cámara de los Comunes de miembros electos. El gabinete era responsable ante el Parlamento y no ante el Gobernador General. Esta ley puso las bases de la Constitución canadiense que se mantuvo hasta 1982. Australia también se unió en 1900, cuando los seis Estados se fusionaron bajo un gobierno federal y una legislatura electa. Los Estados y el gobierno federal trataban los asuntos internos, dejando al Gobernador General (hasta 1931) a cargo de la defensa y de la política exterior. Nueva Zelanda se convirtió en un dominio con autonomía gubernamental en 1907.

Las colonias en las que los habitantes no eran de raza blanca recibieron un trato distinto hasta la Segunda Guerra Mundial. Se pensaba que las llamadas colonias de la Corona eran incapaces de gobernarse de manera autónoma y, como tampoco proporcionaban especiales beneficios a Gran Bretaña, sufrieron un apacible abandono.

India representaba un caso aparte. A partir de 1858, fecha en que la Corona británica sustituyó a la Compañía de las Indias Orientales, la política de la India estuvo dirigida por el Raj (hindi, 'gobierno'), situación que se mantuvo hasta la independencia del territorio en 1947. En la mayor parte del subcontinente gobernaba directamente a través de un virrey y con un funcionariado asesorado por los ingleses. En los 600 principados –que cubrían la tercera parte del subcontinente– gobernaba de manera indirecta a través de príncipes, de tradición hereditaria, que se ocupaban de todo, excepto de la defensa y de la política exterior, vigilados atentamente por el «residente» británico. El gobierno imperial no tenía bases firmes, ya que en 1900, su momento culminante, la elite británica que desempeñaba puestos administrativos estaba representada por 1.300 personas entre una población de 250 millones. El Raj dependía, por tanto, de las alianzas que se hicieran con los líderes locales y con los hindúes educados en Occidente, que ocupaban los niveles medios de la administración. Recaudaban impuestos e intervenían como mediadores entre el Raj y los estratos más bajos de la sociedad. Los líderes musulmanes animaron a sus fieles (en torno al 20 por ciento de la población) a que apoyaran el Raj, ya que una India independiente y democrática siempre sería una India hindú, que descuidaría los derechos de los musulmanes. Los hindúes de la casta superior, educados en inglés y que formaron el Congreso Nacional de la India en 1885, admiraban mucho al gobierno británico, sobre todo su capacidad de imponer la ley y el orden, y al principio intentaron conseguir mayores parcelas de poder en el país, en lugar

de la independencia. Había nacionalistas que querían promover mayor oposición al Raj, pero en 1907 no consiguieron tomar el Congreso, que siguió controlado por los «moderados» hasta la Primera Guerra Mundial.

India procuraba un enorme beneficio a Gran Bretaña. El ejército era, como dijo Lord Salisbury ante el Parlamento en 1867, «un barracón inglés en los mares de Oriente con el que podemos disponer de cualquier número de soldados sin necesidad de pagarlos». Hasta 1914 este ejército, pagado con impuestos de la India, fue utilizado por el Raj en la guerra anglo-afgana de 1878-1880, en la guerra anglo-birmana de 1885-1886 y en la expedición al Tíbet de 1903-1904, además de en China, Sudáfrica y el Pacífico. En 1914 este ejército de 160.000 soldados (la tercera parte británicos) representaba la mitad de la fuerza militar de Gran Bretaña. En la Primera Guerra Mundial casi un millón de soldados procedentes de la India fueron enviados a Oriente Medio como principal fuerza de las campañas británicas en la zona. La India también era importante para la economía británica, ya que desde 1840 a 1914 se convirtió en el principal socio comercial de Gran Bretaña, absorbiendo gran parte de sus productos de algodón y de maquinaria pesada y el 20 por ciento aproximadamente de su inversión exterior. Gran Bretaña utilizaba las exportaciones que la India hacía a otras partes del mundo para equilibrar el 40 por ciento del déficit de su balanza de pagos. «Aunque perdiéramos todos nuestros dominios, podríamos sobrevivir», dijo Lord Curzon en 1900, «pero si perdiéramos India, nos sumiríamos en la oscuridad».

Los británicos no pretendían expandir el Imperio a través de la intervención gubernamental directa, porque resultaba sumamente costoso. Sin embargo, entre 1860 y 1900 quedaron anexionadas amplias zonas de África, del Lejano Oriente y del Pacífico. En 1879 apenas había regiones africanas sometidas al dominio europeo. En África Occidental sólo en Senegal y en la costa del Oro se daban administraciones co-

loniales que gobernaban sobre un amplio porcentaje de la población. Podemos decir que los europeos habían penetrado únicamente en Sudáfrica, donde se habían establecido con solidez y, en menor medida, lo habían hecho también en el norte, en Argelia. Sin embargo, para 1914 ya no quedaban más países que Etiopía y Liberia sin someterse al dominio europeo. Todo esto se debió en gran parte a la actividad de los soldados, exploradores y administradores coloniales y a la reacción que mantuvieron otros países con respecto a estas actividades. Un determinado país se hacía con la colonia para evitar que otro se le adelantara. Después de la derrota sufrida por Francia en la guerra franco-prusiana (1870-1871) y de la pérdida de Alsacia y Lorena, algunos franceses vieron en la expansión colonial un mecanismo para restaurar el prestigio y la prosperidad nacionales. De ahí que los franceses avanzaran hacia el este desde Senegal y soñaran con forjar un imperio que vinculara Argelia, Senegal y el lago Chad. Leopoldo II de Bélgica también quería levantar allí su imperio y convenció a las grandes potencias reunidas en la Conferencia de Berlín (1884-1885) de que se creara un Estado Libre del Congo, del que él sería la cabeza. Alemania también se convirtió en potencia colonial cuando en 1884 Bismarck estableció protectorados en África Suroccidental y en Camerún. A diferencia de los demás, Gran Bretaña se había decantado por un modelo de influencia informal frente al de la anexión de territorios, pero cambió de política ante las acciones de Francia y Alemania. A finales de 1884 el bajo Níger quedó bajo protección británica. Como los franceses se expandieron por el Sudán occidental y se intensificó la rivalidad comercial franco-británica en África Occidental, Gran Bretaña ocupó el *hinterland* de la costa del Oro en 1896 y el norte de Nigeria en 1898. La partición del África Occidental era ahora absoluta.

En el norte Gran Bretaña había ocupado Egipto en 1882 tras la revuelta del Urabi pachá. Para proteger Egipto y las

fuentes del Nilo Gran Bretaña se tuvo que adentrar en el África Oriental. Allí el explorador alemán Karl Peters había firmado acuerdos con los jefes africanos en 1884, por lo que en 1886 Gran Bretaña firmó un tratado con Alemania para dividirse el territorio: el norte (lo que posteriormente hemos conocido como Kenia y Uganda) sería para Gran Bretaña; el sur (Tanganika) para Alemania. Dos años después Kitchener derrotó al Estado mahdista en la batalla de Omdurman y aseguró con ello el control británico de Sudán.

En África Meridional la amenaza a los intereses británicos surgió cuando Alemania se anexionó África Suroccidental. Bechuanalandia, que Cecil Rhodes denominó el «canal de Suez sudafricano», quedaba atrapada entre el África Suroccidental alemana, al oeste, y las repúblicas bóer del Transvaal y el Estado Libre de Orange, al este. Si Gran Bretaña no hubiera actuado con rapidez, habría perdido su salida hacia el norte, con lo cual tomó Bechuanalandia en 1886. La expansión británica al norte del río Limpopo iba a tener una enorme importancia estratégica. Impediría que Portugal formara un cinturón territorial que cruzara África de Mozambique a Angola; no permitiría que Alemania uniera África Suroccidental con Tanganika y actuaría de barrera frente a la expansión septentrional de los bóer. En 1890-1891 Cecil Rhodes se desplazó hacia el norte y penetró en lo que posteriormente sería Rodesia meridional y septentrional. Nyasalandia, declarada protectorado en 1891, fue la nueva adquisición británica, esta vez realizada a través de la actividad de los misioneros escoceses. La situación sudafricana cambió drásticamente cuando en 1886 se encontró oro en el Rand. El Transvaal se convertía en la zona más rica de África y Gran Bretaña temía que Kruger utilizara su fuerza económica para dominar toda Sudáfrica. Para impedirlo, los británicos provocaron a los bóer para que iniciaran la guerra sudafricana (1899-1902), tras la cual las repúblicas bóer quedaron bajo control británico. La guerra de los Bóer fue la

mayor empresa militar que acometió Gran Bretaña dentro del imperio y la última de su clase. Los británicos habían llevado 450.000 soldados al campo de batalla; los bóer 60.000; y a pesar de todo, el mayor imperio del mundo tardó tres años en derrotarlos. Aunque las repúblicas bóer del Transvaal y el Estado Libre de Orange cedieron su independencia y recibieron la promesa del autogobierno, algo que quedó garantizado en 1907.

En la última década del siglo XIX las potencias europeas hicieron un intento de incorporar China a su ámbito de influencia. Gran Bretaña consiguió la cesión durante 99 años de nuevos territorios en el continente frente a Hong Kong. Los británicos podían dedicar tanto tiempo a su imperio porque tenían muy poca implicación europea. Estaban convencidos de su misión civilizadora y se mostraban muy orgullosos de haber sentado un ejemplo al abolir la esclavitud. El Imperio Británico gozaba de buena aceptación en Inglaterra, sobre todo entre las clases media y alta, cuyos miembros podían forjar en las colonias una prestigiosa carrera civil o militar. Los aspectos negativos del imperio –desposeer a los africanos de sus propias tierras, arruinar a los artesanos de la India con la importación de prendas de algodón fabricadas a máquina en Inglaterra– simplemente se dejaban al margen.

El nuevo liberalismo

El nuevo liberalismo se apartó de la concepción que de este movimiento tenía Gladstone para aceptar la idea de un Estado más intervencionista. Escritores como L. T. Hobhouse, en su obra *Liberalism* (1911), y J. A. Hobson expusieron su teoría de que el Estado debía contribuir más positivamente al bienestar social, ya que los pobres normalmente no habían hecho nada que les hubiera inducido a la pobreza y no

tenían capacidad para intervenir sobre fuerzas de mercado anónimas. Lo que pretendían era que el Estado procurara los servicios (pensiones de jubilación y enfermedad) que el libre mercado no proporcionaba. La idea de que las funciones del Estado debían ampliarse no era nueva. Desde la década de 1870 había cundido el ejemplo del «socialismo municipal» que habían desarrollado políticos como Joseph Chamberlain. Las políticas del nuevo liberalismo, que Winston Churchill definió como «causa de los millones que sobran», debían financiarse a partir de un sistema de impuestos redistributivo, que distinguiera entre la renta de rendimiento del trabajo y el patrimonio y que gravara este último con dureza. En 1894 la legislatura de Gladstone adoptó esta línea introduciendo el impuesto sobre derechos de transmisión. El nuevo liberalismo fue la fuente del programa de reformas que llevaron a cabo los gobiernos de Campbell-Bannerman y Asquith de 1906 a 1914; a todas luces fue el programa reformista de mayor calado que se realizó en Gran Bretaña antes de la Segunda Guerra Mundial.

Sir Henry Campbell-Bannerman (a quien llamaban «CB») era hijo de un rico comerciante de tejidos de Glasgow, que en 1899 llegó a ser líder del Partido Liberal en la Cámara de los Comunes. En 1906 CB consiguió una victoria arrolladora para sus seguidores, obteniendo una mayoría de 222 sobre los conservadores (la más amplia en ochenta años) y de 88 sobre el conjunto de todos los partidos. Los logros que alcanzó como Primer Ministro son muy meritorios, sobre todo si tenemos en cuenta que en 1906 estaba muy afectado por la enfermedad y muerte de su esposa y posteriormente lo estuvo por la fragilidad de su propia salud. CB insistía en conceder la autonomía a los Estados bóer del Transvaal y al Estado Libre de Orange, lo cual preparó el camino para la unificación de Sudáfrica que se produjo en 1910 y consiguió acercar a los intereses británicos a Botha y Smuts. CB se reafirmó ante el proyecto de Ley de Conflictos Laborales (1906),

logrando que se aceptara la versión laborista del mismo, según la cual los sindicatos quedaban exentos de responsabilidad ante los daños causados por las huelgas. A pesar de ser un tanto indiferente a la reforma social, el mandato de CB hizo posible que las autoridades locales proporcionaran la comida escolar gratis a niños necesitados y que realizaran inspecciones médicas en los colegios. La Ley de la Infancia (1908) suprimió la posibilidad de encarcelar a los niños y estableció tribunales especiales para los jóvenes. La atención a los mayores, con la concesión de pensiones de jubilación, llegó con retraso, puesto que ya había diez países que habían decretado la medida con anterioridad. CB sufrió un infarto en el otoño de 1907 y otro a principios de 1908, lo cual obligó a dejar la responsabilidad de gobierno a Asquith meses antes de que CB se retirara en el mes de marzo de ese año.

Herbert Henry Asquith (1852-1928) era hijo de un comerciante de lana de Yorkshire, que estudió brillantemente la carrera de Derecho en Oxford antes de ejercer como abogado y como diputado liberal en el Parlamento. En el mandato de Campbell-Bannerman ocupó el cargo de ministro de Hacienda (1906-1908), estableció las pensiones no contributivas para muchos mayores de setenta años y subió los impuestos sobre el patrimonio. El mandato liberal de Asquith es uno de los más importantes en la historia moderna de Gran Bretaña, porque introdujo una serie de reformas de gran trascendencia relativas a cuestiones internas y externas. En el gobierno Asquith destacaba por su intelectualidad y gozaba del respeto de todos, incluso de sus colegas más ambiciosos, como Winston Churchill y Lloyd George.

Muchas de las reformas que introdujo la administración de Asquith se debían a David Lloyd George (1863-1945). Éste nació en Manchester, pero como su padre había muerto cuando él era apenas un niño, fue educado en el norte de Gales, donde vivía con su madre y un tío, zapatero autodidacto

y co-pastor de una capilla baptista. David, que toda su vida habló galés con su familia, dejó el colegio a los 14 años para formarse profesionalmente como procurador y era partidario de las ideas noconformistas que defendían la moderación y la separación de poderes entre la Iglesia anglicana y el Estado en Gales. En 1890 fue elegido diputado por Caernarvon, escaño que mantuvo hasta 1945. En 1905 asumió cargos de gobierno, actividad que le tuvo ocupado diecisiete años consecutivos; fue nombrado presidente del Tribunal de Comercio y más tarde, cuando Asquith en 1908 pasó a Primer Ministro, ocupó el puesto de ministro de Hacienda. Prueba de que se había convertido al nuevo liberalismo es su presupuesto nacional de 1909, tachado por los conservadores de «socialista». Como Lloyd George necesitaba dinero para financiar las reformas sociales y para construir más *dreadnoughts* (buques de guerra), presentó un presupuesto muy atrevido en el que proponía subir los impuestos a las rentas más altas y al patrimonio, introducir un súper-impuesto sobre aquellas rentas que superaran las 5.000 libras y conceder ayudas fiscales a los menos pudientes. Aumentaron los impuestos sobre derechos de sucesión, sobre bebidas alcohólicas y tabaco y se introdujeron por primera vez impuestos sobre los automóviles y la gasolina. Las propuestas más polémicas fueron las que arremetían contra los terratenientes, cuyas tierras se revalorizaban progresivamente sin esfuerzo alguno por parte del propietario; Lloyd George estableció que pagaran el 20 por ciento de la plusvalía del terreno. Este primer presupuesto del nuevo ministro de Hacienda iba a servir de modelo para el sistema fiscal aplicado en Gran Bretaña durante setenta años; el equilibrio entre impuestos indirectos y directos cambiaba de signo y se implantaba la redistribución de la riqueza a través del control fiscal, según el cual los ricos pagaban más.

De acuerdo con las convenciones constitucionales la Cámara de los Lores daba su consentimiento a todos los pro-

yectos de ley relacionados con cuestiones económicas que se aprobaran en la Cámara de los Comunes, pero esta vez rechazó el presupuesto. Asquith tuvo que convocar elecciones generales en enero de 1910, que se disputaron en torno a la campaña de «los pares frente al pueblo». Los conservadores recuperaron muchos escaños, pero los liberales seguían siendo el partido más votado; con el apoyo del Partido Laborista y de los nacionalistas irlandeses, obtuvieron una cómoda mayoría. Los Lores tuvieron que aprobar el presupuesto, pero Asquith decidió recortar sus poderes, para lo que introdujo una propuesta de Ley Parlamentaria. Introducida en 1910, proponía privar a los Lores de toda autoridad sobre los proyectos de ley relativos a cuestiones económicas que se aprobaran en la Cámara de los Comunes; limitar a un máximo de dos años el periodo en que los Lores podían retrasar la aprobación de otro tipo de legislación; y reducir la legislatura de siete años a cinco. Cuando los Lores rechazaron la propuesta, Asquith convocó elecciones generales en diciembre de 1910, las segundas en el mismo año, y logró que Jorge V le garantizara que, si los liberales triunfaban en las elecciones, él concedería títulos nobiliarios a parte de sus miembros para asegurar que el proyecto de Ley Parlamentaria se aprobara en la Cámara de los Lores. Las elecciones apenas produjeron cambios en la fuerza de los partidos. Y no fue necesario nombrar nobles liberales, ya que Balfour, el líder conservador, se dio cuenta de que no tenía sentido oponerse a la ley porque ello significaría que los conservadores perderían la mayoría en la Cámara de los Lores. Ante tales circunstancias hubo pares conservadores que apoyaron a los liberales para sacar adelante una propuesta con la que estaban en total desacuerdo, puesto que reducía la autoridad de la Cámara Alta. Tres meses después Balfour presentaba su dimisión como líder del Partido Conservador.

En la época se introdujeron otras reformas importantes, como la Ley Nacional de Seguros (1911) de Lloyd George,

que garantizaba ayudas de desempleo para trabajadores de industrias concretas, como la de la construcción, los astilleros y la ingeniería (en 1920 esto se hizo extensivo a prácticamente todas las industrias). Se garantizaban subsidios por enfermedad a los trabajadores manuales, excepto a los autónomos, que eran financiados a través de aportaciones obligatorias de empleados, empleadores y gobierno. Estos subsidios por enfermedad cubrían veintiséis semanas y cuidados médicos, de maternidad y hospitalización. Este sistema de contribución a tres bandas se remontaba al modelo de socialismo bismarckiano y el Partido Laborista volvió a recurrir a él después de la Segunda Guerra Mundial. La ley representó un gran avance hacia el Estado del bienestar y amplió enormemente la intervención gubernamental.

Un relativo declive económico

En la década de 1870 Gran Bretaña poseía más buques de guerra que el resto de los países, contados todos juntos. Una quinta parte de la superficie terrestre pertenecía al Imperio Británico, incluidas India, Canadá y Australia. La economía británica era la más floreciente del planeta, con casi la cuarta parte de producción manufacturada y del comercio mundiales. La primera nación industrial se había convertido en la mayor potencia de la historia, pero hacia 1914 parte de esta gloria había quedado rebajada. En 1880 Gran Bretaña seguía teniendo el 22,9 por ciento de la producción manufacturada mundial. Su participación en el comercio mundial, del 23,2 por ciento en 1880, pasó al 14,1 por ciento en 1911-1913. En 1900 la producción alemana de productos manufacturados era del 13,2 por ciento y la británica del 18,5 por ciento. En 1913 Alemania ya había sobrepasado a Gran Bretaña (13,6 por ciento) con el 14,8 por ciento, aunque el verdadero gigante económico era Estados Unidos,

con el tercio de la producción mundial. La producción alemana de carbón, que en 1871 representaba aproximadamente un tercio de la británica, se había puesto casi a la misma altura en 1914. El acero experimentó un ascenso más acusado aún: la producción en 1870 era del 0,3 millones de toneladas, pero el invento del proceso de Gilchrist-Thomas (1879) permitió que se explotaran las cuencas fosfóricas de Lorena, de manera que en 1914 ya se producían 14 millones de toneladas, cifra mucho más alta que la británica. El mayor desarrollo vino asociado a las industrias químicas y eléctricas. La ingeniería eléctrica empezó a expandirse en la década de 1880 y en 1913 Alemania controlaba ya la mitad del comercio internacional de productos eléctricos. En 1913 la producción británica de la industria eléctrica representaba algo más de la tercera parte de la alemana. Gran Bretaña fue pionera en la industria química, con los tintes de anilina, pero en 1907 la industria química de Alemania se situaba ya a la cabeza del mundo con el 80 por ciento de la producción mundial de tintes, proporcionando a Gran Bretaña el 90 por ciento de los tintes sintéticos que este país requería. Los Estados Unidos, país de dimensiones continentales, con un elevado número de habitantes, abundantes recursos naturales y un mercado interno libre de impuestos, era lógico que adelantasen a Gran Bretaña. En 1900 los Estados Unidos se habían convertido en el mayor poder industrial del mundo. Los ferrocarriles habían facilitado la expansión al Oeste, la apertura de las praderas (que hicieron de América el mayor productor agrícola del mundo) y la explotación de sus recursos naturales.

Se han argüido muchas razones para explicar el relativo declive británico. Las exportaciones británicas sufrieron un aumento de precios en mercados europeos y americanos por las barreras arancelarias dispuestas desde la década de 1870. Austria-Hungría adoptó políticas proteccionistas en 1874, Rusia lo hizo en 1877, Alemania en 1879, Italia en

1887, los Estados Unidos en 1890 y Francia en 1892. Gran Bretaña era el único país industrial potente que seguía anclado en el libre comercio. La mayoría de los empresarios británicos llevaban pequeños negocios familiares, que dependían de los ingresos anuales para realizar nuevas inversiones. En los Estados Unidos y en Alemania abundaban las grandes empresas de gestión especializada en la producción masiva. En Gran Bretaña no empezaron a darse las fusiones hasta el siglo xx. Alemania contaba con bancos de inversión (que no existían en Gran Bretaña), que proporcionaban capital a la industria a largo plazo. Los bancos «D» (Darmstadter, Discontogessellschaft, Deutsche y Dresdner) se fundaron todos entre los años cincuenta y setenta del siglo xix. Por otra parte, Alemania contaba con un sistema educativo mucho más enfocado en la investigación y el desarrollo industrial que Gran Bretaña. En 1913 Gran Bretaña tenía 9.000 estudiantes universitarios; Alemania 60.000. Alemania producía 3.000 ingenieros al año; de Gran Bretaña sólo salían 350 titulados, contando todas las ramas científicas. Otro problema venía dado por los sindicatos, que defendían el exceso de mano de obra y las restricciones laborales y rechazaban la introducción de nuevas tecnologías.

A pesar de todos estos lastres Gran Bretaña siguió siendo un país muy próspero, que hasta 1914 mantuvo el liderazgo en muchos sectores industriales, como el de los astilleros, la industria textil y la de herramientas de maquinaria pesada. En las décadas que precedieron a esta fecha Gran Bretaña fletó el 60 por ciento del tonelaje mercantil mundial y construyó una tercera parte de los buques de guerra. También exportaba buena cantidad de carbón, actividad que creció de 1,6 millones de toneladas en 1840 a 44,1 millones en 1900. El valor del comercio exterior británico, de importación y exportación, era seis veces superior en 1910 que en 1850.

A finales del siglo xix Gran Bretaña soportaba un déficit en su balanza de pagos (importaba más de lo que exportaba)

de 100 millones de libras anuales, pero esto se tornó en superávit gracias a los fletes y a la inversión exterior, a los seguros y a la banca. De 1854 a 1914 los activos británicos en el exterior ascendieron de 260 millones de libras a 4,107 millones; se trataba fundamentalmente de capital invertido en ferrocarriles, puertos y muelles, lo cual representaba el 43 por ciento de la inversión mundial. Y para muchos países que solicitaban préstamos ingleses había beneficios recíprocos. Argentina, por ejemplo, asentó en Gran Bretaña un comercio de carne y grano con el que pagaba los productos manufacturados de importación y devolvía los créditos. La inversión extranjera y las transacciones económicas se financiaban a través de la City londinense y respondían al patrón oro. Esto quería decir que el Banco de Inglaterra garantizaba el cambio de una libra esterlina por su equivalente en oro. Esto fijó el valor de la libra frente a otras monedas que también se ajustaban al patrón oro. Como todos los países importantes de Europa adoptaron este sistema entre 1863 y 1874, había un único sistema de comercio mundial con base en Londres. De hecho la libra dominaba las tasas de cambio internacional. Los precios de la importación y la exportación se fijaban en libras y los acuerdos se realizaban a través de bancos británicos o de otros servicios que proporcionaba la City londinense. Por todo ello, es evidente que Gran Bretaña entraba en el siglo xx desde posiciones de poder privilegiadas, salvo en el sector agrícola.

Desde la década de 1870 la agricultura se resintió mucho, cuando en un mercado interior que carecía de aranceles proteccionistas empezó a entrar cereal americano a precios muy bajos y carne congelada procedente de Argentina, Australia y Nueva Zelanda. En Gran Bretaña el área sembrada de trigo se redujo a la mitad de 1880 a 1900. En 1811 la proporción correspondiente a la agricultura en el PNB era de una tercera parte; en 1914 ya había caído al 7 por ciento. Entre 1861 y 1901 los jornaleros descendieron en un 40 por ciento en In-

glaterra y Gales. La sociedad rural se sentía olvidada, desmoralizada, en decadencia y pasiva.

La decadencia de la agricultura quedó reflejada en la distribución de la población, que en Inglaterra y Gales creció de 12 a 36 millones de habitantes entre 1821 y 1911, y en Escocia de 2,1 a 4,8 millones. En Irlanda la población se redujo de los 8,2 millones de habitantes que tenía en 1841 a 4,4 en 1911, en gran parte a causa de la hambruna de mediados del siglo XIX. Se observaba una considerable migración del campo a la ciudad, donde se solían encontrar empleos mejor remunerados. Muchos irlandeses se trasladaron a las ciudades industriales del norte de Inglaterra y de las Tierras Bajas de Escocia y muchos escoceses lo hicieron a Inglaterra. También se produjo una notable emigración. Entre 1821 y 1911 unos 17 millones de personas abandonaron las islas Británicas. De ellas cerca de dos terceras partes marcharon a Estados Unidos; muchos partieron hacia los dominios de Canadá, Australia (incluidos los 160.000 presos que llegaron entre 1788 y 1868), Nueva Zelanda y Sudáfrica. Unos, sobre todo irlandeses, iban huyendo de la pobreza; otros atraídos por las florecientes condiciones de vida que ofrecía Estados Unidos.

Las clases trabajadoras

En el siglo XVIII se seguía utilizando un lenguaje jerárquico, que dividía la sociedad en distintos rangos y órdenes. Para hacer referencia a la gente corriente se utilizaban expresiones como «personas de orden inferior» o «trabajadores pobres». Hacia 1830 se empezó a utilizar el lenguaje de clase: las clases bajas o trabajadoras y las clases medias. La relación entre unas clases y otras también cambió, puesto que todos los intercambios sociales estaban dominados por lo que Thomas Carlyle llamaba el «nexo de la liquidez económica», que sustituyó a los antiguos vínculos de obligación mutua.

También apareció la conciencia de clase, de manera que en la primera mitad del siglo XIX las clases acaudaladas temían que surgiera una clase obrera revolucionaria, pero no fue así. Puede que la aristocracia de los trabajadores (los más cualificados) mantuviera posturas políticamente radicales, pero socialmente seguía siendo conservadora y para parecer respetable aceptaba los valores burgueses del trabajo bien hecho, el esfuerzo y la disciplina personal.

Desde que disminuyó el precio de los alimentos, gracias a los productos que se importaban de las Américas y de Australia, el nivel de vida de los trabajadores mejoró sensiblemente. Los salarios reales subieron al doble entre 1860 y 1914, lo cual permitía reservar algo de dinero para gastos que no fueran comida, vivienda o vestido. Esto coincidió con la caída de la tasa de natalidad, que afectó a las clases acaudaladas desde 1870 y a las clases trabajadoras algo más tarde; a partir de entonces ya no había que emplear el remanente de dinero en mantener a tanto niño, algo nuevo y sorprendente. La dieta también mejoró y empezó a consumirse leche, carne y verdura junto a productos tradicionales como el pan, las patatas y la cerveza. Y lo mismo ocurrió con la higiene, a medida que el jabón se abarataba. El mercado de los productos de consumo cambió con la aparición de sociedades cooperativas. Las cooperativas pertenecían a quienes las utilizaban; éstos recibían parte de los beneficios, de acuerdo con el montante de sus compras, en forma de dividendos. Los primeros éxitos de estas sociedades cooperativas recayeron sobre los Rochdale Pioneers (1844). El movimiento se expandió con rapidez por el norte industrial de Inglaterra y Escocia, donde las sociedades se integraron en federaciones, como la Cooperativa de Venta al Mayor (Cooperative Wholesale Society) o CWS que surgió en 1864. Para 1881 había ya 971 sociedades con 550.000 miembros que llegaron a 3 millones en 1914; en esta época la CWS era el mayor grupo de almacenes de ventas al por menor de Gran Bretaña.

Durante el siglo XIX la organización de las clases trabajadoras recaía sobre las Sociedades de Amigos, que reunían a mayor número de miembros que los propios sindicatos. Estas sociedades se ocupaban primordialmente de proporcionar seguros contra accidentes, enfermedad o jubilación para que sus miembros no tuvieran que depender de la caridad. Casi todos los miembros de las sociedades eran trabajadores cualificados, el sector más acomodado de la clase obrera, ya que los pobres no podían pagar regularmente las cuotas. Las sociedades hacían hincapié en los valores que tradicionalmente habían caracterizado al artesano, como el esfuerzo, la respetabilidad o la sobriedad, y con frecuencia prohibían intervenir en política. En 1899 había registradas en Gran Bretaña 27.000 sociedades de amigos con 5,4 millones de socios.

Las Sociedades de Amigos estaban muy vinculadas a los sindicatos y a veces eran una misma cosa. La mayoría estaba formada por trabajadores de un determinado oficio y de una ciudad concreta y perseguía mantener el nivel de vida de sus miembros restringiendo las nuevas incorporaciones al oficio. Cuando surgen los Sindicatos del Nuevo Modelo, sobre todo la Agrupación de Sociedades de Ingenieros (1851), comienzan a proliferar las federaciones nacionales. Estas asociaciones eran exclusivistas, mantenían cuotas elevadas y quedaban restringidas a trabajadores cualificados. Los demás no pudieron pertenecer a ellas hasta que, gracias a la huelga de los muelles londinenses de 1889, hicieron valer sus demandas. La huelga buscaba el aumento salarial y que se terminara con el sistema de entonces en que los trabajadores tenían que pegarse para conseguir una tarjeta a la puerta de los muelles que les permitiera trabajar ese día. Cuando las autoridades portuarias rechazaron sus peticiones, los estibadores y marineros cualificados salieron a la calle en solidaridad con sus compañeros; y también se unieron a la huelga como cabecillas sindicalistas Tom Mann o John Burns, el

líder de la Agrupación de Sociedades de Ingenieros. Con manifestaciones pacíficas y muy bien organizadas, que llegaron a concentrar a 100.000 personas en la City londinense, recabaron apoyos a nivel nacional. Y cuando tuvieron escasez de fondos, los sindicalistas australianos enviaron 30.000 libras. El alcalde de Londres y el cardenal Manning actuaron como mediadores y consiguieron que la huelga terminara a las cinco semanas y que se vieran cumplidas la mayoría de las demandas presentadas por los obreros. La huelga de los muelles londinenses fue un tanto especial: no la había organizado ningún sindicato, si bien se fundó uno al final, aunque es cierto que en ella participaron miembros pertenecientes a otras organizaciones; tampoco era una huelga ideológica: Karl Marx era realmente un desconocido en el país en el que pasó la mayor parte de su vida activa. Y de hecho, la resistencia que las clases trabajadoras manifestaban ante las ideas socialistas provocaba la desesperación en muchos intelectuales de la clase media.

La última década del siglo XIX fue un periodo de huelgas muy duras y prolongadas, que culminaron en un cierre de la ingeniería de seis meses (1897-1898). Los trabajadores demandaban jornadas de ocho horas y los empresarios insistían en terminar con estas prácticas restrictivas. La huelga fue la primera que se produjo en Gran Bretaña a nivel nacional y con tan hondo calado. A comienzos del siglo XX el Congreso de Sindicatos (TUC, en inglés), instituido en 1868 como foro común, tenía dos millones de afiliados (el 20 por ciento de los trabajadores varones). El caso Taff Vale (1901), a raíz del cual la Cámara de los Lores decidió que los sindicatos eran responsables de los daños que provocaran sus dirigentes en las huelgas, puso de manifiesto la vulnerabilidad de los fondos sindicales. Los sindicatos pretendían revocar esta decisión, y lo consiguieron con la Ley de Conflictos Laborales de 1906, que garantizaba la inmunidad legal de los sindicatos en este tipo de acciones. De 1910 a 1914 el núme-

ro de sindicalistas aumentó drásticamente hasta alcanzar la cifra de 4 millones. Como esto iba acompañado de una militancia industrial desconocida desde tiempos del cartismo, en 1912 *The Times* advertía de que «estamos a corta distancia de la guerra civil». Ese año la huelga nacional del carbón convocó a un millón de mineros.

Ante el caso Taff Vale muchos sindicalistas se convencieron de que tenían que promover un partido político que representara los intereses de las clases trabajadoras en el Parlamento. Los primeros trabajadores que salieron elegidos como diputados en 1874 lo lograron con el apoyo del Partido Liberal, pero las asociaciones locales de este grupo se mostraban reticentes a la hora de presentar a los trabajadores como candidatos. Por ello Keir Hardie y otros compañeros vieron la necesidad de formar un partido independiente para la clase trabajadora. El Partido Laborista Independiente (ILP, en inglés) se fundó en Bradford en 1893, pero como apenas tenía dinero y estaba mal organizado, en 1895 sus 28 candidatos fueron derrotados. Parte de los miembros de este ILP y algunos sindicalistas exigieron que el TUC convocara un congreso de sindicatos y sociedades socialistas y cooperativas para promover la representación obrera en el Parlamento. Así en 1900 se formó el Comité de Representación Obrera (en inglés, LRC), en el que participaban representantes del ILP y de los sindicatos. En las elecciones de 1900 sólo ganaron dos de los candidatos que se presentaban. Esto llevó a que en 1903 el secretario del Comité, Ramsay MacDonald, firmara un acuerdo secreto con los liberales para dar ventaja a treinta candidatos laboristas. Gracias a esta «Alianza de Progreso» en las elecciones de 1906 salieron 29 diputados y ese mismo año el LRC comenzó a llamarse Partido Laborista. Hasta la Primera Guerra Mundial el partido no tuvo mucha fuerza y seguía dependiendo aparentemente de su alianza con los liberales.

La solidaridad del movimiento laborista estaba basada en

las experiencias comunes que sus miembros compartían sobre el trabajo y el ocio y en la propia percepción que tenían de constituir una clase independiente. En 1900 el deporte del pueblo era el fútbol. Aunque este juego se originó en los colegios privados y más elitistas, se convirtió en deporte profesional de alto nivel. En 1888 se creó la Liga de Fútbol y los futbolistas profesionales se convirtieron en los héroes de la clase trabajadora. En los últimos veinticinco años del siglo XIX se abrieron clubs de fútbol en todas las ciudades industriales, que enfervorizaban el patriotismo local. En Inglaterra y el sur de Gales también se jugaba al cricket, deporte que seguían y practicaban gentes pertenecientes a todas las clases sociales, aunque su incidencia era menor en Escocia e Irlanda. El problema de la profesionalización que surgió en el Campeonato por Condados (que comenzó en 1873) se resolvió diferenciando entre caballeros (*amateur*) y jugadores (profesionales). Este juego se extendió por la mayor parte de las regiones del Imperio Británico: Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, las Indias Occidentales y, después, Pakistán y Sri Lanka. Se convirtió así en el deporte nacional del subcontinente indio (cosa que sigue siendo). En Gales el rugby de aficionados («Rugby Union») era seguido por la clase trabajadora, como lo era el rugby profesional («Rugby League») de las áreas mineras de Yorkshire y Lancashire.

A partir de los años ochenta la clase trabajadora empezó a asociar viaje con placer, ya que muchos comenzaron a hacer salidas anuales al mar en días de vacaciones señalados. Para cubrir la demanda surgieron lugares como Blackpool (que con una población de 7.000 habitantes en 1871 recibía medio millón de visitantes al año), Scarborough o Eastbourne: la clase trabajadora siempre pasaba las vacaciones en zonas urbanas. El desarrollo de la prensa más divulgativa y popular y el desarrollo de las comunicaciones telegráficas generaron otra actividad recreativa para los trabajadores: las apuestas hípcas y las quinielas futbolísticas.

La religión apenas tenía lugar en la vida de la clase trabajadora. Es dudoso que ni siquiera el 10 por ciento de la población fuese a la iglesia en las grandes ciudades e incluso éstos pertenecían a la clase media. Más populares eran los rituales de bautismo, matrimonio y funeral, pero ir normalmente a los servicios religiosos estaba claramente ligado al estatus: en muchas iglesias había bancos reservados para los nobles locales. El no participar en estos servicios podía interpretarse como señal de protesta o como mera indiferencia.

Las clases medias

En 1851 la clase media estaba representada por un pequeño grupo de médicos, abogados, banqueros y empresarios, ampliamente distanciados de la clase trabajadora. Sin embargo, a finales de siglo aparece un nuevo grupo intermedio, la clase media baja, como resultado del cambio económico. El sector servicios había crecido y la economía se basaba ahora tanto en el comercio como en la industria. Todo ello creó un enorme despliegue de trabajadores de cuello blanco que prestaban sus servicios en actividades relacionadas con la banca, la contabilidad o el comercio. El funcionariado de las administraciones local y central se amplió rápidamente, a medida que el gobierno fue asumiendo nuevas responsabilidades, como por ejemplo, las educativas. Las tiendas, las oficinas y las transacciones telefónicas ofrecían nuevas oportunidades de empleo para las mujeres. Londres concretamente se vio afectado por el enorme crecimiento del número de personas que venían a trabajar cotidianamente a la City en tranvías o en los trenes de la nueva red de metro desde la periferia o desde ciudades dormitorio como Croydon, que a partir de 1870 recibió un aluvión de empleados. La vida urbana de segunda mitad del siglo XIX se transformó sobre todo con el desarrollo de barrios periféricos: se cons-

truyeron pulcras hileras de chalés «adosados» o «pareados», con pequeños jardines delante o detrás de la casa, que satisfacían las aspiraciones de la nueva clase social. Ésta respetaba la jerarquía y tendía a votar a los conservadores. El *Daily Mail*, fundado en 1896, ofrecía el material de lectura que interesaba a la clase media baja, evitando incluir largos artículos e incorporando grandes dosis de cotilleo sobre famosos, deportes, quinielas y apartados dedicados especialmente a las mujeres. El *Mail* llegó a ser el periódico de mayor tirada, con una media de 750.000 ejemplares diarios en la época eduardiana (1901-1910), y puede decirse que durante la guerra sudafricana (1899-1902) contribuyó a crear un espíritu nacionalista agresivo e histérico conocido como *jingoism*. Lord Salisbury lo despreciaba diciendo que era «de empleaduchos y para empleaduchos».

La clase media alta se dividía en dos. Los que trabajaban en profesiones liberales —médicos, abogados, pastores religiosos y altos funcionarios— se habían formado normalmente en colegios privados y después en las Universidades de Oxford y Cambridge. El espíritu de Thomas Arnold de Rugby invadía la caracterización de este grupo: educación primaria y secundaria centrada en las lenguas clásicas y en historia antigua, todo ello unido a la práctica incesante de deportes variados (rugby en invierno, cricket y atletismo en verano). Este colectivo de profesionales desdeñaba las necesidades derivadas de la industria, puesto que de sus filas salían esencialmente personas destinadas a gobernar el imperio. El segundo componente de la clase media, el de los empresarios, se veía seriamente afectado por el sistema. En vez de integrar a sus hijos en el negocio familiar, empezaron a mandarlos a colegios privados, donde estudiaban a los clásicos, más que ciencias o contabilidad, como en Alemania. Los chicos que recibían una educación así sentían después poco interés por la manufactura de productos y se pasaban normalmente a la banca.

La aristocracia se distinguía abiertamente del resto de las clases sociales, por la vida de lujo asiático que normalmente llevaba; buena muestra de ello daba el rey Eduardo VII (1901-1910). Los nobles recibían los productos más sibaritas de hoteles de Cannes, Monte Carlo o Marienbad, disfrutaban de lujosos yates, de cuadras equinas, de cacerías y de opulentos fines de semana en casas de campo, que con frecuencia se alargaban durante semanas enteras.

Las mujeres

Durante todo el siglo XIX casi todas las mujeres estaban sometidas a la autoridad masculina. Tenían pocos derechos legales y escasas oportunidades para encontrar un empleo remunerado. El papel de la mujer quedaba restringido al de madre y esposa, y su espacio era el hogar. En Occidente la industrialización trajo mayores oportunidades de empleo femenino: en las fábricas textiles, como secretarias (tras la invención de la máquina de escribir), como dependientas; pero la mayoría de estos trabajos estaban mal considerados y no requerían especial capacitación. A medida que se fue extendiendo la educación primaria, también se desarrolló la profesión de maestra, que se convirtió en una ocupación muy respetable para mujeres solteras de clase media. A base de grandes esfuerzos las mujeres empezaron a entrar en la universidad. Algo se mejoró en la década de 1870, cuando en Oxford, Cambridge y Londres se abrieron colegios femeninos; en 1900 ya había mujeres en todas las universidades del Estado. Las mujeres no pudieron ejercer carreras profesionales (aunque había algunas que ejercían la medicina) hasta que la Ley contra la Discriminación Femenina (1919) suprimió las restricciones que pesaban sobre ellas. En Gran Bretaña se reconoció el derecho a la propiedad de las muje-

res en 1870, pero hasta 1921 este derecho implicaba limitaciones con respecto al del varón.

Sin embargo, había mujeres que no estaban dispuestas a esperar indefinidamente a la emancipación. Las sufragistas dieron respuesta a un movimiento feminista militante que perseguía obtener el derecho al voto para la mujer. La Unión Política y Social de las Mujeres era esencialmente una organización de la clase media fundada por Emmeline Pankhurst en 1903. Como no logró concitar el interés de la prensa ni de los políticos, en 1905 decidió incrementar el nivel de militancia. Rompieron la mayoría de los escaparates de las londinenses Regent y Oxford Street; hicieron pintadas en galerías de arte y prendieron fuego a edificios públicos. Emily Davidson se arrojó al paso del caballo real en el Derby de 1913 y murió. Toda esta violencia de las sufragistas puso en contra de ellas a la opinión pública, cuya campaña se vio truncada cuando se declaró la guerra de 1914. Gran parte de las demandas que hacían las sufragistas se consiguieron gracias al esfuerzo que realizaron durante la guerra mujeres anónimas y no por la campaña que aquéllas llevaron a cabo.

El camino hacia la guerra

En la década que siguió a la muerte de Palmerston (1865) la situación europea cambió como consecuencia de la derrota que sufrió Francia ante Alemania en la guerra franco-prusiana (1870-1871) y de la subsiguiente unión alemana. Disraeli dijo que esta guerra era «un acontecimiento político de mayor importancia que la Revolución Francesa [...] El equilibrio de poder ha quedado totalmente destruido y el país que más se resiente [...] es Inglaterra». Sin embargo, Gran Bretaña permaneció impasible y silenciosa. La guerra de Crimea le había enseñado a mantenerse al margen de la política internacional y no podría haber interferido, incluso si hubiera

querido, teniendo en cuenta lo reducido de su ejército. De hecho, sabía que una Alemania fuerte podría beneficiar a Gran Bretaña, porque restringiría el poder de sus rivales coloniales, es decir, de Francia y de Rusia. Tan tarde como en 1898 parecía que Gran Bretaña iría a la guerra con Francia, tras la victoria de Omdurman que Kitchener había obtenido en Sudán. Los franceses habían enviado una expedición al mando del mayor Marchand desde Gabón, que después de casi dos años había llegado al Nilo, en Fachoda, a unos 700 km al sur de Jartum, poco después de la victoria de Kitchener. Cuando Kitchener se trasladó hacia el sur y se encontró con Marchand se habló de guerra entre Gran Bretaña y Francia, pero prevaleció la sensatez. En el Nilo los británicos contaban con una fuerza superior y los franceses se retiraron.

Ese mismo año la actitud de Gran Bretaña con respecto a Alemania cambió cuando el almirante Tirpitz, secretario de Estado para la Marina (1897-1916), decidió construir una flota para atacar a la Marina Real en aguas británicas. «Para Alemania», declaraba en 1897, «el enemigo más peligroso en este momento es Inglaterra». Como Inglaterra tenía 38 barcos de guerra y 34 cruceros (Alemania tenía 7 barcos de guerra y 2 cruceros) esto era un proyecto a largo plazo. La Ley Naval de 1898 aprobó la construcción de 19 buques de guerra, número que se duplicó en la Ley de 1900. En Inglaterra estas leyes representaban la principal amenaza que se cernía sobre la predominio de la Marina Real desde época napoleónica. Tirpitz encontró la viva imagen de sí mismo en el almirante Fisher, jefe de la Marina Real de 1904 a 1910, quien se dedicó a transformar la armada inglesa a través de sucesivas reformas. Construyó el acorazado tipo *dreadnought* un buque de guerra con pesados cañones (diez de 12 pulgadas) de calibre único, activado por turbinas de alta velocidad, otra innovación. Estos barcos dejaban obsoleta a gran parte de la flota, y por ello Fisher no dudó en desguazar 154 barcos de los antiguos, que no servían «ni para el com-

bate ni para la retirada». Paradójicamente el acorazado sirvió a los intereses de Alemania, ya que la abrumadora superioridad británica había perdido validez y Alemania estaba en disposición de competir en igualdad a la hora de construir nuevos buques. La carrera naval se intensificó.

En un mundo cada vez más peligroso el aislamiento británico suponía un problema. La guerra de los Bóer (1899-1902) había soliviantado mucho al país, porque había costado más que cualquier otra explotación imperial británica del siglo XIX y había venido a demostrar lo aislada que estaba Gran Bretaña ante la hostilidad demostrada durante la guerra por el resto de las potencias europeas. El imperio se había extendido en exceso y la marina británica ya no predominaba sobre las demás, teniendo en cuenta que las flotas francesa, alemana, italiana, americana y japonesa también habían crecido. Como la alianza con los japoneses le permitía reducir su fuerza naval en el Extremo Oriente, Gran Bretaña firmó un pacto con este país en 1902, que quedó registrado en *The Times* como «punto de partida para abandonar la política de aislamiento que ha seguido Inglaterra durante tanto tiempo». Gran Bretaña y Japón acordaron que en caso de que una de las dos naciones entrara en guerra con alguna potencia del Extremo Oriente, la otra se mantendría neutral, pero si se involucraban más de dos países, Gran Bretaña y Japón se ayudarían mutuamente. Esta alianza permitió a Japón derrotar a Rusia en la guerra ruso-japonesa (1904-1905) sin temor a que Francia apoyara a Rusia, ya que Francia no quería verse implicada en una guerra contra Gran Bretaña.

Gran Bretaña también se dio cuenta de que era necesario acabar con las disputas coloniales, algo que se logró con la Entente Anglo-Francesa de 1904. Francia reconocía el predominio británico en Egipto, mientras que Gran Bretaña aceptaba la preeminencia francesa en Marruecos. La Entente no representaba una alianza, sino algo que más bien parecía un movimiento antialemán. Alemania intentó quebrarla

en la crisis de Marruecos de 1905 y 1906. El canciller Bülow exigía que se celebrara una conferencia internacional para discutir sobre Marruecos, creyendo que así defendería la independencia de este territorio y humillaría a Francia. Cuando en 1906 se reunió la conferencia en Algeciras, Alemania sólo se vio apoyada por Austria-Hungría, por lo que fue este país, y no Francia, el humillado. Como las sospechas de los británicos con respecto a Alemania aumentaron, Sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores británico (1905-1916), decidió firmar un acuerdo con Rusia. «La entente entre Rusia, Francia y nosotros será absolutamente segura», escribió. «Así, si nos vemos en la obligación de tantear a Alemania, podremos hacerlo.» La Entente Anglo-Rusa (1907) confirmó las diferencias coloniales que se hacían sentir sobre Persia, el Tíbet y Afganistán. Como en el caso de la Entente Cordial el pacto no suponía una alianza, pero Alemania se vio afectada, porque parecía reforzar la Alianza Franco-Rusa (1894) y le dio motivos para sentirse «rodeada». Grey no veía en Alemania a un enemigo permanente, pero la guerra se acercó aún más en 1911, con la segunda crisis de Marruecos. Las tropas francesas ocuparon Fez, la capital de Marruecos, a petición del sultán, porque había habido un levantamiento contra él. Alemania reclamaba el Congo francés a cambio de reconocer el protectorado francés en Marruecos. Los franceses, apoyados por los británicos, rechazaron esta propuesta. Moltke, el jefe de Gobierno alemán, estaba dispuesto a entrar en guerra, pero Tirpitz le retuvo, porque no tenía la flota preparada y los socios de Alemania en la Triple Alianza (1882), Austria e Italia, se mostraban contrarios al conflicto. La guerra se evitó, pero Alemania se sumió en un profundo sentimiento de odio y amargura, sabiendo que la guerra era inevitable.

La guerra sobrevino finalmente cuando el conflicto de los Balcanes de 1912 provocó el colapso del Imperio Otomano en Europa. Austria-Hungría se sintió amenazada por el

enorme incremento territorial de Serbia (había muchos serbios en el Imperio de los Habsburgo) y con el asesinato en Sarajevo del heredero al trono de Habsburgo (28 de junio de 1914) encontró la oportunidad de atacar. Alemania empujó a Austria a la guerra con Serbia y el 1 de agosto declaró la guerra a Rusia y dos días después a su aliada Francia. El gabinete británico y la opinión pública estaban divididos sobre si el país debía unirse o no a este conflicto, pero la invasión alemana de Bélgica, país que Gran Bretaña se sentía comprometida a defender, indujo a que la nación declarara la guerra a Alemania el 4 de agosto. Había estallado la Primera Guerra Mundial.

19. Las guerras mundiales (1914-1945)

Como resultado de las dos guerras mundiales el lugar que Gran Bretaña ocupaba en el mundo cambió. Perdió el 15 por ciento de su riqueza entre 1914 y 1918 y el 28 por ciento de lo que le quedaba entre 1939 y 1945. A partir del estallido de la Primera Guerra Mundial y durante cuarenta años la riqueza real del país apenas se incrementó. Con todo, teniendo en cuenta la devastación general que provocó la Segunda Guerra Mundial, en 1950 Gran Bretaña seguía siendo el segundo país en PIB, detrás únicamente de los Estados Unidos, puesto que a finales de los cincuenta se vio erosionado al surgir una competencia económica no vista desde 1913. Hay que tener en cuenta que las guerras mundiales también amenazaron la seguridad británica por la revolución que experimentó la tecnología militar. Durante todo el siglo XIX el aislamiento geográfico que mantuvo a Gran Bretaña como una isla apartada de las costas europeas fue un gran activo, puesto que la preponderante Marina Real la protegía. En los años treinta del siglo pasado el bombardero sustituyó al buque de guerra como arma estratégica fundamental, un arma ésta que podía cruzar el Canal. Gran Bretaña se sentía especialmente vulnerable por la posición que ocupaba Londres,

centro de gobierno, de finanzas y de transporte y hogar de la quinta parte de la población. El poder marítimo ya no servía para proteger a Gran Bretaña, ni su comercio ni su imperio. El país quedaba abierto a cualquier ataque aéreo y, desde que se inventó el submarino y el torpedo, también marítimo.

La Gran Guerra (1914-1918)

«La Gran Guerra», como la llamaron en su momento, es mejor denominación que la de «Primera Guerra Mundial», porque el teatro de operaciones estuvo esencialmente en Europa. Es verdad que hubo lucha en algunas colonias africanas y en Oriente Medio, pero no hubo conflicto en el Pacífico, algo que sí se produjo en la Segunda Guerra Mundial. Ambos bandos creían que la guerra terminaría después de Navidad. Los alemanes, con su Plan Schlieffen, intentaban destruir a Francia en seis semanas, antes de que los rusos pudieran movilizarse, para después trasladar el grueso de sus tropas al frente oriental. El avance germano, sin embargo, fue detenido en la batalla del Marne (septiembre de 1914) por el general Joffre, lo cual impidió que se produjera un rápido ataque sobre París y que Alemania ganara la guerra tan pronto. El Plan Schlieffen había muerto, pero lo había hecho a un coste terrible. En las tres primeras semanas de guerra cada uno de los bandos había perdido medio millón de hombres. Tanto el ejército alemán como el de los aliados intentaron romper los flancos del contrario en Flandes, pero el intento alemán de acceder a los puertos del canal de la Mancha fue detenido en la primera batalla de Ypres. En diciembre se produjo un estancamiento en el frente occidental: cada uno de los bandos mantenía sus trincheras extendidas desde el Canal hasta Suiza, protegidas por alambradas y ametralladoras. Esta línea de fuego no varió más que 15 km a un lado o a otro en los tres años que siguieron de guerra.

En diciembre de 1915 Douglas Haig ocupó el puesto de comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF, en inglés). Escocés austero, reservado y de gran auto-disciplina, Haig apenas discutía con sus hombres, que de hecho le temían, las tácticas y estrategias que iban a utilizar. Como católico profundamente convencido, creía contar con el apoyo divino y estar, por tanto, en posesión de la verdad. Para él la única manera de destruir al ejército enemigo era tomar la ofensiva y mostrar mayor voluntad. Esto le indujo a ordenar ataques frontales un tanto inútiles, en los que las bajas se multiplicaron. Como los franceses habían llevado el peso de las primeras luchas y habían sufrido enormes pérdidas (más de medio millón) en Verdún (febrero a diciembre de 1916), cuando los alemanes intentaron «dejar a Francia desangrada» y expulsarla de la guerra, Haig intentó romper las líneas alemanas en el Somme (24 de junio-18 de noviembre de 1916). El primer día los británicos sufrieron 60.000 bajas (de las cuales 21.000 eran muertos), la mayoría en una hora, para no ganar apenas nada. Fueron las peores pérdidas sufridas por un ejército en un día. En octubre el terreno estaba ya enfangado por las lluvias, pero Haig siguió presionando con sus ataques hasta noviembre. Para entonces los británicos habían ganado una franja de tierra de unos 40 km de ancho y 10 km de fondo, de poca relevancia estratégica, todo a costa de unas bajas de 400.000 hombres. Los franceses habían perdido 200.000 soldados, los alemanes quizá medio millón. Gran parte del «nuevo ejército» que Kitchener formó a partir de la leva de voluntarios había quedado destruido. La tercera batalla de Ypres (Passchendaele, julio-noviembre de 1917) vino a demostrar que Haig no había aprendido lección alguna y que los ataques masivos contra posiciones bien atrincheradas eran inútiles. El bombardeo masivo que precedió al ataque voló el sistema de drenaje del terreno, que quedó convertido en un cenagal, tal y como los expertos habían previsto. El primer día de batalla llovió copiosamente,

con lo cual las tropas británicas se vieron atascadas en tierra de nadie, presas fáciles para las ametralladoras alemanas; algunos incluso llegaron a ahogarse en el barro. La lluvia de octubre desaconsejaba realizar más ataques, pero Haig no atendió a sus generales y se negó a detener la ofensiva hasta noviembre. Para entonces los británicos habían avanzado 8 km, lo cual situaba su línea de frente en un saliente menos adecuado que antes: el terreno que ganaron fue abandonado en 1918 ante el ataque alemán. Los británicos sufrieron 300.000 bajas, los alemanes, 260.000. Haig había subestimado la fuerza de las tropas alemanas y confiaba en encontrar su oportunidad de ataque, incluso cuando ya no era posible. Había fallado en sus objetivos, había condenado a sus tropas a un sufrimiento atroz y había agotado las reservas de que disponía. También hubo intentos de romper este estancamiento con gases tóxicos, utilizados inicialmente por los alemanes en abril de 1915 en Ypres, y con tanques, que los británicos usaron por primera vez en las últimas etapas de la batalla del Somme; pero ambos recursos fracasaron.

Los aliados intentaron expulsar de la guerra a Turquía con la campaña de Gallípoli (abril 1915-enero 1916). Esto les permitiría abrir una ruta de suministros hasta Rusia cruzando el mar Negro y convencer a los Estados neutrales de los Balcanes para que se unieran a las fuerzas aliadas; o al menos eso creían. Winston Churchill, Primer Lord del Almirantazgo, estaba convencido de que el estancamiento sufrido en el frente occidental no se podía superar, por lo que intentó probar acciones decisivas en otros lugares. El plan era que las tropas conquistaran la península de Gallípoli y avanzaran sobre Estambul, la capital turca, lo cual llevaría a la rendición de este país. El 25 de abril 78.000 soldados británicos y de la ANZAC (acrónimo de los cuerpos militares australianos y neozelandeses) desembarcaron en la península de Gallípoli, pero demasiado lejos unos de otros como

para protegerse. Los ANZAC estaban a unos dos kilómetros al norte de la posición pretendida y se encontraron con escarpados acantilados. Las equivocaciones y la indecisión a la hora de dar las órdenes pertinentes – Lord Slim, que luchó en aquel terreno, definió a los jefes militares como los peores que había habido desde la guerra de Crimea– llevaron a las tropas al desconcierto. En Inglaterra la oposición iba en aumento y entre diciembre de 1915 y enero de 1916 todos los soldados fueron evacuados (ésta fue la parte más satisfactoria de la operación). La campaña fue un fracaso absoluto y provocó la caída del gobierno liberal, al que le sustituyó una coalición en la que Churchill no tuvo cabida. Bulgaria se unió a las potencias centrales, que parecían ir ganando la guerra. También se realizaron otras campañas contra los turcos, que resultaron algo más provechosas. En 1917 las tropas indias y británicas atravesaron las líneas turcas de Gaza y tomaron Jerusalén, aprovechando la revuelta árabe de *sharif* Hussein de la Meca. En 1918 Allenby avanzó aún más para derrotar a los turcos en Megiddo, Siria, y ocupó Damasco. La segunda campaña tuvo lugar en Mesopotamia (Irak) y buscaba proteger los campos petrolíferos persas, que estaban bajo control británico. Una fuerza anglo-india ocupó Basora y se trasladó después hacia el norte, pero tuvo que rendirse en Kut en abril de 1916. Ante tal situación enviaron a Oriente Medio 600.000 soldados de Gran Bretaña e India: en febrero de 1917 reconquistaron Kut y Bagdad un mes más tarde. Cuando en 1918 se firmó el armisticio, habían llegado a los campos petrolíferos de Mosul.

Durante estas campañas los británicos hicieron promesas a los árabes, a los judíos y a los franceses, promesas que resultaban contradictorias entre sí y que iban a proporcionar el marco de los posteriores conflictos árabe-israelíes. Para que los árabes se levantaran contra los turcos Sir Henry McMahon, Alto Comisionado británico en Egipto, firmó un acuerdo con Hussein, *sharif* de la Meca. Hussein proponía

que Gran Bretaña aceptara como independiente un área que incluía los actuales Estados de Siria, Líbano, Irak, Jordania y la península Arábiga, excepto el Adén. McMahon dejó fuera los distritos de Basora y Bagdad y una zona de la costa siria al norte de Palestina, pero en octubre de 1915 dijo que, con estas excepciones, «Gran Bretaña está dispuesta a reconocer y a apoyar la independencia de los árabes en todas las regiones comprendidas dentro de los límites exigidos por el *sharif* de La Meca». En mayo de 1916, sin embargo, los británicos dejaron a un lado las promesas que habían hecho a Hussein y firmaron un acuerdo secreto con Francia, el de Sykes-Picot. Los dos países acordaban dividirse el Imperio Otomano cuando terminara la guerra: Gran Bretaña controlaría la región de Bagdad-Basora, al sur de Irak, y Francia la costa norte de Siria. En el resto de Mesopotamia y en la Siria interior, Francia tendría un control indirecto del norte y Gran Bretaña, del sur. El gobierno británico también buscó el apoyo judío al afirmar en la Declaración de Balfour (noviembre de 1917) que «veía bien el establecimiento de una patria para el pueblo judío en Palestina [...] dejando claro que no deben darse pasos que perjudiquen los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías que ahora viven en Palestina». La verdad es que no estaba muy claro qué se quería decir con esto. Los británicos podían argumentar que lo único que hacían era ofrecer un hogar a los judíos en Palestina, donde habían vivido durante siglos (según censos británicos en 1918 en este territorio había 700.000 árabes y 56.000 judíos), sin pretender por ello que los judíos ocuparan toda Palestina ni que fundaran allí un Estado judío. Sin embargo, esto era precisamente lo que deseaban hacer los sionistas.

En África y en el Lejano Oriente, Alemania perdió las colonias que tenía. Los sudafricanos conquistaron la zona sur occidental africana en 1915. Las tropas británicas y francesas tomaron Camerún y Togo, aunque no tuvieron el mis-

mo éxito en el África Oriental debido a una brillante campaña de guerrillas organizada por el general Von Lettow-Vorbeck. En el Pacífico tropas australianas, neozelandesas y japonesas se hicieron con las colonias alemanas en los primeros cuatro meses de guerra. Las concesiones que poseían los alemanes en China pasaron a manos británicas y japonesas.

Los británicos impusieron un bloqueo naval muy efectivo sobre las potencias centrales, pero todavía quedaba una acción bélica en el mar del Norte en la que se enfrentarían las flotas británica y alemana. En la batalla de Jutlandia (31 de mayo-1 de junio de 1916) unos y otros se atribuyeron la victoria; los británicos porque los alemanes se habían retirado a puerto; los alemanes porque habían conseguido hundir más barcos. El submarino introdujo una nueva dimensión en la guerra naval. En febrero de 1917 Alemania inició una actividad bélica continuada con el nuevo armamento, intentando que Gran Bretaña se rindiera, al verse privada de alimentos y material bélico. Y casi lo consigue. Las pérdidas de los productos transportados ascendieron de 300.000 toneladas en enero de 1917 a 870.000 en abril del mismo año. El Almirantazgo era contrario al uso de convoyes, que consideraba trampas mortales, pero Lloyd George, el Primer Ministro británico, insistió en que se organizaran. A finales de octubre, habían llegado a Gran Bretaña 1.500 barcos y sólo se habían hundido diez. Las pérdidas de submarinos alemanes ascendieron rápidamente, con lo que se demostraba que los convoyes no actuaban simplemente como muros defensivos, sino que servían de cebo a los submarinos, a los que resultaba luego más fácil perseguir y destruir.

Cuando los submarinos alemanes hundieron barcos americanos en abril de 1917, los Estados Unidos entraron en guerra. Este hecho resultó decisivo, porque aproximaba la victoria a los aliados. Los Estados Unidos podían proporcionar millones de soldados, tenían una producción de hierro y

acero mayor que la de todos los países europeos juntos y eran capaces de construir barcos con una rapidez superior a la que tenían los propios submarinos para destruirlos. Hasta mediados de 1918 las fuerzas estadounidenses no hicieron su entrada en Francia, momento en que el equilibrio militar se había puesto en contra de los aliados, puesto que Rusia había sido expulsada de la guerra y en marzo había firmado la paz con Alemania. Con ello los alemanes podían trasladar la mayoría de las tropas que tenían en el frente oriental al occidental. Las grandes ofensivas que Ludendorff llevó a cabo a partir de marzo de 1918 buscaban obtener la victoria antes de que llegaran las tropas americanas. En la primera casi logra dividir los ejércitos británico y francés; la tercera se detuvo a sólo 65 km de París. Y fue sólo en ese momento cuando los aliados, dirigidos por Foch y ayudados por tropas americanas, emprendieron el ataque. El 8 de agosto los británicos iniciaron la ofensiva en lo que Ludendorff llamó «la jornada de luto para el ejército alemán», provocando 75.000 bajas con escasas pérdidas propias, y siguieron avanzando hasta romper en seis días la línea de Hindenburg, que hasta entonces había resultado inexpugnable. Por fin, Alemania sufría la derrota en el campo de batalla. Ante el colapso de sus aliados (Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía), el 29 de septiembre Ludendorff solicitó al gobierno que pidiera el armisticio. Se produjo una revolución alemana, la flota se amotinó, el káiser abdicó y el gobierno aceptó los términos del armisticio. La lucha cesó el 11 de noviembre de 1918 y se reunió la conferencia de paz en París.

La guerra produjo profundas transformaciones en lo relativo a la fuerza de los partidos políticos ingleses. Para el Partido Liberal fue un desastre. En mayo de 1915 entró en crisis, cuando Fisher, Primer Lord de la Armada, dimitió por desavenencias con Churchill en torno a la campaña de Gallípoli, y parecía haber escasez de munición en el frente occidental. Asquith tuvo que formar un gobierno de coali-

ción con los conservadores, pero como lo hizo sin consultar a sus colegas, dividió a los liberales, y volvió a hacerlo cuando introdujo el servicio militar obligatorio en 1916. Perdió el apoyo irlandés por la brutal represión con que se había puesto fin al levantamiento de Pascua y a finales de 1916 tuvo que atender a las solicitudes de sus compañeros de gabinete, que insistían en formar un Consejo de Guerra para dirigir las operaciones bélicas presidido por alguien que no fuera Asquith. Ante tales muestras de falta de confianza en su liderazgo, Asquith dimitió y Lloyd George asumió el cargo de Primer Ministro. Como Asquith se negó a trabajar con él, los liberales quedaron divididos entre dos líderes: Lloyd George como Primer Ministro y Asquith como líder de la oposición. En las elecciones de 1918 Asquith perdió su escaño y sus seguidores quedaron reducidos a 26 (a Lloyd George le apoyaban 136 liberales).

El Partido Laborista estaba dividido desde que estalló la guerra. Su líder Ramsay MacDonald y muchos izquierdistas se habían opuesto a entrar en el conflicto, y aunque MacDonald tuvo que dimitir como dirigente, el Partido Laborista creció en importancia. Los sindicatos, de los que dependía, salieron fortalecidos; a finales de 1918 contaban con más de 8 millones de afiliados. Y los laboristas entraron a formar parte del gobierno de coalición de Lloyd George. Como en 1918 el electorado había subido de 8 a 21 millones de votantes gracias a las reformas que se habían introducido para ampliar el sufragio, el voto de las clases trabajadoras aumentó sensiblemente. En 1918 los laboristas luchaban ya como partido independiente, organizado por todo el país y comprometido, de acuerdo con la cláusula cuarta de sus recién estrenados estatutos, con «la propiedad común de los medios de producción». Con todo, en estas elecciones de 1918 sólo obtuvieron 57 diputados (con algo más del 20 por ciento de los votos), lo cual resultó decepcionante. Frente a los 40 escaños de 1910 mejoraron ligeramente, aunque no tanto. El

más beneficiado de la guerra fue el Partido Conservador; se convirtió en partido mayoritario y mantuvo esa posición durante casi todo el siglo xx. Unido ante el conflicto, a pesar de las divisiones que habían provocado anteriormente las reformas tarifarias, fue inclinándose cada vez más hacia los intereses empresariales y haciéndose con una base firme de votantes en las áreas de periferia urbana.

En los años que duró la guerra se enrolaron en las fuerzas armadas más de seis millones de hombres, a los que se sumaron otros tres millones procedentes de distintas zonas del imperio, de los que la mitad venían de India. De ellos murieron 723.000 y fueron heridos 1,7 millones; prácticamente cada familia se vio afectada por unas pérdidas terribles, que no se habían sufrido en ninguna otra guerra. En el frente cayeron 56.000 canadienses, 59.000 australianos y 62.000 soldados procedentes de la India. Toda la población estaba inmersa en la guerra total y ello provocó muchos cambios industriales y sociales, surgidos sobre todo a raíz del incremento que experimentó el poder del Estado. Las minas de carbón, los ferrocarriles y el transporte marítimo quedaron sometidos a control oficial. Por otra parte, como en 1918 las importaciones habían caído al 70 por ciento de los niveles alcanzados en 1913 y las exportaciones a menos del 40 por ciento, otros países consiguieron introducirse en los mercados británicos: los Estados Unidos en Latinoamérica, Japón en la India y Asia Oriental. Además, determinadas zonas del Imperio Británico, especialmente India y Australia, se industrializaron para producir lo que antes importaban de Gran Bretaña. Como los astilleros británicos daban prioridad a la construcción de buques de guerra, los americanos, los japoneses y los escandinavos cubrieron la demanda de barcos mercantes. En 1914 el Imperio Británico producía el 71 por ciento de los nuevos barcos mercantes y Estados Unidos el 8 por ciento. En 1918 el imperio había caído al 29 por ciento mientras que los americanos alcanzaban el 56 por

ciento. Concluida la guerra, Gran Bretaña nunca logró recuperar el predominio que había ejercido en época eduardiana.

Durante la guerra el gasto nacional aumentó estrepitosamente. En el siglo XIX solía representar algo menos del 10 por ciento del PNB, pero en 1918 superó el 51 por ciento. El impuesto sobre la renta se multiplicó por seis. Los impuestos directos, que habían supuesto la recaudación de 94 millones de libras en 1913-1914, subieron a 721 millones en 1919-1920, momento en que llegaron a representar el 80 por ciento de los ingresos fiscales. Los gastos de defensa subieron de 91 millones de libras en 1913 a más de 2 billones, lo cual suponía más del 80 por ciento del gasto público. Gran Bretaña actuó como principal banquero de los aliados y durante la guerra prestó 11,1 billones de libras, sobre todo a Francia, a Rusia y a Italia. Esto resultaba necesario para que los aliados siguieran en la guerra, pero provocaba una enorme tensión. En 1919 la deuda nacional ascendió a 7,5 billones, cifra diez veces más alta que la que había cuando estalló el conflicto. Gran parte del dinero se obtuvo de préstamos solicitados a Estados Unidos, de quien Gran Bretaña ya dependía en 1916. Antes de la guerra Estados Unidos apenas prestaba dinero a países extranjeros y era una nación deudora. Con la guerra se transformó en concesionaria de créditos y en la mayor potencia financiera internacional.

La Gran Guerra fue un periodo de emancipación femenina. Las mujeres encontraron la oportunidad de trabajar en puestos que hasta entonces habían estado reservados a los hombres, en fábricas de munición y de ingeniería. Durante la guerra, el número de mujeres trabajadoras aumentó en 1,5 millones, pero en 1918 se volvió a las estadísticas originales y en 1921 el número de trabajadoras era el mismo que en 1911. Después de lo que habían hecho durante el conflicto ya no se podía argumentar que las mujeres eran ciudadanos de segunda clase. La Ley de Representación Popular (1918) representó un verdadero anticlímax, ya que no con-

cedía a las mujeres los mismos derechos electorales que a los hombres. Se concedió el voto a todos los contribuyentes (es decir, propietarios) mayores de 30 años y a todos los varones mayores de 21. Esta discriminación femenina siguió vigente hasta 1928, fecha en que obtuvieron derecho al voto las mayores de 21 años y se suprimió el requisito de propiedad, con lo que, por primera vez en la historia, el sufragio se extendía a todos en términos similares.

¿Irlanda independiente?

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial en 1914 quedó suspendido el proyecto de ley que presentó Asquith sobre la autonomía irlandesa. Esto fue algo aceptado por John Redmond, líder del Partido Nacionalista Irlandés en la Cámara de los Comunes, y por la mayoría de los irlandeses, que veían prosperar su economía durante los años del conflicto. Sin embargo, para algunos, sobre todo para la Hermandad Republicana Irlandesa (IRB) y el Sinn Fein, este momento en que Gran Bretaña estaba esencialmente preocupada por la guerra en el extranjero resultaba idóneo para organizar un levantamiento armado. El levantamiento tuvo lugar el lunes de Pascua de 1916, aunque los dirigentes sabían muy bien que estaba condenado al fracaso y que con toda probabilidad ellos morirían en el intento. Sin embargo, cuando los rebeldes tomaron la Oficina Central de Correos de Dublín, para leer una declaración en la que Padraic Pearse proclamaba la instauración de una República, los británicos no se lo esperaban. Al anochecer todo el centro estaba en manos de los rebeldes. Sin embargo, sus posiciones se debilitaron al máximo desde el momento en que llegó la artillería británica y dejó aislados a unos de otros. Al día siguiente Pearse se rindió sin condiciones. Habían muerto 450 personas y 2.614 estaban heridas; también murieron 116 soldados y 16 poli-

cías. La población de Dublín se vio sorprendida por el levantamiento y, de hecho, aclamó la llegada de las tropas gubernamentales. Pero la cosa cambió cuando el gobierno, de acuerdo con la ley marcial, ordenó ejecutar a quince de los líderes rebeldes entre el 3 y el 12 de mayo, incluido Pearse. La opinión pública irlandesa se enfervorizó, se volvió contra el gobierno y contra el Partido Nacionalista Irlandés, y se puso de parte de los líderes republicanos.

En las elecciones de 1918 el Sinn Fein obtuvo 73 de los 105 escaños irlandeses, lo cual le permitía erigirse en representante de la opinión pública. Sus miembros se negaron a sentarse en el Parlamento londinense y formaron una Dail Eireann (Asamblea Irlandesa) en Dublín; Eamon De Valera fue elegido presidente y éste nombró un equipo, que decía ser el gobierno irlandés; todo ello estaba abocado a provocar un enfrentamiento con el gobierno británico, que realmente gobernaba en Irlanda. En 1919 el IRA (Ejército Republicano Irlandés), liderado por Michael Collins, llevó a cabo ataques aislados contra la Real Policía Irlandesa y en 1920 intensificó sus acciones. Collins había solicitado cuantiosos préstamos en Irlanda y en América, pero su logro más importante fue convertir la actividad guerrillera contra los británicos en guerra anglo-irlandesa (1919-1921). Como consiguió burlar la entrada al Castillo de Dublín, sede de los servicios de inteligencia, conocía los planes de las autoridades y el nombre de sus informantes. Éstos fueron las primeras víctimas de su escuadrón de la muerte, conocido como los Doce Apóstoles. La figura más destacada de la guerra era precisamente Collins, como comandante en jefe del IRA y presidente del IRB. Ya que quería evitar los errores del Levantamiento de Pascua de 1916, procuró no tomar áreas concretas y no enfrentarse abiertamente con fuerzas británicas. Como alternativa optó por la táctica guerrillera, provocando ataques y emboscadas rápidas con columnas de entre quince y treinta hombres, que hacían imposible el gobierno y podían

obligar a los británicos a retirarse. El IRA sorprendía a sus enemigos porque no llevaba uniforme y ejecutaba a cualquiera que fuera sospechoso de informar a la policía, sin consideración alguna de sexo o edad. Se cometieron atrocidades en uno y otro bando. «Las luchas», como se llamaban, no se extendieron por toda Irlanda, sino que se concentraron en Munster y en las fronteras del Ulster. Lloyd George intentó poner fin al conflicto mediante la aprobación del cuarto proyecto de Ley de Autonomía (la Ley para el Gobierno de Irlanda de 1920), según la cual el país se dividiría en Irlanda del Norte (seis de los nueve condados del Ulster) e Irlanda del Sur (los otros veintiséis condados); cada una de ellas tendría Parlamento propio y un gobierno responsable, aunque la autoridad última seguiría recayendo en el Parlamento británico. El sur rechazó la propuesta de plano, y estableció la división de Irlanda que tenemos hoy. Como los republicanos estaban agotando sus recursos y la opinión pública británica reclamaba la paz, Lloyd George convocó una conferencia en Londres en 1921 para negociar el tratado anglo-irlandés y terminar así la guerra. La delegación irlandesa estuvo presidida por Arthur Griffith y Michael Collins. Uno y otro estaban dispuestos a negociar y firmaron un acuerdo por el que se establecía el Estado Libre Irlandés, un dominio autónomo dentro de la Commonwealth británica. Si así lo quería, Irlanda del Norte podía quedar excluida de este Estado Libre Irlandés y mantener el mismo estatus que tenía con respecto al Reino Unido; y es lo que hizo. No era precisamente lo que habrían deseado los republicanos irlandeses, pero Griffith vio que con ello se afirmaba la independencia, y que la única alternativa era seguir la guerra. El Dail Eireann aceptó el tratado por 64 votos frente a 57. Sin embargo, Irlanda no estaba unida, porque el Ulster quedaba fuera del Estado Libre Irlandés. Esta situación no cambió en lo que quedaba de siglo.

Entreguerras

Cuando terminó la guerra el Partido Laborista se retiró de la coalición, pero Lloyd George decidió seguir con ella, apoyado por Bonar Law, líder unionista. Convocó elecciones en 1918. La mayoría de los liberales y conservadores de la coalición acordaron no interferir unos con otros. Al final Lloyd George obtuvo un masivo voto de confianza, por la seguridad que había inspirado durante la guerra, de la que habían salido victoriosos. Resultaron elegidos 526 candidatos de la coalición (de los que sólo 136 eran liberales, el resto conservadores), junto con 57 laboristas y 26 liberales independientes de Asquith. Lloyd George dependía, pues, del apoyo conservador: todos los ministros importantes, salvo él y Winston Churchill, eran conservadores. Como Lloyd George había prometido construir un «país propio de héroes», llevó a cabo determinadas reformas sociales. La Ley de la Vivienda facilitó la construcción de 200.000 casas de protección oficial (1919-1922) y en 1920 la cobertura de desempleo llegaba a la mayoría de los trabajadores. Con todo, con una deuda pública que había pasado de los 705.000.000 de libras de 1914 a 7.875.000.000 de libras en 1920 sonaban voces que exigían equilibrar el presupuesto, sobre todo cuando en 1921 se vino abajo el auge posterior a la guerra. A duras penas Lloyd George tuvo que admitir que se formara una comisión gubernamental para asuntos económicos, presidida por Sir Eric Geddes. El «hacha de Geddes» cortó el gasto público dedicado a educación y a servicios sociales e hizo perder muchos apoyos al gobierno de coalición. La fama que se había granjeado Lloyd George como benefactor de los trabajadores se evaporó, desde el momento en que tuvo que enviar soldados para detener las huelgas y no pudo nacionalizar las minas de carbón. En 1920 cuando la prosperidad posterior a la guerra tocaba a su fin y habían caído ya los precios del carbón, Lloyd George decidió devolver las minas

a manos privadas; lo hizo en marzo de 1921. Los propietarios anunciaron fuertes rebajas salariales y dejaron fuera a los mineros cuando éstos se negaron a aceptarlas. El 16 de abril los trabajadores del transporte y el ferrocarril decidieron ir a la huelga para apoyar a los mineros. Poco antes, el gobierno intentó reabrir las negociaciones pero los mineros rechazaron la invitación. El 15 de abril los líderes de los trabajadores del transporte y los ferrocarriles exigieron que los mineros cerraran la negociación, pero al ver que los mineros se negaban, desconvocaron la huelga. Sintiendo traicionados, los mineros llamaron al 15 de abril «Viernes Negro». Siguieron en huelga hasta junio, fecha en que se vieron obligados a aceptar unas rebajas salariales que llegaban al 34 por ciento. Este fracaso de la solidaridad obrera creó un sentimiento de amargura aun mayor y debilitó la fuerza de los sindicatos británicos, que no creció hasta la Segunda Guerra Mundial.

Lo que más preocupaba a Lloyd George después de 1918 era la política exterior. De hecho, él había desempeñado un papel fundamental en el Tratado de Versalles (junio de 1919) que los aliados impusieron a Alemania. Alemania perdió algunos territorios –la región de Alsacia y Lorena pasó a Francia, la mayor parte de Prusia occidental a Polonia y Prusia oriental quedó desgajada del resto de Alemania por el pasillo polaco, que ofrecía a Polonia una salida al mar–. Millón y medio de alemanes vivían ahora bajo el poder polaco. Alemania perdió sus colonias, que pasaron a ser mandatos de la Liga de Naciones, aunque en realidad cayeron en manos de los aliados victoriosos: Mesopotamia (Irak) y Palestina (parte de la cual se convertiría después en Transjordania) fueron cedidas a Gran Bretaña y Siria a Francia. A Austria le prohibieron unirse con Alemania y también se establecieron limitaciones relativas al ejército y la marina alemanes; este país tampoco podría tener fuerza aérea. El mayor resentimiento recaía en la cláusula de la «culpabilidad bélica», según la cual se hacía a Alemania responsable del conflicto y se

la obligaba a pagar indemnizaciones, cuya suma se fijó en 1921 en 132 billones de marcos-oro. Alemania objetó que las indemnizaciones darían al traste con su economía y que en el tratado se había dejado a un lado el principio de autodeterminación que la habría beneficiado. En Inglaterra también había muchos que no veían justos los términos del tratado, entre otros el economista J. M. Keynes, quien en su obra *Las consecuencias económicas de la paz* (1919) concluía que las indemnizaciones provocarían la ruina económica de Alemania y la debilidad permanente de la economía europea.

Muchos conservadores (unionistas) no entendían de qué servía la coalición si tenían mayoría en la Cámara de los Comunes. Cuando votaron para no renovarla, Lloyd George presentó su dimisión en octubre de 1922 y a partir de entonces ya no ocuparía ningún otro cargo público. En las elecciones de 1922 ganaron los conservadores con 5,5 millones de votos y 344 escaños. El Partido Laborista consolidó sus posiciones en la Gran Bretaña industrial con 4,2 millones de votos y 142 escaños. Los liberales, con aproximadamente el mismo número de votos que los laboristas (4,1 millones), obtuvieron menos escaños (115), porque el voto estaba más repartido por todo el país y no tan concentrado como en los núcleos laboristas. Bonar Law ocupó el cargo de Primer Ministro, pero tuvo que dimitir por razones de salud. Le sucedió Stanley Baldwin (Primer Ministro en 1923, 1924-1929 y 1935-1937).

Hijo de un rico empresario de manufactura industrial de las Midlands, Baldwin destacó durante quince años como figura fundamental del gobierno. Con él los conservadores lograron pasar el trance de contar con un electorado totalmente democrático, que muchos tanto habían temido, y sobrevivieron al bache económico que tumbó a muchos regímenes europeos. Baldwin defendía el mantenimiento de los aranceles proteccionistas para la industria británica, pero como Bonar Law había prometido no volver a impo-

nerlos sin el beneplácito popular, convocó elecciones en 1923. Muchos le criticaron este error inútil, porque en el plebiscito los conservadores perdieron la mayoría absoluta (con 258 escaños frente a los 344 anteriores), aunque seguían siendo el partido más votado. La ocasión fue aprovechada por los laboristas, que, con apoyo de los liberales, lograron formar su primer gobierno (de minoría). El Primer Ministro, Ramsay MacDonald, intentó restaurar las relaciones con la Unión Soviética y fue tachado de bolchevique. A raíz de esto los liberales retiraron su apoyo al gobierno laborista, igual que habían hecho antes con los conservadores en 1923. Esto provocó la convocatoria de unas nuevas elecciones, hecho que siempre lamentarían. Los conservadores volvieron a obtener una victoria aplastante (con 419 escaños de los 615). El voto laborista subió en algo más de un millón, pero para los liberales el resultado fue desastroso. Su cuota de voto cayó del 30 al 18 por ciento y sólo obtuvieron 40 escaños con sus 2,9 millones de votos. De todo ello sólo podían culparse a sí mismos, porque en 1918, cuando tenían mayoría en la Cámara de los Comunes, pudieron haber introducido en la Ley de Reforma el sistema de representación proporcional (que les habría otorgado muchos más escaños), pero, casi en el último minuto, prefirieron no hacerlo. Los liberales quedaron como partido de la periferia celta, con escaños correspondientes al norte de Gales y a ciertas regiones de Escocia, pero ausentes de la Inglaterra urbana.

De talante humano y liberal, Baldwin detestaba a «esos hombres de cara adusta a los que parecía haberles ido bien después de la guerra» y no compartía el desprecio que sentían otros conservadores, como Neville Chamberlain, por los laboristas. «Está decidido a desarrollar el conservadurismo democrático», declaraba el vizconde Haldane, «y siente gran simpatía por las aspiraciones de los laboristas». Las maneras relajadas con que Baldwin ejercía su liderazgo –solía dejar

que los ministros llevaran sus asuntos sin interferir— iban acompañadas de la intervención decisiva en el momento que consideraba necesario. En 1925 frenó las intenciones de algunos *tories* que pretendían prohibir la participación política de los sindicatos a través del sistema de cuotas y un año más tarde obligó a aprobar la nacionalización de la industria de energía eléctrica, creando el Tribunal Central de Generación de Electricidad, lo que muchos conservadores consideraron una medida socialista. El gobierno de Baldwin fue el más reformista de los que había habido desde la década de 1870. En 1927 se fundó la BBC (British Broadcasting Corporation) como corporación pública y con el monopolio de la radiodifusión. Con un sistema de licencias anuales, carecía de anuncios. En 1930 ya contaba con tres millones de contratos y en 1939 con nueve millones. El Director General era John Reith, hombre obstinado y autócrata, decidido a que la BBC tuviera un elevado tono moral. Para ello insistía en limitar estrictamente los programas de entretenimiento, inducía a que hubiera programas religiosos diarios e intentaba que predominaran las noticias, la música clásica y el teatro. En 1927 salvó del cierre los conciertos populares (los «Proms») de Sir Henry Wood y los convirtió en uno de los rasgos singulares de la radiodifusión británica del siglo xx.

En esta época se extendieron las pensiones a viudas y huérfanos; se suprimieron los tribunales de la Ley de Pobres, cuyas funciones fueron asumidas por los tribunales de condado con la correspondiente subvención; y las tasas empresariales se redujeron enormemente. La Ley de Sufragio de 1928 concedió el voto a todas las mujeres mayores de 21 años, la misma edad que para los hombres. Winston Churchill fue recibido de nuevo por el Partido Conservador después de haber estado veinte años con los liberales y ocupó el cargo de ministro de Hacienda. En 1919 Gran Bretaña se había visto obligada a salirse del patrón oro, pero el Banco de Inglaterra mantuvo altos los intereses, de manera que la li-

bra esterlina estuviera sobrevalorada en un 10 por ciento. Churchill regresó al patrón oro en 1925, manteniendo la paridad de antes de la guerra, que era excesivamente elevada. Aunque la medida recibió el apoyo de casi todos los economistas (salvo Keynes), supuso un duro quebranto para la industria y contribuyó a que se organizara la huelga general de 1926.

Cuando los propietarios del carbón quisieron reducir los salarios y aumentar las horas de trabajo, los mineros protestaron y pidieron ayuda al TUC. Los trabajadores del transporte y de los ferrocarriles, conscientes de que en 1921 no habían logrado apoyar a los mineros en el Viernes Negro, en julio de 1925 decidieron detener el transporte de carbón. El 4 de mayo empezó la huelga general. Era una huelga selectiva, más que general, porque el TUC desconvocó a millón y medio de trabajadores (que se añadían al millón de mineros) del transporte, la prensa, la metalurgia y la energía. El objetivo era detener la industria sin afectar a los servicios esenciales, como la electricidad doméstica. Los trabajadores respondieron de manera entusiasta a la convocatoria y cerraron los muelles, los ferrocarriles, los periódicos y algunas estaciones de energía. Baldwin dijo: «Esta huelga general supone un reto para el Parlamento y abre la puerta a la ruina y la anarquía»; sus palabras recibieron el apoyo de los ciudadanos de clase media, que salieron voluntariamente a la calle para ordenar el tráfico y conducir autobuses. El Primer Ministro temía que estallara una guerra civil, pero aunque se produjeron algunos heridos, no hubo demasiados incidentes violentos. Justo antes de la huelga el líder del Partido Laborista, Ramsay MacDonald, había declarado que «No tengo nada que ver con las huelgas generales, con el bolchevismo y con todo eso. Yo respeto la Constitución». Ésta era realmente la actitud de muchos de los líderes del TUC, que no eran revolucionarios en absoluto, lamentaban la huelga política y temían perder el control de los afiliados más radicales. Así que buscaron una vía de salida. El 12 de mayo el TUC desconvocó

la huelga sin que se hubiera resuelto el problema de los mineros. Esto significaba la rendición absoluta, cosa que sorprendió a los huelguistas, puesto que la respuesta seguía siendo muy fuerte y habían conseguido reducir enormemente la producción industrial. Los mineros, que se sentían igual de traicionados que en 1921, no atendieron a la desconvocatoria, pero en noviembre tuvieron que admitir la derrota: los salarios se redujeron, las horas de trabajo no variaron y no se produjo ninguna reorganización industrial. Con la Ley de Conflictos Laborales y Sindicatos de 1927 el gobierno no hizo más que hurgar en la herida de un TUC que había quedado desprestigiado. La ley ilegalizaba las huelgas solidarias, prohibía a los funcionarios afiliarse a sindicatos que pertenecieran al TUC e introducía unas cláusulas especiales para los sindicalistas que pretendieran pagar una cuota al Partido Laborista. La desunión y el sentido de derrota que engendró la huelga general, unidos a las tasas de desempleo masivo que se vivían en el país, mantuvieron a los sindicatos en posiciones de debilidad y privados de toda capacidad de actuación que no fuera la defensiva, situación que se prolongó hasta la Segunda Guerra Mundial.

La población seguía creciendo y de los 40,8 millones de personas de 1911 se pasó a los 44,8 millones de 1931, pero la economía seguía anclada en los antiguos pilares de la industria textil, el carbón, el hierro y el acero. Estas industrias tenían que luchar con competidores más baratos: el carbón de la Europa Oriental y los tejidos asiáticos. Las exportaciones nunca recuperaron el nivel que tenían en 1913, y los recursos invisibles eran en realidad mucho menores que los que había antes de la guerra. El desempleo se había duplicado desde entonces, sobre todo en las áreas más deprimidas del norte de Inglaterra, el sur de Gales y el Clydeside escocés. La vuelta al patrón oro hizo subir el precio del carbón y del acero británicos, lo cual provocaba mayores dificultades en la competencia y superiores índices de paro. El campo era otra

de las áreas agotadas, teniendo en cuenta que los precios agrarios bajaron y que la población rural iba también en descenso. Pero no todo iban a ser penas. La década de 1920 fue una época próspera para el sur de Inglaterra y para las Midlands, donde empezaron a desarrollarse industrias de tecnología avanzada, como las químicas, las de productos eléctricos y las de automóviles. Hacia 1930 había ya más de un millón de personas que tenían coche. En la misma época surgieron también algunas multinacionales británicas: en 1926 Brunner Mond se convirtió en Industrias Químicas Imperiales (ICI, en inglés) y Lever Brothers se fusionó con sus socios holandeses en 1929 para formar Unilever. Para quienes tenían trabajo el nivel de vida subió, gracias al abaratamiento de las importaciones; este colectivo también salió beneficiado de la reducción de la jornada laboral de 56 a 48 horas.

Las elecciones generales de junio de 1929 fueron las primeras que se celebraron con un sufragio plenamente democrático. Laboristas y conservadores obtuvieron más de ocho millones de votos cada uno. Aunque los primeros ganaron más escaños (287) que los segundos (260), no alcanzaron la mayoría absoluta, por lo que tuvieron que recabar el apoyo de los liberales (59 escaños) para formar un gobierno de minoría con Ramsay MacDonald como Primer Ministro. Poco después, en octubre, el gobierno laborista tuvo que afrontar el desplome de Wall Street con el colapso de los mercados de divisas americanos, y el bache (o Gran Depresión) que sobrevino como consecuencia de todo ello y que afectó a países de todo el mundo. MacDonald, que seguía más interesado por los asuntos externos que por los internos del país, no encontró política para combatir la Gran Depresión y el desempleo, que entre 1929 y 1931 afectó a dos millones de personas más (tres millones de parados). El ministro de Hacienda, Philip Snowden, se negó a abandonar el patrón oro y en 1931, con vistas a aceptar las condiciones que imponían

los créditos americanos, propuso recortar el sueldo de los funcionarios y los subsidios de desempleo. Como en el gobierno la propuesta sólo obtuvo el visto bueno por 12 votos frente a 9, y teniendo en cuenta que el TUC, presidido por Ernest Bevin, se oponía radicalmente a ella, MacDonald comprendió que no podía seguir. Presentó la dimisión, pero, sin consultar a sus colegas, acordó formar un gobierno nacional con la ayuda de liberales y conservadores. Sólo le siguieron siete diputados laboristas; todos los demás, que se sentían traicionados, formaron el partido de la oposición. MacDonald fue expulsado de su cargo como líder laborista y del propio partido.

Como la libra seguía bajando Gran Bretaña se apartó del patrón oro. MacDonald convocó elecciones generales en octubre de 1931, lo cual incrementó el odio que sentían los laboristas por su anterior líder. Salieron 556 diputados del gobierno nacional (473 eran conservadores y sólo 13 eran laboristas que apoyaban al Primer Ministro). Los laboristas, con la mayoría de sus candidatos derrotados, quedaron reducidos a 52 escaños. El nuevo gobierno nacional estaba dominado, pues, por los conservadores. El gobierno abandonó la política de libre mercado y en la Conferencia de Ottawa (1932) estableció un sistema tarifario que daba preferencia a los países del imperio, y que se mantuvo hasta la década de 1970.

El gobierno nacionalizó el transporte de Londres retomando un proyecto de ley que había redactado en 1931 el ministro laborista de Transporte, Herbert Morrison. La ley creaba la Junta Londinense de Transporte de Pasajeros, que se ocuparía de organizar los autobuses, los trenes y el metro de Londres. La Ley de la India (1935) concedió responsabilidad de gobierno a las provincias de la India, demanda a la que se había comprometido MacDonald personalmente. Una vez aprobada la ley, el Primer Ministro dimitió y fue sustituido en el cargo por Baldwin. Aunque las legislaturas

de Baldwin (1935-1937) y de Chamberlain (1937-1940) se hacían llamar «nacionales», fueron en realidad mandatos conservadores.

La mayor crisis constitucional del periodo de entreguerras sobrevino en 1936 y terminó con la renuncia del rey Eduardo VIII al trono británico. Desde 1934 se le veía acompañado por la Sra. Wallis Simpson, una americana ya divorciada cuando contrajo matrimonio con Ernest Simpson en 1928. Después de subir al trono en 1936, Edward seguía saliendo abiertamente con Wallis. Los periódicos británicos se autoimpusieron la censura y con mentiroso afán retrataban a Eduardo como rey incansable y trabajador. En noviembre de 1936 Eduardo planteó con toda claridad a Stanley Baldwin que quería casarse con Wallis en cuanto ésta se divorciara de Ernest Simpson. Como Eduardo era Gobernador Supremo de la Iglesia anglicana, que no reconocía el divorcio, Baldwin, el arzobispo de Canterbury y los líderes de los partidos políticos más importantes decidieron que Eduardo no debía casarse con la Sra. Simpson. Al monarca le quedaban dos opciones: renunciar a Wallis, abdicar o casarse provocando una crisis constitucional en la que peligraría la existencia de la monarquía, ya que el gobierno dimitiría y los partidos de la oposición no querían asumir el poder. El 10 de diciembre de 1936 Eduardo abdicó; al día siguiente se marchó de Inglaterra, como duque de Windsor, y se estableció en el continente, donde vivió el resto de su vida. La tensión fue demasiado intensa para Baldwin; tras la coronación de Jorge VI dimitió y siguió con sus funciones en la Cámara de los Lores.

Cuando Baldwin se retiró, lo más natural era que le sucediera Neville Chamberlain como Primer Ministro. Años después Winston Churchill dijo de Chamberlain que «no sólo había hecho, desde su cargo de ministro de Hacienda, la principal tarea de gobierno en los cinco años anteriores, sino que era el ministro más capaz y el más enérgico». San-

turrón a escondidas, Chamberlain era un dirigente autoritario que creía en la firmeza de gobierno. Fue la figura política dominante de los años treinta. Como ministro de Hacienda (1933-1937) había contribuido a que Gran Bretaña superara el bache, en el que el desempleo alcanzó su cota máxima del 23 por ciento de población activa en enero de 1933 para luego descender a menos del 10 por ciento en 1937. Para conseguirlo se sirvió de que Gran Bretaña había abandonado el patrón oro en 1931, lo que permitió rebajar el interés bancario al 2 por ciento en 1932 (nivel que se mantuvo hasta 1951); y esto, a su vez, restauró la confianza empresarial. De 1933 a 1937 se construyeron anualmente una media de 345.000 casas, al tiempo que prosperaban la industria textil, eléctrica, química y automovilística. En 1923 se fabricaron 71.000 coches; en 1937, 370.000. Dos años más tarde Gran Bretaña era el segundo país exportador de vehículos, detrás de Estados Unidos, y tenía una flota nacional de dos millones de coches. El crecimiento y la riqueza alcanzados en ciudades como Coventry o Leicester no tenía precedentes. Pero quedaban también puntos negros. En 1936 los trabajadores de Jarrow, en el nordeste, de los que dos tercios estaban en paro, iniciaron una disciplinada marcha de protesta hacia Londres. Gales sufría más que el resto de las regiones porque dependía enteramente de la minería y de los astilleros, industrias afectadas por la recesión a nivel mundial. Entre 1921 y 1940 casi medio millón de personas emigraron de Gales. En el siglo XIX nunca había habido una balanza de pagos deficitaria en tiempos de paz; en la década de 1930 ésta era una situación prácticamente anual. Con todo, en Gran Bretaña se vivía una notable estabilidad; la clase trabajadora desarrollaba su propia cultura en clubs, coros y bandas de música y buscaba fuentes de crédito en el movimiento cooperativo. Es cierto que surgieron algunos grupos extremistas, pero tenían escasos apoyos. La Unión de Fascistas Británicos, fundada por Oswald Mosley en 1932, sólo alcanzó los

50.000 afiliados en su momento álgido de 1934, número que cayó a 22.500 en 1939. Nunca consiguió escaños en las elecciones parlamentarias.

Apaciguamiento

La política de apaciguamiento –un modo de resolver disputas a través de medios pacíficos y negociados más que con la guerra– suele ir asociada al nombre de Neville Chamberlain, pero tiene sus orígenes en el Tratado de Versalles (1919). Sobre todo en Gran Bretaña había mucha gente que creía que Alemania había salido malparada, que las indemnizaciones eran exageradas y que no se había aplicado el principio de autodeterminación en áreas de mayoría alemana –Austria, Dánzig y los Sudetes–. Por tanto, se vivía un momento de buena disposición para atender a las verdaderas ofensas alemanas, reforzada por el deseo de no repetir la terrible masacre que supuso la Primera Guerra Mundial, y por la conciencia de que Gran Bretaña pasaba por un declive económico relativo. Gran Bretaña no podía afrontar los gastos necesarios para llevar a cabo las reformas sociales, si financiaba una defensa cara. A finales de los años veinte el pago de intereses de la deuda pública ascendía al 40 por ciento del gasto nacional, comparado con el 12 por ciento que suponía dicho pago en 1913. El compromiso de defensa global del imperio que Gran Bretaña había asumido actuaba como un motivo más a la hora de defender la política de apaciguamiento, sobre todo cuando el país hubo de afrontar la amenaza simultánea de distintos miembros del Pacto Anti-Comintern de 1936. En 1937 los jefes del Estado Mayor escribían lo siguiente: «No podemos prever cuándo tendremos unas fuerzas defensivas lo suficientemente potentes como para salvaguardar nuestro territorio, nuestro comercio y nuestros intereses fundamentales frente a Alemania, Italia y Japón al

mismo tiempo». Japón se hizo con el control de Manchuria en 1931, sin que Gran Bretaña o la Liga de Naciones lanzaran ninguna respuesta efectiva. Con el acuerdo naval angloalemán (1935), Gran Bretaña aceptaba que Alemania desatendiera las limitaciones impuestas por Versalles sobre el tamaño de la armada. Ese mismo año Gran Bretaña intentó apaciguar a Mussolini en la guerra de Etiopía, ofreciéndole gran parte del país en el pacto Hoare-Laval; sin embargo, el pacto tuvo que ser abandonado por el escándalo público que desencadenó su filtración a la prensa. Un año más tarde, cuando Alemania volvió a ocupar militarmente Renania (contraviniendo de nuevo el Tratado de Versalles), Gran Bretaña y Francia no hicieron nada. A partir de 1937 Chamberlain, como Primer Ministro, siguió la misma política de apaciguamiento que ya estaba bien asentada. Chamberlain no pensaba que Francia o Estados Unidos fueran a actuar contra Alemania, desconfiaba enormemente de la Unión Soviética y consideraba que Hitler era un hombre frío y racional con quien podía «hacer negocios». El *Anschluss* con Austria era imparable y nadie debía pararlo, porque no se trataba más que de una cuestión entre alemanes, que se unían unos con otros. Cuando se desencadenó la crisis checoslovaca (1938-1939), Chamberlain no creía que los británicos fueran a ir a la guerra «por una pelea entre personas de un país lejano de las que no sabemos nada». Para Chamberlain, como los Sudetes estaban habitados por alemanes, debían formar parte de Alemania, algo que consiguió en Múnich sin guerra. Al volver a Londres fue aclamado entre multitudes por traer «la paz con honor».

Fue en marzo de 1939, al ocupar Alemania el resto de Checoslovaquia, cuando se pusieron claramente de manifiesto los planes expansionistas de Hitler, que no pretendían detenerse en territorios habitados por alemanes. La política de apaciguamiento había terminado y Gran Bretaña se unió a Francia para apoyar a Polonia, en caso de que este país fue-

ra atacado. También se produjo un intento de aproximación a Rusia, tardío y poco entusiasta, para acordar la cooperación frente a Alemania, pero no salió por el pacto nazi-soviético firmado en agosto de 1939. La política de apaciguamiento tuvo consecuencias contrarias a las previstas por Chamberlain. Lejos de satisfacer a Alemania, el apaciguamiento convenció a Hitler de que Gran Bretaña y Francia no iban a actuar si invadía Polonia. De ahí que la invasión llevara en 1939 a un conflicto total, que ninguna de las grandes potencias quería.

La Segunda Guerra Mundial

El 19 de septiembre Hitler había conquistado Polonia. Comenzó entonces la «guerra fraudulenta», y apenas ocurrió nada mientras Hitler reagrupaba sus fuerzas. Esto terminó en abril de 1940; Hitler conquistó Dinamarca en un día e invadió Noruega para proteger el suministro de hierro que le llegaba del puerto de Narvik y conseguir bases navales desde las que amenazar las líneas de suministro que Gran Bretaña tenía en el Atlántico. Las tropas británicas desembarcaron en Noruega el 9 de abril, pero tuvieron que retirarse el 8 de junio. Winston Churchill, que había vuelto al Almirantazgo, era el principal responsable de la debacle noruega, pero acusaron a Chamberlain. Como la oposición no iba a entrar en ninguna coalición mientras él siguiera de Primer Ministro, dimitió y Churchill ocupó el cargo por primera vez a la edad de 65 años. Pronto se ganó la confianza de la nación, afrontando con valentía los peligros que la acechaban. «No tengo nada que ofrecer», dijo en la Cámara de los Comunes en el primer discurso que ofreció como Primer Ministro, «más que sangre, esfuerzo, sudor y lágrimas». El Partido Laborista obtuvo puestos clave dentro del gobierno de coalición que Churchill formó en 1940, y en 1942 Clement Attlee fue ofi-

cialmente nombrado Viceprimer Ministro. En mayo de 1940 Hitler invadió Holanda, Bélgica y Francia. En seis semanas derrotó a todos sus oponentes. Las tropas británicas tuvieron que retroceder hasta Dunkerque, desde donde 338.000 hombres (de los que 140.000 eran franceses) fueron evacuados de las playas en 765 barcos británicos, de los cuales dos tercios eran barcos civiles. A ello siguió, en junio, la caída de Francia. Alemania en 1940 había triunfado precisamente en lo que no había podido conseguir en 1914; dominaba Europa, cosa que no había podido hacer en la Primera Guerra Mundial. Ya en julio de 1940 Hitler estaba planeando invadir la Unión Soviética.

Gran Bretaña resistía en solitario, aunque, como ocurrió en la Gran Guerra, estaba apoyada por sus dominios; Australia, Nueva Zelanda, Canadá y, con mayor reticencia Sudáfrica le proporcionaban materiales y fuerzas armadas. El país corría mayor peligro ahora que en ningún otro momento de la historia desde las guerras napoleónicas. Desde 1066 Gran Bretaña se había librado de la ocupación enemiga, pero en estos momentos la armada no podía ofrecerle la protección necesaria. Cuando Francia cayó, Churchill se dirigió a la opinión pública para advertir lo siguiente: «La batalla de Francia ha terminado. Supongo que la batalla de Gran Bretaña está a punto de estallar». Hitler confiaba en que Gran Bretaña firmara la paz con Alemania, pero como esto no se produjo, ordenó poner en marcha la Operación León Marino (La invasión de Gran Bretaña). Como este país seguía manteniendo el control de los mares, Hitler tenía que derrotar a la Real Fuerza Aérea (RAF), para que la Luftwaffe pudiera cubrir desde el aire la invasión sin que interviniera la Marina Real. En Francia, Bélgica y Holanda los alemanes tenían 1.150 bombarderos y 630 cazas; la RAF contaba con 600 cazas para combatirlos. Muchos de los aviones alemanes eran ME 109, los mejores cazas, rápidos como el Spitfire y mucho más rápidos que el Hurricane; subían más deprisa

y tenían mayor poder de descarga, pero eran menos manejables que los aviones británicos. Los británicos tenían la ventaja de estar más próximos a sus bases –los cazas alemanes sólo resistían media hora de vuelo por el sur de Inglaterra y diez minutos sobrevolando Londres– y las estaciones de radar que había a lo largo de la costa les anunciaban con antelación los ataques alemanes. Del 10 de julio al 12 de agosto de 1940 la Luftwaffe atacó numerosos barcos en el Canal y en puertos ingleses, aunque las batallas principales se desarrollaron del 13 de agosto al 6 de septiembre, cuando los alemanes concentraron sus ataques sobre aeropuertos y centros de comunicación del sur de Inglaterra. Éste fue el momento más crítico, que casi desbordó a la RAF: los aviones podían reponerse, pero los pilotos iban cayendo en una proporción de dos a uno. Los alemanes volvieron a cambiar sus objetivos. Cuando se produjo un *raid* aéreo británico sobre Berlín, Hitler dio órdenes a la Luftwaffe de que concentrara sus bombardeos sobre Londres, lo que por otra parte permitió que se recuperaran los aeródromos británicos. Estas maniobras eran, al menos en parte, resultado de un exceso de confianza: ambos bandos exageraban las pérdidas sufridas por el enemigo; y los alemanes, por su parte, creían que la RAF estaba atenazada, y que en consecuencia el bombardeo de Londres acarrearía el fin de la guerra, lo cual haría innecesaria la invasión. Cuando el 7 de septiembre la Luftwaffe comenzó a bombardear Londres, se encontró una inesperada resistencia por parte de la RAF. Las graves pérdidas infligidas a los alemanes demostraban que la RAF no estaba aniquilada, hasta el punto de que el 12 de octubre Hitler se vio obligado a posponer la Operación León Marino hasta la primavera de 1941, en que fue finalmente abandonada. Durante la batalla de Gran Bretaña la RAF perdió 792 aviones, y la Luftwaffe 1.389. De los 3.000 miembros de la tripulación inglesa, murieron 500. Habían impedido la invasión de Gran Bretaña e incluso su segura derrota, todo lo cual justificó el

homenaje que les rindió Churchill: «Jamás en el ámbito de los conflictos humanos tantos debieron tanto a tan pocos».

Muy poco era lo que Gran Bretaña podía hacer para derrotar a Alemania. Su única esperanza era que Hitler cometiera errores que pusieran fin al aislamiento británico. Hitler decidió invadir la Unión Soviética en junio de 1941. Ello redujo de inmediato la presión sobre Gran Bretaña y aminoró la intensidad con que se bombardeaban las ciudades inglesas (en los tres primeros años de guerra murieron más civiles británicos que soldados), a medida que se iban desplazando los aviones de combate al frente ruso. Los británicos recibieron un segundo golpe de suerte con el ataque japonés a la flota americana en Pearl Harbor en diciembre de 1941, lo que llevó de inmediato a Hitler a declarar la guerra a los Estados Unidos. Churchill se percató al instante de lo que ello significaba, cuando declaró: «Después de todo, hemos vencido». De hecho, Gran Bretaña ya dependía desde hacía tiempo de los Estados Unidos. Los gastos de defensa, que con anterioridad no sobrepasaban el 7 por ciento del PIB, alcanzaron el 46 por ciento el año 1940 (cantidad superior a la de la Alemania nazi). Aunque se liquidaron las inversiones extranjeras Gran Bretaña se fue quedando sin dinero, hasta que se aprobó en Estados Unidos la Ley Lend-Lease en marzo de 1941. La ley permitía que Estados Unidos vendiera equipos militares y alimentos o concediera préstamos para ello, que sólo se pagarían cuando concluyera la guerra. Esto permitió a Gran Bretaña seguir combatiendo: en 1945 los Estados Unidos habían prestado 50 billones de dólares, de los cuales el 60 por ciento fueron a Gran Bretaña.

Por su parte Mussolini entró en guerra poniéndose de parte de Hitler en junio de 1940, con lo que los combates se trasladaron a la colonia italiana de Libia, en el norte de África. Los italianos fueron derrotados por el ejército británico en Egipto, aunque fueron salvados a última hora por el general Rommel, enviado por Hitler en su auxilio. En 1942 Rommel

hizo retroceder a los británicos de nuevo hacia Egipto, hasta sus líneas defensivas de El Alamein, a unos 72 km de la ciudad de Alejandría, después de un avance de más de 900 km. Por su parte, el general Montgomery, comandante del Octavo Cuerpo de Ejército, pudo reunir allí una fuerza mucho mayor de tanques, ametralladoras y aviones que la que tenía Rommel, lo que le permitió conseguir una victoria decisiva en la tercera batalla de El Alamein (octubre-noviembre de 1942). El destino de las fuerzas del Eje en el norte de África quedó visto para sentencia cuando una fuerza anglo-norteamericana a las órdenes del general Eisenhower desembarcó en el África noroccidental francesa el 9 de noviembre. Los americanos, que habían salido en sus barcos directamente de los Estados Unidos, desembarcaron en las costas atlánticas de Marruecos; a su vez otras fuerzas procedentes de Gran Bretaña desembarcaron en Orán y en Argelia. Ahora Rommel quedó atrapado entre estas fuerzas, que avanzaban desde el oeste, y el Octavo Cuerpo de Ejército que presionaba desde el este. El Eje recibió refuerzos procedentes de Sicilia, de suerte que pudieron seguir resistiendo hasta el 4 de mayo de 1943, fecha en que 150.000 alemanes y 50.000 italianos se rindieron. La guerra del desierto fue un éxito: los alemanes tuvieron que desalojar de Rusia sus mejores tropas y fuerzas de aviación para cubrir este frente; además la guerra causó a las fuerzas del Eje unas bajas de un millón de hombres, entre muertos y prisioneros. También contribuyó a asegurar las rutas de abastecimiento hasta Rusia a través de Irán y los campos de petróleo iraníes e iraquíes; con todo, de haberlos perdido, Gran Bretaña tampoco se habría visto obligada a abandonar la guerra, ya que para el verano de 1941 el 82 por ciento de su petróleo procedía del continente americano.

Rusia reclamaba ayuda desde un segundo frente (una invasión de Francia) en Europa Occidental, pero los aliados se mostraron suspicaces tras el fracaso sufrido en el ataque que

lanzaron contra Dieppe en agosto de 1942, donde las tropas canadienses resultaron masacradas en unas playas muy bien defendidas. El general Marshall, jefe de las fuerzas aliadas, no era partidario de invadir Italia, pues ello haría necesario detraer tropas que se necesitaban para invadir Francia. No obstante, Churchill pensaba que Italia era la parte más indefensa del Eje. La invasión de Italia supondría una amenaza a los Balcanes y podría forzar a Hitler a dispersar sus fuerzas. En la Conferencia de Casablanca (enero de 1943) Churchill convenció a Roosevelt de que apoyara la invasión de Sicilia, campaña que comenzó en julio de 1943, con 2.590 barcos que transportaron a tierra unos 180.000 soldados. La conquista de Sicilia se llevó a cabo en treinta y ocho días, aunque los alemanes consiguieron retirarse en perfecto orden hacia Italia. El 25 de julio Mussolini fue depuesto y el 3 de septiembre comenzó la invasión de Italia. Los alemanes resistieron con fiereza y no se rindieron hasta abril de 1945.

Durante la guerra, la armada aliada y la alemana pugnan por controlar las rutas marítimas a Gran Bretaña. La principal amenaza para la línea de abastecimiento inglesa procedía de los submarinos U (*Unterseeboot*). El almirante Doenitz los organizó en grupos como «manadas de lobos» y sus efectos eran devastadores. El peor año de la guerra para las fuerzas aliadas por el gran número de pérdidas que sufrieron fue 1942 y noviembre en concreto el peor mes, pues en él fueron enviadas a pique 725.000 toneladas. Con todo en 1943 la aparición de nuevas tácticas e ingenios (como el radar de onda corta) puso fin a la supremacía de los submarinos U. En mayo de ese mismo año Doenitz dijo a Hitler que la batalla del Atlántico debía interrumpirse, al menos durante un tiempo, ya que las pérdidas de submarinos U ascendían al 30 por ciento de los que estaban en servicio. Entre los meses de mayo y septiembre de 1943 no hubo barcos aliados que resultaran hundidos por submarinos enemigos en el Atlántico. Y de enero a junio de 1944 un millón de sol-

dados americanos y 1,9 millones de toneladas de material de guerra cruzaron el Atlántico sin apenas pérdidas. Definitivamente las tropas aliadas ganaron la batalla del Atlántico y aunque los submarinos U alemanes continuaron patrullando con gran valor, sus expectativas de supervivencia eran de 1,5 por misión. En el transcurso de la batalla fueron hundidos 2.500 barcos aliados y 781 submarinos U (de un total de los 1.200 que estaban en servicio).

Tras la batalla de Gran Bretaña el papel de la RAF pasó de la defensiva a la ofensiva: los bombardeos eran el único medio de golpear la retaguardia alemana. En Inglaterra quedaron destruidos unos tres millones de hogares, y las bombas alemanas mataron a unos 60.000 civiles. En 1942 el «bombardeo» Harris, el nuevo jefe del Comando de Bombardeos, inició los bombardeos indiscriminados y en mayo organizó el primer ataque de mil bombarderos sobre Colonia. En el ataque sobre Hamburgo que se realizó el 27 de julio de 1943 las bombas incendiarias descargaron una tormenta de fuego que mató a 50.000 personas. Durante los años 1944-1945, la intensidad de los bombardeos aumentó destruyendo así la capacidad alemana de proseguir la guerra. Se calcula que en los *raids* aéreos murieron entre 750.000 y un millón de civiles alemanes; por lo que se refiere a la tripulación de vuelo, cayeron unas 50.000 personas de la RAF y aproximadamente el mismo número de americanos.

La invasión de Francia tuvo finalmente lugar en junio de 1944, un año después del momento en que concluyera el avance por el este, donde en julio de 1943 los rusos lograron la mayor victoria en una batalla de tanques en la ciudad de Kursk. Durante tres años la Unión Soviética tuvo que soportar el mayor peso de los combates y resultaba incomprensiblemente amargo que sus aliados no hicieran algo más para ayudarla en estos momentos de necesidad. La Operación Overlord, santo y seña de la invasión, fue meticulosamente planeada e involucró a tres millones de hombres (un millón

de tropas combatientes, otro millón de apoyo logístico y un tercer millón entre la armada y la fuerza aérea), bajo las órdenes del general Eisenhower. Antes de la invasión se bombardearon desde el aire las comunicaciones alemanas con 9.000 aviones (la Luftwaffe poseía 300 aparatos con los que hacerles frente). En ese momento 2.727 barcos pusieron rumbo a las costas de Normandía y el primer día desembarcaron a 156.000 hombres en un frente de casi 50 km. Los alemanes fueron desalojados de Normandía y se retiraron de la mayor parte del territorio francés. Montgomery era partidario de concentrar las tropas aliadas, bajo su mando, para organizar el avance en dirección a Berlín a través del Rin, pero a ello se opuso Eisenhower, que pensaba que un avance como el que se proponía no tendría asegurado el avituallamiento. Éste se declaraba partidario de avanzar sobre un frente más ancho, aunque aceptó que Montgomery progresara en su intento de tomar los puentes sobre el Rin, en la ciudad holandesa de Arnhem. El 17 de septiembre se lanzaron sobre Arnhem numerosos paracaidistas británicos, como avanzadilla de las tropas de asalto, pero fueron a caer en medio de dos divisiones Panzer y sufrieron severas consecuencias: sólo 2.400 paracaidistas, de un total de 9.000, consiguieron escapar en dirección sur. El avance de los aliados continuó sin desmayo hasta que los alemanes se rindieron el 4 de mayo de 1945.

En el Pacífico el peso mayor del combate lo llevaban los americanos, después de que los japoneses se hubieran adueñado rápidamente de las colonias holandesas y británicas. Hong Kong se rindió el día de Navidad de 1941 y Singapur después de la rápida conquista de Malasia, en febrero de 1942. La rendición de la mayor fuerza reunida bajo mando británico, que llegó incluso a deponer sus armas, supuso una afrenta muy humillante en la historia de Inglaterra. Cuando el 15 de febrero el general Percival presentó la rendición incondicional del ejército británico, aunque escaso de alimentos y de agua, disponía de abundante muni-

ción. Las fuerzas de Yamashita eran por entonces un tercio de las inglesas y habían agotado casi por completo su munición. Aun así, 80.000 soldados británicos, australianos e indios fueron hechos prisioneros. Las bajas de los aliados durante toda la campaña ascendieron a 138.700, de las cuales más de 130.000 fueron prisioneros. Las pérdidas en el campo japonés fueron de 9.824 personas, y Churchill describió la rendición de Singapur como «la peor capitulación en la historia de Inglaterra», aunque no previó que se trataba de un hito importante en la disolución del Imperio Británico. De ahí que, a la hora de solicitar protección para el Pacífico, tanto Australia como Nueva Zelanda dirigieran su mirada a Estados Unidos más que a Inglaterra. La pérdida de Hong Kong, Malasia y Singapur había acabado con el mito de la invencibilidad de Inglaterra: las colonias no tardaron en pedir la independencia cuando terminó la guerra. La Guerra Mundial finalmente llegó a su fin cuando Estados Unidos lanzó sendas bombas atómicas en Hiroshima y en Nagasaki en agosto de 1945.

Durante la guerra el Estado ejerció el control de la vida económica, llegando a crear un espíritu de igualitarismo hasta entonces desconocido en la historia de Inglaterra, en tanto que las restricciones propias de una época de guerra afectaron a todo el mundo por igual. La administración triplicó su tamaño a medida que el gobierno se encargaba de las responsabilidades del bienestar social. Los impuestos alcanzaron el 50 por ciento, nivel que duplicaba el de antes de la guerra, mientras que el gasto gubernamental ascendió de 1 billón de libras en 1939 a 6 billones en 1945, lo que suponía dos tercios de los ingresos de la nación en su mejor momento. Fue una época de pleno empleo, mientras que los subsidios de alimentos redujeron el incremento del coste de vida. En 1944-1945 las fuerzas armadas alcanzaron los cinco millones de personas, más que los reclutados durante la Gran Guerra, y la mayoría consiguió sobrevivir. Murieron

unos 360.000, aunque estas pérdidas fueron muy inferiores a las sufridas por alemanes y rusos.

En el gobierno de coalición presidido por Churchill (1940-1945) dos de los cinco antiguos miembros del Gabinete de Guerra eran miembros del Partido Laborista. Churchill se reservó para sí mismo el Ministerio de Defensa, desde el que disponía de una visión panorámica de las fuerzas armadas, y centró todos sus esfuerzos en ganar la guerra mientras dejaba a los demás el gobierno de los asuntos internos. Por su parte, Bevin, el líder sindical de mayor prestigio, desempeñó un papel esencial en el Ministerio de Trabajo al convencer a los sindicatos de que acabaran con sus prácticas restrictivas. Se crearon unos comités para estudiar medidas de reconstrucción postbélica, uno de los cuales emitió el famoso Informe Beveridge. En él se defendía la existencia de un servicio gratuito de sanidad pública, ayudas familiares, medidas gubernamentales para mantener el pleno empleo y un seguro social universal «de la cuna a la tumba». Incluía prestaciones de desempleo, y subsidios por enfermedad y accidente, pensiones a mayores y viudas, auxilios de funeral y beneficios por maternidad. Dichos beneficios serían sufragados por las cuotas de los patronos y del Estado, y configuraron el sistema que aparece recogido en la Ley de Seguros de Lloyd George de 1911. Aunque en él había pocas novedades, ya que se trataba de una síntesis de ideas anteriores, recibió amplia acogida por parte de la prensa y el apoyo entusiasta del público, por lo que consiguieron vender 630.000 ejemplares. A su vez el Informe Uthwatt (1942) propuso la creación de un «cinturón verde» alrededor de las principales capitales, nuevos mecanismos de control sobre el terreno y la construcción de nuevas ciudades donde asentar los excedentes de población de los municipios mayores. En fecha tan temprana como 1940 el Informe Barlow proponía el desarrollo industrial de áreas deprimidas en los años 1930, empresa que asumió Dalton en su Ley de Distribución de la

Industria (1945), con la que comenzó la regeneración económica del nordeste de Inglaterra y el sur de Gales. Por su parte Keynes, al frente del Tesoro, ejerció una notable influencia en las ideas económicas del Gabinete al proponer la nacionalización del Banco de Inglaterra; fue también el inspirador del Libro Blanco de 1944, que aconsejaba al gobierno garantizar el pleno empleo. En 1922 la enseñanza había sufrido un brusco retroceso, de suerte que buen número de niños de clase trabajadora no cursaban en absoluto estudios secundarios. Con la Ley de Educación de 1944, R. A. Butler puso remedio a la situación, estableciendo las bases de la educación secundaria obligatoria, que debía impartirse en los institutos de acuerdo con las ramas elegidas, más académicas o más técnicas. Durante el mandato conservador de Churchill se dio la paradoja de que Gran Bretaña se escoró a la izquierda mucho más que en cualquier otra época anterior.

El gobierno de coalición duró hasta mayo de 1945, momento en que Churchill formó una administración conservadora. Muchos ciudadanos, que se acordaban del triunfo de Lloyd George en las elecciones de 1918, veían extraordinaria la personalidad de Churchill (una encuesta de opinión de junio de 1940 hablaba de un índice de popularidad del 88 por ciento, que de hecho nunca bajó del 78 por ciento mientras duró la guerra), y esperaban que triunfara en las elecciones generales. Sin embargo, los conservadores fueron castigados por las altas tasas de desempleo y el parón sufrido en los años treinta, de modo que el Partido Laborista volvió al poder en medio de una extrañeza generalizada merced a un desplazamiento político desconocido desde 1906. El Partido Laborista aumentó su voto en un 10 por ciento en relación con la época de preguerra y obtuvo 250 escaños, alcanzando así por primera vez una clara mayoría (de 146 escaños).

20. El consenso

En febrero de 1954 el diario *The Economist* mencionaba a un tal «Mister Butskell», nombre formado a partir de R. A. Butler, destacado miembro del Partido Conservador, y de Hugh Gaitskell, quien llegaría pronto a ser líder del Partido Laborista. Con ello se ponía de manifiesto que no había diferencias políticas entre uno y otro partido y se aludía al consenso que se fue generando durante la Segunda Guerra Mundial y que continuó produciéndose una vez que aquélla finalizó. En 1945 en el primer discurso que pronunció como líder de la oposición Winston Churchill afirmaba que «los dos partidos del Parlamento no sólo coincidimos en los principales asuntos de política exterior [...] sino que tenemos un amplio programa común elaborado con esfuerzo durante la época de coalición [...] Puede que haya diferencias de énfasis o de perspectiva sobre tal o cual cuestión, pero en conjunto jamás ha habido un Parlamento que haya reunido un número tan amplio de proyectos legislativos consensuados». En efecto, ambos partidos coincidían en lo que se refiere al Estado del bienestar, al pleno empleo, a una economía mixta y a la negociación con los sindicatos. También ambos partidos compartían sus opciones en política exte-

rior y de defensa: compromiso con la OTAN, disuasión nuclear, descolonización y política con la Commonwealth, institución formada a partir de las antiguas colonias. Butler aceptaba la intervención del Estado en la economía y, llegado el caso, la nacionalización de ciertas industrias. «El primer objetivo», escribió, «era contrarrestar la acusación[...] de que el pleno empleo y el Estado del bienestar no están asegurados con nosotros». Cuando Churchill volvió al poder de 1951 a 1955 privatizó la industria del acero y las contrataciones de carreteras, pero dejó en manos del gobierno las demás industrias que había nacionalizado el Partido Laborista durante su mandato en los años 1945-1951. Churchill no tomó ninguna iniciativa para liquidar el Estado del bienestar y de hecho aumentó el montante real de las pensiones y de otros beneficios sociales. Para el año 1951 el Partido Laborista se había ido desplazando desde la política de nacionalizaciones al keynesianismo como estrategia para manejar la economía. El propio Gaitskell intentó (aunque inútilmente) abolir la cláusula IV, que obligaba al laborismo a defender la propiedad estatal de la producción. Igual que Butler, Harold Macmillan (Primer Ministro de 1957 a 1963), era un *tory* partidario de la «nación única» que ya en 1927 había escrito sobre la «vía intermedia», en la que se combinaba la planificación estatal con la empresa privada y se aceptaba la economía mixta. El consenso continuó vigente hasta los años 1970, momento en que Margaret Thatcher dio al traste con él, aunque más tarde ha surgido un nuevo tipo de consenso cuando el Partido Laborista, liderado por Tony Blair, ha adoptado en buena medida una agenda propia del Partido Conservador.

Las teorías económicas de Keynes fueron la base del consenso. John Maynard Keynes fue un economista, cuyo libro más famoso, *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, apareció publicado en 1936. Keynes estaba preocupado por el elevado índice de desempleo que se alcanzó después de la Primera Guerra Mundial, agudizado incluso con la Gran

Depresión de 1929. Estaba convencido de que no era posible acabar con el desempleo aplicando las recetas teóricas de la economía clásica. Según éstas, el desempleo debería conducir a un descenso de los salarios y en consecuencia a unos menores costes de producción, lo que a su vez llevaría a generar una mayor demanda de bienes y finalmente a una reducción del desempleo. El gobierno no debía interferir invirtiendo dinero en obras públicas a fin de estimular el empleo, ello no haría sino distraer fondos del sector privado al sector público. Si se dejaba la economía a sus propias reglas de comportamiento, acabaría autorregulándose y terminaría por producir el pleno empleo. Lo cierto es que ello no ocurrió ni en los años 1920 ni en los 1930. Keynes observó que la Depresión vino generada por la inadecuada demanda de elementos agregados (es decir, el gasto conjunto del consumo, los negocios y el propio Estado). Para contrarrestar esto los gobiernos debían bajar los intereses (una política de «dinero más barato») y en caso de que ni siquiera con ello se consiguiera estimular suficientemente la inversión, el Estado debería reemplazar las inversiones privadas poco rentables y sustituirlas por subsidios y programas de obras públicas que crearan empleo y generaran la demanda de productos industriales. La principal herramienta del keynesianismo para controlar la demanda de bienes y servicios fue la política fiscal. La reducción de impuestos haría crecer la demanda y en consecuencia aumentar los niveles de empleo: una vez que se alcanzara el pleno empleo y la economía «se recalentara», el gobierno podría aplicar el freno elevando las tasas y recortando el gasto público. La economía de una nación no se parece a la economía familiar en la que los libros de cuentas deben mostrar un equilibrio contable. Cuando en 1931 el gobierno de Inglaterra elevó las tasas y redujo las prestaciones por desempleo durante unos meses de depresión la situación empeoró al reducirse el poder de consumo. Keynes pensaba que en momentos de recesión el

gobierno debía asumir deliberadamente una política deficitaria. Acabada la guerra, se llegó a un consenso general para evitar otra depresión como la vivida en los años treinta; para lograr este objetivo se adoptó la política económica keynesiana.

El Estado del bienestar

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial Inglaterra se hallaba en una situación peor que la de 1918. Había comenzado la guerra como segundo país acreedor del mundo y la terminaba como país más endeudado. El 28 por ciento de la riqueza del país había quedado destruida, generando un déficit en los activos internacionales. Gran Bretaña hubo de pagar el uso de tropas de la India durante la guerra, lo que le hizo contraer con la India una deuda de 1,3 billones de libras, parte en realidad de una deuda total de 3 billones contraída con los países del área de la libra. Las exportaciones se redujeron al 30 por ciento de las que se realizaban en 1938. En consecuencia, la ayuda americana resultaba esencial, sobre todo cuando al rendirse el Japón se anularon los préstamos *Lend-Lease*. Los Estados Unidos proporcionaban préstamos a bajo interés, pero con la condición de que la libra flotara libremente con el dólar a partir de 1947. Durante estos años continuó el racionamiento de alimentos y de vestidos, y en 1946 se impuso por primera vez el racionamiento del pan, de suerte que el trigo americano vino a dar de comer a los hambrientos alemanes.

El gobierno laborista de Clement Attlee tomó la decisión de completar la política prevista en el Informe Beveridge. Hombre taciturno y enigmático, su fuerza residía en liderar un equipo que carecía de verdaderos enemigos, y en ser persona de gran decisión. El programa legislativo que presentó al Parlamento era más ambicioso que el de cualquier otro gobierno anterior: la nacionalización de las principales in-

dustrias, la puesta en funcionamiento de un Servicio Nacional de Salud y del Estado del bienestar, la derogación de la Ley de Conflictos Laborales (1927) y la construcción de nuevas viviendas. El Partido Conservador se mostraba dispuesto a aceptar buena parte de estas medidas ya que el eje de las decisiones políticas se había desplazado hacia la izquierda. El Banco de Inglaterra, la aviación civil, el carbón, las telecomunicaciones, el transporte y la electricidad fueron nacionalizados en 1948 (el hierro y el acero, que eran los dos sectores más problemáticos, no fueron nacionalizados hasta 1951). En total el 20 por ciento de la industria pasó a manos del Estado. La Ley Nacional de Seguros de 1946 que protegía a los enfermos, incapacitados o parados, era sufragada con las contribuciones de los asalariados, los empleados y el propio Estado. Se generalizó la pensión de jubilados, a los 65 años para los hombres y a los 60 para las mujeres. El Servicio Nacional de Salud, instaurado por Aneurin Bevan, proporcionaba a todos servicio gratuito de médico y de dentista.

Bevan, uno de los trece hijos de un minero de Gales, empezó a trabajar en la mina a los 13 años y se educó como autodidacto gracias a que leía cuanto caía en sus manos. Cuando en 1948 empezó a funcionar el SNS, el 90 por ciento de los médicos se incorporaron a él. Bevan nacionalizó los hospitales a fin de asegurar que todo el mundo dispusiera del mismo tratamiento médico, que correría a cargo del SNS, mayoritariamente a cargo de un impuesto general y no del seguro nacional. Por primera vez mujeres, niños y personas mayores recibían tratamiento médico gratuito, iniciativa que continuaba siendo sumamente popular cincuenta años más tarde, a pesar de la escalada del coste de dicho servicio. El éxito del SNS mereció los mayores elogios internacionales. Bevan fue también el responsable de la política de viviendas. Estaba obsesionado con que la mayoría de las nuevas viviendas fueran viviendas municipales, construidas por las autoridades del municipio y alquiladas a personas de pocos ingresos;

no obstante, hasta 1947 el proceso de construcción fue lento debido a la escasez de materias primas. Hubo que esperar hasta que Macmillan llegara a ser Primer Ministro para que se construyeran 300.000 nuevas viviendas en un año, aunque Bevan había logrado construir 200.000 al año durante el periodo 1947-1951 y de una cierta calidad. Las nuevas viviendas debían tener tres dormitorios, con baño y aseo en el interior. Las Leyes de Control de Rentas de los años 1946 y 1949 protegían a los inquilinos de casas privadas mediante el control de los alquileres. El medio ambiente se benefició desde el momento en que las autoridades encargadas de planificar la construcción empezaron a controlar las vallas publicitarias y a conservar los edificios de interés histórico, se crearon parques nacionales a fin de proteger el entorno del desarrollismo industrial y se creó una Ley de Aproximación al Campo. La Ley de Nuevas Ciudades de 1946 creó empresas de desarrollo destinadas a construir nuevas ciudades como Stevenage y Hemel Hempstead, que absorbieran el exceso de población de Londres. En suma, Bevan, maestro del detalle y la elocuencia, fue el principal arquitecto del Estado del bienestar en Inglaterra.

En 1947 Attlee tuvo que hacer frente a dos crisis, en un año que sufrió el peor invierno del siglo y conoció grandes heladas de enero a marzo; todo ello provocó un recorte en el abastecimiento de energía que colapsó la industria varias semanas. Para empeorar el estado de las cosas, la cotización de la libra se desplomó cuando se produjo la conversión en el mes de julio. Hugh Dalton, ministro de Hacienda, tuvo que suspender la convertibilidad de la libra en agosto, y en noviembre introdujo una reforma del presupuesto que contemplaba medidas de austeridad: se restringieron las importaciones, subieron los impuestos y se redujeron los subsidios por alimentos. Lógicamente, la popularidad del gobierno se vino abajo, aunque el Plan Marshall vino en su ayuda. En 1949 hubo una nueva crisis cuando la recesión de Esta-

dos Unidos obligó a devaluar la libra esterlina. Attlee, aislado y mudo, no tuvo reacción alguna, sino que dejó a otros ministros más jóvenes, como Hugh Gaitskell, la decisión de convencer a sus colegas de la necesidad de devaluar la libra un 30 por ciento.

Ernest Bevin, ministro de Asuntos Exteriores, fue la figura más destacada de este gobierno. Hijo ilegítimo, se crió en medio de una gran pobreza y hubo de abandonar el colegio a los 11 años, antes de convertirse en miembro destacado de los sindicatos de trabajadores. Como líder del sindicato principal, fue el dirigente más influyente de la Inglaterra de los años 1930. De acuerdo con la opinión de Lord Listowel, ministro para la India, Bevin «era en lo más profundo de su corazón un imperialista a la antigua usanza, partidario de ampliar más que de reducir el imperio». No obstante, tuvo muy claro que era necesario preparar la transferencia de poder a los líderes nativos. Aunque el principal impulso descolonizador no tuvo lugar hasta los años 1960, Bevin comprometió la independencia de Birmania y de Ceilán en 1948. Por su parte, Attlee mantenía un punto de vista radical y clarividente sobre cuáles eran los compromisos de Inglaterra. En un memorándum del año 1945 dejó escrito que la estrategia de defensa al este del canal de Suez era completamente inútil, así como que carecían de importancia los enclaves del golfo Pérsico y del Mediterráneo Oriental. Sin embargo, no pudo convencer de ello a Bevin, que mantuvo los compromisos británicos al este de Suez, firmó tratados defensivos con los Estados árabes del golfo Pérsico a fin de proteger la ruta hasta la India como hasta entonces se había hecho, y emprendió una campaña contra el Despertar Malayo (1948-1960) para aplastar a los rebeldes comunistas.

Estas iniciativas no eran sino el corolario de las ideas de Bevin en el sentido de que Inglaterra seguía siendo una potencia mundial, con sus compromisos con la Commonwealth. Como los Estados Unidos dejaron de cooperar para

que Inglaterra fabricara su propia bomba atómica, Bevin y Attlee decidieron proseguir solos en esta empresa, sin consultar siquiera al resto del gabinete. Ello provocó un profundo desaliento en el movimiento laborista, donde existía una poderosa facción antinuclear. El servicio militar obligatorio, cuya duración llegaba a dos años, hizo que Inglaterra contara con un ejército de más de 750.000 hombres y que tuviera que afrontar unos gastos de defensa que no podía sostener. Los acontecimientos ocurridos en Palestina vinieron a demostrar de inmediato que Inglaterra estaba sobredimensionada. En Palestina Inglaterra se encontró con que había hecho promesas contradictorias a árabes y judíos, que se remontaban a la Declaración Balfour (1917) y que los árabes jamás aceptaron. Inglaterra proponía una Palestina independiente con una mayoría árabe estable, proyecto que fue rechazado por los judíos. El año 1946 un puñado de insurgentes judíos atacó el hotel Rey David de Jerusalén, centro neurálgico del poder inglés en Palestina. Hubo 91 muertos, y con ellos desapareció el interés británico por mantener el mandato sobre la región. Unos 100.000 soldados británicos estaban asentados en Palestina, lo que suponía unos gastos enormes, y por ello Bevin transfirió el problema palestino a las Naciones Unidas en febrero de 1947. Cuando en septiembre un comité de la ONU se decantó por la partición del territorio, el gobierno británico dijo que no se sentía responsable de dicha solución y optó por retirarse sin que se hubiera creado ningún Estado y en medio de una situación caótica. Árabes y judíos quedaron abandonados al enfrentamiento mutuo. Esta postura implicaba el reconocimiento de la impotencia de Inglaterra y era un claro exponente de que el país había dejado de ser una potencia mundial. La debilidad inglesa se hizo nuevamente evidente con motivo de la guerra civil griega (1944-1949), cuando en 1947 Bevin informó a los Estados Unidos de que no podía seguir defendiendo Grecia y Turquía contra la subversión comunista.

Por su parte Australia y Nueva Zelanda se dieron cuenta de que no podían confiar ya en Inglaterra para su defensa, de modo que firmaron el Tratado Anzus (1951) con los Estados Unidos: Inglaterra fue excluida del mismo.

El principal objetivo de Bevin en política exterior fue atraer a los Estados Unidos hacia Europa, para contrarrestar el aislacionismo que mantuvo Inglaterra en el periodo de entreguerras; ello impulsaría la presencia de tropas en el continente capaces de defenderlo contra cualquier posible ataque soviético. Entusiasta partidario del Plan Marshall, al que denominaba «cordón umbilical de un barco que se está yendo a pique», Bevin, con Georges Bidault coordinó la respuesta que debía dar Europa, y así en abril de 1948 formaron la OEEC (Organización Europea para la Cooperación Económica). Las zonas de ocupación alemanas bajo autoridad británica y americana se fusionaron bajo el nombre de Bizonia, preludio de la unificación de Alemania Occidental, y cuando los rusos impusieron el bloqueo de Berlín, los ingleses contribuyeron de manera decisiva a establecer el puente aéreo que permitió alimentar a la población de Berlín occidental. En abril de 1949 se creó la OTAN para proteger Europa Occidental tras el golpe checo de 1948. Como Bevin insistía en proteger el Mediterráneo como se había hecho con el Atlántico Norte, se aceptó la presencia en la organización de Italia y Portugal (y posteriormente de Grecia y de Turquía). El ministro de Asuntos Exteriores consideró esta medida como el mayor de sus logros, en tanto que vinculaba de forma definitiva a Estados Unidos con la defensa europea. Cuando en 1950 estalló la guerra de Corea Bevin apoyó a Estados Unidos con total lealtad.

En cambio, respecto a Europa su postura fue ambigua. Desempeñó un papel importante en la firma del Tratado de Bruselas entre Francia y los países del Benelux a fin de crear un sistema de defensa integral, aunque ni él ni ninguno de sus colegas tenían la menor intención de entregar la más mí-

nima porción de soberanía. Bevin declinó la invitación a tomar parte en las discusiones que condujeron a la formación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Aunque después de la guerra sufrió varios ataques cardíacos, su labor no se vio seriamente limitada hasta el final, en 1950. En 1951 su enfermedad le obligó a dimitir, sólo unas semanas antes de su muerte.

Tras las elecciones de 1950, en las que el Partido Laborista obtuvo más votos que nunca, aunque con una mayoría reducida a cinco escaños, Attlee parecía haber perdido el rumbo. En 1950 Dalton había advertido que «todos nosotros nos hemos quedado antiguos, faltos de inspiración y de inventiva». Las disensiones que hasta entonces se habían mantenido acalladas en el seno del gobierno estallaron cuando Attlee nombró ministro de Hacienda a Gaitskell en lugar de a Bevan. Attlee aceptó el presupuesto que Gaitskell había elaborado para 1951, en el que se preveían unos gastos de defensa que Inglaterra no podía asumir y se introducían además partidas correspondientes al Servicio Nacional de Salud. Bevan y Harold Wilson, este último ministro de Comercio, dimitieron y abrieron una crisis en el Partido Laborista, que se vio apartado del poder durante los trece años siguientes. Attlee sabía que Bevan dimitiría ante esta situación, pero no hizo nada para disuadirlo ni para llegar a un compromiso. La crisis que se produjo inesperadamente en la balanza de pagos de 1951 forzó a Attlee a convocar elecciones en octubre. El Partido Laborista todavía conservaba la mayoría de los votos (48,8 por ciento frente al 48 por ciento de los conservadores), pero los conservadores alcanzaron 321 escaños frente a los 295 de los laboristas. En consecuencia Attlee pasó a convertirse en jefe de la oposición, sin que hiciera nada por curar la brecha abierta entre Bevan y Gaitskell. Cuando el Partido Laborista fue derrotado en las elecciones de 1955, perdió toda su influencia y abandonó la escena política; fue el primer líder laborista que aceptó un condado hereditario.

Gobiernos conservadores (1951-1964)

Cuando en 1951 Churchill recuperó el poder contaba 77 años y ya había sufrido dos infartos cerebrales. Según el médico «había perdido su antigua capacidad de trabajo y con ella buena parte de la confianza en sí mismo». No obstante, su gobierno fue un éxito. Creó un nuevo Ministerio de la Vivienda y encargó a Harold Macmillan la construcción de 300.000 casas al año. En cambio, Butler mostró escaso olfato financiero al frente del Tesoro, aunque se benefició de la devaluación de la libra que llevaron a cabo los laboristas en 1949, de suerte que entre 1952 y 1955 no hubo problemas de equilibrio financiero. En 1953 se privatizaron el carbón y el acero, y en 1954 el transporte por carretera, aunque otras industrias que habían sido nacionalizadas por los laboristas quedaron como propiedad pública. En 1954 se puso fin al racionamiento de alimentos, se mantuvo el pleno empleo y se elevó el nivel de vida. La política exterior quedó en las expertas manos de Anthony Eden, un ministro de Asuntos Exteriores realmente impresionante. Logró acuerdos con Egipto sobre la independencia de Sudán y sobre la retirada de las tropas británicas del canal de Suez. Pero el mayor éxito de Eden, que se granjeó internacionalmente la reputación de estadista, fue su gestión sobre Indochina (Vietnam) y Alemania Occidental. Convenció a Molotov y a Dulles de que aceptaran los Acuerdos de Ginebra (1954) que pusieron fin a la guerra de Independencia de Indochina (1946-1954) y creó los nuevos Estados de Laos, Camboya y Vietnam del Norte y del Sur. Los Estados Unidos querían que se creara una Comunidad Europea de Defensa, que incluyera a Alemania Occidental, y manifestaron su más profunda contrariedad cuando la Asamblea Nacional francesa rechazó el proyecto en 1954. Eden consiguió aglutinar las principales fuerzas europeas, de Estados Unidos y Canadá y convenció a Alemania y a Italia para que se incorporaran a la OTAN. El

compromiso de Estados Unidos y de Canadá con la defensa europea quedó consolidado, así como la presencia de una fuerza británica permanente en el continente.

Churchill sufrió un nuevo infarto cerebral en 1953 y hubo de retirarse durante unos meses. A su regreso, la falta de control sobre los asuntos más corrientes causó numerosos problemas a sus colegas, de quienes ni siquiera podía recordar los nombres. En 1955 se le persuadió a duras penas de que presentara su dimisión y Eden asumió el cargo de Primer Ministro. En junio de 1955 Inglaterra recibió una calurosa invitación a participar en las negociaciones que finalmente condujeron al Tratado de Roma (1957) y a la formación de la Comunidad Económica Europea (CEE), aunque, después de ciertas dudas, Eden la rechazó. Hombre irascible y excitable, no resultaba demasiado popular entre sus colegas ya que interfería continuamente en sus departamentos, aunque lo que realmente le hizo perder su autoridad fue la manera en que manejó la crisis de Suez. Obsesionado con que Nasser era un nuevo Hitler, pensaba que la Unión Soviética usaba a Nasser «primero para desalojar a Occidente de Oriente Próximo y en segundo lugar para poner el pie en África con vistas a dominar a su vez este continente». Así, Eden presionó para que Estados Unidos se retirara del proyecto de construcción de la presa de Asuán. Dulles siguió esta política y Nasser en represalia nacionalizó el canal de Suez. A partir de ese momento Eden consideró que una fuerza militar «debía provocar la caída del actual gobierno egipcio». A pesar de que el presidente Eisenhower le aconsejó que no emprendiera acciones militares, Eden se confabuló con Mollet y con Ben Gurion, primeros ministros de Francia y de Israel, para atacar Egipto. Israel veía en ello una estupenda oportunidad para acabar con el bloqueo egipcio de los estrechos de Tirana y para combatir la guerrilla árabe; por eso intrigó con Francia un plan que le fue presentado a Inglaterra en octubre de 1956. Los israelíes atacarían Egipto

y una vez dueños de la mayor parte de la península del Sinaí, Inglaterra y Francia ordenarían a ambos bandos la retirada del canal, que quedaría ocupado y protegido por una fuerza anglofrancesa. Inglaterra aceptó el plan y el 29 de octubre Israel invadió el Sinaí. El 30 de octubre Inglaterra y Francia dieron un ultimátum, que evidentemente Egipto rechazó, de modo que el día 31 la mayor parte de la fuerza aérea de Egipto quedó destruida por aviones británicos y franceses sin haber podido siquiera despegar. De Chipre partió una fuerza invasora que llegó a Port Said el 5 de noviembre, y que ayudada por paracaidistas, capturó la ciudad y avanzó hacia el canal; éste quedó bloqueado por los barcos que en él hundieron los egipcios. Como Estados Unidos no había sido informado del ataque, elevó la condena de Inglaterra y de Francia ante las Naciones Unidas. En cambio en Inglaterra la opinión pública general y el Partido Conservador apoyaron decididamente al gobierno. El Partido Laborista se declaró partidario de emplear la fuerza sólo en el caso de que así lo sancionaran las Naciones Unidas y atacó duramente la manera en que Eden había manejado la crisis. Se produjo una fuerte presión sobre la libra, que Estados Unidos no quiso aligerar hasta que se puso fin a la invasión. En consecuencia, el 6 de noviembre Inglaterra y Francia convinieron en aceptar el alto el fuego recomendado por Naciones Unidas. El incidente de Suez supuso un duro golpe contra el prestigio internacional de Inglaterra: ningún líder inglés se atrevería ya a desafiar a Estados Unidos en temas importantes. Eden llegó a mentir a la Cámara de los Comunes al decir que no había tenido conocimiento previo del ataque israelí. El 9 de enero de 1957, agotado, dimitió por prescripción médica, convencido de que había actuado correctamente.

Harold Macmillan fue elegido Primer Ministro. Modelo de caballero de época eduardiana, hombre urbano, refinado y astuto, se presentaba en público como alguien jovialmente impertérrito, aunque en privado se mostraba introspectivo

y nervioso. El incidente de Suez había puesto de manifiesto que Inglaterra ya no era una potencia mundial. Aunque Macmillan insistía en que Inglaterra debía poseer sus propias armas nucleares (se probó una bomba de hidrógeno en el Pacífico en 1957), en buena medida el país dependía de los sistemas de distribución americanos. Como la defensa nuclear implicaba que las fuerzas militares convencionales parecieran más innecesarias, se suprimió el servicio militar obligatorio y la dimensión de los ejércitos se redujo a la mitad. Además se aceleró el proceso de descolonización. Algunas de las reformas emprendidas por Macmillan resultaron impopulares, como el drástico recorte de 10.000 km que impuso sobre la red de ferrocarriles a fin de reducir las pérdidas de los Ferrocarriles Británicos, después que el Informe Beeching de 1963 pusiera de manifiesto que un tercio del servicio transportaba sólo un 1 por ciento de pasajeros y de mercancías. Así los servicios de ferrocarriles se concentraron en atender las demandas interprovinciales y de mercancías a granel. La primera autopista se inauguró en 1958 y en 1967 se alcanzaron los 845 km. En 1958 se introdujeron los títulos vitalicios de nobleza y se aprobaron planes para mejorar la educación superior. La Universidad de Sussex abrió sus puertas en 1961 y en las mismas fechas se dio luz verde a las nuevas universidades de York, East Anglia, Essex, Kent, Lancaster y Warwick.

La legislación más polémica fue la relativa a la inmigración. Después de la Segunda Guerra Mundial la mano de obra escaseaba en Inglaterra, de suerte que los inmigrantes eran muy bien recibidos. Procedían fundamentalmente de países de la Commonwealth (en especial de las Indias Occidentales, India y Pakistán) y por lo general se encargaban de trabajos poco cualificados. Las tensiones surgieron porque hubo problemas de asimilación entre gentes de diferentes culturas y en 1958 se produjeron algunas algaradas contra afrocaribeños en Nottingham y en Notting Hill (Londres).

Como el número de inmigrantes aumentó hasta alcanzar la cifra de 230.000 en 1960-1961 (lo que supuso duplicar dicha población) el gobierno conservador hizo aprobar la Ley de Inmigrantes de la Commonwealth en 1962, que supuso una severa restricción. Los ciudadanos de la Commonwealth sólo podían residir en Inglaterra si tenían trabajo o poseían una cualificación o preparación profesional especiales. El Partido Laborista criticó dicha ley tachándola de racista, en tanto que los inmigrantes de raza blanca apenas se veían afectados por la misma (la ley no aludía al trabajo no cualificado de irlandeses); sin embargo la clase trabajadora de origen británico se sintió entusiasmada, de modo que cuando en 1964 el Partido Laborista alcanzó el poder no derogó la ley. Y no lo hizo durante todo el periodo 1964-1970.

La economía representaba un problema espinoso para Macmillan. Las sucesivas crisis de la libra, cuando parecía que los gastos del gobierno se hallaban fuera de todo control, se abordaban subiendo los intereses, lo que provocaba un incremento de los costes de productos manufacturados, alejaba las inversiones y dificultaba la planificación a medio plazo. Tan pronto como se reducían los intereses o los impuestos por motivos electorales, crecían las importaciones y se desencadenaba una nueva crisis de la libra. Hubo, pues, una política de arranques y frenazos alternativos. En 1957 el interés bancario subió al 7 por ciento, su nivel más alto desde 1920. El ministro de Hacienda Thorneycroft llegó a decir en 1957 al Primer Ministro que «con unos activos relativamente escasos y con fuertes deudas, seguimos viviendo como si fuéramos una gran potencia», y que convenía hacer «algunos recortes abrumadores en el gasto del Estado del bienestar», Macmillan se sintió alarmado, pero no estuvo de acuerdo con él, de modo que Thorneycroft y su equipo económico presentaron la dimisión, asunto que el Primer Ministro consideró «un leve escollo puntual». La reducción de impuestos de los años 1958 y 1959 ayudó a los conservado-

res a aumentar su mayoría hasta 100 diputados en las elecciones de 1959, aunque en 1960 el incremento de los préstamos y del gasto hizo rebrotar la inflación y la prosperidad anterior se desvaneció. El descontento ante la política económica del gobierno se puso en evidencia en las elecciones parciales de Orpington de 1962, en las que una mayoría conservadora de 14.670 fue suplantada por una mayoría liberal de 7.855. Luego vino la Noche de los Cuchillos Largos, en la que fueron destituidos siete ministros del gabinete, a los que siguieron tres días después los otros nueve ministros que no pertenecían al gabinete. En privado Macmillan admitía que estas tremendas medidas suponían «un gran error» y que él mismo «comenzaba (finalmente) a sentirse viejo y deprimido».

Desde el final de la guerra el nivel de vida en general había aumentado considerablemente (los salarios crecieron en términos reales un 50 por ciento entre 1951 y 1964), y por eso se hablaba constantemente de una sociedad «opulenta». En 1946 sólo había 15.000 licencias de televisión; para 1956 ya eran cinco millones. En 1969 nueve de cada diez hogares poseían televisión, aparato que ocupaba la cuarta parte del tiempo libre de hombres y de mujeres. Ahora se disfrutaba del ocio en casa y de hecho la gente veía más películas que nunca, si bien no en el cine, donde el número de espectadores se desplomó de 26,8 millones en 1950 a 3,7 millones en 1970. Lo mismo sucedía con la Liga de fútbol. En 1949 los espectadores que acudían al campo eran 40 millones, y esta cifra descendió en dos tercios en los veinte años siguientes cuando el fútbol se retransmitía por televisión. En 1952 en Inglaterra había 2,5 millones de coches, pocos más de los que había en 1939, pero dicho número se duplicó en 1959. Mucha gente empezó ahora a viajar al extranjero y a disfrutar de las vacaciones en las zonas cálidas del Mediterráneo, algo completamente desconocido antes de la guerra. Con Los Beatles se desarrolló a comienzos de los sesenta una suerte

de cultura popular, gracias a músicos de gran genio como John Lennon y Paul McCartney, y por entonces surgió una sociedad más permisiva en la que el alcohol y las drogas resultaban de fácil acceso. Las faldas se hicieron más cortas y la aparición de la píldora posibilitó a la mujer una libertad sexual de la que hasta entonces sólo habían disfrutado los hombres. La otra cara de este desarrollo fue el incremento de los divorcios y la aparición de familias monoparentales. El aumento de la prosperidad económica se hizo patente en la gran cantidad de electrodomésticos que la gente podía adquirir: aspiradores, frigoríficos, lavadoras, calentadores y cocinas. Entre los años 1952 y 1964 los gastos de consumo crecieron en términos reales un 45 por ciento. El nivel de vida aumentó porque los salarios subieron en mayor proporción que los precios y apenas se conocía el paro (el desempleo rara vez alcanzó el 2 por ciento entre los años 1948-1970). Todos estos cambios llevaron a Macmillan a decir en 1957 que «a la mayoría de nuestra gente nunca le ha ido tan bien».

Las apariencias, sin embargo, resultaban engañosas. El relativo declive industrial de Inglaterra quedó enmascarado después de la guerra por la destrucción que habían sufrido otros países durante la misma. Ello permitió a Inglaterra aparecer como económicamente dominante en el periodo de inmediata postguerra, época en que debió haberse producido la modernización de la economía, cosa que no sucedió, y así, mientras que sus rivales y en especial Alemania recuperaban su predominio económico, Gran Bretaña lo perdió. En 1950 Inglaterra producía el 25,5 por ciento mundial de la exportación de productos manufacturados, y Alemania sólo el 7,3 por ciento. En cambio en 1960 el 10,8 por ciento de Inglaterra había quedado superado no sólo por Alemania (20 por ciento) sino también por Japón (11,7 por ciento). Este retroceso de Inglaterra también se reflejaba en los ingresos no tangibles. En 1913 equivalían al 40 por ciento de las importaciones británicas, el 5 por ciento en 1960.

Sin embargo, Gran Bretaña se comportaba como si continuara siendo una gran potencia, con unos gastos de defensa muy superiores a los de sus rivales económicos: en 1955 Alemania gastaba en defensa el 4,1 por ciento de sus ingresos, Japón el 1,8 por ciento e Inglaterra el 8,2 por ciento.

En 1959 Gran Bretaña formó una asociación económica rival de la CEE, la llamada EFTA (Asociación Europea de Libre Comercio/European Free Trade Association), integrada en su origen por Gran Bretaña, Noruega, Suecia, Dinamarca, Austria, Suiza y Portugal. Su objetivo era reducir progresivamente las tarifas entre los Estados miembros, como hacía la CEE, proceso que se completó en 1966. Pero a diferencia de la CEE, la EFTA no mantenía una tarifa exterior común, ni sostenía otros tipos de política conjunta ni de instituciones supranacionales, pues Inglaterra buscaba no perder un ápice de su soberanía. Los Estados más pequeños, como Suecia y Suiza, se beneficiaron de la EFTA, ya que con ella tuvieron fácil acceso a los mercados fuertemente protegidos de Gran Bretaña, país que contaba con 51 de los 89 millones de habitantes de toda la EFTA. Las ganancias para Gran Bretaña fueron mucho menores: la EFTA sólo adquirió el 10 por ciento de las exportaciones británicas de 1960. La EFTA nunca podría ser un sustituto de la CEE, con una población de 170 millones, de suerte que a los siete meses de que se creara la EFTA, en mayo de 1960, Harold Macmillan decidió pedir el ingreso de Gran Bretaña en la CEE. No obstante, De Gaulle vetó la solicitud presentada por Gran Bretaña en 1963 (y de nuevo en 1967), ya que consideraba a Gran Bretaña como un caballo de Troya americano y no estaba dispuesto a que nadie le disputara a Francia su predominio en Europa Occidental.

En 1963 Macmillan ingresó en un hospital para ser intervenido de próstata y presentó su dimisión. De manera imprevista el conde de Home fue nombrado Primer Ministro, el primer aristócrata que llegó a ejercer este cargo desde tiempos de Lord Salisbury a principios de siglo. Quedaba

fuera de toda duda que continuaría perteneciendo a la Cámara de los Lores, de modo que renunció a su título y fue elegido representante en la Cámara de los Comunes como Sir Alec Douglas-Home. Educado, considerado y accesible, fue un perfecto ignorante en asuntos de economía y tuvo que vérselas con un dinámico líder del Partido Laborista, Harold Wilson, que le derrotó en las elecciones de 1964. Entonces Douglas-Home dimitió como líder del Partido Conservador y fue sustituido por Edward Heath.

El final del imperio

De 1945 a 1960 alcanzaron la independencia cuarenta países con una población de 800 millones, más de un cuarto del total de la población mundial, gracias a una serie de acontecimientos sin precedentes y en buena medida inesperados. Las potencias europeas estaban debilitadas y habían quedado humilladas en la guerra por la facilidad con que Japón se impuso sobre sus colonias del sur de Asia; los imperios británico, holandés y francés dejaron de existir en aquella zona, como le sucedió al italiano en África. Al terminar la guerra las dos superpotencias triunfantes, los Estados Unidos y la Unión Soviética, se opusieron al colonialismo, como también lo hicieron las Naciones Unidas, cuya carta fundacional declaraba que todos los pueblos tienen el derecho a la libertad y a la justicia. Inglaterra, con un imperio inmenso, era una nación netamente deudora en 1945 y buscaba concentrarse en su recuperación económica interna: no quería emplear sus magros recursos en plantear luchas coloniales.

En 1942 habían prometido la independencia a la India, con vistas a conseguir su apoyo en la guerra contra Japón. En 1946 se produjo una serie de masacres generalizadas que amenazaban con convertir a la India en una zona ingobernable y llevarla a una guerra civil. El gobierno británico, el

Congreso Nacional de la India y la Liga Musulmana se apresuraron a superar este punto muerto. El Primer Ministro, Clement Attlee, sustituyó a Wavell por Mountbatten como virrey. Éste insistía en la necesidad de fijar un calendario preciso para la retirada británica, con lo que pretendía conseguir que la Liga y el Congreso llegaran a un acuerdo. Attlee informó de que el mes de junio de 1948 era la última fecha posible, pero Mountbatten la anticipó a agosto de 1947 y entabló negociaciones con Nehru, líder del Congreso, y con Jinnah, jefe de la Liga, a fin de llegar a un compromiso final. India quedaría dividida, con un Pakistán «de dos alas», una al noroeste y otra al noreste del continente, separadas entre sí por unos miles de kilómetros. También Bengala y el Punjab quedarían repartidas entre India y Pakistán. No obstante, esta partición de la India no contentó a ninguna de las partes. Jinnah se quedó con un «Pakistán apolillado»; y el Congreso no ejercía el control sobre un país unificado. Las terribles matanzas que se desencadenaron a raíz de ello (en las que perecieron hasta un millón de personas) alcanzaron su punto álgido en el momento de la independencia, los hindúes abandonaron Pakistán y los musulmanes la India, dejando tras de sí un legado de amargura que aún persiste. El impacto que produjo la independencia de la India se hizo notar de inmediato en el resto de Asia. Birmania y Ceilán (llamado Sri Lanka desde 1972) lograron la independencia en 1948. Por su parte Malasia, que hubo de hacer frente a la guerrilla comunista en el Despertar Malayo, obtuvo su independencia en 1957. Brunei, última posesión británica en esta zona, logró la independencia en 1984.

En África se consiguió la paz en costa de Oro, donde Nkrumah había fundado un partido de respaldo mayoritario. La costa de Oro alcanzó la independencia con el nombre de Ghana en 1957. De Gaulle dio un gran espaldarazo al proceso descolonizador al ofrecer en 1958 la independencia a las colonias del África francesa; el resultado fue que en 1960

ingresaron en la ONU dieciséis nuevos Estados africanos. Ello aceleró la decisión belga de desprenderse del Congo, lo que dejó a Inglaterra expuesta a unas reclamaciones nacionalistas cada vez mayores y más violentas en las colonias que le quedaban. En consecuencia, Macmillan se mostró partidario de garantizar en las colonias británicas de África un gobierno de la mayoría de color: la mayoría de las colonias lograron la independencia antes de 1964. En aquellas áreas en las que las comunidades de población blanca no aceptaban ceder el poder a los negros subsistía un problema. «No son los africanos el problema que tiene África», decía Macmillan, «el problema son los europeos». Hacia 1959 la Federación Centroafricana (en inglés CAF, Central African Federation), integrada por Rodesia septentrional y meridional y Nyasalandia, se estaba disolviendo. Rodesia septentrional y Nyasalandia, cuya población blanca era minoritaria, pero que contaban con un movimiento nacionalista vigoroso y de líderes carismáticos, obtuvieron el reconocimiento de su independencia en 1964 con las nuevas denominaciones de Zambia y Malawi. En cambio en Rodesia meridional (donde la proporción entre blancos y negros era de 1 a 13) los blancos se negaron a ceder el poder, y cuando el gobierno inglés se negó a conceder la independencia si no era bajo gobierno de la mayoría negra, aprobaron la Declaración Unida de Independencia en 1965, con lo que comenzó un conflicto que no concluyó hasta 1980, cuando Rodesia del sur alcanzó la independencia bajo el nombre de República de Zimbabue.

En las Antillas, Jamaica y Trinidad se independizaron en 1962 y para 1983 lo habían hecho la mayoría de las islas más pequeñas, excepto Bermudas. En el continente, la Guayana inglesa se hizo independiente como Guayana en 1966: Honduras británica (denominada Belice a partir de 1973) vio retrasada su independencia hasta 1981, una vez que Guatemala accedió a sus reclamaciones territoriales. Para 1990 el proce-

so de descolonización estaba casi completado. Sólo algunas pequeñas islas con escasos recursos (islas Caimán, Santa Elena, Tristán da Cunha) permanecieron como colonias, al igual que Bermudas, que rechazó la independencia. En cuanto a Gibraltar, arrebatado a España en 1713, decidió en un referéndum de 1969 continuar bajo soberanía británica, aunque España lo sigue reclamando. Por su parte Hong Kong, donde desde 1997 había expirado el contrato de arrendamiento de los nuevos territorios, se reintegró a China.

Gran Bretaña ingresa en la CEE

Tras la retirada de De Gaulle en 1969, Georges Pompidou retiró las objeciones que Francia había planteado a la entrada de Gran Bretaña en la CEE. En consecuencia, Gran Bretaña entró junto con Dinamarca e Irlanda en 1973, siendo Primer Ministro Edward Heath (1970-1974), en calidad de «inválido económico de Europa» según palabras del semanario *The Economist*. El ingreso en Europa constituye la mayor revolución producida en la política exterior inglesa durante el siglo xx, aunque Gran Bretaña sea un miembro europeo algo renuente. Como las instituciones comunitarias ya estaban creadas, Inglaterra no pudo modificarlas ni cambiar ciertas orientaciones políticas que le desagradaban, como por ejemplo la política agraria comunitaria. La agricultura empleaba al 15 por ciento de la población activa en la Europa de los Seis (los Estados miembros fundadores), y sólo el 3 por ciento en Gran Bretaña. La política agraria comunitaria fue concebida en función de unos países (en particular Francia) en los que los pequeños agricultores gozaban de gran importancia económica y política, que proporcionaba gran autosuficiencia en productos alimenticios. Dicha política defendía mantener altos los precios agrícolas de la CEE e imponer fuertes tasas a los alimentos importados. Esto afectaba severamente a

Gran Bretaña, país que importaba la mayor parte de sus productos alimenticios. Gran Bretaña negoció su entrada desde una posición de debilidad, pero en 1978 su contribución no era asimétrica: contribuía con el 20 por ciento de los fondos comunitarios, aproximadamente lo que correspondía a su proporción de PIB global. Sin embargo, Gran Bretaña recibía sólo el 8,7 por ciento de los gastos de la CEE en 1980, porque dos tercios de dicho presupuesto ya se habían destinado a la política agraria comunitaria. Los granjeros británicos se beneficiaron sin duda de los fondos agrícolas: en tres años el precio del cereal inglés creció un 250 por ciento. La extensión de los cultivos de cereales pasó a 8 millones de toneladas en 1980, el doble de 1970 y diez veces la cifra de 1930.

Desgraciadamente Gran Bretaña ingresó en la CEE justo en el momento en que concluía el auge posterior a la guerra y cuando se produjo la subida de los precios del crudo acordada por la OPEP de 1973, que cuadruplicó el precio del petróleo y condujo a una recesión de la economía mundial, al desempleo y a la inflación. En fecha tan temprana como 1962 Dean Acheson, antiguo secretario de Estado de los Estados Unidos, ya había comentado que «Gran Bretaña ha perdido un gran imperio y todavía no ha encontrado su nuevo papel». ¿Lo iría a encontrar en el seno de la CEE? No daba esa impresión, en tanto que el eje franco-alemán se hallaba muy bien asentado en pleno corazón de la institución. Helmut Schmidt y Giscard d'Estaing promovieron el Sistema Monetario Europeo, siguiendo la iniciativa del presidente de la CEE, Roy Jenkins, mediante un mecanismo de intercambio que permitiría a las diferentes monedas nacionales fluctuar dentro de unos determinados límites. En 1979 Gran Bretaña rehusó vincular la libra esterlina con las demás monedas en el seno de dicho mecanismo de intercambio, y de hecho se convirtió en el único país que no quiso someterse a la plena integración comunitaria. Ello no hacía sino reforzar la imagen de una Gran Bretaña renuente a Europa.

Los disturbios

La reforma de mayor trascendencia que emprendió Edward Heath fue que Gran Bretaña ingresara en la CEE. Tuvo mucho menos éxito al enfrentarse con el problema de la violencia en Irlanda del Norte (conocido como «los disturbios») que habían empezado en 1968. Desde que en 1921 se produjo la división de Irlanda en un Norte mayoritariamente protestante y un Estado Irlandés Libre y Católico (que se constituyó como República de Irlanda en 1949), los protestantes del norte estaban decididos a mantener sus privilegios, cosa que hicieron al discriminar a su favor la política de viviendas y del mundo laboral. El 4 de enero de 1969 se organizó una marcha en defensa de los derechos civiles de Belfast a Londonderry. A las afueras de Derry la manifestación fue atacada por una turbamulta protestante que blandía porras: las fuerzas del RUC (Policía Real del Ulster/Royal Ulster Constabulary) no proporcionaron a los manifestantes protección alguna. A última hora de ese mismo día las fuerzas del RUC y las fuerzas especiales B (fuerzas especiales protestantes) entraron a la carrera en la Bogside católica de Derry. En represalia los habitantes de Derry sellaron la entrada a la Bogside, declarándola «área de acceso restringido» y la llamaron Derry Libre. En 1969 el Primer Ministro de Irlanda del Norte, James Chichester-Clark, intentó rebajar la tensión admitiendo ciertas reformas que los católicos llevaban tiempo solicitando para poner fin a las discriminaciones que sufrían en temas de vivienda, trabajo y gobierno local, pero desgraciadamente estas reformas llegaban demasiado tarde. Durante el verano de 1969 hubo serias revueltas, que las RUC no supieron controlar, de modo que Chichester-Clark solicitó por primera vez desde 1922 el envío de tropas inglesas a Irlanda del Norte, para proteger a la población católica. Las fuerzas del IRA pasaron a defender los guetos católicos y en diciembre de 1969 el IRA Provisional se desgajó del IRA

Oficial; desde entonces esta organización desempeñó un papel decisivo en el conflicto entre católicos y protestantes. La situación se deterioró aún más en 1971 cuando el gobierno británico de Edward Heath permitió que las fuerzas de seguridad entraran en las áreas católicas en busca de armas: entre 1971 y 1978 registraron 300.000 casas. Muchos católicos se convencieron entonces de que el IRA les ofrecía la mejor protección. Por su parte Heath autorizaba el ingreso en prisión de presuntos terroristas sin juicio previo; esta situación duró hasta diciembre de 1975, y hasta entonces ingresaron en prisión 2.108 personas. Se trataba de una política completamente equivocada que echó a los católicos en los brazos del IRA. El odio al ejército, a quien se consideraba un mero instrumento de los unionistas, aumentó después del Domingo Sangriento (30 de enero de 1972), cuando trece manifestantes católicos fueron alcanzados por los disparos de las tropas británicas en Londonderry, a resultas de los cuales murieron. El año 1972 fue el más violento de estos disturbios.

Con una situación cada vez más deteriorada en el Norte, Heath decidió en 1972 prorrogar el Parlamento de Irlanda del Norte (de mayoría protestante) e imponer el control directo desde Londres. El secretario de Estado para Irlanda del Norte pretendía involucrar a los católicos en el gobierno de esta zona mediante un poder compartido. La Ley de Constitución de 1973 aprobó la elección de una Asamblea unicameral, de la que se nombraría un ejecutivo por parte del secretario de Estado. Brian Faulkner, líder del Partido Unionista del Ulster, dio su apoyo a esta iniciativa pero con ello no hizo sino dividir a su partido, ya que buena parte de sus integrantes no tenían la menor intención de compartir ningún tipo de poder con los católicos. A su vez el SDLP (en inglés, Social Democratic and Labour Party), partido principalmente católico surgido en 1970 en el Norte para llevar a cabo algunos cambios mediante procedimientos pacíficos y democráticos, se sumó a dicha iniciativa. Un cierto progreso

se produjo en diciembre de 1973 cuando el gobierno irlandés se involucró directamente en el Norte. En una reunión de los gobiernos británico e irlandés celebrada en Sunningdale (Berkshire) el gobierno irlandés estuvo de acuerdo con aceptar que Irlanda del Norte continuara formando parte del Reino Unido mientras la mayoría no decidiera otra cosa. Se formaría un Consejo de Irlanda con ciertas funciones ejecutivas y se aumentaría la cooperación antiterrorista entre el Norte y el Sur. Sin embargo el Pacto de Sunningdale resultó un anatema para los unionistas, que no se mostraban dispuestos a aceptar ninguna implicación del gobierno de la República en los asuntos del Norte. En enero de 1974 tomaba posesión el ejecutivo de Irlanda del Norte, del que formaban parte algunos representantes de los unionistas de Faulkner y del SDLP, aunque fue derribado sólo cinco meses más tarde por el Consejo de Trabajadores del Ulster, fundado por los tres principales partidos unionistas y unos grupos terroristas protestantes: el UDA (Ulster Defence Association/Asociación de Defensa del Ulster, la principal fuerza paramilitar protestante) y el UVF (Ulster Volunteer Force/ Fuerza de Voluntarios del Ulster). En mayo se convocó una huelga que paralizó toda la provincia: los miembros unionistas del ejecutivo dimitieron y así concluyeron los primeros intentos de compartir el poder. Durante la huelga los disturbios se extendieron al Sur: 27 personas murieron por coches-bomba en Dublín y Monaghan. Luego pasaron a Inglaterra, donde en noviembre de 1974 una bomba del IRA mató a 19 personas en un *pub* de Birmingham.

¿Gran Bretaña ingobernable?

A la muerte de Gaitskell en 1963, Harold Wilson se convirtió en líder del Partido Laborista. Había sido un brillante jefe de la oposición, incisivo e ingenioso. En las elecciones de 1964

el Partido Laborista derrotó a los conservadores por una exigua mayoría, de modo que Harold Wilson se encontró como Primer Ministro. En la convocatoria posterior de 1966 el Partido Laborista obtuvo el 48 por ciento de los votos y una cómoda mayoría de 98 escaños. Así hubo de hacer frente a una crisis económica y a una balanza de pagos con un déficit de 800 millones de libras, la peor desde que acabara la guerra. Wilson rechazaba la devaluación, cosa que había hecho el Partido Laborista en 1949, con lo que perdió la oportunidad de hacer más competitivas las exportaciones británicas. Fue un inmenso error, en tanto que hacía imposible cualquier crecimiento económico significativo, y al final la devaluación se hizo inevitable. Lejos de proceder a la deflación, el ministro de Hacienda, James Callaghan, elevó las pensiones y los subsidios de la seguridad social, para lo cual tuvo que incrementar los impuestos y gravar las importaciones aún más. Todo ello condujo a una caída de la libra, de suerte que el interés bancario se elevó al 7 por ciento. En 1967 tras una huelga portuaria que colapsó las exportaciones durante seis semanas, se procedió a devaluar la libra, cuyo cambio frente al dólar pasó de 2,80 a 2,40; se decidió además la retirada progresiva de las fuerzas británicas al este de Suez, dado que resultaba demasiado costoso mantenerlas allí. Con Roy Jenkins como ministro de Hacienda (1966-1970) el presupuesto del año 1968 fue el más deflacionista de los presentados desde los tiempos de la guerra y obtuvo 900 millones de libras incrementando el impuesto sobre la gasolina, el alcohol y el tabaco, y lo mismo ocurrió en 1969. Ese año la balanza de pagos mostró superávit y aún más lo hizo en 1970, pues las exportaciones se habían abaratado tras la devaluación: sin embargo entre 1964-1970 el crecimiento anual no superó en Gran Bretaña el 2,7 por ciento, cifra muy inferior a la de los países rivales.

En Gran Bretaña la preocupación sobre lo que parecía ser la anarquía industrial fue aumentando con motivo de las

frecuentes huelgas intersindicales y semioficiales que se convocaban; aquí parecía darse lo contrario al principio de co-decisión (cooperación entre sindicatos y empresarios) que prevalecía en la economía social de mercado practicada en Alemania Occidental y en los países escandinavos. También iba en aumento la preocupación por el «excedente de plantillas», es decir, por las prácticas restrictivas y de resistencia ante las nuevas tecnologías que pretendían imponer los sindicatos. Entre 1963 y 1967 se perdieron cada año entre dos y tres millones de días de trabajo, cifra que subió hasta 4,7 millones en 1968. «Tanto el gobierno como los patronos estamos desesperados», escribió Barbara Castle, ministra de Trabajo. El Partido Conservador era partidario de emprender acciones contundentes contra los sindicatos, y Wilson quiso anticiparse. En una publicación gubernamental, *En lugar del conflicto*, Castle defendió enérgicamente la idea de que había que aplicar, por primera vez desde la huelga general de 1926, la ley a las relaciones laborales, abriendo así una política que habían querido evitar todos los ministros de Trabajo del partido *tory* entre 1951 y 1964. Castle proponía que los sindicatos sometieran a votación previa la huelga, que el ministro tuviera derecho a ordenar un periodo de enfriamiento de veintiocho días anterior a la huelga y a imponer un laudo cuando una discusión intersindical pudiera conducir a una huelga ilegal.

Las propuestas tuvieron una acogida favorable entre el público, pero los sindicatos se sintieron ultrajados y rechazaban toda injerencia legal en las relaciones industriales; en esto se sentían apoyados por muchos miembros del Parlamento pertenecientes al Partido Laborista, algunos de los cuales estaban pagados por los propios sindicatos. El hecho que más perturbaba al Primer Ministro era saber que su gabinete estaba dividido. James Callaghan, ministro del Interior, se erigió en abanderado de los sindicatos, la Ejecutiva Nacional del Partido Laborista rechazó las propuestas por

16 votos contra 5 y el diputado responsable de la disciplina del grupo parlamentario dijo que no podía garantizar una mayoría en los Comunes a la hora de votar el proyecto de Ley de Relaciones Industriales. En consecuencia Wilson y Castle se vieron obligados a retirar el proyecto. El fracaso de la propuesta recogida en *En lugar del conflicto* resultó humillante para Wilson, quien había reconocido la necesidad de la reforma pero se había mostrado incapaz de llevarla a cabo. Su salto adelante y atrás se interpretó como una rendición total ante el TUC (el semanario *The Economist* lo bautizó como «En lugar del gobierno») y contribuyó a la derrota del Partido Laborista en las elecciones de 1970.

Los mayores éxitos del gobierno de Wilson se produjeron en el ámbito de la educación y de la liberalización social. El ministro de Educación, Anthony Crosland, anunció en 1965 que el sistema de educación tripartito previsto en la Ley de Educación de 1944 promulgada por R. A. Butler debía ser sustituido por escuelas integradas (las «comprehensive schools»), con programas similares para todos los alumnos. En el sistema de educación anterior (Ley de Butler de 1944) había escuelas secundarias («secondary schools») donde los chicos de clase trabajadora eran instruidos para desempeñar trabajos manuales. En cambio las nuevas escuelas («comprehensive») estaban concebidas para dar a todos las mismas oportunidades. Con todo, quedaba en manos de las autoridades educativas locales (LEA en inglés) la decisión de adoptar o no el nuevo sistema. La mayor parte decidió hacerlo y las antiguas «grammar schools» fueron cerrando progresivamente. En 1964 había un total de 200 escuelas integradas o «comprehensive»: en 1970 eran 1.000 con un 30 por ciento del total del alumnado, cifra que subió al 80 por ciento en 1980. Sin embargo, el Partido Laborista no intervino en los colegios privados, en los que la elite privilegiada seguía perpetuándose. En los años sesenta y de acuerdo con las directrices del Informe Robbins de 1963,

que se proponía doblar el número de estudiantes de enseñanza superior para el año 1968, se construyeron nueve universidades y se ampliaron las antiguas. Crosland encargó a 30 politécnicas que proporcionaran un catálogo de cursos más amplio que el de las universidades y que se se concentraran en la docencia más que en la investigación. En 1968 se habían logrado los objetivos del plan Robbin. Otra innovación que mereció el interés personal de Wilson fue la Universidad a Distancia (The Open University), fundada en 1969. Era una institución destinada a estudiantes mayores que no habían podido en su día acudir a la universidad, pero que sí podían ahora obtener una licenciatura mediante cursos a distancia (gracias en parte a sistemas de aprendizaje a través de la radio y la televisión). La experiencia tuvo un gran éxito.

De 1965 a 1967 el ministro del Interior del gobierno de Wilson fue Roy Jenkins. Siendo diputado propuso la Ley de Publicaciones Obscenas (1959), que toleraba como meritoria la calidad literaria: ello permitió a la Penguin Books publicar *El amante de Lady Chatterley* de D. H. Lawrence. Preocupado por la censura, terminó con la permisividad de Lord Chamberlain respecto a las representaciones teatrales. Apoyó las propuestas que pretendían acabar con la pena de muerte, legalizó el aborto y las prácticas homosexuales voluntarias entre adultos y en privado, así como el divorcio por mutuo acuerdo. En 1969 se redujo la mayoría de edad, de 21 a 18 años; se nombró un defensor del ciudadano para investigar las quejas de los particulares frente a los departamentos oficiales, la Ley de Rentas moderó el alquiler de las viviendas, y les proporcionó mayor estabilidad contractual y la Ley Indemnización por Despido compensaba a los trabajadores que quedaban en el paro. La Ley de Inmigración de 1968 impuso restricciones a la inmigración procedente de la Commonwealth, pero el gobierno hizo un verdadero esfuerzo para mejorar la vida de los inmigrantes de color que ya se habían asentado en Inglaterra. Las Leyes de Relaciones Inte-

rraciales de 1965 y 1968 crearon un Consejo de Relaciones Raciales destinado a resolver los conflictos sin acudir a los tribunales, que prohibió la discriminación en temas de vivienda, educación y otros servicios. Durante los gobiernos de Wilson hubo, pues, una abundante legislación que hizo de Inglaterra una sociedad más civilizada. Para el 1970 la economía se había recuperado gracias a la devaluación de 1967 y la austeridad presupuestaria de Jenkins, con lo que él estaba en cabeza de las encuestas de opinión. Por ello Wilson quedó estupefacto cuando perdió las elecciones ante Edward Heath y los conservadores, que alcanzaron una mayoría de 38 escaños.

Ted Heath era una persona muy cultivada y muy humana, un *tory* tradicional, con profundos y sólidos conocimientos musicales. Desde el poder emprendió un variado programa de reformas: hizo obligatoria la educación hasta los 16 años, introdujo el sistema decimal en la moneda, comenzó el proceso de revisión del sistema de medidas, reorganizó el gobierno local suprimiendo los condados históricos, como el de Rutland, y creando otros nuevos (Avon, Humberside, Cleveland). El peor problema al que tuvo que hacer frente fue el de la economía nacional, a pesar de haber heredado una balanza de pagos muy saneada. Los problemas económicos le llevaron a reducir y a recortar los impuestos y el gasto público: se redujeron los subsidios de los consejos locales y se suprimió el reparto de leche gratuito a las escuelas. Pero cuando en 1971 el desempleo superó el millón de personas y la subida de los salarios hizo saltar la inflación, se produjo un volantazo en la política económica. Y así, Anthony Barber, ministro de Hacienda, intentó producir un *boom* reduciendo impuestos y aumentando el gasto público. En esta etapa se invirtió más en vivienda, en educación y en el servicio nacional de salud que durante los gobiernos laboristas. Al reducirse los impuestos se alentó un mayor y más alegre consumo, se suprimieron las restricciones anteriores,

y el dinero en circulación aumentó en un 25 por ciento en 1972 y otro tanto en 1973. Se produjo una explosión del precio de la vivienda, que en algunos casos llegó a duplicarse en dos años. En 1971 la Rolls Royce corrió el riesgo de entrar en bancarrota, por lo que fue nacionalizada, y los astilleros del Upper Clyde recibieron subvenciones para asegurar 3.000 puestos de trabajo. A fin de moderar los incrementos salariales y las huelgas salvajes, Heath aprobó la Ley de Relaciones Industriales (1971), según la cual se exigía una votación previa a la declaración de huelga y sesenta días de reflexión. Los sindicatos tuvieron la obligación de registrarse, su inmunidad legal se vio recortada, y no habría obligación de sindicarse. El TUC amenazaba con expulsar a los sindicatos que se registraran bajo la nueva ley, aunque ésta se aplicó en raras ocasiones y fue poco a poco olvidándose. En 1972 se perdieron 23 millones de jornadas de trabajo en huelgas, la cifra más alta desde 1926. Peor aún fue la huelga de mineros de 1972, que estalló cuando éstos rechazaron una subida salarial del 8 por ciento. Como los piquetes (que aparecían y desaparecían rápidamente aquí y allá) organizados por Arthur Scargill, líder minero de Yorkshire, impedían el transporte de carbón a las fábricas y centrales, el gobierno de Edward Heath se vio obligado a reducir la actividad industrial. La huelga continuó hasta que los mineros consiguieron incrementos salariales de entre el 17 y el 24 por ciento. La subida de precios del petróleo aprobada por la OPEP en 1973 aumentó la de por sí ya alta inflación de Inglaterra y acarrió un déficit en la balanza de pagos de 1,5 billones de libras, cantidad jamás registrada. De nuevo los mineros volvieron a la carga. El Sindicato Nacional de Mineros (National Union of Mineworkers) impuso en noviembre que se prohibieran las horas extraordinarias y en febrero de 1974 volvió a convocar una huelga. En diciembre de 1973 Heath autorizó que la industria trabajara sólo tres días a la semana y en febrero de 1974 convocó elecciones generales para resolver la

cuestión de «¿quién gobierna en Inglaterra?». La situación carecía de precedentes, ya que no se había producido la derrota del gobierno en los Comunes. El Partido Laborista obtuvo más escaños (301) que los conservadores (297), a pesar de que consiguió menor número de votos; pero por primera vez desde 1929 ningún partido había conseguido la mayoría absoluta. Aunque no lo logró, Heath intentó pactar con el Partido Liberal, de modo que el Partido Laborista accedió al poder con un gobierno minoritario.

Los conservadores habían previsto ganar estas elecciones, pero lo cierto es que fueron nuevamente derrotados cuando el Primer Ministro Harold Wilson convocó elecciones en octubre de 1974, que dieron la mayoría absoluta al Partido Laborista por una diferencia de tres escaños. Heath había perdido tres elecciones de las cuatro convocadas y, solo y aislado, fue derrotado por Margaret Thatcher en febrero de 1975 en las elecciones internas del Partido Conservador.

Wilson accedió de inmediato a las reclamaciones de los mineros y a la sustanciosa subida salarial que pedían y terminó así con la semana laboral de tres días y con el estado de emergencia que el propio Heath había declarado. En 1973 las bolsas de todo el mundo estaban colapsadas y los precios por las nubes como consecuencia del alza del precio del crudo acordada por la OPEP. Wilson jugó la baza del contrato social con la TUC, con la idea de que la cooperación sustituiría a la confrontación. Se esperaba así que los sindicatos aceptaran voluntariamente la restricción de la huelga, si a cambio se retiraba la Ley de Relaciones Industriales de Heath. Pero la cosa no funcionó. Los sindicatos utilizaron el «caso especial» de los mineros para conseguir niveles similares de incremento salarial, que alcanzó el 19 por ciento en 1974 y el 23 por ciento en 1975. A pesar de que Denis Healey presentó en 1975 un presupuesto algo precipitado (fue ministro de Hacienda de 1974 a 1979) en el que aumentaba los impuestos directos e indirectos, la libra cayó un tercio y

Wilson se encontró con un mes de diciembre que fue «el más frenético y horroroso; el peor que he vivido en casi ocho años de Primer Ministro». El gobierno tuvo que negociar un préstamo con el Fondo Monetario Internacional a costa de severos recortes en el gasto público. En 1976 Wilson sorprendió a todo el mundo con su dimisión, días después de haber cumplido 60 años. Al despedirse se permitió el lujo de conceder prebendas a compinches indeseables, uno de los cuales terminó en la cárcel acusado de fraude.

A Wilson le sucedió como Primer Ministro James Callaghan. Su sosegada y familiar bonhomía le hacía muy querido (su popularidad siempre estuvo muy por encima de la de su partido). Era un excelente comunicador cuya directa honestidad llegaba claramente al público, como cuando dijo en la Asamblea del Partido Laborista de 1976: «Ahora no podéis gastaros el dinero necesario para salir de la recesión, si es que alguna vez habéis podido hacerlo». Se trataba de un político astuto y profesional, un manipulador, que tuvo que recurrir a sus mayores habilidades para enfrentarse en 1976 con una nueva crisis económica. Con una cifra de desempleados superior al millón de personas, una inflación del 16 por ciento, un presupuesto deficitario y una libra esterlina depreciada, daba la impresión de que el gasto público estaba descontrolado: había aumentado el 6 por ciento del PIB en dos años. El gobierno necesitaba pedir un préstamo al FMI, que a su vez exigía severos recortes en el consumo. Dichas restricciones, las más drásticas desde la Segunda Guerra Mundial (de hecho la proporción del PIB invertido en gastos sociales cayó entre 1974-1979) resultaron muy impopulares y muy pronto Callaghan se encontró con un gobierno en minoría tras haber perdido unas elecciones parciales. No obstante, logró sobrevivir al llegar primero a un pacto con el partido liberal, y cuando este pacto se canceló (porque Callaghan no respetó el compromiso de la representación proporcional), logró el apoyo del Partido Nacional Es-

cocés (SNP en inglés) al que prometió un proyecto de ley soberanista.

Callaghan no era un gran reformador. Había prometido modificar la Ley de Secretos Oficiales pero no lo hizo, y bloqueó con ello las iniciativas que se emprendieron sobre libertad de información. En materia educativa se aprobó una ley que obligaba a las autoridades locales a suprimir los mecanismos de selección en los institutos de enseñanza secundaria y que integraba en la red pública a los colegios subvencionados, aunque no intervenía en los colegios privados e independientes. Su talón de Aquiles fue precisamente aquello en lo que se le consideraba superior: su relación con los sindicatos. La gente pensaba que Callaghan iba a convocar elecciones en octubre de 1978 y que supuestamente las ganaría, puesto que las encuestas de opinión le daban como favorito; sin embargo, al aplazar los comicios sin motivo aparente, se produjo el llamado invierno del descontento (1978-1979) que resultó desastroso para el partido (y a largo plazo para los sindicatos); quedaba claro que el laborismo había perdido la capacidad de negociar eficazmente con los sindicatos que lo distinguía del Partido Conservador.

Desde 1975 Harold Wilson y Jim Callaghan habían procurado llevar a cabo una política de ingresos, con la ayuda del Congreso de los Sindicatos, pero ello desembocó en un descenso del nivel de vida de muchos trabajadores. Cuando en 1978 Callaghan anunció nuevas medidas por las que la subida salarial quedaría limitada al 5 por ciento (cuando la inflación se situaba en el 8 por ciento) el Congreso de los Sindicatos se opuso. En noviembre de 1978 estalló una huelga de los trabajadores de la Ford, los pioneros, huelga que duró nueve semanas hasta que aceptaron una subida salarial del 17 por ciento. Los conductores de camiones de largo recorrido y los distribuidores de gasolina iniciaron una huelga en Año Nuevo y el 19 de enero aceptaron un 17-20 por ciento de subida, aunque la peor y más dañina fue la huelga

de los funcionarios públicos de niveles inferiores. Más de un millón de trabajadores de la administración local se pusieron en huelga, cerrando hospitales, escuelas y otros servicios sociales. Buena parte de estos movimientos fueron puntuales y quedaron restringidos a áreas limitadas (los sepultureros entraron en huelga en Liverpool), aunque alcanzaron difusión nacional gracias a la prensa y la televisión. Como en las calles se amontonaba la basura, los medios de difusión tachaban a los huelguistas de insensibles y prepotentes. El gobierno parecía paralizado y falto de iniciativas. La opinión pública se volvió contra los sindicatos y el gobierno: una encuesta de Gallup realizada en febrero de 1979 otorgaba al Partido Conservador un 20 por ciento de ventaja frente al Laborista (tres meses antes iban cinco puntos por detrás). Cuando los trabajadores de la administración local aceptaron una subida salarial del 9 por ciento más una libra lineal a la semana concluyó la huelga, pero el daño estaba hecho.

El Partido Laborista siempre había mantenido excelentes relaciones con los sindicatos, institución que le proporcionaba fondos, votos en masa en las asambleas del partido y que incluso patrocinaba a no pocos miembros del Parlamento. Esta vinculación se interpretaba ahora como correlación evidente: votar al Partido Laborista equivalía a votar a la anarquía industrial y a la tiranía de los sindicatos, que se habían vuelto demasiado poderosos. Estas organizaciones iban a ser una de las principales víctimas del invierno del Descontento; y puede decirse que fueron ellas las que aseguraron la victoria del Partido Conservador en las elecciones de 1979 y la llegada de un gobierno que redujo el poder del que habían gozado hasta unos límites difíciles de sospechar diez años antes. En 1979 lo normal era pensar que Gran Bretaña había entrado en una fase terminal de la ruina económica, que se hallaba prisionera de la anarquía de los sindicatos y en una situación casi ingobernable.

21. El thatcherismo y lo que vino después

El consenso que había durado desde la Segunda Guerra Mundial hasta los años 1970 se interrumpió bruscamente cuando Margaret Thatcher llegó al cargo de Primera Ministra en 1979. Thatcher pensaba que el consenso político mezcla la verdad con el error, y sostenía la idea de que ella no era «una política de consenso, ni una política pragmática» sino «una política de convicciones». Sus convicciones no eran otras que las de la Escuela de Manchester de los años 1840: la creencia en un Estado minimalista (por lo que a la economía respecta), que no interfiriera en las leyes del libre mercado. Había que reducir los límites del Estado y abolir cualquier tipo de restricciones a la empresa privada. Thatcher tachaba a los moderados y escépticos de «bobos» y los excluía de los que «son de los nuestros». Su llegada al poder coincidió con la aparición del monetarismo, doctrina económica desarrollada por Milton Friedman en la Universidad de Chicago, según la cual el control de la masa monetaria es condición necesaria y suficiente para controlar la inflación. Esta doctrina económica fue un reto al keynesianismo, para el que la inflación era a menudo el resultado de una sólida demanda originada por una fuerte subida de salarios, que podía contro-

larse mediante una política de rentas. El monetarismo, en cambio, suponía que la inflación podía controlarse más eficazmente mediante la fijación de unos objetivos para el crecimiento de la disponibilidad de masa monetaria. Mientras que el keynesianismo se concentraba en reducir el desempleo, el monetarismo prefería reducir la inflación.

El monetarismo logró hacerse importante en los años setenta por causa de la rápida inflación que se produjo, en especial después de la subida de precios del crudo acordada por la OPEP en 1973. El keynesianismo suponía que a medida que aumentara el desempleo caería la tasa de inflación; pero lo que ocurrió en 1974 es que ambos subieron a la vez. En consecuencia, los argumentos del monetarismo fueron adquiriendo cada vez mayor predicamento. El caso es que el consenso político también se colapsó porque como el Partido Conservador se desplazó bruscamente a la derecha, el Partido Laborista se movió también rápidamente hacia la izquierda. Y así, pequeños grupos de militantes se hicieron con el control de las federaciones laboristas y del Comité Ejecutivo Nacional (NEC) y presionaron al partido para que asumiera una política de nacionalizaciones más profunda, para que entablara un nuevo tipo de relaciones con los sindicatos y defendiera el desarme unilateral y la retirada de Inglaterra de la CEE y de la OTAN; es decir, una serie de medidas políticas que quedaban muy lejos de la sensibilidad de la opinión pública. Tímidamente liderado por Michael Foot, que había sustituido a Callaghan tras su dimisión, el partido adoptó este programa ante las elecciones de 1983, «el suicidio más largo de los que conoce la historia», como dijo un ex-ministro laborista. El desplazamiento hacia la izquierda desencadenó otro desgarrón, cuando Roy Jenkins y otros tres ex ministros abandonaron el partido en 1981 para formar el Partido Democrático y Social y arrastraron consigo a varios millones de simpatizantes laboristas; ello debilitó seriamente al grupo socialista durante la década de 1980.

Margaret Thatcher

Hija de un tendero de ultramarinos que ejercía como predicador de la Iglesia metodista, vivía en el piso de arriba del negocio familiar en Grantham, Lincolnshire. De su escuela local, Margaret Roberts pasó a la Universidad de Oxford para estudiar Químicas y en 1951 se casó con un hombre de negocios, Denis Thatcher. Elegida miembro del Parlamento en la lista del Partido Conservador en 1959, desempeñó la cartera de Educación en el gobierno de Edward Heath, y en 1974 fue su contrincante en la elección del líder del Partido Conservador. Aunque nadie esperaba su victoria, alcanzó 130 votos frente a los 119 de Heath, convirtiéndose así en jefa de la oposición. En las elecciones generales de 1979 los conservadores obtuvieron una victoria del 43,9 por ciento de los votos frente al 36,9 por ciento de los laboristas y consiguieron 70 escaños más. Thatcher se convirtió así en Primera Ministra, la primera mujer que ocupaba dicho cargo en Gran Bretaña. Nombró ministro de Hacienda a Geoffrey Howe, quien en los primeros presupuestos de 1979 redujo el impuesto medio del 33 al 30 por ciento y bajó el gravamen más elevado del 83 al 60 por ciento. En compensación elevó el IVA del 8 al 15 por ciento, cambiando así el impuesto directo por el indirecto, un sistema regresivo que favorecía a los más ricos. Para controlar la liquidez monetaria (M3, el conjunto de dinero en circulación y los depósitos en libras) el interés bancario subió del 12 al 14 por ciento (y al 17 por ciento en el mes de noviembre). El tipo de cambio de la libra subió rápidamente debido a los altos tipos de interés y el precio del crudo se triplicó debido a la revolución iraní que instauró al ayatolá Jomeini en el poder. La industria tuvo que hacer frente a altas tasas de interés, elevados precios del crudo, inflación de salarios y una caída de la demanda. Todo ello condujo a la peor recesión de los últimos cincuenta años, con cierres de fábricas por todo el país y un incremento del desempleo de

1,3 a 2 millones. La producción se contrajo con mayor rapidez que en los tiempos de la Revolución Industrial, y en 1980 la desindustrialización vino acompañada de una inflación superior al 20 por ciento y un aumento del gasto público debido al desempleo. Se anunciaron unos objetivos más modestos para la circulación del dinero, pero el gobierno no pudo dominarlo porque los controles de cambio habían quedado suprimidos. El resultado de todo ello fue que el M3 creció razonablemente bien en función del objetivo propuesto, objetivo que poco a poco se modificó y terminó por desaparecer. En sus presupuestos de 1981 Howe sorprendió a todo el mundo al intentar reducir los préstamos recibidos en tres millones de libras mediante un incremento de los impuestos indirectos y otros recortes de gastos. La elevación de los impuestos y el estrangulamiento de la política fiscal en momentos de depresión económica molestaron a muchos economistas. Exactamente 364 de ellos escribieron una carta de protesta al diario *The Times* pensando que esta situación abocaría inexorablemente en un aumento del desempleo. La inflación cayó al 4,5 por ciento el año 1983, pero el paro subió a 3,3 millones. La capacidad industrial inglesa se había reducido entre un 20-25 por ciento desde 1979. En 1983 a Howe le sucedió como ministro de Hacienda Nigel Lawson, quien ya en 1985 abandonó el monetarismo porque no resultaba operativo, a pesar de que él, como la propia Thatcher, seguía creyendo en un Estado minimalista en el que el gobierno se limitara a «suprimir controles para permitir que los mercados funcionaran con mayor eficacia». La desregulación financiera, emprendida por Howe, fue acompañada de un auge consumista que hubo de servirse de las importaciones, puesto que la industria doméstica había quedado diezmada en la depresión de los años 1979-1981. En este auge, que duró hasta 1989, aumentaron las tasas de crecimiento (que se habían mantenido en un promedio del 3,7 por ciento durante 1984-1988), el nivel de vida subió más rá-

pidamente que en ningún otro momento desde la guerra y los préstamos hipotecarios se pusieron por las nubes. Hubo una extraordinaria generalización de las tarjetas de crédito, descubiertos bancarios e hipotecas, que subieron de 43 billones de libras en 1980 a 235 billones en 1987. Durante los años ochenta el valor constante de los productos se incrementó un 25 por ciento, la vivienda un 90 por ciento y las acciones un 160 por ciento. Lawson no hizo el más mínimo gesto por controlar la explosión crediticia y continuó reduciendo el interés básico gradualmente desde el 30 al 25 por ciento en 1998; el interés más elevado se redujo del 60 al 40 por ciento. Al haber conseguido que los precios y los intereses bajaran, mientras que el empleo y el crecimiento iban a más, hablaba de «milagro económico» y de gran éxito. El presupuesto se cerró con superávit, debido a que gracias al auge económico aumentaron los ingresos y a que surgieron nuevas fuentes de ingreso procedentes del petróleo del mar del Norte y de las privatizaciones; así pudo cancelarse parte de la deuda pública. El espíritu de némesis, sin embargo, rondaba cercano. La inflación rebrotó (4 por ciento a principios de 1988, frente al 10 por ciento en el otoño de 1990) y en 1989 se produjo un déficit récord en la balanza de pagos, en torno a 20 billones de libras (4,4 por ciento del PIB, tan funesto como el del año 1974). Al principio Lawson despreció la situación, pero más tarde se vio obligado a intervenir para modificar el curso de los acontecimientos. Como por razones ideológicas había que descartar tanto la subida de impuestos como el control crediticio, hubo de centrarse en los intereses. Entre los meses de junio de 1988 y octubre de 1989 éstos subieron doce veces, hasta situarse en el 15 por ciento. Como consecuencia inmediata se vivió la segunda depresión de la década, la más larga desde los años 1930: los elevados intereses arruinaron la inversión, mantuvieron la paridad de la libra muy alta, y dañaron con ello las exportaciones, creando dificultades añadidas a quienes debían préstamos hipotecarios.

Durante los años 1979 a 1990 el crecimiento medio fue del 1,8 por ciento anual, sin duda una trayectoria decepcionante (el promedio de los años 1970-1979 había sido del 2,4 por ciento). La cuarta parte de las industrias británicas de manufacturas desaparecieron durante la recesión de los años 1979-1981, lo que se tradujo en que los rendimientos externos por manufacturas suponían en 1990 tan sólo el 6 por ciento más que en 1979. Durante el mismo periodo los productos manufacturados crecieron en Estados Unidos el 35 por ciento y en Japón el 58 por ciento. Comparadas con las de 1979 las inversiones de 1990 se redujeron, en relación con el PIB, algo que sólo ocurrió en este país de entre todos los que integraban la OCDE. Es verdad que Inglaterra empezó por entonces a obtener beneficios del crudo del mar del Norte (descubierto en 1969, el crudo empezó a extraerse por primera vez en 1975), que proporcionaron billones de libras a las arcas de Hacienda y aseguraron que no habría problemas en la balanza de pagos para el resto de dicha década. El dinero procedente del crudo se transfirió en gran medida a inversiones extranjeras, que aumentaron de 2,7 billones de libras en 1975 a 90 billones una década después; ello situó a Inglaterra en un segundo puesto mundial, precedida sólo por Japón, por lo que se refiere a inversiones en el extranjero. El desempleo continuaba siendo un problema permanente, alcanzándose en el año 1986 la cifra oficial de 3,1 millones, aunque como el gobierno modificó repetidas veces la manera de calcular dicha cifra, siempre a la baja, el número de desempleados pudo ser de 3,8 millones.

El papel que el Estado desempeñaba en la economía fue reduciéndose por causa de las privatizaciones, es decir, a medida que las industrias nacionalizadas se vendían al sector privado. Durante la primera administración de Thatcher (1979-1983) el objetivo fue reducir hasta sus estrictos límites financieros los subsidios que las industrias nacionalizadas necesitaban. Hubo no obstante algunas privatizaciones

modestas, como la de la British Aerospace, la de British Cable and Wireless y la de National Freight Company, pero hasta su segundo mandato (1983-1987) no se llevó a cabo un programa sistemático de privatizaciones.

La privatización se convirtió, pues, en un punto capital de su programa y por el que precisamente llegó a hacerse famosa en el extranjero. Thatcher veía en la privatización ventajas económicas y políticas. De esta forma el Estado podría ahorrar dinero, al no tener que pagar subsidios, que es lo que parecía impedir que las industrias fueran competitivas. El dinero que así se ahorraba el Estado y los ingresos procedentes de la venta de industrias hasta entonces nacionalizadas se emplearían para reducir los impuestos y los préstamos. Políticamente el beneficio era enorme desde el momento en que se logró instaurar una democracia de propietarios que apoyaría a los conservadores y que obligaría al Partido Laborista a adherirse a la economía de mercado y a abandonar su intención de nacionalizarlo todo, puesto que ello afectaría a millones de pequeños accionistas.

Luego vinieron las privatizaciones a gran escala de la British Airways, del Trustee Savings Bank, de la British Gas, de la Rolls-Royce, de la Jaguar y de la British Petroleum; entre 1979 y 1991 el número de accionistas pasó de 3 millones a 11 millones, y en 1987 el Tesoro ingresó un total de 24 billones de libras. La participación de empresas públicas en el conjunto de la economía descendió a la mitad, y pasó a representar el 5 por ciento del PIB. Esta venta de empresas se hizo muy popular porque se producía a precios inferiores a los del mercado; ello hacía que los compradores pudieran vender sus participaciones enseguida y con facilidad, con lo que obtenían pingües beneficios (el valor de las acciones de la British Telecom, por ejemplo, subió el 91 por ciento en la primera semana). Otra forma de generalizar el capitalismo fue la venta de viviendas protegidas. La Ley de Viviendas de 1980 autorizaba a los inquilinos de viviendas de protec-

ción oficial a adquirir sus casas, y al igual que con otras privatizaciones, a un precio inferior al de mercado, ya que se aplicaban determinados descuentos en función de los años que llevasen como inquilinos. En 1990 se habían vendido el 20 por ciento de las viviendas de protección oficial, de lo cual también se obtuvo beneficio político. Cuando se celebraron las elecciones de 1987 el 57 por ciento de los trabajadores poseían sus casas en propiedad; de ellos el 44 por ciento votaron a los conservadores, el 32 por ciento a los laboristas y el 24 por ciento a los liberales (SDP).

Al final de esta década las privatizaciones se hicieron menos populares, al comprobarse que lo que había sido un monopolio público había pasado a ser un monopolio privado: lo que resultaba bueno para los accionistas (mayores beneficios) no lo era para los consumidores (mayores precios). Se crearon unos mecanismos reguladores para proteger los intereses de los ciudadanos, aunque no lograron evitar que en 1989 el 80 por ciento de la población se manifestara contraria a la privatización de la compañía de aguas. También la privatización de los ferrocarriles, que se hizo precipitadamente durante los años 1996-1997 antes de unas elecciones generales, dio la impresión de haberse llevado a cabo de manera confusa y caótica y resultó muy impopular. En cambio la privatización de algunas industrias sí benefició a los consumidores: hasta 1997 las tarifas de la British Telecom descendieron en términos reales un 35 por ciento. Otras privatizaciones en cambio no tuvieron ese efecto: las compañías del agua lograron unos beneficios de 10 billones de libras (hasta 1997) al subir la factura del agua un tercio también en términos reales. En el extranjero el proceso de privatización se veía como un gran éxito y en muchos sitios lo imitaron. Jacques Chirac, por ejemplo, puso la privatización británica como modelo cuando privatizó los bancos y otras industrias francesas en los años 1984-1986; y no fue sólo en países con gobiernos conservadores donde la privatización despertó

entusiasmos. Los gobiernos socialistas de Portugal y España, Australia y Nueva Zelanda emprendieron procesos privatizadores, al igual que hicieron tras la revolución de 1989-1991 algunos países ex-comunistas de la Europa del Este. También se produjeron privatizaciones en Singapur, Malasia y Corea, y en América Latina en Chile, Brasil y México. Sólo en África el camino hacia la privatización fue más lento.

Thatcher estaba decidida a acabar con los sindicatos, a quienes responsabilizaba de la caída del gobierno de Heath en 1970 y del de Jim Callaghan en 1979. Thatcher culpaba a los sindicatos de haber mantenido políticas restrictivas y de saturación de empleo que habían provocado la ineficacia de la industria inglesa; por otra parte, las huelgas salvajes y las subidas de sueldo inflacionistas habían conducido al declive de la economía nacional. Para lograr su objetivo adoptó la táctica de ir paso a paso. Gracias a una serie de leyes promulgadas entre 1980-1984 los piquetes secundarios (los que se formaban fuera del centro de trabajo) quedaron ilegalizados; se revocó la inmunidad legal de los sindicatos excepto en caso de disputas comerciales (pasaban a ser los responsables de los daños causados en las huelgas políticas); se exigió votación secreta cada cinco años para elegir líderes sindicales y para decidir si los afiliados estaban de acuerdo con que los sindicatos subvencionaran a partidos políticos (esto es, al Partido Laborista). La verdadera prueba se presentó con la huelga de mineros de 1984-1985, para la cual el gobierno se encontraba ya plenamente preparado. Arthur Scargill, presidente de la Unión Nacional de Mineros (NUM) desde 1982, era un irredento estalinista nada partidario del sistema democrático ni del parlamentario. «Los actos extra-parlamentarios», dijo en la asamblea del sindicato en 1983, «serán el único recurso que le quede a la clase trabajadora y al movimiento obrero». Correoso, enérgico y hábil orador ante las masas, buscaba la lucha de clases como medio para derrocar al gobierno y tenía una idea exagerada

de su propio poder. Cuando en marzo de 1984 se supo que el cierre de veinte minas que no eran económicamente rentables acarrearía la pérdida de 20.000 puestos de trabajo, Scargill llamó a los mineros a la huelga. Como temía que los mineros votaran en contra, no la sometió a votación. Scargill, sin embargo, contaba con que unos piquetes volantes impidieran el transporte del carbón e intimidaran a los mineros y a las familias de los que seguían trabajando, como sucedió en los alrededores de Nottingham. La televisión mostraba a diario las escenas de violencia entre los piquetes de mineros y la policía (10.000 mineros se enfrentaron a la policía en el almacén de carbón de Orgreave en Rotherham).

Por parte de la clase obrera no se produjeron actos de solidaridad, ya que los estibadores siguieron descargando carbón importado y los sindicatos, horrorizados ante la negativa de Scargill de celebrar una votación, se negaron a prestar auxilio a sus colegas. Las familias de los mineros llegaron a sufrir verdaderas privaciones (actitud que sobrellevaron con gran dignidad y resistencia) y se granjearon un considerable apoyo popular. No obstante, el hambre hizo que algunos mineros se reintegraran al trabajo y el nuevo año vio cómo el goteo de reincorporaciones a la mina se iba convirtiendo en un río. Como Scargill se negaba a negociar, los mineros se quedaron sin ninguna salida. La huelga, en la que se habían perdido más días de trabajo que en ninguna otra desde 1926, duró todo un año y concluyó con la derrota total de los mineros, que no ganaron nada con ella. Continuaron produciéndose los cierres de los pozos cada vez en mayor proporción, de modo que a finales de la década el sindicato de mineros se quedó sólo con 60.000 afiliados. Al ver perdido su poder, el Congreso de los Sindicatos quedó desmoralizado. Todo ello también tuvo repercusiones de tipo político. El invierno del descontento quedó exorcizado y la popularidad de la Primera Ministra aumentó enormemente. A ello hay que añadir que el Parti-

do Laborista, cuya asamblea había apoyado a los mineros, perdió credibilidad.

Tras la huelga de mineros vino la derrota de los impresores de periódicos, cuyas prácticas restrictivas impedían el uso de nuevas tecnologías. Rupert Murdoch instaló la nueva tecnología informática en el *Times*, aprovechando los recientes y protegidos talleres de Wapping, en los muelles de Londres. Esta huelga también fracasó, después de duros enfrentamientos entre miembros de los piquetes de impresores y la policía: las nuevas tecnologías y los nuevos métodos de trabajo se impusieron. La legislación que el gobierno aplicaba a los sindicatos era muy popular, lo cual no afectó a los acuerdos salariales, que seguían estando muy por delante de la productividad.

Una vez acabó con los mineros, la Primera Ministra quiso abordar el asunto de los gobiernos locales. Desde que en 1835 se había aprobado la Ley de Corporaciones Municipales, las autoridades elegidas disponían entre otras atribuciones de la de controlar ciertos servicios y tenían el derecho de aprobar sus propios presupuestos basándose en ciertas tasas locales. Como el gobierno central creía en las leyes del mercado, era partidario de detraer de las autoridades locales la mayor parte de sus funciones y transferirlas al sector privado: la privatización había llegado al nivel de lo local. Ello suponía un ataque permanente a los gobiernos locales, a los que se les imponía el presupuesto que podían gastarse y la cantidad que podían ingresar mediante impuestos. Cada año se fueron reduciendo las contribuciones que el gobierno central transfería a los ayuntamientos, a pesar de que éstos no tenían autorización para subir sus propios impuestos según sus necesidades, debido a que la Ley de Impuestos de 1984 autorizaba al gobierno central a «coronar» las tasas (es decir, a fijar un tope máximo a los impuestos). Se redujo así drásticamente la autonomía de las autoridades locales, que se resintió aún más a medida que buena parte de sus

funciones fue transferida a grupos designados a dedo por el gobierno. Las escuelas politécnicas dejaron de estar bajo el control de las autoridades locales, y se introdujo en los colegios una subvención que incentivaba una desvinculación similar. Se obligó a los municipios a poner en venta la mayoría de sus viviendas subvencionadas, y no se les autorizó a construir nuevas viviendas de este tipo. Los nuevos fondos para viviendas se asignaban a empresas de construcción en vez de a los ayuntamientos. La autoridad metropolitana del Gran Londres (controlada por los laboristas), así como otras autoridades metropolitanas, fueron suprimidas de un plumazo y sin consulta previa, y en 1987 se creó la *poll tax* (impuesto comunitario), a pesar de que las autoridades locales decían que era inviable.

Desde hacía tiempo el Partido Conservador deseaba modificar el régimen financiero de los gobiernos locales y hacerse con el control de los impuestos, que gravaban a los propietarios de acuerdo con el valor de sus inmuebles. En consecuencia, Thatcher decidió que el impuesto comunitario, un impuesto sobre la vivienda que debía pagar cada ciudadano adulto, sería el banderín de enganche de su programa legislativo tras la victoria obtenida en las elecciones de 1987. Thatcher no era partidaria de ningún tipo de impuesto, ya que la gente más humilde no pagaba y en cambio era la que más se beneficiaba de los servicios sociales. También suponía que la *poll tax* transformaría el voto de la clase pobre en un voto más «responsable» de cara a las elecciones locales, ya que impondría mayor austeridad a los ayuntamientos. Con el sistema de impuesto proporcional estos grupos votaban a quienes prometían ser más generosos con el gasto (los laboristas), para no pagar contraprestación por los servicios que recibían. Los dirigentes y algunos de los ministros del partido de Thatcher se oponían a dicho impuesto, aunque sólo lo hizo públicamente Nigel Lawson. Con todo, el impuesto se introdujo en Escocia durante los

años 1988-1989 y en Inglaterra al año siguiente. La gente puso el grito en el cielo y se produjeron masivas manifestaciones callejeras porque los mayores beneficiarios del nuevo sistema, como ocurría con la mayor parte de los cambios impositivos introducidos por los conservadores, eran los más ricos, objeción que, por cierto, compartían incluso buena parte de los suyos. Como el nuevo impuesto debían pagarlo unos 38 millones de personas (hasta entonces lo hacían 14 millones) el mayor problema que se planteó fue el de la recaudación: a principios de 1991 había un total de 1 billón de libras no cobradas. Por su parte, las autoridades locales tuvieron que incrementar los impuestos que aún seguían administrando para compensar la reducción de sus ingresos, en ocasiones tuvieron que emprender acciones legales contra los morosos, un proceso largo y enojoso que los propios tribunales no sabían manejar. En resumen, el nuevo impuesto resultó un desastre para Thatcher porque acabó con su autoridad, hizo de ella una rémora política (en la primavera de 1990 las encuestas de opinión otorgaban a los conservadores un 30 por ciento de votos, 20 puntos menos que a los laboristas) y contribuyó a su derrota. Cuando John Major le sustituyó como Primer Ministro decidió olvidarse de la *poll tax* y en 1993 la reemplazó por un impuesto municipal parecido al antiguo impuesto proporcional.

Durante el gobierno de Thatcher el rico se hizo más rico y el pobre más pobre, en buena medida como consecuencia del cambio de impuestos directos a indirectos. Thatcher se mostraba enemiga de la «dependencia cultural» y del «Estado niñera». A partir de 1988 cambió el sistema de seguridad social, unas 700.000 personas perdieron los beneficios de vivienda y los jóvenes de entre 16 y 18 años no tenían derecho a solicitar la paga por desempleo. Volvieron a aparecer los mendigos durmiendo en las calles; durante los años 1980 la pobreza aumentó en Inglaterra de 5 a 6,6 millones (datos de la CEE) y los delitos se incrementaron en un 79 por ciento.

Eclosionó una clase baja que organizó protestas en Bristol (1980), en Brixton (Londres), Toxteth (Liverpool), Moss Side (Manchester) en 1981 y en Handsworth (Birmingham) y Tottenham (Londres) en 1985. A propósito de las manifestaciones de Brixton de 1981 Lord Scarman concluyó en su informe que «en Inglaterra nunca hemos visto nada igual en todo el siglo», pese a lo cual, las que hubo dos meses después en Toxteth fueron todavía peores.

La política exterior de Thatcher se basaba en su «especial relación» con los Estados Unidos. Ello tenía un significado mayor que el habitual, en tanto que la Primera Ministra mantenía una relación muy especial con el presidente Reagan, cuyos puntos de vista en buena medida compartía, a pesar de que ella no le reconocía gran nivel intelectual. («Pobrecillo, no tiene nada entre oreja y oreja», comentó cierto día en privado.) Los Estados Unidos demostraron ser un fiel aliado durante la guerra de las Malvinas que se libró del 2 de abril al 14 de junio de 1982. Las Malvinas se encuentran a unos 500 km de la costa argentina del Atlántico Sur. Descubiertas por el inglés John Davis en 1592, han estado ocupadas ininterrumpidamente desde 1833 por colonos británicos, de los cuales en 1982 habría unos 1.700, en su mayoría ganaderos. Las pretensiones argentinas sobre las islas se basan en que hubo en ellas un asentamiento español en los años sesenta del siglo XVIII. El general Galtieri buscaba distraer la atención de los problemas que tenía en su propio país (una inflación del 130 por ciento, un país en virtual bancarrota y un gran descontento ante los casi 30.000 opositores que la junta militar había hecho «desaparecer»). Su ministro de Exteriores, Costa Méndez, le aseguró que no estallaría la guerra, ya que Inglaterra quería desembarazarse de las islas. Galtieri invadió las Malvinas el 2 de abril de 1982 y al instante se impuso a los 70 u 80 marines británicos que las defendían. Los Estados Unidos consideraron militarmente imposible reconquistar las islas, pero Thatcher reunió, apo-

yada por la oposición, una fuerza de ataque de 70 barcos, de los cuales 40 eran barcos mercantes confiscados, que tuvieron que recorrer 13.000 km. Se trataba de una acción muy arriesgada ya que la expedición militar contaba sólo con 40 aviones Harrier embarcados en dos portaaviones con los que debía enfrentarse a 160 aviones argentinos. Los barcos de transporte de tropas *Canberra* y *Queen Elizabeth II* eran vulnerables a los ataques. Gran Bretaña tuvo el apoyo total de la Commonwealth y de la CEE, quienes impusieron de inmediato sanciones económicas (prohibición sobre el 30 por ciento de sus importaciones procedentes de Argentina). Las Naciones Unidas ordenaron a las fuerzas argentinas que se retiraran, y la Organización de Estados Americanos (OEA) apoyó a Argentina, aunque los Estados Unidos prohibieron que se le suministrara ayuda eficaz. El apoyo de los Estados Unidos resultó crucial para Gran Bretaña, ya que la invasión habría sido imposible desde el punto de vista logístico de no haber contado con la base americana de las Islas Ascensión. Estados Unidos también pertrechó a Inglaterra con misiles aire-aire Sidewinder, que resultaron decisivos en el combate aéreo y también proporcionó información sensible gracias a los satélites espías. El 2 de mayo el crucero argentino *Belgrano* fue hundido por un submarino británico y como consecuencia la flota argentina se mantuvo en puerto desde ese momento. Los días 20-21 de mayo un contingente de 5.000 hombres de las fuerzas británicas desembarcó en la isla más oriental. Los británicos avanzaron hasta Port Stanley, la capital, y sólo sostuvieron un duro enfrentamiento en Goose Green. Luego ya no hubo casi oposición y Port Stanley cayó en manos británicas, sin apenas lucha, el 14 de junio. Durante el conflicto murieron 225 soldados británicos y unos 750 argentinos. El triunfalismo se adueñó de Gran Bretaña. «Hemos dejado de ser una nación en retirada», declaró Mrs. Thatcher. «Hemos redescubierto la confianza en nosotros mismos.» Su popularidad creció enormemente, al igual que la del Partido Conservador,

posibilitando una nueva victoria electoral conservadora en 1983.

En cambio en 1983 también se produjo un retroceso en las relaciones con los Estados Unidos cuando éstos intervinieron en la isla de Granada, miembro de la Commonwealth, a fin de desalojar a un gobierno comunista. Estados Unidos llevó a cabo la invasión sin consultar ni informar previamente a Gran Bretaña. Pero Thatcher se contuvo ante esta afrenta y permitió a los Estados Unidos instalar misiles Cruise en territorio inglés: en contraprestación Gran Bretaña recibió misiles Trident para sus submarinos nucleares. En 1988 Thatcher autorizó la utilización americana de bases británicas durante el *raid* aéreo que los Estados Unidos lanzaron sobre Libia, lo que a su vez provocó que Gaddafi suministrara armas al ejército del IRA. Pero estas relaciones especiales no sobrevivieron el mandato de Reagan, ya que una vez que Bush llegó a la presidencia dirigió su mayor atención a Alemania, a la que consideraba el principal país de Europa.

Otro motivo de preocupación sería de Thatcher fue la CEE. Sin duda le desagradaba, ya que lo que a ella le interesaba era una Europa de libre mercado, no una Europa federal. Estaba decidida a recortar la contribución que hacía Gran Bretaña al presupuesto de la CEE, porque era muy superior a los beneficios que de ella obtenía. Después de reclamar insistentemente y a grandes voces «nuestro» dinero, logró una considerable reducción de sus aportaciones. En unos años en que Mitterrand se iba deslizando desde una posición gaullista de soberanía nacional hacia otra de mayor integración y cooperación más estrecha con Alemania Occidental, Thatcher se fue oponiendo cada vez con mayor vehemencia a la unión política. Al igual que hiciera De Gaulle en los años 1960, Thatcher era partidaria de una cooperación intergubernamental, en vez de una institución supranacional, e insistía en mantener su derecho al veto. En 1985 se llegó a una fórmula de compromiso con la Ley de una Eu-

ropa Única que permitía el voto mayoritario para ciertos asuntos y por otra parte impedía que un solo país pudiera bloquear los negocios de la Comunidad. En 1992 dio su conformidad al proyecto de ley que buscaba la creación de un mercado único y que permitiría la libre circulación de mercancías, personas, servicios y capitales. Tanto Lawson como Howe ejercieron fuertes presiones sobre ella para que Gran Bretaña se adhiriera al mecanismo de intercambio, pero ella se resistió hasta que John Major fue nombrado ministro de Hacienda.

Margaret Thatcher era una figura arrogante, dedicada íntegramente a la política; no tenía ninguna afición y rara vez se tomó vacaciones en su desenfundada actividad; apenas dormía. El voto conservador alcanzó el 42,3 por ciento en las elecciones de 1987, cifra prácticamente idéntica a la lograda en 1983, por lo que la Primera Ministra volvía a disponer de una cómoda mayoría. Pero su popularidad cayó cuando el auge económico empezó a quebrarse (el desplome de la bolsa en octubre de 1987 hizo bajar un 24 por ciento el precio de las acciones) y al intentar aplicar la *poll tax*. Las divisiones en el seno del propio partido se pusieron de manifiesto con la dimisión de personalidades de la talla del ministro de Hacienda Lawson y de Howe, Viceprimer Ministro. El discurso que éste pronunció al presentar su dimisión en noviembre de 1990 fue una crítica demoledora al estilo diplomático de Thatcher y a su antieuropeísmo, y sonó a desafío frente al liderazgo de ésta. El guante lo recogió Michael Heseltine. En la primera votación Thatcher estuvo a punto de obtener una franca victoria, al conseguir 204 votos frente a los 152 de Heseltine, pero había perdido el apoyo de dos quintos de los parlamentarios del partido *tory*, y sus colegas de gobierno le habían hecho llegar el aviso de que no ganaría en la votación de la segunda vuelta. En consecuencia ella misma presentó su dimisión, no motivada por ninguna derrota electoral ni parlamentaria, sino a

causa de las disensiones existentes en el seno del Partido Conservador.

Margaret Thatcher ha sido la primera gobernante inglesa que ha ganado tres elecciones generales consecutivas desde los tiempos de Lord Liverpool en los años 1812-1827, y ha sido quien más tiempo ha ocupado dicho cargo de forma ininterrumpida durante el siglo xx. El escenario político conoció importantes transformaciones debido a las privatizaciones, a los cambios introducidos en las leyes sindicales y los gobiernos locales, así como por la irrupción de las fuerzas del mercado en el ámbito del Estado del bienestar. Surgió un nuevo tipo de consenso político, muy distinto del anterior: el Partido Laborista aceptó buena parte de la agenda del Partido Conservador, en lo referente por ejemplo a la legislación sindical y la privatización. La propia Thatcher era plenamente consciente de su propia importancia. «El thatcherismo no será cosa de una década», declaraba con total triunfalismo en 1990, «sino de siglos». Sin embargo, algo más tarde prevalecieron otras declaraciones más modestas. «En política no existe la victoria final», dejó escrito en sus memorias. El caso es que se retiró como miembro de los Comunes en 1992 y aceptó ingresar de por vida en la aristocracia.

El hundimiento conservador

Al retirarse Thatcher, fue elegido nuevo líder del Partido Conservador John Major, quien parecía ser el mejor candidato para mantener unido al partido, y de forma automática pasó a ocupar el cargo de Primer Ministro, a pesar de que no era muy conocido por el público y sólo llevaba tres años como miembro del gobierno. De talante reservado y modesto, compartía los postulados económicos de Thatcher, pero evitaba el tono estridente y desafiante de su predecesora y era parti-

dario de mantener un auténtico debate en el seno del gabinete. Su principal preocupación fue la economía, ya que Gran Bretaña se hallaba inmersa en la peor recesión desde los años 1930. En el año 1992 sustituyó la impopular *poll tax* por un impuesto municipal, similar al impuesto proporcional. El apoyo que prestó Gran Bretaña al presidente Bush durante la guerra del Golfo (1991) y su final desenlace le proporcionaron cierta popularidad al Primer Ministro, pero ante las elecciones generales de 1992 el Partido Laborista obtuvo una pequeña pero sostenida ventaja en las encuestas de opinión. De manera inesperada los conservadores ganaron las elecciones aunque perdieron cuarenta escaños y obtuvieron la mayoría sólo por 21 diputados. Luego sobrevino el Viernes Negro de septiembre, en el que la especulación sobre la libra obligó a Gran Bretaña a tener que abandonar el mecanismo de cambio. Gran Bretaña había ingresado en dicho mecanismo siendo Major ministro de Hacienda al contravalor de 2,95 marcos alemanes por libra, relación que muchos economistas consideraban demasiado elevada. Los especuladores volvieron a atacar la libra el 16 de septiembre, y el gobierno se vio obligado a vender 10 billones de libras de sus reservas monetarias a fin de mantener su paridad, y en momentos de creciente desesperación llegaron a subir los intereses dos veces un mismo día: primero del 10 al 12 por ciento, y luego al 15. Como todo resultaba inútil, el ministro de Hacienda, Norman Lamont, hubo de anunciar avergonzado que Inglaterra se retiraba del mecanismo de cambio y que dejaría flotar la libra: sufrió una depreciación hasta ponerse en 2,65 marcos alemanes.

Este Viernes Negro acabó con la reputación del gobierno en temas económicos, reputación que tanto le había ayudado a ganar las elecciones de 1992. No obstante, de ello se derivaron algunos beneficios económicos; por ejemplo, las exportaciones se hicieron más competitivas, los intereses cayeron gradualmente, al igual que el desempleo, y se pro-

dujo una subida de la Bolsa. A pesar de ello el endeudamiento del gobierno ascendía en 1993 a 50 billones de libras, con un presupuesto absolutamente impopular. Debieron incrementarse los impuestos indirectos, y las contribuciones al seguro nacional también aumentaron, lo cual supuso que hubo que reducir el gasto público en 10 billones de libras durante los tres años siguientes. La impopularidad del gobierno (que había prometido en la campaña electoral de 1992 no subir los impuestos) se comprobó en las elecciones municipales de mayo de 1994, en las que perdieron 400 concejales, algunos de ellos precisamente en las demarcaciones tradicionalmente *tories* del sur. Un año más tarde perdieron 2.000 representantes en las elecciones locales, los peores resultados de su historia. Pero, aún así, Major continuó su política de privatizaciones vendiendo las minas de carbón y los ferrocarriles, a pesar de que la industria del carbón (que seguía siendo una de las más rentables de Europa) había dejado ya casi de existir, en tanto que las industrias privatizadas habían dejado de utilizar el carbón para pasarse al gas. La privatización del ferrocarril, arreglada a toda prisa en 1996, fue una operación extraordinariamente compleja y mal calculada, y continuó siendo un oneroso problema para futuros gobiernos.

Al tiempo se produjo un intento muy serio de afrontar los problemas de Irlanda del Norte. Como estaba claro que no se conseguiría nada sin la participación del IRA, los gobiernos británico e irlandés firmaron la Declaración de Downing Street de 1993, que preveía la incorporación del Sinn Fein (la rama política del IRA) en todas las conversaciones que se mantuvieran sobre el futuro de Irlanda del Norte, una vez que se produjera el final de la violencia por parte del IRA. En 1994 éste declaró una tregua, aunque no progresó mucho en sus aspiraciones, y el 9 de febrero de 1996 canceló la tregua, haciendo explotar una serie de bombas que causaron graves daños materiales y además la muerte de dos per-

sonas en los muelles de Londres. El proceso de paz, que iba haciéndose popular en el Norte, encontró así su fin; por parte del gobierno de Major sólo hubo tímidas iniciativas promovidas por el hecho de que para mantener el control político de la Cámara de los Comunes necesitaban los votos de los unionistas del Ulster.

La Unión Europea seguía planteando los mayores problemas a la política exterior del gobierno. El Tratado de Maastricht fue la piedra de toque: en 1999 se creó la Unión Monetaria Europea (UME), al igual que el Banco Central Europeo. John Major soportaba fuertes presiones por parte de los «euroescépticos» del Partido Conservador, un grupúsculo muy poderoso, dado que el gobierno sólo disponía de una mayoría exigua, que se oponía a cualquier menoscabo de la soberanía inglesa. Major negoció así la posibilidad de no adherirse al Capítulo Social de la UME (que protegía los derechos de los trabajadores), ya que a su juicio la redacción original implicaba un aumento de los costes laborales y en consecuencia un desempleo mayor. El gobierno firmó el tratado en enero de 1992, pero el Primer Ministro sólo consiguió que el Parlamento lo refrendara un año más tarde, y para ello tuvo que amenazar con la disolución del mismo, cosa que los euroescépticos no querían.

A medida que fueron aproximándose las elecciones de 1997 la economía fue mejorando, con una inflación a la baja (del 2,8 por ciento en 1996), con unos intereses también bajos, con la recuperación del crecimiento, el descenso del desempleo y un alza bursátil. El mayor problema para la industria lo planteaba la fortaleza de la libra, que hacía menos competitivas las exportaciones. No obstante, este aumento de la prosperidad no se veía reflejado en las encuestas de opinión, que vaticinaban una previsible mayoría del Partido Laborista. Esto se debía a que, desde 1994, contaban con un líder carismático, Tony Blair. Simpático, lúcido y muy seguro de sí mismo, se dirigió al conjunto de la población y con-

venció al Partido Laborista de que abandonara la Cláusula IV, que le comprometía a defender la propiedad comunitaria de los medios de producción. El nuevo laborismo, proclamó con orgullo Blair, ya no era un partido dominado por los sindicatos ni se sentía atado a una política de impuestos elevados y de generoso gasto público. En las elecciones de 1997 el Partido Laborista obtuvo 410 escaños, frente a los 165 de los conservadores. Y aunque los conservadores resultaron estrepitosamente derrotados (no obtuvieron de hecho un solo escaño en Escocia ni en Gales) el legado de Thatcher parecía continuar vivo, en tanto que buena parte de los postulados políticos del Nuevo Laborismo eran los mismos que los del Viejo Conservadurismo.

Índice onomástico

- Abbeville, 78
Aberdeen, 188, 244
Aberdeen, George H., 344, 355
Aberystwyth, 85
Abukir, bahía, 308
Acheson, Dean, 458
Acre, 59
Adalberto, rey, 28, 30
Adams, John Quincy, 313
Adams, John, 271
Addington, Primer Ministro inglés, 309
Adén, 403
Adriano, 18-19
Aethelflaed, hija de Alfredo el Grande, 35
Afganistán, 276, 346, 396
África, 12, 163, 167, 259, 262, 263, 315, 372, 374, 403, 447, 454-55, 480
África del Norte, 19, 428-29
África Meridional, 374
África Noroccidental, 429
África Occidental, 214, 262, 264, 286, 336, 372-73
África Oriental, 262, 374, 404
África Suroccidental, 373-74
Agrícola, 18
Agustín, San, 28, 35
Ahmad, Muhammad, 362
Aidan, San, 29
Aikin, John, 289
Aire, río, 15
Alarico, 22
Alba, duque de, 163
Alberto de Sajonia (esposo de la reina Victoria), 295, 350-51, 354
Aldgate, prior, 111
Alejandría, 308, 361, 429
Alejandro I, zar, 309, 312, 317
Alejandro III, papa, 56-57
Alejandro III, rey de Escocia, 69
Alemania, 19, 32-33, 139, 250, 266, 280, 295-96, 311, 317, 343, 369, 373, 374, 380-82, 391, 393-97, 399, 403-4, 413-14, 423-25, 426, 428
Alemania Occidental, 444, 446, 452-53, 463, 487

- Alenzón, 78
 Alfredo el Grande, rey, 24, 33-36, 37, 117, 118
 Algeciras, 396
 Ali, Mehmet, 343
 Alicia de Francia (hija de Luis VII), 57
 Allen, William, 154
 Allenby, 402
 Almansa, batalla de (1707), 234
 Alpes, 124
 Alsacia, 235, 373, 413
 Alto de Abraham, 267
 Amberes, 100, 163, 233
 América, 236, 251, 253, 256, 260, 262, 266, 268, 269-70, 286, 342, 362, 381
 América Central, 167
 América del Sur, 259, 287
 Amiens, 307, 309
 Ana de Dinamarca, 175
 Ana, reina, 217, 222, 227, 230-31, 242-43, 255
 Anglesey, 67, 294
 Anglia, 39
 Anglo-afgana, guerra (1878-1880), 360, 372
 Anglo-americana, guerra (1812-1814), 303, 306, 312
 Anglo-birmana, guerra (1885-1886), 372
 Anglo-holandesas, guerras (1652-1654), 205, 207, 214-17
 Anglo-irlandés, Tratado, 411
 Anglo-irlandesa, guerra (1919-1921), 410
 Angola, 262, 374
 Anjou, condado, 51, 52, 57, 59-60, 62
 Anjou, dinastía, 52-53. *Véase también* Plantagenet, dinastía
 Anselmo, arzobispo de Canterbury, 50, 110, 114
 Anson, almirante, 264-65
 Antiguo Pretendiente, *véase* Jacobo III
 Antillas, 456
 Antonino Pío, 18
 Anzus, Tratado de (1951), 444
 Aquitania, 52, 57, 58, 59, 62, 63, 73-74, 79, 82, 86
 Argelia, 373, 429
 Argentina, 383, 486
 Argyll, 244
 Armañac, 79
 Arminio, 179
 Arne, Thomas, 251
 Arnhem, 432
 Arnold, Thomas, 391
 Arturo de Bretaña, 59-60
 Arturo, hermano de Enrique VIII, 135, 138
 Arundel, arzobispo, 116
 Arundel, conde de, 83-84
 Ascensión, islas, 486
 Ascham, Roger, 156
 Ashley, Lord, *véase* Shaftesbury, conde de
 Asia, 259, 275-76, 314, 345-46, 348, 360, 407, 454-55
 Aske, Robert, 141-42
 Asquith, Herbert H., 366, 376-89, 405-6, 409, 412
 Asser, monje, 36
 Asuán, 447
 Athelstan, rey, 37
 Atlántico, 165, 167, 236, 263, 265-66, 271, 273, 311, 425, 430-31, 485; batalla del, 400-1
 Attlee, Clement, 425, 439, 441-43, 444, 455
 Aughrim, batalla de (1691), 223
 Austerlitz, 311
 Australia, 277-78, 325-26, 329, 370, 380, 383-84, 385, 389, 407, 426, 433, 444, 480

- Austria, 231, 235-36, 251, 263,
 307, 309, 311, 315, 317, 319,
 343, 345, 396-97, 423-24, 453
 Austria, duque de, 59
 Austria-Hungría, 381, 396
 Avión, 112
 Avon, condado, 466
 Avon, río, 15
 Awadh, 276
 Azincourt, 87
 Azores, islas, 163-65
- Babington, Anthony, 162
 Bacon, Francis, 152
 Bacon, Roger, 110
 Badajoz, 316
 Bagdad, 402-3
 Bahadur, Shah, 347
 Bahamas, 260
 Bailén, 315
 Balcanes, 396, 401, 430
 Baldwin, Stanley, 414-17, 420-21
 Balfour, Arthur James, 367-68,
 369, 379
 Ball, John, 128-29
 Balliol, Eduardo, rey de Escocia,
 74
 Balliol, Juan, rey de Escocia, 69-
 71
 Báltico, mar, 32, 36, 131, 309, 311,
 314
 Bannockburn, batalla de (1314),
 72, 75
 Barber, Anthony, 466
 Barcelona, 234
 Barnet, batalla de (1471), 98
 Barones, guerra de los (1261-63),
 65
 Basingstoke, batalla de (870), 33
 Basora, 402-3
 Bath, 190
 Battle, 43
- Bautzen, batalla de (1813), 317
 Baviera, 232-33, 309
 Baxter, Richard, 208
 Bayeux, 89
 Bayona, 82
 Beachy Head, 205, 226
 Beaufort, Ana, 96
 Bechuanalandia, 374
 Becket, Tomás, 55-57, 66, 112
 Beda el Venerable, monje, 24, 25
 Belfast, 459
 Bélgica, 306, 317, 341-43, 397, 426
 Belice, 457
 Ben Gurion, David, 447
 Bengala, 267, 275-76, 347, 455
 Benito, San, 37, 113-14
 Beowulf, príncipe gauta, 27-28
 Berkshire, 461
 Berkshire, Downs, batalla de
 (870), 33
 Berlín, 311, 360, 373, 427, 432,
 444
 Bermudas, 260, 456-57
 Bertrand du Guesclin, 82
 Berwick, 69-72, 79
 Berwick, duque de, 234
 Bevan, Aneurin, 440-41, 445
 Bevin, Ernest, 420, 434, 442-45
 Bidault, Georges, 444
 Billericay, 129
 Birmania, 276, 345-46, 442, 455
 Birmingham, 242, 247, 291-92,
 302, 368, 461, 485
 Bismarck, Otto von, 341, 345, 373
 Bizancio, 27
 Bizonia, 444
 Black, Joseph, 247
 Blackheat, 128, 253
 Blackpool, 389
 Blair, Tony, 437, 492-93
 Blake, almirante, 204-5
 Blenheim, batalla de (1706), 232,
 233

- Blücher, von Wahlstatt, Gebhardt, 318
 Boccaccio, 124
 Boecio, 35
 Bóer, guerra de los (1899-1902) o guerra Sudafricana, 374, 395
 Bojador, cabo, 167
 Bolena, Ana, 137-39, 141, 143, 156
 Bolena, María, 137
 Bolena, Tomás, 137
 Bolingbroke, vizconde de, 285
 Bollingbroke, Enrique, véase Enrique IV
 Bolonia, 61, 145
 Bombay, 260, 347
 Bonaparte, José, 315
 Bonifacio, misionero, 30
 Booth, Charles, 339
 Borbón, dinastía, 235, 341-42
 Borgoña, 86-87, 89, 97-98, 114
 Borodino, batalla de (1812), 317
 Boscawen, almirante, 264, 266
 Bósforo, 344
 Boston, 269-70, 272
 Bosworth, batalla de, 90, 99-100
 Botany, bahía, 278
 Botha, Louis, 376
 Bothwell, conde de (esposo de María Estuardo), 161
 Boudica, 17-18
 Boulogne, 310-11
 Boulton, Mathew, 247, 292
 Bouvines, batalla de (1214), 61
 Boyne, río, 223
 Bradford, 131, 388
 Bramham Moor, batalla de (1408), 85
 Brasil, 163, 262, 342, 480
 Breda, 212
 Breda, Tratado de (1667), 215
 Brest, 226, 266
 Bretaña, 15, 54, 99, 307-8
 Bridgewater, duque de, 284
 Bright, 326
 Brighton, 285, 350
 Brihuega, batalla de (1710), 234
 Brindley, James, 284
 Bristol, 130-31, 167, °86, °90, 153, 194, 485
 Britania, 15
 Británicas, islas, 11, 15, 66-67, 144, 165, 184, 224, 384
 Brontë, Charlotte, 303
 Bruce, Roberto, 71-72, 74
 Brujas, 82, 120, 131, 133
 Brunei, 455
 Brunel, Isambard Kingdon, 294
 Brunnanburh, 37
 Brunswick, Carolina (esposa de Jorge IV), 349
 Brunswick, Ferdinand de, 266
 Bruselas, 227, 233, 317-18
 Buckingham, 349
 Buckinghamshire, 179
 Buena Esperanza, cabo, 167, 307, 314, 319
 Bulgaria, 402
 Bülow, Bernhard, 396
 Bunker Hill, 271
 Bunyan, John, 202
 Burdeos, 82, 89
 Burghley, Lord, véase Cecil, William
 Burgoyne, 272
 Burke, Edmund, 298, 99
 Burns, John, 387
 Bush, George, 487, 490
 Bute, Lord, 255
 Butler, R. A., 435, 436-37, 446, 464
 Butt, Isaac, 363
 Byng, almirante, 266
 Cabo Cod, 260
 Caboto, Giovanni, 167

- Cade, Jack, 92, 94
 Cádiz, 164, 266, 177, 226, 310
 Caen, 87
 Caerleon, 20
 Caernarfon, 68
 Caernarvon, 378
 Caffa, 124
 Caimán, islas, 457
 Calais, 12, 78, 81-82, 84, 87, 89, 93, 136, 151, 159, 165
 Calcuta, 260, 267, 275
 Caledon, conde de, 332
 California, 167
 Callaghan, James, 462-63, 469-70, 473, 480
 Calleva, *véase* Silchester
 Calvino, 179
 Cam, río, 20
 Camarthen, 67
 Camboya, 446
 Cambridge, 21, 103, 120, 131, 152, 392
 Cambridge, Universidad de, 111, 139, 391
 Camerún, 373, 403
 Camilodonum, *véase* Colchester
 Campbell, clan, 188, 224
 Campbell-Bannerman, Sir Henry, 376-77
 Camperdown, 308
 Campion, Edmund, 154
 Canadá, 167, 235, 247, 258, 260, 261, 265-66, 268, 269, 272, 313, 370, 380, 384, 426, 446-47
 Canal de la Mancha, 53, 78, 163, 266, 310, 398-99, 427
 Canarias, islas, 308
 Cannes, 392
 Canning, George, 342, 352
 Canterbury, 28-30, 43, 50, 56-57, 60, 110, 127-28, 131, 139, 421
 Cantón, 348
 Canuto, rey, 38-39, 42
 Carcasona, 79
 Cardiff, 67, 291
 Carey, Henry, 251
 Caribe, 12, 168, 207, 262, 267, 285
 Carlisle, 324
 Carlomagno, 30, 35
 Carlos Eduardo (hijo de Jacobo III), 245-47
 Carlos el Temerario, duque de Borgoña, 97-98
 Carlos I, 174, 176-96, 202, 204, 211, 212-13, 219, 227-28, 240
 Carlos II, 203, 210, 211-18, 225, 228, 231, 249, 260, 261
 Carlos III, rey de Francia, 44
 Carlos IV, rey de Francia, 74
 Carlos V, emperador, 138, 145, 148, 149
 Carlos V, rey de Francia, 81-82, 136
 Carlos VI, emperador, 235
 Carlos VI, rey de Francia, 87
 Carlos VII, rey de Francia, 88, 89
 Carlos, archiduque de Austria, 231, 233-35
 Carlota, hija de Jorge IV, 349
 Carlyle, Thomas, 339, 384
 Carolina del Norte, 168, 261, 264
 Carolina del Sur, 261, 264
 Carolina, esposa de Jorge II, 250
 Casa de Austria, 264
 Casa de Hannover, 230, 237, 242, 243, 247, 251, 255, 265
 Casa de Lancaster, 90, 91, 93-95, 96, 98, 101
 Casa de York, 90, 93-95, 96-97, 98-100, 101
 Casablanca, 430
 Cassivellaunus, *véase* Caswellawn
 Castilla, 81, 234
 Castillon, 89
 Castle, Barbara, 463-64

- Castlereagh, vizconde de, 319, 341-42
 Caswellawn, 16
 Catalina de Aragón, 135, 137-39, 141
 Catalina de Braganza, 217, 260
 Catalina de Valois, 87
 Catalina la Grande, 293
 Catón, Deciano, 17
 Cawnpore, 347
 Caxton, 120
 Cecil, Robert, 158, 160-61
 Cecil, William (Lord Burghley), 158, 163, 168, 367
 Ceilán, 307, 309, 319, 345, 442, 455
 Chad, lago, 373
 Chadwick, Edwin, 340
 Chalus, 59
 Chamberlain, Joseph, 365, 368-70, 376
 Chamberlain, Neville, 415, 421, 423-25, 465
 Chatham, conde de, *véase* Pitt, William (el Viejo)
 Chaucer, Geoffrey, 83, 115-16, 118-19
 Checoslovaquia, 424
 Chester, 20, 34, 37
 Chesterfield, Lord, 266
 Chicago, Universidad de, 472
 Chichester-Clark, James, 459
 Chile, 480
 China, 124, 259, 276, 277, 348, 372, 375, 404, 457
 Chipre, 360, 448
 Chirac, Jacques, 479
 Choiseul, Étienne François, 264, 273
 Churchill, John, 221
 Churchill, Winston, 376-77, 401-2, 405, 412, 416-17, 421, 425-26, 428, 430, 433-35, 436-37, 446-47
 Cien Años, guerra de los (1337-1453), 53, 73-89, 92, 103, 107-8, 112, 118
 Císter, 114
 Ciudad Rodrigo, 316
 Civil griega, guerra (1944-1949), 443
 Civil, guerra (1642-1646), 184-91
 Civil, guerra (1648-1649), 195-96
 Clarendon, 55-56
 Clarkson, Thomas, 335
 Clatham, 215
 Claudio, 17
 Clemente VII, papa, 138
 Cleveland, 466
 Cleves, Ana de, 143
 Clifford, Rosamunda, 57
 Clinton, militar, 273
 Clive, Robert, 267, 274-76
 Clontarf, 353
 Clyde, 19
 Clydeside, 291, 418
 Coalbrookdale, 293
 Cobden, Richard, 326
 Coburg, general, 206
 Colchester, 17-18, 20, 128
 Collingwood, almirante, 310
 Collins, Michael, 410-11
 Colón, Cristóbal, 167
 Colonia, 431
 Columba, 29
 Commonwealth, 197, 199-200, 203-4, 218
 Comynnes, Philippe de, 103
 Comyn, John, 71
 Congo belga, 373, 456
 Congo francés, 396
 Connacht, 177, 203
 Constantinopla, 130, 344
 Constanza, hija de Pedro el Cruel, 81
 Conwy, 68

- Cook, James, 277
 Coote, Eyre, 267
 Copenhague, 309
 Córcega, 308
 Corea, 480
 Corea, guerra de (1950-1953), 444
 Cork, 32, 170
 Cornualles, 14, 15, 31, 147, 188, 242, 324
 Cornwallis, militar, 273
 Cort, Enrique, 293
 Costa Méndez, 485
 Cotswold, 131
 County Clare, 331, 352, 353
 Covent Garden, 213
 Cowper, Lady, 342-43
 Cowper, Lord, 343
 Cranmer, Thomas, 139, 142-43, 146-47, 150
 Crécy, batalla de (1346), 76, 78, 80
 Crimea, 124, 341
 Crimea, guerra de (1853-1856), 341, 343-44, 393, 402
 Cristo, 66, 116, 140, 142-43, 148, 151, 201
 Cromwell, Olivier, 187, 189, 193-94, 195, 197-210, 212-13, 225, 232
 Cromwell, Richard, 209, 210
 Cromwell, Thomas, 138-43
 Crosland, Anthony, 464-65
 Croydon, 390
 Cuatro Días, batalla de los (1666), 214
 Cuba, 267, 268, 336
 Culloden, 246-47, 330
 Cumberland, 54, 69, 105, 244
 Cumberland, duque de (hijo de Jorge II), 245-46, 266
 Curazao, 314
 Curzon, George N., 372
 d'Estaing, Giscard, 458
 Dalhousie, marqués de, 346
 Dalrymple, Sir John, 224
 Dalton, Hugh, 441, 445
 Damasco, 402
 Danelaw, 34, 36, 37, 45, 122
 Dante, 119
 Danubio, río, 233, 310-11
 Dánzig, 423
 Darby, Abraham, 293
 Darién, 236-37
 Darlington, 285
 Darnley, Henry (esposo de María Estuardo), 160-61
 David II, rey de Escocia, 74, 79
 Davidson, Emily, 393
 Davis, John, 485
 De Gaulle, Charles, 453, 455, 457, 487
 De Ruyter, almirante holandés, 215
 De Valera, Eamon, 410
 Deal, 16
 Dee, río, 37
 Del Golfo, guerra (1991), 490
 Delft, 163
 Delhi, 275, 346-47
 Dene, William, 124
 Derby, 245, 290
 Derbyshire, 280, 291
 Derry, 459
 Devereux, Robert, 166, 169-70
 Devon, 147, 168, 221
 Dinamarca, 78, 223, 309, 345, 425, 453, 457
 Disraeli, Benjamin, 295, 354-55, 356, 357, 359-60, 393
 Dniéper, río, 32
 Dnieppe, 430
 Doenitz, almirante, 430
 Domingo, Santo, 115
 Donald, clan, 188
 Donauworth, 232

- Doncella de Orleans, véase Juana de Arco
 Dorset, 219, 325
 Dos Rosas, guerras de las (1455-1487), 90-103, 104, 108-9, 133
 Douglas-Home, Sir Alec, 454
 Dovai (Flandés), 154
 Dover, 45, 78
 Dover, Tratado de (1670), 215
 Dowe, 29
 Drake, Francis, 164-65, 167-68
 Drogheda, 202, batalla de (1690), 223
 Dublín, 32, 37, 54, 100, 145, 182, 184, 202, 222-23, 304-5, 353, 363, 409-10, 461
 Dudley, Edmund, 135
 Dudley, John, 147-48
 Dudley, Robert, 158
 Dulles, Foster, 446-47
 Dumfries, 71
 Dunbar, batalla de (1296), 75; batalla de (1650),
 Dungeness, 205
 Dunkerque, 306, 426
 Dunwich, 332
 Durham, 79, 105, 153

 East Anglia, 17, 20, 26, 27, 30, 33, 34, 37, 127, 131, 147, 148, 185, 254, 291, 449
 East Anglia, Universidad de, 449
 Eastbourne, 389
 Eastre, diosa pagana, 28
 Eden, Anthony, 446-48
 Edgar, rey, 37, 38
 Edgehill, batalla de (1642), 186-87
 Edimburgo, 70, 180, 188, 198, 203-4, 224, 238, 244-45, 247
 Edimburgo, Tratado de (1560), 160

 Edington, batalla de (878), 35
 Ediuno, conde de Wessex, 39
 Edmund, Ironside, rey, 38
 Edmundo (hijo de Enrique III), 63
 Edmundo, rey de East Anglia, 33
 Eduardo el Confesor, rey, 39-42, 43, 66
 Eduardo el Mayor, rey, 37
 Eduardo I, 65-72, 75-76, 79, 112, 132, 134
 Eduardo II, 68, 69, 72, 73, 106
 Eduardo III, 73-74, 77-78, 80-82, 85, 92, 99, 107-8
 Eduardo IV, 91, 92, 94-95, 96-100, 102, 108
 Eduardo V, 94, 99
 Eduardo VI, 134, 140, 144-45, 147, 150, 152, 159
 Eduardo VII, 392
 Eduardo VIII, 421
 Eduardo, hijo de Enrique VIII, 141
 Eduardo, hijo de Jorge III, 350
 Egipto, 276, 308-9, 360-62, 373, 395, 402, 428-29, 446-48
 Egmont, 163
 Eisenhower, Dwight D., 429, 432, 447
 El Alamein, 429
 El Cabo, 345
 El Cairo, 308
 Elba, 25
 Empson, Richard, 135
 Enrique de Navarra, 166
 Enrique de Trastámara, 81
 Enrique el Navegante, 167
 Enrique I, 49-51
 Enrique II, 51, 52-58, 112
 Enrique III, 53, 62, 63-66, 132
 Enrique III, rey de Francia, 156
 Enrique IV, 83-86, 104, 106, 128, 176

- Enrique V, 73, 86-88, 90, 117, 135
 Enrique VI, 89, 90, 91-93, 94-95, 96-97, 98, 101-2, 120, 159
 Enrique VII, 99-100, 101-2, 108, 135-36
 Enrique VIII, 54, 68, 109, 134-48, 159
 Enriqueta María (esposa de Carlos I), 176
 Erasmo, 137
 Escandinavia, 31
 Escocia, 15, 23, 29, 32, 37, 52, 54, 69-72, 74, 75, 79, 94, 128, 145-47, 154, 159-60, 162, 165, 174, 180, 181, 182, 188, 195, 197, 203-4, 213, 222, 224, 225, 231, 236-37, 242, 243-45, 247, 254, 280, 291-92, 323, 324, 326, 334, 384, 385, 389, 415, 483, 493
 Escoto, Duns, 115
 España, 19, 151, 155, 162-63, 165-66, 167-68, 176, 177, 207, 226, 231, 234-36, 251, 256, 259, 261, 268, 272, 287, 310, 312, 315-17, 341-42, 396, 457, 480
 Española, La, isla, 261
 Espuelas, batalla de las (1513), 135-36
 Essex, 26, 28, 37, 38, 127-29, 449
 Essex, conde de, 186-89
 Estado Libre de Orange, 374-75, 376
 Estado Libre del Congo, *véase* Congo belga
 Estados Unidos, 274, 277, 286-87, 294, 295-96, 303, 313, 327, 336, 362, 369, 380-82, 384, 398, 404, 407, 424, 428-29, 433, 439, 441-44, 446-48, 454, 458, 477, 485-87
 Estambul, 401
 Esteban, rey, 51, 53
 Estrahón, 19
 Estrasburgo, 227
 Estuardo, dinastía, 106, 141, 173, 209, 210, 211, 241, 246
 Estuardo, época, 288
 Ethelred, rey, 33, 38-39, 40-41
 Ethelstan, rey, 33
 Etiopía, 373
 Eton, 120
 Eugenio de Saboya, príncipe, 232
 Europa, 11, 13, 52, 81, 111, 124, 140, 146, 164, 176, 222, 228, 247, 262, 264-67, 271, 274, 276, 281, 285-86, 294, 297-98, 306, 309, 311-12, 314, 316, 321, 341-43, 360, 396, 399, 418, 426, 429, 444, 453, 457-58, 487-88, 491
 Europa del Este, 480
 Evesham, batalla de, 65
 Exeter, 20
 Extremo Oriente, 286, 395
 Eylau, 311

 Fachoda, 394
 Fairfax, Sir Thomas, 187, 189, 199, 203, 206
 Falkirk, batalla de, 70-71, 75, 246
 Faulkner, Brian, 460-61
 Fawkes, Guy, 175
 Federico II el Grande, rey de Prusia, 251, 265-66
 Felipa de Hainaut, 73
 Felipe Augusto, rey de Francia, 58, 60-62
 Felipe I, rey de Francia, 48
 Felipe II, rey de España, 149-50, 156, 157, 162-63, 166
 Felipe III, rey de España, 169, 215
 Felipe IV, rey de Francia, 66, 69
 Felipe V, rey de España, 231, 235
 Felipe VI de Valois, rey de Francia, 74, 75-78
 Fernando el Católico, 135

- Fernando VI, rey de España, 268
 Fez, 396
 Filadelfia, 270
 Filipinas, 268
 Finisterre, 166
 Firth of Forth, 19, 160, 165
 Fishbourne, 21
 Fisher, John A., almirante, 394, 405
 Fisher, John, obispo, 137, 139
 Fitzherbert, María, 349
 Fitzherbert, Ricardo, 54
 Fitzwilliam, conde de, 332
 Flandes, 56, 61, 77-78, 131, 133, 165, 232, 399
 Flaxman, James, 293
 Fleurus, batalla de (1690), 226
 Flodden, batalla de (1513), 136, 137
 Florida, 167, 268, 274
 Foch, Ferdinand, 405
 Foot, Michael, 473
 Formigny, 89
 Fort Frontenac, 267
 Fort Oswego, 266
 Fosse Way, 20
 Foster, Thomas, 244
 Fotheringhay, 162
 Foulques de Anjou, conde, 48, 50-51
 Fox, Charles J., 256-57, 298-99, 335
 Fox, George, 201-2, 209
 Foxe, John, 150
 Francia, 11, 14, 19, 32-33, 44, 53, 54, 58, 62, 63, 66, 69, 73-74, 75-82, 84, 87, 88, 89, 91, 97-98, 103, 111-12, 124, 133, 135-36, 144-45, 147-48, 151, 156, 158, 159, 166, 168, 176, 177, 215, 216, 220-21, 223-24, 225-26, 231, 233, 235, 236, 244-46, 263-64, 268, 271-73, 2890, 286, 294, 295, 298-300, 303, 304, 306-10, 311-12, 314-17, 318-19, 321, 341-44, 360, 373, 382, 393-97, 399-400, 403, 405, 413, 425, 429-31, 444, 447, 453, 457; batalla de (1940), 426
 Francisco I, rey de Francia, 136, 145, 159
 Francisco II, rey de Francia, 159-60
 Francisco, San, 115
 Franco-prusiana, guerra (1870-1871), 373, 393
 Friedland, 311
 Friedman, Milton, 472
 Frobisher, Sir Martin, 165
 Froissart, Jean, 78, 82, 128
 Frost, John, 329

 Gabón, 394
 Gaddafi, Muamar al, 487
 Gaitskell, Hugh, 436-37, 442, 445, 461
 Gales, 11, 14, 15, 18, 31, 37, 51, 54, 60, 63, 66-69, 72, 75, 85-86, 99, 109, 144, 185, 238, 280, 288, 291, 294, 324, 329, 333-34, 377-78, 384, 388, 415, 418, 435, 440, 493
 Galia, 14, 15, 27, 117
 Gallípolo, campaña de (1915-16), 401, 405
 Galtieri, Leopoldo F., 485
 Ganges, 346
 Gante, 131, 314
 Gardiner, obispo, 150, 152
 Gascuña, 52-53, 62, 63, 66, 69, 77-81, 88, 89, 92
 Gaza, 402
 Geddes, Sir Eric, 412
 Georgia, 253
 Ghana, 455

- Gibraltar, 233, 235, 272, 457
 Gilbert, Humphrey, 168
 Gladstone, William E., 354-55, 356, 357-62, 364-66, 369, 375-76
 Glamorgan, 67, 329
 Glasgow, 204, 238, 247, 284, 291, 323, 331, 376
 Glasgow, Universidad de, 289
 Glencoe, 225
 Gloucester, 20, 65, 84, 150, 152, 187
 Glyn Dwr, Owain (Owen Gwendower), 85-86
 Gneisenau, general prusiano, 319
 Godofredo de Anjou, 51, 52
 Godstow, 57
 Godwin, conde de Wessex, 41-42
 Goose Green, batalla de (1982),
 Gordon, George, 301-2
 Goree, 267
 Goring, Lord, 187
 Grafton, duque de, 221, 255
 Graham, James, 188-89
 Gran Bretaña, 11, 13, 14, 15, 16-17, 32, 68, 109, 136, 231, 235, 237, 238, 255-56, 258, 259, 263, 265-66, 268, 270-71, 273-74, 275-77, 278, 279-80, 282, 283, 286-87, 290, 291, 295, 296, 297-98, 300-1, 304-5, 306-9, 310-13, 315, 319, 321, 325-26, 327, 329, 330, 335, 338, 341-46, 360-61, 363-64, 369, 370-75, 376-78, 380-83, 385-87, 392, 393-95, 397, 398-99, 402-4, 407, 409, 413-14, 416, 420, 423-32, 435, 439, 452-53, 457-58, 459, 461-71, 474, 486-88, 490; batalla de, 426-27
 Gran Guerra, véase Primera Guerra Mundial
 Granada, isla, 268, 487
 Grandes Lagos, 268
 Grantham, 474
 Gravelina, 165
 Grecia, 341, 443-44
 Green, Turham, 186
 Gregorio I, papa, 28
 Gregorio Magno, 35
 Grenville, George, 255, 269
 Grey, conde, 324, 331-33, 352
 Grey, Sir Edward, 396
 Greyfriars, 71
 Griffith, Arthur, 411
 Groenlandia, 32
 Grosseteste, Robert, 112
 Gruffydd de Gwynedd, rey de Gales, 42
 Guadalupe, isla, 261, 267-68, 314
 Guangzhou, 348
 Guatemala, 456
 Guayana Francesa, 314
 Guayana Holandesa, 314, 335-36
 Guayana Inglesa, 456
 Guildford Court House, batalla de (1781), 273
 Guillermo el Conquistador, 42, 43, 45-48, 67, 71, 149
 Guillermo el León, rey de Escocia, 54
 Guillermo el Rojo, 48, 49-50
 Guillermo el Silencioso, 163-64
 Guillermo II, káiser, 405
 Guillermo III, 216, 219-30, 231-33, 236, 242
 Guillermo IV, 333, 350
 Guisa, duque de, 154
 Guthrum, rey danés, 34
 Gwynedd, 67
 Habsburgo, dinastía, 149, 235, 343, 397
 Haigh, Douglas, 400-1

- Haití, 261
 Haldane, vizconde, 415
 Hales, Robert, 127-29
 Halidon Hill, batalla de (1333), 75
 Halifax, 131
 Hamburgo, 430
 Hamilton, Lady, 309
 Hampden, John, 178-79
 Hampton Court, 135, 143, 194
 Händel, 246
 Hannover, 231, 235, 249, 251-52, 265, 273, 350
 Hardie, Keir, 388
 Hardy, Thomas, 300
 Harfleur, 86
 Harlech, 68, 85
 Harold Hardrada, de Noruega, 42, 43
 Harold, conde Wessex, 42, 62
 Harold, rey danés, 38
 Harris, «bombardero», 431
 Hastenbeck, batalla de (1757), 266
 Hastings, batalla de (1066), 43, 45
 Hastings, Warren, 275
 Hattin, batalla de (1187), 58
 Hawke, Edward, barón de, 264, 266
 Hawkins, John, 164-65, 167-68
 Healey, Denis, 468
 Heath, Edward, 454, 457, 459-60, 467-68, 474, 480
 Hébridias, islas, 23, 32, 165
 Heligoland, 319
 Hempstead, 441
 Heseltine, Michael, 488
 Hexham, batalla de (1464), 95
 Hicks, general, 362
 Higham Ferrers, 332
 Highlands, 188, 224-25, 238, 243-44, 246-47, 331
 Hiroshima, 433
 Hitler, Adolf, 424-25, 426-28, 430, 447
 Hobhouse, L. T., 375
 Hobson, J. A., 375
 Hohenlinden, 309
 Holanda, 212, 215, 219, 286, 307, 310, 312, 426
 Holbein, Hans, 143, 252
 Home, conde, véase Douglas-Home, Sir Alec
 Honduras británica, 456
 Hong Kong, 348, 375, 432-33, 457
 Hooper, obispo, 150
 Horn, 163
 Hornos, cabo, 167
 Hotspur, Harry, 85
 Houghton Hall, 252
 Howard, Catalina, 143
 Howard, Lord, 165-66
 Howe, general, 271-72, 308
 Howe, Geoffrey, 474-75
 Hrothgar, véase Southampton
 Hudson, bahía, 235, 261
 Hugo de Lusignan, 60
 Hull, 284
 Humber, río, 21, 26, 30, 37
 Humberside, 466
 Hume, David, 247
 Hunt, 322
 Huntingdon, 197
 Hussein, sharif de La Meca, 402-3
 Hyde, Ana, esposa de Jacobo II, 217
 Hyde, Sir Edward, 181
 Hyderabad, 276
 Ibérica, península, 208, 233, 312, 315
 Independencia americana, guerra de (1702-1713), 298

- Independencia de Indochina, guerra de (1946-1954), 446
- Independencia escocesas, guerras de la (1296-1357), 70-71, 75, 79
- Independencia griega, guerra de (1821-1830), 342
- India, 12, 21, 163, 167, 247, 259-60, 268, 274-77, 290, 308, 319, 345-48, 355, 360, 371-72, 375, 380, 402, 407, 420, 439, 442, 449, 454-55
- Indias Occidentales, 167, 203, 219, 235, 260, 261, 262-63, 265, 267-68, 273-74, 286-87, 307-8, 310, 314, 336, 389, 449
- Indias Orientales, 257-58, 259, 267-68, 270, 273, 275-76, 286, 345-47, 355, 371
- Indochina, 446
- Indonesia, 259
- Ine, rey de Wessex, 40
- Inglaterra, 11-122, 13-23, 24-25, 26, 28-29, 30, 31, 32-33, 34, 36, 37, 38-39, 42, 45-48, 49-51, 53-54, 57, 58, 59, 60-62, 63, 65-72, 73-74, 75-82, 85, 86, 88, 89, 91, 96-98, 99, 101-3, 109, 111-17, 119, 121-22, 124-26, 127, 132-33, 134-36, 139, 143-45, 149-51, 153-54, 157-58, 159-66, 167-68, 169, 171, 173-74, 175, 180, 182, 187-89, 195, 198, 201, 204-5, 207-8, 209, 210, 211, 212, 214-16, 219, 220-23, 225-26, 228-29, 231, 234-37, 238, 240, 245-47, 251, 253-54, 256, 259, 262-63, 266-67, 270, 275-76, 277, 279, 281, 286, 288, 294, 296, 298, 308, 310-11, 314-15, 320, 321, 326, 331, 333-34, 362-63, 365, 375, 383-84, 385, 389, 393-95, 402, 414-16, 418-19, 421, 427, 431-33, 435, 438, 440-44, 447-53, 454, 456-57, 461, 467, 484-86, 490
- Inocencio I, papa, 64
- Inocencio III, papa, 60-62, 111
- Inverness, 246
- Iona, isla, 29, 32
- Ipswich, 31
- Irak, 402-3, 413
- Irán, 429
- Ireton, Henry, 189, 194, 196, 212
- Irlanda, 11, 13-14, 15, 17, 23, 24, 29, 32, 54, 58, 59, 72, 84, 93, 94, 109, 144, 169-70, 176-77, 181-83, 197-98, 202-4, 220, 222-23, 225-26, 243, 291-92, 304-5, 327, 330, 351-52, 353, 358, 362-65, 384, 389, 409-11, 457
- Irlanda del Norte, 11, 177, 411, 459, 461, 491-92
- Irlanda del Sur, 411, 461
- Isabel de Angulema, 60
- Isabel I, 134, 140-41, 143, 145, 148, 149, 151-55, 156-72, 174-75, 225, 260
- Isabel la Católica, 135
- Isabel, esposa de Eduardo II, 72, 73-74
- Isabel, esposa de Enrique VII, 100
- Isandhlwana, 360
- Islandia, 32
- Ismail, pachá de Egipto, 360
- Israel, 447
- Italia, 113, 119, 226, 231, 307, 309, 311, 342-43, 381, 396, 423, 444, 446
- Jacobo Eduardo Estuardo, *véase* Jacobo III
- Jacobo I, rey de Inglaterra, 161, 174, 175, 176, 228, 230, 236, 260

- Jacobo II, rey de Inglaterra, 214, 216-18, 219-24, 225, 226, 231, 243
- Jacobo III, rey de Escocia, 94
- Jacobo III, rey de Inglaterra, 220, 226, 231, 243, 245
- Jacobo IV, rey de Escocia, 100
- Jacobo V, rey de Escocia, 145, 159
- Jacobo VI, rey de Escocia, 161
- Jafar, Mir, 267, 274
- Jaffa, Tratado de (1192), 59
- Jamaica, 262, 456
- Jamestown, 260
- Japón, 395, 407, 423-24, 439, 452-53, 454, 477
- Jarrow, 24, 32
- Jartum, 362, 394
- Java, 314
- Jefferson, Thomas, 272
- Jeffreys, juez, 219
- Jemappes, batalla de (1792), 306
- Jena-Auerstadt, batalla de (1806), 311
- Jenkins, Roy, 458, 462, 465-66, 473
- Jerusalén, 49, 59, 402, 443
- Jervis, 308
- Jethro Tull, 281
- Jewel, obispo, 152
- Jinnah, Mohammed Ali, 455
- Joan de Kent, 116, 128
- Joffre, Joseph, 399
- Johnson, Samuel, 252-53
- Jónicas, islas, 319
- Jordania, 403
- Jorge I, 248, 51
- Jorge II, 245, 250-52, 255
- Jorge III, 248, 255-58, 268, 305, 349
- Jorge IV, 349-50
- Jorge V, 379
- Jorge VI, 421
- Jorge, duque de Clarence, 97, 98-99
- José I, emperador, 235
- Joven Pretendiente, véase Carlos Eduardo
- Joyce, James, 366
- Juan de Gante, 81, 84-85, 91, 99, 104, 116, 127-28
- Juan II, rey de Francia, 79-81
- Juan sin Tierra, rey, 53, 54, 57, 58, 59, 60-62, 63, 65
- Juan, duque de Bedford, 88
- Juana de Arco, 88-89
- Juana Grey, reina, 148, 149
- Julio César, 15, 16
- Julio II, papa, 137
- Jutlandia, 25; batalla de (1916), 404
- Kendal, marquesa de, 250
- Kenia, 374
- Kennington Common, 253
- Kent, 25-26, 28, 37, 40, 94, 122, 124, 127, 137, 149, 294, 324, 449
- Kent, Universidad de, 449
- Kett, Robert, 147
- Keynes, John Maynard, 437-38
- Kildare, conde de, 100
- Killiecrankie, 224
- Kinsale, 169, 222
- Kitchener, Horatio H., 374, 394, 400
- Knox, John, 159-60
- Kruger, Paul, 361, 374
- Kursk, batalla de (1943), 431, 486
- Kut, 402
- La Coruña, 165, 315
- La Habana, 268
- La Hogue, 226
- La Rochelle, 82, 177
- Lagos, cabo, batalla de (1759), 266

- Lambert, 204, 206
 Lamont, Norman, 490
 Lancashire, 100, 105, 114, 242, 244, 284, 287, 291-92, 302-3, 323, 351, 389
 Lancaster, 104, 449
 Lancaster, Universidad de, 449
 Landseer, 351
 Langland, William, 116, 119
 Langport, batalla de (1645), 190
 Langton, Stephen, 60-61
 Laos, 446
 Latimer, Hugh, obispo, 150
 Laud, William, 179-80, 181-82, 184
 Law, Bonar, 366, 412, 414
 Lawrence, D. H., 465
 Lawson, Nigel, 475-76, 483, 488
 Leeds, 15, 130-31, 242, 288, 292
 Leicester, 20, 63, 99, 158
 Leicester, conde de, 166, 170
 Leicestershire, 283
 Leinster, 54
 Leipzig, 317
 Leith, 160
 Lejano Oriente, 372, 403
 Lennon, John, 452
 Leonor de Aquitania, 51, 52, 57, 58, 59
 Leonor de Provenza, 63, 68
 Leopoldo de Austria, emperador, 226, 231
 Leopoldo II, rey de Bélgica, 373
 Lettow-Vorbeck, 404
 Lewes, batalla de (1264), 65
 Lexington, 271
 Líbano, 403
 Liberia, 373
 Libia, 429, 487
 Ligny, batalla de (1815), 318
 Lilburne, 200
 Lille, 61, 234
 Limerick, Tratado de (1691), 223
 Limoges, 82
 Limpopo, río, 374
 Lincoln, 20-21, 36, 112, 131
 Lincolnshire, 97, 253, 475
 Lindisfarne, isla, 29, 32
 Lionel, hijo de Eduardo III, 85
 Lisboa, 166, 234, 316
 Listowel, Lord, 442
 Liverpool, 130, 284-85, 331, 357, 471
 Liverpool, Lord, 322, 351, 489
 Llewellyn ap Gruffydd, 67
 Llewellyn el Grande, 67
 Lloyd George, David, 377-79, 405-6, 411, 412-14, 434-35
 Lochleven, 161
 Loira, 80-81, 88
 Lombe, Thomas, 290
 Londonderry, 223, 459-60
 Londres, 18, 20, 26, 28, 31, 34-35, 36, 38, 43, 45, 56, 61-62, 69, 74, 79, 83, 87, 92, 94-95, 98, 116, 125, 128-29, 130-31, 138, 149-50, 170, 182, 184, 186-88, 194, 212-13, 214, 217, 220-21, 253, 284-85, 292, 295, 300, 323, 329, 354, 363, 383, 387, 390, 392, 398, 420, 424, 427, 441, 449, 460, 483, 485, 492
 Londres, Tratado de (1831), 343
 Long Island, 272
 Lorena, 88, 373, 381, 413
 Los Santos, 274
 Lostwithiel, 188
 Louisburg, 267
 Löveless, George, 325
 Lovett, William, 328
 Lowestoft, batalla de (1655), 214
 Lowlands, 188-89, 247
 Ludendorff, Erich, 405
 Luis IX, rey de Francia, 53
 Luis VI, rey de Francia, 50
 Luis VII, rey de Francia, 51, 57

- Luis VIII, rey de Francia, 62
 Luis XI, rey de Francia, 95, 97, 98-99
 Luis XIV, rey de Francia, 215-16, 218, 220-22, 224, 225-27, 231-32, 234, 242, 244
 Luis XV, rey de Francia, 244
 Luis XVI, rey de Francia, 272, 298, 306
 Luis XVIII, rey de Francia, 317-18
 Luisiana, 263-64, 268
 Lutero, 134, 136-39
 Lützen, batalla de (1813), 317
 Lytton, Edward R., conde de, 360
- Maastricht, Tratado de (1992), 492
 Macadam, 283-84
 Macdonald, clan, 224
 MacDonald, Ramsay, 388, 406, 415, 417, 419-20
 Mack, general, 311
 MacMillan, Harold, 437, 441, 446, 448-53, 456
 MacMurrough, Dermot, 54
 Madeira, 167
 Madrás, 260, 267, 347
 Madrid, 234
 Magnus, rey de Noruega, 42
 Mahoma, 362
 Maidstone, 127-28
 Maine, 52, 59-60, 62, 89
 Major, John, 484, 488, 489, 92
 Majuba Hill, batalla de (1881), 361
 Malaca, 345
 Malasia, 432-33, 455, 480
 Malawi, 456
 Malaya, 276
 Malcolm IV, rey de Escocia, 54
 Maldon, batalla de (991), 38
- Malplaquet, batalla de (1709), 234
 Malta, 309-10, 312, 319
 Malvinas, guerra de las (1982), 485
 Man, isla, 32
 Manchester, 242, 284-85, 322, 331-32, 335, 377, 472, 485
 Manchester, conde de, 187-88
 Manchuria, 424
 Manfredo, hijo de Federico el Grande, 64
 Manila, 268
 Mann, Tom, 386
 Manning, cardenal, 387
 Mar, conde de, 243-44
 Marcas, 25, 67-68, 144
 March, conde de, véase Eduardo IV
 Marchand, mayor, 394
 Marcher de Gales, Lord, 63
 Marengo, 309
 Margarita (la doncella de Noruega), 69
 Margarita de Anjou, 89, 92, 93-95, 97-98
 Margarita de Escocia, hermana de Jacobo IV, 136
 Margarita de York, 97, 100
 Margarita, hermana de Enrique VIII, 160
 María de Guisa, esposa de Jacobo V, 145, 159-60
 María de Módena, esposa de Jacobo II, 217, 221
 María Estuardo, reina de Escocia, 145, 153, 155, 157, 159-62, 174
 María I, 134, 137, 140, 142, 148-51, 152, 156, 157-58, 160
 María Teresa, esposa de Luis XIV, 215, 225
 María, esposa de Guillermo III, 217, 219-20, 224

- María, hermana de Enrique VIII, 148
 Marienbad, 392
 Marlborough, conde de, 231-35, 315
 Marne, batalla del (1914), 399
 Marruecos, 395-96, 429
 Marsella, 14
 Marshall, George C., 430
 Marshall, John, 292
 Marston Moor, batalla de (1645), 187, 189
 Martinica, isla, 261, 268, 310, 314
 Marx, Karl, 387
 Maryland, 260, 264
 Massachusetts, 260, 263, 270, 272, 335
 Masséna, André, 315-16
 Matilde, hija de Enrique I, 51, 52
 Mauricio de Nassau, 166
 Mauricio, islas, 314
 Maynooth, 353-54
 McCartney, Paul, 452
 McMahon, Sir Henry, 402-3
 Meca, La, 402
 Medina Sidonia, duque de, 165
 Mediterráneo, 16, 79, 131, 208, 226, 235, 266, 310-11, 360, 442, 451
 Medway, río, 215, 266
 Meerut, 346-47
 Megiddo, 402
 Melbourne, Lord, 325, 350
 Menai, estrecho, 294
 Menorca, 235, 266, 268, 272, 274
 Mercia, 26, 30-31, 33, 35, 37, 39
 Mersey, río, 15, 284
 Merthyz, Tydfil, 333
 Mesopotamia, 402-3, 413
 Methven, batalla de (1306), 71, 75
 México, 259, 480
 México, golfo, 261
 Midlands, 25-26, 117, 122, 186, 190, 280, 284, 291, 414, 419
 Midlothian, 291
 Milán, 311
 Mile End, 128
 Minden, 266
 Miquelon, 314
 Mirabeau, 60
 Mississippi, 261, 268, 274
 Mitterrand, François, 487
 Moidart, 245
 Moldavia, 344
 Mollet, Guy, 447
 Molotov, Viacheslav, M., 446
 Moltke (jefe de gobierno alemán), 396
 Molucas, islas, 163, 259, 314
 Monaghan, 461
 Monfort l'Amaury, 63
 Monk, general, 210
 Monmouth, duque de, 219
 Monroe, James, 342
 Montcalm, militar francés, 266-67
 Monte Carlo, 392
 Montesquieu, barón Charles de, 240
 Montgomery, Bernard L., 429, 432
 Montreal, 261, 267
 Montrose, marqués de, véase Graham, James
 Moore, Sir John, 315
 Moravia, 311
 Moray, conde de, hermano de María Estuardo, 161
 Moreau, general, 309
 Moritz, Pastor, 240
 Moro, Sir Tomás, 137, 139
 Morrison, Herbert, 420
 Mortimer, Lord Roger, 72, 73-74
 Moscú, 312, 316
 Mosul, 402
 Mountbatten, Louis F., 455
 Mozambique, 374

- Múnich, 424
 Munster, 169-70, 177, 202, 411
 Murdoch, Rupert, 482
 Murillo, 252
 Murray, Andrew, 70
 Murray, Lord George, 245-46
 Mussolini, Benito, 428, 430
 Mysore, 275
- Nagasaki, 433
 Nájera, 81-82
 Namur, 227, 318
 Nanjing, 348
 Nantes, 220
 Napoleón, 280, 297, 303, 307-9,
 310-12, 315-18
 Nápoles, 309-10
 Narbona, 79
 Narvik, 425
 Nash, John, 349-50
 Nasser, Gamal Abdel, 447
 Nazaret, 66
 Neerwinden, batalla de (1693),
 227, 306
 Negro, mar, 32, 344, 401
 Nehru, Jawaharjal (Pandit), 455
 Neill, general, 347
 Nelson, Horatio, 308-9
 Nepal, 347
 Nerón, 17
 Neville's Cross, batalla de (1346),
 79
 Neville, Anne, 99
 Neville, Charles, 153
 Neville, familia, 93, 97-98, 101,
 153-54
 Neville, Richard, conde de War-
 wick, 93, 96-98, 147
 New Forest, 49
 Newbury, primera batalla de
 (1643), 187; segunda batalla de
 (1644), 188-89
- Newcastle, 180, 245
 Newcastle, Thomas Pelham, du-
 que de, 264-66, 268
 Newcastle, William Cavendish,
 conde de, 187
 Newmarket, 213, 218
 Newport, 329
 Nicolás I, zar, 343-44
 Níger, río, 262, 373
 Nigeria, 373
 Nightingale, Florence, 344
 Nilo, río, batalla del (1798), 309,
 374, 394
 Nkrumah, Krame, 455
 Norfolk, 116, 147, 252, 308, 324
 Norfolk, duque de (primo de Ma-
 ría Estuardo), 162
 Normandía, 38, 42, 48, 49-51, 52,
 57, 58, 59-60, 62, 77, 86-87, 89,
 135, 432
 Norte, mar del, 22, 131, 163, 404,
 476-77
 Norteamérica, 12, 205, 214, 235,
 260-61, 265, 285-87
 North, Lord, 255-58, 274
 Northampton, 72, 94
 Northampton, Tratado de (1328),
 72
 Northants, 332
 Northumberland, 42, 105
 Northumberland, familia, 102
 Northumbria, 23, 24, 26, 29, 30,
 33, 37, 39, 42-43, 54, 95, 128,
 148, 244
 Noruega, 32, 43, 425, 453
 Norwich, 36, 130-31
 Nottingham, 184, 481
 Nottingham, condes de, 83-84
 Nottinghamshire, 302
 Nueva Amsterdam, 214, 261
 Nueva Escocia, 167, 235
 Nueva Francia, 261, 268
 Nueva Gales del Sur, 277-78

- Nueva Guinea, 277
 Nueva Inglaterra, 313
 Nueva Jersey, 215, 272
 Nueva Orleans, 268, 313
 Nueva York, 214-15, 261, 269, 271-73
 Nueva Zelanda, 370, 383-84, 389, 426, 433, 444, 480
 Nueve Años, guerra de los (1594-1603), 176
 Nuevo Mundo, 235
 Nyasalandia, 374
- O'Connor, Feargus, 329-30
 O'Connell, Daniel, 331, 352, 353, 363
 O'Neill, Ower Roe, 184
 O'Shea, Catherine, 365
 Oates, Titus, 217
 Obispos, guerra de los (1639-1654), 205, 207, 214-17
 Offa, rey de Mercia, 30-31
 Ohio, río, 261, 270, 274
 Old Sarum, 332
 Oldcastle, Sir John, 117
 Omdurman, batalla de (1898), 374, 394
 Ontario, 258, 267
 Ontario, lago, 267
 Orán, 429
 Orcadas, islas, 32, 69
 Orderic Vitalis, 45, 48, 50, 113
 Oriente Medio, 124, 372, 399
 Oriente Próximo, 19, 314, 447
 Oriente, 287
 Orleans, 88
 Ormonde, duque de, 202
 Oro, costa de, 264, 372, 73, 44
 Orpington, 451
 Oswaldo, rey, 29
 Oswy, rey de Northumbria, 26-27, 29
- Otón IV, 61
 Ottawa, 420
 Oudenarde, 234
 Ouse, 21
 Oxford, 38, 57, 64, 100, 112, 115-16, 119, 131, 150, 186-87, 232, 253, 377, 392
 Oxford, Universidad de, 111, 357, 391, 474
- Pablo, San, 28
 Pacífico, 12, 167, 236, 274, 277-78, 372, 399, 432-33, 449
 Paine, Thomas, 299
 Países Bajos, 77, 97, 124, 161, 163-64, 166, 168, 170, 214, 221, 225-26, 231, 233, 235, 306, 319
 Pakistán, 389, 449, 455
 Palatinado, 226
 Pale, río, 145, 184
 Palestina, 403, 413, 443
 Palmerston, Henry John, 342-45, 350, 361, 393
 Panamá, 236
 Pankhurst, Emmeline, 393
 París, 48, 66, 81, 88, 89, 268, 344, 399, 405
 París, Tratado de (1259), 62
 París, Tratado de (1814), 317
 París, Tratado de (1815), 318
 Parker, sir, Hyde, 309
 Parma, duque de, 163-66
 Parnell, Charles S., 363-66
 Parr, Catalina, 143-44
 Pas-de-Calais, 87
 Passchendaele, batalla de (1917), 400
 Patay, 88
 Patricio, San, 29
 Pavía, batalla de (1525), 136
 Paxton, Joseph, 295
 Peak, 280

- Pearl Harbor, ataque japonés (1941), 428
- Pearse, Padraic, 409-10
- Pedro el Cruel, rey de Castilla, 81
- Peel, Sir Robert, 251, 325-26, 331, 337, 351-54, 357-58
- Pelham, Henry, 252, 255
- Pembroke, 67
- Pembroke, conde de, véase Fitzherbert, Ricardo
- Penines, 280
- Penn, William, 261
- Pensilvania, 271, 335
- Percival, general, 432
- Percy, Enrique, conde de Northumberland, 85
- Percy, familia, 84-86, 93, 95, 98, 101, 148, 153-54
- Percy, Thomas, conde de Worcester, 85
- Perrers, Alice, 82, 108
- Persia, 396
- Pérsico, golfo, 442
- Persons, Robert, 154
- Perth, 244-45
- Perú, 164, 259
- Peshawar, 346
- Peterborough, conde de, 234
- Peters, Karl, 374
- Pevensy, 43
- Philiphaugh, batalla de (1645), 189
- Piamonte, 319
- Pilkington, obispo, 153
- Pinkie, batalla de (1547), 146
- Pío V, papa, 152, 154, 161
- Pirámides, batalla de las (1798), 308
- Pirineos, 52, 81
- Piteas, 14
- Pitt, William (el Joven), 239, 257-58, 277, 297, 299, 305, 306-7, 309, 335, 354
- Pitt, William (el Viejo), 252-53, 255, 257, 264-68, 270
- Place, Francis, 328
- Plantagenet, dinastía de, 48, 54, 57. Véase también Anjou, dinastía
- Plasley, batalla de (1757), 267, 274
- Plymouth, 167
- Poitiers, batalla de (1356), 76, 80
- Poitou, 58, 62
- Polonia, 78, 307, 342, 413, 424-25
- Pompidou, Georges, 457
- Pondicherry, 267
- Port Said, 448
- Port Stanley, 486
- Portland, 205
- Portsmouth, 130
- Portugal, 163, 168, 233, 259, 287, 315-16, 374, 444, 480
- Poussin, 252
- Powys, 85
- Presburgo, 311
- Prestonpans, 245
- Pride, Thomas, 196, 203
- Primera Guerra Mundial, 366, 372, 388, 397, 398-409, 423, 426, 433, 437
- Príncipe Negro, hijo de Eduardo III, 79-82, 83, 86, 116
- Provincias Unidas, 164, 215-16, 221, 225, 231, 234-36, 281
- Prusia, 231, 240, 263, 265, 307, 309, 311, 312, 317, 319, 413
- Prynne, William, 180
- Punjab, 346-47, 455
- Putney, 194, 195
- Pym, John, 181-84, 187
- Quatre-Bras, batalla de (1815), 318

- Quebec, batalla de (1759), 258,
261, 270, 272, 274
- Quiberon, bahía, 266
- Raedwald, rey de East Anglia, 27-
28
- Rainborough, Thomas, 199
- Raleigh, Walter, 168
- Ramillies, batalla de (1706), 233
- Rand, 374
- Rangún, 347
- Rawfolds, 303
- Reagan, Ronald, 485, 487
- Redmond, John, 409
- Reims, 66, 88, 89
- Reino Unido, 11, 12, 305, 319,
363, 411, 461
- Reith, John, 416
- Rhodes, Cecil, 374
- Ricardo I, Corazón de León, 57,
58-59, 66, 69, 127
- Ricardo II, 83-84, 106, 128-29
- Ricardo III, 92, 94, 99-100, 102
- Riccio, David, 160-61
- Ridley, Nicholas, obispo, 150
- Ridolfi, Roberto, 28, 124, 137
- Rin, 25, 77, 432
- Roanoke Island, 168
- Roberto, duque de Normandía,
44
- Robsart, Amy, 158
- Rochester, 28, 124, 137
- Rockingham, Lord, 255-56, 269,
274
- Rodesia del Sur, 456
- Rodesia septentrional, 456
- Rodesia, 374
- Rodney, George B., 274
- Roma, 16, 22, 29, 35, 56-57, 134,
138-39, 150
- Rommel, Erwin, 428-29
- Roosevelt, Franklin D., 430
- Rotherham, 481
- Rowntree, 339
- Ruán, 48, 58, 59
- Rubens, 252
- Rugby, 391
- Rumanía, 344
- Ruperto, príncipe (sobrino de
Carlos I), 186-87, 189-90
- Rusia, 31, 32, 36, 263-64, 273,
309, 311-12, 314, 317, 319, 343-
44, 381, 394-97, 401, 405, 425,
429
- Ruskin, 295, 358
- Ruso-japonesa, guerra (1904-
1905), 395
- Russel, John Russel, conde de,
325
- Rutland, 466
- Ryswick, 227
- Saboya, 226
- Saladino, 58-59
- Salamanca, batalla de (1912), 316
- Salisbury, 221, 232
- Salisbury, Lord, 356, 366-69, 372,
391, 453
- San Cristóbal, 235
- San Francisco, California, 167
- San Petersburgo, 293
- San Vicente, cabo, 308
- San Vicente, isla, 268
- Sancroft, arzobispo, 220
- Sandwich, 94
- Santa Cruz de Tenerife, 308
- Santa Cruz, marqués de, 163
- Santa Elena, isla, 457
- Santo Domingo, isla, 261, 314
- Santos, batalla de los (1782), 274
- Sarajevo, 397
- Saratoga, 272-73
- Savoy, 128
- Sawby, William, 116

- Scarborough, 389
 Scargill, Arthur, 467, 480-81
 Scarman, Lord, 485
 Schleswig-Holstein, 345
 Schmidt, Helmut, 458
 Scott, Sir Walter, 90
 Scrope, arzobispo de York, 85
 Scutari, 344
 Seaford, 125
 Sebastopol, 344
 Sedgemoor, *véase* Somerset
 Segunda Guerra Mundial, 371, 376, 380, 398, 399, 413, 418, 425-35, 436, 439, 449, 469, 472
 Sena, río, 48
 Sena, valle, 44
 Senegal, 314, 372-73
 Serbia, 397
 Seringapatan, batalla de (1799), 275
 Severn, río, 15, 21, 186, 284, 294
 Sevilla, 164
 Seymour, Edward, conde de Hertford, 146-47
 Seymour, Juana, 141, 146
 Shaftesbury, conde de, 337
 Shakespeare, William, 91
 Shanghai, 348
 Shelburne, 239
 Shelburne, Lord, 257
 Sheriffmuir, 244
 Shetlands, islas, 32
 Shrewsbury, batalla de (1403), 85
 Shropshire, 113, 293
 Sicilia, 64, 66, 235, 429-30
 Sidney, 278
 Siete Años, guerra de los (1756-1763), 252, 256, 269, 272-73, 306, 331
 Silchester, 17
 Silesia, 251
 Simnel, Lambert, 100
 Simón de Monforte, 63-66
 Simpson, Ernest, 421
 Simpson, Wallis, 421
 Sinaí, 449
 Singapur, 345, 432-33, 480
 Sínope, batalla de (1853), 344
 Siraj-ud-Daulah, 267, 274
 Siria, 27, 343, 402-3, 413
 Slim Lord, 402
 Sluya, batalla de (1340), 76-77
 Smith, Adam, 240, 247, 251
 Smithfield, 129
 Smuts, Jan Christiaan, 376
 Snowden, 419
 Snowdonia, 67-68
 Sofía de Hannover, 230
 Solway Moss, batalla de (1542), 145
 Solway, río, 54
 Somers, Lord, 232
 Somerset, 33, 219
 Somerset, duque de, *véase* Seymour, Edward
 Somme, batalla del (1916), 400-1
 Southampton, 31
 Spenser, Edmund, 169
 Sri Lanka, 389, 455
 St. Albans, 17, 129, 135; primera batalla de (1455), 93; segunda batalla de (1461), 95
 St. Lawrence, río, 261, 267-68
 St. Pierre, 314
 Sta. Lucía, 314
 Staffordshire, 284, 293
 Stamford, 131
 Stamford Bridge, batalla de (1066), 43
 Steenkirk, batalla de (1692), 227
 Stephensor, Robert, 294
 Stevenage, 441
 Stirling, 70-72, 204
 Stirlingshire, 247
 Stockton, 285

- Stonehenge, 14
 Strafford, conde de, 181-82
 Strathclyde, 37
 Sucesión española, guerra de los (1702-1713), 230-37, 315
 Sucesión inglesa, guerra de los (1689-1697), 225-30
 Sudáfrica, 360, 372-74, 376, 384, 389, 426
 Sudamérica, 237
 Sudán, 362, 373-74, 394, 446
 Sudbury, Simon, 127-29
 Sudetes, 423-24
 Suecia, 32, 215, 309, 312
 Suez, 360, 4421, 446-49, 462
 Suffolk, 332
 Suffolk, duque de, 143
 Suiza, 309-10, 399, 453
 Sunningdales, 461
 Surat, 259
 Surrey, 137, 200
 Sussex, 26, 37, 125, 294, 449
 Sussex, Universidad de, 449
 Sutton Hoo, 27-28, 29
 Sveyn Forkbeard, rey danés, 38
 Swing, capitán, 324, 326
- Tácito, 15, 17-18
 Talavera, batalla de (1809), 315
 Tallard, oficial francés, 233
 Támesis, 14, 15, 16, 20, 25, 33, 128, 186, 212, 226, 284
 Tanganika, 374
 Tasmania, 277
 Telford, 283
 Teodoro de Tarso, 29
 Terranova, 167-68, 235, 261
 Tewkesbury, batalla de (1471), 98
 Thatcher, Denis, 474
 Thatcher, Margaret, 127, 437, 468, 472, 474-89, 493
- Thor, dios pagano, 28
 Thorneycroft, ministro, 450
 Tiberio Claudio Togidubno, 21
 Tíbet, 372, 396
 Tierra Santa, 58
 Tierras Altas, 18, 21, 70
 Tierras Bajas, 18, 23, 67, 145, 384
 Tilsit, 311-12
 Tilsit, Tratados de (1807), 312
 Tinchebray, batalla de (1106), 49
 Tipu, sultán, 275
 Tirana, estrechos, 447
 Tirpitz, 394, 396
 Tiw, dios pagano, 28
 Tiziano, 252
 Tobago, 268, 314
 Togidubno, véase Tiberio Claudio Togidubno
 Togo, 403
 Tolón, 226, 266, 307-8, 310
 Tolpuddle, 325
 Tomás de Aquino, Santo, 115
 Tonbridge, 41
 Tone Wolfe, 304
 Torres Vedras, 316
 Torres, estrechos, 277
 Tostig, conde de Northumbria, 42, 43
 Toulouse, 61
 Touraine, 52, 59, 62, 63
 Townshend, Charles, 269
 Towton, batalla de (1461), 90, 95
 Trafalgar, batalla de (1805), 311, 314, 341
 Transjordania, 413
 Transvaal, 360, 374-75, 376
 Trastámara, dinastía, 81
 Tratado de Burselas, 444
 Tratado de Roma, 447
 Treinta Años, guerra de los (1618-1648), 176, 177, 186
 Trent, río, 21, 26, 284
 Trevisa, Juan de, 119

- Trinidad, 309, 456
 Tristán da Cunha, 457
 Tromp, almirante holandés, 205
 Troyes, Tratado de (1420), 87
 Tudor, dinastía, 36, 91, 98, 106
 Tudor, época, 91, 154, 158, 171, 208
 Turenne, 232
 Turquía, 344, 401, 443-44
 Tweed, río, 54, 204
 Tyler, Wat, 128-29
 Tyndale, William, 138
 Tyne, río, 47
 Tyrconnell, conde de, 220, 222
 Tyrone, conde de, véase O'Neill, Hugh

 Uganda, 374
 Ulm, 311
 Ulster, 169-70, 176-77, 182, 184, 202, 222, 328, 365-66, 411, 460-61
 Unión Europea, 12
 Unión Soviética, 415, 426, 428, 431, 447, 454
 Urabi, pachá de Egipto, 361-62, 373
 Urbano II, papa, 49
 Utrecht, Tratado de (1713), 235

 Valaquia, 344
 Valois, dinastía, 80, 136
 Van Diemen's Land, 277
 Vasco de Gama, 167
 Vendea, 307
 Verdún, 400
 Vergennes, Charles G., conde de, 272
 Verneuil, 88
 Versalles, 274, 413-14, 423-24
 Versalles, Tratado de (1782), 274
 Versalles, Tratado de (1919), 413-14, 423-24
 Verulamium, 17-18
 Vexin, 48
 Victoria, reina, 296, 350-51
 Viena, 232-33, 311, 319, 343
 Villeneuve, Pierre Charles, 310
 Vimeiro, 315
 Vinegar Hill, 305
 Virginia, 168, 260-61
 Vitoria, batalla de (1813), 316
 Voltaire, 222, 266

 Wagram, batalla de (1809), 315
 Wakefield, batalla de (1460), 94
 Wallace, William, 70-71
 Waller, conde de, 188-89
 Walpole, Horace, 255
 Walpole, Robert, 239, 243, 245, 248-53, 255
 Walsingham, Francis, 162-63
 Walter, Herbert, 57
 Walthamstow, 129
 Wandiwash, batalla de (1760), 267
 Warbeck, Perkin, 100
 Warwick, 83-84, 93, 449
 Warwick, Universidad de, 449
 Warwickshire, 186
 Washington, 313
 Washington, George, 271-72
 Waterford, 32
 Waterloo, batalla de (1815), 318
 Watt, James, 247, 289, 294
 Wavel, Archibald Percival, 455
 Wavre, 318
 Webb, Beatrice, 368
 Wedgwood, Josiah, 293
 Wedmore, 34
 Wedmore, Tratado de (878), 34
 Wellesley, Arthur, 275, 307, 315-18, 323, 331, 333, 342, 351

- Wellington, duque, *véase* Wellesley, Arthur
- Wesley, Charles, 254
- Wesley, John, 253-55
- Wessex, 26, 30, 33-35, 37, 39
- Westminster, 43, 66, 70, 110, 120, 131, 182, 212, 237, 238, 241, 332
- Westmorland, 54, 105, 153
- Wexford, 203, 205
- Whalley, 114
- Whitby, 29
- Whitefield, George, 253
- Whitgift, arzobispo, 155
- Wilberforce, William, 335
- Wilkinson, John, 294
- Wilson, Harold, 445, 454, 461-66, 468-69, 470
- Winchester, 30, 43, 119
- Windsor, Castillo de, 350
- Windsor, duque, *véase* Eduardo VIII
- Wingston Magna, 282
- Winstanley, Gerrard, 200
- Winterhalter, 351
- Wittenberg, 136
- Woden, dios pagano, 28
- Wolfe, James, 267
- Wolseley, general, 361
- Wolsey, Thomas, 135-36, 138-39
- Wood, Sir Henry, 416
- Woodstock, 150, 233
- Woodville, familia, 98-99
- Woodville, Isabel, 96
- Worcester, 30, 85-86, 204
- Wordsworth, William, 298
- Wosley, 284
- Wulfstand, arzobispo de York, 38
- Wyatt, Sir Thomas, 149, 156
- Wyclif, John, 115-17, 118-19
- Wykeham, William, 119-20
- Yamashita, general, 433
- Yeats, W. B., 366
- Yellow Ford, batalla de (1598), 169
- York, 20, 30, 31, 33, 36, 37, 42, 45, 56, 131, 135, 138, 161, 187, 303, 306, 339, 449
- York, Universidad de, 449
- Yorkshire, 33, 45, 84, 95, 114, 131, 186-87, 254, 280, 284, 291-92, 302-3, 323, 377, 389, 467
- Yorktown, 273-74
- Young, Arthur, 282, 289
- Ypres, batalla del, 133, 141, 399-401
- Zambia, 456
- Zexu, Lin, 348
- Zimbaue, 456

Índice

| | |
|--------------------------------------|----|
| Agradecimientos | 9 |
| Prólogo | 11 |
| 1. La Inglaterra romana | 13 |
| Los celtas | 15 |
| La conquista romana | 16 |
| La romanización de Inglaterra | 19 |
| Fin de la Inglaterra romana | 22 |
| 2. Anglosajones y vikingos | 24 |
| Asentamiento | 25 |
| La sociedad anglosajona | 26 |
| La conversión al Cristianismo | 28 |
| Offa | 30 |
| Los vikingos | 31 |
| Alfredo | 33 |
| El Danelaw | 36 |
| La Inglaterra unida | 37 |
| El regreso de los escandinavos | 38 |

| | |
|--|-----|
| Eduardo el Confesor | 39 |
| La conquista normanda | 42 |
| 3. Los normandos | 44 |
| La transformación de Inglaterra | 45 |
| La disputa por la sucesión | 48 |
| El imperio de los Anjou | 52 |
| Enrique II (1154-1189) | 53 |
| Ricardo Corazón de León | 58 |
| Fin del imperio angevino | 59 |
| Simón de Monforte | 63 |
| La conquista de Gales | 66 |
| La independencia escocesa | 69 |
| 4. La guerra de los Cien Años | 73 |
| Inglaterra victoriosa | 75 |
| Luchas civiles | 83 |
| Enrique V | 86 |
| Juana de Arco | 88 |
| La Francia triunfante | 89 |
| 5. Las guerras de las Dos Rosas | 90 |
| La debilidad de un monarca | 91 |
| La derrota de la Casa de Lancaster (1455-1464) | 93 |
| Las divisiones de la Casa de York (1469-1471) | 96 |
| Los York y los Tudor (1471-1487) | 98 |
| Efectos de las guerras de las Dos Rosas | 101 |
| 6. Iglesia y Estado durante la Edad Media | 104 |
| El gobierno del rey | 104 |
| Los orígenes del Parlamento | 106 |
| La Iglesia | 109 |
| El renacimiento monástico | 113 |
| Los lolardos | 115 |
| Lengua y cultura | 117 |

| | |
|---|-----|
| 7. La economía medieval | 121 |
| La vida en el campo | 121 |
| La Peste Negra (1348) | 124 |
| La revuelta campesina (1381) | 127 |
| El crecimiento de las ciudades | 130 |
| Comercio exterior | 132 |
| 8. La Reforma inglesa | 134 |
| La Reforma de Enrique VIII | 136 |
| Imposición del Protestantismo | 145 |
| Restauración del Catolicismo | 148 |
| El acuerdo isabelino | 151 |
| 9. La era isabelina | 156 |
| La sucesión | 157 |
| María, Reina de los Escoceses | 159 |
| «La empresa inglesa» | 162 |
| Viajes de exploración, piratería y comercio | 166 |
| Los últimos años | 168 |
| 10. Las guerras civiles | 173 |
| La conspiración de la pólvora | 174 |
| La colonización de Irlanda | 176 |
| Las finanzas de la Corona | 177 |
| Conflictos religiosos | 179 |
| El Parlamento Largo | 181 |
| La primera guerra civil (1642-1646) | 184 |
| Una paz poco feliz (1646-1648) | 191 |
| La segunda guerra civil y la ejecución del monarca (1648-1649) | 195 |
| 11. Oliver Cromwell | 197 |
| El Parlamento residual (el Rump) (1649-1653) | 199 |
| El Protectorado (1653-1658) | 206 |
| Fin de la República (1658-1660) | 209 |

| | |
|--|-----|
| 12. Restauración y revolución | 211 |
| El acuerdo de Restauración | 212 |
| Las guerras anglo-holandesas (1665-1667, 1672-1674) | 214 |
| La crisis de la exclusión | 217 |
| La Gloriosa Revolución | 219 |
| La guerra del rey Guillermo (1689-1697) | 225 |
| La guerra de Sucesión española (1702-1713) | 230 |
| La unión con Escocia (1707) | 236 |
| 13. La política del siglo XVIII | 238 |
| Los jacobitas | 243 |
| La era Walpole | 248 |
| Los metodistas | 253 |
| Jorge III y los políticos (1760-1792) | 255 |
| 14. El Imperio | 259 |
| Norteamérica | 260 |
| El comercio de esclavos | 262 |
| La guerra de los Siete Años (1756-1763) | 263 |
| La Revolución Americana (1775-1783) | 269 |
| India | 274 |
| El Pacífico | 277 |
| 15. El taller del mundo | 279 |
| La revolución agrícola | 280 |
| El transporte | 283 |
| «La revolución comercial» | 285 |
| Población | 288 |
| Su Majestad el algodón | 289 |
| El sistema fabril | 290 |
| El hierro y el acero | 293 |
| El taller del mundo | 295 |
| 16. La Revolución Francesa y las guerras napoleónicas ... | 297 |
| Radicalismo y represión | 298 |

| | |
|---|-----|
| La unión con Irlanda | 304 |
| La guerra (1793-1802) | 306 |
| La guerra (1803-1815) | 310 |
| La paz | 318 |
| 17. Represión y reforma | 321 |
| Descontento popular | 321 |
| La hambruna irlandesa (1845-1851) | 327 |
| El cartismo | 328 |
| La emancipación católica | 330 |
| La reforma parlamentaria | 331 |
| La abolición de la esclavitud | 335 |
| Las Leyes de Industria | 336 |
| La Ley de Pobres | 338 |
| Salud pública | 339 |
| Gran Bretaña y Europa | 341 |
| Gran Bretaña y Asia | 345 |
| La realeza | 349 |
| Robert Peel | 351 |
| La división de los conservadores | 353 |
| 18. La era liberal | 356 |
| Gladstone y Disraeli | 357 |
| La autonomía irlandesa | 362 |
| Lord Salisbury y el Partido Conservador | 366 |
| La reforma tarifaria | 368 |
| La expansión del imperio | 370 |
| El nuevo liberalismo | 375 |
| Un relativo declive económico | 380 |
| Las clases trabajadoras | 384 |
| Las clases medias | 390 |
| Las mujeres | 392 |
| El camino hacia la guerra | 393 |
| 19. Las guerras mundiales (1914-1945) | 398 |
| La Gran Guerra (1914-1918) | 399 |

| | |
|---|-----|
| ¿Irlanda independiente? | 409 |
| Entreguerras | 412 |
| Apaciguamiento | 423 |
| La Segunda Guerra Mundial | 425 |
| 20. El consenso | 436 |
| El Estado del bienestar | 439 |
| Gobiernos conservadores (1951-1964) | 446 |
| El final del imperio | 454 |
| Gran Bretaña ingresa en la CEE | 457 |
| Los disturbios | 459 |
| ¿Gran Bretaña ingobernable? | 461 |
| 21. El thatcherismo y lo que vino después | 472 |
| Margaret Thatcher | 474 |
| El hundimiento conservador | 489 |
| Índice onomástico | 495 |

Inglaterra es, sin duda, uno de los países con una historia más larga, rica e interesante. DUNCAN TOWNSON ha conseguido resumir en esta BREVE HISTORIA DE INGLATERRA dos milenios de evolución histórica del país, desde la época de los celtas y la conquista romana de Britania hasta nuestros días. En sus páginas asistimos al fascinante proceso de formación de Inglaterra, en continua relación con Escocia y Gales –unificando Gran Bretaña desde 1707– y con Irlanda, de donde surgió el Reino Unido a partir de 1801; a las invasiones de anglosajones y normandos, las largas guerras de la Edad Media, la expansión económica y política del país, la reforma protestante, la revolución del siglo XVII, la implantación del régimen parlamentario y la conversión en la gran potencia mundial que fue Gran Bretaña a partir de la revolución industrial y la creación del Imperio británico. La época contemporánea, con la alternancia de gobiernos liberales, conservadores y laboristas, y la sacudida de las dos guerras mundiales, recibe en el libro una atención preferente.

El libro de bolsillo

ISBN 978-84-206-5814-8



9 788420 658148

Humanidades
Historia

